



juan alonso  
**de acuña**

Por el autor de Ferocidad

# ANTE MORTEN

Para atrapar al asesino te  
que demostrar lo imposi

Lectulandia

## **Para atrapar al asesino tendrán que demostrar lo imposible.**

Juan Alonso de Acuña, autor de Ferocidad, trae el terror más cerca de lo que creías en una historia donde dos asesinos en serie andan sueltos por las calles de Madrid y nadie parece ser capaz de detenerlos antes de que aumenten su lista de víctimas.

Cuando el cadáver de un joven ecuatoriano aparece flotando en las sucias aguas del Manzanares, el inspector Arturo Paniagua, responsable de la Brigada Especial de Homicidios Violentos, sospecha que se trata de la nueva víctima de un salvaje asesino que está matando pandilleros en las calles y jura detenerle de una vez por todas. Desbordado por el trabajo y descontento con los aspectos políticos que rodean la investigación, todo se complicará cuando uno de los miembros de una comitiva científica, que se encuentra asistiendo a una cumbre en la ciudad, aparece asesinado en su habitación de hotel con la mano izquierda amputada y un disparo en la cabeza. Las sospechas de que un nuevo asesino en serie anda suelto se confirman y la brigada descubre que, unas horas antes, la víctima había recibido un misterioso paquete cuyo macabro contenido hará que se cuestionen todo lo que saben sobre ciencias criminales.

Y no será la última vez...

**Lectulandia**

Juan Alonso de Acuña

# **Antemortem**

ePub r1.0  
fenikz 11.11.15

Juan Alonso de Acuña, 2015

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Valentina, pequeña estrella fugaz

## Nota del autor

Quisiera agradecer a todos aquellos que me han animado y ayudado a escribir este libro y que tuvieron la suficiente paciencia para aguantarme durante el tiempo que duró su creación. Especialmente, a David y su familia, a quienes el infortunio les condenó a marcharse lejos y a no poder disfrutar conmigo la alegría de publicar un nuevo libro. Del mismo modo, no puedo olvidarme de Patricia, mi mujer, que es la que más sufre mis manías de autor; ni tampoco, de mi familia y amigos, sin ellos no podría haberlo hecho.

Han sido muchas las fuentes que he consultado para informarme sobre los aspectos históricos, científicos y geográficos de la historia, pero entre todas ellas, quisiera mencionar especialmente las siguientes: «Las Calles de Madrid». Pedro de Répide, Editorial La Librería, 1999. «Historia de Tetuán». Bea Burgos, Editorial Tempora, 2014. The Theoi Project (<http://www.theoi.com>). «Manual de Criminalística y Ciencias Forenses Aplicadas a la Investigación Criminal». María José Anadón, Editorial Tebar, 2010. «Historia del Tiempo: del Big Bang a los Agujeros Negros». Stephen Hawking, Alianza Editorial, 2011. «Einstein y la revolución científica del siglo XX», Luís Enrique Otero Carvajal, Cuadernos de Historia Contemporánea, n.º 27, 2005.

Por último, quisiera recordarle, querido lector, que esta es una obra de ficción y, por tanto, todo lo que en ella se encuentra ha salido de mi imaginación. Aunque los datos técnicos y científicos tienen una sólida base en la realidad, en ocasiones, han sido modificados por mí para adecuarse a las necesidades puntuales de la historia. Espero que sepan perdonarme las pequeñas e inocentes licencias tomadas durante la creación de este libro.

Si quiere seguir informados sobre nuevos lanzamientos no dejen de seguir mi [cuenta de Twitter](#) y mi [página web](#).

J. Alonso de Acuña



*La oscuridad que lo rodea es cálida y palpita como un organismo vivo. Cuando despierta lo hace como un recién nacido arrancado del seno de su madre: desorientado y con dolor. Piensa en llorar pero sabe que es inútil.*

*Apenas puede abrir los ojos y está casi cegado. Parpadea varias veces para luchar contra el blanco cegador de los tubos fluorescentes cuya violenta luz se proyecta sobre él, culpables de haber sido arrebatado a la inconsciencia. Quiere mover la cabeza a ambos lados para huir de aquel terrible resplandor pero le resulta imposible. Salvo la hiriente luz, todo a su alrededor, se encuentra en la penumbra y, entre guiños, no puede ver nada más allá de su propia nariz.*

*Instintivamente, intenta levantarse pero no puede, está inmovilizado, amarrado de pies y manos. Un instante más tarde, reconoce las formas del sillón de dentista. El miedo se apodera de todo su organismo y puede sentir la sucesión de reacciones químicas de la adrenalina disparar los latidos de su corazón y proporcionarle la energía que necesita para sobreponerse a la parálisis que amenaza con detener su cuerpo.*

*Trata de mover las manos pero es en vano. Una tormentosa desesperación comienza a germinar en su mente. La angustia se apodera de todo su ser. ¿Por qué lo han llevado allí? ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Ha sido detenido?*

*—¿Hola, hay alguien ahí? —Llama en voz alta y de la garganta le brota un seco graznido—. ¿Alguien puede oírme? Esto es un error, un terrible error.*

*A su espalda percibe una presencia. No puede ver a nadie, pero puede sentirla. En silencio, aguardando. Entonces, se fija en la mesa de acampada que se encuentra a unos metros frente a él. Es una mesa sencilla, de patas plegables y superficie laminada que imita al acero sin pulir. Sobre ella, alguien ha dejado un vulgar envase de plástico transparente, como los que se usan en las cocinas de todo el mundo para almacenar alimentos.*

*De improviso, una voz profunda, desprovista de toda entonación, habla a sus espaldas, siniestra, aterradora, cada vez más cerca hasta que termina susurrándole en la oreja y lo que dice resuena no solo en su oído sino en todo su cuerpo, llegándole hasta los huesos.*

*Y, de repente, recuerda dónde se encuentra. Tensa todos los músculos tras la revelación y nota como su esfínter amenaza con soltarse de puro terror.*

*La habitación del dolor.*

*Así es cómo llaman a aquel lugar.*

*Y dolor es exactamente lo que le espera.*



PARQUE NACIONAL DE LOS GLACIARES, MONTANA

Los dos Black Hawks de la Unidad de Rescate de Rehenes del FBI viajaban usando toda la potencia que sus dos motores General Electric T700 eran capaces de proporcionar. Sus rotores de cola y superiores estaban modificados para generar el menor nivel de ruido posible y batían el aire furiosamente mientras hendían el gélido viento que se había adueñado del ocaso. A medida que el día se iba oscureciendo, la distintiva pintura negra del FBI les hacía casi invisibles a los ojos de inesperados testigos y devoraban los kilómetros que les separaban de su destino con eficiencia.

En la cabina de ambos helicópteros, los agentes que habían sido designados para la peligrosa misión mantenían la misma fría concentración que se esperaba de una unidad táctica del FBI. Sus rostros impassibles miraban al frente sin que nada pareciera perturbarles, ni siquiera las numerosas corrientes de aire que sacudían los Black Hawks como si fueran los coches de una sinuosa montaña rusa.

En el exterior se estaba formando una tormenta que amenazaba con acompañarles el resto del camino. Densos nubarrones terminaron por absorber la mortecina luz del sol y la noche les envolvió en un espeso manto de oscuridad, roto únicamente por el resplandor de esporádicos relámpagos.

Hasta el agente especial Martin Cordero llegaban los acordes musicales desde los auriculares que portaba uno de los agentes. La amortiguada música del saxofonista Cannonball Adderley se entremezclaba con la percusión de las gotas de lluvia que golpeaban con fuerza el fuselaje del helicóptero de transporte táctico. Martin creyó reconocer la pieza: *Spontaneous Combustion*. Él no era especialmente un aficionado a la música y, sin duda, el jazz no se contaba entre sus géneros favoritos. Era más un hombre de rock clásico pero tampoco hubiera imaginado que un estoico agente de la Unidad de Rescate de Rehenes fuera a ser un aficionado a la música negra.

—¿Me pregunto qué se le ha perdido a El Artista en este culo del mundo? Estamos muy lejos de su zona de caza habitual y no creo que se sienta como en casa con esta maldita tormenta golpeando sobre su cabeza. —El agente que tenía sentado a su izquierda y que era el responsable táctico de la operación, le arrebató de su ensimismamiento musical.

—Dígame usted, fue su unidad quien lo localizó y me sacaron de Nueva Jersey

en volandas.

El agente Jonah Dreyfuss era un tipo fornido que lucía un corte de pelo similar al de los militares y tenía las pobladas cejas tan llenas de cicatrices que Martin hubiera jurado que en sus ratos libres practicaba algún tipo de deporte de contacto, como el boxeo. Parecía genuinamente preocupado por la presencia de Martin en el helicóptero y, en resumen, por su participación en la operación. Martin podía apreciarlo en el omnipresente fruncimiento de ceño que arrugaba su frente y juntaba sus cejas de tal modo que parecían una única tira de pelo rojizo.

*Boxeador y posible descendiente de irlandeses*, pensó Martin. No resultaba extraño que no confiase en nadie.

Sin embargo, el robusto agente tenía algo de razón en preocuparse. Habitualmente los psicólogos criminalistas no formaban parte de las operaciones tácticas, ni se las tenían que ver con los asesinos sobre los que escribían sus perfiles. La mayoría de las veces llevaban a cabo su labor en la seguridad de sus oficinas, inmersos en los numerosos informes policiales, fotografías de la escena, transcripciones de interrogatorios y formularios de pruebas, que recibían de los detectives de homicidios o sus compañeros en el FBI. ¡Demonios, un perfilador de asesinos ni siquiera visitaba una escena del crimen recién descubierta! El agente Jonah Dreyfuss estaba informado de que Martin tenía algún tipo de entrenamiento táctico y esto sumaba algunos puntos en su favor, pero no estaba seguro de cómo iba a comportarse el psicólogo criminalista bajo el estrés de una operación real.

Como si adivinase los pensamientos del otro, Martin reflexionaba sobre su presencia en la operación. Estaba convencido de que el irlandés pensaba que no era más que una carga y que su unidad tendría que vigilarle de cerca en cuanto entrasen en acción, disminuyendo su atención sobre el objetivo y poniendo en riesgo a todo el mundo. Martin no podía estar más de acuerdo con él.

—No hay duda posible. Tenemos un testigo cuya descripción coincide con la de El Artista. —Martin no pudo evitar mostrar su desagrado cuando escuchó por segunda vez el apodo.

Gareth Jacobs Saunders, clasificado dentro de las tres categorías del doctor Robert Hare como un psicópata primario o «auténtico», era un narcisista obsesivo-compulsivo que había dejado tras de sí un rastro de nueve asesinatos conocidos. Saunders fue apodado El Artista por la prensa sensacionalista porque cuando la unidad especial a la que pertenecía Martin descubrió su identidad, hallaron en su domicilio unas macabras esculturas con los órganos y miembros amputados de sus víctimas. Desgraciadamente fue lo único que hallaron en el lugar y Saunders había permanecido en la sombra desde entonces.

Martin despreciaba la afición que tenía la prensa y algunos de sus propios compañeros de ponerles mote a los asesinos. Abiertamente opinaba que ello solo conseguía efectos negativos para la justicia porque hacía que el ego de los monstruos creciese junto con su notoriedad. Muchos de ellos mataban para buscar popularidad y

los pseudónimos únicamente contribuían a hacer crecer sus leyendas. Cuanto más terrorífico o impactante fuera el nombre más seguro era que se produjesen nuevas víctimas.

—El bosque en esa parte del estado tiene una vegetación muy densa. Es un lugar perfecto para ocultarse. —Continuó el agente Dreyfuss—. Además se encuentra muy cerca de la frontera canadiense.

—No es eso, lo que me inquieta. Es el testigo. Gareth Jacobs no ha dejado ninguna pista en las escenas de sus asesinatos. Siempre ha sido muy meticuloso. —Martin estaba recapacitando en voz alta, dejando fluir sus pensamientos, correlacionando uno con otro, en una cadena de razonamiento que esperaba le condujera hasta lo que le preocupaba—. ¿Por qué dejar con vida al testigo?

El agente Jonah Dreyfuss se encogió de hombros y respondió:

—El Artista es un chalado. Un psicópata que mata a sus víctimas, les amputa parte de sus cuerpos y hace esculturas con ellas, como si fuesen restos de metal o de bronce. Tarde o temprano iba a cometer un error y lo atraparíamos. Bien, pues este ha sido su primer y último error. Dejarse ver por un fumeta ecologista que se encontraba acampando por el lugar. ¿Sabe que al chico le encontraron una bolsa con medio kilo de marihuana?

Martin hizo un esfuerzo en ignorar los comentarios del agente del IRGC, la Unidad de Rescate de Rehenes del FBI y responsable de algunas de las operaciones tácticas más peligrosas del estado.

—La cabaña donde dice el testigo que vio a Saunders, ¿se encuentra cerca de los circuitos comunes visitados por campistas o cazadores? —Preguntó, pensativo. Poco a poco, sentía una bola de inquietud crecerle en el estómago como un balón de playa al que le inyectan aire a pleno pulmón.

—No, la verdad es que está bastante aislada y solo un golpe de suerte hizo que el testigo se topase con el lugar. —Respondió el otro.

Martin le interrogó con la mirada y Dreyfuss se limitó a encogerse nuevamente de hombros antes de contestar.

—Es una zona boscosa muy espesa, no resulta muy difícil perder el norte y desorientarse, salvo que sepas exactamente a dónde te diriges. El fumeta había pasado el día haciendo un poco de montañismo y echándose unos canutos y terminó extraviándose. Vagaba por el bosque cuando se topó con la cabaña por casualidad y decidió acercarse a pedir ayuda. Entonces, vio a Saunders y le reconoció por la fotografías aparecidas en la prensa y las televisiones.

Martin volvió a arrugar el entrecejo. Nada de todo aquello tenía el menor sentido. No creía en las casualidades, a lo largo de su carrera profesional había podido comprobar que tal cosa no existía y que siempre había un motivo superior, y a menudo oculto, por el que las cosas sucedían. Todo el asunto le olía a chamusquina y, definitivamente, no le gustaba.

—Tardó buena parte de la tarde en encontrar el camino de regreso y en contactar

con las autoridades. —Concluyó Dreyfuss.

Las autoridades, a las que se refería el agente Jonah Dreyfuss, se trataban de una pequeña oficina mercantil situada en Polebridge, una minúscula localidad no incorporada al territorio norteamericano, cercana al lago Bowman, que recibía su nombre por el puente de madera que antiguamente unía el Parque Nacional de los Glaciares con la Carretera Secundaria 486.

Los responsables de la oficina mercantil o «Merc», como se la conocía por los alrededores, habían telefoneado al sheriff de Kalispell y este a la división del FBI en Glacier, Montana. A Martin no le costaba imaginarse la sorpresa inicial del agente especial que se encontraba al mando de la oficina de Glacier, los momentos de pánico y las dudas posteriores a la llamada, y, después, al mismo individuo haciendo sus propios cálculos para salir de la fosa séptica que solían ser las pequeñas oficinas regionales. Si la operación resultaba un éxito y El Artista era apresado, la promoción estaba asegurada para todos los agentes que hubieran tomado parte en la captura.

Para cuando la Unidad de Ciencias del Comportamiento, más conocida por el acrónimo IRGC, se hizo eco de la localización del peligroso asesino, la maquinaria burocrática ya se había puesto en marcha, acelerada por la ambición de todos los agentes y departamentos involucrados.

La operación de caza y captura se estaba cocinando sobre el terreno y prometía arrasarse la pequeña cabaña de montaña con la fuerza de una onda expansiva.

Y, en esos momentos, el agente especial Martin Cordero, se encontraba en el epicentro de todo el asunto.

El edificio del Tribunal Superior de Rhodes se encontraba en la calle South Broad, un edificio semicircular de tres plantas, cuyas paredes encaladas resplandecían bajo el sol de la mañana. En su interior, los pasillos y recibidores bullían con vida propia y se hallaban atiborrados de agentes de policía, miembros de la prensa y, sobre todo, curiosos. Morbosos ciudadanos ávidos de noticias escabrosas y de llenar sus vidas de instantáneas excepcionales con las que animar sus aburridas veladas de fin de semana. Nadie quería perderse el juicio del año. El Estado contra el Dr. Laurel P. Donnegan. O lo que era lo mismo, en el lenguaje periodístico y en los titulares de prensa: EL ESTADO CONTRA EL DR. MUERTE. El caso contra el asesino en serie oriundo de Nueva Jersey que se encontraba en sus primeros días de juicio.

Uno de los suyos.

Esa mañana, la fiscalía se encontraba inmersa en dibujar el cuadro de la personalidad criminal del doctor Donnegan. Si todo salía según planeado, al final del día, tanto el jurado como los pocos privilegiados que habían conseguido un sitio en el interior de la sala, no tendrían ninguna duda de que el doctor Laurel P. Donnegan era un completo monstruo.

Y en esos menesteres se hallaba el agente especial del FBI, Martin Cordero, seis horas antes de surcar en helicóptero los cielos de Montana. De familia inmigrante española, Martin se había convertido en el nuevo *golden boy* del FBI y era el responsable directo de la captura del asesino en serie de New Jersey. Martin no tenía duda alguna sobre la culpabilidad del doctor Donnegan. Ni un gramo de duda. Sin embargo, la oficina del fiscal todavía tenía que construir su caso en los tribunales y el análisis psicológico que se estaba exponiendo en esos momentos, resultaba una pieza clave para el éxito. La primera piedra, se podría decir.

En la sala del excelentísimo juez Lawrence D. Wallace, el bullicio se hallaba un poco más controlado. Sobre todo porque el juez trataba por todos los medios de que la excitación que suscitaba el juicio no se desbordase y se apoderase de la espaciosa sala, decorada con bancos de caoba y paredes cubiertas con los retratos de los jueces que le precedieron en el puesto.

El juez se hallaba sentado en su sillón presidiendo el estrado con sus largos y

huesudos dedos formando un triángulo delante de su boca, mientras escuchaba con atención la declaración de Martin. A su derecha, siempre al alcance, reposaba el ajado martillo con el que tantas veces había mandado callar a los presentes.

—En mi experiencia... —Estaba diciendo Martin desde el sillón de los testigos en el que se sentaba. Su voz era segura pero estaba marcada por un cierto deje hispano. Aunque pertenecía a una familia inmigrante de segunda generación y había nacido en los Estados Unidos; de alguna manera, sus raíces ibéricas se habían mantenido desde sus abuelos y permanecían muy presentes en sus rasgos y en su acento—. El acusado muestra los efectos represivos de una psique enferma, que se manifiestan en forma de torturas de carácter sexual. Torturas a las que somete a sus víctimas antes de acabar con sus vidas, atravesándolas el corazón con un punzón.

Aunque el tono neutro de su voz no lo dejaba entrever, el agente especial Martin Cordero pensaba que el doctor Donnegan era literalmente un monstruo. Martin creía firmemente en la existencia de los monstruos. Monstruos que no se ocultaban bajo la forma de licántropos o vampiros, que no eran criaturas fantásticas nacidas en laboratorios. Martin creía en los monstruos reales. Y eran todos humanos. Como tú y como yo. Personas de aspecto ordinario que eran capaces de cometer los actos más abominables que uno pudiera imaginar sin experimentar el más mínimo atisbo de remordimiento.

Esos eran los asesinos que Martin Cordero perseguía.

—Entonces, es su opinión agente Cordero...

A Martin le incomodaba visiblemente que el voluminoso abogado que encabezaba la terna de abogados que representaba a la defensa, repitiese constantemente la palabra «opinión» en sus preguntas, y se removió en el sillón con fastidio.

Desde el comienzo de su declaración, el letrado, enfundado en un traje Oxford de color gris que se le estiraba demasiado en la zona de la barriga, había tratado de menoscabar la profesionalidad de Martin, insistiendo en que las Ciencias de la Conducta, en las que Martin había basado el perfil psicológico del doctor Donnegan, eran poco menos que juegos de birlibirloque. Y, por tanto, trataba de ponerlas a la altura de la rebatible opinión de un testigo inseguro.

Martin despreciaba todas esas triquiñuelas de leguleyos. Desde la primera vez que tuvo que poner un pie en la sala de un tribunal para exponer un perfil criminal psicológico, los abogados no habían colaborado demasiado con él, poniendo constantemente en tela de juicio sus conclusiones. Por tanto, los aborrecía. Pero en aquella ocasión, el perfil que había realizado del doctor Donnegan terminó resultando determinante en la captura del infame asesino en serie.

—Agente especial... —Interrumpió al abogado.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Es agente especial Martin Cordero, letrado.

Un atisbo de confusión bailoteó en los ojillos de cochillino del defensor, pero se

rehízo rápidamente. *Un cochillino muy listo, no cometes el error de infravalorarlo*, se dijo así mismo Martin. Aunque se permitió secretamente disfrutar del momento, cuando algunas risas se escucharon entre la audiencia. Una vez se hubieron calmado, la furia había sustituido a la confusión y el abogado defensor contraatacó:

—Agente especial Cordero, —dijo, remarcando las dos primeras palabras—. Usted ha elaborado el perfil psicológico entregado por la fiscalía como prueba y que ayudó a identificar al doctor Laurel P. Donnegan como el Dr. Muerte. ¿No es así? — Antes de que Martin pudiera responder, el abogado continuó—: Pero ¿cómo pudo estar seguro de que el defendido, reputado doctor y miembro destacado de su comunidad, encajaba con el perfil psicológico que usted elaboró? Quiero decir, ¿acaso se entrevistó con él? ¿Cruzaron alguna palabra previamente a su encuentro en el club de golf de Crystal Springs?

Durante toda la mañana, Martin había mantenido su vista fijada sobre el doctor Laurel P. Donnegan, como si buscara un combustible emocional en la postura de suficiencia que mantenía el acusado. Algo para encender su ira y aprovecharlo para no cometer errores en su declaración. Apretó los labios levemente y giró la cabeza para enfrentarse al obeso letrado. Había llegado el momento y estaba preparado. Finalmente, la defensa había descubierto su mano y después de varias horas de preguntas triviales y sin dirección, se había metido en faena, como se suele decir. Su táctica consistía en poner en duda que el doctor Donnegan encajase en el perfil psicológico elaborado por Martin y que había ayudado a seleccionar su nombre entre una extensa lista de posibles sospechosos que pertenecían al club de golf. El perfil y una buena cantidad de pruebas circunstanciales que habían conseguido amasar hasta ese momento, pero que no habían podido ser corroboradas hasta después de la detención, consiguieron que la unidad especial encargada de la investigación obtuviese una orden judicial para registrar las propiedades del doctor Donnegan. Durante el registro de su consulta médica encontraron las pruebas incriminatorias. Si el perfil era incorrecto, la orden estaría en tela de juicio, y las pruebas serían inadmisibles. Una jugada muy arriesgada pero que de resultar victoriosa sería demoledora para las posibilidades de victoria de la fiscalía.

—Estaba tan convencido de que el perfil era acertado, como lo estuve en cuanto revisé las fotos de las víctimas contenidas en la memoria IRGC que encontramos adherida a la parte trasera de un archivador. Un escondite muy original, debo añadir.

De nuevo las risas se apoderaron de la sala.

—¡Protesto, señoría! —El abogado defensor trataba de hacerse oír por encima del martilleo del juez Wallace, llamando al orden a los asistentes—. Le ruego que indique al testigo que se limite a contestar a las preguntas sin emitir juicios de valor. — Continuó el abogado, más calmado.

—Se admite la protesta. —Respondió el juez, mientras se giraba hacia Martin para dirigirle una mirada admonitoria de láser—. Agente especial Cordero, espero mucho más de un representante del FBI. No toleraré que convierta esta sala en un

circo con su humor de comediante de medio pelo.

—Lo siento, señoría. No volverá a pasar.

El abogado defensor sonrió complacido y reanudó sus preguntas. En ese momento, Martin deseó con todas sus fuerzas poder borrarle la sonrisa con los puños. Casi pudo sentir como la rosada y blanda carne de los regordetes labios se abría bajo sus nudillos, dejando paso a un torrente de sangre. Suspiró hondo y clavó la mirada en el abogado. No podía quitarse de la cabeza la sensación de calidez mientras el rojo líquido resbalaba entre sus dedos.

—Agente especial Cordero, la defensa ha demostrado con la declaración de varios testigos que el doctor Laurel P. Donnegan es un ciudadano ejemplar y muy estimado en su comunidad. Ha demostrado también que no existen problemas en su familia. Su mujer y sus hijos le adoran, es un padre y un esposo modelo...

Martin apretó lo dientes hasta que le rechinaron.

—Si tiene algo que decir, letrado, dígalo; no se ande con rodeos. —Volvió a interrumpir al abogado, quien inmediatamente se giró hacia el juez con los brazos levantados, suplicante.

—Señoría...

El juez Wallace se dirigió de nuevo hacia Martin y le advirtió:

—Agente, no se lo repetiré una vez más, límitese a responder a las preguntas de la defensa o me verá obligado a imponerle una multa por desacato.

Decididamente, Martin no estaba pasando por uno de sus mejores momentos. Detestaba a los abogados y, en especial, a quienes defendían a los criminales más violentos por una jugosa cantidad de dinero, sin importarles las atrocidades que hubieran cometido. En realidad, Martin no tenía ningún problema con el derecho a tener un juicio justo. ¡Demonios, ni siquiera tenía problemas con los juicios justos para los asesinos en serie! Pero sí tenía problemas con los defensores que manipulaban los hechos para crear falsas dudas razonables, que interpretaban las declaraciones de los testigos, retorciéndolas, con la intención de confundir a los jurados. Con esas alimañas, Martin, sí tenía problemas. Podría encerrarlos a todos en la misma celda y luego tirar la llave a la Fosa Mariana, sin ni tan siquiera pestañear por el remordimiento.

En ese momento, el juicio fue interrumpido bruscamente. Ambas puertas de la sala se abrieron al unísono y dejaron entrar a una comitiva de hombres con trajes oscuros, precedidos por alguien a quien Martin conocía muy bien y a quien le sorprendió ver en Nueva Jersey.

—Señoría, solicito acercarme al estrado. —El hombre hablaba con la voz autoritaria de quien estaba acostumbrado a dar órdenes y que se obedecieran casi inmediatamente.

El murmullo de los asistentes fue in crescendo hasta convertirse en una algarabía de preguntas sin respuesta y caras de asombro. Interrumpir un juicio de aquella manera era algo sumamente anormal y tratándose del juicio del Dr. Muerte,



suposiciones de lo más inverosímiles, cruzaban por las cabezas del público como centellas.

—¡Orden, orden! —Gritaba el juez Lawrence D. Wallace, intentando hacerse escuchar por encima del runrún que se había apoderado de la sala—. Espero que tenga un buen motivo para irrumpir en la sala de mi tribunal y entorpecer esta causa.

—Le pido disculpas, su señoría pero, en efecto, tengo buenas razones para interrumpir esta causa. —Martin contemplaba la escena tan atónito como cualquiera de los asistentes—. Soy el ayudante del director del FBI James O’Brady...

—Sé quien es el director O’Brady. —Replicó el juez Wallace con acritud—. Esto es ciertamente irregular y no estoy dispuesto a permitir que mi corte se convierta en el hazmerreír del sistema judicial. Dígame, ¿cuál es ese motivo tan importante?

—Una vez más, le pido disculpas, su señoría y solicito su permiso para acercarme al estrado.

Con paso firme que no dejaba lugar a dudas, el convidado de piedra en el juicio contra el Dr. Muerte, se aproximó al juez mientras echó una mirada de soslayo en la dirección de Martin.

—Señoría, necesito que releve al agente especial Cordero de su condición de testigo. —El ayudante del director hablaba con la voz más baja que pudo conseguir—. Necesito que el agente especial me acompañe en este preciso instante.

A su espalda, la corte de abogados defensores del doctor Donnegan trataba por todos los medios de llamar la atención del juez para, de algún modo, aprovecharse de la situación en beneficio de su defendido.

—Aquí tiene una orden firmada por el fiscal general para que permita al agente especial que abandone esta causa y me acompañe inmediatamente.

El griterío en el tribunal ya había alcanzado un grado de paroxismo y todo el mundo trataba de aguzar el oído para escuchar la conversación entre el juez y el ayudante del director del FBI.

—¡Orden en la sala! —Gritó el juez Wallace, por enésima vez, antes de arrancar malhumorado el documento de la mano del ayudante del director. En su rostro, el asombro se mezclaba con el evidente enojo que sentía—. ¡Orden en la sala, o me veré obligado a pedir al alguacil que la desaloje! —Gritó una vez más antes de leer el papel y anunciar, para asombro de todos, incluido el del propio Martin:

—Agente especial Martin Cordero queda usted excusado de los procedimientos de este juicio y le pido que acompañe inmediatamente a estos caballeros fuera de la sala.

Atónito, Martin abandonó el estrado y se dirigió hacia el pasillo que conducía a las puertas de entrada. Cuando se puso a la altura del ayudante del director, masculló entre dientes:

—Supongo que sabrá lo que está haciendo, porque acaba de darle una oportunidad de oro a la defensa para liberar al doctor Laurel P. Lonnegan. Espero que esté preparado para vivir con las consecuencias que supone dejar en la calle al Dr.

Muerte.

—No se preocupe por eso ahora, agente especial Cordero. —Contestó el ayudante mientras que, sin perder un instante, conducía a Martin fuera de la sala y en dirección a la calle—. Ya hemos seleccionado a otro agente para que le sustituya en el juicio y declare en su lugar. El agente Michael Zahn.

Michael Zahn había sido otro de los agentes del FBI asignados a la unidad especial, creada específicamente para capturar al doctor Lonnegan. No poseía el conocimiento de psicología criminal de Martin pero su declaración, junto con las notas y grabaciones sobre el caso del propio Martin, podrían resultar suficientes para condenar al doctor. No era como tener al *golden boy* en el estrado pero bastaría.

Mientras caminaba, Martin podía ver a los miembros de la prensa tomar notas furiosamente en sus agendas. Algunos incluso ya se habían levantado, teléfono móvil en mano, y se dirigían con apremio hacia la puerta. Aquel espectáculo añadiría todavía más leña a la leyenda que se había creado en torno a su figura de gran cazador de asesinos en serie.

—Entonces, dígame que sucede. —Quiso saber Martin, intentando abstraerse de lo que sucedía a su alrededor.

Varios fotógrafos gráficos trataban de obtener una instantánea del momento, mientras eran repelidos por estópidos agentes de policía que trataban de formar un cordón por el que avanzaban Martin y el ayudante del director.

—¿Qué es tan importante, como para sacarme del juicio del año?

Ya en el exterior se encaminaron sin pausa hacia un Lincoln Navigator negro que aguardaba en la puerta. Sendos agentes del FBI se encontraban custodiando las puertas del vehículo y las abrieron en cuanto los dos hombres llegaron a su altura. Martin pudo distinguir el bulo de las armas tensando la tela de sus trajes oscuros.

En ese momento, mientras se hacía a un lado para que Martin accediese al interior del vehículo, el ayudante del director se limitó a decir:

—El Artista ha regresado.

# 3

## *PARQUE NACIONAL DE LOS GLACIARES, MONTANA*

¿Por qué el campista se había alejado tanto de los circuitos habituales? Martin no acababa de comprenderlo, comenzaba a sentirse irritado. No porque sintiera que el agente Dreyfuss estuviera menospreciando a Gareth Jacobs Saunders sino porque tenía la certeza de que había algo raro en todo el asunto. Algo que no alcanzaba a comprender y sobre lo que sus tripas le advertían mandando punzadas de aprensión a todo su ser. Martin sentía que no estaba en la onda correcta con la situación y tenía la impresión de que ello conllevaría una tragedia.

Un crujido en la radio del Black Hawk hizo que el pulso de Martin se acelerase, mientras trataba de mantener su respiración calmada, la voz del piloto inundó su cerebro, transmitida a través de los enormes auriculares que llevaba puestos.

—Caballeros, prepárense. —Informó el piloto—. Estamos aproximándonos al destino. El tiempo estimado de llegada es de quince minutos. Ahí fuera se está poniendo muy feo, tenemos casi encima una tormenta que viene por el noroeste.

Tras el anuncio, Martin permaneció con los ojos cerrados unos instantes, concentrado en inspirar y expirar el aire de sus pulmones rítmicamente. A su espalda, escuchaba la lluvia golpear contra el fuselaje del Black Hawk como si pretendiera traspasarlo. Las cuatro palas del rotor del helicóptero batían el aire con determinación y producían un cadencioso sonido que invitaba a dormir.

Desarrollado por la compañía Sikorsky Aircraft, el Black Hawk se hizo mundialmente famoso por haber tenido un papel destacable en la incursión que acabó con la vida de Osama bin Laden en 2011. Aquel modelo había sufrido una serie de severas modificaciones para disminuir el ruido de sus dos motores General Electric T700 y la incorporación de una sección de cola completamente renovada.

Entonces la voz nasal del agente Dreyfuss restalló en su cabeza mientras comenzaba a detallar los pormenores tácticos de la operación.

—Atención, cuando toquemos tierra, nos separaremos en dos equipos. Bravo Uno y Bravo Dos. Agente especial Cordero, usted formará parte del equipo Bravo Dos, que permanecerá en la retaguardia mientras que Bravo Uno hará de avanzadilla. Bravo Uno, ustedes realizarán una exploración perímetral del lugar y lo asegurarán antes de que el equipo Bravo Dos proceda a acceder a la cabaña.

Las caras tensas de los miembros de la Unidad de Rescate de Rehenes indicaban que estaban preparados para la acción. Varios de ellos realizaban una última revisión rutinaria a sus armas, consistentes en fusiles de asalto Colt y chequeaban sus gafas de visión nocturna AN/AVS-6 montadas sobre los cascos. Martin hizo lo propio con su pistola reglamentaria Sig Sauer y la pequeña linterna Maglite que llevaba acoplada al cañón. Al lado de los imponentes fusiles de asalto, la ligera pistola parecía un juguete y, en cierto modo, le hacía sentirse un poco desamparado.

En ese mismo momento se dio cuenta también de que estaba hambriento. No había comido nada desde que le sacasen de manera tan poco ortodoxa del sala del Tribunal de Justicia de Rhodes y le condujeran sin muchos preámbulos a su apartamento para equiparase y de ahí al helipuerto donde les aguardaban el resto de los integrantes de la unidad de respuesta táctica y los dos Black Hawks. Su estómago comenzaba a moverse al compás de las sacudidas del helicóptero y amenazaba con expulsar la poca materia sólida que contuviese.

Martin nunca hubiera sospechado que Saunders abandonaría la ciudad que había sido su coto de caza particular y buscarse refugio en un paraje tan remoto. Aquello no estaba contemplado en el perfil que había elaborado de Saunders durante el último año. Se preguntaba qué tendría de especial aquel lugar. Estaba seguro de que algo se le escapaba y ello le hacía enfurecer.

La investigación de Gareth Jacobs Saunders había comenzado trece meses atrás, cuando unos trabajadores de la construcción que estaban demoliendo un viejo almacén se encontraron con una de las macabras esculturas del asesino. Saunders había dispuesto en forma de abanico o espiral media docena de brazos seccionados, unidos en el centro por un alambre de acero. Vistos desde arriba los brazos formaban un enrojecida flor recién abierta. En ese momento, el IRGC se hizo cargo de la investigación y comenzó a elaborar el perfil psicológico. Martin ya había advertido a sus jefes de la presencia de un asesino depredador en la zona pero hasta la fecha no había podido relacionar los asesinatos entre sí. El apodo de El Artista vino después, cuando varios agentes del FBI dieron con la casa de Gareth Jacobs y esta apareció plagada de esculturas, como una galería de arte. Sangrientas piezas artísticas de carne y hueso humanos. Cuando pisó por primera vez la casa que Gareth Jacobs llamaba su hogar, Martin había sentido como si entrase en una representación real de los nueve círculos del infierno de Dante.

La luz interior del Black Hawk se apagó de repente y la cabina se quedó iluminada tan solo con las lámparas de situación de combate que emitían una luz difuminada de color rojo.

—Cinco minutos para llegar al destino. —Anunció el piloto. Y su voz fue sustituida inmediatamente por la de Dreyfuss.

—Señores, no sabemos qué vamos a encontrarnos ahí abajo, así que mantengan los ojos bien abiertos y vigilen sus espaldas. —Aconsejó—. No importa lo buenos que sean o que crean ser, ahí fuera estaremos casi ciegos por culpa de la tormenta y

Saunders tendrá ventaja sobre nosotros. Recuerden, bajo ningún concepto permitan que dicte las reglas del juego.

Martin afirmó levemente con la cabeza de manera aprobatoria. Sin lugar a dudas, el agente Jonah Dreyfuss sabía lo que se traía entre manos. Pasaron los segundos, luego los minutos y entonces una señal acústica les indicó que habían llegado. Martin Cordero inspiró con fuerza y trató de visualizar la maniobra de desembarque antes de iniciarla, esperando no cometer el tipo de errores que pondrían en evidencia su falta de experiencia en esos menesteres. Cuando llegó el momento, estaba todo lo preparado que cabía esperar.

—Otro día, otro dólar. —Masculló el agente que se encontraba junto a él. Luego, le guiñó un ojo y salió por el portón.

En silencio y con la destreza que proporcionaba haber repetido el mismo baile en innumerables ocasiones, los miembros del IRGC descendían del Black Hawk y se fundían en la noche sin estrellas.

*A mí no me pagan por esto*, pensó Martin hoscamente y siguió al agente lo mejor que pudo. En un abrir y cerrar de ojos, se encontró al amparo de un grupo de arbustos, mientras el equipo Bravo Uno ya se adentraba en la espesura, delante de ellos.

El batir de los rotores de los dos Black Hawks apenas se hacía sentir ante la fiereza de la tormenta que caía inclemente sobre sus cabezas. Las ramas de los árboles se combaban bajo la fuerza del viento y dibujaban sombras sobre el suelo que se estiraban y encogían como si tuvieran vida propia. La densa niebla que emanaba del suelo, recubierto de espesa vegetación, formó alocados remolinos cuando los rotores de los helicópteros aceleraron y estos levantaron el vuelo. Restos de hojas y lluvia golpearon el rostro de Martin, quien hacía todo lo posible por protegerse la cara con el brazo levantado.

Entonces se produjo el brillante resplandor de un relámpago. A continuación, otro.

El agente Jonah Dreyfuss se volvió hacia sus hombres y ordenó avanzar con una sacudida de su mano, los dedos índice y corazón estirados, señalando el camino. Martin recorrió en silencio los pocos metros que le separaba de la primera hilera de árboles por dónde había desaparecido el equipo Bravo Uno. Su cuerpo ya estaba completamente empapado por el sudor creado por sus nervios y la lluvia. La adrenalina que fluía como un torrente por sus venas hacía que le temblasen las piernas en un frenético baile de San Vito.

De nuevo, un relámpago volvió a inundar de luz el paisaje. La mesosfera estallaba bajo la fuerza sónica de un trueno brutal que hizo que Martin se encogiera bajo el estruendo, mientras trataba por todos los medios de seguir el paso del resto de agentes. Tenía que conceder que aquellos hombres estaban bien entrenados y se movían entre la espesura sin apenas hacer ruido.

A su derecha, con una separación de diez metros, avanzaba el otro equipo.

Caminaban en fila de a uno, con una estudiada posición táctica que permitía que cada uno vigilase la espalda de quien tenía delante y, al mismo tiempo, el flanco contrario. Los cuerpos encogidos y tensos, listos para la acción. De repente, el agente que abría la marcha se detuvo bruscamente y levantó el puño haciendo una señal para que aguardasen. El grupo de Martin también se quedó inmóvil en el sitio. En el entrenamiento táctico del FBI te enseñaban a anticiparte a cualquier amenaza, visible o invisible. A planificar la manera de aproximarte hacia lo desconocido. Responder con calma ante situaciones caóticas. Orden contra caos. Pero nada te preparaba para enfrentarte a alguien como Gareth Jacobs. Y, de algún modo, Martin podía leer la tensión y el miedo reflejados en los cuerpos de los agentes que le acompañaban. Todos y cada uno de ellos había leído los informes, visto las fotografías forenses, comentado las noticias.

Y todos y cada uno de ellos sentía miedo.

Reanudaron la marcha y al poco tiempo volvieron a detenerse. Varios intercambios de señas indicaron que habían llegado a su destino. Tras una pequeña abertura en la espesura arbolada se encontraba la cabaña. Martin inspiró profundamente varias veces para recuperar el aliento, mientras se encogía sobre sí mismo y aguardaba con el resto de su equipo.

—Bravo Uno en posición. —Susurró una voz en la oreja de Martin. Antes de bajar del Black Hawk, el agente Jonah Dreyfuss le había proporcionado una radio y un diminuto auricular que se insertaba en el interior de la oreja para que pudiera comunicarse.

—Bravo Uno, avancen hasta el claro y realicen una inspección perimetral. Solo reconocimiento, si ven al objetivo la regla de enfrentamiento es que no establezcan contacto y mantengan su posición. Repito, no quiero ningún contacto con Saunders. ¿Entendido?

—Entendido. —Contestó otra voz en la radio.

Martin, agazapado y a cubierto entre unos arbustos, pudo ver que el equipo Bravo Uno se ponía de nuevo en marcha, esta vez caminando con mucha más cautela. Dio unos golpecitos en el hombro del agente que tenía frente a él y le pidió sus gafas de visión nocturna. El otro se quitó el casco a regañadientes y se lo pasó. El resplandor verdoso de las gafas le permitió ver la silueta fantasmagórica de la cabaña. Era una estructura destartalada, del tipo que uno esperaba ver en una película de terror tipo *Viernes 13* o en una atracción de parque diseñada para asustar adolescentes con acné y hormonas revolucionadas.

La parte principal de la cabaña estaba construida en madera y disponía de dos ventanucos circulares que flanqueaban la puerta de entrada. Mas allá, el resto de la construcción se hallaba semienterrado entre las ramas de los enormes árboles que la rodeaban. Parecía que toda la cabaña hubiera brotado directamente del suelo, como un árbol más, en vez de haber sido construida por una mano humana. Unos podridos escalones daban acceso al porche en el que colgaban adornos que se mecían

salvajemente a merced del viento. La fuerte lluvia impedía que Martin pudiese ver de qué estaban fabricados los adornos o adivinar su forma exacta, pero un escalofrío recorrió su empapada espalda.

Entonces, un fuerte relámpago se abrió entre las copas de los árboles y un estallido de verde fósforo centelleó ante sus ojos, cegándolo por unos instantes.

—¡Joder, el maldito rayo me ha dejado ciego! —Gruñó alguien en la radio.

Inmediatamente la voz autoritaria del agente Dreyfuss rugió en su auricular.

—Mantengan el silencio en la radio. Que nadie vuelva a usar la radio sin mi permiso y sería mejor también que no usen las gafas de visión nocturna, si la tormenta sigue teniendo aparato eléctrico no podremos ver nada aquí fuera.

Martin maldijo para sus adentros y se disponía a quitarse el casco con las gafas AN/AVS-6 y devolvérselo al agente cuando algo captó su atención en una de las vigas del porche. Algo que despertó todas las alarmas de su mente y envió una descarga de puro terror a su sistema nervioso.

—¡Dreyfuss, es una trampa!

—¡Maldita sea, he dicho que mantengan silencio en la radio! —Bramó el Agente Dreyfuss.

—Dreyfuss, soy Martin Cordero. ¡Retire a sus hombres! ¡Todo esto es una maldita ratonera! —Repitió—. Saunders sabe que estamos aquí... —No pudo seguir, Jonah Dreyfuss le interrumpió inmediatamente.

—Agente especial Cordero si no cierra su boca en este mismo instante, me veré obligado a excluirle de esta...

—¡Cállese y escúcheme! —Grito a su vez, Martin—. Sobre el porche, hay una cámara de vigilancia. Está oculta en una de las vigas transversales. Saunders sabe que estamos aquí.

—No se preocupe por eso, mis hombres están perfectamente cualificados para lidiar con cualquier eventualidad. —Respondió Dreyfuss—. Déjenos hacer nuestro trabajo y libere la radio.

—¡Pero, no lo entiende! ¡Es una trampa!

Martin estaba desesperado, la tozudez del agente Dreyfuss le impedía ver las cosas con claridad y, sin duda, estaba cometiendo un gravísimo error que podría acabar con la muerte de alguno de los agentes del IRGC. Pero Dreyfuss, como responsable de la operación, no estaba dispuesto a perder más tiempo y gruñó una última orden amenazadora por la radio.

—Agente Byrne, si el agente especial Cordero vuelve a proferir una sola palabra más, tiene mi permiso para retirarle su arma y esposarle. ¿Ha entendido?

—Alto y claro, señor. —Respondió el agente al que Martin había pedido prestadas las gafas de visión nocturna.

—Perfecto, entonces. —Continuó Dreyfuss dando por zanjado el asunto—. Equipo Bravo Uno, ¿cuál es su estatus?

—En posición. Ni rastro de Saunders.

—Recibido. Avancen en formación y entren en la cabaña. Estén alertas, al parecer tiene equipo de vigilancia instalado y podrían estar siendo vigilados. Quiero máxima precaución, pero si se produce el contacto tienen luz verde para usar sus armas. Repito, el uso de la fuerza armada está autorizado, si ven a ese hijo de puta de Saunders disparen a matar y pregunten después.

—Entendido, señor.

Martin se quitó finalmente el casco y se lo devolvió al agente Byrne, quien lo recogió mientras movía sus labios silenciosamente formando dos palabras: «Lo siento».

Martin se encogió de hombros y desenfundó su pistola Sig Sauer. Incluso a través de la espesa cortina de agua que caía sobre ellos, podía ver que el agente del IRGC estaba preocupado, quizás asustado, y no era para menos. Gareth Jacobs Saunders no era un enemigo al que menospreciar y si lo hacías, lo más probable es que te estuvieses jugando la vida en ello.

Y, como una premonición de lo que iba a suceder a continuación, un relámpago estalló sobre sus cabezas.



*LANSDOWNE, ANN ARBOR, MICHIGAN*

Antes de refugiarse en la cabaña de Montana, Gareth Jacobs Saunders había vivido en una casa de estilo ranchero localizada en un barrio residencial de Ann Arbor, la ciudad de los árboles. De una sola altura y ladrillo visto, la casa no era demasiado grande, ni ostentosa, tenía un tejado bajo de dos aguas y un garaje anexo a la vivienda. Desde fuera, no destacaba nada con respecto a las casas vecinas, era una casa como la demás. El pequeño jardín frontal, cuidado con esmero, cumplía con la regulación del cuidado y mantenimiento de jardines del vecindario; esa regla no escrita que determinaba la longitud de la hoja del césped, el tipo de árboles que se podían plantar, el color de las flores y todas esas cosas tan importantes para una barriada residencial de los suburbios. Viéndola uno pensaría inmediatamente que albergaba a la típica familia media norteamericana, no era difícil imaginar al cabeza de familia llevando a sus hijos al cercano estadio de *football* de la UM (Universidad de Michigan) o a pasar un día de picnic en el Parque Lansdowne.

Sin embargo, en la casa del 2260 Greenview Drive no había nada de eso. En su interior, no existía el amor familiar, no había risas juveniles, ni juegos infantiles en el desayuno. Sus habitaciones no cobijaban sueños para el futuro, no habían presenciado el primer beso de un amor adolescente, ni cobijaron bajo sus sábanas blancas el baile íntimo de dos amantes o la concepción de una nueva vida.

La casa del 2260 Greenview Drive ocultaba el horror más terrible de todos. El horror humano.

Gareth Jacobs Saunders no era un nativo de Anne Arbor o un «townie» como gustaban de llamarse a sí mismos. Había traído su monstruosa existencia de otro lugar, desconocido hasta la fecha, pues el FBI no había conseguido desenterrar el pasado de Saunders antes de establecer su residencia en la ciudad. Era como si no hubiera existido.

Los seis componentes del equipo IRGC de la Oficina Federal de Michigan se acercaron con precaución a la vivienda. Iban equipados con el uniforme completo y armados con subfusiles Heckler & Koch MP-5A1 de culata retráctil. Los agentes recorrieron los últimos metros del recortado césped encogidos sobre sí mismos y en fila india. El *briefing* táctico había especificado la posibilidad de que Saunders

estuviese armado y fuese altamente agresivo por lo que los agentes del IRGC se protegían con el cuerpo del compañero que caminaba en primera posición y, a su vez, este lo hacía tras un escudo antidisturbios fabricado con policarbonato transparente. En la cabecera, un segundo agente que portaba una barra Halligan, dio la orden de avanzar hasta la puerta. La barra Halligan era una herramienta inventada en los cuarenta por el jefe de bomberos del Departamento de Nueva York y que consistía en una hoja y un pico, soldados entre sí, que se utilizaba para la apertura rápida de puertas y verjas.

Cuando llegaron a la puerta, el agente que portaba la Halligan introdujo la hoja en el quicio y la forzó con un fluido movimiento. Al unísono, todo el equipo táctico se desperdigó por la casa para neutralizar y detener a los posibles ocupantes.

La casa estaba vacía.

El agente especial Martin Cordero se encontraba en la retaguardia, protegido tras la voluminosa masa de un Lincoln Navigator de color negro, cuando se distribuyó el mensaje de que la vivienda estaba despejada. Enfundó su semiautomática y se dirigió hacia la casa. Un agente del IRGC apareció de repente en la puerta y le hizo señas para que le siguiera. Desde el interior, alguien lanzó un grito.

—Aquí hay algo.

El agente de la puerta desapareció por unos instantes y regresó para dirigirse a Martin.

—Agente, será mejor que vea esto.

La reforzada puerta se encontraba oculta tras un panel de madera, debajo del hueco de las escaleras. Estaba cerrada bajo llave. Dos de los miembros del IRGC se colocaron a ambos lados, las armas preparadas para entrar en acción. Un tercero adosó una palanqueta junto a la cerradura y les lanzó una mirada a cada uno antes de forzar el panel metalizado. Martin empuñó con fuerza su propia pistola y apretó los dientes.

La jamba estalló con sonoro chasquido metálico que reverberó en la oscuridad. Ante ellos se abrían unas empinadas escaleras de hormigón y travesaños metálicas que descendían hacia la entrañas de la tierra. Martin dio un paso adelante dispuesto a dejarse engullir por la negrura del sótano pero el agente del IRGC que había manipulado la puerta le detuvo sujetándole por un hombro. Luego hizo una señal a sus compañeros, quienes encendiendo las linternas que llevaban adosadas a sus MP-5A1, comenzaron a descender. El otro agente les imitó sin dilación.

Y tras ellos, Martin.

El aire en el interior del sótano estaba sorprendentemente seco pero fresco al mismo tiempo. *Debe haber algún tipo de sistema de climatización*, pensó Martin, *como el de una bodega*. Resultaba evidente que aquel no era un sótano común, del tipo en el que uno iba acumulando los trastos viejos. Los crujidos que hacían sus pisadas en el suelo de cemento de la escalera restallaban en la cabeza de Martin, quien apretaba con tanta fuerza su pistola Sig Sauer que tenía los nudillos blancos

como el mármol. Y entonces, llegaron hasta lo que parecía un pasillo.

El agente del IRGC que iba en cabeza hizo un barrido con su linterna pero no consiguió traspasar la oscuridad que les rodeaba. La linterna, aunque de pequeño diámetro, emitía un haz de luz muy potente pero ineficaz ante la densa oscuridad que dominaba el sótano, cuya extensión parecía abarcar toda la superficie bajo la casa. Con toda la precaución de que fue capaz, el agente abandonó los escalones y puso un pie en el suelo buscando a ciegas un apoyo sólido.

De repente, en rápida sucesión, una hilera de luces fluorescentes se encendieron en el techo e iluminaron todo el pasillo.

Y el horror les dio la bienvenida.

Macabras esculturas hechas con restos humanos decoraban las paredes encaladas del pasillo. Como si estuviesen contemplando la exhibición de una galería de arte, brazos, piernas, torsos, incluso cabezas humanas, aparecían unidas entre sí y formaban grotescas figuras que colgaban de las paredes y el techo. Aquí, había una hilera de brazos y manos que brotaban del muro encalado como si quisiesen acariciar a quien caminase por el pasillo. Allá había tres torsos humanos entrelazados que formaban un demencial asterisco. En el techo, un grupo de piernas unidas por la cadera, giraban imitando las aspas de un ventilador infernal.

Los agentes del IRGC que acompañaban a Martin parecían desorientados, como si no supieran donde mirar. Uno de ellos se dobló sobre sí mismo y vomitó en sus propias botas. Otro manoteaba en busca de la radio para pedir ayuda. Martin apagó su linterna y se adentró en el pasillo procurando no rozarse con ninguna de las horribles esculturas. Estaba mesmerizado por el espectáculo.

El techo del sótano se encontraba surcado de gruesas vigas de madera que sostenían la vivienda que se levantaba por encima de ellos. Casi toda la superficie de las vigas se encontraba decorada con rostros humanos arrancados de sus dueños. Caras despellejadas de todo tipo de razas, edades y sexos. A Martin le fascinaba la inmensa variedad antropológica, había por lo menos cincuenta rostros, y ninguno tenía rasgos similares. También le espeluznaba que alguien pudiera construir aquella abominación en pleno barrio residencial de Ann Arbor, sin que nadie se hubiese percatado de nada, sin que ningún vecino hubiese sospechado. A su espalda, pudo escuchar los pasos de nuevos agentes del IRGC descendiendo por la escalera y, a continuación, las maldiciones que lanzaban ante el espectáculo. Y más vomitonas.

—Agente Cordero. —Llamó el agente Carruthers, responsable de la operación—. La casa está despejada. No hay ni rastro de Gareth Jacobs Saunders. ¿Qué tienen aquí abajo?

Martin se giró sobre sí mismo y contestó:

—Dolor. Mucho dolor.

El otro se limitó a señalar el final del pasillo y preguntó:

—¿Alguien ha revisado aquella zona de allí?

Martin echó un vistazo por encima del hombro del líder de la unidad y contempló

al resto de los agentes del IRGC con las caras descompuestas y los ojos abiertos como platos de puro terror.

—Supongo que nos tocará hacerlo a nosotros. —Dijo—. Sus hombres no parecen estar en muy buena forma.

El agente se encogió de hombros, impasible. Carruthers era el equivalente a un armario ropero con las venas de los brazos gruesas como cuerdas y un corte de pelo homogéneo de medio centímetro de longitud que sería la envidia del *marine* más celoso de las normas. Sus gélidos ojos grises miraban a un lado y a otro como si escanearan cada detalle del lugar.

—No será peor que limpiar de alimañas el sótano de mi casa. —Retortó, alzando su MP-5A1.

A pesar de la confianza de la que hacía gala el agente del IRGC a Martin le latía el corazón con fuerza, sentía que, de repente, su pecho quisiera estallar de pura aprensión. Sin embargo, siguió a Carruthers en silencio y dejó atrás la macabra exhibición. Al acercarse al final del pasillo, Martin advirtió que había otra habitación al otro lado de la pared blanca. Un falso panel encalado ocultaba el acceso a la vista de quien no se fijase demasiado. Dio unos golpecitos en la espalda del agente y le señaló el lugar.

La habitación era espaciosa y carecía completamente de mobiliario, si exceptuamos la moderna mesa de autopsias que había en su epicentro. Todo el lugar olía a antiséptico y a algo más. El olor cobrizo de la sangre, que flotaba en el ambiente como una miasma. Junto a la mesa de acero inoxidable, un carrito de quirófano contenía la más horripilante colección de instrumentos de tortura que Martin había contemplado jamás. Aquellas eran las herramientas de un demente.

—¿A quién demonios estamos buscando? —pregunto horrorizado Carruthers—. Este tipo no está bien de la azotea.

Martin no contestó inmediatamente, espeluznado levantó la mirada de la mesa de autopsia y observó el techo de la habitación. Se encontraba coronado de espejos. Soltó un grito ahogado. *Dios mío, pensó, están ahí para que sus víctimas puedan contemplar los tormentos a las que son sometidas.*

En el otro extremo del pasillo, se podían oír los pasos y las exclamaciones de pavor del resto de agentes del equipo del IRGC. Sin más dilación, Martin y el agente Carruthers terminaron de registrar la habitación sin descubrir nada más que la mesa de autopsias, en cuyo centro había un desagüe que aún contenía restos de sangre y cabello de la última víctima desdichada que estuvo allí amarrada.

—Aquí no hay nada más. —Informó Carruthers, pero Martin no estaba tan seguro. Sentía que algo se escapaba a su comprensión, que había pasado por alto algo sumamente importante... *El nivel de suelo, pensó.* Y a continuación lo repitió en voz alta.

—El suelo parece estar más alto en esta parte que en la entrada.

El agente Carruthers lo miró con extrañeza.

—No comprendo a qué se... —Y calló de repente.

Martin se había arrodillado en el extremo más alejado de la habitación y estaba golpeando salvajemente el suelo con la culata de su pistola.

—¿Qué demonios está...? —Carruthers no concluyó la pregunta. Martin había abierto una brecha en el suelo por la que introdujo la mano y, tironeando con fuerza, levantó una sección que tendría unas dimensiones de un metro de ancho por uno veinte de largo.

¡Había descubierto una trampilla en el suelo!

Martin dio un paso atrás sorprendido y horrorizado al mismo tiempo. La trampilla dejaba ver la parte de una caja cortada en los cimientos de la casa que parecía tener un tamaño algo mayor de un ataúd. Carruthers se acercó a él y espió en el interior, dejando escapar un gemido de pavor.

¡En su interior se encontraba la última víctima de El Artista!

*PARQUE NACIONAL DE LOS GLACIARES, MONTANA*

Sin apenas respirar, Gareth Jacobs Saunders se ocultaba en un falso hueco que había en la pared de la cabaña. A través de unas hábiles rendijas hendidas en la madera, el asesino contemplaba con furia apenas contenida, cómo los malditos agentes del FBI violaban la santidad de su refugio y descubrían la materia prima con la que pensaba esculpir sus próximas obras.

Saunders sentía una enorme opresión en el pecho y le costaba insuflar oxígeno en los pulmones. El espacio en el que se escondía era tan reducido que había tenido que expeler todo el aire para poder encajar la tapa y con ello hacer desaparecer todo vestigio de que allí había una oquedad.

Apretando los dientes y respirando un cuarto de su capacidad pulmonar con cada inspiración, aguardó en su escondite hasta que el último de los agentes dejó atrás su escondrijo. Entonces, muy despacio, empujó la tapa y salió a la estancia que hacía las veces de salón y de lugar de trabajo. Al principio del pasillo, junto a la puerta que daba acceso a la cabaña, pudo distinguir la silueta recortada de un agente que estaba montando guardia. Con la mirada enturbiada por el odio, se acercó sigilosamente al hombre y, con un movimiento fluido y violento, le sujetó la cabeza con su antebrazo y se la retorció hasta escuchar el crujido de los huesos de su cuello. En el exterior, el fragor de un trueno ocultó los últimos estertores del agente que boqueaba tratando inútilmente de respirar a través de su tráquea fracturada.

Entonces, Saunders se dirigió hacia el interior y desapareció engullido por la oscuridad de la casa.

Los miembros de la unidad Bravo Uno inspeccionaban la cabaña horrorizados ante el terrorífico espectáculo que contemplaban sus ojos. No había rastro de Saunders por ninguna parte. El lugar se hallaba repleto de estanterías dispuestas de tal manera que formaban una demencial maraña.

El agente Harold Hawkins se encontraba a la cabeza del grupo y barría con la luz de su linterna una pared que se hallaba completamente cubierta de anaqueles que contenían tarros llenos de restos humanos. Manos, pies, alguna cabeza, y otras cosas que Hawkins era incapaz de reconocer.

—Agente Dreyfuss, aquí Hawkins. —Llamó por la radio—. Este lugar es una

puta locura, hay trozos de cuerpos por todas partes y parece un condenado laberinto.

Una poderosa ráfaga de viento sacudió las ramas de los árboles y golpearon con fuerza las paredes de la cabaña. Los enormes cedros canadienses sacudían violentamente su follaje rivalizando en su estruendo con los propios truenos que retumbaban en el cielo.

Hawkins se giró bruscamente en dirección al ruido, su fusil de asalto Colt apuntando bien alto. Tenía los nervios a flor de piel y no era para menos. El condenado Saunders era un psicópata en toda regla, como los de las películas que adoraba cuando era adolescente. *La Noche de Halloween* y cosas así. Seguro que en esos momentos se ocultaba por ahí con una máscara sobre la cabeza y un enorme hacha entre las manos dispuesto a metérsela entre los omoplatos. Pues con él que no contase, a la menor señal de peligro estaba dispuesto a vaciar su cargador en el pecho del hijoputa. A su espalda, el Agente Wellman le observaba inquieto.

—Tío, joder, cálmate. Estás a punto de estallar. —Su voz oscilaba entre la agitación y el pánico.

—¡Que te jodan Wellman! Ese cabrón no me atraparé desprevenido.

—¿De quién hablas? Aquí no hay nadie, joder. —Le hizo señas con la mano para que avanzase—. Sigamos adelante.

El Agente Hawkins no le hizo caso y se quedó plantado mirando el contenido de los tarros.

—Joder, mira toda esta mierda. —Dijo entre dientes, los apretaba con fuerza para evitar que le castañearan—. Todas las paredes está cubiertas por estanterías y repletas de tarros con restos humanos.

El agente Wellman estaba a punto de increpar a Hawkins para que continuase cuando le llegó el olor. Un intenso y pútrido aroma que le recordaba a algunos vagabundos con los que se había topado en su época de patrullero, ese insoportable hedor que desprendía un cuerpo humano sin lavar mezclado con el olor a cosas muertas. Reprimió a duras penas una arcada pero los ojos se le llenaron de lágrimas. No podía distinguir a Hawkins pero sabía que seguía hurgando entre los anaqueles.

Y, en ese preciso momento, Wellman lo supo.

Supo que todos iban a morir.

Entonces, súbitamente, como si fuera empujado por una mano invisible, uno de los anaqueles cayó con un estrepitoso estruendo. Miembros mutilados de cuerpos humanos se esparcieron por el suelo, el líquido que los contenía empapó las botas de los agentes. Alguien abrió fuego contra la oscuridad.

En el exterior, la unidad Bravo Dos avanzaba despacio hacia la vivienda y procedía a asegurar las entradas y ventanas, bajo la atenta mirada del agente Dreyfuss. Martin se había acercado hasta él y le acompañaba en todo momento, tratando de no perder el paso. Cuando llegaron hasta la entrada, se detuvieron unos instantes en el porche. Ambos encogidos bajo la furia de la tormenta, cuya lluvia torrencial traspasaba con facilidad las tablas carcomidas que hacían de techumbre.

—No han encontrado aún a Saunders y todavía hay estancias de la cabaña por registrar. Al parecer, el maldito lugar es como un laberinto. —Gritó Dreyfuss por encima del fragor de la tormenta—. No se separe del agente Byrne y vigile su maldito culo hasta que todo esté asegurado. ¿Entendido? Le avisaré cuando pueda acceder al interior, sin problemas.

Martin asintió con un leve ligero movimiento de cabeza. Y se giró hacia el agente que le había prestado las gafas de visión nocturna.

Y entonces se desató el infierno.

Martin podía escuchar el tableteo de los fusiles de los agentes del IRGC que llegaba medio silenciado desde las entrañas de la cabaña. Gritos de hombres asustados.

Sin pensarlo dos veces, se lanzó al interior.

El agente Harold Hawkins, estaba tan impresionado por el súbito ruido de cristales rotos como asustado del propio asesino, y comenzó a disparar como un loco. La primera ráfaga de su Colt alcanzó de lleno el pecho de Wellman cuando estaba agachándose para buscar protección. La segunda ráfaga fulminó uno de los estantes y los compuestos químicos en los que se sumergían las partes humanas se derramaron por el lugar y se unieron a los anteriores formando charcos por todas partes.

La explosión no tardó en producirse.

Los restantes miembros del equipo Bravo Uno que acudieron a la carrera al oír los disparos, estallaron en llamas, al mismo tiempo que Martin era arrojado hacia atrás por la onda expansiva que produjo la atmósfera química al incendiarse. *¡Los órganos humanos estaban sumergidos en formaldehído!*, pensó antes de contemplar horrorizado como la carne quemada de los agentes del grupo de respuesta táctica se separaba de sus cuerpos.

En ese preciso instante, Martin deseaba con todas sus fuerzas hacerse un ovillo y cerrar los ojos para dejar de contemplar la horripilante escena que se desarrollaba ante él, pero estaba demasiado cargado de adrenalina como para desmayarse, así que buscó a tientas su Sig Sauer y se incorporó dolorosamente, tosiendo y renegando por lo bajo del dolor que sentía en cada una de sus extremidades. Además, le pitaban los oídos por culpa de la deflagración.

Las llamas se habían apoderado de todo el lugar y más envases estallaban como cócteles molotov esparciendo lenguas de fuego que amenazaban con incendiar sus ropas. El único camino que le quedaba por tomar era regresar por dónde había venido y salir al exterior. Bien pensado, tampoco era una mala idea y la lluvia de la tormenta lo recibió aliviando inmediatamente la sensación de quemazón que sentía. Tenía toda la piel de su rostro y de las manos de un vívido color rosado y le hormigueaba. De nuevo la parte analítica de su cerebro le informó de que probablemente sufría quemaduras de tercer grado. El formaldehído era un compuesto químico altamente volátil que se utilizaba, diluido con agua, en la conservación de muestras biológicas. De haber estado en su estado puro, la deflagración hubiera volado en pedazos la



cabaña entera y matado a todos los que se encontraban en su interior y alrededores.

Martin se dejó caer sobre las manos y las rodillas tratando de llenar sus pulmones de aire, por el rabillo del ojo veía a varios agentes correr sin rumbo aparente por la confusión. Algunos estaban envueltos en llamas.

*¿Dónde se encuentra, Dreyfuss?*, se preguntó. No había ni rastro del fornido agente. Tampoco del agente Byrne.

Entonces, surgiendo de entre las mismas llamas del infierno, con sus ropas envueltas en fuego, apareció Saunders y corrió hacia él con un aullido diabólico. Su cara había desaparecido, así como sus labios y su nariz, pero probablemente todos los nervios de su piel estaban muertos por el fuego y no sintiera nada. Saunders empuñaba un enorme machete, cuyo mango se había fundido con la palma de su mano y lo levantaba por encima de su cabeza mientras se abalanzaba sobre Martin. Sus ojos habían empezado a derretirse en sus órbitas y probablemente también estuviera ciego. Ciego de furia homicida.

Martin se quedó paralizado de horror y lo vio venir en cámara lenta. Se hallaba a cinco metros por delante de él. Cuatro. Tres. Una mueca triunfal desfiguraba lo que quedaba de su rostro y sus ojos muertos se clavaban sobre él.

*¡Dios mío, voy a morir!*, pensó.

El asesino conocido como El Artista ya estaba a un metro y medio de su pecho. Entonces, recordó que todavía empuñaba su pistola. La levantó. Saunders abrió la boca para volver a aullar y un hilo de sangre resbaló por sus comisuras junto a una bocanada de humo. ¿Cómo podía seguir vivo? Finalmente, Martin apretó el dedo en el gatillo de la Sig Sauer y sintió una punzada de intenso dolor cuando el retroceso golpeó la piel quemada de su mano.

Gareth Jacobs Saunders recibió el impacto en la garganta, un géiser de sangre y cartílago brotaron de su cuello. Aun así siguió avanzando, imparable, hasta echarse encima de Martin. El aterrorizado agente del FBI trató de recular sobre sus manos para evitar que el cuerpo le aplastara, sin conseguirlo. Para cuándo sintió el dolor de fuego blanco en su ingle, ya había levantado el cañón de la pistola hasta la sien del monstruo y apretado el gatillo de nuevo. La cabeza del asesino salió disparada hacia un lado con violencia y Martin pudo escuchar el sonido de las vértebras de su cuello al romperse.

Todo había terminado.

El Artista ya era solo un montón de huesos y carne sin vida. Ya no podría infligir más dolor a nadie. Aparto de sí el cuerpo sin vida y trató de levantarse, pero no pudo. Su cuerpo se negó a responderle. Fue entonces cuando vio la sangre. Su sangre. Se bajó la mano al vientre y la levantó manchada de rojo. Se quedó mirando estupefacto mientras notaba el cálido fluido abandonar su cuerpo y empapar la hierba a su alrededor. No comprendía qué había sucedido.

A su lado, por el enorme agujero de bala abierto en el cuello de Saunders, podía ver restos de su laringe y parte de las vértebras cervicales. Bajó la mirada hacia su

propio vientre y vio el mango de hueso del cuchillo sobresaliendo por debajo del chaleco antibalas. Notaba la leve presión de la hoja de acero hendida en su carne, notaba el peso del mango y la sangre bombeando por la herida.

Y entonces la oscuridad le abrazó y se abandonó a ella.



*Se encuentra en la habitación del dolor. No puede creerlo. Siente el miedo alcanzar los límites de su tolerancia. Pero después de haber gritado hasta romperse las cuerdas vocales, de haber llorado de desesperación, sabe que nadie vendrá en su auxilio. Está completa y definitivamente a merced del hombre que se encuentra siempre situado a su espalda.*

*Lejos del alcance de su visión.*

*El aire parece electrizarse a su alrededor, demandando la más absoluta atención y obediencia. La presencia del hombre resultaba casi hipnótica sino fuera porque se trata del monstruo que tiene su vida en las manos. Siente la urgencia de orinar, apenas puede contenerse, su vejiga se encuentra tan llena que podría estallarle como un odre de vino. Al principio, piensa que dejar escapar unas pocas gotas iba a ayudarle a resistir la necesidad pero se equivoca. La cálida humedad en sus pantalones no hace sino recordarle con más insistencia que necesita orinar a toda costa. Hasta que al final no puede resistir más la agonía y deja fluir el punzante líquido con libertad, notando cómo la humedad se extiende inmediatamente por sus muslos y se desliza hasta el suelo. Casi al mismo tiempo siente el alivio y la vergüenza por lo que acaba de suceder y trata de girar la cabeza a un lado y a otro, intentado conseguir un atisbo de la figura que se encuentra con él con la habitación y saber si ha visto lo que pasó.*

*Entonces, su cuerpo se sacude incontroladamente por la primera descarga eléctrica con la que son premiados sus esfuerzos.*

*El dolor es casi exquisito.*

*Retorciéndose, permite que una borrosa imagen de su captor, ahora situado a su lado, impregne su retina. El poderoso foco de luz que produce la lámpara fluorescente sobre su cabeza no es suficiente para iluminar el área en donde se mantiene erguida la ominosa presencia. Un zumbido en aumento llena sus oídos. Es*

*el prelude del siguiente castigo.*

*Con los tendones del cuello tensados hasta que parecen a punto de chascar, rechina los dientes mientras la electricidad recorre su cuerpo sin dejar ni un solo centímetro sin sacudir. Cierra los puños con fuerza y apenas puede sentir como sus uñas se clavan en las palmas de las manos, permitiendo que la sangre corra libremente. Siente su corazón ceder ante el torrente de electricidad que surca su cuerpo. Quiere rendirse al sufrimiento e, interiormente, sonrío dispuesto a abrazar con gusto la muerte que se avecina.*

*Percibiendo su claudicación, su captor suelta una risotada. Una risa profunda y gutural. Qué esperabas estás en la habitación del dolor y cualquier cosa puede pasar. Pero lo que es seguro es que el dolor te acompañará durante todo el tiempo.*

*Entonces todo termina, como empezó.*

*En la oscuridad.*

## 6

Al inspector Arturo Paniagua le gustaba el café negro y espeso como la brea y nunca osaba debilitar su amargura con remilgadas dosis de azúcar. Junto a la cafetera se encontraba, abierto por las primeras páginas, su diario deportivo favorito y un paquete de Ducados a medio terminar. Su desayuno favorito, a base de café, periódico y cigarrillo, estaba a punto de ser interrumpido por la sonora estridencia del timbre del portero automático. En algún lugar, Paniagua había leído que los timbres de teléfonos y telefonillos se elegían intencionadamente discordantes para que uno tuviera la compulsión de atender la llamada cuanto antes. Bien, para ser honestos, el inspector no sentía tanta urgencia de contestar como de aplastar el maldito aparato a martillazos.

Abajo en la calle, le aguardaba el subinspector Raúl Olcina.

—Inspector tenemos un caso en Arganzuela, cerca del Puente de San Isidro. —Le informó Olcina, en cuanto descolgó el auricular. Paniagua, mirando con tristeza su taza de café recién preparado, dejó escapar un bufido de desaprobación y rezongó:

—¿El Puente de San Isidro? ¿Qué se nos ha perdido en ese lugar abyecto y anodino?

—Al parecer, hace unas horas, una unidad del 112 sacó un cuerpo del río. —Respondió el subinspector Olcina, sin caer en la tentación de replicar a los coloridos adjetivos. Después de dos años a las órdenes del inspector sabía más que todo eso y Paniagua no era conocido precisamente por su buen talante matutino.

—Nada bueno se puede esperar de ese barrio, se lo digo yo. Bajo enseguida, Olcina. —Dijo y colgó el auricular.

Arturo Paniagua nunca llamaba a su ayudante por su nombre de pila, del mismo modo, que casi nunca utilizaba el suyo propio. Al subinspector Olcina le soportaba porque, como todo buen madrileño castizo, Paniagua odiaba tanto conducir como usar el transporte público y Olcina le llevaba de un sitio para otro un rechistar. Bueno, un poco sí que rechistaba pero resultaba tolerable. Lo que ya no le resultaba tan tolerable era la maldita costumbre que tenía Olcina de terminar la mayoría de sus frases con alguna ocurrencia popular o juegos de palabras de dudosa sutileza.

—Un ahogamiento es una cosa asquerosa. —Dijo Olcina, en cuanto, el inspector Paniagua acomodó su cuerpo en el asiento del Renault Megane oficial de color azul oscuro que conducía el subinspector y que era conocido en el argot policial como un «vehículo K»—. Usted ya sabe inspector como son esas cosas. El cadáver siempre

aparece hinchado y oliendo a mil demonios.

Circulaban despacio entre el tráfico de hora punta de la capital. Olcina, además había elegido la ruta interurbana en vez de tomar la Avenida M-30, y cada pocos minutos su marcha era detenida por un semáforo o una retención de vehículos.

La mañana había amanecido soleada y el cielo se encontraba completamente despejado de nubes por lo que la temperatura en el interior del coche aumentaba por minutos. Mientras contemplaba como una ligera brisa movía los escasos árboles que bordeaban las calles madrileñas, Paniagua bajó la ventanilla y se encendió un cigarrillo.

—Sabe jefe que no debería fumar en el coche. Lo prohíben las ordenanzas. —Le reprochó el subinspector, que sujetaba el volante con ambas manos como si temiera que fuera a salir volando por la ventanilla—. Además el tabaco puede ocasionarle problemas de erección. Lo pone en las cajetillas.

—Olcina, que le den a las ordenanzas. —Gruñó Paniagua—. No debería preocuparse tanto de mi función eréctil y podría poner más interés en elegir una ruta con menos tráfico, ¿no le parece?

—Usted siempre se queja de mi manera de conducir, inspector, pero nunca se pone al volante. No es justo mirar la paja en el ojo ajeno y olvidarse de la viga en el de uno.

—Y tampoco lo es el precio de la gasolina y aquí está usted desperdiciándola en este atasco. Ande, haga algo a derechas, encienda la sirena y sáquenos de aquí o para cuando lleguemos a Arganzuela el muerto se habrá reencarnado en uno de los patos del Manzanares que tuvo la mala suerte de caer en manos hambrientas.

El subinspector le obedeció, y extrajo una sirena rotatoria de debajo de su asiento que conectó al mechero del coche e inmediatamente comenzó a soltar destellos azules. Lenta, pero inexorablemente, los coches que estaban delante de ellos comenzaron a apartarse como las aguas del Mar Rojo lo hicieron ante el cayado de Moisés. Algunos ni siquiera se dignaban a apartarse y se limitaban a apretar su propio acelerador. En el tráfico de Madrid ir por delante era una cuestión casi de pelotas. A Paniagua le daba lo mismo siempre y cuando no les retrasarán más de la cuenta.

—Probablemente sea un suicidio. —Dijo entonces Olcina, mientras el coche comenzaba a ganar velocidad y dejaba atrás a dos taxistas que pugnaban por salir de la vía al mismo tiempo.

—¿A quién se refiere?

—Al muerto, el ahogado. Lo más seguro es que sea un pobre desgraciado que se ha arrojado al río y acabó matarile.

—Subinspector Olcina, esa es la deducción más estrafalaria de todas las que ha hecho hasta el momento. Si el muerto hubiera decidido quitarse la vida hubiera elegido un método más eficaz y rápido que arrojarse a un río que apenas tiene profundidad y que, además, está flanqueado por dos avenidas transitadas a todas horas por un considerable número de vehículos.

Cuando llegaron a la escena, la zona estaba acordonada por varios coches patrulla, una ambulancia, un camión de bomberos y el furgón de la Científica. La IRGC o Inspección Ocular Técnico-Policial constituía el primer acercamiento de la Policía Científica al lugar en donde se había cometido un crimen. Su misión consistía fundamentalmente en verificar la comisión de un delito, documentar el escenario, recoger todos los indicios biológicos o de otro tipo que pudieran tener relación con el crimen y establecer el *iter criminis* o relación temporal y espacial de los acontecimientos. Todos los miembros de la Policía Científica basaban su trabajo en el «Principio de Intercambio» acuñado por el criminalista francés Edmond Locard<sup>[1]</sup>, y que ponía de manifiesto la premisa de que en todo acto criminal el autor siempre se llevaba consigo algo del lugar y dejaba algo de sí mismo.

El inspector Paniagua se acercó hasta el lugar donde se hallaba el cuerpo, mostrando su placa a todo aquel cuanto le salía al paso. Cuando estuvo a la altura, saludó con la cabeza a un agente de la IRGC y fijó su atención en el cadáver y sus alrededores.

El cuerpo tenía rasgos latinoamericanos y llevaba puesta una desgarrada camiseta del club de fútbol Atlético de Madrid. Paniagua observó, además, que había perdido una zapatilla deportiva de color amarillo y negro del tipo que usaban los jugadores de baloncesto. Los anchos pantalones vaqueros se ceñían muy por debajo de sus caderas y dejaban ver la cinturilla de unos calzoncillos en la que estaba inscrita el logotipo del fabricante. El agua aún chorreaba de sus ropas y empapaba la acera gris sobre la que yacía. El calor, que ya arreciaba con justicia, hacía que todo el lugar oliese a recalentado. ¿Cómo era el chascarrillo? Podías sacar a un atleta del Manzanares pero nunca podrías sacar el Manzanares del palurdo.

*Nunca mejor dicho*, pensó el inspector.

A sus espaldas, la mole encalada en rojo y blanco del estadio Vicente Calderón se cernía sobre ellos pero Paniagua apenas le dedicó un segundo de atención. Nunca pudo entender a los «colchoneros<sup>[2]</sup>» y su infantil vanagloria de seguir a un equipo acostumbrado a perder y con fama de gafe. Desde luego, no iba a malgastar su tiempo contemplando la repelente construcción que tenían por estadio. Llevaban años diciendo que lo querían dismantelar y llevarse sus asuntos a un lugar más moderno y con mayor capacidad pero, ahí seguía, como el maldito furúnculo del río.

En uno de los laterales rojiblancos del estadio, un enorme cartel publicitario anunciaba la Cumbre Científica Internacional Hispano-iraní que se estaba celebrando esa misma semana en la capital. Quince días de intercambio científico que tenían en alerta máxima a todos los cuerpos de seguridad a causa de las posibles amenazas de atentados antislamistas. Además, para añadir más leña al fuego, se habían convocado manifestaciones de protesta que denunciaban la negativa de la República Islámica de Irán a seguir persiguiendo su infame programa nuclear.

El inspector Paniagua soltó un bufido para alejar aquellos pensamientos de sí y torció el gesto ante el mal olor que se desprendía del agua anquilosada. *El maldito río*

*sigue siendo un estercolero*, pensó. Entonces trató de centrarse en el cuerpo que rezumaba agua sucia y porquería. Cerró los ojos y aisló la escena en su cabeza. Tomó una larga y profunda bocanada de aire y la retuvo en sus pulmones. No más ruido de tráfico, no más brisa, no más voces de los otros agentes de policía. Solo la oscuridad interrumpida por las formas ameboides de los humores oculares y el recuerdo de las imágenes que acababa de presenciar. Aquella era su manera de memorizar la información que habían percibido sus ojos, tanto consciente como subconscientemente. Más tarde podría recurrir a ella, rememorando la escena utilizando un viejo truco eidético que consistía en pensar en un lienzo en blanco, pincel, pintura y un artista que volviese a recrear la escena desde cero.

Ventajas de tener memoria fotográfica.

Abrió los ojos y dejó escapar el aire lentamente. Volvió a bajar la mirada hacia el muerto y algo llamó su atención: debajo de las ropas deportivas, la víctima llevaba otra camiseta con los colores dorados y negros distintivos de la banda callejera Latin King. Una punzada de alarma recorrió su cuerpo. Lo cierto era que, desde hacía algunas semanas, la brigada estaba persiguiendo a un salvaje asesino cuyas víctimas eran siempre miembros de bandas callejeras como los Latin King o los Ñeta, pero aquel no parecía ser su *modus operandi*. Los cuerpos que dejaba ese asesino tras de sí eran difícilmente reconocibles como seres humanos debido a la violencia que empleaba durante sus ataques.

—¿Qué tenemos aquí? —Preguntó al perito de la Policía Científica que estaba trabajando en la víctima.

A esas alturas, el inspector Paniagua ya se había hecho una idea muy aproximada de que se encontraba ante otro caso de violencia entre hinchas radicales nada más verlo, aun así permitió que el joven especialista ofreciese su versión de los hechos. Algunos indicios no terminaban de encajar en la cabeza del inspector. Quizás existiese una posibilidad de que se tratase de su sospechoso o quizás no.

Todo podía ser.

Vestido con un mono desechable de propileno blanco que llevaba serigrafado el emblema de la Policía Científica, el técnico tomaba notas mientras hacía sus observaciones. Gruesas gotas de sudor corrían libremente por su frente.

Aquel iba a ser uno de esos días.

—La víctima es un varón de origen latinoamericano. Entre veinte y treinta años, que presenta heridas de arma blanca en pecho y abdomen y cortes del tipo defensivo en los brazos. Luego fue arrojado al río, o quizás se cayó intentando huir o pedir ayuda. Por la rigidez del cuerpo, yo diría que la hora de la muerte se produjo a mitad de la noche. Aunque es difícil de estimar en un examen preliminar, debido al tiempo que ha pasado sumergido. Todas las huellas fueron borradas cuando cayó al agua y no hemos encontrado otras. —El técnico se dio unos pequeños tironcitos al cuello de su mono para permitir que entrase un poco de aire en el interior. No eran ni las diez de la mañana y ya hacía un calor de mil demonios. Aquel maldito mes de mayo estaba



siendo el más caluroso en décadas.

—Yo diría que una pelea entre bandas o quizás hinchas radicales, dada su vestimenta y la proximidad del estadio. Nada del otro jueves. No tiene pinta de que sea uno de los suyos. —Dijo el técnico en alusión a los casos especiales que solía investigar Paniagua—. Además echa una peste a cerveza que tira para atrás.

Cuando el técnico acabó su exposición, el inspector simplemente asintió y añadió:

—Cada asesinato es como una pieza musical. Unos son más armónicos, otros disonantes. Lo que tenemos ante nosotros es una de esas mierdas rockeras. Todo estridencias, nada de acordes melódicos. Si fuese una pelea de hinchas radicales, ¿por qué nadie avisó anoche del altercado? Ciertamente, sus camaradas hubiesen llamado al 112 inmediatamente si uno de ellos fuese atacado y tirado al río, ¿no le parece?

El perito de la IRGC se encogió de hombros y no replicó. Paniagua era conocido en el cuerpo por dos razones fundamentalmente: su mal carácter y su excéntrica pasión por la música de jazz. En esos momentos, al técnico no le apetecía debatir sobre ambas cosas, tan solo quería terminar cuanto antes y cobijarse del calor.

El inspector tenía los ojos clavados sobre el cadáver, entornados, examinando las puñaladas no muy profundas en el pecho y el abdomen, los cortes en ambos brazos. No le cabía ninguna duda, la víctima había estado en una pelea, quizás contra aficionados del otro equipo, quizás contra miembros de una banda rival. El Atlético de Madrid había disputado su último partido de Liga menos de quince horas antes y a tan solo centenares de metros de donde se encontraban. Todo era posible. Pero la pregunta que más le interesaba era si se trataba de su asesino o nada del otro jueves, como bien había dicho el técnico de la Científica.

—Subinspector Olcina. —Se dirigió a su ayudante—. Entérese contra quien jugaron anoche los palurdos y procúrese una lista de todas las personas de la afición visitante que viajaron con el equipo. Especialmente de los individuos más violentos o con antecedentes penales. Las peñas también. Y hable con los operativos de la Unidad de Intervención Policial encargada de la seguridad durante el partido a ver si ellos tienen constancia de que hubiera un grupo de hinchas radicales en los alrededores del puente.

Y volviéndose hacia uno de los policías que estaban custodiando la escena del crimen, preguntó:

—¿Quién llamó al 112?

El policía se encogió de hombros y contestó:

—No lo sé inspector. Déjeme que les pregunte a los de la unidad del SUMMA. Ellos fueron quienes recibieron la llamada.

Entonces el perito de la Científica que se había desplazado unos metros más allá para estudiar la barandilla, dijo en voz alta:

—Tengo más restos de sangre aquí. ¿Puede alguien acercarme el maletín y la cámara?

Raúl Olcina se inclinó para recoger el equipo del técnico. A su lado, un segundo

técnico de la Científica cubría el cuerpo con una manta IRGC de brillante color dorado.

—Al parecer, ser aficionado del Atleti es una profesión de riesgo estos días. — Masculló, mientras se dirigía hacia el técnico que había localizado el rastro de sangre.

—Esos a lo único que se arriesgan es a sufrir una apoplejía, Olcina. —Le corrigió el inspector—. Además, ¿qué hace todavía remoloneando por aquí, subinspector? Creo haberle solicitado cierta información.

—Lo sé, jefe. Voy ahora mismo.

—Y cuando la tenga reúname conmigo en la central. —Le instó en última instancia—. Y comuníqueme a la comisaría del distrito de Arganzuela que nosotros nos haremos cargo de la coordinación e investigación del caso, de momento. Existe la posibilidad de que pueda tratarse del mismo tipo que buscamos y la IRGC tiene jurisdicción.

La Brigada Especial de Homicidios Violentos o IRGC era una unidad relativamente joven bajo la jurisdicción de la Unidad Central de Inteligencia Criminal (IRGC). Paniagua y Olcina habían entrado a formar parte de ella casi al mismo tiempo que fue creada en 2010. Desde entonces habían investigado juntos un buen puñado de casos de homicidios múltiples. Sobre todo, asesinatos relacionados con casos de venganzas y ejecuciones entre bandas del este y pandilleros latinos que se enfrentaban por controlar los barrios de Madrid y cuyos ejecutores solían ser siempre los mismos individuos y mostraban tendencias de excesiva violencia. Se podía decir que tenían su buena dosis de trabajo y que no podían quejarse en cuanto al número de casos. También habían investigado dos casos de asesinatos en serie. Un violador que operaba en los polígonos de Fuenlabrada y tenía como víctimas a las prostitutas de la zona, a quienes degollaba una vez que había satisfecho su enfermiza necesidad con ellas. Y un asesino multijurisdiccional que disparaba a sus víctimas en el corazón y después dejaba una pequeña estatuilla de Cupido en la escena del crimen. A este la prensa le había apodado «El Asesino de los Corazones Rotos». A ambos los había metido entre rejas, Paniagua y su equipo. Ahora estaban tras la pista de un asesino que cazaba pandilleros latinos y que Paniagua sospechaba era una especie de justiciero callejero.

El inspector Paniagua hizo que uno de los coches patrulla de la comisaría de Arganzuela le acercase al Complejo Policial de Canillas. Durante el viaje, había pedido al conductor que apagase el aire acondicionado y bajase las ventanillas al máximo para dejar que entrase un poco de aire y, sobre todo, el ruido exterior de la ciudad. A Paniagua le gustaba escuchar los sonidos de Madrid, era como si en ese momento pudiese sentir el corazón de la ciudad palpar a su alrededor.

El policía le obedeció a desgana y lanzaba miradas furibundas de soslayo. Estaba claro que pensaba que era una especie de chiflado, o al menos, un bicho raro.

El inspector ignoró las miradas mientras, en su cabeza, ponía en orden sus ideas sobre la escena del crimen y el asesinato. El agente que custodiaba la escena había

regresado y le había informado que la llamada al 112 la había hecho alguien con acento latino, de madrugada, pero que no se había identificado. Esto corroboraba la teoría inicial de la pelea entre hinchas radicales, aunque no podía descartar el motivo de la rivalidad entre bandas callejeras. Dejarse matar por el equipo de uno, era una de esas estupideces de las que un buen aficionado atleta se sentiría orgulloso.

Lo cierto era, sin embargo, que desde que la Comisión Antiviolenencia había perseguido a los clubes de fútbol con multas considerables y cierres de campos, los enfrentamientos violentos y el número de radicales ultras habían descendido prácticamente en todos los estadios. Las peleas no se habían extinguido del todo, pero casi. Las muertes, sin embargo, eran una cosa del pasado. El inspector Paniagua apenas conocía los detalles del último caso que se había producido en Madrid, pero la similitud con el suyo le preocupaba. Se trataba de un aficionado coruñés que fue brutalmente golpeado en la cabeza y posteriormente arrojado al Manzanares, en el invierno de 2014. Los culpables habían sido, precisamente, radicales atletas. Poco más.

Tendría que consultar los archivos pero la teoría de la pelea cobraba cada vez más peso. Tampoco podía descartar a su asesino, al que apodaban secretamente «El Ángel Exterminador», porque este también llamaba al 112 después de cada crimen con teléfonos de prepago que adquiría por Internet con información personal falsa. Pero no tenía acento latino.

Dejó escapar un suspiro de fastidio. ¡Dios, cómo deseaba fumar un cigarrillo! Algo inimaginable en el coche patrulla. Apartó de su mente el asesinato por unos instantes y se imaginó en el salón de su casa, el estéreo reproduciendo un poco de jazz. Algo de Thelonious Monk, quizás. Se imaginó un vaso con un par de dedos de Glenmorangie y un cigarrillo Ducados, quemándose en el cenicero. El humo azulado enroscándose hacia el techo de la habitación. Cuando acabó de imaginar, habían llegado al complejo policial.

En el despacho del inspector reinaba la penumbra. La luz a duras penas conseguía ganar su particular batalla con la oscuridad, esforzándose por traspasar las cerradas lamas de la persiana. El cubículo, que parecía una austera celda monacal y no solo por su tamaño sino también por la pulcritud que reinaba por doquier, solo tenía una ventana.

Dejó descansar su cuerpo, ancho de espaldas y relajado alrededor de la cintura, en el viejo sillón de oficina y extrajo un bloc de notas del cajón de su escritorio para tratar de poner sus pensamientos en orden.

*Dibuja la escena*, se dijo, echando mano de su viejo truco. El puente, vaciado de tráfico. La sucia superficie del río, sin apenas corriente. Ningún transeúnte, tan solo los protagonistas de la tragedia. Aisló su mente y trató de imaginarse lo que el asesino vio cuando se topó con la víctima. ¿Hubo una pelea? Sin duda alguna, a tenor de las heridas en los brazos. ¿Y el tráfico? Seguramente algún coche debió cruzar el puente, siempre hay tráfico en esa calle. A todas horas. Tendría que haber algún testigo, aunque quizás no supiera exactamente qué es lo que vio. La víctima se defendió y acabó siendo apuñalada en el pecho. No, primero en el abdomen, es una puñalada baja y es más que probable que el agresor no hubiese querido enseñar el arma desde el principio. Luego, el pecho. Pero ¿cómo acabó en el río? ¿Se asustó el agresor por algo y quiso deshacerse del cadáver? ¿Por qué no dejarlo tirado en el suelo y salir corriendo? Se requería de una considerable fuerza para levantar el peso muerto del cuerpo y arrojarlo por encima de la barandilla, además de una considerable cantidad de tiempo. Tiempo que aumentaba el riesgo de ser descubierto. Su mente reprodujo la escena varias veces hasta que se convenció. No había un solo agresor, sino varios. Como en 2014.

Entonces el subinspector Espinosa, que llevaba una hoja de impresora en la mano, asomó su cabeza por la puerta y dijo:

—Ya tenemos identificación del cuerpo de Arganzuela, inspector.

—¿De quién estamos hablando? —Gruñó Paniagua, haciendo girar los ojos con impaciencia. No le gustaba que le interrumpieran cuando estaba rememorando la escena de un crimen.

—De un tal Oswaldo Torres, ciudadano ecuatoriano, con antecedentes por disturbios, amenazas, lesiones con arma blanca y tenencia de estupefacientes. — Respondió el subinspector Espinosa leyendo del papel.

—Todo un ciudadano modelo. ¿Alguna afiliación conocida? ¿Latin King?

—Siendo ecuatoriano es lo más probable, pero no se detalla nada en la ficha. Ya he avisado al Anatómico Forense para que busquen especialmente tatuajes o marcas que puedan arrojar alguna luz. Si podemos relacionarlo con los Latin King es muy probable que ahí tengamos el motivo de su muerte y estemos un paso más cerca de saber quién le apuñaló.

Paniagua alzó una ceja, intrigado.

—Entonces, ¿usted no cree que haya sido un caso de rivalidad entre hinchadas radicales?

El subinspector Espinosa pareció momentáneamente azorado. Había deslizado, sin pensar, su propia teoría en su informe y su superior lo había captado. Anticipando una más que probable bronca, respondió titubeante:

—No es eso, inspector... Es que desde lo de aquel tipo coruñés que mataron hace un tiempo y la que se montó, me suena raro que se vuelva a repetir el asunto.

El inspector calló, taladrándole unos segundos con la mirada y haciendo que Espinosa se pusiese aún más nervioso. Finalmente, dijo:

—Gracias. Manténgame informado si descubren algo más. Y presione para saber desde dónde se realizó la llamada al 112 y qué número de teléfono usaron.

—Seguro, inspector. —Y desapareció, aliviado.

Paniagua escribió rápidamente unas notas en su bloc recordándose inspeccionar más detenidamente el ángulo de la violencia deportiva. Añadió además entre interrogantes la frase: «¿Lesiones con arma blanca?». Y a continuación: «Preguntar a Olcina si se ha descubierto algún cuchillo en la víctima». Igual el pobre desgraciado había sido apuñalado por su propio cuchillo. ¿No sería eso un estupendo ejemplo de justicia poética?

El inspector Arturo Paniagua había sido un peso pesado en sus días, más de uno le había comparado físicamente con el actor John Wayne. ¡Demonios, si hasta tenía la costumbre similar de cogerse el antebrazo con la otra mano mientras esperaba! Un gesto que Consuelo siempre calificaba de «postura defensiva». ¿De qué se defendía? Nunca lo dijo. Y eso que llevaban casados cerca de los veinticinco años y estaban a menos de dos meses para celebrar su aniversario. Paniagua no era un tipo muy dado a celebraciones pero la ocasión mandaba. Además, su hija les había organizado en secreto la velada y pensaba sorprenderlos a ambos con algo especial.

Consuelo tenía una de esas bellezas con un poco de sobrepeso que hubieran vuelto loco al mismísimo Rubens. La cara ancha y los ojos del color de la miel que te traspasaban cuando estaban enfadados. Precisamente, esta última cualidad se la había traspasado a su hija Gabriela. El inspector se negaba a llamarla Gabi como hacía su madre, no solo porque odiaba la masculinización del diminutivo, sino porque no podía soportar que el jugador que ostentaba la banderola de capitán colchonero se llamase de igual manera. Pensar en él, cada vez que quería dirigirse a su hija, resultaba algo muy superior a sus fuerzas.

Paniagua frunció el ceño inconscientemente cuando pensó en su hija. Gabriela había sido el único pero que el inspector le ponía a su vida, especialmente los últimos dos años. Bueno, su hija y algunos de los cretinos con los que trabajaba en la central y que querían pasar por policías.

Gabriela se encontraba en la adolescencia, los «dulces dieciséis años» los llamaban. Pero no había nada dulce en lo que hacían los adolescentes de hoy en día. Los botellones, el consumo de drogas, los excesos... Y el sexo... ¡Jesús! Los jóvenes de hoy en día practicaban más sexo que los conejos. El inspector Paniagua no sabía qué hacer, estaba desesperado. Las noticias de lo que hacían los adolescentes al salir de clase le abrumaban. No hacía mucho tiempo, su hija había sido expulsada del instituto tras haber sido pillada in fraganti por uno de los conserjes. ¡Y encima lo estaban grabando con sus teléfonos móviles! Cuando Paniagua y su mujer fueron a recogerla se había limitado a preguntar:

—¿Esto es por lo del rollo, verdad?

—¿El rollo? —Había repetido Paniagua estupefacto.

—No sé por qué os ponéis así. No ha sido nada, solo estaba tratando de darle celos a Manuel. A mí me gusta Manuel, pero no se fija en mí. Así que pensé en Nicolás, el chico con el que me lo monté y que es uno de sus mejores amigos. Pensé que si me enrollaba con él, Manuel se pondría celoso y terminaría saliendo conmigo.

En ese momento, el inspector Paniagua recordaba haber sentido como si se hubiera lanzado una moneda al aire y a él le hubiera tocado cruzar las puertas del infierno. Aquello era su infierno, su peor pesadilla. Siempre había temido perder a Gabriela, su niñita, a quien solía subir sobre sus rodillas y contarle historias de princesas, y ese momento había llegado. Mientras Paniagua escuchaba hablar a su hija, dar explicaciones de cómo se había «enrollado» con un chico que no le gustaba, solo para atraer la atención de otro, no la reconocía. Aquella adolescente no podía ser su hija. A su lado, Consuelo sollozaba quedamente, había cogido uno de los cojines del sofá del despacho del director del instituto y lo estrujaba contra su pecho. Paniagua estaba seguro de que se sentía exactamente como él, solo que lo expresaba de diferente manera.

—Le pedí salir un par de veces. —Añadió Gabriela, mirando hacia otro lado—. Pero me dijo que tenía que pensárselo, que no quería líos. Me dolió mogollón.

—¿Quién Nicolás o Manuel? —Quiso saber el inspector, que había perdido el hilo de los pensamientos de su hija.

—¡Manuel! —Gritó Gabriela entre lágrimas—. ¡Papá, no te enteras de nada! ¡Nunca te importa lo que pienso! ¡Estoy hablando de Manuel! —Y salió del despacho dando un portazo.

Durante el viaje de regreso a casa, la atmósfera del taxi se había podido cortar con un cuchillo. Tanto que hasta el propio taxista, pajarracos dicharacheros siempre dispuestos a compartir sus opiniones políticas o deportivas con los pasajeros, no había abierto el pico en todo el trayecto. Ni siquiera para dar las gracias cuando

Paniagua le tendió un billete de veinte euros para abonar la carrera.

El inspector sacudió la cabeza para alejar aquellos recuerdos. Terminó de anotar sus impresiones y cuando se disponía a devolver el bloc de notas al cajón, sonó el teléfono. Se trataba del subinspector Olcina. Paniagua dejó escapar un sonoro suspiro, y decidió saltarse todas las ordenanzas encendiéndose un Ducados.

Definitivamente, iba a ser uno de esos días...

—Olcina... —Contestó y luego, pensándolo un segundo, añadió—: ¿Ha obtenido las listas que le pedí?

—Sí, jefe... Bueno, no todas. —Se corrigió el subinspector—. El equipo rival fue el Deportivo de la Coruña. Como en 2014. El inspector jefe Beltrán está que trina y me ha dicho que luego nos quiere ver en su despacho. He hablado con los operativos de la IRGC encargada de la seguridad durante el partido pero no saben nada sobre un grupo de radicales congregados en el puente. —El subinspector hizo una pausa. Se escuchó el chasquido de las hojas de su libreta mientras las consultaba—. Ah, sí... Aquí lo tengo. La IRGC niega que hubiera aficionados del Deportivo fuera de su control. En cualquier caso, no se hacen responsables de lo que sucediera a más allá de las inmediaciones del estadio.

Paniagua visualizó la escena del crimen. El paso elevado se situaba a unos ochocientos metros del estadio. Lejos del área de influencia de la Unidad de Intervención Policial o «los antidisturbios», como se conocía vulgarmente en la calle a los agentes que la formaban. Tipos duros, acostumbrados a lidiar con los elementos más violentos en manifestaciones y acontecimientos donde se congregaban masas como partidos de fútbol o conciertos.

—Pero tengo los nombres de las peñas que acompañaron al equipo coruñés. —Continuó el subinspector—. Una simpática secretaria de la oficina de relaciones públicas del club se ha comprometido a ponerse en contacto con ellas para que nos envíen los nombres de todos los que viajaron con ellas. Además, me dará la lista de los miembros de los Riazor Blues, que así es como se llama el grupo de radicales que habitualmente se desplaza con el equipo, para que la cotejemos con aquellos que estuvieron en Madrid. Es solo cuestión de esperar. Ya sabe lo que dicen, la paciencia es la madre de la ciencia.

El inspector Paniagua sacudió la cabeza y quiso espetar al subinspector Olcina que no sabía exactamente a qué ciencia se refería porque solo le había pedido un listado de nombres y la verdad es que no se necesitaba ninguna ciencia para obtenerlo. Tan solo un poco de buena disposición de currante y un dedo para marcar los necesarios números de teléfono. En vez de eso, contestó:

—Bueno, no se estrese, no se vaya a ocasionar un ictus cerebral. La verdad es que tiene más pinta de ser un ajuste de cuentas que otra cosa, pero debemos agotar todas las posibles líneas de investigación. Véngase para acá cuanto antes y veamos qué hacer a continuación.

—Como usted diga, jefe.

—Antes husmeé también entre los amigos del muerto. Uno no puede fiarse de esos inmigrantes y, además, vestía ropas con los colores de los Latin King. No quiero ni pensar lo que pudiera pasar si esos tipejos se cruzaron en el camino de los radicales gallegos. —Apuntó Paniagua, antes de colgar.

El inspector se quedó sentado en su butaca. Los Riazor Blues estaban incluidos en el informe elaborado por el Ministerio de Interior sobre los grupos radicales en eventos deportivos, tenían una ideología de extrema izquierda y anti-fascista. Precisamente, todo lo contrario que el grupo Frente Atlético del club madrileño. Se suponía que después de los acontecimientos de 2014 ambos grupos se habían disgregado, y quizás así sucedió durante algún tiempo, pero pasados unos meses habían vuelto a las andadas. ¿Se había cruzado Oswaldo Torres con un grupo de estos violentos? ¿Se había enfrentado a ellos y por eso lo mataron?

La joven que asomó por la puerta de su despacho tenía los ojos rojos por el llanto y el pelo rubio de bote alborotado. Tras ella, un policía, al que no reconoció, anunció:

—Disculpe inspector, aquí la señorita es Alba Torres, la hermana del fallecido de Arganzuela.

Paniagua la invitó a sentarse en una butaca y le ofreció un vaso de agua.

—Señorita Torres, gracias por venir tan pronto. —Comenzó—. Lamento la muerte de su hermano pero necesito hacerle algunas preguntas.

Ella asintió en silencio mientras dejaba que las lágrimas corriesen libremente por sus mejillas. El inspector deseó poder tenderle un pañuelo de papel o algo similar pero lo cierto es que no tenía ninguno a mano. Así que prosiguió, tratando de ignorar todo lo que pudo los surcos en el maquillaje de la chica.

—¿Sabe lo que hacía su hermano en el Puente de San Isidro o en las inmediaciones del estadio Vicente Calderón?

—Sí, había quedado con varios amigos para asistir al partido de fútbol. —Contestó ella, sorbiendo sonoramente por la nariz.

Paniagua asintió en silencio.

—¿Le dijo Oswaldo si iba a encontrarse con alguien después del partido? ¿Alguno de la pandilla, quizás?

Ella movió la cabeza enérgicamente.

—Mi hermano no pertenecía a ninguna banda, si es lo que dice. Oswaldo era un buen chico y nunca se metía en líos. Sus amigos regresaron al barrio pero él no vino con ellos. Les pregunté por Oswaldo y me contestaron que se habían separado cuando terminó el partido.

—¿Le dieron alguna explicación del motivo por el que se separaron?

De nuevo, movió la cabeza para negar.

—Señorita Torres, ¿sabe de alguien que quisiera hacerle daño a Oswaldo?

Más sacudidas de cabeza y más lágrimas.

—No, mi hermano se metía en líos de vez en cuando, sobre todo peleas de bar y cosas así pero nada más. No tiene cuentas con nadie.



—¿Igual su última pelea se le fue de las manos? ¿Cuándo fue la última vez que tuvo una pelea?

—Oswaldo y yo estábamos muy unidos, incluso compartíamos los mismos amigos. Hace dos o tres meses estábamos tomando algo en un bar de Embajadores, cuando Oswaldo se enfrentó a un grupo de chicos que llevaban camisetas del Barcelona con el nombre de ese chico uruguayo que juega allá. Oswaldo les dijo que el chico era un venado o algo parecido. La verdad es que no recuerdo bien quién dijo esto o quién dijo aquello, pero acabaron peleándose. A Oswaldo le dieron como bombo en fiesta y todos coincidimos en decirle que aquella sería la última vez. Desde entonces no se ha vuelto a meter en problemas.

—Pero, nada de peñas o bandas... —Insistió Paniagua.

—Nada de bandas. —Confirmó ella, más calmada.

El inspector Paniagua pareció considerar mentalmente una última pregunta pero se mantuvo en silencio. La hermana de Oswaldo Torres era una chica guapa para los estándares habituales de las bandas callejeras como los Latin Kings o los Ñetas, no tenía sobrepeso, ni llevaba mallas con estampado de leopardo, ni sandalias de plataforma. Es más, si no fuera por el color artificial de su cabello, Paniagua hubiera podido confundirla con alguna de las compañeras habituales de su hija, aunque bastante mayor.

—Gracias, señorita Torres. Eso es todo por el momento. —Dijo a modo de despedida—. Voy a necesitar los nombres de los amigos que asistieron con Oswaldo al partido. Cuando salga dígame al agente que la ha acompañado que le facilite papel y bolígrafo y escriba sus nombres. Las direcciones y los teléfonos también nos serán de mucha ayuda, si los conoce.

—Sí, inspector. —Contestó ella, limpiándose la humedad de la cara con la manga de su jersey y dirigiéndose hacia la puerta. Estaba claro que con los antecedentes de la víctima, la chica mentía o su hermano llevaba una doble vida que ella desconocía. Como una especie de superhéroe, ahora me pongo las gafas y soy un reportero, ahora me las quito y vuelo por los cielos con mi capa colorada al viento.

—Una última pregunta. —Le soltó Paniagua antes de que abandonase su despacho—. ¿Sabe si su hermano tenía un cuchillo o una navaja?

Ella pareció estar sorprendida por la pregunta y dudó unos instantes antes de contestar:

—Que yo sepa, Oswaldo no tenía nada de eso. —Y salió por la puerta.

El inspector Paniagua dejó brotar una pequeña sonrisa en sus labios y subrayó en su bloc la palabra cuchillo. Ahora estaba seguro de que la chica mentía. Entonces, apareció el subinspector Olcina como por ensalmo y dijo:

—Jefe, el inspector jefe Beltrán quiere vernos ahora en su despacho.

¡Mierda!, pensó para sus adentros.

El sol de la mañana se destacaba por encima de los tejados de los edificios, inundando el paisaje urbano con su luz, formando reflejos dorados en las antenas parabólicas que adornaban las azoteas de Madrid. Algunas nubes salpicaban el cielo y, de vez en cuando, ocultaban la luz del sol tras la masa de gotas de agua que flotaban en el polvo atmosférico que arrastraban.

Martin Cordero, ex agente especial del FBI, fumaba un cigarrillo que, entre calada y calada, hacía girar con los dedos. El humo de tabaco, sucio de química y aditivos, ascendía lentamente hasta fundirse con sus hermanas mayores. Martin solo se permitía un cigarrillo diario y casi siempre coincidía con ese momento en el que se dirigía a la terraza que coronaba su edificio, para aclarar sus ideas o calmar su mente de las pesadillas que le asaltaban durante la noche.

La verdad era que todos los agentes de la ley heridos en acción sufrían pesadillas. No era algo de lo que sentirse avergonzado. La mayoría de las noches era el frío tacto de la Sig Sauer que guarda en la mesilla lo que le ayudaba a calmar los nervios. A veces, lo que mantenía a raya el intenso dolor en su ingle era un buen vaso de Grey Moose. Una vez que el límpido líquido se apoderaba de su corriente sanguínea podía pensar en ponerse en marcha y empezar un nuevo día. No era una bonita manera de hacerlo pero era lo que le tocaba. Ahora, mientras contemplaba el cielo de la mañana, casi podía sentir aún el familiar calor en su garganta.

Martin pensaba en esos hombres que se pasaban la vida corriendo para nunca llegar a ninguna parte. A lo largo de su vida había conocido a unos cuantos. Hombres que trataban de huir de su propia naturaleza o del papel que les había tocado representar en el drama de la vida. No importaba lo mucho que lo intentaras, no había escape de uno mismo. Quienes somos no solo nos definía como seres humanos sino también nos ataba a nuestros destinos, como en una cuerda de prisioneros. No había nada que pudiéramos hacer al respecto, nada que pudiéramos hacer para cambiar cómo somos, ni lo que vivimos. Al menos en la vida de Martin siempre había habido una constante, algo a lo que aferrarse para seguir luchando. Sacar a los monstruos de las calles, hacerlas un poco más seguras. Pero por cada asesino que detenía siempre aparecía otro para ocupar su lugar. Era una batalla perdida. Tal verdad irrefutable la había descubierto por las bravas, cuando Gareth Jacobs Saunders le atravesó la ingle con un machete. Entonces había aprendido lo que significaba ser una víctima.

Martin Cordero se reclinó sobre la baranda de cristal y acero, dejando vagar los

ojos por la calle desierta. Eran cerca de las once y media de la mañana y en el exterior la calle estaba poblada de paseantes. Se masajeó los ojos cansadamente, mientras dejaba caer la ceniza al vacío. El rojo intenso de la punta del cigarrillo le trajo el recuerdo de...

#### *El calor de las llamas...*

No podía evitarlo, siempre que dejaba su mente desocupada, volvía a recordar aquella noche. Era como si los recuerdos de entonces estuviesen constantemente al acecho, aguardando a que se presentase un resquicio por el que colarse y regresar para atormentarle. *Deberías pensar en otra cosa*, se ordenó a sí mismo, mientras apagaba el cigarrillo en uno de los enormes maceteros que adornaban la terraza. Aquellas horrendas vasijas contenían el único verde que se podía distinguir entre el gris y rojo de los tejados de alrededor. Un repentino resplandor en una de las ventanas del edificio de enfrente le trajo otro recuerdo desagradable...

#### *La tormenta aullando a su alrededor...*

Siempre le había asombrado lo sencillo que resultaba que la vida de una persona cambiase en un instante. Para él, haber estado a punto de ver cómo uno de sus riñones salía por su espalda fue uno de esos instantes. Su vida, tal y como la conocía, se había quebrado en un estallido de exquisito dolor.

Se dirigió hacia la puerta del ascensor y apretó el botón de llamada, mientras dejaba escapar las últimas volutas del humo de tabaco. Entonces, escuchó un susurro a su espalda y sintió como su corazón se aceleraba, sus peores pesadillas cobrando vida ante sus ojos. Giró sobre sus talones, casi esperando encontrarse cara a cara con un Gareth Jacobs Saunders abrasado, machete en mano, dispuesto a acabar con su vida. Pero solo era uno de los muchos gatos callejeros que merodeaban por el lugar esperando encontrarse con algún resto de comida sin recoger, atraído por el olor a...

#### *Carne quemada...*

Sobre todo el olor.

Todos ellos eran recuerdos dolorosos que Martin quisiera borrar de su memoria y de su vida. De no haber sucedido lo que sucedió aquella noche en el Parque Nacional de los Glaciares, Martin no se encontraría ahora en Madrid. No tendría el persistente sentimiento de haber huido de su destino y seguiría persiguiendo monstruos. Meterse en la mente de los criminales más peligrosos que uno pudiera encontrar era una extraña sensación, como de perderse a sí mismo para convertirse en otra persona. Y Martin Cordero había sido uno de los mejores haciéndolo. Desde luego, no sucedía como se contaba en las películas o las novelas de ficción y la mayor parte de su trabajo consistía en analizar la información recolectada y tratar de encontrar el paralelismo psicológico que les diese a los investigadores un indicio sobre la personalidad del criminal y, quizás, si eran afortunados una pista para anticiparse a su siguiente movimiento. Por supuesto, contrastar estadísticas también ayudaba. La estadística era una de las herramientas más importantes en el trabajo de un psicólogo criminalista.

Martin se agachó y rascó al gato detrás de las orejas. Nunca había sido un gran fan de los felinos pero de alguna manera pensaba que aquel vagabundo bien se merecía una rascada de orejas por no haberse transformado en un asesino. El gato se dejó hacer, con los ojos entrecerrados y el morro levantado, desdeñoso, hasta que el sonido del teléfono móvil le hizo arquear el lomo y salir huyendo como una centella. Llevándolo a su oído, contestó.

—¿Martin? —Preguntó una voz masculina al otro lado de la línea.

—Hola, papá. ¿Cómo estás? —Su padre tan madrugador como siempre, hizo un rápido cálculo y supuso que debían ser las cinco y media de la mañana en Nueva Jersey.

—Solo quería charlar un poco contigo. —Dijo su padre. No había vuelto a ver a sus padres desde que dejó el FBI y había viajado a Madrid—. Tu madre te manda recuerdos.

El viejo guardó silencio por unos instantes y Martin se apresuró a rellenarlo, con una pequeña sonrisa bailando en sus labios.

—Yo también os he hecho de menos, papá.

—Lo sabemos, hijo. —Su padre dejó escapar un suspiro audible—. ¿Cómo va el libro?

—Bien, quizás algo más lento de lo que esperaba pero voy avanzando el trabajo. —Dijo—. ¿Qué haces levantado tan temprano?

—Ya sabes cómo somos los viejos, cada vez nos cuesta un poco más conciliar el sueño y un poco menos madrugar.

—Escucha, papá, creo que voy a irme a desayunar. Hoy me espera un día ajetreado. Tú deberías irte a la cama...

—Sí, claro, no quiero quitarte más tiempo. ¿Estás seguro de que está todo bien? —Preguntó finalmente su padre, revelando el verdadero motivo de su llamada.

—Sí, papá, todo está bien. ¿Algo interesante por casa?

—Lo de siempre. —Rezongó su padre—. Tu madre sigue dedicándole más tiempo a sus rosas que a su propio marido.

Martin dejó escapar una breve carcajada y contestó:

—Siempre han sido la niña de sus ojos.

—Eso es tan cierto como que el cielo es azul y el agua húmeda. —Rio su padre con él—. Martin... Todo saldrá bien. Termina ese libro tuyo y regresa a casa con nosotros. Con tu familia. ¿Cuándo volverás a casa?

Martin apretó los labios en una fina línea, de momento no quería hablar de eso.

—¿Cómo está el tiempo por ahí? —Dijo cambiando bruscamente de tema.

—Hace fresco y ha estado todo el día nublado, como es habitual en esta época del año. —Contestó su padre con un suspiro.

Martin asintió.

—Así es la primavera. Pronto os llegará el calor. —Auguró.

—Es lo que toca, hijo. Nada malo en ello. —Martin podía sentir la tristeza en la

voz de su padre—. ¿Me prometes que te cuidarás?

—Sí, papá. Así lo haré. —Y colgó. Echó una última mirada furtiva a la calle antes de dirigirse hacia el ascensor.

Martin había meditado largo y tendido sobre su dimisión del FBI y sobre haber dejado su casa para refugiarse en un país extraño. Bueno, extraño del todo no era, pues las raíces de su familia se encontraban en la capital española y él mismo había nacido en esa ciudad. En cierto modo, elegir Madrid como destino de su escapada había sido algo natural. Conectar con sus orígenes y todo eso.

Desde el primer momento en que ingresó en la academia había amado y amaba su trabajo. Pero las cosas habían cambiado tras su violento encuentro con Gareth Jacobs Saunders. Mientras yacía en la cama del hospital Saint Patrick de Missoula, donde le habían transportado en un helicóptero médico para intervenirle de urgencia, Martin había decidido abandonar la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI y se había jurado no volver jamás a atrapar criminales psicóticos. Una decisión tan dolorosa como la propia cuchillada.

Las pesadillas llegaron después.

La caja del ascensor todavía no había alcanzado el nivel de la terraza, cuando su teléfono volvió a sonar. Era Margaret Adliss, su editora en la editorial East Coastal Publishers.

Margaret era una mujer regordeta que abusaba de la máscara y del maquillaje facial y elegía su ropa en las páginas de las revistas de moda. «Una debe siempre vestirse para ganar», solía decir. Margaret había sido la primera persona que sugirió a Martin que debía escribir un libro sobre lo que le había sucedido con El Artista. Algo así como las memorias del autentico cazador de psicópatas. «Un material de primera», había dicho. Lejos de obedecer, Martin había desechado la idea porque estaba seguro de que le daría más misticismo al personaje de Gareth Jacobs Saunders del que se merecía y porque le repugnaba el mero pensamiento de enriquecerse a costa del sufrimiento de las víctimas de un asesino.

Sin embargo, le había atraído la posibilidad de escribir, de compartir con otros sus conocimientos sobre los asesinos en serie. Y por eso se había embarcado en la tarea de escribir un libro sobre los asesinatos ritualísticos. Desgraciadamente, el tema estaba muy de moda debido a los crímenes cometidos en México por el culto de la Santa Muerte.

—Hola, Martin. Lucy me ha contado que te estás retrasando en la entrega del siguiente capítulo. —Lucy era la asistente de Margaret y la persona a quien Martin enviaba regularmente el material terminado para su revisión.

—Yo también me alegro de oírte, Margaret. —Dijo a modo de respuesta.

—No te hagas el listillo conmigo, Martin Cordero. —Contestó ella, fingiendo enojo. En realidad, Margaret era la persona más comprensiva y servicial que Martin había conocido y siempre le echaba una mano ante el ocasional bloqueo creativo—. Lucy dijo que el plazo de entrega venció la semana pasada.

—Es solo un simple retraso, Margaret. Ya sabes cómo son estas cosas. La inspiración tiene sus momentos y viene y va cuando se le antoja. Pero llevo un buen ritmo y podré tener terminado el siguiente capítulo para mañana.

—Eso está bien, Martin. Mañana será perfecto, pero ya sabes que los plazos de entrega son sagrados para la editorial y mi jefe me está pidiendo ese material para estudiarlo. Debes de enviarlo mañana.

—Como si tuviese otra opción... —Retortó Martin.

—No te quejes tanto. Eres un gran psicólogo criminalista, probablemente el mejor. No deberías de tener muchos problemas para terminar este libro. —Insistió Margaret—. Además, han aparecido nuevos casos en Ciudad Juárez que parecen estar relacionados con seguidores del culto de la Santa Muerte. Tres sacerdotes católicos, que fueron decapitados y colgados de varios postes de teléfono.

—Sí, cada vez están teniendo más popularidad ese tipo de rituales en la subcultura del narcotráfico y se hace más difícil distinguir entre las imitaciones y los auténticos crímenes del culto.

Margaret guardó silencio y este se prolongó por unos instantes. Entonces, Margaret cambió de tema.

—Martin, sinceramente pienso que la historia que deberías estar escribiendo es tu experiencia con El Artista. Créeme si te digo que es carne de *bestseller*.

—Margaret, mi experiencia, como tú la llamas, terminó conmigo en el Saint Patrick, debatiéndome entre la vida y la muerte, y una docena de agentes del IRGC asesinados. Buenos agentes, padres de familia...

—Pero cielo, eso es lo que la hace más necesaria. Tú vales mucho más que un libro de texto sobre asesinatos ritualísticos o unos chiflados mexicanos que adoran a una casposa diosa *new age* que se cree la Parca. Tu historia se merece estar en los estantes de las librerías más importantes del país y encabezar las listas del New York Times, junto al último éxito de Stephenie Meyer o Dan Brown.

Martin soltó una carcajada.

—Dos autores de gran relumbro, sin lugar a dudas. —Se mofó Martin.

—Dos autores multimillonarios. —Corrigió ella.

—Margaret, ya te dije que no pienso enriquecerme a costa del sufrimiento de otros y no he cambiado de parecer. Es mi última palabra al respecto.

—Quizás sí y quizás no. —Contestó Margaret enigmática.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

—No importa. —Respondió ella, sin querer entrar en más detalles—. No te olvides de mandarnos el nuevo material para mañana.

—Así lo haré. —Replicó Martin y se despidió, su mirada fija en la iluminada torre de la Iglesia de Nuestra Señora de las Maravillas.

Su reformado apartamento se encontraba en el barrio de Malasaña. Separado en dos alturas, se trataba de una galería sin divisiones que alquiló por un año a una vieja momia inglesa con la suficiente visión comercial como para comprar todo el edificio

cuando la crisis económica afectó severamente al sector inmobiliario madrileño. Malasaña era un barrio perteneciente al distrito Centro de Madrid que en realidad se trataba del Barrio Universidad. Repleto de bares y restaurantes, Malasaña se había convertido en un referente de la famosa «Movida madrileña», un movimiento cultural y artístico que tuvo lugar en los años ochenta y cuyos ecos todavía perduraban por la zona. El apodo de Malasaña le llegó a expensas de la hija quinceañera de un panadero francés que fue ejecutada por las tropas napoleónicas durante la ocupación. A Manuela, que así se llamaba la adolescente asesinada, la tradición popular la había convertido en una especie de heroína que llevaba municiones para los insurgentes levantados en armas contra las tropas francesas, Incluso había un cuadro muy famoso de Eugenio Álvarez Dumont<sup>[3]</sup> que mostraba a Manuela y su padre en plena batalla, cuando en realidad había sido violada por una patrulla de soldados y detenida por ocultar unas tijeras de costurera.

A Martín le fascinaba pensar en cómo una mentira podía crecer tanto hasta transformar a una persona en otra completamente diferente. Se dirigió a la cocina y puso en marcha la cafetera Nespresso. Era una pobre excusa que no se acercaba al sabor del verdadero café y lo sabía, pero había estado incluida entre el mobiliario del apartamento y todavía no la había sustituido por otra en condiciones. Como cabía esperar, la taza de ristretto no fue suficiente para limpiar las telarañas que habían dejado los recuerdos en su cabeza. Las mismas preguntas, una y otra vez, se repetían en su interior. ¿Cómo demonios había llegado a esto? ¿Por qué había sobrevivido aquella noche? ¿Qué es lo que tanto le inquietaba? La sensación de que lo peor estaba aún por llegar le acompañaba día y noche. Como si seis centímetros de acero en la boca del estómago no fuesen suficiente para ser calificados como «lo peor».

Sin embargo, todo aquello no era nada nuevo, muchos policías que habían sufrido una experiencia de vida o muerte en el cumplimiento del deber, abandonaban el servicio a los pocos días de ser dados de alta en el hospital. Piénsalo como una especie de llamada a la vida, o piénsalo como quieras, pero era lo que tocaba. Tal cual les entregaban sus ropas de calle en el hospital, se encaminaban a sus casas y se pasaban las siguientes semanas rumiando que aquello era el fin, que hasta ahí habían llegado. A la mierda el sentido del deber, a la mierda atrapar criminales. Incluso después de pasados unos años seguían reviviendo la violencia de su trabajo, la frustración. En el caso de los psicólogos especializados en perfiles criminales resultaba todavía mucho peor. Todo el horror, toda la basura humana con la que lidiaron durante su trabajo, terminaba por acompañarles el resto su vida.

Y ahí estaban otra vez. Los mismos pensamientos fúnebres. El mismo sueño que le despertaba todas las noches. El rostro envuelto en llamas de Gareth Jacobs Saunders abalanzándose sobre él. El dolor intenso cuando la hoja del machete abrió de cuajo la carne de su vientre. La misma mierda que se repetía una y otra vez. Puedes decirte una y otra vez que todo está bien pero al final siempre sabes que no. Aunque quizás algún día pueda cambiar todo. Al menos, es lo que esperaba.

Martin llevó una segunda taza de café hasta la mesilla donde reposaba su ordenador. El procesador de texto se hallaba abierto por la última página que había escrito. Todavía le quedaba mucho trabajo que concluir si pensaba entregar ese material para el día siguiente, como le había prometido a Margaret.

Suspirando se puso manos a la obra.



## 9

Para Saeed Mesbahi la última hora de su vida había resultado muy confusa. En la lujosa habitación de su hotel contemplaba espeluznado el macabro paquete que había aparecido como por ensalmo en la mesa del espacioso salón que había contiguo al dormitorio. No sabía cómo había llegado hasta allí, ni quién lo había enviado. Se había puesto en contacto con la recepción del hotel y preguntado si alguno de los conserjes había entrado en su habitación, quizás mientras él se encontraba en la ducha, pero le habían informado de que nadie del hotel había accedido a sus dependencias. Pensó en llamar a la policía local aunque estaba horrorizado y no sabía qué debía hacer.

Solo le quedaba una persona a la que recurrir.

La primera vez que dijeron a Saeed Mesbahi que formaría parte de la comitiva de científicos que viajarían a la cumbre de Madrid no se lo creyó. Se encontraba en su minúsculo despacho de la Universidad de Biofísica de Teherán y preparaba un artículo para la revista de la Sociedad de Física de Irán sobre sus trabajos con enzimas artificiales. El hombre que llamó a su puerta no pertenecía a la universidad, de eso estaba seguro. No lo conocía, nunca lo había visto por las instalaciones. Muy probablemente, ni siquiera perteneciera al ámbito científico. Con su traje marrón claro y sus ademanes oleaginosos era alguien acostumbrado al poder y que disfrutaba con el miedo que ejercía su presencia. El hombre no le dijo su nombre o su cargo y Saeed no se lo preguntó, aliviado por no tener que saber más de lo necesario sobre el desconocido, aunque no le cabía ninguna duda de que pertenecía al *Vezerat-e Ettela'at va Amniyat-e Keshvar* o VEVAK, como se le conocía en el mundo entero por sus siglas. El Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional de su país.

El profesor Saeed Mesbahi estaba especializado en Biofísica Cuántica y llevaba más de una década trabajando para el Ministerio de Ciencia, Investigación y Tecnología iraní bajo los auspicios del ministro Yafar Mili-Monfared, buscando nuevas fórmulas para crear enzimas artificiales capaces de reparar el ADN de las células cancerígenas. Paralelamente trabajaba en la creación de un modelo biofísico cuántico de la mente que explicase el funcionamiento de los procesos mentales, de definir qué era la mente humana. Saeed estaba muy orgulloso de su trabajo y cuando el tipo del traje marrón le dijo que iría a España a exponer sus avances en la materia no cabía en sí de gozo, pero pensó que le estaba tomando el pelo, que aquella

propuesta era una prueba del humor enfermizo de los representantes del VEVAK o que estaban examinando su sentimiento patriota. Incluso pensó en echar al tipo de su despacho con cajas destempladas. Pero algo en el ademán del otro le hizo contenerse.

Entonces el hombre se había metido la mano en el bolsillo y extraído una memoria IRGC.

—Guarde en esa memoria los artículos que quiera exponer en la cumbre y nosotros los estudiaremos. Si consiguen el sello de aprobación, profesor Mesbahi, viajará a Madrid con el resto de sus compañeros científicos. —Su voz era suave, casi un susurro, pero tenía cierto matiz acerado. Lo dicho, era alguien que estaba acostumbrado a dar órdenes y a ser obedecido sin rechistar.

El profesor Mesbahi así lo hizo y cuando el hombre regresó al día siguiente para recoger la memoria, en su interior se encontraba almacenado el trabajo de toda una vida. Una semana más tarde estaba a bordo de un vuelo de la Iran Air con destino a la capital de España. Junto a él, iba una nutrida comitiva de científicos y doctores, personal administrativo y un grupo de agentes de seguridad proporcionados por el Ministerio de Inteligencia. Aterrizaron ocho horas más tarde en el Aeropuerto de Barajas y los distribuyeron en dos autobuses para trasladarlos a sus respectivos hoteles.

Cuando Saeed vio el lujoso hotel en el que le habían reservado su habitación, tampoco se lo creyó. Sin duda, su amistad con el ministro Yafar Mili-Monfared había tenido algo que ver. El caso es que ahí estaba, su conferencia no se celebraría hasta pasado mañana y, de momento, solo había podido disfrutar de las comodidades del hotel porque el miembro de seguridad que le habían asignado no le dejaba salir de las instalaciones sin permiso. Aunque ya había solicitado que le permitiesen visitar el Museo del Prado y estaba confiado en que se lo concederían, si no acudiría al ministro para conseguirlo. No pensaba marcharse de España sin ver las obras de Francisco de Goya, uno de sus pintores favoritos. En definitiva, todo iba sobre ruedas y era un sueño hecho realidad.

Hasta esa misma mañana.

De repente, sonó el teléfono de la habitación.

El profesor descolgó y dijo:

—Al habla el profesor Saeed Mesbahi.

—Profesor, tengo entendido que tiene un pequeño problema. Algo de naturaleza extremadamente delicada. —Dijo una voz sin inflexión, al teléfono. Se trataba del mismo hombre que le había anunciado en Teherán que iba a formar parte de la comitiva científica que asistiría a la cumbre.

—Así es... En mi habitación, sobre la mesa ha...

—¡Deténgase, deje de hablar ahora mismo! —Le ordenó la voz—. No diga nada más por teléfono. Enviaremos a alguien a su habitación para que le asista. Podrá explicarle al agente de seguridad todos los pormenores. No hace falta que le diga que no toque nada, ¿verdad?

—No, no. No lo haré. Gracias, no sabe... —Se interrumpió a media frase pues el hombre ya había colgado el teléfono.

Sus ojos se volvieron hacia la mesa en la que reposaba el paquete y se estremeció. Ahora el profesor Saeed Mesbahi dudaba de si había hecho lo correcto y se preguntaba si no hubiera debido informar a las autoridades locales. Después de todo aquel paquete no tenía nada de ordinario. Mientras aguardaba a que llegase alguien de seguridad, volvió a observar con repugnancia el contenido del envase a través del material plástico transparente. El color cerúleo, la textura como de papiro, la presencia casi imperceptible de unas gotas de rojo sobre el algodón. Parecía uno de esos útiles que se empleaban en el cine o el teatro, aunque algo le decía que era muy real. Y, si estaba en lo cierto, eso solo podía conllevar una horripilante deducción. Sacudió la cabeza, tratando de alejar esos macabros pensamientos de sí, y recordó los acontecimientos de esa misma mañana en el enorme auditorio del Palacio de Congresos en donde se estaba celebrando la cumbre.

La sala estaba a rebosar de público y un nutrido grupo de personas pugnaba por entrar aunque tenían que quedarse en pie detrás de los asientos del fondo. Saeed se había extrañado al principio de tal recibimiento pero lo cierto es que la cumbre estaba siendo todo un éxito de asistencia. El Doctor Yousef Arzi de la Universidad de Ciencias Médicas organizaba sus notas sobre la mesa de conferencias, mientras se esforzaba en poner en su sitio un rizo rebelde de su poblada melena plateada. Bajo y empaquetado en su traje chapado a la antigua como una salchicha polaca, el doctor se dirigió a los asistentes, en un inglés con profundo acento árabe:

—Bienvenidos, damas y caballeros. En esta primera conferencia de la cumbre quisiera hablarles de los avances en neurocirugía realizados hasta la fecha en nuestra amada República Islámica de Irán. A mi lado se encuentran el Doctor Mohammad Shooshtari del Hospital Imam Khomeini de Teherán y la doctora Samira Farhadi de la Universidad de Medicina de Shiraz.

El doctor Arzi se detuvo unos instantes y permitió a la audiencia que concediese un aplauso de bienvenida. Entonces revisó una última vez sus notas.

—Como saben he pasado los últimos tres años estudiando un nuevo biomarcador para diagnosticar de manera anticipada la enfermedad de Alzheimer. Durante estos maravillosos años, mis colegas y yo nos hemos acercado a un método revolucionario de diagnóstico y prevención que permite predecir la respuesta del paciente ante el tratamiento, que es el que vamos a presentar en esta conferencia. Ahora bien, si prestan su atención a la diapositiva...

En ese momento, el profesor Mesbahi había desconectado de la presentación.

Se encontraba cómodamente sentado en una de las butacas reservadas para la delegación iraní y con todo el agotamiento del viaje y las preparaciones preliminares de su propia conferencia sobre la elaboración de enzimas artificiales, se encontraba completamente exhausto. A su lado, se hallaba sentado otro de los miembros de la delegación que no reconocía. No era de extrañar pues el programa científico de Irán

era más extenso de lo que mucha gente creía y se gastaban millones en investigación y desarrollo, hasta alcanzar un crecimiento anual que superaba el veinticinco coma dos por ciento. Una nueva salva de aplausos le devolvió momentáneamente al auditorio, aunque su mirada se deslizó de nuevo hacia su compañero de asiento, había algo en él que le inquietaba. Cierta intensidad en los ojos que ahora se encontraban clavados sobre él, como si estudiara cada rasgo de su cara, con una concentración depredadora.

Saeed Mesbahi se había olvidado por completo de aquel hombre y se preguntaba por qué lo había recordado en esos momentos. De repente, un repiqueteo en la puerta le indicó que el agente de seguridad había llegado. Se levantó del sillón, sin perder de vista el paquete, y dejó entrar a un hombre de tez oscura que vestía un impecable traje gris de corte inglés que se estiraba bajo la solidez de sus músculos. El hombre llevaba gafas de sol y un auricular en la oreja, por el cual parecía recibir instrucciones de un ente desconocido, en su mano portaba un maletín de aluminio.

—*Salaam*, profesor Mesbahi. ¿Puede indicarme dónde se encuentra el paquete?

—Sí, claro. Como puede comprender estoy muy agitado, en cuanto lo he descubierto les he llamado a ustedes. —La voz de Saeed mostraba la aprensión que sentía y que ahora se veía acrecentada por la presencia del agente. Los miembros del VEVAK siempre causaban ese tipo de impresión en los ciudadanos iraníes.

—Está seguro de que nos ha llamado solo a nosotros y a nadie más, ¿correcto, profesor? —Preguntó el agente, con los espejos oscuros de su gafas fijos en Saeed.

—Eeeeer, no... Quiero decir, sí. Solo a ustedes. —Balbució, mientras se removía incómodo en el sitio y se tironeaba nerviosamente del faldillo de su chaqueta.

—Bien, me complace oír eso. Entiendo su agitación. Estoy seguro de que resulta desconcertante, levantarse por la mañana y enfrentarse a algo tan desagradable. —Dijo el agente—. Pero no se preocupe más, a partir de este momento ya nos encargamos nosotros. —Miró al profesor en busca de confirmación de que le prestaba toda su atención y prosiguió—: Ahora ni una palabra a nadie y procure olvidar este desagradable incidente. ¿Me ha entendido?

—Sí, desde luego. —Saeed Mesbahi estaba ya temblando descontroladamente—. No hay nada que quiera hacer más que olvidar todo el asunto. Cuente con ello.

Satisfecho, el agente se puso unos guantes de látex y recogió con cuidado el envase de plástico que reposaba sobre la mesa del salón. Abrió el maletín de aluminio y dejó en su interior el paquete y su espeluznante contenido. El profesor había desviado la mirada para no contemplar la operación como si no haber sido testigo de la desaparición del envase de plástico en las entrañas del maletín le garantizase con seguridad que iba a olvidarse inmediatamente de todo el asunto.

Al otro lado de la ventana de la habitación un grupo de árboles ofrecían una tonalidad de verdes y rojos. Trató de concentrarse en aquella lujuriosa orgía de color y, de algún modo, consiguió tranquilizarse un poco. Entonces, la fría voz del agente le devolvió bruscamente al interior de la habitación y su fugaz sensación de

tranquilidad se esfumó de un plumazo.

—Ya está. Le aseguro que llegaremos hasta el fondo de la cuestión y de que averiguaremos la procedencia del paquete. —El agente dejó escapar una sonrisa lobuna que mostró sus caninos—. Cuando cojamos al culpable, le garantizo profesor Mesbahi que será castigado como se merece.

Y salió por la puerta con una leve inclinación de cabeza. El maletín de aluminio firmemente pegado a su muslo.

Cuando el agente de seguridad abandonó la habitación, dejó tras de sí una sensación de frialdad absoluta y al pobre Saeed sollozando de puro terror.

Paniagua y Olcina estaban sentados en las incómodas sillas del despacho del inspector jefe Rafael Beltrán, las malas lenguas decían que tenía esas horripilantes sillas, que más bien parecían instrumentos de tortura, para mantener a sus agentes siempre en el filo, siempre alerta, cuando se reunían con él. ¡Y vaya si lo conseguía! No había forma de que el inspector Paniagua acomodase su voluminoso cuerpo y se mantenía en doloroso equilibrio sobre el borde de su asiento.

—¿Qué tiene sobre la mesa, inspector?

Paniagua dio un respingo, normalmente cuando el Jefe Beltrán, como se le llamaba entre sus subordinados, soltaba una pregunta tan directa solía pasar que ya conociese la respuesta y que tenía en mente otra cosa completamente diferente. Antes de contestar, el inspector fijó la mirada en su superior tratando de adivinar qué se proponía.

El Jefe Beltrán era un hombre sólido, adornado con un enorme mostacho de aspecto abiertamente ochentero, y a quien le sobraban algunos centímetros alrededor de la cintura. Sin embargo, regía los destinos de la IRGC con mano segura y la Brigada Especial de Homicidios Violentos se encontraba dentro del organigrama justo bajo su jurisdicción.

—Estamos investigando la aparición esta mañana de un cuerpo que pescó del río una unidad del SUMMA. —Dijo muy despacio, sopesando mucho las palabras, temiendo en todo momento decir algo de más—. Estaba en las inmediaciones del estadio de fútbol...

El inspector jefe le interrumpió en ese momento:

—Ese es un asunto para la Brigada Central de Homicidios, ¿por qué les llamaron a ustedes?

—Todavía no está esclarecido que no se trate del asesino al que estamos persiguiendo.

—¿El que mata a miembros de las bandas latinas? —Quiso saber el Jefe Beltrán. Paniagua asintió.

—¿Qué le hace sospechar tal cosa? Según los informes de la Unidad de Intervención Policial y el Grupo 30 de la Brigada de Información, el muerto había acudido al partido y tuvo un enfrentamiento con radicales del otro equipo.

Rafael Beltrán no había movido ni una ceja mientras ponía en duda la

autenticidad del caso. Lo había soltado tal cual, sin inmutarse, con una mano posada inocentemente sobre la carpeta con los informes de la IRGC y el Grupo 30. Una de las malditas virtudes que tenía, si preguntabas al inspector Paniagua. Esa capacidad que poseía de no perder nunca los estribos, de parecer estar siempre bajo control. Dos pasos por delante de ti. Paniagua sospechaba que el Jefe Beltrán había hablado con la Jefatura Superior y por eso conocía los detalles sobre el muerto. O quizás alguien de Homicidios se había quejado con amargura porque Paniagua les había birlado el caso.

—Es cierto, inspector jefe. Sin embargo, la víctima era ecuatoriana y vestía ropas que son afines a la moda que usan los Latin Kings. —Explicó—. Además hemos hablado con la hermana del fallecido y, aunque no lo ha confirmado, tampoco ha negado que el muerto perteneciera a la banda.

El Jefe Beltrán lo miró y asintió muy lentamente, con premeditación.

—Inspector, sigue sin justificarme por qué ha tomado este caso y no se lo ha dejado a la Brigada Central de Homicidios. ¿Qué relación tiene con el vigilante asesino? No termino de verlo.

A Paniagua se le pusieron de punta los pelos de la nuca. Así que se trataba de eso, si no hilaba muy fino en los próximos cinco segundos iban a quitarle el caso. Paniagua se detuvo un largo momento para sopesar con cuidado qué iba a contestar, mientras, a su lado, podía sentir cómo el subinspector Olcina contenía la respiración. El Jefe Beltrán se mantenía inmóvil, como una estatua, parecía tener la fastidiosa impresión de que la pausa del inspector se debía más a la pretensión de acentuar el elemento dramático que a otra cosa.

—Reconozco que hasta el momento solo es una corazonada mía. Ni siquiera nos hemos reunido todavía con los chicos del Anatómico Forense... Por el momento todo coincide con una riña tumultuaria, lo reconozco. Sin embargo, hay ciertos puntos que no quedan claros. —Dijo, por fin—. Como la llamada al 112. ¿Por qué se tardó tanto en producir? Como sabe, el asesino siempre llama al 112 para avisar de que ha cometido un nuevo crimen. Ahora mismo están cotejando los datos de la llamada para saber si coinciden con los de una tarjeta de prepago como las que usa habitualmente el asesino.

El Jefe Beltrán lo miró intensamente.

—¿Una corazonada?

—Bueno..., sí.

—Pero aquí dice que el cuerpo no presentaba la misma patología que las otras víctimas del... ¿Cómo le llaman? ¿El Ángel Exterminador?

El inspector asintió.

—Podríamos decirlo así. Creo que lo mejor es que prosiga con la investigación un poco más para estar del todo seguros.

Silencio.

—Sé que suena a cogido por los pelos. —Prosiguió—. Pero le aseguro inspector jefe que si me da un poco más de tiempo sabré con seguridad si se trata de El Ángel

Exterminador o de un simple ajuste de cuentas entre aficionados radicales o incluso de bandas latinas y entonces, se lo entregaré a los de Homicidios con mucho gusto y un lacito de color rosa.

—Inspector Paniagua, tengo ya a la Jefatura Superior pegada a la nuca, alegando que es un asunto de violencia deportiva y que la IRGC está metiendo las narices donde no debe. En la memoria de todos está el asunto del aficionado deportivista que murió en 2014. Las similitudes son muy grandes y no podemos pasarlas por alto.

—Lo sé, inspector jefe. Pero no puedo dejar de pensar que hay algo más que un enfrentamiento entre radicales deportivos.

—Inspector...

—Jefe Beltrán me paga para que detenga a los asesinos más peligrosos. — Continuó el inspector, acaloradamente—. Desde que la IRGC se ha puesto en marcha hemos hecho precisamente eso y sacamos de las calles a dos de los asesinos en serie más violentos que se han conocido jamás. Puede que no sea nada o puede que sea El Ángel Exterminador. No lo sé. De verdad que, en estos momentos, no lo sé. Pero creo que tendré una respuesta más adelante. De esto estoy completamente seguro. Déme más tiempo para descubrirlo.

Se produjo un nuevo silencio.

El inspector Paniagua sintió que se le aceleraban las pulsaciones. Era el todo o nada. Al cabo de un rato, el inspector jefe Beltrán contestó:

—Está bien, inspector. Tiene exactamente veinticuatro horas para decirme si se trata de su hombre o no. De lo contrario, le pasaré inmediatamente el caso a la Brigada Central de Homicidios.



Al mismo tiempo que el inspector Paniagua se las tenía con el Jefe Beltrán, Alba Torres abandonaba las modernas instalaciones del complejo policial que se encontraban ocultas tras un inmenso muro de hormigón gris y ocupaban una extensión similar a la de tres campos de fútbol.

Alba Torres hacía tiempo que no se llevaba bien con su hermano. Ahora se sentía culpable por ello, cuando la policía la llamó para informarle de su muerte, no supo cómo reaccionar y ello le había sumido en la tristeza. Y en una enorme culpa. Oswaldo siempre había sido un chico con problemas, metido en jaleos con las pandillas. Alba había mentido al inspector cuando le dijo que Oswaldo no pertenecía a ninguna banda, pero ahora que estaba muerto no quería que nadie le recordase como un pandillero.

Cuando salió del despacho del inspector se dirigió a la estación de Metro de Mar de Cristal, pero no fue directamente a su casa. Su mente no dejada de preguntarse por qué Oswaldo no se había marchado con sus amigos cuando terminó el partido, por qué no la había llamado para ir a recogerle. ¿Tendría de nuevo problemas con los pandilleros? Solo había una forma de saberlo y pasaba por preguntárselo a Walter.

Pero no sabía dónde encontrarlo.

Walter Delgado era un criollo descendiente de españoles, de malas ideas, con el que solía salir Oswaldo. Él fue quien le introdujo en la banda. Al principio, solo había sido por pura diversión, por buscar algo de emociones fuertes que sacar de una ciudad que no les comprendía y cuyas costumbres eran tan diferentes. Walter había tenido contactos con la banda en su ciudad natal de Guayaquil, cuyos miembros habían sido legalizados en 2006 por el Gobierno de Rafael Correa. Desgraciadamente, la violencia no terminó ahí y fue exportada a otros países como España.

Alba había discutido con Oswaldo el mismo día en que descubrió que andaba metido en líos con los Latin Kings, luego se había sentido terriblemente mal por haberlo hecho. Oswaldo se había marchado de casa dando un portazo y no había regresado hasta pasada una semana. Ahora se sentía mucho peor, se sentía culpable con su hermano por no haber sido más severa con él, por haberle dejado marchar aquella noche.

La puerta neumática del vagón se cerró tras ella y buscó un asiento vacío en el que sentarse. Se incrustó con dificultad entre un diminuto hombre de rasgos asiáticos que leía un periódico de su país en una tableta digital y una mujer de mediana edad

que mordisqueaba una manzana, probablemente camino del trabajo. Inmediatamente extrajo su teléfono móvil del bolso y se puso a teclear un mensaje al grupo de amigos de Oswaldo, quería saber si alguno de ellos sabía dónde podía encontrar a Walter Delgado. Una lágrima resbaló por su mejilla. No podía creer que Oswaldo estuviera muerto. ¿Qué iba a contarles a sus padres? ¿Cómo iba a explicarles que su hermano había sido asesinado? Eso acabaría con su mamá, estaba segura de ello.

La familia Torres era oriunda de Cuenca, una pequeña población de menos de cuatrocientos mil habitantes que era considerada como uno de los atractivos turísticos más importantes de Ecuador. Su madre trabajaba haciendo sombreros de paja a mano para una tienda del centro de la ciudad y su padre trabajaba en la fábrica de llantas Erco Tires.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la melodía del teléfono que le hizo dar un respingo. Lanzó una mirada de disculpa a la señora de la manzana y descolgó.

—¿Es verdad? ¿Es cierto lo de Oswaldo? —Preguntó Efrén Basantes en cuanto contestó—. ¡No puedo creerlo!

Efrén era uno de los amigos de Oswaldo que le habían acompañado aquella noche durante el partido de fútbol.

—Sí, es cierto. Acabo de hablar con la policía. —Dijo ella—. Efrén, ¿sabes qué hizo Oswaldo después de dejaros? ¿A dónde pudo ir? ¿Estaba con Walter Delgado?

—No puedo decirlo, Alba, cuando nos separamos estaba solo pero es cierto que había quedado con alguien...

—¡Tiene que ser Walter Delgado! —Exclamó con un grito que le ganó otra mirada reprobatoria de su compañera de asiento—. ¿Quién si no podría ser?

—No tengo ni idea. —Reconoció Efrén.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—Alba no te conviene mezclarte con esos mamones. Son muy peligrosos. —Efrén era otro muchacho que había tenido sus escarceos con los Latin King en Ecuador y ahora no quería oír hablar de ellos bajo ningún concepto. Demasiada violencia, demasiados jóvenes asesinados, demasiadas violaciones. Como para durar toda una vida.

—Dime dónde puedo hallar a Walter, por favor. —Insistió—. ¡Tienes que decírmelo!

—¡Qué más da! Oswaldo ya está muerto y tú no puedes hacer nada. —Estalló Efrén.

—¡Por favor...!

De pronto, se perdió la conexión.

Alba se precipitó hacia la puerta en cuanto el tren se detuvo en la siguiente estación y salió a la calle para recuperar la cobertura de su teléfono y poder volver hablar con Efrén. Tenía que conseguir que le dijera cómo ponerse en contacto con Walter Delgado, estaba segura que el guayaquileño sabría algo que pudiese ayudar a la policía a averiguar lo que había sucedido en el Puente de San Isidro. Marcó el

número de nuevo pero la llamada se cortó. Histérica y al borde de las lágrimas comprobó el número de barras que indicaban el nivel de cobertura de su teléfono y vio que tenía las necesarias para poder llamar. Volvió a intentarlo y escuchó con ansiedad los pitidos que indicaban que el otro teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

—¡No, no! —Le gritó impotente a la foto de su hermano que decoraba el fondo de pantalla del teléfono y rompió a llorar. Volvió a intentar conectar y recibió por respuesta un mensaje grabado:

—El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura. Si quiere dejar un mensaje, espere a oír la señal... —Cortó, para qué molestarse en dejar un mensaje, era evidente que Efrén no iba a hablar con ella.

—¡Maldita sea! —Exclamó, de pronto estaba tan enfadada que no podía dejar de temblar. Toda la culpa la había tenido el idiota de su hermano; si le hubiera hecho caso sobre Walter, Oswaldo estaría ahora con vida. Estaba furiosa y aterrada, al mismo tiempo. ¿Qué iba a ser de su vida sin su hermano?

Contempló de nuevo la foto en su teléfono. Oswaldo y ella sonrientes, con los ojos un poco entrecerrados por el sol. La habían tomado en un viaje que hicieron juntos a Toledo. Habían visitado la ciudad, habían reído, bebido sangrías en los bares de la plaza. Oswaldo se había empeñado en comprar una navaja de mariposa en una de las muchas cuchillerías que había en la ciudad. Otra mentira que le había dicho al inspector. Pues su hermano sí tenía una navaja. Toledo era muy famosa por su acero. Oswaldo quería recordar aquel viaje y por eso compró la navaja.

El recuerdo la trajo al presente, al cadáver de Oswaldo que yacía, frío e inerte, en una camilla de acero inoxidable en el Instituto Anatómico Forense. Sentía que su vida había sido sacudida por un terremoto, se sentía confundida, como si hubiera entrado en su casa y alguien se hubiera dedicado a cambiar todas las cosas de sitio. Sin robar nada, sin romper nada. Tan solo cambiarlas de lugar. Ayer, su hermano estaba con ella, hoy ya no. Y nunca más lo estaría. Volvió a sentirse culpable por no haber arreglado las cosas con él las últimas semanas. Ya no tendría más tiempo para hacerlo, para decirle que lo sentía, que sentía haberle gritado, haberle fallado por dejarle mezclarse con los Latin Kings. El cuerpo no paraba de temblarle.

De pronto, sonó el teléfono. Había recibido un mensaje IRGC. Cuando lo leyó, se apresuró a llamar al inspector Paniagua. Sin embargo, una voz que no era la suya contestó.

—Soy Alba Torres, podría hablar con el inspector Paniagua, por favor. —Dijo tratando de tranquilizarse, alejar de sí la tristeza y la culpa que sentía—. Es muy importante.

—El inspector se encuentra reunido en estos instantes, señorita Torres. —Le dijo la voz al teléfono—. Si lo desea puedo recoger un mensaje y entregárselo cuando termine.

—¡No, no haga eso! —Exclamó—. Por favor, es muy importante que hable con el

inspector. ¿No puede... no podría avisarle?

La voz vaciló unos instantes antes de contestar:

—Espere un segundo, veré lo que puedo hacer.

El teléfono quedó en silencio durante lo que le pareció una eternidad, tanto que Alba temió que hubiese vuelto a perder la conexión. Y al cabo de un rato, la voz del inspector contestó:

—Soy el inspector Paniagua.

—Inspector, se trata de mi hermano. —Le temblaba la voz y trataba de reprimir las lágrimas. Odiaba como se sentía y no quería sentirse así, sonaba temperamental e histérica y lo odiaba. Pero no lograba librarse de la culpa—. Necesito hablar con usted.

—Desde luego, señorita Torres. ¿Qué puedo hacer por ayudarla?

—Dijo que le llamase si sabía algo más sobre mi hermano. —Alba Torres continuó con la voz entrecortada y trémula.

—Así es, en efecto. ¿Qué es lo que tiene?

—Le advertí sobre ir con esa gente. —Quiso explicar la joven—. Le advertí muchas veces pero él nunca escuchaba. Oswaldo era muy testarudo.

—Señorita Torres, por favor, ¿sobre quiénes advirtió a Oswaldo? —Insistió el inspector—. Necesito nombres.

Alba se cambió el teléfono de mano y hurgó en su bolso hasta encontrar una bolsita de pañuelos de papel perfumados con mentol. La muchacha se enjugó los ojos y arrugo el pañuelo en una diminuta bola que mantuvo en un puño apretado bajo la nariz. Tenía las manos temblorosas y estaba hecha un manojo de nervios.

—Mi hermano era amigo de Walter Delgado, estaba con él cuando lo mataron. Tengo un IRGC con su dirección y teléfono. ¿Puedo enviárselo, si está interesado?

—¿Quién es Walter Delgado, señorita Torres? —Pregunto Paniagua, a quien todo aquello le empezaba a parecer que no conducía a nada concluyente—. ¿Es Walter uno de esas malas compañías sobre las que advirtió a su hermano?

Ella asintió, entre sollozos entrecortados.

Paniagua comenzaba a perder la paciencia. *¿De qué está hecho el cerebro de los jóvenes de hoy en día?*, se maravilló. No hacía más de una hora que la muchacha había estado sentada en su despacho y entonces no le había contado nada de todo eso. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo creía que iba a capturar al asesino de su hermano si le ocultaba información?

—Señorita Torres, hábleme de ese tal Walter, de su relación con Oswaldo. —La ánimo a continuar.

Ella no contestó al principio, como si se estuviese pensando la respuesta. Paniagua escuchó un sonido húmedo y comprendió que se estaba sonando. Nada de respuesta premeditada, tan solo un poco de mocos obstruyendo las ideas.

—Walter es un chico de Guayaquil. Siempre se está metiendo en líos porque es muy orgulloso y además le da a la marihuana. Esta fumándola a todas horas.

*Como cualquier adolescente de hoy en día*, pensó Paniagua. Sin estudios y sin trabajo, poblaban los bancos de cada parque con sus bolsas de supermercado llenas de alcohol y consumían el tiempo y sus neuronas bebiendo o fumando hierba hasta reventar. Los medios de comunicación les habían bautizado como la «Generación Ni-Ni». Un nombre estúpido, si preguntabas al inspector, que venía a determinar que aquellos jóvenes ni estudiaban, ni trabajaban. Tan solo querían sus drogas y su alcohol. Si Walter era uno de ellos, solo podía significar una cosa: problemas.

—¿Cómo conoció Oswaldo a Walter?

—No lo sé, en algún bar. Al parecer, ambos son aficionados del mismo equipo de fútbol y veían los partidos juntos.

—¿Era Walter uno de los chicos con los que Oswaldo fue anoche al partido? — Preguntó Paniagua.

—No, debió quedar con él a la salida. Pero no puedo estar segura, ninguno de los amigos de Oswaldo me lo ha podido decir con exactitud.

—O sea que no sabe si su hermano estaba o no con Walter Delgado en el Puente de San Isidro. —Resumió, el inspector—. Pero aun así quiere que lo investiguemos. ¿Qué le hace pensar que pueda ser algo relevante?

Ella no contestó. Al otro lado del teléfono, Paniagua podía sentir como habían regresado los sollozos, quizás se sintiese apesadumbrada porque el inspector no acababa de comprar la historia del tal Walter Delgado, o quizás tan solo estuviese apenada por la muerte de su hermano, pero había algo más. Paniagua podía sentirlo y por eso siguió presionando un poco más.

—¿Tenía Walter alguna razón para querer matar a su hermano? —Preguntó, por fin.

—No, inspector, Walter era amigo de Oswaldo. Pero se mueve con gente de mala calaña. —Explicó—. Pandilleros. Ya lo hacía cuando vivía en Guayaquil. Estoy segura de que arrastró a Oswaldo a ese mundo y que por culpa de ello, le mataron.

—¿Latin King? —Insistió Paniagua.

De nuevo, ella asintió sollozando.

Y ahí tenía el inspector finalmente su relación con las bandas callejeras y su sospechoso. Los Latin King era una de las bandas latinas más grandes y organizadas que habían llegado a España. Formada en su mayoría por ciudadanos colombianos, ecuatorianos y centroamericanos se había extendido como un reguero de pólvora por las calles del sur de la capital. Sus miembros solían llevar ropas de color dorado y negro y tatuajes con forma de leones y coronas.

Oswaldo parecía encajar en el perfil de pandillero y ello le convertía, por tanto, en un blanco de El Ángel Exterminador.

El subinspector Olcina conducía el Renault Megane sin marcas de camino al edificio del Anatómico Forense. Durante un rato permanecieron en silencio y Paniagua aprovechó el momento para recapacitar sobre lo que había insinuado el Jefe Beltrán en su despacho. Estaba claro que la IRGC no estaba pasando por uno de sus momentos más brillantes y el inspector jefe así se lo había hecho saber a Paniagua.

Desde su creación, la brigada se había encontrado con muchas voces opositoras que no entendían muy bien por qué se habían apartado los casos de asesinatos múltiples y particularmente violentos de la Brigada Central de Homicidios y Secuestros. Lo cierto era que las disensiones respondían más a razones políticas que a otra cosa, pero hoy en día todo parecía orbitar alrededor de la clase política, y no quedaba más que aceptarlo. La IRGC se había formado mucho después de que casos como el Asesino de la Baraja, un ex militar que se embarcó en un frenesí asesino entre los meses de enero y marzo de 2003, o el del camionero alemán Volker Eckert, que en 2006 mató a cinco prostitutas a lo largo de su ruta entre Francia y España, pasaran a formar parte de la leyenda negra de los asesinos en serie españoles y de las morbosas listas que, con cierta recurrencia, aparecían en los diarios más sensacionalistas. El Asesino de la Baraja, por ejemplo, firmó los seis homicidios que cometió dejando un naípe a los pies de sus víctimas. El detalle macabro perfecto para llenar páginas y páginas de las crónicas negras periodísticas. La gota que había colmado el vaso, por así decirlo, se produjo tres años más tarde. La prensa lo bautizó como el Celador de Olot, un trabajador de una residencia geriátrica que confesó haber matado a once ancianos entre 2009 y 2010, suministrándoles un cóctel de lejía y medicamentos.

Aquel fue el caso que lo empezó todo.

El mismo verano de 2010, el Ministerio de Interior dio el visto bueno para la creación de la Sección de Análisis de la Conducta o SAC, como se la conocía en el entorno policial, y un año más tarde, hizo lo propio con la Brigada Especial de Homicidios Violentos. El primer caso de cierta relevancia del SAC fueron los interrogatorios del Celador de Olot y la creación de su perfil criminal. En ese momento, averiguar las motivaciones de un asesino tan despreciable como astuto fue la prioridad absoluta. Los dos psicólogos que formaban la Sección descubrieron que el Celador de Olot mataba a sus víctimas porque quería librarlas del sufrimiento

intrínseco que conllevaba su vejez. El asesino sufría una aberrante variación esquizofrénica del llamado Síndrome de Jerusalén que le llevaba a creerse Dios y le impulsaba a querer redimir a sus víctimas.

El inspector soltó un profundo suspiro y regresó al interior del coche. La atmósfera comenzaba a ser irrespirable debido al calor, así que activó el motor electrónico de la ventanilla y la bajó unos centímetros para permitir que entrara un poco de aire fresco.

—Jefe, la verdad es que no entiendo por qué la gente sigue yendo al fútbol a pelearse por un estúpido partido. Que se queden en sus casas y lo vean por los televisores; al menos, será menos perjudicial para su salud. —Dijo Olcina rompiendo el silencio del coche.

Paniagua no daba crédito a lo que escuchaban sus oídos. En primer lugar, porque pensaba que ya había quedado claro que estaban intentando descartar el asunto de la pelea deportiva como la causa de la muerte de Oswaldo Torres, y en segundo lugar, porque el subinspector había relacionado los conceptos de violencia y fútbol como si tal cosa.

—Olcina, no tiene usted ni puñetera idea de las cosas buenas que ofrece la vida. —Replicó con el rostro ceñudo. El mismo ceño que empleaba cuando alguien le comunicaba la muerte de un conocido—. El fútbol no es tan solo una cuestión de vida o muerte, es algo mucho más importante que eso.

—Le ha quedado muy bonito jefe, pero sigo sin entenderlo.

—La frase no es mía, majadero, es de Bill Shankly.

—¿De quién? —El subinspector Olcina le miraba por el rabillo del ojo, como si pensara que hubiese perdido la chaveta en ese mismo momento.

—Bill Shankly fue un escocés que entrenó al Liverpool y le llevó a ser campeón de la Premier en tres ocasiones. —Explicó el inspector, soltando un audible bufido de condescendencia—. También se dice que ordenó cambiar el color del uniforme de sus jugadores todo de rojo con el fin de infundir el miedo en sus rivales. De ahí viene el mote de los «Diablos Rojos» por el que se les conoce.

Olcina pareció estudiar detenidamente la información que el inspector le acababa de proporcionar.

—Además, pensé que queremos eliminar a los radicales como responsables de la muerte de Oswaldo.

Raúl Olcina asintió.

—¿Y lo consiguió?

—¿El qué?

—Ya sabe, meter el miedo en el cuerpo de los contrarios.

El inspector hizo girar los ojos dentro de sus órbitas y resopló.

—Olcina, a veces pienso, que no se puede ser más zoquete.

El subinspector no replicó y se limitó encogerse de hombros y conducir el Renault Megane con hosco silencio. En su cabeza tenía claro que su pregunta estaba

más que fundada y que tenía todo el derecho del mundo a formularla. A veces no alcanzaba a entender la actitud de superioridad de su superior, como si fuera poseedor de una verdad que no estaba al alcance de todo el mundo. Llevaban trabajando juntos algunos años y para Olcina, el enorme inspector se había convertido en un modelo a seguir y en alguien a quien siempre trataba de agradar. No importaba cuán complicadas se ponían las cosas, el inspector siempre les sacaba del apuro.

Paniagua aprovechó el silencio de su subordinado para encender la radio y buscar una emisora deportiva. Inmediatamente, el interior del coche se vio inundado por las voces de varios analistas que estaban acusando, una vez más, de negligencia a la Comisión Antiviolenencia y a la Secretaría de Estado de Seguridad por el asesinato de Oswaldo. Nada nuevo.

—Claro, ahora que ya sucedió es más sencillo criticarlo. —Musitó Paniagua con sorna.

Los periodistas deportivos podían convertirse en gente muy maliciosa. Hasta dónde el inspector conocía, ninguno de los que pululaban por las radios y platós televisivos estaba realmente interesado en el deporte, solo entendían de niveles de audiencia. En realidad, ninguno de ellos sabía mucho de deporte o del sacrificio que conllevaba practicarlo, pero a la hora de criticar el juego o la actitud de algún deportista se ponían a la cola para aportar su granito de porquería. Por cada futbolista que cometía un error en un terreno de juego, aparecían seis periodistas deportivos para burlarse de él. *Como hienas esperando su tajada de un cadáver*, pensó Paniagua.

—Es una pena. —Dijo Raúl Olcina, de improviso, todavía con el rostro ceñudo.

—¿De qué diablos está hablando ahora?

Olcina señaló con la cabeza hacia el exterior.

—Esos carteles inmobiliarios. Casi todo el barrio está en venta. La economía está de pena y esa es la razón de que haya tantos apartamentos vacíos, para empezar. Y también de que los que están ocupados se pongan a la venta. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Ya nadie puede costearse una hipoteca. Vete tú a saber a dónde iremos a parar.

Paniagua soltó un sonoro bostezo, mientras Olcina maniobraba el Renault para esquivar a un autobús rojo de la IRGC que estaba deteniendo su marcha para permitir a los pasajeros que descendiesen y fuesen reemplazados por otros nuevos. La escena casi parecía una analogía de la actual situación económica a la que se había referido el subinspector, con las empresas despidiendo masivamente a sus trabajadores para que fuesen reemplazados por otros más baratos y con peor preparación profesional. Las delicias de un sistema económico basado en un modelo de economía abierta y descentralizada que no funcionaba.

—Ya hemos llegado, jefe. —Informó el subinspector.

Antiguamente, el Instituto Anatómico Forense de Madrid se encontraba instalado en un edificio del siglo XVIII de la calle de Santa Isabel pero debido a las constantes goteras, las deficiencias en el mantenimiento de los cuerpos y la constante aparición



de ratas del tamaño de gatos bien alimentados, terminó por ser mudado a la Ciudad Universitaria. Según las estadísticas realizaba una media entre cinco y seis autopsias diarias. Esto suponía más de dos mil casos al año. Se podía decir sin temor a equivocarse que tenían la mayor parte del tiempo las manos llenas.

El forense que se encontraba de guardia les recibió directamente en la sala de autopsias y se presentó como el doctor Julián Balmoral. Paniagua nunca había trabajado con él pero tenía buenas referencias suyas de parte de la directora del Instituto. El forense era un hombre de corta estatura y prominente nariz pero poseía un cierto porte profesional en sus ademanes y su manera de conducirse por la estancia que se ganaron automáticamente las simpatías del inspector.

El cuerpo de Oswald se encontraba preparado encima de una de las tres mesas de acero inoxidable que ocupaban el centro de la sala y se hallaba parcialmente cubierto con una sábana blanca.

—Ah, inspector Paniagua. Llegan justo a tiempo. —Dijo el forense a modo de saludo—. Acabo de preparar el cuerpo y me disponía a comenzar la autopsia. ¿Hay algo en particular que quiera indicar antes de que empecemos? Debo añadir, también, que es un placer poder ser de ayuda a una brigada tan moderna como la IRGC.

El inspector negó con la cabeza y el doctor Balmoral procedió a establecer la información preliminar para la grabación, con la fecha y hora, los nombres de los presentes durante la autopsia y la rutina inicial. Luego, dando una seca palmada con sus manos enguantadas en látex, dijo:

—Pues vamos a la faena, entonces. La víctima es un varón latino de entre veinte y treinta años de edad, que presenta múltiples laceraciones incisivas en brazos, y abdomen, realizadas con un objeto cortante, posiblemente un cuchillo o navaja. Y una herida punzo-cortante en el tórax a la altura del corazón.

La voz monótona y profesional del médico forense llenaba toda la sala. Se inclinó sobre una bandeja con instrumental quirúrgico y cogió una pequeña linterna con la que inspeccionó los ojos y fosas nasales del cadáver.

—¿Qué tenemos aquí? —Murmuró para sí mismo y se inclinó más aún sobre el cuerpo—. Hay restos de una materia verde en los orificios nasales. Esto coincide con el hecho de que el cuerpo haya pasado algún tiempo sumergido, porque parece una muestra de alga clorofita. Sabremos más cuando la mandemos al laboratorio. —El doctor Balmoral hurgó unos instantes en el interior del oído y extrajo algo que a los ojos de Paniagua parecía un garbanzo de color verdoso y forma esponjosa—. Muestras de la misma materia se presentan también en los canales auditivos.

El inspector también inspeccionaba a su vez el cuerpo, desde una distancia prudencial, con los ojos bizqueando por el potente resplandor de la lámpara fluorescente que iluminaba la mesa de autopsias, atento al menor detalle. No se le escapó el color azulado en la piel de la cara, consistente con una muerte por ahogamiento.

—Tiene las pupilas dilatadas y la piel azulada en torno a los labios, lo que indica

que estaba con vida cuando cayó al río y que hubo penetración de líquido en las vías respiratorias. —Abrió con delicadeza la boca de Oswaldó e inspeccionó su interior con una linterna—. Hay indicios de que se produjo una apnea refleja.

El doctor Balmoral observó la confusión en el rostro del inspector y explicó:

—Cuando entra agua en las vías respiratorias, aunque sea una cantidad muy pequeña, se produce una contracción automática de la epiglotis que cierra el conducto de la laringe para proteger las vías. Esto impide completamente el paso de oxígeno y produce de hecho la asfixia.

—¿Entonces la causa de la muerte fue el ahogamiento?

—Todo parece indicar que así fue, pero quiero examinar más de cerca la herida punzante del corazón, si es lo suficientemente profunda es causa más que suficiente del fallecimiento.

Mientras tanto, el subinspector Olcina miraba obstinadamente hacia el suelo, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro con nerviosismo, como si estuviera esperando en una cola para sentarse en el sillón del dentista. De vez en cuando, alzaba la vista y miraba de refilón el contenido de la mesa de autopsias y luego la desviaba hacia el techo con un resoplido. Decididamente, no era hombre que estuviera hecho para ver el interior de otro semejante.

El patólogo forense se detuvo en su examen de la cabeza y documentó fotográficamente un arañazo que cruzaba la sien de Oswaldó. Luego lo midió cuidadosamente y tomó unas notas para el informe.

—La cabeza presenta una laceración incisiva poco profunda en la sien derecha que indica que fue golpeado con algún objeto cortante pero sin filo. La herida tiene los bordes irregulares y desgarró de la dermis. Yo diría, inspector que fue hecha con un anillo o algo similar. Puede verse además la impresión dejada por los nudillos del asaltante.

—¿Un anillo? —Preguntó Paniagua, interesado—. ¿Qué clase de anillo?

—Desgraciadamente, no puedo saberlo. No veo ninguna marca distintiva, ni nada por el estilo. Sabré más cuando fotografíe la zona con rayos equis. —Respondió el doctor y procedió a tomar una muestra de la zona con un hisopo de algodón esterilizado.

El forense volvió a concentrarse en el cuerpo. El *rigor mortis* ya se había manifestado y la sangre se había desplazado hacia la parte inferior, por lo que el frente del cuerpo presentaba una pálida textura cerúlea. Entonces se centró en los brazos y en los cortes defensivos que mostraban.

—Existen cortes superficiales en ambos brazos, que apuntan a una naturaleza defensiva. Al parecer los utilizó como un escudo para protegerse del ataque. La orientación y el sentido de los cortes indican que el asaltante es diestro. Hay también traumatismos en la mano derecha que coinciden con una naturaleza, en este caso, agresiva. Es decir, le propinó un puñetazo o varios a alguien.

—¿Solo hubo un asaltante? —Preguntó Paniagua.

—Eso parece, sí. No hay indicios de que haya más de uno.

—Eso es muy extraño, tratándose de una pelea entre hinchas, ¿no le parece? Resulta muy improbable que solo tenga heridas de un único asaltante.

—Estoy de acuerdo. Buena apreciación. —Corroboró el forense.

—¿Qué me dice de la puñalada del pecho? ¿Ha sido la causa de la muerte? —  
Quiso saber Paniagua.

—Un momento.

El doctor Balmoral examinó por unos instantes el contenido de la bandeja de instrumental quirúrgico y empuñó un pequeño escalímetro. Lo introdujo con cuidado en la herida y midió.

—Sí, definitivamente, esta herida pudo ocasionarle la muerte. La causa definitiva la sabremos cuando le abra y pueda examinar sus pulmones.

Dicho lo cual, substituyó el escalímetro por un bisturí y se dispuso a iniciar la incisión forense de Virchow, que consistía en un corte vertical que iba desde el nacimiento del cuello hasta la pelvis. El inspector Paniagua decidió en ese momento tomarse un descanso para fumar uno de sus Ducados y, con un gesto de cabeza, le indicó a Raúl Olcina que le siguiera a la calle.

—¿Se encuentra bien Olcina? —Preguntó mientras encendía el cigarrillo, inmediatamente expulsó una nauseabunda nubecilla de humo de tabaco negro.

—Perfectamente, jefe.

—¿Está seguro? Le veo un poco pálido. —Insistió, envuelto en la densidad del humo del cigarrillo.

—De maravilla. —Contestó el otro, mirando con susceptibilidad a su jefe y procurando mantenerse apartado de las partículas de tabaco y carcinógenos—. Momento redondo, como en el anuncio.

Siempre tenían la misma conversación cuando visitaban el Anatómico Forense, Paniagua sabía que el subinspector Olcina no tenía estómago para los asuntos de la medicina legal y trataba por todos los medios de que lo confesase. Hasta el presente, sin éxito alguno pero, empecinado, no cejaba en intentarlo.

—Sabe usted que a mí puede decirme cualquier cosa. No vamos a andarnos a estas alturas con secretos entre nosotros, ¿verdad?

Le dio una calada profunda al cigarrillo.

—¿Qué secreto es ese, jefe? —Olcina se hacía el inocente—. Yo no guardo ningún secreto.

Otra calada al cigarrillo.

—Está bien, subinspector. Creo que va siendo hora de que regresemos y terminemos con este fastidioso asunto de la autopsia. ¿No le parece?

—Si a usted no le importa, jefe. Yo preferiría quedarme aquí afuera un rato más y comprobar si tenemos noticias de los radicales deportivistas que se pelearon con Oswaldo en el puente. Si no fueron ellos quienes lo mataron, al menos, pueden convertirse en testigos y aportar algo de utilidad.

Paniagua sonrió maquiavélicamente y asintió.

—Por supuesto, ahora le veo en el interior. Si le parece escuchamos las impresiones preliminares del forense y luego intentamos localizar a ese tal Walter Delgado.

—Buena idea, jefe. Necesitamos descartar completamente que se trate de una pelea callejera y centrarnos en El Ángel Exterminador. —Aseveró Olcina—. Veinticuatro horas no es mucho tiempo para asegurar que sea él.

El inspector Paniagua asintió con la cabeza. Olcina tenía razón, no tenían demasiado tiempo, y no parecía que hubiesen avanzado mucho. Sin embargo, confiaba que el informe preliminar forense aportase algún indicio de utilidad. Pero, de momento, no habían descubierto nada nuevo. Le había mentado un poco al Jefe Beltrán cuando le dijo que Oswaldo presentaba indicios de que se trataba de una víctima de El Ángel Exterminador. Había sido una de esas mentiras pequeñas que se usaban cuando uno no quería exponer toda la verdad, así que técnicamente no había mentado, pero lo cierto era que, salvo la conexión con los Latin King, este caso no encajaba con la serie anterior. Los homicidios de El Ángel Exterminador habían tenido como arma homicida las propias manos del asesino y, en algunas ocasiones una barra, aún estaba por definir el material o la forma concreta. Literalmente, El Ángel Exterminador había matado a golpes a sus víctimas, y, sin embargo, con Oswaldo se había empleado un cuchillo. Paniagua confiaba en que hubiera pasado algo que le había hecho cambiar su *modus operandi* y en que el informe forense del doctor Balmoral le ayudase a descubrirlo. La incógnita ahora seguía siendo Walter Delgado y el papel, si es que existía alguno, que había jugado en la muerte de Oswaldo.

Un imprevisto movimiento en sus tripas le recordó que se acercaba la hora de comer y que no había probado bocado desde el desayuno. A Paniagua no le gustaba saltarse las comidas, era una de esas personas que se enojaban con el mundo cuando tenía hambre y se le ponía un humor de perros.

*Fantástico, lo que me faltaba, pensó.*

Y empujó con el hombro la puerta de entrada al Instituto Anatómico Forense.

Martin Cordero estaba muy satisfecho, había avanzado mucho en la escritura del libro y se encontraba en condiciones de poder enviarle a Margaret Adliss el material que le había prometido a la editorial.

Margaret había mencionado el culto de la Santa Muerte como el ejemplo más popular entre los asesinatos ritualísticos pero no era el único. Conceptualmente, ese tipo de asesinatos se incluían en la categoría de los homicidios cometidos en forma de sacrificio a una deidad o, al menos, que lo aparentaran. Muchas fuerzas del orden de diversos países lidiaban con ese tipo de asesinatos todos los días. En Liberia, por ejemplo, durante la década de los 70, se habían convertido en un serio problema. Y numerosas víctimas aparecían regularmente con partes de su cuerpo mutiladas y amputadas con fines ritualísticos. Los órganos eran utilizados como amuletos que poseían una magia poderosa. Lengua, dedos, orejas, corazones y órganos genitales eran habitualmente las partes del cuerpo desaparecidas. Más recientemente, en 2013, la policía de Yaundé, la capital de Camerún, se había enfrentado a un frenesí de asesinatos ritualísticos que se extendió durante dos semanas y terminó con el macabro balance de dieciocho víctimas, con edades que variaban entre los quince y los veintiséis años, abandonadas en las calles, con partes de su cuerpo horriblemente mutiladas. En ciertas regiones del país, los curanderos creían que los ojos, genitales y lenguas humanas eran talismanes de gran poder para obtener salud y buena fortuna. Martin no estaba seguro de que todos esos casos fuesen achacables a motivaciones ritualísticas, o de que una buena parte de ellos se tratasen de crueles violaciones que terminaban con la víctima asesinada y arrojada a un lado de la acera. Las mutilaciones vendrían después, como un claro ejemplo de oportunismo. Martin estaba seguro de que en un país como Camerún existía un mercado clandestino para tales órganos y de que su precio sería considerable.

El día en el exterior era claro y tremendamente caluroso. Martin podía ver a los caminantes en la calle que se protegían del sol como podían, buscando la sombra en la acera opuesta, o abanicándose con cualquier cosa que tuviesen a mano. A Martin le gustaba Madrid, era una de esas ciudades con vida propia, en la que la gente parecía querer caminar sin rumbo fijo o sin una finalidad concreta. Muy diferente de su Rhodes natal, en donde, a pesar de poseer una población que no superaba los noventa mil habitantes, todo el mundo tenía prisa para llegar a donde fuera y vivían sus vidas siempre ocupados y siempre en movimiento, como zánganos en una colmena.

Rhodes estaba situada en el estado de Nueva Jersey o *Garden State*, como se le conocía desde que el Honorable Abraham Browning lo apodase de esa manera durante la celebración de la Exposición Universal de Filadelfia, en 1876. El Señor Browning también dijo que Nueva Jersey era un tonel lleno de cosas ricas saqueado por Pensilvania, en un extremo, y Nueva York, en el otro. Pero esto es otra historia. Rhodes era famosa por dos cosas. La primera, que albergaba la prisión estatal y la segunda que tenía entre sus paisanos al infame Dr. Muerte. Aunque la criminalidad en Rhodes estaba considerada como una de las más altas de los Estados Unidos, hasta el punto de que un ciudadano de Rhodes tenía una probabilidad de uno entre veinte de convertirse en una víctima de algún delito con violencia, contar entre sus filas a una figura destacable como el Dr. Muerte había puesto a la ciudad a la cabeza de los comentarios y chascarrillos de los *Nightshows* televisivos.

Dicho esto, no era de extrañar que las bulliciosas calles de Madrid le parecieran a Martin el paraíso de la tranquilidad y la buena vida. Y, de momento, no se había arrepentido de haberse mudado allí. Además era la ciudad de sus abuelos, aunque todavía no hubiera hecho nada por conocer sus orígenes, dónde habían vivido o qué habían significado para la comunidad. Martin sabía que ambos habían padecido las desdichas de la Guerra Civil y que había sobrevivido a base de rapiñar comida donde pudieran, trabajando cuando encontraban la posibilidad y robando cuando no les quedaba más remedio. Había sido su abuelo quien le había enseñado a su padre a abrir cerraduras y puertas, y este lo había convertido en su profesión. La cerrajería de su padre todavía seguía funcionando con buena salud a pesar de la mala racha económica. Y es que, no importa, si tenían dinero o no, la gente seguía dejándose las llaves en casa. Martin sonrió con el recuerdo de su padre trabajando sobre el mostrador que se encontraba en la parte trasera de la tienda, inclinado sobre una cerradura antigua. Su especialidad. La gente le traía arcones o muebles antiguos que tenían sus cerraduras rotas o simplemente cerradas, porque ellos no tenían la llave, y su padre se encargaba de repararlas o abrirlas y desvelar todos sus secretos.

Martin Cordero adoraba a sus padres, separarse de ellos fue lo más duro que tuvo que hacer cuando tomó la determinación de abandonar el FBI. Cuando Martin hubo alcanzado una decisión, los primeros con los que habló fueron sus padres. Le preocupaba tener que discutir del tema con ellos, y aunque estaba seguro de su firmeza, le aterraba la posibilidad de que ellos no fueran a apoyarle o la idea de romperles el corazón.

Pero, con ese aplomo que solo la edad le proporciona a uno, cuando su padre recibió la noticia, se limitó a preguntar:

—¿Hijo, estás seguro de que eso es lo que quieres hacer? Una decisión como esa no puede tomarse a la ligera, ni ser motivada solo por el corazón o por el cerebro. Tiene que existir un equilibrio entre los dos.

Martin asintió, con la emoción embargándole por completo. En ese momento hubiera sido incapaz de decidirse entre abrazar a su padre o echarse a llorar

desconsoladamente. Aun así reunió las escasas fuerzas de que fue capaz y contestó:

—Sí, papá. Estoy seguro. Posiblemente sea la decisión que más he meditado en toda mi vida. No puedo seguir perteneciendo al FBI si no estoy seguro de que no voy a estar a la altura de las circunstancias.

—Lo entendemos, hijo. —Intervino su madre con un hilo de voz—. Pero, dejar tu casa... dejar todo lo que conoces por irte a Madrid... Es solo que no acabo de entenderlo.

Martin se acercó a ella y le puso un brazo sobre los hombros.

—Mamá, nunca podré recuperar la... —Dudó unos instantes, tratando de hallar la palabra correcta—. La fe en mí mismo, si me quedo aquí. Todo me recuerda a esa noche. Mi trabajo, la prensa que no deja de hablar del asunto, las llamadas... ¡Por Dios, si hasta me han ofrecido hacer un *reality show*!

Y entonces su madre rompió a llorar. Había comprendido en ese mismo momento que nada de lo que dijera o hiciera iba a hacerle cambiar de opinión. Una semana más tarde había presentado su carta de dimisión y había tomado un vuelo de la compañía aérea Iberia con destino a la capital española.

Martin apartó la vista de la ventana y la paseó por el apartamento. Sentía una extraña opresión que necesitaba liberar, como si tuviera una fiera enjaulada que solo pudiera dar vueltas sin cesar por la celda en que se había convertido su pecho. En un extremo de la estantería en el salón se encontraba una foto suya con sus padres. La habían tomado durante unas vacaciones al Parque Nacional de Shenandoah, en Virginia, un verano durante el cual Martin había regresado a casa mientras estudiaba Psicología en la Universidad de Princeton. En aquel retrato, Martin miraba de frente a la cámara con valentía, como si no temiese a ningún mal. Aquellos habían sido tiempos felices, aunque se habían visto poco durante el tiempo que paso estudiando la carrera, Martin siempre hacía por visitarlos cuanto le era posible. Pero, todo aquello, su idílica vida, había sido truncada una noche de tormenta por un monstruo cruel y despiadado.

Sin poder contenerse más, un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, un mar de sufrimiento contenido que era incapaz de detener, y que bañó su rostro en ardiente líquido salobre. Cuando cesaron las lágrimas, se sentía exhausto física y emocionalmente. No podía continuar así, de ninguna manera. Poco a poco fue recobrando la calma y se dirigió a la nevera donde guardaba una botella de Grey Goose con aroma de limón para servirse un par de dedos.

De repente, la atmósfera de su apartamento cambió, se volvió inquietante. La luz se hizo más oscura y una enorme sombra se apoderó de las paredes, del mobiliario. Un extraño presentimiento se apoderó de él, como si alguien estuviese bailando sobre su tumba. Buscó a tientas su pistola Sig Sauer P220 en un cajón del gabinete de la cocina y giró sobre sus talones, casi esperando ver a alguien a su espalda, acechándole. Bueno, para ser honestos, no esperaba a alguien cualquiera, esperaba a Gareth Jacobs Saunders.

Nada. Allí no había nadie que quisiera matarle.

Estaba solo en su apartamento y la diferencia en la luz había sido una simple nube que había ocultado el sol. Pero aun así seguía sintiéndose incómodo. Se sentía más solo que nunca, vulnerable. *El maldito IRGC se está convirtiendo en el dueño de mi vida*, pensó. Y dejando la pistola sobre la mesa del salón, se sirvió un vaso rebosante hasta los bordes del oloroso vodka con cítricos, que apuró de un trago. Inmediatamente se sintió reconfortado por el ardiente líquido que inundó su estómago. Aliviado pero todavía receloso.

Entonces recorrió todo su apartamento para comprobar que se encontraba solo. La semiautomática empuñada con las dos manos, apuntando por delante de su mirada. Chequeó puertas y ventanas, revisó en el interior de los armarios, debajo de la cama, detrás del sofá, y cuando se cercioró de que allí no había nadie más que él, se detuvo. Con el aliento entrecortado y las ropas húmedas por el sudor.

Y se sirvió otro vaso de Grey Goose.



El profesor Saeed Mesbahi tenía miedo, mucho miedo. No podía evitarlo. Una sucesión de escalofríos recorrió su espalda con dedos gélidos como el hielo. No se le había pasado por alto que estaba siendo escoltado a todas horas por dos estólidos guardianes, que destacaban entre los asistentes de la cumbre, todos ellos científicos o relacionados con la ciencia, a causa de las suntuosas ropas que vestían: sendos trajes grises de impecable corte, similares a los que había vestido el agente de seguridad que le había visitado en su habitación del hotel tan solo unas horas antes. La persistente vigilancia únicamente podía significar una cosa, concluyó Saeed, y era que se tomaban muy en serio el desagradable asunto de la fiambarrera. *¡Una fiambarrera!* ¿Quién podía usar un envase tan inocuo para guardar algo tan horrible? Parecía a todas luces la obra de un desequilibrado mental, y quizás ese fuera el motivo por el cual los dos hombres de traje gris estaban vigilando cada movimiento suyo, para protegerle. Aunque algo le decía que había mucho más que las explicaciones que había recibido, algo oculto bajo capas de siniestras intrigas, que no alcanzaba a comprender. Los agentes de seguridad que acompañaban a la comitiva científica pertenecían a los Cuerpos de la Guardia Revolucionaria Islámica (IRGC) y sus operativos no eran precisamente conocidos por la franqueza o sinceridad de sus acciones. En su país, si uno se convertía en blanco del interés del IRGC, lo más probable que sucediera es que acabase en algún lugar recóndito y oscuro con una bolsa de tela en la cabeza y un cable eléctrico insertado entre las nalgas.

A Saeed Mesbahi le recorrió un estremecimiento por todo el cuerpo. Se encontraba extenuado, no tanto por el esfuerzo que había supuesto tratar de mantener la concentración durante su conferencia sobre la reparación del ADN en células cancerígenas, como por el hecho de que todo su cuerpo temblaba de puro terror. Quien sea que le había entregado el paquete era un ser enfermo, depravado, que actuaba conforme a inimaginables impulsos de psicópata. Y el profesor no sabía qué le aterraba más, la inimaginable locura del emisor o el hecho de que no tenía ni la más remota idea de quién podía ser. Desde el mismo instante en el que había echado el ojo sobre el contenido del paquete, el profesor Mesbahi se había hecho una y otra vez la misma pregunta. ¿Quién quiere hacerme daño? ¿Quién me odia tanto en el mundo como para querer lastimarme de esa manera? Invariablemente, la respuesta había sido siempre la misma. No tenía ni idea. Cualquiera que fuese la misteriosa

razón, le era completamente desconocida, y el profesor no podía soportar ni un minuto más aquella amenaza que pendía sobre su cabeza. La sola idea de que un enemigo violento le acechase en las sombras, resultaba superior a todas sus fuerzas.

Pensó en ignorar todo el asunto y adelantar su visita al museo de El Prado, en cuanto se quedase liberado de sus obligaciones en la cumbre. Eso, sin duda, le ayudaría a calmar los nervios y a sacarse de encima la tremenda presión psicológica a la que estaba siendo sometido, pero estaba seguro de que los escoltas del IRGC nunca se lo permitirían, pues significaría una violación muy grave del protocolo de seguridad. Así que poco más le quedaba por hacer y decidió, entonces, regresar al hotel y tratar de dormir un poco. La noche anterior le había costado una barbaridad conciliar el sueño y, cuando por fin lo lograba, le asaltaban unas pesadillas como nunca antes las había tenido, que volvían a despertarle. Al final, se había pasado de vigilia toda la larga noche.

—Saeed, aquí estás, por fin te encuentro. Te he estado buscando un buen rato para comentarte que algunos de nosotros estamos organizando una visita al centro de la ciudad, tan pronto como terminen las conferencias. Saldremos a cenar y a relajarnos un poco. Al profesor Bafekr le han recomendado un restaurante marroquí de primer nivel y pretendemos visitarlo. —Quien se había dirigido a él, mientras recogía sus cosas y se encaminaba hacia una de las puertas laterales, había sido el doctor Samir Rasoulilian, un eminente biólogo que también había sido invitado a la cumbre como conferenciante y que era amigo de la familia Mesbahi desde hacía mucho tiempo. Su especialidad era la ingeniería genética y había trabajado en el mismo laboratorio que el padre de Saeed.

—Lo siento, Samir. No me encuentro bien y pensaba irme al hotel a descansar.

—¿Estás loco? ¡No puedes dejar pasar una oportunidad como esta! La comida marroquí es deliciosa y en el restaurante cocinan un tajín<sup>[4]</sup> de ternera y ciruelas que es como para chuparse los dedos. —Insistió su amigo.

—No, de verdad que lo siento, pero estoy realmente agotado.

El doctor Samir Rasoulilian le dedicó una mirada curiosa. Era cierto que su amigo tenía unas enormes bolsas azuladas debajo de los ojos y que no tenía el aspecto de encontrarse muy en forma, pero aun así le sonrió traviesamente.

—El profesor Bafekr me confesó en un aparte que Amina Mishamand estaría entre el grupo que se apuntó a la cena, piensa en la felicidad que le vas a ocasionar si sabe que también tú estarás con nosotros.

El corazón de Saeed dio un pequeño acelerón, aunque trató de no mostrar su turbación. Desde el primer día en el que se reunieron todos en el aeropuerto de Teherán y puso sus ojos encima de la bella administrativa, había sentido por ella algo que no podía explicar. Una emoción que solo podía significar una cosa y que le había perturbado desde entonces. El profesor Mesbahi no tenía esposa y tal cosa en una familia tan tradicional y observadora de la religión musulmana como era la suya, resultaba algo imperdonable. Así que su entorno se había puesto manos a la obra para

buscarle alguna muchacha apropiada y organizar un matrimonio concertado, como era costumbre en su país. A Saeed todo aquello había empezado a importunarle pues desde siempre había estado más interesado en la ciencia que en buscar esposa.

Samir Rasoulían, como buen amigo familiar, había sido uno de los más activos en la búsqueda, desde que el padre de Saeed conversara con él sobre el asunto y le pidiera que le ayudase a encontrar a una mujer apropiada para su estatus y el buen nombre de la familia. Sin embargo, Saeed no había terminado de decidirse por ninguna candidata, quizás porque esperaba poder encontrar a alguien por quien se sintiese realmente atraído, o quizás porque realmente ninguna proposición le había convencido. Y que conste que este era un sentimiento más egoísta de lo que le hubiera gustado y por el que recapacitaba constantemente en sus oraciones pero que sin duda formaba tan parte de su forma de ser como su amor por la ciencia. Comoquiera que fuera, su padre estaba realmente disgustado con él y le había lanzado un ultimátum. Debía tomar una decisión al respecto, cuanto antes.

—¿De verdad, piensas que ella pueda estar interesada en mi asistencia? — Preguntó en un susurro.

—Seguro que sí. Quizás puedas hablar un rato a solas con ella. ¿Qué te parece esta idea?

El profesor asintió, meditabundo, había estado pensando en cómo aproximarse a la bella mujer, delicada y menuda como una flor del desierto, y todavía no había dado con el momento adecuado. La excitación creció en su interior con fuerza y dejó escapar un suspiro de derrota. Entonces, consintió.

—De acuerdo, Samir, iré con vosotros. Permíteme pasar por el hotel para cambiarme de ropas y refrescarme un poco y me encuentro contigo en la recepción del hotel.

—Estoy seguro de que no te arrepentirás. —Le animó Samir.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos tan pronto. Incluso si consigo cruzar unas palabras a solas con la señorita Mishamand, no significa que...

Samir le interrumpió alzando la mano.

—Ya veremos, querido amigo. Ya veremos. Alá es benevolente con los pacientes. —El aire travieso había regresado a la mirada y aquello hizo que a Saeed se le encogiese el estómago.

—¿Qué es lo que has hecho, Samir? —Preguntó receloso.

El otro le devolvió un gesto completamente inocente pero en el que todavía bailaban los ecos de la mirada anterior.

—Nada, nada. No te alarmes. Nos vemos luego en el hotel. —Replicó sonriendo, luego, como si se lo hubiera pensado mejor, añadió—: ¿Crees que podrías librarte de la escolta? La presencia de esos orangutanes del IRGC en el restaurante será una aguafiestas monumental.

—No lo sé, Samir. Estamos hablando de agentes asignados por el Ministerio de Inteligencia, no son unos simples guardaespaldas que uno pueda sacarse de encima

cuando le venga en gana.

—Lo sé, Saeed, pero piensa en Amina Mishamand y en el rato que puedas pasar con ella. Si tienes a una de esas gárgolas pegada a tu espalda, no creo que puedas disfrutar del momento de intimidad que necesitas para cortejar a la bella secretaria.

Su amigo le guiñó un ojo de manera lasciva.

—¡Samir, por Alá, modera tus palabras! —Le increpó el profesor, escandalizado, aunque lo cierto era que ya estaba empezando a disfrutar secretamente del momento en el que pudiera quedarse a solas con Amina y confesar su interés por ella—. Veré lo que puedo hacer, pero no prometo nada.

—Con eso es suficiente. —Le agradeció su amigo—. Quizás también puedas encontrar un momento más adelante para contarme qué es lo que ha sucedido para que suscites tanto el interés del VEVAK.

La pregunta tuvo un efecto como un puñetazo en la boca del estómago de Saeed, que dio unos pasos hacia atrás, inseguro.

—¿Te has dado cuenta?

Amir asintió con la cabeza.

—Y no he sido el único. Me temo querido amigo que has sido la comidilla del día.

*¡Poderoso Alá, todos estaban hablando de él a sus espaldas!* El profesor estaba anonadado, tenía que acabar con cualesquiera que fueran los rumores cuanto antes.

—Lo siento, Amir. No tengo nada que decirte. —Replicó Saeed, con un tono de voz severo—. Además, he cambiado de parecer, si me disculpas, creo que permaneceré en mi habitación esta noche. Descansando, como pensaba hacer en un primer momento. —Y dándose media vuelta, se alejó apresuradamente sin darle opción a su amigo a contestar.

El profesor Mesbahi estaba tremendamente furioso, la emoción le atenazaba el pecho. ¡No podía creerlo! Durante todo el día la gente había estado hablando de él, tratando de intuir qué es lo que había sucedido, el porqué de los guardaespaldas. Se había convertido en el objeto de sus chismes, de sus rumores, y seguramente esa era la única razón por la cual le habían invitado a la cena. Para poder seguir chismorreando a su costa. Y lo peor de todo es que Amir le había hecho creer que tenía alguna posibilidad con Amina Mishamand. Se dijo a sí mismo que jamás olvidaría aquella humillación. Hablaría con su padre y le informaría del desagradable comportamiento que había tenido Samir.

Caminó rabioso hacia la parada de taxis que se encontraba en la Avenida del General Perón, mientras ponderaba el impacto que aquello iba a tener en el buen nombre de su familia. A su espalda se erguía el majestuoso mural de Joan Miró con sus retorcidas formas abstractas reflejando la confusión que sentía en esos precisos instantes. *Lo peor de todo es la humillación*, pensó. Con toda seguridad, todo lo que se hubiera chismoreado a lo largo del día, no iba a acercarse a la verdad ni por asomo, y muy probablemente caería en el olvido pasadas unas semanas, pero

cualquier rumor que se extendiese sobre él suponía una humillación para su familia y un duro golpe para su reputación. El Corán decía explícitamente que el chismorreó era una acción maligna que empañaba tanto al chismoso como al aludido, un buen musulmán no tenía doble cara y debía comportarse con rectitud en todo momento. Pensó en hablar con el ministro Yafar Mili-Monfared, pero lo descartó inmediatamente. No podía molestar al ministro de Ciencia, Investigación y Tecnología con cualquier cosa que le preocupase, además los privilegios solo tenían de vida hasta que uno cometiera el error de solicitar ese favor de más.

La ira que sentía y la adrenalina que recorría todo su pecho hacían que el corazón le latiese como si fuera a saltarle en el pecho. Todavía temblando, se introdujo en el primer taxi que se encontraba en la fila, aguardando nuevos pasajeros.

—Hotel Regente, por favor. —Se limitó a decir y, a continuación, cayó en un hosco silencio.

A su espalda, los escoltas designados para seguirle se montaron en un Mercedes C300 de color negro, que arrancó inmediatamente. En su interior, el hombre del traje de perfecto corte inglés, se quitó las gafas de espejo y las guardó cuidadosamente en el interior de su chaqueta, antes de decir:

—No falta mucho. Estén preparados para cuando llegue la hora, solo tendremos una oportunidad y no podemos dejarla escapar. No permitan que la muerte del profesor Mesbahi se convierta en otra pérdida de tiempo.

Los miembros de seguridad se limitaron a asentir en silencio y tensaron las mandíbulas, preparados para cumplir las órdenes.

Tras la infructuosa visita al Anatómico Forense, el inspector Paniagua había permanecido la mayor parte del tiempo en silencio. El informe preliminar del doctor Balmoral no había arrojado ningún indicio revelador que indicara que la muerte de Oswaldó podía ser achacada a El Ángel Exterminador y aquello le estaba carcomiendo por dentro. Además, Paniagua había mandado un coche patrulla a la dirección de Walter Delgado que le había proporcionado la señorita Torres pero el lugar estaba vacío. El inspector pidió a los agentes que se quedasen por el lugar para ver si aparecía el ecuatoriano. No había más que hacer.

El subinspector Olcina, por deferencia a su jefe, también había mantenido el pico cerrado, su pensamientos centrados en conducir y tratar de ignorar por completo la hosca actitud del inspector. Sabía lo que estaba pasando por dentro de la cabeza de su jefe y la presión a la que le estaba sometiendo el Jefe Beltrán en relación al caso de El Ángel Exterminador. De hecho, él mismo estaba sufriendo la misma presión, aunque no fuera su cabeza la que se encontrase en la picota, pero qué diablos, si la IRGC era disuelta su futuro sería tan negro como la brea.

—Jefe, ¿lo dejamos por hoy y mañana será otro día o prefiere pasarse por la central y seguir indagando en la muerte de Oswaldó? —Preguntó finalmente Olcina, arrebatando al inspector de sus pensamientos—. ¿Dónde quiere que le deje?

—Vamos a casa, Olcina. A veces es mejor saber cuándo retirarse para poder seguir peleando otro día. —Replicó Paniagua, apesadumbrado.

—Amén, jefe. La verdad es que últimamente está usted de un filosófico que ni Fernando Savater.

—Olcina, no seas cretino. —Masculló el inspector, cerrando los ojos e ignorando el burdo remedo de chiste que acababa de soltar su subordinado. Necesitaba relajarse, centrar sus ideas.

El mejor momento del día para Arturo Paniagua era siempre cuando regresaba a su casa y podía apoltronarse en su estudio y degustar unos dedos de Glennmorangie, escuchando un poco de jazz en su equipo de alta fidelidad. El inspector no se había sumado a la moda actual de reproducir música en minúsculos aparatos digitales y seguía siendo fiel a su viejo Technics y su colección de vinilos.

Cuando no estaba en su estudio acompañaba a Consuelo a mirar algo de televisión. A su mujer le gustaban los programas de concursos musicales y se deleitaba, los ojos brillantes por la emoción, cuando oía cantar algún aspirante o los

veía hacer alguna proeza musical y, aun así, resultaban eliminados del concurso. Su hija, Gabriela, rara vez pasaba el tiempo con ellos, como buena adolescente, prefería encerrarse en su cuarto con sus horribles bandas modernas de nombres supuestamente enigmáticos como la Oreja de Van Gogh atronando en los altavoces portátiles de su iPhone o usando el servicio de mensajería automática de su móvil para comunicarse con sus amigos del instituto. Paniagua todavía se preguntaba que diantres tenía que ver el apéndice mutilado de un pintor loco con la música y qué es lo que les faltaba por contarse si habían pasado todo el maldito día pegados los unos a los otros.

Los escasos momentos en los que Paniagua se aislaba en su estudio eran como remansos de paz para él y, a menudo, los aprovechaba para revisar mentalmente sus casos y tratar de encontrar ese indicio que se le escapaba, de anular la ventaja que los sospechosos creían disponer y que les permitía seguir en libertad un día más. Consuelo tenía la costumbre de acostarse temprano, generalmente en cuanto concluía el concurso al que se hubiera aficionado en ese momento. Por su parte, Paniagua rara vez pisaba la cama antes de las doce o la una de la madrugada y todo ese tiempo libre lo pasaba con el vaso de whisky de malta en la mano y en sus oídos resonando los deliciosos acordes de Dave Brubeck, o Thelonious Monk, o Charlie Parker, o...

—Ya hemos llegado, inspector. —Anunció Raúl Olcina, devolviéndole a la realidad.

Y allí estaban, aparcados frente a la puerta de su casa, las luces de aviso encendidas y la noche cerniéndose sobre los tejados recalentados.

El apartamento del inspector Paniagua se encontraba en uno de los seis barrios que componían el distrito de Hortaleza, cerca de la Iglesia de San Matías, cuyo altar del Cristo de la Misericordia era, en opinión de Arturo Paniagua, la única cosa memorable de su barrio. Contaba la leyenda que la imagen del Cristo había sido robada por un vecino del pueblo de Fuencarral con las manos largas y, cuando todos los lugareños la habían dado por perdida, la imagen apareció de regreso en la iglesia, de manera milagrosa. Al inspector le encantaba aquella historia. El motivo no era, desde luego, porque creyese en los milagros, sino que la historia tenía un cierto aire de esperanza que le animaba el corazón cada vez que la recordaba. Aunque, para ser honestos, sospechaba que todo el asunto había sido un pufo. El inspector no era ningún majadero que diese pábulo a cualquier explicación y mucho menos si tenía orígenes milagrosos. Si le preguntabas al inspector Paniagua sobre el tema, este te confesaría que, en su opinión, lo que había sucedido en realidad tenía más que ver con un párroco avisado aprovechando la ocasión para atraer más feligreses a la iglesia y al municipio, que con una acción milagrosa. Porque en sus principios, Hortaleza había sido otro de esos pueblos de tradición hortícola, que en los años cincuenta acabó siendo absorbido por la creciente urbe madrileña y robado de sus paisanos, atraídos por la estimulante vida del centro urbano.

En cuanto puso un pie en su casa, Paniagua se liberó de la última rémora de tensión que acumulaba del extenuante día de trabajo. Algunos años atrás, el inspector

se había hecho la promesa de que jamás impondría la carga de su trabajo a su esposa. No importaba lo duro que estuviera siendo o la presión que pudiera sentir por un caso, antes de cruzar el umbral de su casa, lo primero que hacía era el esfuerzo de dejarlo fuera. Aunque sentía que estaba perdiendo esa batalla y que la porquería que acostumbraba a ver a diario estaba afectando, de alguna manera, a su familia.

Consuelo estaba sentada en el sofá delante del televisor observando con interés un nuevo concurso de talentos que acababa de comenzar. Los concursantes todavía se hallaban inmersos en la fase de selección y las lágrimas de quienes no habían conseguido pasar al siguiente nivel se entremezclaban con los gritos de alegría de los más afortunados. Una metáfora perfecta de la vida, que tanto quitaba a unos como daba a otros, a expensas de un destino cruel y caprichoso.

—Hola, cielo. —Saludó a su esposa al tiempo que le daba un rápido beso en la mejilla—. ¿Has cenado ya, estoy hambriento?

Ella negó con la cabeza.

—No tenía apetito y Gabi ha salido con unos amigos. Llegará tarde. Si quieres te preparo algo en un santiamén. —Contestó mientras empezaba a levantarse. A Consuelo le gustaba sentarse rodeada de cojines, como si se hundiese en un acogedor nido que la protegiera de todo lo malo que sucediera fuera de esos imaginarios muros de tela y gomaespuma. Si Paniagua hubiera sido un amante de la psicología, que no lo era, hubiera apostado que aquella acumulación de cojines simbolizaba un vientre materno protector o alguna sandez por el estilo.

La detuvo poniéndole suavemente una mano en el hombro.

—No te preocupes. Ya me lo preparo yo. ¿Algo interesante? —Preguntó señalando con la cabeza hacia el televisor de plasma.

A Consuelo se le iluminaron los ojos antes de contestar, la encantaba que su marido se interesase por el vulgar programa, sin juzgarla, simplemente porque era lo que más la gustaba, como si con eso fuera suficiente.

—Ha salido una joven de San Sebastián que canta como un ángel, tenía unos preciosos ojos verdes y la voz más dulce que he oído, pero no la han elegido. Sus lágrimas han sido enternecedoras, aunque supongo que no fueron suficientes. —Había un tono de tristeza en sus palabras, como si lamentase que una hija suya hubiera fracasado ante un prueba impuesta por la vida.

A Arturo Paniagua nunca dejaba de sorprenderle el hecho de que cada fracaso de los concursantes siempre caía como una losa sobre el ánimo de su mujer. A menudo había bromeado de que era una suerte que no se dedicase a jueza de concursos porque con ella, seguramente, nunca perdería nadie y los programas se harían interminables. Comoquiera que fuera, aquella actitud de su esposa siempre le hacía sentir como un zopenco, cuando la eliminación de este o aquel concursante no le afectaba lo más mínimo, como si estuviese falta de aquella sensibilidad que ella derrochaba.

—Creo, si no te importa, me voy a llevar la cena al estudio y escuchar un poco de música. Estoy agotado y me vendrá bien el momento de tranquilidad. —Dijo, dándole



otro cariñoso beso en la mejilla.

—Claro, no te preocupes por mí. Terminaré de ver el final del programa y luego me iré a dormir. —Repuso ella, sin dejar de apartar la vista de la pantalla.

Cuando se acomodó en su estudio, el inspector encendió el equipo de música y seleccionó un álbum de Dizzy Gillespie, el genial trompetista de Carolina del Sur. Con los primeros acordes de *On the Sunnyside of the Street*, se despojó de los zapatos y se recostó en su sillón de orejas. En su cabeza comenzaron a aparecer las primeras imágenes del informe policial de El Ángel Exterminador. Decididamente, aquellas fotografías no habían sido tomadas en el lado más soleado de la calle, pensó tristemente.

El primer asesinato de El Ángel Exterminador se había producido en Hortaleza, su propio barrio, y desde un primer momento el inspector había sentido que aquel no iba a ser el último. Aunque, en un principio, todo había parecido indicar a primera vista que se trataba de un simple ajuste de cuentas entre bandas latinas, Paniagua había sentido una especie de presentimiento que le había acompañado durante toda la investigación.

En los altavoces, Dizzy iniciaba el majestuoso solo de trompeta y, por unos instantes se dejó envolver por la música antes de regresar nuevamente a sus pensamientos.

Tras una llamada anónima al 112, el cadáver de un joven salvadoreño había sido encontrado oculto en un contenedor de basura, restos de desperdicios y basura de todo tipo se entremezclaba con las ropas rojinegras del chico, distintivas de la banda de los Ñeta. El muerto también lucía tatuajes de pandillero y una navaja de mariposa en el bolsillo de sus pantalones de chándal, que nunca tuvo oportunidad de usar. Su lista de antecedentes podía servir como manual para los estudiantes de Criminología de la Universidad Complutense. Sin embargo, a Paniagua, los detalles se le habían resistido y, por su culpa, nunca le convenció la versión oficial. Pensaba que había algo siniestro en aquella muerte. Para empezar, el joven había sido asesinado a golpes, de manera brutal, con una ferocidad inusitada. En opinión del inspector, se trataba de un crimen demasiado pasional y violento para haber sido obra de una banda rival. No habían usado un cuchillo, ni un arma de fuego, ambos modos de operar más propios de los miembros de una banda tan agresiva como los Ñetas. En vez de ello, su asesino le había golpeado con tanta saña que el desgraciado sufría traumatismos en todos los huesos de la cara y tenía varias costillas rotas. Además no tenía indicios de haber sido agredido sexualmente, lo cual descartó casi en seguida el motivo sexual como inductor del asesinato. El inspector Paniagua había estado seguro de que había algo más y cuando apareció una segunda víctima en Vallecas con la misma patología y la misma llamada al 112, supo que se encontraban ante la obra de un asesino múltiple que buscaba a sus víctimas entre los miembros de las bandas latinas que merodeaban por las calles de Madrid. A estas le siguieron otras dos. Mismo *modus operandi*, mismo resultado. Aunque la furia desplegada en las más

recientes producía verdadero pavor.

Muy oportuno, Joe Carroll hacía su aparición en la atmósfera de la habitación y cantaba con su timbre alto de voz la historia de un hombre de color que se hacía pasar por blanco<sup>[5]</sup>. Del mismo modo, El Ángel Exterminador trataba de encubrir sus crímenes bajo el aspecto de venganzas y desquites entre pandilleros.

El inspector se levantó del asiento y se sirvió un poco de whisky de malta en el precioso vaso que le había regalado su esposa cuando se produjo el cambio de milenio, un regalo perfecto para unas navidades únicas. Saboreando el primer sorbo, suspiró de placer y trató de concentrarse en el asesinato de Oswald.

*Dibuja la escena*, se dijo, como hacía cada vez que intentaba recrear el escenario de un crimen. Su memoria eidética fue reconstruyendo poco a poco la imagen del puente de San Isidro, como si se tratara de un software tridimensional que generase una imagen digital. Pero fue en vano. Nada se le vino a la mente que pudiera relacionar aquel caso con los crímenes de El Ángel Exterminador. Vacilante, pero con la fe propia de quien confía a ciegas en un sistema infalible, volvió a intentarlo. No estaba claro que Oswald perteneciese a los Latin King... Además, había muerto acuchillado... Pero tenía graves contusiones en la cara y el tórax... Signos evidentes de pelea... En la cara, una herida incisiva producida con un anillo...

*¡El anillo!*

Paniagua se levantó de su asiento como un resorte. La víctima de Lavapiés también tenía heridas inciso cortantes hechas con un anillo o algo similar que su asesino había llevado en los dedos. Trató de recordar si el mismo tipo de cortes habían aparecido en las restantes autopsias pero se encontraba demasiado cansado, incluso para que su portentosa memoria funcionase como era debido. Soltó una maldición. La elusiva conexión entre los homicidios que buscaba estaba allí, esperándole. Dizzy Gillespie hacía ya algún tiempo que permanecía en silencio y el líquido ambarino había desaparecido del vaso, mientras el inspector continuaba dándole vueltas al tema y de pronto se vio recompensado por otra revelación.

*¡Walter Delgado!*

No cabía duda alguna de que el ecuatoriano había visto al agresor de Oswald cara a cara y entonces había huido atemorizado, quizás temiendo por su propia vida, quizás para pedir ayuda. Pero, existía una posibilidad más, una idea alocada que paulatinamente iba tomando más fuerza en la mente del inspector. ¿Y si Oswald no hubiese sido la víctima real? ¿Y si el responsable del ataque realmente hubiese querido matar a Walter y Oswald se hubiese metido por medio? Desde luego, Walter Delgado cumplía a la perfección con los requisitos de una víctima de El Ángel Exterminador, mejor incluso que Oswald. Walter Delgado no solo tenía algo que ver con las bandas latinas. Walter Delgado pertenecía a los Latin King y tenía antecedentes penales como el resto de las víctimas. Solo la intromisión de Oswald había sido la causante de que salvase la vida aquella noche, el inspector estaba cada vez más convencido.

Arturo Paniagua observó el vaso vacío sobre la mesa de su estudio y pensó en servirse otro, mientras se ponía a dar vueltas por la estancia. Sentía que estaba detrás de algo real, la revelación de algo crucial, y mientras recorría la habitación de lado a lado, su sospecha dio paso a la convicción.

*Walter Delgado era la clave para atrapar a El Ángel Exterminador.*

Si sus sospechas eran ciertas, el elusivo asesino por fin había cometido su primer error, pues había dejado con vida a una de sus víctimas. Alguien que podía identificarle. En esos momentos, sin duda, estaría sudando la gota gorda tratando de averiguar el paradero del ecuatoriano y terminar lo que empezó. Algo que no iba a suceder si Paniagua tenía algo que decir en el asunto. Tenía que encontrar a Walter Delgado cuanto antes.

Preferiblemente, con vida.

Consumida por la tristeza, Alba Torres caminaba hacia su casa. Habría podido bajar de nuevo a la estación de Metro pero decidió que el ejercicio le sentaría bien para el ánimo y que la despejaría. Alba trataba de combatir con el ejercicio físico la tristeza que la embargaba.

Durante todo el tiempo que estuvo caminando, Alba estuvo recibiendo muchas llamadas de parte de sus amigos y los de Oswaldo. Todos querían darle el pésame por la muerte de este y ofrecerle palabras de ánimo y su ayuda. Pero ella los iba rechazando uno detrás de otro. No se encontraba con la entereza suficiente para hablar con nadie, solo quería caminar y caminar. Cuando se dio cuenta de que el sol se había puesto, había cruzado el Eje de O'Donnell y se encontraba muy cerca de su casa. El tiempo se le había pasado volando, como si no importase. Los edificios que la rodeaban tenían un aspecto lúgubre bajo la luz amarillenta de las farolas y parecían moles frías e inertes, a pesar de toda la vida que bullía en su interior y que se intuía a través de las ventanas.

Alba sintió la absurda tentación de no detenerse ante su portal, de seguir caminando calle abajo, siempre hacia delante y no parar jamás. De pronto, le aterraba llegar a su apartamento y temía con todas sus fuerzas el momento de tener que enfrentarse a las habitaciones vacías y al mismo silencio que otrora le hubiese reconfortado. Su apartamento se había convertido en un lugar que se le antojaba extraño y amenazador, como un páramo desolado y envuelto en la niebla en el que cada ruido se multiplicaba infinitas veces por culpa del eco. Sintiendo un poco tonta, Alba rebuscó en el bolso las llaves del portal del decrepito edificio en el que vivían. Un antiguo bloque de cinco plantas, construido en los setenta, que ni siquiera tenía ascensor. El ladrillo visto de la fachada hacía mucho tiempo que había perdido el lustroso color rojo y ahora mostraba un color grisáceo, sucio por la polución de los tubos de escape y la porquería que nunca se había limpiado. Las manos de Alba temblaron cuando intentó abrir la puerta, de hecho, todo su cuerpo estaba temblando. El repiqueteo de metal contra metal que producía la llave golpeando contra la cerradura retumbaba en su cabeza y tuvo que ayudarse de la otra mano para meter la llave en su sitio.

En el interior, el aire olía a humo de tabaco estancado y a comida rancia. Y, de vez en cuando, detrás de alguna puerta se podían escuchar las discusiones de sus habitantes o el estruendo de una música de bachata y los gritos propios de quien se

estaba corriendo una buena juerga. Y eso que tan solo era un lunes por la noche.

El temblor de su cuerpo aumentó hasta hacerse casi incontrolado y, por un momento, pensó que iba a ser incapaz de subir los tramos de escaleras que la separaban de su apartamento. Entonces, apretó los dientes, sacó fuerzas de flaqueza y, agarrándose a la inestable barandilla inició el ascenso. Más ejercicio físico para dejar de pensar. Y mientras subía resoplando las angostas escaleras, Alba sustituyó la pena que sentía por recuerdos de su niñez en Cuenca. Los dedos hirsutos y alargados de su madre, algo huesudos y callosos por el laborioso trabajo de tejer sombreros de paja, desenredando laboriosamente los nudos de su largo cabello mientras Oswaldo jugaba en el suelo, junto a ellas, con sus autos de metal. El profundo aroma a habanos de mala calidad y a recauchutado que siempre acompañaba a su padre y que la envolvía como una bruma cuando la abrazaba.

Alba echaba mucho de menos su ciudad natal. Cuenca no era en sí una ciudad muy grande y la gente se comportaba con amabilidad y respeto los unos con los otros. Muy diferente de lo que sucedía en Madrid, donde las personas no sentían la más mínima empatía por sus vecinos y donde, a diario, siempre se las tenía que ver con algún mal gesto o con la mala educación de sus prójimos. Allá las hermosas casas coloniales del centro histórico estaban consideradas como patrimonio cultural de la humanidad y le habían servido a su ciudad para ganarse el sobrenombre de la «Atenas ecuatoriana». Sin embargo, el pulso que se echaba en sus calles entre lo tradicional y lo modernista se vivía como una partida de ajedrez en la que los peones eran las viejas sombrererías o las panaderías de hornos de leña, que estaban siendo sustituidas por negocios más modernos como locutorios, cafés cibernéticos y franquicias internacionales de moda. Cuando Alba caminaba por la llamada «Madrid de los Austrias» experimentaba una sensación similar a sus recuerdos del centro histórico de Cuenca. Y la embargaba la misma extraña melancolía cuando contemplaba los majestuosos edificios del siglo XVI siendo utilizados para albergar restaurantes de comida rápida o tiendas de todo a un euro.

Cuando llegó a su rellano, Alba se detuvo un instante para recuperar el aliento. Frente a ella se encontraba la puerta de su apartamento, que tal y como se sentía, bien podía haber sido la puerta de entrada al averno. Los temblores regresaron, como regresa la gota fría en septiembre, con más virulencia que antes. Luchó por sobreponerse, de repente, muy consciente de las miradas suspicaces que su comportamiento podría suscitar ante las miradas indiscretas de sus vecinos de planta. Finalmente consiguió abrir la puerta.

El apartamento estaba vacío y silencioso.

Por un momento, sintió que le faltaba el aire, como si en vez de haber traspasado el umbral de su casa, hubiese puesto un pie en el espacio exterior sin llevar puesto un traje de astronauta que la protegiera de la ausencia total de oxígeno. De nuevo, se aferró a sus recuerdos para combatir las emociones que bullían en su interior.

Desde qué habían emigrado de Ecuador, Oswaldo de talante más inquieto e

inconformista que ella, se había llevado la peor parte. Alba trabajaba en una farmacia de Embajadores y tenía un puesto de trabajo que le proporcionaba cierta seguridad y el respeto de los demás. Mientras que su hermano nunca había conseguido mantener el mismo trabajo el tiempo suficiente como para que significara algo. Nunca acabó de adaptarse a la vida en Madrid y ello había sido el motivo de muchas de las discusiones que habían tenido entre ambos.

El otro motivo recurrente habían sido las peleas.

Oswaldo siempre había tenido un carácter explosivo, de mecha corta, como se suele decir, y cuando se encendía era muy difícil de apaciguar. Alba sospechaba que quizás aquello había sido la verdadera razón de su muerte, como si se hubiese enzarzado en una nueva pelea que esta vez no pudo terminar. Sin embargo, las inquisiciones del inspector Paniagua siempre habían apuntado en la dirección de los Latin King. Alba no comprendía la razón oculta tras aquellas preguntas, estaba segura de que su hermano no pertenecía a la banda. Al igual que todas las madres piensan que su hijo es el más guapo del mundo y seguirán creyéndolo a pies juntillas a pesar de que el niño haya nacido con estrabismo, Alba pensaba que su hermano era más inocente de lo que la realidad le mostraba. Oswaldo no se habría metido nunca en problemas serios, o en nada que le llevase a convertirse en la víctima de su propio asesinato. Una pelea de bar por un malentendido con su novia, seguro que sí. Una discusión con un aficionado del equipo contrario, no lo descartes tampoco. Pero, relacionarse con una banda criminal tan peligrosa como los Latin King, ni hablar.

Si bien, Walter Delgado era otra historia.

A ojos de Alba, Walter Delgado era la maldad personificada, el Príncipe de la Tinieblas que había venido para tentar a Oswaldo y llevarle por el mal camino. Como si su hermano no hubiese tenido voz y voto en el asunto. Como si él no fuese el único responsable de sus actos. Sin embargo, todo aquello ya no tenía importancia. Lo sabía, como sabía que lo que tenía que hacer a continuación era responsabilidad únicamente suya. Algo que le resultaba mucho más difícil de lo que jamás había imaginado y, por otro lado, estaba decidida a hacer.

Despojándose de los zapatos y de la ropa sudorosa por la caminata, se dirigió a la cocina y de una alacena sacó una botella del ron que usaba para cocinar. Vertió un par de dedos en un vaso y se lo quedó mirando fijamente, mientras se estrujaba las manos nerviosamente y resoplaba para infundirse valor. Al cabo de un rato, lo vació directamente en el fregadero, sin haber probado ni una sola gota, se levantó de un salto y se dirigió sin vacilar al cuarto de su hermano. Si quería encontrar a Walter Delgado, en el único sitio donde podría hallar alguna pista de su paradero, lo que sea que pudiera conducirlo hasta el criollo y que le sirviese para convencer al inspector, era el cuarto de Oswaldo.

Allí, de pie, vestida tan solo con la ropa interior y una camiseta de H&M, le pareció que nada en su vida tenía sentido, que todo era como inadecuado, confuso. De pronto, todas las fuerzas que había tenido para registrar las cosas de su hermano

se habían esfumado como una humareda en un día ventoso y, hecha un amasijo de emociones contradictorias, no se sentía capaz ni de mover un músculo.

El cuarto estaba como Oswaldo lo había dejado la última vez que estuvo en él. Sus ropas desordenadas encima de la cama, los libros de la escuela para adultos a la que asistía con la intención de sacarse el título para asistir a la Formación Profesional y labrarse un futuro como mecánico. A Oswaldo siempre le habían gustado los autos, desde bien pequeño se agarraba unos buenos berrinches si por su cumpleaños no le regalaban un nuevo auto metalizado, de esos que eran réplicas de modelos de verdad.

Recordando, Alba sintió de nuevo una fuerte congoja que se apoderó de su pecho. Luchó contra ella con todas sus fuerzas, mientras se esforzaba por moverse y ponerse a buscar una pista sobre Walter. Cualquier cosa le valía, un número de teléfono, una dirección, sería lo mejor, pero la verdad era que no se encontraba en una posición como para ponerse exigente. Necesitaba encontrar a Walter a toda costa y no sabía por dónde empezar.

La desesperación asomó con la fuerza arrolladora de un tren de mercancías. No sabía qué hacer y estaba sola. Y triste. No pudo contenerse más y dejándose caer sobre las rodillas, se llevó las manos al rostro y rompió a llorar.

Al subinspector Raúl Olcina nada le impedía disfrutar de la vida, excepto las largas horas que le echaba a su trabajo y que le habían costado su última relación sentimental. Los seis meses previos a formar parte de la IRGC había estado saliendo con Samantha, una periodista y consultora de comunicación especializada en asuntos de Internet y las redes sociales, que escribía todo el rato a través de su teléfono móvil de última generación. También era una amante de la buena cocina y formaba parte de un selecto club culinario que organizaba reuniones semanales para desgustar diversos manjares. A Olcina de aquellas reuniones lo que más le gustaba era cuando pasaban a probar el vino, como aquella noche de febrero en la que el *leitmotiv* había sido la ginebra y un camarero contratado por horas se había pasado buena parte de la noche preparando gin-tonics con media docena de tipos de ginebra distintos. En tan solo, una hora Olcina se las había ingeniado para agarrarse una cogorza que triplicaba la tasa de alcoholemia permitida por la Guardia Civil de Tráfico. Aquella noche fue sencillamente memorable.

Durante algún tiempo, Raúl Olcina había conseguido compaginar su dedicación al trabajo y el horario intempestivo con la relación amorosa, aunque las discusiones y las ausencias se hicieron cada vez más prolongadas. A Olcina no le molestaba especialmente perderse alguna que otra reunión culinaria y se concentraba en asistir únicamente a aquellas en las que había buen alcohol encima de la mesa. Sin embargo, lamentablemente, Samantha tenía otra opinión bien distinta y así se lo hizo saber tres meses más tarde de haber aceptado la posición en la IRGC. Olcina, por supuesto, echó de menos a Samantha y al club culinario, pero más echó de menos el sexo. Un sexo salvaje, febril, que siempre acababa en un orgasmo como nunca antes había experimentado. Y es que, en la cama, Samantha era de todo menos una mojigata. Desde Samantha, Olcina había tenido otras relaciones pero ninguna de ellas había prosperado, ni dejado en él tanta huella.

A diferencia del inspector, Raúl Olcina no tenía ninguna afición, ni disfrutaba especialmente haciendo esto o aquello, su única fuente de entretenimiento consistía en desprenderse de su disfraz de policía siempre que podía y salir a las discotecas a bailar y conocer mujeres. Decía que se desprendía de su disfraz, porque en cuanto ponía el pie en el suelo encerado de una pista de baile, Olcina se olvidaba de su verdadera identidad y confesaba a todos cuantos quisieran preguntarle que era un



simple profesor de instituto. Un anodino profesor de matemáticas, para más inri. No era que Olcina supiese mucho sobre matemáticas pues había elegido esa profesión en particular tras haber leído en el periódico un artículo, que captó su interés de inmediato, sobre los llamados Problemas del Milenio<sup>[6]</sup>. Al parecer, una famosa fundación dedicada a fomentar el conocimiento matemático ofrecía una sustancial recompensa a aquel que fuera capaz de resolver uno de los siete problemas matemáticos considerados como insolubles. Además, Olcina pensaba que el trabajo de un matemático era muy parecido al de un detective, unos indagaban entre fórmulas y números y los otros entre pruebas e indicios, pero ambos usaban similares métodos de deducción para resolver las incógnitas planteadas en un problema o una investigación.

Sin embargo, en aquel nuevo universo no importaba la profesión de Olcina porque una vez que comenzaba a bailar todo el mundo le miraba con otros ojos. Salsa, salón, incluso tango, no había estilo que se le resistiera, era un genuino Fred Astaire de sangre española, nacido en Arapiles, y a mucha honra.

Aquella noche precisamente, Raúl Olcina tenía planes con una morenita de tetas exuberantes que había conocido en una academia de baile a la que solía acudir habitualmente para perfeccionar sus movimientos y con la que pretendía marcarse unos cuantos bailes. Neme, que así se llamaba la dominicana, le había prometido enseñarle un paso de tango, consistente en una serie de *chassés* simples que producían un vaivén hacia adelante, y a la derecha, para luego girar. Un, dos, tres, cuatro, cinco y repetir. Olcina esperaba que Neme no solo le enseñase el paso sino también las dos buenas razones que esgrimía con voluptuosidad, y que, para ser honestos, eran las únicas responsables de que se hubiese sentido atraído hacia la mulata en primer lugar.

Adelante, derecha. Lento, lento, rápido, rápido, lento y repetir. A Raúl Olcina le esperaba el paraíso, el arrabal, el ron con coca cola y el jolgorio padre.

La discoteca donde habían quedado para encontrarse se encontraba abarrotada hasta los topes de cuerpos sudorosos y ropas de diseño. Olcina no había esperado tal despliegue de vanidad y se había presentado con sus ropas del trabajo. Unos pantalones tipo chino de color marrón oscuro, zapatos desgastados de suela de goma, camisa y chaqueta deportiva. Un error por su parte, como contrastó inmediatamente en cuanto vio el atuendo de la exuberante dominicana.

Sentada en la barra, ante un cóctel de mojito, Neme lucía un vestido de baile negro, con adornos de lentejuelas brillantes en el escote y zapatos de plataforma con tacón de vértigo, pero lo suficientemente ancho como para permitirle bailar hasta el amanecer.

Sonriendo en la dirección de la mujer, Olcina empezó a sortear al numeroso grupo de personas que se congregaban junto a la barra esperando, no tan pacientemente como debieran, a ser servidos por uno de los tres camareros que se encontraban de servicio aquella noche, y se acercó lo más grácilmente que pudo, maldiciéndose

amargamente por no haber pensado en pasar por casa para cambiarse de ropas. Aquella noche, el profesor de matemáticas bailarín había comprado, sin quererlo, todos los boletos para que le tocara regresar a casa solo y con cajas destempladas.

—Neme, hola. —Saludó con la mirada más lastimera que pudo poner. Se le había ocurrido, durante los escasos seis metros que separaban la banqueta donde se sentaba la mulata, que necesitaba una buena excusa para disculparse por aquella noche y tratar de convencerla de posponer el baile y la clase para otra ocasión—. Perdona el retraso y el atuendo, pero no quieras saber el día que he tenido.

Se inclinó para dejarle un beso en la mejilla y trató de prolongar el contacto de sus labios sobre la cálida piel de su rostro todo el tiempo que pudo, antes de parecer un descarado. La penetrante fragancia del perfume de Neme le inundó las fosas nasales. Jazmín, pensó. No podía oler a otra cosa.

—Raúl, querido, ¿qué te pasó? Pensé que me habías dejado plantada. —Contestó ella con un mohín y, dejando caer la vista lánguidamente sobre las desgastadas ropas, enseñó la punta de los dientes en una sonrisa, o quizás dejó escapar una discreta mueca de disgusto, el subinspector no terminaba de estar seguro.

—Ha sido un día de locos en el instituto. —Su mente funcionaba a mil por hora, fabricando la mentira—. Hemos tenido una inspección sorpresa del Ministerio de Educación y algunos profesores nos hemos visto obligados a presentar las evaluaciones del último trimestre de nuestros alumnos y explicar los resultados ante un comité. Un coñazo de órdago, pero el trabajo es el trabajo, ¿no crees?

Mentalmente, Olcina se dio a sí mismo una sonora colleja. Aquella era la disculpa más estúpida que jamás había sido inventada en la historia de cualquier Tenorio<sup>[7]</sup>. No podía haber sido más torpemente ejecutada, ni más inverosímil.

Neme le dedicó una sonrisa y replicó:

—No te apures, amor, de todos modos, la pista está abarrotada y no habiésemos podido dar ni un solo paso. ¿Quieres beber algo, en cambio?

—¿Estás de broma? Un cubata y tu compañía me harán el hombre más feliz del mundo.

Ella soltó una alegre carcajada, y poniéndole una uña perfectamente manicurada sobre el pecho, le empujó con suavidad.

—Eres todo un adulator, Raúl. —Dijo con voz aflautada y guiñándole un ojo—. Pero también un embustero.

Aunque estaba sonriendo, a Olcina aquella última frase le disparó todas las alarmas en el cerebro. Por un instante pensó que no la había escuchado bien, que había dicho que era un zalamero, pero allí estaba otra vez aquella mueca sutil, como si hubiese olido un aroma desagradable, pero vagamente identificable. El subinspector Olcina pensó que aquella sonrisa se parecía mucho a la que mostraba la mujer del famoso cuadro de Leonardo da Vinci y que le había extasiado cuando visitó el Museo Louvre de París durante sus vacaciones con Samantha, aunque para ser honestos le había decepcionado su tamaño, más pequeño que el póster de una película

de cine. Cuando se lo hubo comentado a Samantha, esta le preguntó chistosa si no estaría, de algún modo, proyectando y, a Olcina, la broma no le había hecho maldita la gracia.

—No sé a qué te refieres. Eres un ángel y estoy seguro de que cualquier hombre presente quisiera ponerse en mi lugar y compartir contigo este cubata.

La sonrisa de Gioconda continuaba en el rostro de Neme, inamovible.

—No hablaba de eso, tonto. Eso ya lo sé. Es lo demás, lo que no me trago.

—Perdona, pero no te entiendo. —Olcina estaba empezando a inquietarse y desconfiaba de los derroteros por los que amenazaba con transcurrir la conversación.

—Eres un embustero porque tú eres tan profesor de instituto como yo ingeniera atómica. —Explicó muy seria.

Consciente de que le habían pillado en la mentira y de los riesgos que suponía rebelar su verdadera vocación, Olcina se mantuvo en silencio, sin replicar.

Entonces, Neme volvió a empujarle ligeramente con la punta de la uña e insistió con un mohín en los labios:

—En serio, dime a qué te dedicas. Seguro que no puede ser peor que enseñar matemáticas a un puñado de jovencitos y jovencitas con las hormonas a cien por hora y a quienes no se les pasa otra cosa por la cabeza que practicar sexo a todas horas o masturbarse como locos quienes no tengan la suerte de tener novia.

Olcina se permitió soltar una seca carcajada para liberar la tensión que sentía. Su cabeza bullía con posibles escenarios de cómo iba a terminar todo aquello y, lamentablemente, ninguno acababa con él disfrutando de las sensuales curvas de Neme.

—Es cierto que los pobres son como bombas sexuales esperando detonar pero, por lo demás, no sé de qué me hablas. —Replicó, tratando de escurrir el bulto—. Creo que debería irme a casa. Se está haciendo tarde y mañana me espera una buena.

—¿De verdad, vas a rendirte tan pronto? —Preguntó la mulata al oído de Olcina, sus labios rozándole juguetonamente el lóbulo de la oreja.

Raúl Olcina le devolvió una sonrisa confusa, lo cierto era que empezaba a no tener ni idea de cuáles eran las intenciones de Neme, a parte de querer jugar con él un rato para luego dejarle en la cuneta como el cadáver de un perro atropellado.

—No, me encantan las segundas oportunidades. —Respondió, apartando ligeramente la cara—. Será un placer continuar esta conversación y practicar ese paso de tango en otra ocasión. Pero, hoy no me encuentro con ánimos.

Ella pareció contrariada, por unos instantes, luego la sonrisa de Gioconda regresó a sus morenos labios pintados de rojo pasión y dijo:

—Tú te lo pierdes, amor. Llámame cuando puedas manejar esto. —Neme hizo un ademán con las manos, señalándose a sí misma, que hizo que la entrepierna de Olcina estallase de excitación.

El subinspector no supo qué contestar y, ante la más que probable posibilidad de que balbucease cualquier majadería, se mantuvo con el pico cerrado.

Y ella se marchó.

Entonces, antes de que la mente de Olcina comenzase a recriminarse una extensa letanía de reproches por haber perdido la oportunidad de echar un polvo como Dios manda, sonó su teléfono móvil.

La llamada provenía del inspector. Al parecer, se había comido la cabeza con el caso y había llegado a la conclusión de que el homicida había querido, en realidad, matar a Walter Delgado y Oswaldo se había entrometido en el asunto. Mala suerte, chico. El inspector ahora estaba convencido de que se trataba de un nuevo asesinato de El Ángel Exterminador y no de una pelea por culpa del fútbol de los cojones.

Raúl Olcina se encogió de hombros. No estaba tan seguro, pero no dijo nada al respecto. Hasta que no corroborasen que la llamada al 112 se había realizado desde un número de prepago como solía usar ese cabrón, el subinspector pensaba mantener su mente abierta al respecto.

En la habitación de Oswaldo, Alba paseaba la mirada a su alrededor sin saber muy bien qué buscar. En realidad, no alcanzaba a comprender qué es lo que podía esperar si finalmente encontraba una pista para localizar a Walter Delgado, como tampoco alcanzaba a comprender qué iba a decirle a Walter una vez que lo tuviera cara a cara.

Alba Torres sabía que Oswaldo, en cierto modo, había adorado al criollo así que no sería muy descabellado pensar que el sentimiento fuera mutuo y que Walter estaría dispuesto a ayudarla a localizar al asesino de su hermano. Después de todo, si sus sospechas eran ciertas, Walter había estado en el puente aquella noche, junto a Oswaldo, y sin duda había visto al asesino. Se preguntaba, entonces, por qué no se había dirigido directamente a la policía, por qué no había revelado inmediatamente la identidad del monstruo que había matado a su hermano. Alba no lo sabía, no podía saberlo. Y ello la estaba atormentado. El inspector Paniagua le había asegurado que seguiría la pista de Walter y, por tanto, había creído sus sospechas. Quizás lo mejor sería dejarlo todo en manos del inspector Paniagua y no seguir inmiscuyéndose en una situación que a todas luces le superaba. No obstante, Alba seguía creyendo que en aquella habitación hallaría la respuesta al paradero de Walter Delgado.

El cuarto de Oswaldo era como el dormitorio de cualquier adolescente de cualquier parte del mundo, desordenado hasta el punto de parecer que una bomba de hidrógeno había estallado en su interior, esparciendo ropas y objetos por todas partes. Sin contar la enorme carga emocional que supondría para Alba hurgar entre las cosas de su hermano, registrarlos iba a ser una tarea extremadamente agotadora. Así que, sin pensarlo dos veces, traumatizada por la pérdida, llorosa y muy nerviosa comenzó a rebuscar primero en los cajones del escritorio en el que Oswaldo se había pasado las noches estudiando para sacarse el título de acceso a la Formación Profesional.

Sus libros de texto cubrían toda la superficie laminada de madera y se apilaban en el suelo. Apartándolos con mimo, revisó todas y cada una de sus páginas. Nada. En los cajones, tampoco encontró nada reseñable. Los habituales bolígrafos con la tinta seca, material escolar, recibos con extractos de cajeros automáticos, varias facturas de un bar de copas, DVDs grabados con películas piratas y esas cosas. La ropa que colgaba en el armario tampoco fue mucho más esclarecedora y sus bolsillos se encontraban tan vacíos que no la hubiese extrañado en absoluto que de ellos hubieran salido telarañas y botones como sucedía en los dibujos animados.

Alba se detuvo meditabunda, en aquel cuarto tendría que haber algo que la

acercase al paradero de Walter. ¡Estaba segura de ello! Tenía el presentimiento de que encontraría algo significativo, algo crucial sobre Walter.

—Vale, puede que tengas razón. —Dijo, en voz alta—. Pero no estás encontrando ni un cagarro.

Sin rendirse, se decidió a continuar la inspección y se fijó en el área que ocupaba la cama y la mesita de noche que había junto a ella. Temerosa de encontrarse algo que no debiera ver, como revistas pornográficas o el alijo de marihuana de su hermano, se dirigió hacia el pequeño mueble.

Encima de la cama, en la cabecera, colgaba el póster de un jugador de fútbol del Atlético de Madrid, que no reconoció. El jugador alzaba los brazos y posaba sobre sus labios dos dedos enguantados en mitones de lana, celebrando el gol que acababa de marcar. Si la hubieran preguntado, Alba diría que el fútbol era la única pasión que le había conocido a su hermano. Siempre estaba hablando sobre si su equipo esto o su equipo lo otro. Alba no sabía mucho de todo eso y tampoco había hecho nada por saber, y una nueva punzada de culpa le recordó que, para ser justos, no tenía mucho en común con Oswaldo. Sin embargo, sí sabía que su hermano, durante su infancia en Cuenca, había sido seguidor del Real Madrid e incluso había pedido a su padre que le comprase una camiseta de aquel jugador francés tan bueno que había jugado en sus filas. Pero en cuanto emigraron a España, algo le hizo cambiar de idea y se pasó al otro equipo. A partir de entonces, no había querido ni hablar del tema, si no era para criticar abiertamente a todo lo que tuviera que ver con su némesis futbolística. Alba nunca supo qué fue lo que le hizo cambiar de idea, ni tampoco lo preguntó pero, para ser justos, ahora hubiese absorbido cada palabra del motivo como si fuera maná llovido del cielo. Ahora hubiese escuchado con atención cualquier cosa que dijese su hermano, con tal de haber podido pasar más tiempo junto a él, con tal de haberle alejado lo más posible de aquel odioso partido y de su cita con la muerte.

Y ahí asomaba de nuevo la culpa. El maldito sentimiento de culpa en todo su esplendor.

De pequeño, Oswaldo había sido un niño angelical, uno de esos querubines que hacían que todo el mundo se parase a su paso y sintiese la compulsión de acariciarlo o hacerle una monería. Sin embargo, a medida que fue creciendo, para Alba, su hermano había vivido siempre la vida sin preocuparse del futuro, ni de las consecuencias de sus acciones. Y muy probablemente, esto había sido el causante de que estas apareciesen más pronto de lo habitual y acabasen con Oswaldo tumbado sobre un pedestal anegado de flores impersonales y tristes recordatorios en el Tanatorio M30 de Madrid. En el fondo, su hermano había sido uno de esos chicos sensibles que ocultaban su debilidad tras una máscara de tipo duro y sin escrúpulos. Alba pensaba que siempre había entendido eso y que, de algún modo, lo apoyaba pero a la hora de la verdad, la realidad le había abofeteado en el rostro por su error, y ello hacía que se sintiera tan terriblemente mal.

En la mesita, no había nada digno de mención, fuera de una foto de su hermano

con Walter y varios envoltorios de comida vacíos. Nada de porno, nada de drogas, gracias a Dios. En la foto, ambos se encontraban bebiendo en un bar de copas, a tenor de los vasos de tubo semivacíos que se alineaban en la mesa frente a ellos, pero solo Oswaldo sonreía a la cámara. Las comisuras de los labios de Walter Delgado estaban apuntando hacia su barbilla, lo que insinuaba que no estaba muy contento de que lo retratasen o de que algo le preocupaba. Alba se fijó en la fecha impresa al pie de la foto. Tan solo tres días antes del asesinato de su hermano. Una corriente eléctrica le recorrió los brazos y se detuvo en su pecho, acelerándole el corazón. No era habitual que Oswaldo frecuentase un bar que no estuviera por el barrio, y se preguntó si aquel local no sería un sitio especial para Walter. ¿Quizás un sitio al que acudiese a menudo? Tras ellos, un letrero de neón colgaba de la pared y se podía leer el nombre del bar: Los Quiteños.

Alba no conocía el lugar y nunca había estado. Por el nombre, parecía ser uno de esos antros en los que se reunían los pandilleros para alternar, pero el caso era que le resultaba vagamente familiar. Y entonces supo por qué. ¡Los tiques que había encontrado en el escritorio de Oswaldo pertenecían al mismo garito! ¿Habría llevado Walter a su hermano a aquel lugar para que conociese a otros miembros de los Latin King? Alba estaba segura de que Walter pertenecía o quería pertenecer a esa banda y, sin lugar a dudas, en alguna parte tenía que producirse el contacto. Se dijo a sí misma que merecía la pena comprobarlo y tomó nota mental de acercarse por Los Quiteños al día siguiente.

Con la excitación todavía electrizando su sistema nervioso, otro pensamiento penetró en su cabeza. Y entonces, toda la agitación que sentía en ese momento, dejó paso al frío. Un escalofrío gélido que le caló hasta el tuétano de los huesos y erizó los músculos pilosos de sus brazos. Se sentó sobre la cama y hundió la cara entre las manos. Durante un rato permaneció en aquella postura, muy quieta, reflexionando sobre lo que tenía que hacer a continuación. Aquel había sido el día más duro de toda su vida, no se podía negar, y todavía le quedaba lo peor, si eso fuera posible. Seguramente la muerte de su hermano hubiera sido suficiente por sí sola para ser calificada como lo peor, pero lo que tenía que hacer a continuación la paralizaba como si alguien le hubiese clavado una hoja ardiente en las entrañas.

Sintiendo una fuerte opresión, dejó el cuarto de Oswaldo y salió en busca del teléfono. Para cuándo tuvo el auricular entre las manos y ya solo restaba marcar el número de sus padres, el dolor en las tripas se había convertido en unos terribles retortijones.

No podía. Sencillamente, no podía hacerlo.

Soltando bruscamente el teléfono, corrió al baño y vomitó toda la bilis que pudo generar su estómago vacío. Desde que había recibido la noticia de la muerte de Oswaldo, no había probado bocado y no tenía nada que expulsar, salvo el líquido de sabor amargo. Durante un buen rato, Alba fue alternando las violentas convulsiones con los sollozos incontenibles, fruto de la congoja y el dolor que sentía. Mientras, se

preguntaba una y otra vez cómo iba a superar la terrible pérdida de su hermano. Finalmente, dividida entre la obligación de comunicar la noticia a sus padres y el agotamiento emocional, se levantó del suelo, tiró de la cadena del inodoro y regresó al recibidor para recuperar el auricular del teléfono.

Después de una serie interminable de timbrazos, su madre contestó.

—¿Mamá?

—Mija, querida, estábamos a punto de sentarnos a merendar.

Con la desazón, Alba no se había parado a calcular la diferencia horaria entre Ecuador y España y calculó que en Cuenca serían aproximadamente las cinco de la tarde.

—¿Ha pasado algo? —Preguntó su madre, la voz súbitamente marcada por la angustia y alarmada por esa preternatural habilidad que tienen todas las madres de adivinar cualquier hecho que afectase a sus hijos.

Y no se equivocaba.

—Mamá, se trata de Oswaldo.





*Ahora vuelve a estar a oscuras. No recuerda cuánto tiempo lleva en ese estado. El tiempo es elástico, los minutos parecen horas, las horas, días.*

*La habitación del dolor es como una criatura viva, un monstruo que tortura y consume las almas de quienes tienen la desdicha de caer en sus garras. Personas que el día anterior habrían sonreído, abrazado a sus seres queridos o pensado que la vida era maravillosa. Dentro de la habitación del dolor aquellos pensamientos se convierten automáticamente en tortura y sufrimiento.*

*Echa de menos la luz pero también la teme, porque entonces es cuando aparece el hombre que le atormenta.*

*Su captor se encuentra cernido sobre él, en la mano porta una jeringuilla y, presionando el émbolo, libera cien mililitros de adrenalina en su sistema nervioso, haciendo regresar su cuerpo a la consciencia con la misma dolorosa sensación que experimenta un buceador cuando emerge a la superficie después de haber contenido su respiración más tiempo del debido. Amarrado como está a la silla de dentista, trata de cerrar los ojos para escapar a la lacerante y cruda luz de los potentes tubos fluorescentes, pero tiene la impresión de estar dando vueltas. Así que los abre inmediatamente.*

*—Se encuentra a mi completa y absoluta merced y solo hará lo yo le permita que haga. —Dice en su oído. Tan cerca que puede sentir su aliento erizándole el vello de la oreja—. No tiene voluntad, no tiene el control sobre su cuerpo. Ahora es mío.*

*Trata de protestar pero de su maltratada garganta solo brotan quejidos incoherentes.*

*La figura sale de la penumbra y se sitúa delante de su vista. Viste completamente de oscuro, de la cabeza a los pies. En sus manos reposa la caja de plástico con la tapa puesta, no puede imaginar qué se encuentra en su interior, pero sospecha que es un horror como nunca antes había visto.*

*Un horror que está aguardando a ser mostrado.*

*Intenta morderse el labio para no sucumbir al terror que se apodera de su cuerpo. Trata de separar sus pensamientos de su cuerpo, cierra los ojos para huir de la figura que tiene ante sí. Y, entonces el dolor le traspasa, de nuevo. Sus brazos se contraen en espasmódicas contracciones, su cuerpo se queda inerte, mientras se vacía su vejiga por segunda vez.*

*—Ahora, va a hacer exactamente lo que yo le diga. —Dice la figura de oscuro.*

*Y comienza a gritar.*

Saeed Mesbahi estaba todavía agitado por haber descubierto que era el centro de atención de los chismes de la comitiva científica. También estaba muy furioso, ¡él no había hecho nada para merecer aquella vergüenza! ¿Acaso había sido él quien había pedido que le fuera enviado el macabro paquete? La respuesta era no. ¿Acaso se relacionaba con dementes capaces de hacer semejante horror? De nuevo, no. Saeed se había comportado con respeto y con el decoro debido durante toda la cumbre y no merecía lo que le estaba pasando.

Extendió la mano para introducir su tarjeta magnética en la ranura pero las luces de la habitación no se encendieron automáticamente. Lanzando una maldición, le dio la vuelta a la tarjeta pensando que quizás la hubiera insertado de manera incorrecta. Nada. La misma oscuridad como boca de lobo. Probó de varias maneras, cabeza arriba, cabeza abajo, girando la tarjeta y nada. Entonces dio un paso hacia el dormitorio, con la intención de llamar a recepción y solicitar que le enviaran a un conserje para arreglar el problema. Y se detuvo en seco.

*¡Allí en la habitación había alguien con él!*

Una presencia, una sombra entre las sombras. Con el corazón atenazado, extrajo su teléfono móvil y encendió la aplicación que convertía el flash de la cámara en una linterna. Barrió la habitación con la intensa luz y descubrió que estaba solo. Sin embargo, el vello de sus brazos seguía erizado y tenía la piel de gallina. Hubiese jurado que no estaba solo. Pensó en llamar a los dos guardaespaldas que le habían acompañado a su habitación pero se lo pensó mejor. Ya había demasiados motivos de qué avergonzarse en su vida, en esos momentos, como para añadir otro más.

Aguzando el oído como una alimaña nocturna, avanzó hacia el centro de la habitación con paso inseguro. La mano que sostenía el teléfono le temblaba violentamente y el haz de luz dibujaba estrambóticas siluetas con las sombras de los objetos sobre los que se proyectaba. Saeed se detuvo y giró sobre sus talones para abarcar con la luz toda la habitación, pero seguía estando solo. Entonces, creyó oír un susurrante deslizar de pies. Dirigió la luz hacia el lugar y de las sombras se materializó una imposible figura que segundos antes no había estado ahí.

Sintió la droga invadir su sistema sanguíneo al mismo tiempo que su cerebro comenzaba a procesar las imágenes que acababa de ver pero, para entonces, ya era demasiado tarde.

Erguido sobre el cuerpo inerte del profesor Mesbahi, sin apenas respirar, el

hombre iridiscente se insistía a sí mismo, una y otra vez, que no era un asesino. Los asesinos eran malos, y el hombre no tenía ni una molécula de maldad en su cuerpo, era una víctima más. Había sido forzado a abrazar la muerte como algo natural y necesario, dándole la espalda a la cordura, pero el hombre no era malo. *Yo no soy un asesino*, piensa. Y luego, lo repite en voz alta. ¿No había demostrado lo contrario? ¿No había demostrado, sin lugar a dudas, que sus actos no eran malvados? Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer para mantener su esencia intacta. Y eso, exactamente, era lo que estaba haciendo.

*No soy un asesino*, volvió a repetir.

Y, sin embargo, ahí estaba, en aquella lujosa habitación de hotel, cuyas paredes encaladas en suaves tonos grises ahora parecían casi negras en la oscuridad. A sus pies yacía la desplomada mole de un hombre al que estaba dispuesto a matar. ¿Cómo explicas eso, cómo lo encajas en tu teoría de que no eres un hombre malvado? Sencillamente, no puedes. Así que solo te queda una cosa por hacer. Ponerte manos a la obra. El hombre iridiscente levantó la muñeca y puso en marcha el cronómetro digital. Disponía de diez minutos, ni un segundo más. En menos de la mitad, había dispuesto el cuerpo de Saeed como mejor le convenía para servir a sus intereses. En los tres siguientes, había concluido su labor.

*Tanta sangre.*

Irguiéndose lentamente, casi paladeaba el intenso olor metálico de la sangre, saboreando el instante. Observaba detenidamente la mano cercenada bajo la luz que emitía la diminuta linterna que había cosido a su ceñido traje futurista. Se encontraba más cómodo en la oscuridad. La oscuridad le rodeaba y le protegía. La oscuridad le había creado y no pensaba romper esa sagrada comunión permitiendo que la traicionera luz invadiese sus dominios mientras trabajaba. Se apremió mentalmente a continuar, porque estaba empezando a sentir cómo las fuerzas le abandonaban. El tiempo era esencial y el hombre iridiscente era su esclavo. La inyección de adrenalina que había surcado su cuerpo anteriormente estaba agotándose y pronto no podría ni mover un músculo. Se sentía satisfecho pero, al mismo tiempo, asqueado de lo que acababa de hacer. Comoquiera que fuera, reunió fuerzas para guardar la mano resbaladiza por la sangre en el envase de plástico.

El cuerpo de Saeed se encontraba atado a una de las delicadas sillas de la habitación y estaba echando a perder la costosa alfombra que se extendía por el suelo.

*Persa, sin duda*, dedujo sonriendo.

Entonces, el profesor Mesbahi dejó escapar un gorgorito recordándole que su misión todavía no había concluido, y aún tenía cosas por hacer.

El hombre iridiscente se acercó al muñeco desvencijado de carne y huesos que yacía en la silla, los cordones trenzados que rodeaban su pecho evitaban que se deslizase hacia el suelo. Por un momento, miró directamente a los ojos del profesor e inmediatamente se arrepintió. Los remordimientos volvieron a asaltarle con fuerza. Sobreponiéndose, levantó el brazo y de su mano brotó un relámpago de luz rutilante.

El silenciador casero hizo su trabajo y apenas se escuchó un débil petardeo. La cabeza del profesor se echó hacia atrás violentamente, escuchándose audiblemente el crujido del cuello al quebrarse, y finalmente quedó, inmóvil, en un ángulo imposible.

El hombre que no se veía a sí mismo como un asesino se inclinó sobre el cuerpo inerte y untó dos dedos con la sangre que brotaba del muñón. Mientras, se decía que existían ciertas excepciones a lo que podía considerarse como asesinato y a lo que no. Por ejemplo, no era un asesinato cuando mataba a quienes se lo merecían. Los gobiernos de todo el mundo lo hacían constantemente cuando ejecutaban a los criminales más peligrosos. ¿No era verdad? ¿Cómo podía ser eso considerado como malvado? ¿Cómo podía hacerle sentir tan mal? Por mucho que lo hubiera hecho otras veces, no encontraba nada que pudiera decir que lo reconfortase.

Entonces, delicadamente, comenzó a dibujar.

El Hotel Regente era una impresionante galería de obras de arte. Impresionismo, Expresionismo, Cubismo, y cualquier otra corriente artística que se le pudiera ocurrir al inspector Paniagua, se encontraba representada en las paredes del lujoso hotel.

Arturo Paniagua siguió al policía que le había recibido en una de las puertas de servicio hasta el ascensor donde les aguardaban un empleado de la conserjería del hotel y el propio director. Otro agente de uniforme custodiaba el acceso.

—Buenas noches, inspector. El cliente fallecido se encuentra en una de nuestras suites deluxe. —Dijo el director del hotel, como si se tratase de una información imprescindible para la investigación policial, y permitió que el inspector y su acompañante entrasen en la caja del moderno ascensor. La altura del remilgado director llegaba casi hasta la del propio Paniagua pero su cuerpo era mucho más delgado y en forma. Aun así, la impresionante mole del inspector parecía ocupar todo el espacio en el interior del ascensor.

—Gracias, señor... —Comenzó a decir Paniagua hasta que cayó en la cuenta de que ignoraba el nombre del director del hotel. Comoquiera que fuera, el director se apresuró a rellenar el vacío de su desconocimiento, extendiendo una mano.

—Eduardo Rojas, director del hotel, a su entera disposición.

Paniagua ignoró la mano tendida y continuó:

—Gracias, señor Rojas, pero de momento no creo que sea necesario precisar de sus servicios. —Y volviéndose hacia el agente, continuó—: El piso entero del hotel donde se encuentra la habitación es una escena del crimen, ¿sabe si ya la han preservado?

El agente asintió.

—Sí, inspector. Lo hizo la primera unidad que acudió al lugar, como dicta el protocolo. Nadie ha entrado, ni salido desde entonces, con la excepción de nuestra gente, por supuesto. Los huéspedes que se encontraban en la planta permanecen confinados en sus habitaciones.

—Bien, que alguien les tome declaración. Ya sabe, a qué hora llegaron, qué oyeron, si vieron a alguien entrar o salir de la habitación del difunto. Todas esas cosas.

—Como diga, inspector.

Eduardo Rojas pareció alarmado y se apresuró a preguntar con una leve inclinación de cabeza.

—¿Puedo preguntar hasta cuándo se alargará esta delicada situación? El hotel ofrece alojamiento a huéspedes muy importantes y no puede tomarse a la ligera el hecho de sacarlos de la cama y privarles de su sueño. —Adujo el director.

El inspector Paniagua se encogió de hombros.

—Es difícil precisarlo, señor Rojas. Una vez que hayamos procesado toda la escena, el juez será quien dictamine el levantamiento. —Explicó—. Quizás sería mejor que se pensase en realojar a los huéspedes de esa planta o, al menos, a quienes se encuentren hospedados en las habitaciones más próximas. La noche será larga y, muy pronto, toda esta zona estará plagada de peritos forenses, policías, y tal.

De nuevo, el director inclinó la cabeza y replicó:

—Veremos lo que se puede hacer. Mientras tanto, le ruego la mayor discreción. Un asunto así puede hacerle mucho daño a la reputación de nuestro hotel y eso sería muy poco recomendable.

—Trataremos de ser lo más diligentes y discretos posible a la hora de hacer nuestro trabajo. —Gruñó el inspector—. Ahora si me disculpa, le avisaremos si necesitamos algo de usted o de los empleados del hotel.

La habitación era, en efecto, una suite y sus dimensiones se acercaban mucho más a un apartamento que a una habitación de tamaño estándar. Su mobiliario parecía haber sido sacado de algún número especial de lujo de una revista de decoración y se componía en su mayoría de muebles clásicos de maderas nobles que brillaban como estrellas por el lustre del barniz. Sobre una mesa de cristal redonda, flanqueada por suntuosos sillones, reposaba una bandeja de frutas con el celofán todavía cubriendo las delicias con las que se obsequiaba a diario a los huéspedes. Al fondo, tras una puerta doble acristalada se encontraba el dormitorio. Paniagua podía ver que sus paredes tenían rastros de sangre por todas partes, debidamente marcados por los peritos de la Policía Científica.

A través de los ventanales se observaba la Plaza de la Lealtad y el Monumento a los Caídos iluminados por los tonos anaranjados de las luces de xeon de las farolas. Densos nubarrones de color negro ceniza cubrían el cielo y no hacía falta haber estudiado meteorología para pronosticar que se avecinaba una tormenta y de las gordas.

—¿Quién encontró el cuerpo? —Preguntó el inspector al agente que custodiaba la puerta de entrada.

—Una camarera del servicio de habitaciones. Ahora está con los técnicos sanitarios del SUMMA. Le han dado algo para calmarla porque estaba completamente fuera de sí cuando los primeros agentes se personaron en la escena. Es polaca y con los nervios no atina a decir mucho en español, así que también estamos esperando a un traductor para que nos ayude a tomar su declaración.

Arturo Paniagua frunció el ceño, intrigado.

—¿A estas horas? ¿Qué pintaba una empleada del servicio en la habitación del muerto a las once de la noche? —Inquirió.

—Al parecer, el profesor Mesbahi tenía la costumbre de beber una taza de té antes de acostarse y había dado la orden de que todas las noches le dejaran una bandeja en su suite.

El inspector asintió en silencio y contempló por primera vez el cadáver del profesor Mesbahi. Si sus años de carrera en la policía le habían enseñado algo sobre sí mismo, era que no le volvían loco las escenas del crimen. No es que le afectasen en exceso, como al subinspector Olcina, pero tampoco le dejaban indiferente y hubiera dado lo que fuera por no encontrarse en aquella habitación de hotel en esos momentos. Los detalles se impregnaron en su retina como los positivos de una macabra serie de fotografías. El charco de sangre que se había formado a los pies de la silla. El agujero de bala entre los ojos, vidriosos, todavía abiertos. La horripilante nada que ocupaba el lugar de su mano izquierda. Los cordones de las cortinas con los que habían sujetado al profesor, antes de matarlo. Una de las borlas de hilo de oro estaba tan empapada de sangre que gotas del preciado líquido caían sobre la alfombra enrojecida del suelo, produciendo un sonido rítmico que podía confundirse con un metrónomo.

Plic. Ploc. Plic. Ploc.

Todo eso y más, registró el inspector con su portentosa memoria sensorial; la cual, en ese mismo instante, generaba una compleja red neuronal que almacenaba todas las percepciones visuales y auditivas que recogían sus sentidos. Se trataba de su disco duro personal y nunca dejaba de sorprenderle su capacidad de almacenamiento, hasta diez terabytes o el equivalente a diez billones de páginas de texto, si había que hacer caso a lo que opinaba Carl Sagan, el fallecido divulgador científico estadounidense.

—La víctima es Saeed Mesbahi, profesor de la Universidad de Ciencia y Tecnología de Irán. —Explicó el policía que había respondido a la alerta del 112, en primer lugar. El inspector no se molestó en preguntarle su nombre—. Fue visto por última vez por la Castellana, abandonando las instalaciones del Palacio de Congresos.

Arturo Paniagua reprimió el impulso de espetarle al agente que ya sabía dónde se encontraba el maldito Palacio de Congresos, pero se contuvo. En realidad, el Palacio de Congresos no era ningún palacio, ni nada por el estilo, sino un edificio moderno construido en la década de los setenta y que albergaba eventos y conferencias de índole internacional. Lo más característico que poseía se trataba de un espectacular mural del pintor Joan Miró que decoraba la fachada orientada a la Avenida del General Perón. Lo curioso era que, desde que en el año 1993, apenas si se celebraban eventos en su interior y todo ese tipo de asuntos se habían trasladado al Palacio Municipal de Congresos del Campo de las Naciones. Por alguna razón que Paniagua desconocía, la Cumbre Científica Internacional entre España y la República Islámica de Irán se estaba albergando en sus instalaciones.

El inspector Paniagua permaneció en silencio, mientras seguía contemplando los detalles de la escena. Era consciente de que su irritación iba en aumento y el olor a



sangre coagulada de aquel sitio la asqueaba cada vez más.

—Al parecer, habría estado conversando con algunos de sus colegas científicos después de haber participado o presenciado los actos programados para el día. Luego, un taxi lo habría conducido hasta el hotel. El asesino debería estar esperándole en la habitación, porque los empleados de la recepción vieron subir solo al profesor. — Continuó el agente.

Después de diez largos minutos observando la escena del crimen, Paniagua carraspeó y dijo:

—¿Alguien ha buscado la maldita mano?

—Sí, señor. —Repuso el policía—. Pero no ha aparecido por ninguna parte. Por lo visto, el asesino se la llevó con él.

El inspector dejó escapar un hosco gruñido que inmediatamente obtuvo como respuesta el silencio del policía. Tras ellos, apareció Raúl Olcina quien soltó un agudo silbido en cuanto vio el estado del cuerpo.

—Joder, jefe, le han cortado la mano. —En opinión del inspector, Olcina siempre había tenido cierto arte a la hora de resaltar obviedades—. Esto es de locos, nunca había visto nada parecido.

El subinspector Olcina se acercó al cuerpo atado firmemente a la silla, mirándolo y estudiándolo con nerviosismo, algo se le revolvía en la punta de la lengua. Una idea que quería salir a la luz pero que no encontraba palabras. Empezó a decirlo pero se calló, como si le faltarán las agallas. Finalmente, refunfuñó:

—¡Qué asco de injusticia! Otro de esos maníacos hace uno de sus numeritos y a mí me jode los planes para la noche.

—Como se suele decir: «El crimen nunca duerme». —Le replicó Paniagua mientras levantaba la vista del cadáver—. En cualquier caso, no sabía que hubiera hecho planes para hoy.

Raúl Olcina miró al inspector con suspicacia, había una inusitada trivialidad en las palabras de su jefe, que no era habitual en él. El subinspector sospechaba que estaban preñadas de ponzoña y la mejor vía de actuación hubiera sido ignorarlas, pero aun así no pudo evitar contestar.

—Eso es, inspector, porque mi vida privada es mi vida privada. —Retortó, sin meterse en más berenjenales.

El inspector se inclinó de nuevo sobre el cuerpo del profesor e inspeccionó de cerca la horripilante herida del muñón. Desde su posición podía observar los bordes irregulares que había dejado el instrumento empleado por el asesino tras de sí. Tendones seccionados y venas apuntaban hacia el suelo por efecto de la gravedad. La articulación del codo y el antebrazo se encontraban fuertemente atados al brazo de la silla con uno de los cordones de la cortina, las fibras de seda mordían con ferocidad la carne y producían en la piel una descoloración evidente a simple vista y que sugería que el asesino había primero inmovilizado a la víctima y después le había seccionado la mano. Sin embargo, no pudo hallar heridas defensivas evidentes sobre la víctima.

Y luego estaba el tiro de gracia. *¿Por qué no opuso resistencia?*, se preguntó el inspector. Debía saber que algo malo iba a sucederle pero, aun así, no se defendió. La letra de una vieja canción de un musical de jazz de los noventa le rondaba por la cabeza: «Le disparé dos tiros de aviso a la cabeza<sup>[8]</sup>». Claro, que en este caso, no fueron dos sino uno y el aviso terminó con los sesos del fiambre esparcidos por la habitación.

—Olcina, si no quiere que nadie pregunte por su vida privada, no debería ir quejándose por sus planes truncados, en primer lugar. —Dijo alzándose con un chasquido de sus rodillas—. Como ya se imagina, me importa un bledo lo que haga en sus horas libres pero si vuelve a aparecer tarde a una escena del crimen me encargaré personalmente de abrirle expediente.

Las entrañas de Olcina se encogieron sobre sí mismas como si se las estuvieran estrujando. Ahí estaba la ponzoña, en forma de crítica despectiva, y no importaba que la hubiera estado esperando, siempre le terminaba afectando.

—Vamos jefe, no es posible que me haya retrasado más de veinte minutos. —Se quejó el subinspector—. Además es medianoche, no esperará que esté alerta en todo momento, aguardando a que otro lunático dé rienda suelta a sus vilezas, ¿verdad?

Lo peor de todo era que Raúl Olcina creía que el inspector estaba cabreado porque no había ido a recogerle con el coche y, muy probablemente, había tenido que pedir un taxi para trasladarse hasta el lugar. El inspector Paniagua odiaba a los taxistas, siempre decía que no paraban de soltar sandeces por la boca y que además casi todos ellos eran seguidores del Atlético de Madrid. A esas horas seguro que además le había tocado sufrir aquel odioso programa deportivo radiofónico, tan popular entre el gremio de taxistas, y cuyo director, colchonero recalcitrante, no desaprovechaba la oportunidad para criticar al equipo del inspector. Olcina soltó un bufido por lo bajo, le esperaba una noche muy larga. El agente que le había avisado, había dicho que el muerto era uno de los suyos y a tenor del estado del cadáver tenía toda la maldita razón. Se giró hacia el policía que había declarado la escena del crimen y preguntó:

—¿Quién es el fiambre?

—Bueno, hum..., es un profesor de la Universidad de Teherán. —Contestó el agente, mirando de soslayo al inspector Paniagua como si temiese que le fuera a echar una reprimenda por repetir la misma información por segunda vez—. Al parecer, es miembro ponente de la comitiva científica que se encuentra de visita en la ciudad con motivo de la cumbre.

—¿Alguien ha avisado a su embajada?

—Sí, subinspector. No tardará en aparecer un representante, han ido a buscarlo a su domicilio. —Y bajando el tono de voz para que no le escuchara el inspector, añadió—: El cabrón que hizo esto, va a despertar a muchas personas.

—¿Eso piensas? —Dijo Olcina, acercándose más hacia el muerto—. Te diré lo que puedes hacer, como tiene pinta de que estaremos aquí un buen rato, ¿puedes

convencer a alguien del hotel para que el servicio de habitaciones nos suba unos cafés bien cargados? Creo que más de uno va a necesitar la cafeína muy pronto.

El policía sacudió la cabeza afirmativamente y salió en dirección al pasillo. Un perito de la IRGC de pelo rojo ensortijado y enfundado en un traje desechable, estaba extendiendo talco de grafito por la superficie de los muebles que se encontraban en la habitación. De vez en cuando, los flashes de la cámara del fotógrafo policial inundaban de luz la estancia, cegándoles por unos instantes. Mientras, en el exterior, la tormenta ya se encontraba casi encima de su posición, y los relámpagos competían con sus homólogos artificiales. En cada ocasión, el fenómeno era acompañado por un gruñido del inspector.

—¿Ve algo interesante? —Preguntó Olcina, al perito.

—Por el momento, nada reseñable, subinspector. Hemos encontrado una extensa variedad de huellas digitales, como era de esperar de una habitación de hotel. Va a ser una verdadera pesadilla identificar a quienes pertenecen. De momento, nada de fibras, ni indicios biológicos, u otra cosa que pueda indicarnos a simple vista la identidad del sospechoso.

—Toda esa sangre. ¡Dios mío, el pobre desgraciado tuvo que pasarlas canutas!

El perito pelirrojo asintió con la cabeza.

—Todo parece indicar que el asesino le sorprendió en la habitación. No hay indicios de forzamiento en la puerta, o bien tenía un duplicado de la llave, o la víctima lo dejó entrar. Luego lo ató a la silla usando los cordones de las cortinas de la sala principal y le cortó la mano. Por último, le descerrajó un tiro entre los ojos.

—Jesús, cada día están más locos. Al final, vamos a tener que ir a buscar a todos nuestros culpables al Alonso Vega<sup>[9]</sup>.

—Y que lo diga, subinspector.

—¿Alguna idea de dónde puede estar el casquillo de la pistola o el arma del crimen?

El perito de la IRGC sacudió la cabeza negativamente.

—¡Joder, está visto que no tendremos suerte esta noche!

Raúl Olcina fue en busca del inspector que se encontraba inspeccionando la habitación adyacente.

—Jefe esta habitación es más grande que mi propio apartamento y debe costar un dineral por noche. Menuda bicoca.

Paniagua obsequió su comentario con una media sonrisa de lobo que insinuaba lo que pensaba él de su opinión sobre el tamaño de la suite.

En el exterior, el sonido distante de un trueno reverberó en las calles de Madrid. Pesadas gotas de lluvia comenzaron a golpear los cristales con fuerza. Lluvia sucia, manchada de polución. Una ráfaga de aire le rozó el cuello, como si alguien se hubiera dejado una ventana abierta en alguna parte y se estremeció.

—Subinspector Olcina, coordine con los agentes del pasillo los interrogatorios a los huéspedes de la planta. Haga hincapié en si escucharon o no algún disparo o

indicios de lucha. Luego, baje a recepción y pregunte si alguien hizo un duplicado de la llave del profesor. Algo así, me imagino que quedará registrado en el ordenador. Y pregunte también por las cintas de vídeo, un hotel como este seguro que tiene numerosas cámaras de videovigilancia ocultas por ahí.

Olcina asintió. Entonces, dos peritos de la Policía Científica aparecieron en ese mismo instante por la puerta del cuarto de baño, estaban recogiendo sus bártulos, habían terminado con esa parte de la escena del crimen.

—Inspector Paniagua ahí dentro hay algo que debería ver.

El cuarto de baño estaba decorado con azulejos pintados a mano que recreaban delicados marcos con motivos florales. Además de los azulejos, de las paredes colgaban sendos cuadros que contenían litografías a color con escenas de la corte madrileña del siglo XVII. Sin embargo, lo que atrajo la atención del inspector no fue el valor artístico de las litografías, ni los cortesanos orondos y pagados de sí mismos que las poblaban. Lo que atrajo la atención de Paniagua fue que, estarcida sobre la superficie del espejo que coronaba el inmenso lavabo de mármol rosa, se veía la palma de una mano.

—¿Es eso sangre? —Olcina se hallaba en el umbral de la puerta y tenía los ojos abiertos como platos.

—Sí, subinspector. —Le contestó el perito—. Aunque todavía habrá que esperar a las pruebas del laboratorio para conocer si es humana o de la víctima, parece estar dibujada en sangre.

—No me jodas. —Atinó a decir Olcina—. Una mano. ¿Qué significa?

El perito se encogió de hombros como si quisiese decir a mí no me preguntes y salió del cuarto de baño.

Mientras tanto, el inspector Paniagua se mantuvo en silencio. La opresión comenzaba a adueñarse de sus tripas, enroscándose en sus entrañas y, como si la vida fuera una mala película de terror, le asaltó un mal presentimiento acerca de aquel asesinato.

En algún momento a lo largo de la noche, Martin dejó de dar vueltas como un alma en pena en la cama y se quedó dormido.

La pesadilla no tardó en asomar a su sueño.

Al principio, pensó que se encontraba en su casa de Nueva Jersey, junto a sus padres, y que tenía catorce años. Recordaba a la perfección aquel día porque era su cumpleaños. Su padre le había recogido del colegio temprano y habían ido juntos a la heladería The Bent Spoon (La Cuchara Torcida) que estaba en Palmer Square West. A Martin le gustaba porque era una heladería para mayores y porque había sacado su nombre de una de sus películas favoritas: The Matrix. Resultaba más que aceptable pensar que una heladería que se especializaba en servir helados de aguacate o de ostras, no era el sitio más adecuado para celebrar el decimocuarto cumpleaños de nadie. Sin embargo, a su padre le gustaba decir que aquel era el año en el que Martin abandonaba su niñez y se adentraba en el mundo de los adultos. Martin recordaba que su padre había ordenado dos bolas de mantequilla de cacahuete para él y dos bolas de pistacho para sí mismo.

Martin observaba a su otro yo en el sueño hundiendo su cuchara en una de las pringosas bolas de helado y pensó que olía a algo extraño. En la etérea e incoherente neblina que formaba la atmósfera de toda buena pesadilla, Martin percibía el hedor como algo real e inconsistente, al mismo tiempo. En su dormitorio, su cuerpo sudoroso volvió a revolverse en la cama, y su cerebro hizo esa conexión demencial tan propia de los sueños. ¡Olía al humo que se desprendía del cabello ardiente de Gareth Jacobs Saunders! Dio un respingo y trató de apartarse cuando su padre, que ya no era su padre, sino la silueta ennegrecida del asesino múltiple, se abalanzó sobre él.

Martin gritó. Y gritó. Y gritó.

Pero el horror en llamas seguía avanzando y amenazaba con echársele encima, apestando a quemado y a muerte. Estremeciéndose en espasmos de puro terror, Martin aulló de dolor, cuando el rostro irreconocible por las llamas se apareció delante de su cara y un dolor de fuego blanco estalló en su vientre.

Y, de pronto, se incorporó bruscamente sobre la cama, con el cuerpo sacudido incontroladamente por los espasmos, jadeando. Pasó un buen rato antes de que pudiese respirar con normalidad y otro buen rato hasta que se decidió a bajar de la cama y dirigirse al cuarto de baño para remojarse la cara. El fétido olor a quemado y a cosas muertas todavía perduraba en sus fosas nasales. Levantó la mirada para

enfrentarse a su reflejo en el espejo y descubrió que estaba llorando. Las lágrimas resbalaban libremente por sus mejillas y sorteaban con dificultad las pequeñas púas de su barba de una semana. Tenía un aspecto lamentable. La falta de sueño empezaba a notarse en las bolsas azuladas que colgaban bajo sus ojos y en las córneas enrojecidas por un severo caso de hiperemia. Se quedó un momento quieto, permitiendo que su mente racional se impusiese a sus emociones y exorcizase los terribles recuerdos de la pesadilla en su cabeza. El silencio se apoderó del cuarto de baño, mientras se apoyaba sobre el lavabo, con la barbilla completamente hundida en el pecho y los ojos cerrados. Hasta que se dio cuenta de que detrás del silencio había algo más...

Un sonido húmedo como de algo que se arrastraba furtivamente.

Escuchó más atentamente, los nudillos blancos de tanto apretar los bordes del lavabo, y entonces comprendió que había alguien más con él en la habitación.

—¿Quién...?

Una sombra emergió a su espalda y en su mano empuñaba un enorme machete, levantándolo por encima de su cabeza. Entonces el brazo cayó como un resorte y hundió el cuchillo hasta el mango de hueso en la blandura de su ingle. Martin bajó la mirada y observó atónito el mango ensangrentado sobresalir de su cuerpo, mientras un enorme y pegajoso manchón rojo se extendía por su camiseta de dormir.

—No quiero sufrir más. —Dijo, sollozando. Y con una mano busco a tientas la culata de su semiautomática.

—Por favor, haz que pare. —Dijo, sin referirse a nadie en particular, empuñando la pistola con fuerza, pensando que tenía que acabar con el dolor a toda costa.

—No quiero sufrir más. —Repitió.

Y la pistola comenzó a vibrar con un zumbido de abeja en su mano.

—Tengo miedo. —Sollozó, levantando la pistola y apoyándola en su sien.

El zumbido subió de intensidad y las vibraciones se hicieron tan fuertes que ya no pudo sujetar más la semiautomática. Y entonces...

En la semipenumbra de su salón, Martin se despertó con el sonido del vibrador de su teléfono móvil. Se había quedado dormido, en la mesa olvidados los restos de la botella de Grey Goose a medio consumir y su pistola Sig Sauer P220 que arañaba el barniz de la delicada madera.

—Cordero. —Contestó, como pudo, al teléfono. Tenía toda la ropa empapada de sudor y la mente todavía abotargada por los últimos filamentos de la pesadilla que había sufrido durante la noche.

Los débiles rayos del alba entraban por la ventana.

*¡Dios mío!, ¿qué hora es?, pensó.*

—¿Hablo con el agente Martin Cordero? —La voz al otro lado de la línea le era desconocida y parecía titubear, como si no tuviese claro a quién estaba llamando. Martin pudo distinguir un ronco siseo de fumador bajo el tono profundo.

—Sí, ¿quién habla, por favor?

—Soy el inspector jefe Rafael Beltrán de la Unidad Central de Inteligencia Criminal.

—¿Qué puedo hacer por usted, inspector jefe? —Masculló, mientras los ecos del sueño desaparecían por completo de su cerebro y eran sustituidos por la curiosidad. El tufo a cosas quemadas y a tierra mojada perduraba en la atmósfera del salón. La apariencia de la habitación, que estaba hecha unos zorros, reflejaba a la perfección el estado de ánimo que sentía, como si su vida se estuviera desmoronando y fuera un completo desastre a punto de suceder.

—Verá, necesitamos su ayuda... No, más bien su asesoramiento profesional en un caso que acaba de llegar a nuestras manos. —Se explicó el inspector jefe, su tono de voz parecía nervioso y a Martin le empezaba a incomodar, sin saber muy bien por qué.

Al principio, Martin fue incapaz de articular palabra. Dejó escapar una prolongada y extenuada exhalación y dijo:

—Lo siento, inspector jefe estoy retirado y ya no me dedico a la investigación, ni a la elaboración de perfiles psicológicos.

—Sí, estoy al tanto de su estatus. Pero dada la naturaleza del caso me gustaría contar con su opinión. —Insistió el Jefe Beltrán—. Sin compromisos, simplemente le robaré unos minutos de su tiempo. Nada más.

Martin dejó escapar un suspiro y preguntó:

—¿De qué se trata?

El Jefe Beltrán le dio las gracias y le expuso de manera concisa los pormenores del asesinato del profesor Mesbahi. A medida que hablaba, Martin comenzaba a despejarse del todo y sintió una sensación en su cuerpo que hacía tiempo que había perdido: el cosquilleo de la anticipación de la caza.

El inspector jefe habló un poco más y entonces concluyó:

—Lo hemos comprobado, no una sino varias veces, y las conclusiones son siempre las mismas. Primero le amputó la mano y luego le disparó un tiro entre los ojos.

—¿Está seguro del orden? —Preguntó Martin.

—A falta del informe forense, sí. Las paredes de la habitación estaban manchadas de sangre arterial y este hecho por sí solo ya sugiere el orden. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque resulta interesante y contradictorio, al mismo tiempo. —Contestó Martin, reflexivamente.

—¿A qué se refiere? —Quiso saber el inspector jefe, intrigado.

—Si la amputación se ha realizado *ante mórtem* es indicativo de que el asesino quiere torturar a su víctima; hacerle pagar por algo de lo que le considera culpable y merece sufrir por ello. Sin embargo, le disparó en la cabeza. Una muerte rápida que indica un evidente gesto de apiadamiento.

—No lo entiendo, el asesino no se pone de acuerdo en lo que quiere hacer, ¿y qué más da? —Inquirió el Jefe Beltrán—. ¿Cómo nos ayuda eso a capturarlo?

—Dígame, inspector jefe, ¿cuál fue la causa de la muerte?

—¿Perdón?

—¿Cómo acabó con la víctima? ¿Murió desangrada, un paro cardíaco producido por el shock...?

—El tiro entre los ojos fue la causa de la muerte.

—Exactamente. Disparar a alguien en la cabeza implica eficiencia, despacharle de una manera rápida y fría. Una acción que se contradice con la amputación en vida. Una muerte rápida, como un disparo, es impersonal, no conlleva la intención de hacer sufrir a la víctima y, sin embargo, la mutilación es muy personal.

Hizo una pausa antes de concluir.

—Yo diría que se conocen, o que pertenecen al mismo círculo social. Lo más probable es que se trate de alguien que esté incluido en la delegación científica o en su periferia. Pero, claro, todo esto no son nada más que suposiciones. Bien, inspector jefe, espero haberle sido de ayuda. Ahora, si me disculpa...

—Agente Cordero, ¿le gustaría ver el cuerpo? —Le interrumpió el Jefe Beltrán.

—¿Cómo dice?

—El cuerpo... En el Anatómico Forense... ¿Podría decirme algo más si lo examina?

—Inspector jefe ya expliqué...

—Nos será de mucha ayuda. —Insistió—. Imagino que comprenderá las consecuencias que este asesinato tendrá en este momento. Con la delicada situación política internacional de Irán, las ramificaciones son alarmantes.

—Estoy de acuerdo, pero sigo sin ver el papel que juego yo en todo eso.

—La embajada iraní ya está informada y me gustaría poder decirles que para resolverlo no solo contamos con nuestra propia capacidad, sino también con la inestimable ayuda de quien puso entre rejas a infames asesinos de la talla de El Artista o el Dr. Muerte. —Hizo pausa antes de añadir—: Además, la prensa no tardará en hacerse eco y ya sabe cómo se las gasta. Estoy seguro de que su contribución a la investigación ayudará decisivamente a templar los ánimos y a mantener la situación bajo control.

Martin dejó escapar un suave gemido. No importaba dónde te escondieras, ni a qué departamento de policía del mundo pertenecieras, los politicastos como el Jefe Beltrán siempre aparecerían. Los arribistas de las fuerzas del orden estaban todos cortados por el mismo patrón, más preocupados por las apariencias y los informes anuales de criminalidad que de atrapar delincuentes.

—De acuerdo. —Dijo por fin—. Pero solo en calidad de observación y asesoramiento. Y nada de hablar con la prensa.

—Gracias, estoy encantado de que entienda la situación. —Martin podía escuchar a través de la línea de teléfono los engranajes del cerebro del Jefe Beltrán funcionando a todo trapo, como los pistones de un motor V12—. Le enviaré un coche esta misma mañana, nos veremos en el Complejo Policial de Canillas para ponerle al



día.

—Allí estaré. —Dijo y colgó.

El sol se encontraba desperezándose en el cielo de la capital cuando el subinspector Olcina decidió que tenía que alejarse del matadero en el que se había convertido la suite del profesor Mesbahi. La virulencia de la tormenta veraniega de la noche anterior quedaba tan solo representada por los últimos charcos de agua sucia que se resistían a la evaporación. En el interior de su americana deportiva, su teléfono comenzó a vibrar y saliendo al pasillo, contestó brevemente. De repente, la cara le brilló como si fuese un chaval que ha recibido por su cumpleaños el regalo que tanto ansiaba.

—Jefe, voy a salir a tomar un poco el aire y comer algo. —Informó al inspector Paniagua. El enorme policía alzó ambas cejas pobladas de tonos salpimentados. Las arrugas de su frente se pronunciaron todavía más y apretó los labios en una delgada línea antes de decir:

—¿Ha quedado para desayunar? —No estaba sonriendo cuando formuló la pregunta, sin duda, en su mente recordaba que el subinspector había llegado con retraso a la escena del crimen—. No parece ser el momento más adecuado.

—Jefe, llevamos aquí toda la noche y no hay mucho más que podamos hacer. Los chicos de la IRGC todavía siguen trabajando en la escena, para cuándo el juez levante el acta y puedan llevarse el cadáver ya habré terminado. Puedo encontrarme con usted en la central, si le parece.

El inspector pareció ponderar el asunto unos instantes, con el rostro fruncido en un apretado ceño, que acentuaba las arrugas que habían aparecido en su frente. Tenía unas profundas bolsas debajo de los ojos y la piel de la cara del color de la ceniza.

—De acuerdo, vaya a desayunar. Yo me quedaré un rato más por aquí, por si aparece algo de interés. —Condescendió Paniagua, finalmente. Toda su persona había adquirido ese aire sombrío que el subinspector había visto en otras ocasiones. El aura amarga que reservaba para los homicidios más insidiosos o violentos.

En opinión de Olcina, la amargura del inspector era consecuencia de haber presenciado demasiado sufrimiento a su alrededor, de haberse topado cara a cara con los actos más horripilantes que pudiera cometer el ser humano y ser incapaz de evitarlos. Aquel tipo de amargura podía acabar con cualquiera, pero el inspector la asumía con inusitada entereza. De algún modo, parecía como si hubiera conseguido canalizar la amargura hacia vías más fructíferas que la propia destrucción, como atrapar a toda costa a los asesinos que caían en sus redes. Sin embargo, Raúl Olcina

estaba hecho de otra pasta. Olcina esperaba más de la vida, quería disfrutarla todo lo que pudiera, como si no existiera un mañana, como si de pronto algo imprevisto pudiese surgir de la nada y arrebatarse su placer. Y por ello, había decidido concederse otra oportunidad con Neme.

Había algo en la mujer de piel dorada que le intrigaba y no era, por supuesto, lo que el resto de los hombres pudieran tener en la cabeza. Por el contrario, se trataba de algo más profundo, menos evidente, como la belleza de un banco de coral que se oculta a varios metros de profundidad, visible únicamente para aquellos osados que se enfundan en un traje de buceo y descienden hacia la oscuridad marina. La vida era para los osados, solía decir Olcina. Y él estaba dispuesto a ser uno de los privilegiados, aunque tuviera que romper algunas de sus propias reglas por el camino.

El subinspector se dirigió hacia la puerta de la suite, pero antes de salir chasqueó los dedos y se giró hacia Paniagua.

—Por cierto, jefe, me llegó un correo electrónico con los nombres de los hinchas del grupo Riazor Blues que acudieron al partido del pasado domingo y he cotejado la lista con los fichados por la Unidad de Intervención Policial. También he hablado con la mayoría de ellos pero, de momento, no he conseguido saber quiénes fueron los que se pelearon con Oswaldo Torres. Sin embargo, he conseguido reducir el número de sospechosos a tan solo una docena de nombres. Quizás alguno de ellos vio lo que le sucedió al ecuatoriano y cante un poco, si le amenazamos con una buena temporada en el talego, casi todos ellos tienen antecedentes penales y saben cómo funcionan las cosas.

El inspector asintió, buena parte de la amargura había abandonado su rostro y había dejado paso al cansancio por haberse pasado la noche en vela.

—Haga que alguien se ponga en contacto con esos radicales y al menor indicio de que saben algo que no nos estén contando, mande detenerlos y que los traigan para Madrid. No creo que ninguno de ellos matara a Oswaldo pero, aun así, siguen siendo sospechosos de un homicidio.

—Así lo haré y arreglaré también con uno de los agentes de la calle para que le consigan un coche y alguien le acerque a la central. —Añadió Olcina, antes de irse.

Mientras conducía hacia la cafetería donde había quedado para desayunar con Neme, Olcina no dejaba de darle vueltas a la escena del crimen, tenía la impresión de que el hijoputa que había matado al profesor Mesbahi iba a convertirse en la nueva obsesión del inspector y de que les esperaban más jornadas interminables y horrores colgados del tablón de pruebas que usaban para tener una visión global de los casos. El muro de los pringados, lo llamaba Olcina. Una vez que el inspector colgaba tu foto en él, podías dar por seguro de que terminarías con tu bonito culo entre rejas.

Neme apareció por la puerta de la cafetería tan arrebatadora como la noche anterior. Vestía deportivamente, con un pantalón elástico ajustado de color negro y una camiseta de tirantes que realzaba su busto, sobre la que se había puesto una chaqueta de chándal con capucha. En su mirada, límpida de maquillaje, se registraba

un cierta suspicacia que no pasó desapercibida al subinspector.

—Estoy sorprendida de volver a verle tan pronto, señor profesor de matemáticas. —Saludó con ironía—. ¿Has decidido volver a intentarlo de una manera más honesta?

—Algo así.

Ella levantó las cejas sorprendida.

—Según yo lo entiendo, a estas horas debería esperarte una clase llena de alumnos y una pizarra garabateada con números de tiza. ¿No es así?

Olcina acercó el vaso de zumo que había ordenado nada más llegar, deslizándolo con dos dedos sobre la superficie de la mesa.

—¿Un zumo de frutas?

Neme sonrió y levantó el vaso a modo de brindis.

—Un buen comienzo, no te lo voy a negar. Pero espero mucho más de este desayuno que un zumo recién exprimido.

—Lo mismo espero yo. Te lo aseguro. —Asintió Olcina y bebió un poco de su propio vaso.

Entonces llegó el camarero y les puso sobre la mesa los desayunos. Olcina había elegido especialmente aquella cafetería porque conocía exactamente la impresión que causaba el despliegue energizante de sabores que prometía a esas horas de la mañana. Cuando Neme sonrió con deleite, Olcina se relajó. Sobre la mesa había platos con fruta exótica, delicados croissants de mantequilla, huevos revueltos y tostadas.

—¿Desayunas de esta manera a diario? —pregunto divertida.

—Dicen que es la comida más importante del día, ¿no? —Respondió en el mismo tono—. Aunque, si te soy sincero, soy más de pincho de tortilla y café, pero hoy he decidido tirar la casa por la ventana. ¿Cómo está el zumo?

Riendo, Neme levantó de nuevo su copa y se la llevó a los labios.

—Está bien. Fresco. —Replicó.

—¿Solo bien? —Preguntó Olcina sorprendido. El zumo que había elegido era un combinado de naranjas, mango, zanahorias y plátano, recién exprimidos, al que le añadían un pequeño vasito con vitaminas extras, guaraná, jingseng y un ingrediente secreto especial. Cien miligramos de cafeína. Después de beberlo, uno tenía la sensación de que era capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera, como correr una maratón o convencer a una mujer atractiva de que no era un mal tipo.

—Bueno, consumido con moderación, desde luego. —Repuso ella, riendo de nuevo—. Demasiada cafeína me pone de los nervios y acabo gesticulando demasiado cuando hablo. Resulta muy ridículo.

—Estoy seguro de ello. —Convino Olcina, soltando una carcajada—. De todas formas, anda sin cuidado, que yo me encargo de avisarte en el momento en el que estés a punto de derramar el zumo de un guantazo.

Le sirvió un poco de fruta y huevos en su plato, mientras se esforzaba por luchar con la sensación de ligereza, de ausencia de gravedad, que se había apoderado de la

parte posterior de su cabeza. Al final de la comida, se saltaron los *croissants* y se decidieron por un par de cafés con leche. Entonces Neme cambió sutilmente la sonrisa y el tono jovial que había mantenido durante todo la mañana, acercando su silla a la mesa, fijó sus profundos ojos en los de Olcina y dijo:

—Raúl eres muy divertido. Me pregunto qué es lo que te impulsa a ocultar quién eres a los demás.

A Olcina la pregunta le pilló desprevenido y dio un respingo involuntario, había esperado poder llevar el control de la conversación y evitar tener que hablar sobre su manía de mentir acerca de su trabajo. Pasó la mano por su cara y se alegró de que la dosis extra de cafeína que contenía el zumo estuviese surcando veloz por sus venas. Lejos de sentirse cansado, se sentía con fuerzas y como nuevo. Sin embargo, la pregunta le había incomodado de un modo inesperado.

—La gente nunca lo entendería. —Contestó con un hilo de voz.

—¿No lo entenderían o es que sientes miedo de lo que puedan pensar si lo supieran?

Olcina estaba boquiabierto, la franqueza de Neme resultaba desarmante y no sabía cómo reaccionar.

—¿Si supieran qué?

Ella le miró con curiosidad, como si tratase de valorar la sinceridad de Olcina para hablar del tema.

—Quién eres, en realidad.

Sintiéndose un poco más incómodo cada vez y tratando de disipar los negros nubarrones que se cernían sobre su paraíso, Olcina contestó:

—No es eso, es solo que no me gusta mezclar las cosas.

Ella se lo quedó mirando, aguardando en silencio. Y Olcina, entonces, levantó la mano en un gesto que quería decir que todo estaba bien, que no era gran cosa.

—Es simplemente que existen cosas que es mejor que la gente no conozca sobre mí. Cuando salgo por las noches, me gusta divertirme. Bailar hace que me sienta... normal. Y no quiero que nada empañe esa sensación.

Neme volvió a soltar una carcajada.

—Ahora estás siendo un poco melodramático, no te parece. ¿Qué puede ser tan terrible?

Olcina rellenó ambas tazas con más café y sonrió para sus adentros. *Si supieras de dónde vengo, estoy seguro de que no reirías de esa manera*, pensó.

—¿Qué importancia tiene? —Preguntó, sin embargo—. Lo único que te interesa saber es que soy un buen tipo y mejor pareja de baile.

—Qué encantador. —Replicó Neme con una sonrisa—. Pero debes saber que una chica decente nunca se fía a la primera de cualquier hombre que se le aproxime. No resulta nada recomendable para nuestra salud.

—¡Mierda, así que eres una chica decente! —Le siguió la broma, Olcina—. A mí deberías darme una oportunidad.

Ella hizo un mohín y replicó:

—Estamos desayunando juntos, ¿no?

—No es suficiente. —Insistió Olcina, a quien no se le escapó la insinuación velada que acompañaba siempre a esa frase—. Te propongo un trato, quedemos una de estas noches. Tú me enseñas esos pasos de baile de los que hablamos y, si al final de la noche, sigues insistiendo en querer saber más sobre mí, te respondo sin tapujos a cualquier cosa que me preguntes.

Neme pretendió considerarlo por unos instantes.

—Trato hecho. —Dijo finalmente, extendiendo una mano—. Ha conseguido usted una nueva cita, señor profesor de matemáticas. En cualquier caso, ya estoy intrigada por lo que vas a contarme.

—Entonces, no se habló más. Déjame que pida la cuenta y salgamos de aquí. Se me está haciendo tarde y tengo que estar en Canillas en quince minutos.

Ella le lanzó una mirada suspicaz, como si no terminase de creerle y Olcina le dedicó una sonrisa que mostraba toda su dentadura y añadió:

—De verdad, tengo que irme. ¿Nos vemos más tarde?

—De acuerdo.

Y salió disparado hacia el aparcamiento donde había dejado el Megane, no sin antes atrapar sobre la marcha uno de los deliciosos *croissants* de mantequilla que había sobre la mesa. En su trabajo, uno nunca sabía cuándo iba a volver a comer y la mañana, como se solía decir, se presentaba larga de cojones. Pensando en Neme arrancó el coche, una sonrisa bailaba en sus labios. Sin embargo, sin avisar, como la temperamental tormenta que cayó la noche anterior, un muro gris de inseguridad encapotó sus pensamientos. La insistencia de la mulata por conocer más sobre él, se encontraba ciertamente en los lindes de lo que se consideraba una curiosidad normal, pero no conseguía sacudirse de encima la sensación de que un interés oculto se encontraba detrás de todo ello. Había algo en su forma de comportarse que le parecía, de algún modo, peligroso. No peligroso en el sentido físico o violento de la palabra, sino peligroso en el sentido de impredecible. Sus tripas se le encogieron como ropas mojadas que se estrujasen para extraerles toda la humedad. La cafeína estaba haciendo de las suyas en su organismo y si no encontraba un aseo pronto, Neme y sus preguntas iban a ser la menor de sus preocupaciones.

—Me lo tengo bien merecido por imaginar cosas raras. —Se dijo en voz alta, mientras estacionaba el Megane en un espacio vacío del aparcamiento del complejo policial.

En su interior, le esperaba el inspector y las fotos del cadáver mutilado del profesor iraní. Pero antes se dirigió a los aseos más cercanos. Y entonces pensó que quizás no había sido tan buena idea haber desayunado tan opíparamente.

Como había prometido el inspector jefe Rafael Beltrán un coche patrulla le esperaba en el portal para trasladarle al Complejo Policial de Canillas. Martin todavía se reservaba algunas dudas respecto a lo que iba a hacer a continuación y se repetía una y otra vez que tan solo iba a limitarse a leer los informes policiales, asistir a la autopsia de un cadáver y dar su opinión con respecto a un asesinato. A partir de ese momento, su involucramiento en el caso cesaría. Entonces, daría un paso atrás y regresaría a su casa para continuar su vida y su trabajo en el libro sobre asesinatos ritualísticos y, como decían en España: «a otra cosa mariposa».

Mientras el coche patrulla recorría las calles de la ciudad de camino a su destino, Martin cerró los ojos para descansar de la mala noche que había pasado y se dejó llevar.

Y ya no se encontraba en Madrid.

A su alrededor, sentía las montañas, el aire límpido y puro que revolvía sus cabellos y que casi dolía respirar. El sol extendía su luminosidad por todo el paisaje, sin ninguna nube que se le opusiera, y se podía ver con claridad hasta donde alcanzaba la vista. Rebaños bovinos pastaban con esa calma que solo pueden mostrar unos animales que poseen dos estómagos y tienen la certeza de que el alimento nunca se va a acabar. Su mente le había transportado a las montañas del Parque Nacional de Arcadia en el estado de Maine. Estaba pasado unos días de vacaciones. Podía distinguir los olores de la hierba humedecida por el rocío de la mañana, percibía los graznidos de las águilas sobre su cabeza y la frescura del aire acariciándole el rostro. El tacto de seda de la piel de la mujer.

Diane Prescott, su prometida.

Se habían conocido tras una charla que Martin había dado en un auditorio repleto de alumnos de la Universidad de Nueva Jersey sobre Criminología 101. Martin ya había conseguido su primera detención famosa y su nombre comenzaba a aparecer en los diarios. Por aquella época fue cuando le pusieron el apodo de *golden boy* del FBI y la prensa le había elevado al estatus de figura estelar en la lucha contra los asesinos en serie. Desde entonces, Diane y él habían sido inseparables, compartieron alegrías y tristezas, confidencias. Se prometieron bajo la luz de las velas del Settimo Cielo, un coqueto restaurante italiano en el centro de Rhodes. Diane jugueteaba con su plato de ensalada de *radicchio* con mango y peras y Martin devoraba sistemáticamente su plato de pollo en capas de prosciutto y *parmigiano*, quizás para darse ánimos para lo

que iba a hacer a continuación. Aquellos fueron los mejores momentos de su vida. Sin embargo, la dicha no iba a mudarse por mucho tiempo en sus vidas y pronto llegó el miedo como compañero, las largas noches en vela y, finalmente, la huida. ¿Por qué se había marchado sin ninguna explicación? ¿Por qué la había hecho daño si tanto la quería? No necesitaba preguntar, conocía la respuesta y reverberaba en su cerebro como esas palabras gritadas a una montaña que volvían a uno para atormentarle.

Gareth Jacobs Saunders.

Un día de estos tendría que armarse de valor y llamarla. Proporcionar explicaciones. Pedir perdón.

Abrió los ojos.

Alguien estaba abriendo la puerta del patrullero y una voz pronunciaba su nombre. Esbozó una sonrisa para ocultar su desazón y se bajó.

—¿Agente especial Cordero? —Era el inspector Paniagua quien le saludaba sin extenderle la mano. Martin no se dejó impresionar por el físico de gigantón del inspector y la hosca actitud con la que le había saludado.

—Sí.

—Soy el inspector Arturo Paniagua.

Martin, ignorando por enésima vez el error de que alguien usara su antiguo cargo en el FBI, devolvió el saludo.

—Encantado, pero todavía no estoy muy seguro de qué es lo que quieren de mí, exactamente.

El inspector se encogió de hombros en un gesto que ya lo decía todo por sí mismo, y contestó tratando de no parecer demasiado aburrido.

—El Jefe Beltrán se lo explicará. —Entonces hizo un ademán con la mano para que le siguiera—. Acompañeme.

—¿Dónde vamos? —Quiso saber.

—Hay una reunión en quince minutos. —Masculló el inspector entre dientes—. ¿Nadie le ha dicho nada? —Añadió leyendo la confusión en el rostro de Martin.

—No, me temo que no.

—No importa. Estoy seguro de que el Jefe Beltrán tendrá sus razones para que usted asista a la reunión.

—Desde luego, fue el inspector jefe quien se puso en contacto conmigo esta mañana.

Se encaminaron en silencio hasta los ascensores y descendieron en la primera planta. Luego recorrieron el largo pasillo que conducía hasta las salas de reuniones, pasando antes por la zona de despachos y el comedor. Este se hallaba ocupado por un nutrido grupo de policías que discutía acaloradamente.

—¿A qué vienen las caras largas? Parecéis un desfile de monjas en el entierro del Papa. —Preguntó Paniagua al grupo que se reunía alrededor de la mesa del comedor común.

—Se trata de la reforma, inspector. Ya es seguro que algunos de nosotros se irán a



la calle. —Contestó un subinspector que portaba una chapa identificativa con el nombre de Contreras. Paniagua había trabajado con él en un caso de homicidio en el Barrio de Salamanca y le tenía algo de aprecio. Al menos, el suficiente como para sentir su pérdida si era uno de los desafortunados a quienes les darían la patada en el culo.

Con la entrada en vigor de la reforma del reglamento que regulaba los despidos colectivos, al principio, se vio únicamente afectado el personal laboral del Cuerpo Nacional de Policía (IRGC). Pero fue el primer paso. No pasó mucho tiempo antes de que la crisis económica forzase a las Comunidades Autónomas a ampliar el reglamento e incluir además a algunos funcionarios, sobre todo los interinos. El director general de la Policía había admitido en una rueda de prensa que la plantilla se vería reducida por culpa de los recortes en los presupuestos. El Ministerio de Interior reducía la cantidad de dinero destinada a la policía y el IRGC estaba obligado a aligerar el peso muerto. Aquellos días no eran precisamente días de vino y rosas en la central. «Radio macuto» se había encargado de difundir la noticia de que de los casi setenta mil efectivos que trabajaban para el IRGC, unos seis mil podían encontrarse con la terrible noticia de su despido y los ánimos estaban muy caldeados.

—Lo peor de todo es que el sindicato no puede hacer nada. —Continuó diciendo el subinspector Contreras—. En esto, compañeros, estamos más solos que Gary Cooper.

—¿Qué piensa usted, inspector? ¿Cree que se producirán los despidos masivos? —Preguntó una auxiliar que estrujaba un pañuelo de papel entre las manos con la misma desesperación con la que un sediento destrozaría una naranja para exprimirle todo el jugo.

—Miren esto de los despidos es como aquello que querían hacer de fusionarnos con la Guardia Civil, una solemne majadería. —Así era el inspector, ante los grandes males, todo palabras decididas. Pero lo cierto era que tenía tanto miedo a los despidos como el que más y no se veía con ganas como para afrontar una jubilación anticipada. Lo cual, en su caso, sería más que probable que sucediera.

El proyecto de la Policía Civil, como se pensaba llamar al nuevo cuerpo unificado, no había prosperado, aunque tampoco estaba muerto y enterrado. Paniagua se había reunido entonces con un miembro del Sindicato Unificado de Policía (IRGC) para ver si podía sonsacarle algo concreto y acabó deseando estrangularle con sus propias manos a los diez minutos de conocerle. El tipo era un inspector jefe tan petulante que le hubiera hecho sombra al mismísimo Pepinito barojiano<sup>[10]</sup>. Sin embargo, su propuesta iba a suponer un avance en las relaciones entre los dos cuerpos que, a menudo, se entorpecían los unos a los otros en la persecución de ciertos crímenes. Problemas de jurisdicción o duplicidad, que hubiera dicho el ministro Jorge Fernández. Lo cierto era que, entre personal laboral, auxiliares, sustitutos temporales, interinos y funcionarios, el Cuerpo Nacional de Policía era un improbable cóctel de trabajadores a cuenta del Ministerio de Interior que se estaba convirtiendo en el

blanco perfecto para los recortes del presupuesto.

El inspector Paniagua condujo a Martin hasta una sala de conferencias, donde ya se encontraban presentes otras seis personas, repartidas, más o menos, ordenadamente alrededor de una enorme mesa de conferencias.

El inspector jefe Rafael Beltrán les saludó con una inclinación de cabeza y cierto brillo en los ojos que delataba su excitación por la oportunidad de medrar que implicaba el caso. En su momento, el Jefe Beltrán había sido uno de los máximos valedores de la inclusión del análisis de la conducta criminal en el procedimiento policial de la Unidad Central de Inteligencia Criminal y ello le había reportado un cierto nombre y prestigio. Ahora, simplemente, buscaba más. Se levantó para indicar a Martin una silla en la que podía sentarse.

Martin obedeció y dejó deslizar la mirada por el resto de los presentes. Un subinspector que respondía al nombre de Raúl Olcina, al parecer el compañero del inspector y a quien Martin estrechó la mano; un agente de la Sección de Análisis de la Conducta (SAC); el médico forense, que ocupaba el extremo más alejado de la mesa; y un representante de la oficina del juez instructor que se comportaba como si aquella reunión le estuviese quemando el bajo de los pantalones y no paraba de moverse, sentado al borde mismo de su silla. Junto a él, un hombre de tez olivácea, que lucía una recortada hilera de pelo facial en el labio superior, permanecía en silencio y se limitó a saludar a Martin con un inexpresivo movimiento de cabeza.

El inspector Paniagua ignoró ostensiblemente los protocolos de saludo, se dirigió directamente hacia una mesita auxiliar sobre la que reposaban varios termos de café y un plato de pastas, y se sirvió una taza. Inmediatamente torció el gesto con repugnancia ante el brebaje que acaba de ingerir. Si a aquello llamaban café pronto le tendrían que dar un nombre nuevo al aguachirle.

—Buenos días, señores. —Saludó el inspector jefe antes de entrar directamente en materia—. Veamos, esto es lo que sabemos por el momento. Ayer una unidad del SUMMA atendió una llamada de la dirección del Hotel Regente que hacía referencia a un cadáver aparecido en una de sus habitaciones...

—¿Llamó alguien de la dirección? —Se interesó Martin—. ¿Es normal que suceda eso? ¿No sería más lógico que el aviso se produjera desde la conserjería?

—Efectivamente, agente Cordero, pero la víctima era un miembro destacado de la comitiva científica iraní que nos visita estos días por la cumbre científica. La delicadeza de la situación convenció al director del hotel para tomar cartas en el asunto personalmente. —Respondió el Jefe Beltrán.

Martin asintió con la cabeza, fijando su mirada en el hombre que se sentaba junto al representante judicial. El desconocido le devolvió la mirada sin inmutarse. Entonces el Jefe Beltrán volvió a hablar y acaparó su completa atención.

—Antes de continuar, señores, permítanme que les presenta al agente especial Martin Cordero que asiste a esta reunión, dadas las especiales condiciones del homicidio que tenemos entre manos, como asesor especial de nuestros expertos de

Análisis de la Conducta y del inspector Arturo Paniagua, responsable, como ya saben, de la Brigada Especial de Homicidios Violentos.

A pesar del aire acondicionado, los presentes en la sala de conferencias estaban comenzando a sudar. La ola de calor que estaba asolando el interior del país no había remitido tras la pasada tormenta. Por el contrario, se estaba intensificando y se esperaban temperaturas por encima de los treinta y cinco grados.

—Es un honor poder trabajar con usted. —Interrumpió momentáneamente Marc Claver, el agente del SAC—. Estoy seguro que sabremos cómo servirnos de su experiencia para mejorar nuestra joven unidad.

El SAC se había formado en 2010 y estaba incluido dentro de la estructura de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Sus efectivos contaban con agentes, expertos en psicología, que contaban con el apoyo de un sociólogo y un experto en estadística. Ocupaban un pequeño despacho en la misma planta del Complejo Policial de Canillas en la que se encontraban las dependencias de la IRGC. El inspector Paniagua y el subinspector Olcina solían colaborar con el SAC con cierta frecuencia, muy a pesar del inspector, que pensaba que su trabajo se basaba poco en los hechos y mucho en argumentos y en la psicología de salón de té.

—Gracias, agente. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarles. —Replicó Martin, levantando una mano a modo de saludo—. Antes me gustaría aclarar que ya no pertenezco al FBI, así que pueden llamarme simplemente Martin.

—Gracias..., eerr..., señor Cordero. —Continuó el Jefe Beltrán a quien la aclaración de Martin no parecía haberle agradado. Quizás fuera, pensaba Martin, porque al no pertenecer al FBI su presencia allí perdía el valor oficial—. Hechas las oportunas presentaciones, permítanme que les explique los motivos por los que han sido convocados a esta reunión.

Mientras el Jefe Beltrán hablaba, Paniagua no dejaba de observar de soslayo al agente del FBI, quien vestía una simple americana deportiva y chinos de color marrón, un atuendo muy alejado del traje oscuro y corbata con el que aparecían vestidos casi siempre los agentes del FBI cinematográficos, y salvo algunas pinceladas de canas en las sienes de su pelo cortado a cepillo, tenía un aspecto atlético y en forma, que Paniagua envidió con toda su alma. Unas pronunciadas sombras bajo los ojos del norteamericano indicaban que no había dormido demasiado. Arturo Paniagua sabía los motivos de la aparición de bolsas similares en las caras del subinspector Olcina o en la suya propia pero ignoraba la razón de las de Martin.

*¿Qué le quita el sueño, señor agente del FBI?*, se preguntó mentalmente.

El Jefe Beltrán continuaba resumiendo los preliminares del homicidio y presentando a la víctima, mientras Martin ojeaba al azar algunas de las hojas del informe policial preliminar. Entonces, algo de lo que leyó le hizo fruncir el entrecejo.

—¿Tiene algo que añadir, señor Cordero? —Inquirió el Jefe Beltrán, quien no le había quitado el ojo de encima desde que había comenzado la reunión.

—No, es solo que... —Se interrumpió, tenía la boca reseca y tragó saliva para tratar de hacer desaparecer la sequedad.

Una corriente de emociones contradictorias se apoderaban de él y le impedían continuar, obligándole a ponderar cuidadosamente lo que iba a decir y hasta dónde quería realmente llegar. Si lo que había leído en el informe era correcto, tenía la sospecha de que ninguno de los presentes sabía exactamente a lo que se enfrentaban.

—¡Por el amor de Dios! —Exclamó el inspector—. Si tiene algo que decir, dígallo y déjese de titubeos. Alguno de nosotros no estamos encantados de perder nuestro tiempo. Algunos tenemos casos que resolver.

—Inspector, por favor. —Terció el Jefe Beltrán—. Agente... Perdón, señor Cord...

Martin le interrumpió en ese momento, levantando una mano y mirando desafiante en la dirección de Paniagua. No podía evitar reconocer que el hombre, aunque de manera ruda, había expuesto la verdad sobre su indecisión a intervenir en el caso pero aun así no iba a permitir que le trataran con tal falta de respeto.

—Disculpe, inspector jefe. —Dijo con voz deliberadamente calmada—. El inspector Paniagua tiene razón y les pido perdón, no era mi intención hacerles perder el tiempo.

El inspector bebió lo que le quedaba de su café y, con una mueca, empujó la taza de café lejos de sí, como si estuviese contaminada con plutonio radioactivo. Entonces, sin dejar de mirar directamente a Martin dijo:

—¡Pues hágalo, demonios! Y díganos de una puñetera vez qué es lo que estaba pensando.

Martin cerró el informe y preguntó a nadie en particular de la mesa:

—Caballeros, ¿qué saben exactamente sobre los asesinos en serie? —Y, entonces, como por ensalmo, todas sus dudas se dispararon y sus miedos desaparecieron.

—Que son asesinos que han cometido más de un homicidio. —Contestó el agente Claver con seriedad.

Martin asintió, las comisuras de sus labios se levantaron mientras caía en la cuenta de que enfrentarse de nuevo a un caso había resultado ciertamente terapéutico, como si su mente siempre hubiese estado esperando el momento en que la pusiera a trabajar y salir del pozo dónde se había sumido. Entonces sintió que se encontraba en el umbral de un cambio en su vida cuyas consecuencias no podía controlar, ni prever. Una oleada de angustia se apoderó de él cuando se percató de que todo su ser anhelaba entregarse de nuevo a la cacería y de que estaba a punto de enfrentarse cara a cara de nuevo con el abismo de sus miedos pasados.

—Tres es el número mágico. —Explicó—. En el FBI se califica a un asesino como seriado o múltiple cuando supera el número de tres víctimas. Pero, en realidad, no es tanto el número de muertes como la clase de muertes. —Vio la confusión en los rostros de los reunidos y se apresuró a argumentar—: Verán, ningún asesino es igual a otro, cada uno de ellos muestra un comportamiento diferente, así como diferentes

impulsos que los llevan a cometer sus asesinatos. Los factores que se tienen en cuenta son muy diversos: genética, psicología, el medio en el que crecieron... Un asesino que sufrió, por ejemplo, años de abusos físicos y psicológicos durante su infancia mostrará una inclinación hacia la violencia más pronunciada que aquel que mata por venganza o por dinero. Por tanto, para que cualquiera de ellos pueda ser considerado un asesino en serie, no solo es necesario que mate a tres o más personas, sino además que lo haga siguiendo un ritual muy específico.

—Entiendo, agente especial Cordero. —Dijo el Jefe Beltrán, que había vuelto a utilizar su antiguo título. Lo cierto era que en esta ocasión a Martin no le importó demasiado.

—Estoy completamente de acuerdo con Martin. —Intercedió Marc Claver—. Yo también he pensado en lo mismo y por eso le sugerí al Jefe Beltrán que solicitase su ayuda. Personalmente, me preocupa mucho toda la preparación y la escenografía de este homicidio, ambas cosas indican que el asesino ha pensado mucho en ello y que no se trata de un crimen de oportunidad. Tiene mala pinta, Jefe Beltrán.

—Exactamente. —Corroboró, Martin—. ¿Qué motivó al asesino sus acciones? ¿Fueron promovidas por una necesidad psicológica o hay algo más detrás? Un asesino, llamémosle común, en este caso no hubiese tenido la necesidad de atar a su víctima en medio de la habitación, ni de amputarle la mano. ¿Se han fijado que movió una silla de la sala al dormitorio para atar a la víctima? ¿Por qué hizo tal cosa? Si estaba armado con una pistola, ¿por qué no limitarse a dispararle sin más? Todas esas acciones indican la necesidad imperiosa de causar algo más que la mera muerte a la víctima, y dicha necesidad hay que alimentarla...

El inspector Paniagua soltó un sonoro bufido.

—Todo esto no son nada más que juegos de birlibirloque psicológico. Cuando atrapemos al asesino ya nos contará por qué le amputó la mano a la víctima o por qué movió la maldita silla.

El inspector jefe Beltrán lanzó una mirada de láser a Paniagua y le mandó callar con un gesto de la mano. Sentía que aquel era su momento, la oportunidad que había estado buscando los últimos años de ascender a comisario. Cuando Marc Claver le informó de la presencia del prestigioso agente del FBI en Madrid y de sus sospechas de que tras el asesinato del profesor Mesbahi había algo más que una simple muerte, su mente se puso a funcionar a cien por hora y supo que no podía dejar pasar la repercusión mediática que le proporcionaría aquella investigación. Por ello, no estaba dispuesto a permitir que el tozudo inspector le boicoteara su gran oportunidad.

—Entonces, en su opinión, agente especial Cordero, ¿cree que podemos enfrentarnos a un asesino en serie?

La respuesta a aquella pregunta era todo lo que Martin había estado temiendo desde el principio. La razón por la que había dudado al comienzo de la reunión y por la que, en esos momentos, estaba luchando internamente a brazo partido contra el trastorno de ansiedad que había padecido desde su cara a cara en los bosques de

Montana con el asesino en serie conocido como El Artista.

—Es difícil precisar nada con tan poca información, pero dadas las características del crimen, la preparación, la posición del cuerpo, la desaparición de la mano, el... — No pudo continuar pues su respuesta se vio interrumpida, de nuevo, por el inspector Paniagua.

—Todo esto no son más que sandeces, deberíamos estar ahí fuera haciendo nuestro trabajo en vez de estar perdiendo el tiempo con suposiciones más propias de las novelas policíacas que del mundo real. ¡Es imposible que nadie pueda adivinar si el asesino va a volver a matar!

—Inspector, por favor, deje que el agente especial Cordero concluya. Es muy importante determinar si nos encontramos ante un caso aislado o, por el contrario, tenemos entre manos algo mucho más peligroso. —Le recriminó su superior—. Agente, por favor, continúe. ¿Cuál sería su conclusión a corto plazo?

Martin les miró a la cara, uno por uno, dejando reposar la mirada en cada rostro un par de latidos antes de contestar:

—No tengo ninguna duda de que volverá a matar.

La sala de conferencias permanecía en silencio. Después de la última afirmación de Martin, nadie de los presentes se atrevía a abrir la boca. Los rostros de cada uno de ellos mostraba el estupor que sentían ante las implicaciones de lo que acababan de escuchar. Todos, menos el hombre de piel aceitunada que contemplaba el estupor general con cierto aire de suficiencia.

El inspector Paniagua se removía inquieto en su silla y no terminaba de encontrar una posición en la que acomodar su inmenso cuerpo. En esos momentos, en los que su plato se hallaba a rebosar con los homicidios de El Ángel Exterminador, no necesitaba que otro monstruo se presentase a cenar esa noche. No podía haber pasado en el peor de los momentos. Claro que siempre cabía la posibilidad de que aquel engreído tipejo del FBI se equivocase y todo fuese al final un simple caso de celos entre profesionales o quizás un marido despechado. El subinspector Olcina lo miraba de soslayo, con la cabeza hundida entre los hombros.

—Jefe Beltrán, me temo que la impresión que tenemos en el SAC corrobora la sugerencia del agente Cordero. —El primero en hablar había sido el agente Claver—. También pensamos que estamos ante el inicio de una serie de homicidios.

Martin asintió en silencio, mirando en dirección al inspector jefe, quien parecía estar encajando la información y preparando en su cabeza la mejor estrategia a seguir para que su culo no quedase expuesto por las consecuencias de la muerte del científico y sacarle algo de partido a la situación. Siempre había una forma de aprovecharse ventajosamente de casi cualquier situación, por complicada que pareciera.

—¡Esto es absurdo! —Gruñó Paniagua, gotas gruesas de sudor se deslizaban por su frente y las apartó de un manotazo—. Así que ahora estamos buscando a un psicópata.

El Jefe Beltrán le taladró con la mirada, enojado. La actitud beligerante del inspector le estaba poniendo de los nervios y empezaba a agotar su paciencia.

—De acuerdo, señores. Conservemos la calma. —Empezó a decir, recuperando la compostura—. No necesito hacer hincapié en la delicada posición en que nos coloca esto. La embajada de la República Islámica de Irán ha exigido que le informemos del progreso que hagamos sobre el caso y para ello está con nosotros el coronel Sadeq Golshiri. —Señaló con un ademán de su mano en dirección al hombre del traje gris

—. El señor Golshiri es el responsable de la dotación de seguridad que acompaña a la comitiva de científicos.

Martin alzó la mirada y la fijó en Sadeq Golshiri. Así que de eso se trataba, el hombre era un representante de la embajada. Lo más probable, además, era que se tratase de un agente de inteligencia con la orden expresa de vigilar de cerca a los científicos, por si alguno de ellos albergaba la inexcusable idea de no querer regresar al extremismo religioso en el que vivían los ciudadanos iraníes de nuestros días.

—¿Alguna idea más que quieran compartir? Antes de que pasemos a elaborar el plan de acción.

Marc Claver acercó su silla hacia la mesa y reflexionó en voz alta:

—Bueno, la víctima estaba atada desnuda a un sillón, lo cual sugiere un componente sexual. Quizás deberíamos centrarnos en eso como móvil del crimen. Podría explicar las torturas y la amputación de la mano, pero...

—Pero, el disparo en la cabeza tiene toda la pinta de ser un asesinato realizado a sangre fría. —Intercedió Martin—. Casi como una ejecución.

—Exacto, eso mismo es lo que estoy pensando. ¡No tiene sentido!

*Otra cosa más que escapa a toda lógica*, pensó Martin. Aquello se estaba poniendo interesante por momentos.

—¿Entonces ahora de qué se trata, de un psicópata bujarrón? —Preguntó con sorna el inspector Paniagua, aguantando impertérrito la mirada furibunda del Jefe Beltrán.

—Quizás el profesor solicitó los servicios de un *escort* masculino, al que se le fue la mano en sus juegos amorosos. —El agente Claver calló al instante, con el rostro completamente arrebolado, cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir y se apresuró a añadir—: Sin intención de hacer ningún chiste fácil, por supuesto.

—Y luego lo mató de un disparo y trató de ocultar la identidad del muerto cortándole las manos... —Continuó el Jefe Beltrán, por él.

—Esa teoría no tiene peso. —Les interpeló Paniagua—. Solo le amputó la mano izquierda...

—Quizás le interrumpieron de alguna manera y no pudo terminar. —Se defendió el agente Claver.

—Pero, sin embargo, sí que tuvo tiempo de expresar su creatividad con un dibujito en el espejo del baño, empaquetar todas sus cosas y largarse sin que nadie le viera. Piensen en ello, tendría que estar cubierto de sangre de la cabeza a los pies y, aun así, no dejó rastro alguno. Esto no tiene lógica alguna. Además, ¿quién le interrumpió? ¿Cómo le interrumpieron?

—No sé..., quizás sonase el teléfono y...

—¡Agente Claver, basta! Estamos aquí para investigar hechos, no para aventurar suposiciones majaderas. —Estalló Arturo Paniagua, dando un sonoro golpe en la mesa con la palma de la mano.

—Señores, por favor. —Intercedió el Jefe Beltrán con ambas manos levantadas en



un ademán apaciguador—. Pelearnos entre nosotros, no va a conducirnos a nada, así que terminen con eso.

En ese momento, Martin apoyó los codos sobre la mesa, pensativo. Dejó reposar los labios sobre las manos entrelazadas, y aventuró:

—Me pregunto qué hizo el asesino con la mano y qué significa ese dibujo estarcido en el espejo al que ha hecho mención el inspector. Ambas cosas son clave para discernir la personalidad del asesino. Ninguna de ellas está hecha al azar y cada una guarda un significado especial.

—¿Qué tipo de significado? —Quiso saber el Jefe Beltrán.

Martin se levantó de su silla y se puso a caminar alrededor de la habitación. Apenas si podía quedarse quieto una vez que su mente se ponía a trabajar.

—Bueno, es difícil precisarlo. Algunos asesinos se llevan partes del cuerpo de sus víctimas como recuerdo. Otros tienen motivos más prácticos, como los canibalísticos o los sexuales.

A su alrededor, todos los presentes soltaron al unísono un mismo gemido de disgusto. Todos excepto Sadeq Golshiri, quien le observaba detenidamente.

—Luego, está el grafiti...

—La mano pintada con sangre. —Le interrumpió Marc Claver.

—Exacto. Parece un dibujo muy simple, como uno de esos juegos que hacen los niños en el parvulario. Ya saben... se embadurnan la mano con pintura y la aprietan contra un lienzo blanco.

Los presentes asintieron en silencio, reconociendo que sabían a qué se refería el ex agente del FBI.

—¿Está incompleto? ¿El asesino quiso dibujar o escribir algo más pero no pudo concluir? —Se golpeó meditabundo los labios con la yema de su índice—. ¿Si es un mensaje, qué significa? ¿A quién está dirigido? ¿A la víctima, a la policía?

Se detuvo, mientras permitía que sus palabras se asentasen en la habitación. Todos estaban vueltos hacia él esperando que dijese algo más, pero se mantuvo en silencio. Finalmente, regresó a su sillón y comenzó a ordenar el contenido del informe preliminar.

—Resolvamos esas preguntas y tendremos a nuestro asesino.

Nadie dijo nada. Todos aguardaban a que se rompiese el hechizo que parecía haberse apoderado de la sala tras las preguntas de Martin Cordero. Entonces, Sadeq Golshiri se inclinó debajo de la mesa y rebuscó junto a la silla giratoria para alcanzar el maletín metálico que había traído con él. Sin mediar palabra, lo puso sobre la mesa y lo abrió. En su interior había tan solo un recipiente de plástico del tipo que uno podría encontrar en la despensa de cualquier cocina, similar a un envase de Tupperware. En ese instante, Martin pensó que era un momento muy inapropiado para decidir tomar el almuerzo. Pero se calló. Su sorpresa fue mayúscula cuando Golshiri dejó el recipiente sobre la pulida superficie de la mesa y lo destapó. Desde donde se encontraba, Martin pudo distinguir perfectamente los contornos de una

mano cercenada.

*¡Qué demonios!*, pensó.

La mano correspondía a un varón, de raza árabe, y estaba amputada a la altura de la muñeca. Reposaba sobre lo que parecía una cama de algodón virgen, sin tratar, que se encontraba manchado con algunas motas de intenso color rojo.

Se trataba de una mano izquierda.

—Caballeros, este paquete fue recibido por la víctima, el profesor Mesbahi, en su suite del Hotel Regente hace exactamente setenta y cuatro horas. Alguien se coló en las dependencias, inadvertidamente, y lo dejó sobre la mesa del salón.

Un murmullo quedo se adueñó de los presentes, la agitación se podía palpar como una corriente de alta tensión. Sadeq Golshiri aguardaba a que el tumulto se acallase para proseguir, pero parecía claro que las aguas no iban a calmarse en un futuro cercano.

—¿Más de setenta y cuatro horas? ¿Han tenido la mano amputada de una persona en su posesión más de tres días? ¿Qué hicieron con ella? —Exclamó el inspector Paniagua, quien se levantó de su asiento de un brinco, completamente airado.

—¡Inspector Paniagua! —Intercedió el Jefe Beltrán—. Le ruego que se calme. No me cabe duda de que tiene razón y la omisión del señor Golshiri de informar a la policía es una decisión lamentable e incluso tipificada bajo el delito de obstrucción de una investigación policial, pero ahora debemos centrarnos en el presente.

—Si me permite, inspector jefe Beltrán, pero el coronel Sadeq Golshiri y todos los miembros de su equipo se encuentran protegidos bajo el amparo del pasaporte diplomático. —Quien había hablado era el representante de la oficina del juez instructor. A Martin no se le escapó que había utilizado el rango militar para dirigirse al iraní. Sus suposiciones de que el hombre trabajaba para el Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional o quizás la Guardia Revolucionaria no habían sido infundadas—. El coronel ha accedido a compartir esta prueba con nosotros con las mejores de las intenciones para ayudar a la IRGC a resolver este deplorable asesinato satisfactoriamente.

El inspector Paniagua le lanzó una mirada furibunda.

—¡Dígale eso al fiambre! —Estalló—. Quizás si hubiésemos sabido de antemano que un chalado le envió una mano amputada al profesor, ahora no estaríamos debatiendo sobre su asesinato.

—Inspector, le aseguro que nosotros nos tomamos muy en serio la seguridad del profesor Saeed Mesbahi. —Replicó calmadamente, el coronel Golshiri—. Después de conocer la existencia del paquete, ordenamos una protección intensiva del profesor y dos escoltas le acompañaron en todo momento.

—Y aun así, acabó muerto. —Concluyó Martin.

Sadeq Golshiri le miró con intensidad.

—Efectivamente.

—¿Sabemos a quién pertenece la mano amputada, coronel? Imagino que habrán

comprobado las huellas dactilares. —Preguntó Martin, temiendo que tuviesen una segunda víctima entre las manos.

El responsable de la seguridad de la delegación iraní movió la cabeza afirmativamente.

—Contrastamos las huellas en cuanto el paquete estuvo en nuestro poder y... — Se detuvo un instante, titubeante, como si no supiera cómo continuar—. Pertencen al propio profesor Saeed Mesbahi. Las hemos comparado con las que aparecen en su ficha de ciudadanía.

Las miradas atónitas de todos los presentes se centraron en el rostro impertérrito de Sadeq Golshiri y un remolino de susurros recorrió la sala de conferencias como un tsunami.

—¡Madre de Dios! —Dijo Olcina, entonces. No había abierto la boca hasta el momento y parecía hablar más para sí que para los demás.

—Pero... no lo entiendo... —Balbució el Jefe Beltrán.

Martin Cordero guardó silencio, parecía tan impresionado como el resto.

—¡Esto es una total y absoluta majadería! —Rugió el inspector Paniagua que cada vez sentía cómo el enojo se apoderaba de cada célula de su ser—. Resulta evidente que han cometido un error en la identificación de las huellas. En primer lugar, deberían habernos avisado en cuanto el profesor recibió el paquete. La pifiaron terriblemente con la identificación y ahora nos tienen a todos patas arriba. —Se volvió hacia el coronel, encarándosele—. No sé qué clase de policía de pacotilla tienen allá en su país, pero la nuestra no comete errores con algo tan simple como una comprobación de huellas.

De nuevo, Sadeq Golshiri ni se inmutó y a Martin aquello le dio inmediatamente mala espina. Por la tranquilidad que mostraba el rostro del iraní supo con toda certeza de que decía la verdad y que las huellas dactilares correspondían sin lugar a dudas a las de la víctima, el profesor Saeed Mesbahi. Pero ¿cómo era posible? Evidentemente, tendría que haberse producido un error en alguna parte.

—Pero eso es imposible, debe ser una equivocación. Alguien ha tenido que cometer un descuido. —Estimó Marc Claver, manifestando en voz alta las dudas de Martin.

—Lo hemos comprobado, no una sino varias veces, y las conclusiones son siempre las mismas. Las huellas dactilares coinciden con las del profesor. —Insistió el coronel.

—Pero ¿cómo es posible?

El iraní se mantuvo en silencio. Cualquier signo de emoción se había evaporado de su rostro de piel oscura y sus ojos permanecían tan inexpresivos como los de una estatua.

—Tendremos que hacer una prueba de ADN para estar seguros. —Dijo el Jefe Beltrán—. ¿Coronel?

Sadeq Golshiri permaneció impassible, con esa tranquilidad propia del jugador de

ajedrez que sabe qué jugada va a hacer su oponente a continuación y ya posee en su interior la respuesta más adecuada para neutralizarla.

—No entiendo nada de lo que está pasando. —Dijo el inspector moviendo la cabeza—. Y, desde luego, no me gusta un pelo. ¿Por qué diantres no nos llamaron antes? Y usted... —Bramó volviéndose en dirección al representante del juez instructor—. ¿Por qué le defiende con toda esa mierda de la inmunidad diplomática? ¡Por su culpa ha muerto un hombre!

—Inspector, la ley es como es, yo no la interpreto a mi conveniencia. —Replicó el interpelado—. El coronel es miembro del cuerpo diplomático iraní y, por consiguiente, es un representante de su soberanía y susceptible de disfrutar de inmunidad diplomática. Además, el propio embajador me ha asegurado personalmente que el retraso en informar a la Jefatura Superior de Policía se debió únicamente a que querían estar seguros de que realmente existía una amenaza para la vida del profesor y de que no se trataba de una macabra broma, antes de involucrar a las autoridades españolas.

—Supongo que ahora no tendrán ninguna duda de qué tipo de amenaza se trató. —Retortó, irónico, el inspector.

—Inspector solo puedo decir que la desgraciada muerte del profesor Mesbahi ha sido un hecho inesperado. —Dijo Sadeq Golshiri, en su defensa.

—¡Inesperado! —Aulló el inspector, su rostro estaba inflamado por la ira y su piel se había tornado de color carmesí refulgente—. ¿Y qué esperaban sus lumbreras que iba a pasarle a alguien a quien le acaban de dejar una extremidad humana en el salón de su suite?

Paniagua se había erguido airadamente de su sillón y plantado ambas manos sobre la superficie de la mesa. Su voluminoso cuerpo se cernía amenazadoramente sobre el coronel iraní. El hombre no se movió ni un milímetro de su sitio, el rostro impasible. Martin sospechó que Saded Golshiri dominaba aquel tipo de juego como nadie y no se iba a amedrentar por nada. El inspector resoplaba de ira y furor pero era completamente inofensivo. Entonces, el Jefe Beltrán intercedió, cerrando la carpeta de color marrón que tenía ante él y que contenía el informe preliminar del caso.

—Bien, sea como sea, aunque no apruebe la decisión de su embajada de ocultarnos las pruebas, coronel, le agradezco que nos haya entregado finalmente la mano amputada. —Una vez más, Rafael Beltrán se encontraba barriendo para casa. No importaba en qué situación se encontrase o con quién se hallase reunido, el político que se ocultaba en su interior siempre emergía—. Inspector Paniagua encárguese de que alguien le lleve la mano al laboratorio de la Policía Científica y se pongan inmediatamente manos a la obra para analizar las muestras del ADN.

El subinspector Olcina arrancó el maletín metálico de las manos del coronel Golshiri y lo cerró ocultando el truculento contenido de la vista de todos. En sus ojos se reflejaba la misma ira que sentía su jefe pero sus movimientos eran más calmados y comedidos. A Martin le cayó bien, inmediatamente.

—Si no hay nada más, nos volveremos a reunir en cuanto tengamos los resultados del ADN y haya concluido el informe forense para debatirlos. —Y volviéndose hacia Martin, preguntó—: ¿Agente Cordero, cree que para entonces podrá elaborar un perfil inicial del asesino?

Martin asintió en silencio.

—Perfecto, entonces. Coordínese con el inspector Paniagua y con nuestra oficina de Análisis del Comportamiento para recibir toda la información que precise. Marc le dejo a usted a cargo de que así se haga. —Entonces, empujando el sillón hacia atrás, se incorporó y dio por concluida la reunión.

—Eso es todo, señores. Saquen a ese asesino de mis calles y pónganlo en el lugar que le corresponde y, por favor, que sea lo más pronto posible.

Cuando el inspector jefe hubo abandonado la sala de conferencias, Arturo Paniagua se acercó a Martin y se sentó su lado, entonces cruzó la pierna izquierda sobre la derecha, dobló los brazos sobre el pecho, y preguntó a bocajarro:

—¿Y bien, cuál es su iluminada opinión?

—¿Qué quiere decir? —Dijo Martin sin dejarse impresionar, había lidiado en muchas ocasiones con policías como el inspector, chapados a la antigua y fervientes creyentes de que la vieja labor policial de patear las calles e interrogar sospechosos era la única manera fiable de atrapar a un delincuente. El rostro del inspector mostraba esa terca expresión de descreimiento que había presenciado tantas veces con anterioridad.

—¿Cuál es su opinión sobre el caso? —Insistió el policía, ceñudo. Silabeando con cuidado cada palabra como si pensase que Martin no hablase correctamente su idioma.

Martin le sonrió, pero el hombre ignoró el gesto y continuó mirándole con expectación, muy pendiente de lo que iba a decir.

—Inspector, resulta obvio que usted es hostil a mi presencia y que me considera una especie de intruso en el caso, pero le recuerdo que fueron ustedes quienes me llamaron y no viceversa. Dejado esto en claro, le diré lo que vamos a hacer. Primero voy a llevarme el informe policial a mi domicilio y lo estudiaré detenidamente. Segundo, cuando tenga algunas respuestas para usted, le llamaré y podremos discutirlos. ¿Le parece?

Al principio, el inspector no dijo nada y, extendiendo un par de dedos, como si quemase, empujó la carpeta con el informe preliminar en dirección al ex agente del FBI.

—Sorpréndame. —Pidió, secamente.

Un cuarto de hora más tarde, un agente uniformado y con cara de pocos amigos, escoltaba a Martin hacia el vestíbulo. En la calle, le esperaban diez grados más de temperatura y un coche patrulla que le aguardaba en la entrada del complejo policial para llevarle de regreso a su domicilio. Inmediatamente, las axilas de su camisa se humedecieron y su frente se perló de gotitas de sudor. La resplandeciente luz del sol

le cegó dolorosamente y, amargamente, se lamentó de haberse dejado las gafas de sol en su apartamento. En el interior del patrullero, Martin dejó descansar un rato los ojos y se los masajeó suavemente para recuperar la visión. Junto a él, reposando inocentemente en el asiento del Citroen C4 Picasso pintado con los colores azul y blanco de la Policía Nacional, se encontraba la carpeta que contenía toda la información sobre los últimos minutos de vida del profesor Saeed Mesbahi y el espeluznante trabajo de un nuevo monstruo.

A pesar del calor del exterior, Martin se estremeció involuntariamente, dedos gélidos recorrieron su espina dorsal. Una vez más, la cacería había dado comienzo. Y él se encontraba en medio de la jauría.

El bar Los Quiteños se hallaba en el barrio de Tetuán, un distrito de la ciudad que había sido tomado en la última década por inmigrantes latinos y comerciantes chinos. Hendido en dos por la calle Bravo Murillo, el barrio de Tetuán era un enorme espacio repleto de locales comerciales y de importación de productos asiáticos, bares latinos de mala nota, casas de apuestas electrónicas y burdeles legales ocultos tras las fachadas de discotecas de moda, que actuaba como imán para las reyertas entre bandas marroquíes y latinas. A causa de todo esto, el barrio había pasado a estar en la lista de distritos más conflictivos de la Policía, junto con Centro, Usera y Villaverde, y había sido necesario crear planes específicos de seguridad para la zona. A pesar de todo, el barrio, que en sus orígenes se llamaba Tetuán de las Victorias y debía su nombre a una batalla librada en la conocida ciudad marroquí durante la Guerra de África en el siglo XIX, representaba la hegemonía multicultural de Madrid como ningún otro. Sus ciudadanos más apacibles se entremezclaban en los parques y mercados y convivían en paz alejados de sus vecinos más indeseables.

El bar Los Quiteños en donde su Oswaldo y Walter Delgado se habían hecho la foto juntos era una extraña mezcla entre restaurante y bar de copas que tenía fama de ser un lugar de encuentro de algunos pandilleros de origen ecuatoriano.

Alba Torres miraba ansiosa a su alrededor. Había elegido una mesa al fondo desde la que podía observar a los clientes que entraban y salían del local. Suponía que aquel lugar era un sitio habitual de ocio para Walter y que, tarde o temprano, aparecería por allí. Mientras tanto, su plan consistía en aguardar todo el tiempo que fuera necesario hasta que el criollo se dejase ver. Y entonces, llamaría al inspector Paniagua para informarle. Quizás no fuera un plan muy fiable pero era lo único que se le había ocurrido.

En esos momentos, se le acercó una camarera y le preguntó si quería pedir algo para comer. Alba ojeó la carta y se decidió por un ceviche de camarones y una cerveza Pilsener bien fría. La Pilsener era una cerveza que se elaboraba en Guayaquil y era la más popular de su país. Dejó vagar la vista por el local y reconoció la pared con el rótulo de neón que aparecía en la fotografía, junto a ella se encontraba una especie de reservado en el que se sentaba una pareja. La mujer era muy guapa y tenía una preciosa piel de color avellana, cuando se fijó en que Alba la estaba observando, clavó sobre ella unos profundos ojos que la miraron sin pestañear. La muchacha se apresuró a apartar la vista avergonzada.

La camarera regresó con su bebida y Alba decidió extraer la fotografía de su bolso para mostrársela. No estaba muy segura de si era lo más recomendable pues nada podía impedir que la camarera pusiese sobre aviso a Walter, si este aparecía por el local, pero pensó en arriesgarse y ver a dónde le conducía la respuesta de la camarera.

—¿Puedes decirme si has visto a este chico por aquí?

La camarera la miró extrañada, como si hubiese sacado un conejo de su bolso en vez de una simple fotografía y meneó la cabeza negando.

—No, no me suena. Pero yo solo trabajo en el turno de comidas y esa foto parece estar sacada por la noche.

Alba pareció desalentarse por la noticia y la camarera se apresuró a explicar:

—Por la noche no servimos comida, el bar está frecuentado por una clientela más de copas, que otra cosa. Además, tenemos un chico que pone música latina y caribeña para animar. —Dijo ella sonriendo—. ¿Es amigo tuyo?

—No, es mi hermano. —Contestó Alba.

—Bueno, si quieres encontrarlo, te será más fácil por la noche. Ahora te traigo el ceviche, cielo.

Y se marchó.

Alba dejó caer los hombros descorazonada y pensó en lo que podía hacer a continuación. Quedarse y esperar todo ese tiempo no podía ser muy aconsejable porque parecía seguro que su presencia durante todo ese tiempo llamaría mucho la atención en el bar. En cualquier caso, siempre cabría la opción de regresar más tarde y, si tenía un poco de suerte, encontrar a Walter Delgado por la noche. Mientras aguardaba la comida su atención regresó a la pareja que se sentaba bajo el letrero. La mujer reposaba la barbilla sobre la mano y cruzaba las piernas mientras miraba a su compañero con un aire que sugería cierta fragilidad y, sin embargo, parecía ejercer un sutil dominio sobre el hombre que la acompañaba, quien posaba sus brazos sobre la mesa, con las manos entrelazadas alrededor de una botella de Pilsener, y lanzaba miradas de soslayo al resto de clientes del bar. De vez en cuando, ella levantaba la cabeza hacia él y le posaba delicadamente una mano como si tratase de animarle o de apaciguarle.

Entonces, Alba recordó un sencillo juego que practicaba cuando era pequeña y que consistía en mirar a una persona y tratar de adivinar cómo era, a qué se dedicaba, qué estaba haciendo en ese lugar y cosas así. Como no tenía nada mejor que hacer para matar el tiempo, tomó como modelos a aquella pareja y se imaginó que la mujer era la esposa de un rico cultivador de tabaco caribeño. Le había cautivado por su belleza y el viejo millonario la había cortejado día y noche hasta conseguir que se casara con él. Desde luego, ella no estaba enamorada. Estudiando al hombre decidió que no daba el perfil de marido, así que se trataba de su amante. Ambos estaban en aquel bar planeando su futura huida y cómo iban a quedarse con el dinero del marido, en cuanto el amante acabase con su vida. Ella heredaría todo el dinero. El hombre era



lo suficientemente fornido y le rodeaba un aire de violencia que sugería que sería capaz de matar al marido con sus propias manos...

Alba se estremeció. La imagen de aquel hombre golpeando salvajemente el rostro convertido en una pulpa sanguinolenta de otra persona no era algo bonito de contemplar. Entonces, la camarera apareció de improviso, sobresaltándola. Sin querer golpeó con una de sus manos la botella de cerveza y la derramó sobre la mesa.

—Vaya que torpe soy. Cuánto lo siento. —Se apresuró a disculparse.

—Cielo, no tienes por qué disculparte. —Dijo la camarera mientras dejaba a un lado el plato de camarones y secaba la cerveza derramada con la servilleta de Alba—. Ahora mismo te traigo otra y una servilleta limpia.

—¡Aguarde! Mejor cambie la cerveza por un refresco que ya estoy lo bastante nerviosa.

—Como quieras. Vuelvo en un santiamén.

Cuando Alba levantó la mirada del estropicio que acababa de hacer, se fijó en que el hombre se había erguido y había bajado los brazos de la mesa. Sin duda, el incidente le había llamado la atención y ahora la miraba fijamente con ojos fríos como el hielo. La mujer mulata también la miraba y sonreía, pero no era una sonrisa cálida como cabría esperar de un rostro tan hermoso como el suyo, sino tensa. Alba bajó inmediatamente la vista y la centró en el plato de ceviche de camarones, el cual de repente dejó de parecerle tan apetitoso como aparecía en la foto del menú. El rojo de la salsa le recordaba demasiado a la escena que se acababa de imaginar. No sabía de dónde había sacado la idea de que el hombre tenía pinta de asesino pero sin duda la visión le había afectado considerablemente. No podía contener el tembleque de sus manos y las hundió entre las piernas.

—Aquí tienes tu refresco y la servilleta, corazón. —La camarera se fijó, entonces, en su turbación y preguntó—: ¿Va todo bien, cielo?

—Sí, sí. Soy una tonta y hoy me he levantado un poco agitada. Gracias. —Repuso, mientras trataba de recomponerse antes de seguir haciendo el ridículo.

—No te preocupes, eso nos pasa a todas. Que te aprovechen los camarones, son nuestra especialidad, y espero que encuentres a tu hermano. —Y se marchó de nuevo, guiñándole un ojo a modo de despedida.

Alba aguardó unos segundos antes de atreverse a levantar la mirada y espiar a hurtadillas el otro lado del restaurante. La pareja se había marchado. Y, sin saber muy por qué, la muchacha dejó escapar un suspiro de alivio.

Walter Delgado estaba asustado, no podía negarlo, pero también se encontraba como un perro enjaulado y necesitaba salir de su apartamento con urgencia. Mientras tragaba por enésima vez para pasar la bola ardiente en que se había convertido su miedo, Walter no paraba de moverse ante la puerta del vagón de metro que le llevaba hasta Los Quiteños, el bar donde solía reunirse con otros miembros de la banda y que servían la cerveza típica de su país, que tanto echaba de menos.

Vestido de negro y amarillo de los pies a la cabeza, Walter lucía el enorme tatuaje de una estrella de cinco puntas en cuyo centro se destacaba la figura del león coronado. Todo ello distintivos significativos de la banda latina Latin Kings. Walter pertenecía al «Ciclo Primitivo», aquel designado para los miembros más jóvenes y a quienes se les consideraba como soldados callejeros que cumplían con las labores delictivas y defendían el honor del «Manifiesto» contra todo tipo de ataques e insultos. El manifiesto de los Latin Kings establecía tres diferentes estados o ciclos a los que un miembro de la banda pertenecía durante su vida, el ciclo primitivo era el más bajo de todos ellos. En Los Quiteños uno podía encontrar también esporádicamente al consejo de siete miembros líderes que impartía los castigos disciplinarios y enseñaba el manifiesto a los recién llegados y que era conocido como el «Consejo de Coronas». Aunque la disciplina de los Latin Kings asentados en España era un poco más relajada que sus homónimos originales de Nueva York y Chicago, ciudad en la que se creó la banda en los años 40, el Manifiesto era sagrado e inviolable, como una religión, y todos los pandilleros estaban obligados bajo pena de muerte a cumplirlo a rajatabla.

A pesar de ello, Walter Delgado se dirigía al bar Los Quiteños con la esperanza de que los Coronas le escuchasen y ayudasen a lidiar con el comemierda que había matado a Oswaldo. Walter extrañaba muchísimo a su amigo; desde que se conocieron había hecho de cicerón para que le permitiesen formar parte de la banda y Oswaldo casi lo había conseguido. Los Coronas estaban satisfechos con él y a Walter le constaba que estaban dispuestos a aceptar su ingreso. Pero el cabrón que los atacó lo había estropeado todo. Había matado a Oswaldo y ahora le tocaba el turno a él. Por eso Walter estaba asustado. Estaba seguro de que solo era cuestión de tiempo que le encontrase. ¿Acaso no lo hizo la primera vez?

Un movimiento en el rabillo de su ojo le puso en alerta. Se giró bruscamente en esa dirección pero no pudo distinguir a nadie en particular. El vagón estaba repleto de

los habituales zombis que regresaban a sus hogares después de deslomarse en sus trabajos mileuristas<sup>[11]</sup>. Cerró los ojos y respiró profundamente para calmarse. Y no dejó de hacerlo hasta que recuperó el control de sí mismo.

Cuando llegó a Los Quiteños, los Coronas del Consejo todavía no habían llegado. Así que se dirigió a la barra y pidió una cerveza para calmar los nervios. Fue entonces cuando vio a la chica y, por segunda vez, dio un respingo.

—¡Eh, hola! —Saludó Alba en cuanto le vio—. ¿Sabes quién soy? Te he estado buscando desde el lunes.

Walter le dirigió una sonrisa que de puro nerviosismo, resultó bobalicona, y trató de esconderla dándole un trago a la botella de Pilsener.

—¡Hola, Alba! Claro que sé quién eres. Oswaldo me ha hablado mucho de ti y me enseñó numerosas fotografías. Por eso te he reconocido.

Alba luchó por mantener a raya las lágrimas que acudieron a sus ojos, no tanto por el recuerdo de su hermano en boca de Walter, como por el alivio de haber encontrado al criollo.

—¿Para qué me estabas buscando? —Preguntó Walter con todo el aire de inocencia que fue capaz de fingir.

—Es sobre Oswaldo. —Empezó a decir ella—. Sé que estabas con él la noche en la que le mataron.

Walter se sobresaltó.

—¿Quién te ha dicho eso? —Preguntó alarmado.

—No hace falta que finjas conmigo, Walter. —Replicó Alba—. El propio Oswaldo me mandó un mensaje de IRGC al móvil y me dijo que había quedado contigo después del partido.

—¿Qué quieres de mí? —Murmuró Walter, evidentemente incómodo.

Alba pareció inspirar todo el aire que había en el bar para darse ánimos y contestó:

—Quiero que hables con la policía, que les cuentes lo que viste. —Las palabras le salían atropelladas, como una estampida de gente que huye de un cine que se incendia—. Quizás viste algo que pueda ayudarles a dar con el asesino de Oswaldo, quizás puedas describirle...

—¡Basta, cierra la puta boca! ¡No digas una sola palabra más! —Bramó Walter. Varias cabezas se giraron en su dirección—. Yo no vi nada, no sé nada y, desde luego, no voy a hablar con ningún puto policía. ¡Que te jodan!

Estaba fuera de sí, y por un instante hubiera deseado agarrar a la muchacha por el cuello y zarandearla con fuerza hasta que cerrase el pico. La simple osadía de sugerir que pudiese convertirse en un chivato le había enfurecido; por no hablar, del miedo que sentía a que alguno de los otros pandilleros hubiera podido poner la antena y enterarse de la muerte de Oswaldo antes de que se lo hubiera comunicado al consejo. Porque verás, las jerarquías eran algo muy importante en la organización de los Latin King y alguien del estatus de Walter ni siquiera se atrevería a respirar sin antes

decírselo al Consejo de Coronas. Si lo hacías, aquello se convertía en un problema que usualmente se solucionaba con algo de derramamiento de sangre y Walter no quería esa clase de problemas, ni por asomo.

Alba se quedó inmóvil, sin saber cómo reaccionar. Desde el primer momento, siempre había sabido que existía la posibilidad de que Walter no accediera a hablar con ella, y se había dicho que, de pasar, llamaría al inspector Paniagua y dejaría que las cosas siguiesen su curso natural. Pero el ataque de ira de Walter la había dejado congelada.

—Walter, tómate un trago y deja de gritar como un puto degollado. —Dijo alguien a sus espaldas. Era la voz de un hombre al que Alba no había visto nunca, pero que también vestía con las ropas habituales de los Latin Kings. Un enorme ecuatoriano, con la cabeza rapada cubierta por una badana de color amarillo, y un torso del tamaño de una tinaja de vino. En uno de sus enormes bíceps lucía el tatuaje de una figura esquelética portando una guadaña que se sentaba en un trono hecho de calaveras.

—Sí, claro, Corona San La Muerte. —Dijo Walter sumiso, mientras parecía encogerse, hasta plegarse sobre sí mismo.

El Corona que se había dirigido a ellos era el líder más importante de la facción de los Latin King en Madrid, solo por debajo del propio Rey Zeus y del resto de reyes y reinas. Todo el mundo en la banda sabía de su crueldad y que había tomado su nombre de guerra de uno de los dioses más venerados en Latinoamérica, representante de la muerte y todas las cosas muertas. En su cuello lucía una talla de la propia San La Muerte, cuyos ojos rojos restallaban como rubíes. En voz baja se comentaba que el colgante estaba hecho con los huesos humanos de algunas de sus víctimas. Volviéndose hacia Alba, el Corona San La Muerte preguntó:

—Y tú, dime quién coño eres putita y qué haces aquí.

Alba sintió ganas de orinar y por un segundo pensó que se lo iba a hacer encima. Una cosa era hablar con alguien como Walter Delgado e incluso tratar de convencerle para que hablase con la policía y otra, muy distinta, era dirigirse a uno de los miembros del Consejo de los Latin King. Uno de los Coronas que controlaban la banda en Madrid. Aquel hombre de cabeza rapada y brazos robustos con venas como sogas podía ordenar que la mataran en ese mismo momento, incluso hacerlo él mismo sin apenas mover una ceja. Alba pensó que el aire a su alrededor se solidificaba en presencia del Corona y le costaba respirar.

—Me llamo Alba Torres. —Contestó con voz entrecortada—. Soy la hermana de Oswaldo.

—¿Oswaldo? ¿Quién cojones es Oswaldo?

—Es el chico que mataron el domingo, Corona San La Muerte. —Explicó Walter en voz baja, recuperando parte de sus redaños pero manteniendo la mirada en la punta de sus zapatillas Nike—. Es el mismo del que he estado hablando al Consejo de Coronas para que ingresase en la banda.

El Corona miró atentamente a Walter, con la vista clavada en él como si estuviese decidiendo en ese mismo momento si acabar con su vida o permitirle continuarla un miserable día más.

—Lo recuerdo. ¿Qué pasa con Oswaldo? —Preguntó, por fin, con voz glacial.

—Fue asesinado el domingo por la noche. —Respondió Alba que seguía teniendo ganas de ir al lavabo como nunca antes las había tenido en su vida—. Walter estaba con él.

El Corona se inclinó hacia Walter, seguía mirándole fijamente.

—¿Es eso cierto?

Walter bajó la cabeza y murmuró:

—Sí, Corona San La Muerte. De eso quería hablarle al Consejo esta noche. —Apretaba las manos con fuerza sobre el regazo, le estaban temblando—. Alba quería que hablase con los maderos y le estaba diciendo...

—¡Silencio! Ya he oído bastante. —Le interrumpió el Corona y dirigiéndose hacia Alba añadió—: Sal de aquí y no vuelvas. No quiero ver tu careto nunca más. Pero antes de irte quiero que sepas que Oswaldo era apreciado como uno de los nuestros y que su muerte será vengada como es debido.

Los fríos ojos azules del Corona San La Muerte clavaron la mirada en los de Alba.

—¿Me has entendido cuando he dicho que no quiero volver a verte? —Con los dedos índice y pulgar acariciaba repetidamente el colgante de hueso.

Alba asintió, sin pronunciar palabra, las cuerdas vocales congeladas en su garganta. Y sin pensárselo dos veces se dirigió hacia la puerta.

En la calle, notó como la humedad se extendía por su ropa interior, todo su cuerpo se sacudía incontrolablemente y le fue imposible controlar su vejiga. A pesar del calor mojado que se deslizaba por sus muslos no sentía vergüenza sino alivio. El alivio de alguien que se ha encontrado cara a cara con la Muerte y esta ha mirado hacia otro lado indiferente. Se detuvo y sintió el impulso irresistible de volverse y observar si el Corona San La Muerte había enviado a alguien para seguirla. Pero estaba sola en la acera y, entonces, rompió a llorar con violentos escalofríos.

Al cabo de un rato, cuando se hubo tranquilizado, sacó su teléfono móvil del bolso y marcó el número de teléfono del inspector Paniagua.

En su apartamento de Malasaña, Martin no podía evitar sentirse frustrado y nervioso. Nervioso porque tenía la sensación de que los últimos acontecimientos iban a arrastrarle de nuevo al mismo mundo de pesadilla del que había tratado de huir y frustrado porque no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar al respecto, ni de las secuelas que iba a ocasionarle. Es cierto que había sentido algo durante la reunión en el complejo policial pero no había forma de estar seguro de si esas sensaciones eran positivas o, por el contrario, agravarían aún más el trauma que atenazaba todo su ser.

Sobre la mesilla del salón se encontraba el archivo policial que el inspector Paniagua le había entregado y que contenía todos los pormenores del asesinato del profesor Mesbahi.

*El inspector Paniagua.* Martin reflexionó unos instantes sobre sus primeras impresiones acerca del estólido policía y sobre cómo iban a conectar durante la investigación. «El inspector no es mal tipo», le había dicho el subinspector Olcina, al final de la reunión. Tan solo resultaba que era más «chapado a la antigua que un tricornio». También palabras del propio Olcina. Martin no había respondido entonces, aunque le hubiese querido preguntar al subinspector qué demonios era un tricornio. En esos momentos, no alcanzaba a imaginar qué podía tener tres cuernos y ser, al mismo tiempo, una antigualla. Pero había percibido la incomodidad del subinspector y respetaba que este se hubiera acercado a disculpar la hosca actitud de su jefe.

Dejando escapar un suspiro agotado, Martin se dirigió al dormitorio y se despojó de sus ropas para deslizar su cuerpo en unos pantalones de chándal y una camiseta con el logotipo del grupo de rock Coldplay. Regresó al salón y esparció los contenidos de la carpeta sobre el suelo enmoquetado. Informes policiales, transcripciones de las declaraciones de testigos, fotografías forenses, que por sí solas llenarían de terribles pesadillas los sueños de un mes de quienes las contemplasen.

Las horas siguientes las pasó ordenando todo el material por orden cronológico y alfabético y tan solo se detuvo unos instantes para acercarse a la nevera y abrir una botella de cerveza belga. Cuando terminó era casi el final de la tarde y los últimos rayos de sol empezaban a ocultarse tras las azoteas de los edificios de Madrid. Sentía el cuello dolorido y sus rodillas gemían por el castigo al que las había sometido tras pasar tantas horas arrodillado. Apenas quedaba un espacio despejado de alfombra y todo el suelo se encontraba cubierto de papeles y de horror. La botella de Grimbergen descansaba olvidada sobre la superficie acristalada de la mesilla del salón. Un círculo

de condensación rodeaba su base.

Era hora de ponerse manos a la obra.

Pero antes decidió que necesitaba despejar su mente del laborioso esfuerzo de clasificar los materiales policiales y agarrando sus llaves se dirigió a la terraza de la azotea para tomar un poco de aire fresco y fumar el último cigarrillo del día.

El lugar estaba concurrido por un grupo de estudiantes universitarios que vivían unos pisos más abajo de su propio apartamento. Ocupaban casi todas las hamacas y se sentaban tan juntos que parecían una única masa biológica. Entre risas compartían varios cigarrillos de liar, que Martin sospechaba llevaban algo más que tabaco, y estaban escuchando una versión de *I'm feeling good* de Nina Simone en unos altavoces portátiles para iPhone. Martin no reconocía al artista masculino que la interpretaba pero decidió que no sonaba mal del todo. Se dejó inundar por sus acordes. La letra estaba calando en su interior con cada inhalación del humo de cigarrillo y le gustaba, hasta que escuchó el estribillo y al cantante concluir que se sentía estupendamente.

*And I'm feeling good...*

Martin había viajado a Madrid, la ciudad de donde provenía su familia, para huir de los continuos abusos a los que había sometido a su mente mientras trabajaba para el FBI y la Unidad de Ciencias del Comportamiento. Buscaba escapar de las terribles atrocidades cometidas por los monstruos a los que perseguía y que estuvieron a punto de costarle la vida.

Irreflexivamente, mientras le daba una nueva chupada al cigarrillo, por debajo de la camiseta, se acarició la fea cicatriz de su ingle. Con la yema de los dedos recorrió el sinuoso queleloide, embargándole un escalofrío al recordar el momento en el que el machete de Saunders penetró sus entrañas. Casi podía sentir la cálida humedad de la sangre empapando la cinturilla de sus pantalones. No, definitivamente no se sentía bien. Los mismos horrores que había tratado de dejar atrás, le habían perseguido hasta Madrid. Y, esparcidos sobre el suelo de su salón, le esperaban para volver a torturarlo.

Tras darle la última calada al cigarrillo, arrojó la colilla por la barandilla al vacío de la noche madrileña y contempló por última vez el perfil de los edificios, el trajín de la calle, el ruido del tráfico, el ulular de los coches de policía y las ambulancias. No le importaba el ruido, le daba la bienvenida porque a menudo era lo único que le hacía compañía durante sus noches en vela y le ataba a la cordura. Podía sentir a los universitarios cuchichear entre ellos, rozándose y tocándose como si fuera a ser la última vez que tuvieran oportunidad de hacerlo. Y sintiendo una punzada de envidia se dirigió hacia el ascensor para bajar a su apartamento y sumergirse, una vez más, en el horror.

Empezó por abrir el informe del forense y se centró primero en la mano seccionada. A la espera de los resultados del ADN tendría que asumir, dado que la otra posibilidad resultaba totalmente improbable, que pertenecía a otra víctima. Una

segunda víctima aún por descubrir. Durante unos instantes recapacitó sobre una tercera posibilidad. El coronel Sadeq Golshiri podía estar mintiendo. Sin la cédula de identidad proporcionada por él mismo, la identificación de las huellas digitales hubiera sido totalmente imposible de determinar. Y ese documento bien podía tratarse de una falsificación. Pero ¿qué razón hubiera tenido el iraní para mentir? ¿Qué beneficio hubiera sacado con ello? Lo ignoraba. Sin embargo, parecía razonable no descartar ninguna explicación.

Fijó su atención en las fotografías que mostraban el muñón. Los bordes irregulares de la herida y los jirones de músculos seccionados y piel arrancada sugerían algún tipo de arma blanca con el filo aserrado.

*El dolor tuvo que ser increíble, pensó.*

Las imágenes de las paredes cubiertas de sangre eran espeluznantes. Los chorros de sangre arterial habían alcanzado el techo y la manera en la que los cuajos se estiraban sobre la pintura indicaban que había sido expedida a alta velocidad. En el momento de la mutilación, el corazón de la víctima se encontraba en ese momento bombeando sangre a toda potencia, seguramente acelerado por la adrenalina fabricada por su cuerpo, como último recurso para intentar escapar de la muerte inminente. *Un esfuerzo inútil*, se dijo a sí mismo. A pesar de todo, hiciese lo que hiciese el profesor Mesbahi, la cosa había terminado mal para él.

Tomó nota mental de preguntar al inspector Paniagua si habían consultado las bases de datos para buscar precedentes de homicidios en los que se había producido la amputación de una o varias extremidades. También se apuntó preguntar si alguien había raspado debajo de las uñas de la mano mutilada. Uno podría llegar a sorprenderse de la clase de información que se podía obtener de la materia que se acumulaba en el interior de las uñas; no solo biológico, sino también del lugar en el que se estuvo por última vez; la última comida que se sostuvo con los dedos y ese tipo de cosas. También se podía obtener información sobre el asesino, indicios físicos transferidos por el inevitable contacto que se tuvo que producir durante el ataque. Además, si los restos extraídos de la mano amputada coincidían con los de su opuesta, también podían ser utilizados como prueba de identidad del propietario o de una segunda víctima aún por encontrar.

Dejando escapar un suspiro, Martin alcanzó un bloc de notas y comenzó a escribir los datos que iba descubriendo.

#### PERFIL DEL ASESINO

1. Organizado.
2. Meticuloso.
3. Conocimientos básicos de anatomía.

Se detuvo unos segundos, pensativo y recapacitó sobre qué otra información le



proporcionaba la mano seccionada. El elevado grado de sadismo que el asesino había mostrado, primero, cortándola en vida y, segundo, enviándosela a la siguiente víctima. Se dio unos golpecitos con el lapicero en los dientes y escribió:

#### 4. Sadismo excesivo.

¿Qué más tenía? Pensó en la manera en que había aparecido el cuerpo. Rebuscó en el montón de fotografías y extrajo una que mostraba el cuerpo desnudo sentado en la silla, las ligaduras del cordón de la cortina alrededor de sus brazos, de su pecho. Y escribió:

#### 5. Dominación y humillación de la víctima.

#### 6. Posible motivación sexual.

Aunque esto último no le convencía del todo. No estaba muy seguro de que la motivación sexual hubiera tenido algo que ver con la muerte del profesor. A parte de su desnudez, el cuerpo no mostraba a simple vista indicios de ninguna actividad sexual, violación o similar. De todas formas, dejó el punto seis tal y como lo había escrito.

Volvió a suspirar y, dejando a un lado la fotografía forense, se levantó para abrirse otra Grimbergen. Tenía que prestar atención, la Optimo Bruno que estaba bebiendo, era la más fuerte de las variedades de esa cerveza belga, destilada a partir de la cebada cultivada en la provincia de Gâtinais, y tenía un diez por ciento de volumen de alcohol. Si se descuidaba no podría ni levantar una ceja y la noche iba a ser muy larga.

Muy, muy larga.

Oculto entre las sombras del mismo reservado bajo el rótulo luminoso que había ocupado la extraña pareja durante la comida, el hombre a quien la policía conocía como El Ángel Exterminador observaba con atención el encuentro entre la hermana de Oswaldo Torres y Walter Delgado.

La muerte de Oswaldo había sido una lamentable equivocación. Ahora lo sabía y estaba pagando por su error. Se estremeció al pensar lo que podía pasarle si Walter hablaba con la policía o, peor aún, con el enorme Corona que se había acercado a los dos jóvenes que estaban discutiendo. Walter vociferaba. El Corona dijo algo que el hombre no pudo escuchar y el mierdoso se calló inmediatamente. La cabeza apuntando hacia la suciedad del suelo, como si estuviese contando el número de servilletas sucias y chapas de Pilsener que lo cubrían.

El Ángel Exterminador se estremeció de excitación, qué fácil sería levantarse ahora mismo y acabar con todos ellos con sus propias manos. No tendrían ninguna oportunidad y su trabajo estaría hecho. Acabado. Sin embargo, sabía que aquello no le hubiera gustado nada a la voz que susurraba sinuosa en su cabeza.

La voz era su secreto.

¡Y qué difícil había sido mantener el secreto durante todo el tiempo! Sobre todo cuando lo que más deseaba en el mundo era compartir su palabra con todo el mundo, hacerles ver cómo le había enseñado cuál era el camino a seguir para limpiar su alma de impurezas y ascender. En realidad, hablaba de «purificación», de regresar a la «quintaesencia» del ser humano. Todo ello formaba parte de un complejo proceso de cambio que él ya había iniciado. A menudo se preguntaba qué pensarían los otros si supiesen que el hombre que se sentaba a su lado en el autobús, camino de su lugar de trabajo, había sido tocado por lo divino, que había escuchado la voz. ¿Le tendrían envidia? ¿Le idolatrarían como a un héroe? Pero no podía decírselo a nadie, jamás podría revelar la verdadera realidad de las cosas.

La voz había sido suficientemente clara al respecto.

¿Hasta cuándo?, había preguntado. ¿Hasta cuándo tendría que callar y no proclamar a los cuatro vientos la dicha que le embargaba? Se sentía como el profeta Nahúm revelando la Ira de Dios ante los ciudadanos de Nínive, aquella ira que se vertía como fuego ardiente y de la cual él era la llama que la transportaba. Y la voz quería redimir las almas de los impíos. Almas perdidas. Pecadoras. Quería purificarlas por medio del castigo. Frenar sus instintos barbáricos. Sin embargo,

ahora era momento de guardar silencio, de cumplir obediencia a todas y cada una de las tareas impuestas y callar. Al menos, hasta que todo hubiese terminado, hasta que la última escoria hubiese sido limpiada, evaporada de la faz de la tierra. La ira justiciera que mostraba cuando le susurraba era terrible y controlada, no había nada caprichoso, ni egoísta en la voz, y él era su brazo ejecutor. Y disfrutaba enormemente cada segundo de serlo. Aunque insistiese en que su venganza no debía de ser embriagadora, que no debía disfrutar acatando sus designios. Que tendría que permanecer invisible y en silencio. Sin embargo, en lo más profundo de su ser, al hombre le excitaba la posibilidad de que lo detuviera la policía, de ese modo, podría saberse toda la verdad. Por fin, podría revelar la existencia de la voz y extenderla por todas partes, recibir la gloria y el reconocimiento que merecía como su mensajero y ejecutor. Pero los inútiles no tenían ni una sola pista acerca de su identidad. Iban siempre varios pasos por detrás.

Hasta que el mierdoso escapó con vida.

Si a El Ángel Exterminador le excitaba su detención, nada parecido le producía la expectativa de que los infames Latin Kings supieran de su existencia. Si le sorprendieran allí sentado, espiando a uno de sus Coronas, y con la intención de matar a otro de sus miembros... No quería pensar en ello. Sorbió despacio de su botella de Pilsener y continuó mirando de soslayo la conversación.

El Corona era un hombre grande. Musculoso. La camiseta de los Lakers que vestía se estiraba sobre sus hombros y a la altura de su cintura. Flotando a su alrededor, El Ángel Exterminador podía vislumbrar la negra miasma de su alma impura, zarcillos que se enroscaban y desenroscaban en torno al voluminoso cuerpo, deleitándose con la maldad como brea que rezumaban todos los poros de su piel. El Corona dijo algo en susurros a la hermana de Oswald y esta salió pitando del bar a toda velocidad. Entonces, se giró hacia Walter y le agarró por un hombro llevándoselo hacia el extremo más alejado del bar. El criollo iba encogido y temblaba como un pajarillo asustado.

El Ángel Exterminador comenzó a respirar más deprisa. Se imaginaba la escena que se estaba desarrollando en la trastienda de Los Quiteños. A Walter desembuchando todo lo que sabía, las palabras atropelladas en su boca, y el Corona asintiendo en silencio, con una mirada homicida que clamaba venganza bailando en sus ojos. ¿Qué sabría él sobre la venganza? Si realmente supiera algo, reconocería su auténtica presencia en aquel bar de tres al cuarto y se encogería de puro terror.

Con una mano fría por haber sostenido la botella de cerveza se restregó la cara mientras pensaba que quizás lo más probable era que el Corona matase a Walter allí mismo por haber fallado a la banda o, quizás decidiese darle una segunda oportunidad y le devolviese a la calle para que le buscase y le matase a él. Sonrió con dientes lobunos. Si el Corona se decidía por la segunda opción, entonces, le estaba entregando al mierdoso en bandeja.

Poco a poco, dominó su respiración. No todo estaba perdido, pero una cosa estaba

clara como el agua: Walter Delgado tenía que morir a toda costa.

El inspector Paniagua se había erguido en el sillón de imitación de piel de su despacho mientras hablaba por teléfono. En su rostro bailaba una expresión que Raúl Olcina conocía muy bien y se había percatado en seguida de la importancia de la llamada. Era más de medianoche y todavía se encontraban en el despacho del inspector tratando de poner en claro sus ideas sobre el asesinato del profesor Mesbahi. Quizás la llamada trajese un poco de respiro a una semana de mierda. Cuando escuchó el nombre del interlocutor, no tuvo duda alguna.

—No se preocupe, señorita Torres, nosotros nos encargaremos a partir de ahora. —Acabó diciendo el inspector—. Le ruego que se vaya a casa y trate de descansar, le prometo que la llamaré tan pronto como sepamos algo más.

Y colgó.

—Alba Torres ha localizado a esa escurridiza sabandija. Walter Delgado. —Se limitó a decir el inspector sin dar muchas más explicaciones—. Vaya a recoger el coche que nos vamos, Olcina.

Aunque no lo expresaba en voz alta, al subinspector le molestaba enormemente que Paniagua le tuviese de chófer para todo. Con los dientes apretados, tenía ganas de decirle dónde se podía meter el maldito coche pero, como siempre, guardó silencio y obedeció a su superior.

Minutos más tarde, el subinspector conducía el Renault Megane en dirección al bar en el que Alba se había enfrentado a Walter y donde, al parecer, le había suplicado que hablase con ellos, sin éxito. El local era un conocido lugar frecuentado por pandilleros de los Latin King y al subinspector no le extrañaba que hubiera sido allí donde la muchacha encontrase finalmente al ecuatoriano. Ello, además, dejaba bien claro que Walter era un miembro más de la banda latina.

El aparcamiento del Mercado Municipal de Maravillas era el más próximo a la zona y Olcina introdujo el vehículo K con presteza en un angosto hueco que había quedado entre un voluminoso BMW M5 y un mastodóntico Audi Q7, sin duda, pagados con el mercadeo de la droga que se había adueñado de la zona. La Glorieta de Cuatro Caminos era una populosa plaza llena de animación y de tráfico, situada en el Distrito de Tetuán y que debía su nombre a que en ella se cruzaban cuatro caminos: el de Francia, el de Aceiteros, Bravo Murillo y Santa Engracia. El lugar fue testigo trágico de las revueltas revolucionarias del trece de agosto de 1917 que terminaron con una asonada disuelta violentamente por los militares a golpe de ametralladora.

Un mal sitio para encontrarse con el testigo de un asesinato. Y, por qué no decirlo, lo más cercano a un sospechoso que habían tenido en el caso.

Cuando emergieron por la salida de peatones del aparcamiento, el subinspector Olcina localizó rápidamente la calle en la que se encontraba el bar Los Quiteños.

—Deberíamos esperar a que salga del bar. —Opinó el inspector—. Si entramos ahí sin más, nos arriesgamos a que Walter no quiera hablar con nosotros y ese local no es el mejor lugar para montar un numerito de policías y ladrones.

Raúl Olcina asintió en silencio y señaló un banco donde podían sentarse a esperar y que tenía una línea de visión despejada con la puerta del lugar. En el momento en el que Walter saliese por ella, lo verían. El inspector Paniagua extrajo el paquete de Ducados del interior de su americana y encendió un cigarrillo.

—Jefe... —Se apresuró a decir Olcina, pero fue interrumpido.

—Sí, ya sé. Me estoy jugando la virilidad. —Replicó Paniagua, irónicamente.

El subinspector se encogió de hombros y no dijo nada más. Aquella manera de intercambiar pareceres era muy común entre los dos, como si el inspector desdeñase siempre la opinión de Olcina.

—Jefe, respecto a lo que sucedió en la escena del crimen...

—Olvédelo, Olcina. —Dijo el inspector, aunque parecía como si quisiera dar a entender algo más.

El subinspector se lo olía. Sabía que más adelante se iba a convertir en un reproche, que el propio inspector Paniagua no iba a olvidarlo así como así, por mucho que se le pidiera a él hacer lo mismo. Aquel hombre podía ser tan retorcido como una alcahueta. Olcina se giró en dirección a su jefe y le miró durante un rato. Las volutas de humo se enroscaban alrededor de sus facciones y le hacían pestañear rápidamente.

—No parece muy convencido...

—Creí haberle dicho que lo olvidase, subinspector.

—Jefe, no pretendo ser un esnob y el trabajo me importa tanto como a usted pero necesito separarlo de mi vida personal. No quiero que...

Olcina se interrumpió, en ese momento, Walter Delgado asomaba por la puerta del bar Los Quiteños y se dirigía calle abajo.

—¡Bingo! —Dijo el subinspector—. ¡Ya lo tenemos!

A ojos el inspector Paniagua, Walter llevaba los símbolos habituales de los Latin King, vestía vaqueros anchos y caídos, por encima de la cinturilla se podía ver la parte superior de su ropa interior. En algún lugar, Paniagua había leído que ese estilo de moda representaba a la población de las cárceles norteamericanas, quienes solían llevar el elástico de sus pantalones de preso dado de sí y por ello se les caían cada dos por tres. Walter también lucía una camiseta deportiva de los Angeles Lakers de un amarillo chillón y talla XL y gorra de visera ladeada. Desde donde se encontraba el inspector, podía apreciar que el muchacho tenía las pupilas dilatadas y le temblaba el labio superior. Un hilo de saliva se le acumulaba en la comisura de los labios y no paraba de agitarse espasmódicamente. La primera impresión que tuvo Paniagua era

que el ecuatoriano estaba drogado o algo parecido.

Recorrieron a la carrera los últimos metros que les separaban del muchacho y por fin le detuvieron.

—Hola Walter, soy el inspector Arturo Paniagua y mi colega es el subinspector Raúl Olcina. —Ninguno de ellos hicieron además de mostrarle sus identificaciones, lo habían estado hablando y habían decidido que la visión de sus placas podría espantar al pandillero si pensase que alguien le pudiese ver hablando con la pasma—. ¿Podemos tener contigo unas palabras? Te garantizo que solo será cuestión de minutos.

Walter miró huidizamente a un lado y al otro, parecía ponderar las opciones que tenía de salir pitando de allí. Olcina dio un paso hacia su derecha para cortarle el camino pero, inadvertidamente, el inspector le indicó con un gesto de la mano que se apartase. Los ojos de Walter estaban abiertos en toda su extensión y el pánico empezaba a apoderarse de su cuerpo. El inspector habló con la voz más suave que pudo ser capaz de extraer de su inmensa caja torácica.

—Háblame de Oswaldo, Walter. Cuéntame lo que pasó la noche que lo mataron. ¿Estabas con él, verdad?

El ecuatoriano tardó en contestar, su cabeza parecía bullir como una olla cociendo macarrones, mientras parecía mantener alguna especie de conversación en su interior, la vista oscilando incesantemente de izquierda a derecha y vuelta a empezar. Entonces, levantó la mirada y la clavó en el inspector.

—Oswaldo y yo estábamos cruzando el río para ir a fumar un poco de hierba al garito La Salsa, allí trabaja uno que conozco que cultiva una *Blueberry*<sup>[12]</sup> de muy buena calidad. —Y volvió a silenciarse como si temiera que los dos policías le fueran a arrestar por lo de la marihuana.

—Un poco de hierba está bien Walter. Eso no es un delito, ni nada por el estilo. —Le ánimo Raúl Olcina—. Yo mismo fumo un poco de *White Widow* de vez en cuando para relajarme. —Esta última afirmación provocó una mirada furibunda de Paniagua pero consiguió el efecto de tranquilizar un poco al ecuatoriano.

—¿*White Widow*? Eso es súper clásico, muy de los *coffee shops* holandeses. Supongo que será lo más apropiado para que se lo fume un poli...

—¿Qué pasó entonces? —Le interrumpió Paniagua, impaciente.

—Se nos vino encima un grupo de Riazor Blues. ¡Le juro, inspector que nosotros no hicimos nada! ¡Nos habían seguido desde el bar donde habíamos quedado Oswaldo y yo! Se les debieron escapar a los maderos antidisturbios y se fueron a por nosotros. —Gritó, mientras abrazaba su cuerpo, que había vuelto a temblar, con ambos brazos. Paniagua empezó a pensar que el muchacho no estaba drogado sino que, simplemente, estaba aterrorizado.

—¿Por qué os siguieron? ¿Os enfrentasteis a ellos a las afueras del estadio? Normalmente ese tipo de grupos suelen estar tranquilos, armando jaleo entre ellos, hasta que los provocan. Además, los agentes de la IRGC se encargan de tenerlos bajo

control y suelen hacer muy buen trabajo.

Walter sacudió la cabeza afirmativamente.

—El bar donde nos juntamos queda en las inmediaciones del estadio y estaba lleno hasta los topes. Tuvimos que pedir la *birra* y salir a la calle para poder beberla tranquilamente. Oswaldo se tropezó con un chico que llevaba la camiseta del Deportivo y le tiró por encima el vaso de cerveza. Se insultaron, se agarraron por el cuello, hasta que les separaron. —Walter se tomó un respiro y sorbió sonoramente por la nariz— Entonces, Oswaldo dijo que la bronca le había puesto de mala hostia y sugirió que fuésemos a buscar un poco de hierba para relajarnos. —La voz trémula de Walter Delgado coincidía perfectamente con el aire atemorizado que le envolvía.

¿*De qué tiene miedo?*, se preguntó, una vez más, el inspector. Cabía la posibilidad de que pensara que iban a detenerle, o algo por el estilo, que le considerasen un sospechoso. Sin embargo, solo quería conversar con él, Paniagua estaba casi seguro de que no era el responsable del homicidio de Oswaldo. De algún modo, el inspector no podía dejar de pensar en que era tan solo un muchacho. Unos pocos años mayor que su propia hija. La adolescencia. La edad en la que supuestamente se convertían en adultos y, sin embargo, eran más vulnerables.

—Está bien, está bien. —Le apaciguó lo mejor que pudo—. ¿Qué sucedió luego?

—Todo lo que hacíamos era caminar por el puto puente y esos cabrones se nos echaron encima. Yo iba un poco más adelantado por lo que al primero que empujaron fue a Oswaldo. Uno de ellos dijo que nos iban a dar una lección por haberles insultado, llevaba en la mano una botella de cerveza y la vació por encima de Oswaldo.

Se detuvo unos instantes, parecía estar buscando fuerzas de flaqueza para proseguir. El inspector Paniagua le escuchaba atentamente mientras se preguntaba qué le estaba dando tanto miedo, por lo que le había contado hasta el momento todo parecía encajar con la idea de una pelea entre radicales que había acabado mal. Algo no funcionaba.

—Entonces, Oswaldo sacó una navaja de su bolsillo y amenazó con ella al tipo que le había derramado la cerveza. Se enzarzaron en una pelea, mientras los otros hinchas gritaban y les animaban a rajarse... Y, entonces... entonces ocurrió algo de alucine...

—¿Qué pasó, Walter?

—Los comemierdas echaron a correr al mismo tiempo, incluso el cabrón que lo empezó todo, arrojó la botella rota al río por encima de la barandilla y salió pitando.

—¿Por qué hicieron eso? ¿Por qué corrieron? —Le instó Paniagua.

—¡No, no puedo! ¡Si hablo van a hacerme daño! —Gritó Walter. Tenía los ojos completamente desorbitados por el miedo—. ¡Estoy seguro de ello!

—Cálmate, Walter. Nadie va a hacerte daño. Ahora estás con nosotros y puedes hablar con libertad. Te prometo que no te pasará nada. —Paniagua hablaba lo más pausadamente que podía, estaba seguro de que si presionaba más al chico, iba a



estallar como una olla a presión y entonces le perderían y no habría manera de sonsacarle que fue lo que sucedió aquella noche.

—Dime, Walter, ¿por qué corrieron esos matones del Riazor Blues?

El chico no reaccionó, no respondió. Tenía la barbilla hundida en el pecho y no dejaba de contemplarse las manos. El inspector miró al subinspector Olcina y luego volvió a mirar al ecuatoriano. Lo estaba perdiendo y no sabía qué hacer.

—Walter es evidente que hay algo que te preocupa. Tienes miedo y es comprensible, pero colaborar con nosotros es lo mejor que puedes hacer ahora. Tú me ayudas y yo te ayudo. Es así como funciona. ¿Me entiendes?

Nada, ninguna reacción. Paniagua estaba comenzando a perder la paciencia.

—Creo que lo mejor es que continuemos esta conversación en la central...

—¡NO! —El grito de Walter Delgado le pilló por sorpresa y dio un respingo—. ¡Si me lleváis a ese lugar, me matarán!

—¿Quién Walter, quién demonios te matará? —Insistió el inspector—. ¿Te han amenazado en la banda por si hablas con nosotros?

El chico sacudió la cabeza desesperadamente, negando. No era eso.

—Entonces, ¿quién está amenazando con matarte?

—¡EL POLICÍA! —Estalló el chico con la cara convertida en un poema por el terror.

—¿Qué policía? —El nerviosismo de Paniagua estaba comenzando a asomar en su voz. No entendía nada de lo que estaba tratando de decir el ecuatoriano. ¿Qué tenía que ver la policía con nada? Y, de repente, lo comprendió—: Dime, Walter, ¿apareció un coche patrulla en la escena?

—No, no vino ningún coche de policía. —Contestó el chico—. El madero estaba caminando por el puente, como todos nosotros. Entonces se enfrentó a Oswaldo y le ordenó que tirase la navaja, pero Oswaldo no le obedeció. El policía volvió a gritarle que la arrojara y se acercó para agarrarle de un brazo. Pelearon durante un rato y entonces, el policía le arrebató la navaja y le apuñaló varias veces...

—¿Qué cojones! ¿Dices que fue un policía fue quien apuñaló a Oswaldo? —Preguntó, casi gritó, Raúl Olcina—. Un policía que estaba andando por el puente... ¿Fue él quien mató a Oswaldo?

—¡Sí, sí! Le cortó varias veces y luego levantó su cuerpo por encima de la barandilla y lo lanzó al río. —Chilló Walter— Cuando se volvió en mi dirección, salí corriendo y no paré hasta llegar a mi casa. —Los sollozos sacudían su cuerpo como si le estuviera recorriendo una corriente de alto voltaje—. ¡Nunca olvidaré sus ojos! ¡Estaba como enloquecido!

Arturo Paniagua le dejó llorar un rato mientras se reponía de la agitación que él mismo sentía. *¡El asesino era un policía!* No era de extrañar, entonces, que Walter Delgado estuviera tan asustado. Seguro que pensaba que el inspector protegería a uno de los suyos y que le mataría allí mismo. Cuando se hubo calmado un poco, Paniagua continuó preguntando.

—Pero eso no es todo lo que sucedió, ¿verdad? La navaja de Oswaldo, ¿qué pasó

con ella, Walter? ¿Puedes decirme que pasó con la navaja? —La voz del inspector sonaba lejana mientras recordaba la escena del crimen en el puente elevado de San Isidro y la ausencia del arma homicida. En ese momento, todo el mundo había supuesto que le asesino se la había llevado consigo.

—¡La navaja...! ¡No sé qué pasó con la puta navaja! Yo salí corriendo y he estado oculto hasta ahora. —Sus ojos se movían inquietos de un lado para otro, espiando la calle. Paniagua podía ver ahí mismo que estaba mintiendo.

—Escucha Walter, puedo ayudarte. Si me estás diciendo la verdad puedo ayudarte, pero si me mientes no puedo hacer nada por ti. ¿Me entiendes? Entonces, te quedarás solo. —Paniagua trataba por todos los medios de ocultar el huracán de emociones que sentía en su interior. ¿Era posible que El Ángel Exterminador fuera un policía? Las implicaciones eran sencillamente mareantes. Aguardó inmóvil a que Walter dijera algo, sabía que no era el momento de cometer un desliz y perder al testigo. El chico ya estaba lo suficientemente asustado y no podría soportar más presión de la que ya sentía en esos mismos instantes. Arturo Paniagua levantó ambas manos, apaciguador, como queriendo quitarle hierro al asunto.

—Walter no cometes un error ahora... Ya hemos llegado hasta aquí y no queremos echar todo a perder a última hora. De verdad que yo puedo ayudarte, no te miento en eso, pero necesito que tú me ayudes primero. ¿Estás dispuesto a ayudarme?

Walter Delgado primero movió la cabeza afirmativamente y luego rectificó y la sacudió de un lado a otro. Se apoyó sobre la pared que quedaba a su espalda y se deslizó hacia el suelo con un chillido de pura angustia. El criollo era todo un poema.

—Walter necesito que me digas la verdad. Es muy importante que me digas la verdad. —Insistió Paniagua—. ¿Qué pasó con la navaja?

—Pensé que iba a matarme a continuación. No sé qué más podía hacer. —Estaba sollozando incontroladamente—. Así que la recogí del suelo donde había quedado tirada y salí corriendo.

El inspector Paniagua se quedó atónito. Fue como si Walter Delgado le hubiera propinado un puñetazo en el plexo solar. Casi no podía respirar. ¡Walter Delgado tenía el arma homicida! Eso solo podía significar que ante ellos tenían una verdadera oportunidad de cazar al depredador que estaba asediando su ciudad. A su lado, el subinspector Olcina dejó escapar un jadeo. Paniagua no se permitió mirarle y se irguió sobre Walter presionándole con más insistencia para que hablase.

—¿Y qué hiciste con ella? ¿La tiraste a alguna parte? —Sin saber muy bien cómo o cuándo se había producido, se descubrió a sí mismo cogiéndole de la pechera de la camiseta y sacudiéndole frenéticamente—. ¡Tienes que decírmelo! ¿Qué hiciste con la navaja, joder?

Entonces, Walter se zafó salvajemente y se levantó de un salto. Un fuego diferente brillaba en sus ojos, Paniagua podía ver que el miedo había dejado paso a otra cosa. Algo mucho más peligroso.

—¡No, no! ¡Si se lo digo, me entregará a ese policía para que me mate! —Gritó

colérico—. Todos los putos maderos sois iguales. ¡Os defendéis los unos a los otros!

—Tienes que confiar en mí, Walter. Yo puedo ayudarte pero necesito saber toda la verdad... —El inspector intentaba razonar pero sabía que el ecuatoriano se encontraba en un lugar mucho más lejano y que le había perdido completamente.

—¡No, a usted le importa una mierda la verdad! Tan solo quiere echarle mano a esta... —Aulló el ecuatoriano, con voz rasposa y soltando espumarajos de saliva por las comisuras de los labios. En su mano apareció como por arte de magia la navaja de Oswaldo.

Paniagua y Olcina saltaron al unísono como un resorte, los brazos extendidos para tratar de atrapar al criollo, quien haciendo una finta esquivó la acometida de los dos policías y se escabulló de su alcance. Para cuando pudieron reaccionar, Walter corría como un poseso calle abajo.

—Olcina, llame a la central y pida que cursen una orden de busca y captura para Walter Delgado. —Chilló Paniagua mientras se lanzaba a la persecución del chico.

Todo se había ido por el retrete, de repente.

Walter corría como alma que lleva el diablo. Aquellos dos polis de mierda habían estado a punto de tenderle una trampa y atraparle. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? No se podía confiar en los maderos. ¿Acaso no les decía eso todo el tiempo el Corona San La Muerte? Uno no se puede fiar de esos hijoputas, lo único que querían era enchironarlo por esto o por aquello. Pero él había creído al inspector, había querido creer al inspector con todas sus fuerzas cuando le dijo que podía ayudarlo. Ahora tenía a su espalda al asesino, a la policía y, sin duda, a los miembros de los Latin King en cuanto el Consejo de Coronas se diese por enterado de que había hablado con los polis sobre la muerte de Oswald.

Las calles a su alrededor se convertían en un borrón de tan rápido como corría. Los escaparates de las tiendas eran manchones de luz en los rabillos de sus ojos. Las personas, obstáculos inmóviles que sorteaba frenéticamente, como esos conos naranjas que le ponían a los jugadores de fútbol para que los esquivasen corriendo en zigzag. La adrenalina hacía bombear sus piernas como pistones y estaba seguro de que había dejado atrás al inspector y a su compañero pero no se atrevía a volver la cabeza y espiar por encima de su hombro.

*Todavía no. Unas manzanas más.*

Y se sumergió sin pensarlo en el maremágnum de personas que brotaba de la boca de metro de Cuatro Caminos. En el vagón pudo respirar tranquilo cuando comprobó que ninguno de los policías le había seguido hasta allí y buscó asiento en la parte más alejada de las puertas neumáticas. Unos minutos más tarde descendía en la estación de Ópera.

Cuando llegó a la Plaza de Oriente la cruzó a la carrera como una centella. Apenas veía los maravillosos monumentos que se erguían a su alrededor. Sorteó a un grupo de turistas que estaban fotografiándose al pie de la estatua ecuestre de Felipe IV y continuó su camino sin mirar atrás. No pensaba parar por nada del mundo, cruzaría el río y se encerraría en casa de Bryan Cedeño, uno de los camellos que le proporcionaban marihuana, hasta que todos los hijoputas se olvidasen de él.

Sentado en el silencio de su coche, El Ángel Exterminador encendió la emisora de radio y dejó que el guirigay de los avisos policiales inundase el habitáculo. En su cabeza reverberaban los ecos, duros como el acero, de la voz y se mezclaban con los sonidos de timbres electrónicos que emitía la emisora. Sudaba profusamente bajo el uniforme que vestía, oculto por las formas amplias de la sudadera deportiva que había

usado para poder pasar inadvertido en el bar donde había aparecido Walter Delgado. De repente, los poderosos músculos de sus antebrazos se tensaron cuando escuchó, por fin, el aviso que estaba esperando.

Una pareja de policías municipales había avistado a Walter en las inmediaciones de la Plaza de Oriente, dirigiéndose en dirección a los Jardines de Sabatini y la Cuesta de San Vicente. El Ángel Exterminador sonrió, dejando entrever los colmillos por las comisuras de sus labios. Tenía una idea muy precisa de hacia dónde se dirigía el mierdoso.

Arrancó el coche y cuidadosamente se metió entre el tráfico para dirigirse hacia el lugar.

Walter Delgado había dejado atrás los jardines y corría en dirección a la Cuesta de San Vicente. A su izquierda, se extendía la veintena de hectáreas que ocupaba el parque conocido como el Campo del Moro. Por lo visto el nombre se debía a que el ejército de un caudillo musulmán había acampado en la zona durante uno de los múltiples asedios que había sufrido el Real Alcázar de Madrid, que entonces se levantaba en el espacio que ahora ocupaba el «Palacio de Oriente», como gustaban de llamar los madrileños al Palacio Real.

Walter bajó el ritmo de su carrera para concederse recuperar el aliento y, por primera vez, se permitió mirar por encima del hombro.

Nadie le perseguía.

Un estallido de júbilo le proporcionó fuerzas de flaqueza y renovó la intensidad de su paso. Aunque todavía se encontraba lejos de la casa de Bryan, pensaba que una vez que hubiera cruzado el río estaría a salvo. A nadie se le ocurriría buscarle en el lado suroeste del río, a más de cinco kilómetros del bar Los Quiteños, en donde le habían parado los dos maderos.

Decidió atravesar los jardines del Campo del Moro, saliendo por el acceso del Paseo Virgen del Puerto y cruzó el río por el puente peatonal mientras se maldecía mentalmente por no haber tomado una ruta más directa y haber perdido la cabeza de esa manera. Se dijo así mismo que tenía que calmarse, pensar detenidamente lo que iba a hacer a continuación o acabaría huyendo todo el tiempo del asesino, de sus colegas pandilleros y de la policía.

O, peor aún, muerto.

El Ángel Exterminador vio aparecer a Walter por el principio de la calle, su corazonada había acertado de pleno. A través del parabrisas de su coche le vio moverse en silencio, con paso rápido pero sin correr, en dirección al portal del camello que le suministraba habitualmente las dosis que necesitaba para evadirse de su lóbrega realidad.

El Ángel Exterminador podía ver a Walter, pero este no podía verle a él, y se fijó en las ropas de color dorado y negro, en la constitución delgada y quebradiza. Pensó en lo sencillo que sería romperle el cuello con sus propias manos, en el placer de golpear hasta pulverizar todos los huesos de su cara. Y se estremeció de puro placer.

La temperatura del interior del coche ascendió unos grados junto con su excitación.

En el exterior, la calle estaba desierta y la mayoría de las ventanas de las viviendas destellaba con los reflejos de los televisores y los quehaceres propios de cada hogar. Quizás tras sus cristales, familias inocentes se sentaban a la mesa para cenar, quizás una pareja discutía por una infidelidad cometida, quizás un hijo se rebelaba contra un padre. Todos ellos representando sus pequeños e insignificantes dramas ajenos al terrible acontecimiento que se iba a producir en su propia calle, porque al otro lado de una de esas mismas ventanas, El Ángel Exterminador volvería a actuar y Walter Delgado tendría una cita con la muerte. Una cita violenta y sumamente dolorosa.

La cacofonía que se desprendía de la emisora de radio, le recordó que el ecuatoriano todavía se encontraba pendiente de una orden de detención y que no pasaría mucho tiempo antes de que la policía diese con su paradero. Extendió la mano y la apagó. Tendría que darse prisa. Y, por mucho que le atrajese la idea de dedicarle unos minutos extra al placer de sentir la vida de Walter escabullirse bajo la furia de sus puños, no podía permitir que lo atraparan. Se prometió acabar con el ecuatoriano de forma rápida y eficaz.

Abrió la puerta del coche y saltó a la calle. Sobre el asiento del conductor dejó abandonado el jersey deportivo y agarró su bastón extensible de carbono de veintidós milímetros. El bastón de defensa era un arma prohibida y podía perder su trabajo solo por llevarlo en el coche pero no le importaba porque resultaba la herramienta perfecta para inmovilizar a sus víctimas. Un buen golpe en la cabeza y quedaban lo bastante aturcidas como para que pudiese ensañarse con ellas a placer, solo con sus puños, como a él le gustaba.

El Ángel Exterminador se jactaba de tener músculos de acero y pasaba las horas muertas levantando pesas y haciendo abdominales en el salón de su casa. El banco de musculación que dominaba la mayor parte del espacio de su salón era su lugar preferido y nunca se cansaba de usarlo. Desde entonces, ya nadie le tocaba las narices o le menospreciaba, su cuerpo era suficiente disuasión y la aversión que sentía hacía aquellos que eran tan holgazanes como para dejar que su físico perdiese sus formas, no había tardado mucho en transformarse en odio. Para El Ángel Exterminador, su cuerpo era su templo. Un templo que no tenía cabida para los invertidos que saciaban sus vicios con mamadas a quinceañeros, los yonquis que violaban sus cuerpos con sustancias químicas, los negros y los moros que robaban sus trabajos a los buenos españoles. En otras palabras, la escoria que manchaba las calles en todos los sentidos.

A la carrera, cruzó la calle. El amarillo reflectante de su uniforme brillaba bajo la luz de las farolas. Con las alas que le proporcionaba la excitación se echó encima del ecuatoriano y en diez zancadas le alcanzó antes de que llegase a la seguridad del portal.

Por el rabillo del ojo, Walter Delgado distinguió una inmensa mole que se abalanzaba sobre él con la fuerza de un AVE Madrid-Sevilla.

—¿Qué cojon...? —No pudo terminar la frase.

El extremo de la porra extensible trazó un amplio arco y acabó estrellándose en su sien, hundiéndosela dos centímetros y medio. Un spray de finísimas gotas de sangre pulverizadas tiznó de rojo el sucio cristal esmerilado del portal. Walter se desplomó como un fardo de patatas y su mente viró al negro por la confusión, infructuosamente intentaba alcanzar un mínimo atisbo de lo que había sucedido. Entonces, le cayó encima un aluvión de terribles golpes y patadas que acabó con cualquier intento de comprensión.

Solo experimentó el dolor.

Sollozando como un bebé, Walter levantó las rodillas hasta el pecho para protegerse de los últimos golpes que llegaban hasta él siempre acompañados de un gruñido animal, unidos entre sí como los relámpagos a los truenos.

Gruñido, golpe. Gruñido, golpe. Gruñido, golpe.

Tenía todo el cuerpo entumecido y el rostro convertido en una pulpa tumefacta. Los imponentes brazos de El Ángel Exterminador trabajaban como pistones y le machacaban impacto tras impacto con un salvajismo brutal. Con la boca completamente partida y a través de dientes pulverizados intentó pedir clemencia. Y le llovieron más golpes, en el vientre, en la entrepierna, en la cabeza. Al cabo de un rato, Walter era tan solo una masa deforme y enrojecida de carne y músculos abiertos al aire en un charco de sangre mezclado con la suciedad de la acera.

—Basta, por favor. No me pegues más. —Suplicó.

Milagrosamente, los trompazos cesaron. Con los dos ojos completamente cerrados por los traumatismos, no podía ver a su atacante, ni distinguir nada; salvo una forma amorfa y borrosa que se cernía sobre él y le palmoteaba entre las ropas. Luego escuchó un nuevo gruñido e instintivamente se encogió esperando recibir un nuevo puñetazo. En vez de ello, hasta sus oídos le llegó el chasquido metálico del mecanismo de una navaja automática.

*¡La navaja de Oswaldó!, pensó.*

Y entonces sintió la hoja de acero atravesarle la cabeza.

Después, nada.

El Ángel Exterminador se irguió sobre el cuerpo inerte del ecuatoriano. Tenía todos los músculos en tensión, gritando doloridos por el sobreesfuerzo y estaba jadeando. Cerró la navaja ensangrentada que aferraba en la mano y la guardó en uno de los bolsillos de su uniforme, mientras echaba un rápido vistazo a su alrededor para ver si había sido espiado por ojos indiscretos. No se veía ni un alma por la calle.

Entonces, regresó tranquilamente a su coche y extrajo un bidón del maletero. El olor a gasolina sustituyó al de la sangre y las heces de Walter y le hicieron lagrimar mientras le rociaba el pungente líquido sobre la cara, el cuello, el torso. Una sonrisa salvaje bailoteaba en su labios cuando sacó el mechero del bolsillo de su uniforme y lo dejó caer junto al despojo humano que tenía a su pies.

Durante unos instantes, las llamas lamieron su rostro, chamuscándole las cejas,

mientras contemplaba extasiado la pira humana. Extrajo uno de los múltiples teléfonos de prepago que había robado de una tienda de telefonía hacía unos meses y llamó al 112 usando la tarjeta que había adquirido por Internet con información falsa.

Cuando terminó de hablar, arrojó todo al fuego.

Y, luego, se marchó.



— Le digo inspector que es imposible que el asesino sea uno de los nuestros. — Insistía Raúl Olcina, de regreso a la central—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a un policía de uniforme caminar solo por ahí? ¿Dónde estaba su compañero?

Sacudía la cabeza de un lado a otro de puro descreimiento, estaba convencido de que el maldito ecuatoriano les había mentado, aunque todavía no comprendía las razones que había tenido para ello. Quizás solo quería joderles un poco, jugar con sus mentes, darles por culo. Sin embargo, algo le decía que Walter Delgado no era precisamente un lumbreras y le costaba creer que hubiera intentado algo parecido.

—No lo sé, Olcina. Pero el chico estaba aterrado, pude verlo en sus ojos. —El inspector parecía recapacitar en voz alta—. Además, ¿por qué iba a mentir en algo así? No tiene ningún sentido. Tan solo tendría que haber dicho que fue uno de los Riazor Blues quien apuñaló a Oswaldo Torres y todos tan contentos.

Raúl Olcina se encogió de hombros, derrotado.

—Lo mismo no le caen bien los policías y quería cargarle el muerto a uno de los nuestros. ¿Qué más da? Le digo que es imposible que un policía haya matado a Oswaldo con esa navaja. ¿Por qué no usó su arma reglamentaria? Si se metió en medio de una pelea callejera pudo existir causa de fuerza mayor. ¡Estaría en su legítima defensa y nadie se lo cuestionaría jamás!

—A menos que no fuese armado en ese momento, o no quisiera incriminarse directamente. Una bala en el cuerpo de Oswaldo hubiese sido una prueba definitiva.

El subinspector hizo girar los ojos dentro de sus cuencas.

—¿Una prueba de qué? ¡Oswaldo estaba armado, joder! Pegarle un tiro hubiese sido más sencillo que arrebatarle su propia navaja, apuñalarle y luego perder el arma en la refriega. A otro perro con ese hueso, jefe. Nada de todo esto huele como debería.

—Olcina no seas zoquete, es evidente que algo pasó en el Puente de San Isidro que se nos escapa. Además, sigo pensando que el verdadero culpable es El Ángel Exterminador y que Walter Delgado era la víctima original.

Se detuvo unos instantes, pensativo. Golpeaba con el extremo de su bolígrafo la superficie de la mesa de su despacho en rápida sucesión.

—Sin embargo, en algo tiene toda la razón, Olcina, que el homicida sea un policía resultaría demasiado. —Continuó en el mismo tono meditabundo—. En todo esto hay una nota discordante, como meter una novena nota en una base de *swing*. Si aislamos

esa novena nota tendremos una pieza perfecta y daremos con la solución.

La verdad es que Olcina no había comprendido enteramente esto último, no sabía demasiado de notas, ni de compases musicales, pero estaba de acuerdo con su jefe en que algo no encajaba. ¡El asesino de Oswald no podía ser un policía!

—¡Joder, esto es lo último que nos faltaba! Se lo digo yo, inspector, si ponemos un circo nos crecen los enanos.

—Bueno, Olcina, no nos pongamos tremendistas. —Le reprendió Paniagua—. Le diré lo que vamos a hacer, por el momento, mantengamos esta información entre nosotros y usted entérese de qué presencia policial había por el puente aquella noche. Tuvo que ser mucha, aunque los de la UIP dijeran que no andaban por allí. Quizás fuera una patrulla de apoyo, no lo sé. Pero, es un comienzo. —Arturo Paniagua había dejado de tamborilear sobre la mesa, la preocupación había hecho que apareciesen profundas arrugas alrededor de sus ojos y parecía unos años más viejo—. Pero sea discreto, por el amor de Dios, no queremos que nos estalle en las narices un escándalo de este calibre, ¿estamos?

—Bien jodidos es lo que estamos. —Rezongó Olcina—. Tiene que creerme inspector, la mayoría de las veces solo pido ser de ayuda, hacer mi trabajo y, con un poco de suerte, atrapar a los culpables. Pero una mierda como esta me supera.

—No pierda los estribos y todo saldrá bien. —Le animó el inspector—. Por el momento, nuestra única prioridad es encontrar a Walter Delgado y recuperar esa navaja antes de que ese misterioso policía lo haga por nosotros y acabe con el testigo y las pruebas. Y pregúntele, sin falta, al subinspector Espinosa por qué está tardando tanto en comprobar la información del número de teléfono que se usó para dar el aviso. Si establecemos que se hizo desde una tarjeta de prepago podemos dar por sentado que se trata de El Ángel Exterminador.

Raúl Olcina suspiró y dejó caer la mirada hacia la puntas de sus zapatos. Cuando levantó la cabeza, sus ojos tenían un brillo que Paniagua no había visto nunca en él. El brillo de la extenuación mental y, sobre todo, del estupor. El mismo estupor que sentía el propio inspector, la revelación del criollo complicaba mucho las cosas.

—Supongamos que se trata de un policía... ¿Por qué ir a por Oswald Torres o, para el caso, Walter Delgado? —Preguntó de repente Arturo Paniagua.

—¿A qué se refiere, jefe?

—¿Por qué los buscaba? ¿Por qué ese policía querría matarlos? Nos falta una pieza clave, nos falta el motivo. Incluso, aunque el asesino fuera El Ángel Exterminador, Walter es un pandillero de tres al cuarto y Oswald, un don nadie.

—Quizá se trate de un pago de cuentas de poca monta. —Paniagua extrajo su bloc de notas y comenzó a rebuscar algo entre sus páginas. Mientras Raúl Olcina continuaba elucubrando—. Algo pequeño, un intercambio de dinero entre los Latin King y el supuesto agente de policía. Alguien paga en metálico y alguien hace la vista gorda. Esto pasa muy a menudo. Oswald y Walter pudieron presenciarlo o, incluso, realizar el pago.

—Así que los quiso matar para que no lo divulgasen... —El inspector no estaba demasiado convencido con la teoría pero era más de lo que él mismo tenía.

—¿Y por qué no? —Insistió Olcina, alzando los hombros—. Una cosa así, de saberse, podría arruinar la carrera de cualquier agente y Walter Delgado, por ejemplo, no parece un tipo muy de fiar. Seguro que pensó que se iría de la lengua.

—No sé. Hay demasiadas lagunas, como por qué les acorraló delante de tantos testigos, todos esos forofos del Deportivo tuvieron que verle la cara. Seguramente podría haber buscado un momento mejor y un lugar más apropiado, ¿no le parece? ¿Y cómo supo dónde iban a estar Oswaldo y Walter aquella noche? ¿Cómo supo que irían al partido o que cruzarían el río por el paso elevado, Walter dijo que se les ocurrió de repente?

—Quizás exista un motivo personal. —Sugirió el subinspector—. Quizás el asesino conocía a uno de los dos y lo siguió hasta el estadio y luego por el puente, cuando les vio pelearse con los ultras, vio su oportunidad y la aprovechó.

—Tenemos que volver a hablar con la señorita Torres, de nuevo. Ver si puede darnos alguna pista sobre el misterioso policía. —Dijo Paniagua—. Es una lástima que hayamos perdido a Walter, ese muchacho es la clave de todo el asunto.

—Buena suerte con eso. —Masculló Olcina, mientras se pasaba la mano por el rostro para alejar las telarañas del cansancio—. Seguramente ya esté escondido en la guarida más profunda que haya podido encontrar, tan cagado de miedo que ni se dé cuenta de que a su lado está el puto Bugs Bunny comiendo zanahorias.

El inspector Paniagua le lanzó una mirada reprobatoria, a la que Olcina respondió encogiéndose de hombros, una vez más, y clavando la vista en la superficie laminada de la mesa. Siempre le había maravillado la pulcritud que mantenía su jefe en el despacho, ni un solo papel fuera de su sitio, ni una mota de polvo de antigüedad superior a un par de horas. El inspector guardaba una gamuza en el cajón, junto a su arma reglamentaria y el montón de cuadernos que usaba para tomar notas, que pasaba regularmente casi de manera compulsiva por el despacho. Incluso los archivadores estaban meticulosamente ordenados y cerrados bajo llave.

—Repasemos de nuevo lo que sabemos. —Dijo de pronto el inspector, interrumpiendo el silencio. Olcina asintió, dejándole continuar.

—Sabemos que Oswaldo Torres fue al partido de fútbol con unos amigos. Al finalizar el encuentro, se separó de ellos y se encontró con Walter Delgado.

Mientras hablaba, clavaba la mirada en la ventana de su despacho. En el exterior, la noche pugnaba por cernirse sobre la calle iluminada con farolas de vapor de sodio que desprendían una luz anaranjada, se había levantado un poco de viento racheado que sacudía las ramas de los árboles y levantaba remolinos de polvo y suciedad en la desierta acera.

—En el bar donde se encontraron, junto al estadio, Oswaldo tuvo un altercado con el grupo de ultras y luego decidieron ir a buscar un poco de marihuana para relajarse. Walter propuso ir al bar La Salsa, que se encuentra al otro lado del

Manzanares y, cuando caminaban por el Puente de San Isidro, se volvieron a topar con los seguidores del Deportivo. Hubo una pelea. —Paniagua se detuvo un instante para tomar aliento—. Entonces, según Walter, un policía intercedió en la discusión, le pidió a Oswaldo que tirase su navaja, forcejearon y el chico acabó con varias puñaladas en el fondo del río.

—Blanco y en botella, jefe. —Asintió Olcina—. Si es que vamos a creer la versión del criollo.

—Sí, no tenemos nada más. En este maldito caso nada es lo que parece. —Gruñó el inspector, apartando con la mano una invisible mota de polvo de la pernera de su pantalón—. Primero, parecía un asunto entre hinchas. Luego, la tortilla se inclinó del lado del ajuste de cuentas y ahora, entra en escena un misterioso policía.

—Le digo que no hubo ningún policía. ¡Es una locura! Si un agente presencié la pelea, ¿por qué no llamó a su comisaría para pedir ayuda? ¿Por qué huyó cuando todo hubo terminado? Ningún policía que yo conozco actúa de esa manera.

—Preguntas, preguntas... —Coincidió Paniagua, pensativo—. Tengo otra más, ¿cómo encaja en todo esto El Ángel Exterminador?

Antes de que el subinspector Olcina tuviese tiempo de responder, asomó por la puerta uno de los policías del turno de noche y sacudió los cimientos del caso con la fuerza de un terremoto. Acababan de encontrar el cadáver de Walter Delgado.

Y una sombra, espesa y oscura como la brea se adueñó del rostro del inspector Paniagua.

El director Rojas les estaba esperando en el vestíbulo del Hotel Regente cuando llegaron. La mañana había dado una pequeña tregua a la ola de calor y de hecho se había levantado una suave brisa que soplabá del norte y traía consigo el frescor propio de la Sierra de Madrid.

Martin había pedido al inspector Paniagua que le permitiese ver la escena del crimen antes de visitar al médico forense que se iba a encargar de la autopsia del profesor Mesbahi. Necesitaba ver con sus propios ojos la localización física de las evidencias que habían anotado en su informe los peritos de la Policía Científica. Aquella mañana se sentía inquieto y, sobre todo, solo. Le hubiera gustado encontrarse en Rhodes, desayunar unas cuantas de las maravillosas tortitas con sirope de arce que cocinaba su madre y, tras pasarse casi toda la noche en vela, lamentaba haber aceptado el ofrecimiento del Jefe Beltrán de participar en la investigación de aquel caso. No dejaba de darle vueltas al asunto en su cabeza.

—Buenos días, señores. —Saludó el director, tendiendo una tarjeta electrónica al inspector Paniagua. Las bolsas que lucía debajo de los ojos indicaban que él tampoco había dormido demasiado la pasada noche—. Aquí tienen una llave de la suite del difunto profesor.

—¿Por qué han hecho una llave nueva? —Quiso saber Paniagua.

—La política de seguridad del hotel cambió el código de la llave pensando en que quizás el culpable tuviese una copia. Está programado, saben, y lo hace el sistema informático automáticamente sin necesidad de que un operario lo ordene.

—Gracias, director Rojas, cuando terminemos dejaremos la llave nuevamente en la recepción del hotel. —Dijo Paniagua.

Los tres se dirigieron hacia el ascensor y subieron en silencio hasta la planta tercera donde se encontraba la suite del profesor Mesbahi. El pasillo enmoquetado estaba desierto y ningún policía de servicio se hallaba apostado en la puerta de la suite. Martin se extrañó por ello.

—No hay nadie custodiando la escena. —Comentó en voz alta.

El inspector se encogió de hombros, mientras rasgaba con una pequeña navaja suiza el sello de papel adhesivo que certificaba la preservación de la escena.

—Los peritos de la Científica estuvieron trabajando en la escena todo el día de ayer. Ahí dentro no queda nada que no hayamos revisado, etiquetado y catalogado como prueba.

Utilizando la llave electrónica que le había entregado el director, Paniagua abrió la puerta de la suite. Hasta Martin llegó el inconfundible tufo de la sangre en vías de putrefacción y arrugó instintivamente la nariz.

—Uf, ¡qué peste! —Exclamó Olcina, cuyo rostro no presentaba un mejor aspecto que el de su jefe y los estragos de una noche en vela se manifestaban en el color ceniza y la falta de elasticidad de su piel—. Uno nunca se acostumbra a ello, ¿verdad?

Nadie le contestó, pero todos estaban pensando algo parecido. Del bolsillo de su americana, Martin extrajo una cámara de fotos digital, una libreta y un bolígrafo. Avanzó unos metros hacia el interior de la suite y la observó detenidamente sin precipitarse, tomándose todo el tiempo del mundo.

Salvo las banderillas numeradas que los peritos de la Policía Científica habían usado para marcar la localización de las pruebas, la habitación parecía intacta, como si allí no se hubiese cometido el acto violento que acabó con la vida de un ser humano. Era una de tantas suites de cualquier hotel de lujo del mundo. Separada en dos estancias, Martin se encontraba en medio de una especie de saloncito que contenía un sofá y dos butacas de estilo clásico, decoradas con textiles caros, en tonos rojos y cremas, y que estaban dispuestas en torno a una mesita de cristal y una madera noble que no reconoció. Allí es donde suponía que el asesino había dejado el recipiente de plástico en un primer momento. Ahora, sobre ella, se podría una bandeja de fruta sin tocar.

Desplegó el informe preliminar y rebuscó hasta localizar el listado de las pruebas. El inventario indicaba que la primera prueba se había señalado en las pesadas cortinas, con motivos florales a juego con la tapicería de los sillones, que decoraban los tres altos ventanales del salón. Los cordones dorados con los que el asesino había atado al profesor a la silla.

Fijó la mirada en el lugar y localizó la banderola con el número uno correspondiente. Ambos cordones habían desaparecido y los costosos visillos caían rectos hacia el suelo ocultando buena parte de la ventana. Por la fotografía forense tomada del cuerpo, Martin supo que se trataba de unos gruesos cordones de seda, decorados con filamentos de hilo de oro. En su fuero interno, sospechaba que el patólogo forense no obtendría de ellos ningún resto epitelial del asesino porque la ausencia generalizada de huellas dactilares en toda la escena indicaba que había llevado guantes durante todo el rato.

Martin hizo una foto del lugar con su Powershot y apuntó algo en su libreta.

—¿Por qué no trajo algo para atar al profesor? —Preguntó en voz alta—. Es evidente que estaba equipado con herramientas para cometer el asesinato. La sierra, la pistola... ¿Por qué no incluyo un rollo de cinta americana, por ejemplo, que tuvo que usar los cordones de las cortinas?

—Quizás se le olvidó y tuvo que improvisar a última hora. —Aventuró Raúl Olcina.

Martin negó con la cabeza.

—Si se acordó de traer el resto, dudo mucho que se olvidara de algo tan sencillo e importante como eso.

Entonces se fijó en un pequeño mueble con forma de escritorio, sobre el que reposaba un fajo de folios de carta con el membrete del hotel, junto a ellos había un delicado bolígrafo, el terminal telefónico y un folleto que explicaba el uso de la línea wifi.

—¿Tenía el profesor un ordenador portátil? Vamos a necesitarlo. Si su asesino fue alguien a quien conocía, entre los ficheros de su ordenador quizás encontremos alguna pista.

—También su correo electrónico. —Coincidió Paniagua—. Es posible que pudiera recibir algo, como una amenaza, por ejemplo, que arroje alguna luz con respecto al móvil de su muerte.

—Buena idea. —Dijo Martin—. Aunque tengo la impresión de que el asesino no era alguien muy cercano al profesor. El *modus operandi* no coincide con ese tipo de homicidios. Pero quizás podamos encontrar indicios del primer contacto.

—¿El primer contacto? —Se interesó Olcina.

Martin asintió.

—Alguien que se toma tantas molestias para matar a otro; entrar y salir sin ser visto, burlando la vigilancia de los guardaespaldas; llevar consigo las herramientas que va a usar para cometer el homicidio; etcétera, ha tenido que haber vigilado a su víctima durante algún tiempo, conocer sus hábitos y rutinas. —Explicó Martin con voz neutra, tratando de no parecer que estaba sermoneando a nadie o impartiendo una conferencia—. Alguien así ha tenido, sin duda, la urgencia de acercarse al profesor, de tomar contacto con él, tratarle de cerca. Muchos asesinos alimentan sus fantasías prehomicidas al experimentar lo que se siente al estar próximos a su víctima. Se sientan junto a ella en el autobús, caminan por la calle y fingen tropezarse... A menudo, también le escriben correos electrónicos. No estoy hablando de amenazas ni nada parecido, sino correos que, a simple vista, parecen inocuos pero sin embargo encierran mensajes ocultos.

—De acuerdo, pero no estoy muy seguro de que el coronel Sadeq Golshiri acepte a dejarnos entrar en el ordenador del profesor. —Repuso Olcina.

—Inténtelo, Olcina, y si no se lo da por las buenas, hable con el Jefe Beltrán, a ver si puede mover algunos hilos.

El subinspector asintió y tomó unas rápidas notas en su libreta de bolsillo. A su lado, Martin estaba ojeando, una vez más, el inventario del informe policial.

—¿A qué hora avisaron desde el hotel? —Preguntó, sin levantar la cabeza.

—Cerca de las once y media, creo. ¿Por qué? ¿Es importante?

—No, simplemente me estoy haciendo una composición temporal, estableciendo el orden en el que pasaron las cosas. Siempre ayuda a poner las cosas en perspectiva. —Continuó revisando el informe y, tras un prolongado silencio, añadió—: Aquí dice

que cuando llegaron los primeros policías les recibió el director Rojas y la empleada que encontró el cuerpo.

Martin levantó la vista y la fijó en Paniagua.

—Ni rastro de los guardaespaldas del retén de seguridad. —Informó—. ¿Alguna idea de dónde se metieron?

El inspector se encogió de hombros e hizo un ademán en dirección a Olcina como queriéndole indicar que esa era otra cosa que también tendría que preguntar al iraní.

—Así que nuestro sospechoso se las ingenió para colarse en la habitación del profesor sin ser visto por los guardaespaldas, ni por algún huésped o empleado del hotel. —Se detuvo—. ¿Algún indicio en las cámaras de vigilancia?

El subinspector negó con la cabeza.

—Nada. O es muy listo y sabía dónde se encontraban ubicadas todas las cámaras o es el tío más suertudo del mundo porque ninguna grabó nada fuera de lo común.

Martin asintió con la cabeza, condescendiente, como si hubiera sabido de antemano la respuesta a su propia pregunta. Entonces, prosiguió recuperando el hilo de su exposición:

—De acuerdo. Burló a todo el mundo, entró en la suite, ató y desnudó a la víctima, luego le seccionó la mano izquierda y le disparó a bocajarro un tiro entre los ojos. —Martin parecía reflexionar en voz alta—. Y, por si fuera poco, todavía tiene la sangre fría de escribir su grafiti del espejo con la propia sangre del hombre al que acaba de matar.

—Y todo ello, sin que nadie se enterase de nada. —Apuntó Raúl Olcina cariacontecido—. Resulta casi imposible, tiene que haber algo que se nos escapa.

—Exacto. La dirección del hotel ha confirmado que no se ha hecho ningún duplicado de la llave y que la última vez que se abrió la puerta coincide en el tiempo con la entrada de la empleada del hotel.

—¿Cómo entró, entonces, el asesino en la habitación? —Preguntó el inspector.

—¿No resulta obvio? El profesor le conocía y le abrió él mismo la puerta. —Respondió Olcina.

—No nos olvidemos de los guardaespaldas del coronel. Si el profesor dejó entrar a alguien en su habitación, estos lo hubiesen sabido o incluso impedido. El coronel Sadeq Golshiri no mencionó nada al respecto. —Explicó el inspector Paniagua.

—Pues volvemos a estar en el punto de partida. —Replicó Olcina, desanimado—. Estamos avanzando en círculos como un perro que intenta morderse su propia cola.

El inspector le lanzó una mirada irritada, lo que básicamente indicaba que no estaba de humor para las expresiones de tres al cuarto de su subordinado. Así que este se limitó a cerrar el pico y mantenerse al margen.

—Me intriga el hecho de que haya cometido el crimen en el dormitorio, donde apenas hay luz. —Apuntó Martin Cordero ignorando el rifirrafe entre los otros dos—. Incluso llegó a bajar las persianas y a cerrar las cortinas. ¿Por qué lo habrá hecho? ¿No hubiese sido más práctico cometer el homicidio en la otra habitación? Es más



espaciosa, tiene más luz...

—A mí tampoco se me ha pasado por alto ese detalle. Puede que le guste la oscuridad. ¿Qué significa eso?

—Por sí solo, nada. Pero es una pieza más del puzle. —Respondió Martin—. Otra cosa más, el cadáver estaba desnudo. ¿Alguien sabe dónde se encontraban sus ropas?

Paniagua y Olcina intercambiaron una mirada, resultaba evidente que la pregunta les había pillado por sorpresa. Al cabo de un rato, ambos negaron con la cabeza.

—Sería importante localizarlas y determinar si fueron arrancadas de su cuerpo o si se las quitó él mismo.

—¿Por qué es importante lo que pasase con las malditas ropas? —Quiso saber el inspector Paniagua, cada vez más irritado con las preguntas, aparentemente inocuas, del ex agente del FBI.

—Porque nos ayudará a establecer el *modus operandi* del asesino. —Explicó Martin—. Supongamos que el asesino amenazó al profesor para que se desnudase... Estamos hablando de una situación inestable, arriesgada para el asesino. El profesor bien podía haberse sentido denigrado y negarse. ¿Cómo reaccionó el asesino, entonces? ¿Le amenazó con su pistola? ¿Le golpeó para que le obedeciese? No había marcas visibles en el cuerpo del profesor que sugieran que se defendió, ¿no es así?

—Nada visible a simple vista. —Corroboró Paniagua, a regañadientes.

—Sospecho que el informe del forense nos dirá que el profesor fue reducido con algún tipo de droga. Si el profesor estaba dormido, todo se hace mucho más sencillo y manejable. Llevarle al dormitorio, sentarlo en una silla, desnudarlo... Para cuando el pobre profesor recuperó la consciencia ya se encontraba sin ropa, atado y amordazado.

—Entonces, todo encaja con un homicidio de naturaleza sexual sádica, como dijo Marc Claver. —Apuntó Raúl Olcina—. Le ató para poder dominarlo y le dejó en pelotas para hacerle sentir la vejación que significa encontrarse totalmente desprotegido y a su merced. ¡Es un puto depravado!

—Es posible, subinspector. —Coincidió Martin.

—Sin embargo, no lo violó. No detectamos indicios de violación. —Expuso Paniagua—. Si se trata de un sádico sexual, como dicen, ¿no querría forzar sexualmente a su víctima antes de matarla?

—No necesariamente. Existe un tipo de depredadores sexuales que ve a sus víctimas como simples objetos que usa a su discreción para obtener un particular placer sexual. El asesino quizás solo disfrute rememorando el crimen en la seguridad de su hogar, utilizando la mano como catalítico para excitarse sexualmente.

—¡Qué malnacido! Esa es una imagen que no necesitaba recrear en mi cabeza. —Exclamó Olcina, repugnado.

—Así que nos encontramos ante un depredador sexual que se lleva *souvenirs* de la escena del crimen como recuerdo. —Dijo el inspector Paniagua insistiendo en esa hipótesis.

—Como dije antes, todo es posible aunque algo me dice que el homicidio del profesor Mesbahi no tiene nada de sexual. —Replicó Martin. Entonces, caminó hasta el dormitorio y se enfrentó, por primera vez, con la verdadera escena del crimen.

Allí el olor a sangre putrefacta era más intenso y desagradable. En las paredes y en el techo había una intrincada maraña de salpicaduras de sangre, que había adquirido el usual tono parduzco que se producía cuando los glóbulos rojos eran expuestos demasiado tiempo al aire y habían perdido toda su carga de oxígeno. Bajo la luz de la mañana, el dormitorio era rosa y crema. El papel pintado de las paredes brillaba con tonos plateados con la luz del sol, allí donde no se encontraba cubierto por cuajos de sangre reseca. Entonces el marrón rojizo se apoderaba de todo.

Martin estudió la estancia con detenimiento. A pesar de que la habitación era una suite, aquel dormitorio tenía algo de opresivo y pensó que, con las persianas echadas, sin apenas dejar pasar los rayos de luz, debería ser poco más que una cueva. *Definitivamente, le gusta la oscuridad*, se dijo mentalmente. Martin centró su atención en la posición de la silla y en la enorme mancha de sangre que se extendía a sus pies. El asesino se había tomado su tiempo seccionando la mano del profesor Mesbahi, no había sido un homicidio impulsivo dictado bajo los caprichos de la ira, sino un trabajo metódico y meticuloso que había durado algún tiempo y que había terminado con la mano seccionada a buen recaudo en un recipiente de Tupperware y el profesor ejecutado de un disparo en la cabeza, su cuerpo desechado, perdido todo su valor.

Martin observó una foto de la herida. El primer plano de una hendidura parduzca que dejaba entrever la nívea superficie del hueso de la muñeca rodeado de tendones y venas azuladas.

—El corte parece muy limpio, ¿se necesitan conocimientos de medicina para realizarlo? —Preguntó en voz alta.

El inspector Paniagua se encogió de hombros.

—Alguno de los peritos de la Policía Científica así lo expresaron, aunque tendremos que esperar a la opinión del patólogo forense para estar completamente seguros.

Martin miró más de cerca la fotografía del muñón y eso le recordó otra cosa.

—¿Encontraron rastros biológicos en la habitación?

—Nada. Salvo la sangre del profesor, estaba tan limpia como una patena.

—¿Nada de esperma? —Insistió Martin.

—Nada de esperma. —Corroboró Paniagua.

—Bueno, eso parece descartar el motivo sexual como móvil. Si fuera así, la visión de tanta sangre a su alrededor hubiese resultado embriagadora y difícilmente resistible. Sin embargo, supo controlarse.

Martin trataba de ordenar sus ideas. Cuanto más aprendía del asesino más le parecía motivado y racional. Alguien con un objetivo definido.

Un astuto depredador.

Implacable.

Cuando llegaron al edificio del Anatómico Forense, Martin se sentía desconcertado. La atmósfera que reinaba entre sus dos compañeros de coche era tensa y ninguno de ellos había cruzado palabra durante todo el trayecto. El agente del FBI pensó que se trataba de un asunto privado y no quiso incidir sobre el tema. En circunstancias normales hubiese hablado de sus primeras impresiones sobre el asesinato del profesor Mesbahi, pero se abstuvo de hacerlo y se dedicó a contemplar el transcurrir de las calles de Madrid, al otro lado de la ventanilla.

El Instituto Anatómico Forense era un edificio moderno cuya arquitectura de cinco plantas en funcional ladrillo naranja no le inspiró nada al ex agente del FBI y poco se parecía al impresionante edificio clásico con sus altas columnas de mármol que albergaba la Oficina del Forense de Rhodes, su ciudad natal. El cuerpo sin vida del profesor yacía imperturbable sobre una mesa de acero inoxidable en la sala de autopsias. El doctor Julián Balmoral se estaba poniendo unos guantes de látex y se inclinó sobre la mesa.

—Buenos días a todos. —Dijo en cuanto les vio entrar por la puerta.

—Buenos días, doctor. —Saludó de vuelta el inspector Paniagua, el rostro imperturbable como siempre, y a continuación identificó a Martin, como agente del FBI y asesor en el caso.

—Encantado, agente. Trabajar con un representante del afamado buró norteamericano es toda una novedad, me hace sentir inmerso en una película de Hollywood. —Dijo sonriendo, el forense—. Primero, si les parece, veamos esa mano.

Sobre una mesa con ruedas reposaba una bandeja metálica que contenía la mano mutilada cubierta por una lámina de papel blanco y que, supuestamente, pertenecía al profesor Mesbahi. Levantó la lámina y cogió la mano cercenada. La llevó hasta la mesa de autopsias y la colocó en su lugar legítimo, haciendo coincidir los cortes, acercó la lámpara de potente luz fluorescente que pendía del techo y la estudió detenidamente. El corte asimétrico, los tendones emergiendo como cables eléctricos, de un blanco mortecino. El doctor Balmoral se detuvo un tiempo considerable en los huesos de la muñeca y luego pasó a inspeccionar los dedos bajo el aumento de una lupa cuadrada que tenía su propia luz.

El silencio de la sala de autopsias era roto por un invisible hilo musical que reproducía *El Stabat Mater Dolorosa* de Antonio Vivaldi y reverberaba con suavidad

un tanto siniestra para el gusto del inspector Paniagua. A su lado, Raúl Olcina se mantenía unos pasos alejado leyendo sus mensajes en el teléfono móvil, como era habitual en él. Nunca quería tener nada que ver con los temas forenses. Martin Cordero paseaba su vista por todo el mobiliario sin centrarla en el cuerpo sobre la mesa, se sentía como si de repente hubiera entrechocado los tacones de sus chapines rojos y hubiese regresado a Montana. Al mortal abrazo de Gareth Jacobs Saunders. Todo daba vueltas a su alrededor. Inspiró profundamente tratando de calmarse y recordó la última autopsia a la que había asistido.

La víctima se trataba de una mujer joven, casi una niña, todavía por identificar, y se encontraba en la morgue de Rhodes en Nueva Jersey, con el rigor mortis asentado en todos y cada uno de sus músculos de su cuerpo adolescente. Aunque ellos aún no lo sabían se encontraban ante la víctima número seis del inefable Dr. Muerte. El patólogo forense ya había iniciado la incisión con forma de uve en el pecho y luego prolongada en línea recta hasta la pelvis y se erguía sobre los restos inspeccionando cada recoveco en busca de indicios.

El cuerpo se hallaba desnudo, y su piel tenía una tonalidad cerúlea que contrastaba contra el brillo del acero inoxidable. La piel y el resto de tejidos adiposos se desplegaban a ambos lados de un modo que a Martin le recordaban las alas de un ángel. Entonces el patólogo había comenzado a extraer del cuerpo los objetos que el Dr. Muerte había introducido en su interior. Una jeringuilla de metal y cristal antigua, el extremo de un estetoscopio. Todos ellos herramientas de su profesión con las que se ayudaba a las personas, utensilios que salvaban vidas pero que él había corrompido horriblemente al obligar a sus víctimas a tragárselas a través de un tubo esofágico, cuando todavía estaban vivas, cuando todavía latía su corazón. Eso sí, después de mantenerlas retenidas durante una semana y violarlas repetidamente...

—Agente Cordero, ¿se encuentra bien? ¿Necesita algo? —Preguntó, de repente, el inspector Paniagua con aire de preocupación. El color de la piel de Martin había palidecido y mostraba tintes enfermizos.

—No, inspector. No me encuentro bien, ni por asomo. —Masculló, notaba un nudo de aprensión en el estómago y no quería estar allí, pero se había comprometido y cumpliría con su palabra—. Pero se me pasará.

El inspector Paniagua le examinó detenidamente, ya había visto con anterioridad esa cara, pertenecía a alguien que no se encontraba cómodo en la sala de autopsias, alguien que prefería observar los estantes de aluminio antes que impregnar su retina con el aspecto más desagradable de la muerte. Sin duda, Martin estaba acostumbrado a examinar sangre y vísceras de las víctimas pero desde la asepsia que representaba el papel fotográfico. Las escenas del crimen y las autopsias se hallaban en un lugar distante y no suponían una amenaza. Nada de mancharse las manos. Antes de que pudiera decir algo al respecto, la voz del doctor Balmoral se lo impidió.

—Hum..., aquí hay algo significativo.

Olvidándose de Martin, Paniagua se acercó aún más al cuerpo para examinarlo de

cerca. Se sorprendió, sin embargo, al sentir al agente del FBI a su lado.

—¿Qué es lo que tiene, doctor? —Preguntó inquisitivo.

—Bueno, por imposible que parezca, yo diría que la mano cercenada pertenece a la víctima. Los cortes y crestas de la amputación coinciden casi milimétricamente. Aún está por determinar cómo terminó en la mesa de la víctima antes de que esta falleciese. —No había sido una pregunta, así que prosiguió—: En cualquier caso, he solicitado la prueba de comparación de ADN para estar seguros.

Sacó unas fotografías del muñón y luego observó su tono rosado mientras tomaba medidas y hacía anotaciones en voz alta para la grabadora.

—La herida ha sido infligida con una hoja muy afilada y aserrada, como se puede apreciar en esas muescas dentadas de ahí. —Señaló con la punta de un bisturí unas indentaciones que aparecían en el hueso de la muñeca—. ¿Ve, inspector? En la articulación de la muñeca, el asesino ha usado una sierra manual para realizar la amputación, de corte convencional de adelante hacia atrás. Lo más extraño es que tampoco he detectado cortes de inicio falsos, lo cual indica que el asesino posee cierta pericia y algunos conocimientos de anatomía. Y dado que es poco probable que se halle algún tipo de sierra similar en una habitación de hotel, el asesino ha tenido forzosamente que llevarla consigo. Sin embargo...

Se detuvo unos instantes en su explicación para devolver el bisturí a la bandeja de instrumentos.

—He observado algo extraño en la mano mutilada. —La tomó suavemente entre sus propias manos y la elevó hacia la luz—. Me refiero a las uñas. Las uñas de la mano cortada tienen una longitud anómala, diferente de la mano derecha, ligeramente más largas. Si prestan atención verán como las uñas de la mano derecha se encuentran perfectamente manicuradas mientras que las de la izquierda presentan irregularidades y una mayor longitud.

—Eso es algo que he visto en los músicos, sobre todo en los que tocan instrumentos de cuerda. —Replicó el inspector—. No sé qué tiene de relevante ese descubrimiento.

—Exactamente, algunos músicos, especialmente los guitarristas, se dejan crecer las uñas más largas para poder rasgar mejor las cuerdas. Pero generalmente se trata de la mano derecha y siempre los dedos índice y pulgar. —Hizo una pausa y señaló al cuerpo tumbado en la mesa—. En su caso se trata de la izquierda, algo inusual, y de todos los dedos. Yo diría que, por alguna razón, este hombre se hizo la manicura en una mano y se olvidó de la otra.

—Absurdo. —Rezongó Paniagua.

—¿Cuánto tiempo de diferencia cree usted que existe?

Esta vez fue Martin quien hizo la pregunta. El forense pestañeó repetidamente al oír su voz, como si se hubiera olvidado hasta ese momento de su presencia.

—Hum..., no sabría decirle en este momento. El crecimiento de las uñas del ser humano depende de muchos y variados factores como la edad, el sexo, la

alimentación, incluso las estaciones. Es un hecho probado que las uñas, por ejemplo, sufren un mayor crecimiento en verano. Sin embargo, podemos establecer como estándar un ritmo aproximado de tres milímetros al mes. A ver... —El doctor Balmoral rebuscó entre el instrumental que se encontraba en una de las alacenas de acero inoxidable que se hallaban adosadas a la pared y extrajo un calibre—. Estas tienen una longitud de cero coma dos milímetros, entonces...

—Casi dos días. —Interrumpió Martin—. Hay un lapso de tiempo entre ambas cercano a las cuarenta horas. Coincide con la línea del tiempo establecida.

—¿No estará insinuando que se creen ese desatino de que la mano mutilada pertenece a la víctima? —Protestó Paniagua.

—Lo único que puedo añadir por el momento es lo que ya he señalado. Si es un truco para despistarnos, entonces, debo añadir que es extremadamente elaborado y complejo.

—Esperemos a que se realicen las pruebas del ADN para salir de dudas, pero no caigamos en conclusiones fantásticas. ¡Es lo único que me faltaba! —Insistió el inspector con su tacto habitual.

El forense asintió y regreso junto al cadáver para seguir examinando el horrible corte.

—También puedo decirles que la amputación se ha realizado mientras la víctima permanecía con vida. La elasticidad y el rigor de la mano coinciden con ese supuesto.

—¡Dios mío! —Masculló el subinspector Olcina, olvidándose momentáneamente de su teléfono móvil.

—No es extraño. —Repuso Paniagua, tratando de ocultar su propia desazón tras una pátina de profesionalidad—. Es lo que nos temíamos, dada la cantidad de sangre que cubría las paredes de la escena del crimen.

Martin asintió.

—Muchos asesinos tienen rasgos sádicos que les lleva a querer infligir el máximo dolor en sus víctimas. Cortarle la mano a alguien en vida, encaja con ese perfil. —Martin parecía ponderar algo en su mente mientras se pellizcaba ausente el labio superior. Olvidado quedaba su malestar de hacía apenas unos minutos, ahora su mente se ocupaba al ciento por ciento en lo que tenía ante sí—. ¿Cuál fue definitivamente la causa de la muerte?

—Bien, uno podría pensar que fue el disparo a quemarropa de la cabeza. —Contestó el forense—. Sin embargo, una herida como esa. La pérdida de sangre tuvo que ser enorme y no me atrevo a asegurarlo. Tendré que hacer más pruebas y entonces estaré en condiciones de confirmar la causa. —Se detuvo con las manos reposando en las caderas y dijo—: Esto va a tardar un rato, si quieren pueden aguardar en la cafetería y les envío a buscar cuando determine la causa y el modo de la muerte.

—¿El modo de la muerte? —Interpeló Raúl Olcina, estupefacto—. ¿No parece evidente?

El forense dejó escapar una sonrisa cansina y respondió:

—A veces, subinspector, las cosas no resultan como parecen.

—Gracias, doctor. —Cedió el inspector—. Avísenos cuando tenga algo concreto.

La cafetería se encontraba una planta más arriba y era una de esas concesiones franquiciadas en las que todos los productos se hallaban envueltos en celofán y parecían hechos de plástico. Martin pidió un café con leche y Paniagua uno solo y llevaron cada uno sus propias tazas hasta una mesa cercana. Mientras tanto, el subinspector Olcina se entretuvo hablando por teléfono con la central.

—El Jefe Beltrán me ha informado de que la prensa se ha hecho eco del caso como si fuese un asesinato aislado. Tampoco se hace mención a la mutilación de la mano. —Les informó Olcina en cuanto se les unió en la diminuta mesa de formica amarilla—. ¿Alguna vez se topó con algún caso parecido a este? Cortarle la mano a alguien de ese modo... Quiero decir, el tipo tiene que estar como una verdadera chota.

Martin se limitó a esbozar una tenue sonrisa. Considerar a los causantes de las muertes más horrendas como lunáticos era el primer gesto defensivo que un ser humano realizaba para protegerse de la verdad que encerraba la mayoría de los asesinatos. Tal verdad no era otra que los culpables, habitualmente, estaban tan cuerdos como ellos.

—Antes dijo algo sobre que nuestro asesino podría ser un sádico, pero algo me dice que no parece muy convencido. —Añadió el inspector Paniagua.

—Buena apreciación, inspector. Disparar a alguien en la cabeza es una acción que se contradice con la amputación de la mano en vida. Una muerte rápida como un disparo es impersonal, no conlleva la intención de hacer sufrir a la víctima, y sin embargo, la amputación es muy personal y tiene serias connotaciones de sadismo. —Explicó Martin, reflexivamente.

—El tipo está como una puta cabra. Es más que evidente. —Retortó Olcina—. ¿Cómo nos ayuda eso a meterle entre rejas?

—Todo suma, subinspector. Todo suma. —Replicó Martin, exhalando el aire con paciencia—. El asesino parece estar en conflicto consigo mismo y eso le vuelve impredecible, más difícil de ajustar en un perfil criminal.

—Ahora es cuando nos va a contar que el asesino es impotente y que se siente emasculado. —Torció el gesto el inspector Paniagua.

Martin dejó escapar una risita y apuntó con ironía:

—Inspector, o ha hecho los deberes o ha leído demasiados libros sobre asesinos en serie. Pero sí, la emasculación puede ser algo que defina a su asesino. No una emasculación física, no quiero sugerir que está literalmente castrado, sino una emasculación psicológica. De algún modo, su psique ha sido lastimada, y de ahí que sienta la compulsión de mutilar a sus víctimas cercenándoles una extremidad.

El inspector Paniaguaapuró su café de un trago y pareció paladear su sabor unos instantes con los ojos semicerrados. Para ser una cafetería de hospital no estaba mal



del todo y ponderó durante unos instantes levantarse y dirigirse hacia la barra para pedir otro. En cambio, preguntó:

—Dígame algo agente Cordero, ¿para qué querría nadie llevarse la mano de un hombre muerto y hacernos creer que se la envió a la víctima antes de su muerte?

—Es extraño, pero no único. —Concedió Martin—. Al menos, en lo que se refiere a llevarse la mano del profesor. La mayoría de las veces los asesinos en serie guardan trofeos que toman de sus víctimas y se los llevan a un lugar seguro, en donde se sientan a salvo, para jugar con ellos y revivir sus atrocidades cuando la compulsión de matar les asalta. Jeffrey Dahmer era conocido por cortarles los genitales a sus víctimas masculinas y colgarlos de la pared como piezas de caza. —Martin hizo una pausa y explicó—: Piense en ello como si fuera una especie de respuesta pavloviana, cuando el asesino vuelve a ver los órganos u objetos que sustrajo, las sensaciones que experimentó durante la comisión del crimen vuelven a él como si las estuviese sintiendo en ese mismo momento.

Guardó unos instantes de silencio.

—Enviársela después a otra persona, también puede resultar peculiar pero no es nada nuevo. El hecho de que algunos asesinos ofrezcan esos trofeos a sus víctimas suele significar un intento de manifestar el poder que sienten sobre ellas, una forma más sofisticada de tortura en la que provocan en la víctima por anticipado el mismo terror que la harán sentir más adelante. En cualquier caso, para el asesino el crimen comienza en el preciso instante en el que envía los trofeos.

Entonces, Martin dejó de hablar, no sabía qué responder respecto a la segunda parte de la pregunta. Resultaba evidente que estaban siendo víctimas de un truco de prestidigitación, una estratagema para despistarles o simplemente burlarse de las autoridades, pero podría ser mucho más, podría ser que el coronel Sadeq Golshiri no quisiera que identificasen al propietario de la mano mutilada y, supuestamente, primera víctima y que para ello les hubiera proporcionado una ficha de huellas dactilares falsa. Aunque, en sus tripas, sabía que nada de todo eso tenía mucho sentido.

—Respecto a la segunda parte de su pregunta, inspector, reconozco no saber qué contestar. —Añadió—. Obviamente, debe tratarse de una artimaña pero ¿de quién? Recuerde que, de momento, la identificación solo ha sido posible a través de la ficha de huellas que entregó la Embajada de Irán.

El inspector meneó la cabeza, corroborando que también había pensado en ello.

—Esos palurdos son todo lo paranoicos que se puede ser y supongo que no querrán ver sus asuntos interferidos por terceros. Cabe pensar que los iraníes están tratando, por algún oscuro motivo, confundir la identidad del dueño de la mano o la del profesor.

Martin asintió.

Entonces, una sonrisa de gato de Chesire creció en el rostro del veterano inspector y reclinó su voluminoso cuerpo en la diminuta silla de plástico de la cafetería

cruzando las manos por detrás de la cabeza, preparándose para esperar a que el forense concluyese sus investigaciones.

Martin dejó vagar la mirada por la cafetería y más allá, a través de la ventana abierta que quedaba a su costado, observaba los rostros de los madrileños que cruzaban por la calle. Personas ignorantes del truculento espectáculo que se desarrollaba tras las puertas del Instituto Anatómico Forense. Una pareja de jóvenes caminaba cogidos de la mano y reían sin pudor. Un taxista aguardaba pacientemente a que su pasajero rebuscase en el interior de su monedero el dinero necesario para pagar la tarifa. El coche de color blanco, lucía una franja roja en su costado, y emitía un débil ronroneo producido por su motor eléctrico. El modelo era un nuevo Toyota Prius y cada vez se veían más circulando por la capital.

Martin Cordero se había prometido que no volvería a trabajar como psicólogo criminal y que se dedicaría exclusivamente a escribir su libro. Sin embargo, de nuevo se encontraba sumergido en una investigación, como si fuera arrastrado por una invisible fuerza magnética. A pesar de que no estaba seguro de si su mente podía volver a soportar la presión que significaba volver a involucrarse en un caso, ni de si estaba preparado para hacerlo.

El inspector se levantó con la excusa de ver si el médico forense ya había terminado sus pruebas y desapareció por la puerta de la cafetería. Unos metros más allá, Raúl Olcina estaba hablando con la camarera, apoyando un codo sobre la barra como si fuera un cliente habitual. La mujer reía de algo que le estaba contando.

Con un suspiro resignado, Martin apartó la mirada y trató de olvidar las dudas que le asaltaban y centrarse en lo que habían descubierto. La cicatriz en su ingle comenzó a cosquillear y no pudo evitar llevarse una mano para calmar la sensación de que miles de centelleantes puntas de aguja pinchaban su piel pugnando por salir. A su espalda, unos pesados pasos le indicaron que se acercaba el voluminoso inspector de la BEHV.

—Ya hemos terminado aquí, agente. —Informó Paniagua y luego llamó a su ayudante—. ¡Olcina, deje de haraganear que nos vamos!

Martin le dedicó una leve sonrisa forzada y se levantó dispuesto a seguir al inspector al abismo de sus propios miedos.

En la calle, los últimos coletazos de la brisa serrana que les había refrescado por la mañana estaban dejando temperaturas por encima de los veintiocho grados y el asfalto ardía como en una barbacoa. Eran más de las dos y Martin descubrió que estaba hambriento, no había probado bocado desde el desayuno. Como si adivinara sus pensamientos, el inspector Paniagua se volvió hacia él y preguntó:

—¿Ha comido? Conozco una casa de comidas aquí cerca, donde guisan como para tirarle de espaldas a uno.

Martin se encogió de hombros y pareció dudar. No estaba seguro de qué hacer, con la tensión que había entre aquellos dos, no le apetecía nada tener que comer con ellos, pero la sobremesa sería un buen momento para poder compartir sus impresiones sobre el caso.

—Anímese, hombre. —Le instó el inspector—. Además, así tendrá ocasión de contarnos cómo capturó a todos esos asesinos en serie.

—De acuerdo, pero yo invito. —Se decidió finalmente.

—Ni hablar de eso, paga el Cuerpo Nacional de Policía. —Replicó Paniagua y echó a andar hacia el coche.

El barrio de Argüelles, donde se encontraba la casa de comidas, era conocido como «el mar» de Madrid y todo porque sus vecinos solían contar que si uno caminaba al atardecer, hasta los miradores de la calle del Pintor Rosales y levantaba la mirada hacia la Casa de Campo, podía ver ese efecto óptico tan peculiar que se producía cuando las calles grises dejaban fluir su calor hacia el cielo y sus remolinos transformaban la bóveda de Madrid en un mar infinito. El mismo mar que Neruda llamó «océano de cuero<sup>[13]</sup>».

Cuando llegaron al restaurante, les estaba aguardando en la barra el propietario del local, quien levantó una mano ostentosamente para saludar al inspector y les indicó el lugar en el que se encontraba su mesa. A su espalda, un enorme mural de azulejos mostraba una impresionante estampa del barrio en los años treinta presidida por la Iglesia del Buen Suceso.

El inspector Paniagua pidió la comida para todos y una botella de vino de la casa para acompañar. Desde luego, aquello de no beber en acto de servicio no parecía ir con los españoles.

*País nuevo, reglas nuevas, pensó Martin.*

Cuando les trajeron los primeros platos, una sopa de gazpacho que Martin

encontró especialmente sabrosa, el inspector se recostó en su silla y preguntó:

—Y bien, díganos, ¿cómo funciona?

—¿Cómo funciona qué?

—Lo que sea que haga. ¿Se le queda la mirada perdida y lo observa todo como en una película? ¿Se ve a sí mismo como el asesino en pleno acto? —Se detuvo unos instantes, suspicaz, y entonces añadió—: ¿No me irá a soltar uno de esos rollos sobre conexiones extrasensoriales con los asesinos? Ya sabe, ver a través de sus ojos y todas esas sandeces.

Martin sonrió hastiado. Si le hubieran dado un dólar por cada vez que alguien le había formulado esas mismas preguntas, sin duda alguna en esos momentos se encontraría en una playa caribeña de finísima arena blanca con un mojito en la mano. Sin embargo, se encontraba en Madrid, comiendo una sopa fría que tenía demasiado ajo y, por si ello no fuera suficiente atentado contra su aliento, trozos de cebolla y pimiento flotando en el líquido de color anaranjado. Martin no quería ni pensar en lo que aquel brebaje haría con sus intestinos.

—Nada de eso. En realidad, es algo ciertamente aburrido y tedioso. Simple trabajo de deducción policial, aderezado con un poco de psicología y muchas dosis de estadística. —Dijo por fin—. No creo que difiera mucho de la labor que realizan los agentes asignados a su departamento de Análisis de la Conducta. Al final, el resultado es el mismo, tratar de predecir cuál será el siguiente movimiento del criminal y capturarlo antes de que lo haga.

El inspector, que no había tocado aún su plato, le miraba con atención, estudiándole, aunque hacía verdaderos esfuerzos para que no se le notase. Se hurgó en el interior de la chaqueta y sacó un paquete de Ducados, se encendió un cigarrillo y ofreció uno a Martin que lo rechazó con una mueca. Primero el vino y ahora el tabaco en un establecimiento cerrado. A sus ojos el hombretón parecía responder únicamente ante su propia versión de las leyes.

—El subinspector Olcina, aquí presente, piensa que uno de estos acabará con mi potencia sexual. —Dijo, haciendo girar el cigarrillo entre los dedos—. ¿Usted qué piensa?

Martin se encogió de hombros.

—Pienso que le predica a un creyente. Fumo desde los veinte años y no pienso abandonarlo por nada en el mundo. Aunque sí he reducido el consumo.

Raúl Olcina alzó la cabeza de su plato y replicó:

—Ambos recordarán este momento cuando estén entre las sábanas con una rubia de quitar el hipo y se den cuenta de que no van a poder cumplir como Dios manda. Se lo digo yo y la Dirección General de Sanidad que de todo eso sabe un rato.

Todos rieron unos instantes y permitieron que el silencio se adueñase de la sobremesa. Una fina columna de humo ascendía en espiral desde el cigarrillo que sujetaba el inspector y Martin se fijó en el color amarillento que teñía la parte interior de sus dedos. Un tono que hacía juego con el de sus dientes como si de un

complemento perfecto se tratara.

Entonces, desde el fondo de la barra se escuchó la voz alarmada del propietario del local.

—¡Inspector, por favor, ya sabe que no está permitido fumar en el restaurante! ¡Va a conseguir que Sanidad me cierre el establecimiento!

—Solo ha sido una calada, Vázquez. Aguante los caballos por un segundo, que ya lo apago. —Gruñó el inspector a modo de respuesta y aplastó el cigarrillo contra el lateral de su propio plato de gazpacho.

Su voluminoso cuerpo sobresalía por encima de la mesa como si se cerniese sobre ella y eso que el inspector sacaba las piernas por un lateral. En contrapunto, el subinspector Olcina era un hombre de baja estatura, a quien el propio Martin le sacaba algo más de una cabeza. Rondaba la mediana edad y su pelo comenzaba a escasear por encima de la frente; asimismo, lucía una incipiente barriga cervecera que trataba de mantener a raya con algo de ejercicio, a tenor del tono del resto de su musculatura, pero que pronto se convertiría en toda una panza. Aquellos dos parecían una especie de versión aberrante y moderna de los personajes de Cervantes: Don Quijote y Sancho Panza.

—Estadística, decía usted... —El inspector le conminó a continuar.

—Efectivamente. Estadísticas y cálculos de probabilidad.

—¿Le importaría explicarse? Nunca entendí muy bien todo ese galimatías de empollón que nos cuenta Marc Claver sobre el tema. —Preguntó el subinspector Olcina que ya se había olvidado de su plato y centraba su atención en la conversación.

Martin dejó escapar un tenue suspiro y contestó:

—Piense en lo siguiente, subinspector, buscamos a un hombre de entre treinta y cuarenta años porque la experiencia y los estudios nos revelan que los menores de esa edad tienen tendencia a cometer asesinatos de manera más impulsiva, sin pensar demasiado en lo que hacen. Se dejan llevar solo por su deseo de matar. Del mismo modo, sabemos que el noventa y cuatro por ciento de los crímenes que se encuentran relacionados con mutilaciones han sido cometidos por hombres en vez de mujeres. Estas suelen involucrarse menos con sus víctimas y seccionar la mano a alguien precisa de una cierta proximidad que la estadística nos dice es ajena al asesino de sexo femenino.

El inspector Paniagua soltó un bufido antes de replicar.

—Pienso que todo eso tiene un poco de charlatanería y mucho de aventurar suposiciones y luego rezar para que sean acertadas. —Retortó.

—Es pura estadística, inspector. —Insistió el ex agente del FBI—. Las probabilidades nos indican el camino, no nos guían paso a paso por él. La mutilación de una víctima suele producirse por cuatro causas fundamentalmente: la más extendida es la defensiva, en donde el criminal trata de deshacerse de pruebas incriminatorias o entorpecer la identificación de la víctima. La segunda causa que

más se repite es la agresiva, que son los casos en los que la mutilación es accidental, producto de una fuerza desmedida o una sobreactuación del asesino durante el homicidio. A continuación, tenemos la causa ofensiva, la víctima es mutilada porque el criminal quiere infligir el mayor daño posible en la víctima, quiere hacerla sufrir de veras. Y, para terminar, la mutilación post mórtem o humillante, que no necesita de mucha más explicación.

Los ojos del inspector se entrecerraron un poco antes de interrumpir a Martin.

—Y usted piensa que en nuestro caso se trata de una mutilación ofensiva.

—Así es, en efecto. La mayoría de los casos de mutilación ofensiva, incluidos los de tipo «asesino múltiple», son asesinatos organizados, con un historial de crímenes violentos en su haber. De todos ellos, más de la mitad poseían conocimientos anatómicos básicos o avanzados. Médicos, veterinarios, carniceros o cazadores. — Terminó concluyendo Martin.

—Sigue sin decirnos nada útil para atrapar al asesino. —Insistió tozudamente Paniagua.

Martin se encogió de hombros.

—Así funciona la cosa. —Replicó—. La mayoría de las veces, los perfiles psicológicos son tan solo una herramienta más para ayudar a capturar a un criminal. En muy contadas ocasiones, son la verdadera y única causa de la captura. En mi caso, simplemente, tuve suerte.

—¿Por qué lo dejó? —Preguntó impulsivamente el inspector.

—¿Por qué deje qué cosa? —Martin no estaba dispuesto a dejarse avasallar por las burdas tácticas interrogatorias del inspector.

—El FBI, ¿por qué lo dejó todo y se vino a Madrid? —Insistió Paniagua.

Martin Cordero inspiró profundamente mientras valoraba realmente si quería contestar a la pregunta y cómo iba a hacerlo. Y, de pronto, decidió que ya había pasado suficiente tiempo como para guardarse todo aquello en su interior, que había llegado el momento de soltar lastre y liberarse del sobrepeso emocional que sentía. Así que, dejó escapar muy lentamente el aire de sus pulmones y lo soltó.

—El FBI era todo lo que tenía, todo lo que quería. Si me pregunta hace un año nada en el mundo me hubiese obligado a dejarlo. Pero trabajar para la Unidad de Ciencias del Comportamiento, los criminales que perseguíamos allí, es algo que te va desgastando poco a poco, silenciosa pero inexorablemente. Un buen día te levantas por la mañana y descubres que ya no puedes soportarlo más, que el saco en el que has ido enterrando todo el horror que has presenciado está repleto y no queda ni un centímetro de espacio más donde meter el siguiente retablo de crueldad que vas a presenciar.

Hizo una pausa para permitir que sus interlocutores asimilasen lo que estaba diciendo.

—Es horripilante... Las cosas que un ser humano puede hacerle a sus semejantes. No hay límite, ni manera de describirlas sin evitar sentir escalofríos, ni repulsión. Si

uno se expone a ellas, día tras día, termina por blindarse tras una recia coraza de profesionalidad, arriesgando su propia naturaleza humana. Su facultad para sentir, en definitiva.

—¿Eso es lo que le sucedió? ¿Terminó quemado? —Gruño el inspector con un hilo de voz.

Martin dejó escapar una sonrisa triste, antes de contestar.

—Eso y seis centímetros de acero en las tripas.

—El miedo termina corriéndole las entrañas a uno, no importa lo blindados que tenga los huevos. —Refunfuñó Olcina, asintiendo.

Martin no contestó. La verdad era que el miedo le estaba carcomiendo por dentro, como si hubiera tragado ácido de baterías. La memoria de la cabaña en el Parque Nacional de los Glaciares le acompañaba día y noche. No había un solo instante que algo no le recordara aquella fatídica noche en la que sintió que su mundo se terminaba. El olor sucio y nauseabundo del fuego, el charco de caldo embarrado en donde yacía, la carne y los huesos chamuscados de Gareth Jacobs Saunders. No había manera de olvidar.

*El olor a infierno.*

En realidad, el olor a fuego, a azufre, provenía del cigarrillo mal apagado que había fumado el inspector. Nada que ver con la mierda light que aspiraba el propio Martin. Instintivamente, alargó la mano para terminar de aplastar el cigarrillo contra el plato. Sacudió la cabeza para alejar los dolorosos recuerdos y volvió a centrarse en la mesa del restaurante. La cicatriz de su ingle estaba empezando a incomodarle de nuevo.

—¿Qué sabemos entonces del motivo de la mutilación? —Preguntó el subinspector Olcina—. Pienso que es la clave de todo.

Martin se lo pensó unos instantes antes de contestar. En su cabeza trataba de poner en orden toda la información que poseía sobre las mutilaciones.

—Para empezar, no es nada nuevo. Casos criminales con mutilaciones humanas han sido documentados desde la Edad Media. Claro está que entonces estaban siempre vinculados a motivos religiosos. Durante las pasadas décadas, el FBI ha tratado de establecer unos motivos más próximos a las cuatro causas que expliqué con anterioridad. Sobre todo en los casos de asesinos múltiples y crímenes relacionados con el sexo.

—Así que, dado que no parece que la religión haya tenido nada que ver con la muerte del profesor, busquemos a un tío de mediana edad, con posibles conocimientos anatómicos, y lo suficientemente controlado como para no parecer un zumbado. —Concluyó, Raúl Olcina, por él.

—Así es, subinspector. Habitualmente, la cabeza es la parte del cuerpo humano que más a menudo es amputada; las manos, la segunda. Por motivos obvios, impedir la identificación de la víctima; y no tan obvios, como su uso posterior como objeto masturbatorio. Tal fue el caso de Clark y Bundy en los ochenta.

—¿Masturbatorio? —Olcina parecía asqueado—. ¿Quiénes son esos Clark y Bundy? Parece el nombre de un grupo de música *indie*.

—Los Asesinos de Sunset Strip. Douglas Daniel Clark y Carol M. Bundy. Notoriamente conocidos por el asesinato de siete víctimas durante los meses de junio a agosto de 1980. Clark confesó que había amputado la cabeza de una de sus víctimas para usarla posteriormente como objeto sexual.

El subinspector Olcina se estremeció visiblemente.

—¡Jeesús, lo tarados que pueden estar algunos! ¿Los atraparon?

Martin asintió con la cabeza.

—Bundy murió en prisión de un paro cardíaco y Clark todavía está pendiente de su ejecución en una prisión de California.

—En cualquier caso, nuestro asesino se dejó la otra mano y la cabeza, así que no impidió de ninguna manera la identificación de la víctima. —Recordó Arturo Paniagua.

—Es cierto, por eso me inclino a pensar que detrás de la amputación existe una simbología oculta que guarda un significado muy especial para él. Algo que ha planeado cuidadosamente y que tiene un papel importante en el crimen. —Explicó Martin—. También da pie a pensar que ha matado con anterioridad y que experimenta una escalada en su compulsión asesina.

El inspector hizo rodar los ojos dentro de sus órbitas, no parecía estar creyendo una sola palabra de lo que le estaba contando Martin. Este le ignoró y continuó con su explicación:

—Cuanto más inteligente y manipulativo es el agresor más intensa es la recreación de sus fantasías violentas cuando tortura a sus víctimas y mayor es la excitación sexual que siente cuando las lleva a cabo, lo cual, a su vez, requiere una mayor planificación y una gran preparación. De ahí que haya sido lo suficientemente previsor como para llevar las herramientas que necesitaba para cometer el asesinato. En este caso, sin embargo, hay algo discordante.

—El disparo en la cabeza. —Intuyó Olcina, acertadamente.

—Exactamente, el disparo en la cabeza termina de repente con el sufrimiento de la víctima. El agresor muestra signos de compasión o remordimientos y decide acabar con la vida del profesor antes de tiempo. Pero ¿hasta cuándo seguirá teniendo tales remordimientos?

En ese momento, el teléfono móvil de Raúl Olcina comenzó a vibrar. Disculpándose se apresuró a contestar, mientras Paniagua llamaba al camarero para pedir la cuenta. Cuando regresó, Olcina informó:

—Jefe, Alba Torres nos espera en la central.

Y una gélida serpiente enroscó sus anillos en el estómago del inspector.



La segunda vez que Alba Torres visitaba el despacho del inspector Paniagua no estaba hecha un manojo de nervios, ni siquiera sentía la más mínima emoción. Salvo una sensación imparable de esperanza. Porque Alba Torres estaba segura de que el inspector iba a decirle que habían capturado al asesino de su hermano. O, al menos, que Walter Delgado les había dirigido en el camino correcto y que pronto lo capturarían.

En la pequeña habitación, el inspector y su ayudante la esperaban, uno sentado en su sillón, detrás de la mesa, el otro en pie con las manos cruzadas a la espalda, con los dedos metidos en la cinturilla de su pantalón vaquero.

—Señorita Torres, gracias por venir. —Saludó el inspector.

Ella se limitó a devolver el saludo con una inclinación de cabeza.

—Primero, me gustaría darle las gracias por ponerse en contacto con nosotros y ayudarnos a localizar el paradero de Walter Delgado.

—No fue más que un golpe de suerte, inspector.

—Entonces, para que nos hagamos una idea más exacta de cómo sucedió, dígame si me equivoco. Usted registró el cuarto de su hermano y descubrió una foto de Oswaldo con Walter que fue tomada en el bar Los Quiteños.

La muchacha asintió con la cabeza para corroborarlo.

—Luego, se personó en el bar esperando encontrar a Walter y hablaron sobre su hermano.

—Así fue como pasó, más o menos.

Paniagua se levantó de la silla y rodeó la mesa de su despacho para sentarse a su lado.

—¿Señorita Torres, cuando habló con Walter, que le contó sobre la muerte de Oswaldo? —Preguntó con suavidad—. ¿Le dijo si conocía al asesino? ¿Se lo describió, quizás?

Ella negó con la cabeza.

—No, no hizo nada de eso. Se enojó mucho conmigo y me gritó. Me dijo que no quería hablar con la policía. Entonces...

Se estremeció y no pudo evitar rodear su cuerpo con los brazos.

—¿Entonces, qué? ¿Qué pasó a continuación? —La ánimo Arturo Paniagua.

El subinspector Olcina continuaba en pie, apoyado en la pared del fondo, sin intervenir. Durante los años que habían trabajado juntos habían desarrollado una

especie de sexto sentido que les hacía compenetrarse a la perfección durante los interrogatorios. Nada de esa mierda de «*poli* bueno, *poli* malo» que salía en las películas, sino una verdadera intuición sobre quién debía dirigir las preguntas y cómo hacerlas. Olcina se limitaba a escuchar atentamente, en silencio.

Alba pareció dudar sobre la respuesta, el miedo bailaba en sus ojos como un saltimbanqui enloquecido. Paniagua podía verlo con facilidad.

—Entonces... Entonces, apareció de repente el Corona San de Muerte y le mandó callar. —Miró unos instantes al inspector esperando a que este le preguntase por el líder de los Latin King. Sin embargo, el inspector Paniagua se limitó a asentir.

—Le conocemos. Un personaje ciertamente aterrador. —Dijo comprensivo—. ¿Qué pasó después?

—Me preguntó por mi hermano y me ordenó que me fuera. Sus ojos... —Volvió a estremecerse—. Sus ojos eran gélidos. Pensé... pensé que iba a... matarme.

Alba no podía controlar los escalofríos recordando el momento en el que el Corona la había amenazado veladamente.

—¿Por qué iba a querer matarla, señorita Torres? Usted no había hecho nada.

—¡No lo sé! ¿Por haber pedido a Walter que hablase con ustedes? ¿Por meter la nariz en los asuntos de los Latin King?

Paniagua guardó un momento de silencio.

—Señorita Torres, ¿le ocurrió a Oswaldo algo anormal en las últimas semanas? ¿Algún cambio en su vida?

—No, que yo sepa.

—¿Le comentó algo acerca de un policía?

—¿Un policía? ¡Desde luego que no! Ya se lo dije, Oswaldo no tenía líos con la policía. ¿Por qué insiste en ello?

El inspector Paniagua descartó la pregunta con un ademán desdeñoso y continuó:

—¿Le comentó su hermano si alguien le seguía?

Alba negó con la cabeza.

—Y sobre Walter, ¿le habló Oswaldo de Walter? ¿Si alguien estaba siguiendo al criollo, o le había amenazado de algún modo?

Negó, de nuevo.

—¿Qué sucede, inspector? ¿Qué me está ocultando?

—Anoche cuando recibí su llamada, hicimos una visita a ese bar que nos dijo y encontramos allí a Walter Delgado. —Comenzó a explicar el inspector.

—¿Les contó quién mató a mi hermano? —Inquirió Alba, esperanzada.

Paniagua la miró detenidamente un instante y finalmente contestó:

—Nos dijo cosas muy interesantes. Por ejemplo, confirmó que estaba en el Puente de San Isidro la noche que mataron a Oswaldo. —La muchacha contuvo el aliento, expectante—. Nos dijo también que no fueron los hinchas radicales del Riazor Blues quienes lo mataron. ¿Sabe usted algo de eso?

—No, yo no sabía que Oswaldo iba a...

—Lo malo es que antes de que pudiéramos sacar algo más en claro, salió huyendo. —La interrumpió el inspector.

—Seguro que tiene miedo del Corona San de Muerte, por eso debió de huir. — Reflexionó, Alba. Tenía los ojos brillantes por la emoción—. Estoy segura de que le dijeron que lo matarían si hablaba con la policía. Pero él nunca tuvo intención de hacerlo.

Con un sutil movimiento de sus manos cruzadas ante el rostro, el inspector dio una vuelta de tuerca más al interrogatorio.

—Entiendo, entonces, que Walter tampoco le dijo nada sobre un policía en concreto.

Ella le miró extrañada, pero contestó.

—Ya se lo he dicho, solo insistió en que no iba a hablar con ustedes y que le dejase en paz.

Paniagua sacudió la cabeza.

—Walter fue a Los Quiteños porque tenía miedo de que el asesino fuera a por él, quería pedir ayuda a la banda.

—¿Y no se la concedieron? No puede ser. El Corona San de Muerte dijo que Oswaldo era como uno de ellos, dejó entrever que su muerte sería vengada. No veo cómo se negaron a ayudar a Walter, si era el único que había visto al asesino.

El inspector Paniagua dejó escapar un profundo suspiro.

—Señorita Torres, alguien persiguió anoche a Walter Delgado después de que hablase con nosotros y lo asesinó a la puerta del domicilio de su camello habitual.

El color del rostro de Alba se evaporó con la rapidez con la que un helado se derretiría en el infierno. Estaba anonadada.

—¿Cómo dice...? —Balbució.

—Señorita Torres... Alba, antes me ha dicho que el Corona amenazó de muerte a Walter si hablaba con nosotros. ¿Escuchó personalmente esa amenaza?

—No, no, pero no cuesta mucho imaginar...

Paniagua la cortó.

—Desgraciadamente, con imaginaciones o suposiciones no podemos detener al Corona San de Muerte. Necesitamos mucho más.

Ella se quedó callada. Vacilante.

—Siento tener que hacerle todas estas preguntas, pero es la única manera de que podamos descubrir la verdad.

Alba asintió, al mismo tiempo que se secaba unas lágrimas furtivas de los ojos con la manga de su jersey. El inspector Paniagua se apresuró a sacar una caja de pañuelos de papel que estaba aún por estrenar y la dejó encima de la mesa, sin mediar palabra.

—Señorita Torres, ahora mismo estamos barajando dos posibilidades. La primera es que a Walter lo mató alguien de los Latin King como castigo por haber hablado con la policía. Y la segunda, que lo mató el mismo hombre que asesinó a su hermano.

De algún modo, consiguió dar con él y esperó a que estuviese solo y con la guardia baja para matarlo. Por esto es importante que le haga tantas preguntas.

Alba asintió, una vez más.

—Si el culpable de las muertes de Walter y Oswald es el mismo hombre, ha tenido que estar espiándoles buena parte del tiempo. Conocer sus movimientos, saber los lugares que frecuentaban. El subinspector y yo pensamos que incluso es muy probable que estuviese anoche en el bar o en sus inmediaciones, siguiendo a Walter Delgado. Es la única explicación posible. No hay otra manera de que fuera capaz de matarlo justo después de haber hablado con nosotros, tuvo que haber estado vigilándole.

Alba escuchaba con atención, los ojos abiertos como platos.

—Ahora, le ruego que lo piense durante unos instantes antes de responder. ¿Vio a alguien extraño o que le resultase sospechoso en Los Quiteños mientras estuvo allí esperando a Walter? ¿Algo, quizás, que pareciera fuera de lugar?

Los ojos de la muchacha se abrieron todavía mucho más.

—Alba...

—Bueno, ahora que lo menciona... —Empezó a decir.

Y le habló al inspector de la extraña pareja.



*Ahora se encuentra solo y el hombre de oscuro aún no ha regresado, aunque secretamente guarda la sospecha de que se encuentra con él en la habitación. Inmóvil, en silencio, aguardando su momento de debilidad.*

*De repente, un aullido lacerante y sobrecogedor se apodera por completo de la atmósfera del lugar. No puede taparse los oídos, no tiene forma de protegerse, siente la cabeza como si le fuera estallar y cree flotar en aguas turbulentas y mareantes, que le impiden detener el vertiginoso girar de la habitación. Al menos, no es suyo. Otro está sufriendo el mismo tormento que él. Entonces, tan de improviso como vino, el infernal ulular se detiene.*

*El cuerpo del hombre vuelve a traicionarlo y libera su vejiga sin poder dominarse. De nuevo, experimenta el imborrable momento de humillación. A su espalda, un sonido deslizante le llena de terror. Los músculos de su abdomen se contraen como sacudidos por la temida descarga eléctrica que nunca llega a producirse, y un creciente horror le bloquea la garganta.*

*El hombre de oscuro aparece a su lado como por ensalmo y, sin pronunciar palabra, le golpea el estómago con la picana eléctrica. La descarga recorre su cuerpo y le hace rechinar los dientes. Su cuerpo se arquea en un arco imposible que amenaza con tronchar su columna vertebral.*

*Cuando remiten las convulsiones, se desploma sobre el sillón de dentista, al tiempo, que no puede evitar que sus tripas se suelten una vez más y manchen sus ropas. Afortunadamente se encuentra ya en una posición en la que la humillación que sintiera apenas unos minutos antes, ya no es la mayor de sus penurias. Sin embargo, se estremece ante el hedor que desprenden sus ropas inmundas. Le duele el estómago como si un par de matones lo hubiesen apaleado sin piedad.*

*Su captor ha desaparecido de su campo de visión y, aunque fuerza la cabeza a un lado y al otro no puede verle. Entonces, una idea que solo puede ser fruto de la*

*demencia más absoluta, se abre paso en su mente.*

*¡Se ha marchado!*

*En el aire flota el olor a ozono de la descarga eléctrica, mezclado con el hedor a excrementos y el aroma más terrible de la sangre. Su sangre. Se siente terriblemente exhausto e incluso abrir los ojos le supone un esfuerzo superior a todas sus fuerzas. Nota un regusto amargo en la boca y ansía beber un poco de agua. Negándose a dejarse vencer por el miedo o el dolor, se esfuerza en abrir la boca y susurrar quedamente.*

*—Agua. Agua, por piedad.*

*Nadie le contesta, nadie le hace caso. El hombre de oscuro no iba a proporcionarle un simple respiro como aquel.*

*No en la habitación del dolor.*

Eran tan solo las diez y media de la mañana, pero el sol ya comenzaba a castigar las calles. Unas calles pobladas por una ola de manifestantes que se aglomeraban a lo largo del Paseo de la Castellana pidiendo que se detuviese el programa nuclear iraní. La sospecha de las grandes potencias internacionales era que Irán estaba enriqueciendo uranio al noventa por ciento, necesario para la fabricación de armamento atómico, y que pretendía usarlo contra su eterno enemigo sionista. Algo que además coincidía con la finalización de las pruebas del sistema Bavar-373 de defensa antimisiles tierra-aire capaz de interceptar los más modernos misiles, y que había puesto en alerta a los países occidentales y, sobre todo, a Israel. Los aires de guerra soplaban cada vez más poderosos y el ambiente internacional estaba bastante crispado.

Los manifestantes gritaban sus eslóganes a grito pelado, enarbolando pancartas y puños cerrados, y se rumoreaba que simpatizantes del movimiento antisistema se estaban congregando para elevar el ardor de la protesta con sus violentas tácticas de guerrilla urbana. Más de cinco mil agentes de la Unidad de Intervención Policial habían acordonado la zona en un dispositivo de seguridad sin precedentes, similar al que se organizó en 1991 cuando la capital albergó la cumbre de Paz de Oriente Próximo.

En medio del tumulto y las fuertes medidas policiales, Martin había llegado caminando al Palacio de Congresos y se había instalado en uno de los sillones mientras observaba de soslayo al jefe de seguridad. El coronel Golshiri había preparado una lista con los miembros de la comitiva científica que conocían personalmente al profesor Saeed Mesbahi. Los primeros nombres habían comenzado a desfilar por la sala de conferencias del Palacio de Congresos que se había dispuesto para poder realizar los interrogatorios en la más absoluta privacidad.

La impresión del ex agente del FBI era que Sadeq Golshiri parecía ser un hombre que se movía con el desdén de quien sabía que mantenía cierta ventaja en el juego. *La mano del muerto*, pensó Martin Cordero. Estaba convencido de que, detrás de la fachada de buena educación y aceitosos ademanes, se ocultaba un hombre peculiar acostumbrado a infligir dolor en los demás y que no dudaría ni un solo instante en repartirte la infame jugada antes de descerrajarte un tiro en la nuca.

El atildado coronel Golshiri, en apariencia ajeno al escrutamiento, se mantenía discretamente al margen de los interrogatorios. Su presencia, sin embargo, se hacía

evidente para todos y no había ninguna duda de que estaba allí para disuadir a aquellos científicos que quisieran sacar a pasear su lengua por avenidas poco aconsejables. El Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional de la República Islámica de Irán representado por aquel militar de la Guardia Revolucionaria funcionando en todo su esplendor, como en una mala película de espías.

Un delegado de la embajada ocupaba otro de los sillones en la mesa y ejercía de traductor y consejero legal, indicando sin pudor qué preguntas debían o no ser contestadas.

—Doctor Rasoulían, ¿sabe de alguien que quisiera hacer daño al profesor Mesbahi?

La pregunta la había dirigido el inspector Paniagua y el melifluido doctor iraní, especializado en biología, escuchó atentamente la traducción, antes de contestar con un enérgico movimiento de cabeza que ayudó a limpiar de lágrimas las comisuras de sus ojos. El doctor Samir Rasoulían había sido amigo del profesor Mesbahi y se encontraba visiblemente afectado.

—Saeed era muy querido por todos, no puedo imaginar que nadie quisiera lastimarlo y, mucho menos, asesinarlo de una manera tan horrible. —Dijo con voz entrecortada.

—Cuéntenos que pasó el día de su muerte, ¿vio al profesor antes de que abandonase el Palacio de Congresos?

—Algunos de nosotros habíamos organizado una cena y Saeed estaba invitado. Pero, al final no quiso venir.

—¿Le dijo por qué?

El doctor Rasoulían posó la mirada en Paniagua, había un cierto aire de recelo flotando en los acuosos ojos.

—Saeed se enfadó con nosotros. Conmigo, para ser más exactos. —Movié brevemente la mirada del inspector al jefe de seguridad—. Verá, algunos estuvimos comentando su reciente..., hum..., situación con la seguridad y de que le habían puesto guardaespaldas y Saeed se enojó porque se hubiera estado hablando de ello a sus espaldas. Saeed, como buen musulmán, se tomaba muy en serio el honor y el buen nombre de su familia.

—Entiendo. Aparte del enojo, ¿le dijo el profesor si estaba preocupado por algo? ¿Se comportó de algún modo extraño o diferente a su rutina?

—No, nada de eso. —Contestó el doctor.

El inspector Paniagua se dejó caer hacia atrás en el sillón y dejó su bolígrafo sobre la mesa.

—Bien, muchas gracias por venir. Quizás queramos hacerle algunas preguntas más adelante. —Dijo a modo de despedida.

—Lo que sea necesario, inspector, con tal de atrapar a quien le hizo eso al pobre Saeed. Alá así lo quiera.

Y se marchó limpiándose las lágrimas del rostro con un pañuelo, por última vez.



Martin Cordero dejó escapar un bostezo y miró subrepticamente la esfera de su reloj. Aquellas entrevistas no estaban conduciendo a nada productivo. Nadie sabía nada, nadie había visto nada. Lo de siempre. Entonces, Martin percibió un cambio a su alrededor. Una imperceptible tensión proveniente del coronel Golshiri, un abandono de la ligereza con la que había estado, hasta ese momento, atendiendo a las preguntas. Y también, una especial atención dirigida hacia él, como si el iraní se hubiera dado cuenta de su traspies y de que Martin también lo había notado.

El nuevo testigo era una mujer de mediana edad que vestía un sobrio traje chaqueta y mostraba signos evidentes de lágrimas en sus ojos. Un aura de nerviosismo la envolvía como una bruma y parecía asustada.

—Buenos días, doctora Farhadi. —Saludó Paniagua, leyendo el nombre de la lista proporcionada por el coronel y levantándose cortésmente—. ¿Comprende el motivo de las preguntas que vamos a hacerle a continuación y que no es sospechosa de nada?

Aguardó pacientemente a que el representante de la embajada tradujera su pregunta.

—*Salaam*, inspector. —Saludó ella, mirándole a los ojos—. Sí, comprendo la causa de sus preguntas.

Arturo Paniagua asintió.

—Dígame, doctora, ¿cuál es su relación con el profesor Saeed Mesbahi?

Por unos segundos, la mujer desvió su atención en dirección al coronel Golshiri antes de contestar.

—Hemos colaborado juntos en varios proyectos científicos para la Universidad de Teherán. —Tenía la voz temblorosa.

—¿Qué clase de proyectos?

De nuevo la mirada de la doctora se dirigió hacia la figura de Sadeq Golshiri. Entonces, el representante de la embajada se inclinó sobre ella y le susurró unas palabras al oído.

—Lo siento, inspector, pero no puedo contestar a esa pregunta.

El inspector Paniagua se quedó muy quieto mientras observaba a la doctora, tenía la frente perlada de sudor. Entonces se giró hacia el jefe de seguridad y le taladró con la mirada, furibundo.

—Bien, dejemos eso por ahora. ¿Tiene alguna idea de por qué alguien quisiera asesinar al profesor?

—¡Alá nos proteja! La gente es una desalmada, existen muchos intolerantes ahí fuera que tienen muchos prejuicios hacia los musulmanes.

—¿Cree, entonces, que fue un motivo político o religioso?

—¡No lo sé! Solo digo que tan solo hace falta escuchar un poco y se dará cuenta de lo que hablo. —La voz se le quebró, y parpadeó repetidas veces para contener las lágrimas.

En el exterior, los gritos de protesta de los manifestantes habían aumentado unos cuantos decibelios y eran notablemente audibles desde la sala de conferencias en

donde se encontraban. Las sirenas de la policía aullaban a todo trapo y se comenzaba a escuchar la algarabía propia de una manifestación que, poco a poco, iba tornándose más violenta y descontrolada.

Martin cerró los ojos por unos segundos y se masajeó las bolsas que colgaban de ellos. Solo había conseguido dormir unas horas y estaba agotado. Como no podía ser de otra manera, había soñado con asesinatos. Hojas aceradas violando la virginidad de la carne, miradas vidriosas que dejaban entrever la locura de sus propietarios. Y el fuego purificador, al final del camino.

—Al final todos somos víctimas de algo. —Estaba diciendo la doctora Farhadi, las lágrimas corrían libremente por sus mejillas—. Ya nos advirtieron antes de venir. Pero nunca pensé que nadie pudiera querer hacer daño al profesor Mesbahi.

—¿Les advirtieron de qué? —Quiso saber el inspector—. ¿Quién les advirtió?

En ese instante, el coronel Golshiri se adelantó un paso e interrumpió la entrevista.

—Si le parece bien, inspector, creo que sería una buena idea hacer una pausa para permitir que la doctora Farhadi se recupere. La muerte del profesor la ha afectado mucho, como puede ver.

La doctora se estaba secando las lágrimas con el dorso de la mano, tenía los hombros hundidos y miraba fijamente hacia un punto perdido de la mesa.

El inspector se incorporó en su sillón y puso las dos manos sobre la mesa.

—¿Quién les advirtió, doctora Farhadi? —Insistió, ignorando al jefe de seguridad.

—¡Inspector...! —Llamó el coronel—. Esta entrevista ha concluido.

Con el auxilio del representante de la embajada, Sadeq Golshiri ayudó a la doctora a incorporarse, le pasó su brazo sobre los hombros y la empujó suavemente en dirección a la puerta. La doctora pareció encogerse levemente bajo su contacto, pero avanzaba sin rechistar, sollozando desconsoladamente, completamente entregada.

En la calle, los eslóganes se habían transformado en aullidos de pelea. Un centenar de individuos antisistema con las caras tapadas por bufandas y máscaras se enfrentaban abiertamente a los miembros de la Unidad de Intervención Policial. Coches de patrulla volcados ardían sin control, elevando un espeso humo negro hacia el cielo de Madrid. El lugar parecía un pandemónium diabólico extraído de la escena de un campo de batalla. El ruido de explosiones, gritos y carreras desenfrenadas atravesaba los paños acristalados de las ventanas.

Arturo Paniagua se giró hacia Martin y le preguntó:

—¿Qué piensa de todo esto?

Martin, en un primer momento, no supo si se refería a la violencia de la manifestación o a los interrogatorios. Por fin, cayó en la cuenta de que era esto último lo que le preocupaba al inspector.

—Honestamente, no sé qué decirle. No hemos sacado demasiado en claro, salvo que tengo la impresión de que el coronel Golshiri no está demasiado contento con

esta situación.

El inspector asintió.

—Me preocupa lo que ha dicho la doctora Farhadi, parecía implicar que podía tener una cierta idea de por qué mataron al profesor.

Martin Cordero no podía estar más de acuerdo con él. El ceño fruncido del inspector exageraba las crestas y valles de las arrugas en su cara y le confería un aspecto tosco, como de madera sin pulir.

—¿Tiene alguna idea de qué estaba hablando?

Martin lo pensó unos instantes, antes de negar apesadumbradamente con la cabeza.

—Aunque algo me dice que no tardaremos en saber a qué se refería. —Añadió sombríamente.

Y, como si fuera el eco siniestro de sus palabras, un horripilante alarido retumbó por los pasillos del Palacio de Congresos.

La pesadilla había vuelto a empezar.

El hombre conocido como El Ángel Exterminador no había podido dormir. Para ser más exactos, llevaba cinco noches sin hacerlo. Desde la noche del domingo cuando acabó con la vida de Oswaldo Torres. El agotamiento se había convertido en su segunda piel y lo mantenía en tensión y alerta todo el tiempo. Algo de lo que se había servido para enmendar su imperdonable error. El pobre Oswaldo solo había sido culpable de encontrarse en el lugar equivocado, a la hora equivocada, y se había convertido en un obstáculo en su camino de matar a Walter Delgado. Ese había sido su error, no haber cumplido las órdenes de liquidar al criollo comemierda.

El Ángel Exterminador lamentaba la muerte de Oswaldo, esa era la verdad, y su recuerdo le atormentaba cada vez que cerraba los ojos y reproducía en su cabeza el gesto de sorpresa que se había reflejado en el rostro inocente de Oswaldo. Intentaba repetirse una y otra vez que Oswaldo Torres no era tan ingenuo, que hubiera acabado como Walter, que hubiera seguido los pasos del criollo, convirtiéndose en un pandillero más, que hubiera robado, trapicheado con drogas, escalado la gravedad de sus acciones delictivas hasta que, entonces...

Se detuvo. No podía seguir pensando en ello. De alguna manera, no conseguía imaginar a Oswaldo en aquel papel. *¡El chico era inocente y no debería haber muerto!* Pero, que no haya equivoco alguno, aun siendo posible que Oswaldo no fuera culpable de nada en su vida, Walter era harina de otro costal. Walter Delgado había merecido morir cien veces más, si ello fuera posible. Y El Ángel Exterminador había disfrutado de cada golpe con deleite, con la fruición propia de un artista que acaricia un lienzo en blanco con sus pinceladas.

Además, así se le había ordenado. Por eso, Walter ya se encontraba en donde debería haberse hallado desde el domingo. En el infierno y esperaba que se pudriera en él por toda la eternidad. Sin embargo, desde que había desintegrado al criollo con sus propios puños, el asesino solo buscaba una cosa, descansar. Con esa idea fija en la cabeza, se había dirigido a su casa para poder planchar la oreja, como se suele decir, durante la mayor cantidad de horas posibles. Pero, la voz le estaba aguardando en el apartamento.

Y estaba furiosa.

La voz, normalmente sinuosa y susurrante, se había transformado en palabras aterradoras, que retumbaban en sus oídos, como la poderosa onda de choque de un relámpago surcando la atmósfera con una temperatura superior a veinte mil grados

centígrados. Por más que se esforzaba, no podía desembarazarse de la voz, que parecía originarse en el interior de su cabeza, como si la misma superficie ósea de su cráneo vibrase hasta generar sonidos, y luego palabras. El timbre lo desazonaba. Se llevó las manos a los oídos y se los tapó con fuerza tratando inútilmente de acallarlos. Ansiaba el silencio como un yonqui buscaba el próximo chute que le transportase al olvido, lejos de su odiada realidad.

—¿Has resuelto el problema?

La voz subió de tono, taladrándole el cerebro con su volumen.

—¿Has resuelto el problema o no? —Repitió.

—¡Sí, sí! Walter Delgado está muerto, ya no podrá hacernos daño nunca más. — Gritó, rechinando los dientes. Sus manos se tensaban en torno a sus oídos, las venas de sus antebrazos se le marcaban como si larguísimos gusanos reptasen bajo su piel.

—Bien hecho. El despreciable criollo merecía todos y cada uno de los golpes que recibió. Ya lo sabes. Ahora debemos continuar, no hay descanso para los justos, ni paz para los impíos.

El Ángel Exterminador gruñía de puro dolor. Un hilo de baba resbalaba por su barbilla, mientras sus muelas amenazaban con volverse polvo de tanto que las apretaba. En su cabeza, puntas de taladro se abrían camino por la mesa encefálica de su cerebro.

—Ahora es el turno de la chica. No podemos dejarla con vida. Es una amenaza para nosotros y no podemos permitirlo.

—¡No, ella no, por favor! —Suplicó—. La chica es inocente, no nos hizo nada.

—¡Basta! —Rugió la voz, atronando en el interior de su cabeza y haciéndole retumbar hasta el tuétano de los huesos—. ¡La chica tiene que morir! No hay otro camino. Recuerda, nuestra es la venganza y el castigo de los que cometen iniquidades.

—Nuestra es la venganza. —Repitió.

La voz pareció complacida.

—Bien dicho, mi adorado soldado. Tú y solo tú eres la extensión de mi palabra. Nuestra es la venganza. Ahora ve y acaba con la chica para que podamos continuar con nuestra misión.

El hombre conocido como El Ángel Exterminador dejó escapar una ardiente lágrima que resbaló por su mejilla y se estremeció. Cuando regresó el silencio, se encontraba enroscado sobre la sucia superficie de la alfombra acrílica de su salón. Elevó las rodillas todo lo que pudo hasta que las sintió junto a su mandíbula, pasó ambas manos por delante y se las apretó todo lo fuertemente que pudo, hasta alcanzar una posición fetal. Luego, giró sobre sí mismo y se enrolló con la alfombra.

En aquella imitación del abrazo apaciguador del vientre materno, por fin, pudo descansar.

Los lavabos del Palacio de Congresos estaban iluminados con potentes luces fluorescentes que conferían a toda la estancia una atmósfera dura y afilada como la hoja de una navaja.

Samira Farhadi se había dirigido directamente hacia ellos en cuanto salieron de la sala de conferencias para poder refrescarse. La sesión de preguntas o el interrogatorio, como quieras llamarlo, la había dejado muy afectada y necesitaba unos minutos a solas para recomponerse. En la puerta de los lavabos, pidió al coronel Sadeq Golshiri y al empleado de la embajada que la esperasen en el pasillo mientras recuperaba su aplomo y retocaba su aspecto.

La imagen que le devolvió el espejo de sí misma era irreconocible. Estaba hecha un completo adefesio, largos surcos negros descendían de sus ojos y surcaban sus mejillas como raíces de árbol. Abrió el grifo de agua caliente y de un dispensador extrajo varios pañuelos de papel con los que se adecantó lo mejor que pudo. Cuando terminó, no quedaba ni rastro del rímel corrido y su cara lucía una mayor vivacidad. Hizo una bola con los restos del papel y los arrojó a la papelera antes de girarse y dirigirse a uno de los compartimentos para aliviar su vejiga. Nunca había podido evitar tener ganas de orinar cuando se ponía muy nerviosa.

Sentada en el inodoro no paraba de pensar en el profesor Mesbahi y su horripilante muerte. Estaba segura de que los matones del coronel Golshiri habían tenido algo que ver con ella, pero no tenía manera de probarlo. No podía haber nadie más en el mundo que pudiera querer ver muerto a Saeed.

La doctora recordaba su estancia en Teherán cuando ella y Saeed habían estado trabajando en un proyecto científico sobre física cuántica y redes neuronales, que eran su especialidad. La neurología cuántica trataba de explicar los procesos del raciocinio humano a través de las propiedades de las partículas elementales. Algo apasionante que finalmente podría hacernos comprender exactamente cómo pensamos. Por aquel entonces, el presidente Ahmadineyad había desviado cuantiosas fortunas de los fondos estatales para la investigación científica y sus posibles aplicaciones militares. Y, aunque la doctora nunca supo el interés de este por la neurología cuántica, ni qué beneficio militar esperaba sacar de ella, lo cierto fue que la suya se transformó rápidamente en una de las investigaciones que más fondos amasó. Aquellos fueron buenos años. Al menos, al principio. Más tarde... Bueno, lo que sucedió más tarde, todavía estaba tratando de olvidarlo y Saeed Mesbahi la había

ayudado mucho a sobreponerse.

El trabajo de la doctora se había limitado a crear un sistema que recreaba artificialmente las redes neuronales del cerebro y amplificaba su potencial de cálculo. Por aquel entonces, la compartimentalización y el secretismo del proyecto habían impedido que ella tuviese una visión global del mismo y únicamente el líder del proyecto había tenido acceso a toda la información. Desde entonces, ella y Saeed habían hablado mucho sobre el tema y sobre el profesor Massoud Jassim, el responsable del proyecto. Uno de los hombres más brillantes que jamás conoció y que, sin duda, hubiera sido la estrella de la actual cumbre científica si no fuera porque su coche fue acibillado a balazos ante la puerta de la Universidad de Teherán, víctima de un horrible atentado terrorista orquestado por el odioso Mossad.

De repente, aguzó el oído. Le había parecido escuchar un extraño sonido al otro lado de la puerta.

—¿Hay alguien ahí? —Preguntó con voz temblorosa, pero nadie contestó.

Pensando que su imaginación le habría gastado una mala pasada, sus recuerdos regresaron a los días que pasó junto a Saeed Mesbahi en Teherán. Habían sido días extraños pero, al mismo tiempo, muy reconfortantes. No sucedía todos los días que un científico dispusiese de fondos ilimitados para llevar a cabo una de sus investigaciones y su relación con Saeed, sin ser nada más que cordial, estaba en su mejor momento. Solían quedarse hasta tarde trabajando juntos en el laboratorio, hablando de muchas cosas, de su trabajo, de las preocupaciones de carrera de ella en un mundo dominado por los hombres y de los horribles asesinatos de científicos que estaban asolando Irán por aquel entonces. Hasta cuatro científicos y doctores habían fallecido en espeluznantes atentados, que eran imputados por los representantes del presidente Ahmadineyad a Israel y a las potencias occidentales que querían frenar, según él, el programa nuclear de su país. Samira siempre había repudiado cuando se mezclaban ciencia y política. Nunca había salido nada bueno de aquel cóctel.

La luz se apagó, de repente.

La doctora contuvo el aliento, en medio de la oscuridad le asaltó una oleada de terror que le encogió el estómago y le produjo una intensa sensación de náuseas. Pensar en todos aquellos horribles asesinatos la había puesto más nerviosa de lo que estaba. Entonces escuchó un ruido como de arrastrar de pies. Necesitaba vomitar a toda costa pero, por alguna extraña razón, pensó que sería mejor no hacerlo. El ruido delataría su presencia. Se encogió sobre sí misma, agarrándose la tripa con ambas manos y aguardó en silencio.

Ahí estaba de nuevo, el arrastre de pies.

Aguardó lo que le pareció una eternidad hasta que el sonido de una cisterna rompió el silencio varios compartimentos más allá. Luego, la luz regresó y ya no le parecía tan dura como antes. Pudo escuchar el borboteo del agua de un grifo mientras la desconocida usuaria del cuarto de baño se arreglaba el maquillaje o lo que fuera que estuviera haciendo. Unos minutos más tarde, el seco chasquido de la puerta al

cerrarse dio por finalizada su angustiada espera encaramada al inodoro. Dejando escapar un suspiro aliviado, dio un paso titubeante fuera del cubículo y se quedó inmediatamente congelada.

*¡Estaba segura de que había alguien allí!*

No. Aquello resultaba ridículo. No podía haber nadie más en aquel cuarto de baño. Lentamente, con mucha precaución, asomó la cabeza por la puerta del compartimento y se atrevió a echar un vistazo. No había nadie a la vista. Pero no la hizo sentirse mejor. ¿Qué pasaría si hubiera alguien escondido en uno de los cubículos, acechándola? Ella misma acababa de ocultarse en uno durante los últimos minutos y nadie la había encontrado, así que cualquiera podría estar agazapado en cualquiera de los otros, aguardando el momento propicio para abalanzarse sobre ella a la más mínima oportunidad. Lo cual era, desde luego, completamente ridículo. Pero ¿qué le iba a hacer?, se había pasado toda la vida experimentado esa clase de miedos absurdos. No importaba cuántas veces se decía a sí misma que se comportaba como una blandengue, al final, siempre terminaba igualmente de asustada.

*No seas tonta y sal de este ridículo cuarto de baño*, se recriminó a sí misma. A nadie le caía bien una loca paranoica, de eso estaba segura, y pensó en cómo reaccionaría el coronel Golshiri si la viese en ese momento, paralizada de terror, en medio de un desierto lavabo de señoras. La mirada de sorna y el absoluto desprecio que mostraría ante su debilidad.

La doctora Samira Farhadi estaba convencida de que toda la culpa de su estado de ansiedad la había tenido el coronel del IRGC. Su presencia, acechando en la sala de conferencias como un halcón escudriñando a su presa, la había terminado por poner de los nervios y ahora se encontraba demasiado nerviosa como para pensar con claridad.

Más decidida, dio unos pasos vacilantes hacia los lavabos que estaban montados sobre una pared completamente cubierta de espejos. No podía evitar mirar de soslayo hacia los cubículos que quedaban a su espalda.

Nadie salió, dispuesto a agarrarla.

Poco a poco, fue recobrando la compostura y se acercó finalmente a los lavabos para echarse unas gotas de agua en el rostro y calmar un poco los nervios. No había dado ni tres pasos cuando se detuvo bruscamente y apretó fuertemente las manos contra su pecho.

Sobre la encimera de mármol en la que se encastraban los lavamanos reposaba un envase de plástico transparente. Y, aunque no podía ver con claridad el contenido del envase, algo la decía que no se trataba del almuerzo olvidado de nadie.

Con manos temblorosas manipuló la tapa hasta abrirla por completo. Y contempló horrorizada su contenido. El grito que brotó de su garganta, reverberó por los pasillos del Palacio de Congresos como si fuera el aullido de un alma en pena.



El coronel Sadeq Golshiri había arremetido contra la puerta de los lavabos de señoras tan pronto como escuchó el grito de la doctora Farhadi. Ignorando en un principio a la figura postrada en el suelo que luchaba a duras penas por contener las arcadas, se lanzó en dirección a los cubículos y los registró con eficiencia.

No había nadie más en los aseos.

Entonces, se fijó en el recipiente de plástico y en el fluido de color rojo que manchaba sus paredes.

*Definitivamente sangre, pensó.*

Y luego estudió la mano cercenada, la laca de las uñas que coincidía con la que llevaba en ese mismo momento la doctora, la pequeña cicatriz blanca que surcaba el dedo anular, y lo supo. Tuvo la espeluznante certeza, sin tener que realizar ninguna prueba más, de que aquella mano que reposaba inocente sobre un lienzo de algodón se trataba de la mano zurda de la doctora Samira Farhadi. De repente, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Lo cual era absurdo, porque antes de que ocurriera, el coronel ya tenía la convicción de que algo semejante iba a suceder y no parecía muy razonable dejarse impresionar por algo que ya se conoce de antemano. Sin embargo, no pudo evitarlo. Intentó tranquilizarse mientras ayudaba a la histérica doctora a levantarse del suelo y la conducía fuera de los lavabos.

Para entonces, el inspector Paniagua y Martin Cordero ya habían alcanzado la puerta.

—En los lavabos. —Se limitó a decir, señalando con un ademán de cabeza—. Encontrarán otra mano mutilada.

El inspector Paniagua se precipitó al interior de los aseos mientras que por teléfono solicitaba la asistencia de una unidad de la Policía Científica. Instantes después, comenzaba a alzar la voz bramando órdenes de que alguien acordonase la zona e impidiese el paso de los curiosos y las personas no autorizadas. Aquellos lavabos se habían convertido de improviso en una escena del crimen.

Martin, ignorando por completo el alboroto que estaba montando el inspector, se acercó a la doctora Farhadi.

—Doctora, mi nombre es Martin Cordero y estoy con la policía. —Se presentó, en inglés—. Quisiera hacerle algunas preguntas, si me lo permite.

Ella asintió, tratando de combatir el miedo que la atenazaba. Como había intuido, la mujer hablaba su idioma.

—¿Recuerda algo que pueda servirnos para identificar a la persona que dejó el contenedor de plástico?

Ella sacudió la cabeza, débilmente.

—Recuerdo haber escuchado ruidos y pensar que no estaba sola en los aseos. —Balbució con un hilo de voz, casi sorprendida de que pudiera decir palabra, después de haberse sentido tan aterrada. Martin reconoció el acento de universidad británica en su voz. Oxford. Como no podía ser de otra manera.

—Doctora, respire profundamente. Tómese su tiempo para calmarse y responder. No hay prisa, comprendo que todo esto debe ser muy duro para usted.

—Gracias, es usted muy comprensible. —Contestó ella, obedeciéndole. Después de una pausa, continuó—: Luego, escuché el sonido de una cisterna y eso fue todo. Pensé que me había comportado como una tonta, exagerando las cosas.

—¿Qué hizo después?

—Me dirigí a los lavabos para refrescarme la cara y retocarme un poco y ahí estaba... No supe... No supe qué pensar, no quería creer lo que estaban viendo mis ojos.

De repente, su voz se quebró e irrumpió en sollozos entrecortados.

—Lo siento, no puedo evitarlo. —Se disculpó—. Primero, la muerte del profesor Mesbahi y ahora esto.

—Está bien, no se preocupe. Es normal comportarse de esta manera, no tiene de qué avergonzarse. —La alentó Martin, con suavidad de terciopelo—. ¿Puede decirme algo más? ¿Ha recibido alguna amenaza o algo por estilo? ¿Algún rostro desconocido que haya visto últimamente en más de una ocasión?

—Inspector...

Martin la interrumpió con una sonrisa.

—Lo siento, no soy inspector. Solo soy una especie de consultor. El inspector es el tipo grande con pinta de haber salido de una película de vaqueros.

Ella sonrió tímidamente y pareció relajarse un poco.

—El caso es que he visto un montón de caras desconocidas en más de una ocasión, con la cumbre y todo eso...

—Tiene razón. Fue una pregunta estúpida por mi parte. ¿Hubo alguno de esos rostros que destacase por algo o que le diese malas vibraciones?

—No, no. Nada de eso. —Se interrumpió, desazonada—. Siento no serle de más ayuda.

—No se preocupe por eso ahora. Durante el tiempo que estuvo trabajando junto al profesor Mesbahi, ¿recuerda algún percance que pudiera explicar que alguien quisiera matarle o hacerle daño a usted?

—¿A Saeed? ¡No, claro que no! ¿Por qué lo pregunta? El profesor era muy diferente de todos los colegas que conozco, era muy atento conmigo y muy respetuoso. El honor era muy importante para él, lo ponía siempre por encima de todas las cosas. Era una de las mentes más brillantes de mi país.

—Comprendo. Entonces, no se le ocurre nada que pueda relacionar este incidente con la muerte del profesor.

No fue una pregunta, así que la doctora se limitó a mirarle sin contestar, aunque tenía toda la pinta de una persona que quisiera decir algo pero que, por alguna razón desconocida, no se atrevía.

—Doctora, si hay algo que quiera contarme y que pueda ayudarnos a esclarecer el asesinato del profesor y el origen de las manos mutiladas, ahora es el momento de hacerlo.

La mujer guardó silencio. En su rostro se podía discernir la lucha interna que mantenía por vencer el temor de hablar. Entonces, después de pensárselo un rato, añadió:

—Dicen que el tiempo lo cura todo, ¿verdad?

Martin la miró extrañado.

—Así es el dicho, en efecto.

Ella asintió y se llevó una mano a la frente para recoger un mechón de cabellos que le caía sobre el rostro y se le escapaba por debajo del pañuelo que llevaba en la cabeza. El moderno velo islámico que vestía la favorecía enormemente aunque cumplía las estrictas normas impuestas por el hiyab<sup>[14]</sup>. Sus ojos estaban clavados en algún punto por encima del hombro de Martin como si escudriñasen un horizonte que se encontraba muy lejano.

—Pues es una gran mentira. Las personas como Saeed y yo lo sabemos bien. El tiempo solo hace las heridas más profundas, hasta que llega un momento que ya no tienen remedio. Lo peor de todo es que el coronel lo sabía..., sabía desde el primer momento lo que iba a suceder y aun así no ha hecho nada para impedirlo.

—¿Qué quiere decir, doctora? ¿Está insinuando que el coronel Sadeq Golshiri tenía información de antemano de que la vida del profesor corría peligro?

Ella le devolvió una mirada enigmática. Martin pudo ver que estaba perdida en sus pensamientos y que quizás ni siquiera se diese cuenta en ese momento de con quién estaba hablando, o dónde se encontraba.

—Cualquiera hubiera obrado diferente en otras circunstancias, pero en aquel momento, solo hicimos lo que pudimos. Saeed lo sabía y aun así, le persiguió toda la vida. El coronel Golshiri solo fue un instrumento más. Un peón en un tablero diabólico en el que se disputaba una partida a vida o muerte. Exactamente como lo es ahora.

Entonces clavó sus ojos en Martin con una desesperación como nunca antes había visto el ex agente del FBI.

—Señor Cordero, no tiene la menor idea de las fuerzas que se encuentran entrechocando a su alrededor o de las repercusiones que pueden tener.

—¿A qué fuerzas se refiere, doctora Farhadi? —Insistió Martin, más nervioso que antes—. ¿Qué repercusiones? ¿Está diciéndome que el coronel Golshiri está implicado de alguna manera en la muerte del profesor Mesbahi?

Y antes de que ella pudiera responder, Sadeq Golshiri se acercó a ellos.

—Doctora, creo que es el momento de que se retire, necesita descansar. No comprendo cómo puede estar tan entera después del trauma que acaba de sufrir, es usted un ejemplo de fortaleza.

—¡No, no lo entiende! Yo solo... —La doctora Farhadi empezó a protestar, justo cuando sus ojos se ocultaron en las cuencas y se precipitó hacia el suelo. Mientras se desvanecía, en un desesperado intento por evitar la caída, extendió el brazo a ciegas tratando de apoyarse en la mesa, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Samira Farhadi golpeó el suelo con dureza y un fulminante dolor se extendió inmediatamente por su muñeca y recorrió todas las terminaciones nerviosas de su brazo en una fracción de segundo. Para cuando la sensación de dolor llegó a su cerebro, ella ya había perdido el conocimiento por completo.

Alba Torres no podía creer que Walter Delgado estuviese muerto. Hecha un manojo de nervios, nada más llegar a su casa, la noche anterior, se había paseado por todas las habitaciones, encendiendo la luz en todas y cada una de ellas. Se paraba a escuchar en cada umbral en busca de ruidos extraños que indicasen que el asesino de su hermano y de Walter se ocultaba en su interior, al acecho, dispuesto a saltar sobre ella.

No era que hubiese estado encogida de miedo, lo suyo había sido más bien un nerviosismo de anticipación, como esas mariposas que revolotean en tu estómago antes de abrir un regalo sorpresa. Si el responsable de las muertes de Osvaldo y Walter iba a ir a buscarla había querido estar preparada para defenderse. De ningún modo iba a cruzarse de brazos y quedarse quieta aguardando su muerte. Su madre siempre decía que los malos tragos había que pasarlos deprisa y sin pensárselo demasiado, de otro modo, nunca terminabas por aceptarlos. Además, confiaba en el inspector Paniagua y algo le decía que podía acudir a él en los momentos de más necesidad. Quizás fuera la seriedad serena que siempre le recubría como un halo luminoso, o quizás fuera otra cosa, pero el caso es que había decidido grabar su número en la función de marcación rápida de su teléfono móvil. El mismo aparato que en esos momentos había esgrimido con fuerza entre sus manos como si se tratase de una poderosa arma que la libraría de todo mal.

Cuando se hubo cerciorado de que se encontraba sola en el apartamento, se había dirigido al cuarto de baño. La imagen que le había devuelto el espejo tenía un aspecto sorprendentemente fresco para ser la de una mujer que había visto cómo su vida se ponía patas arriba en los últimos días y cuyo futuro era tan incierto como la identidad de un asesino. Con su cara laxa, encorvada sobre la superficie de porcelana del lavabo, había dejado escapar una risita. La histeria finalmente se había asentado en ella y lo peor era que no sabía cómo combatirla. Si permitía que se apoderase de ella...

Recordando aquellos momentos, esa mañana no se encontraba mucho mejor. *Me estoy comiendo la cabeza sin razón*, pensó. La cosa era que no estaba segura del todo de que el asesino tuviera ningún motivo para conectarla con su hermano o con Walter Delgado, ni siquiera que tuviera intención de ir a por ella y, por tanto, era inútil preocuparse del tema y, mucho menos, dejarse invadir por el pánico. Sin embargo, no podía evitar volver a ello, una y otra vez. *No, las muertes de Osvaldo y Walter no*

*tienen nada que ver contigo*, se dijo. Por ese lado, podía estar tranquila. Sin embargo, parecía existir una conexión entre ambos asesinatos, al margen de su relación con la banda Latin Kings, que parecía escapársele a la policía. Una especie de motivación oculta que no terminaba de comprender.

*Piensa en ello*, se animó.

Al principio, los principales sospechosos habían sido el grupo de hinchas radicales. El motivo: una disputa por el partido recién jugado. Tenía todo el sentido. Su hermano era lo suficiente bravucón como para enfrentarse con quién no debía. Sin embargo, la pandilla de hinchas había sido rápidamente desechada. Pero si, como le había dicho el inspector, las pesquisas habían descartado al grupo de radicales como los posibles culpables, eso quería decir que el asesino había perseguido específicamente a los dos muchachos. Trató de pensar en qué podía haber estado metido su hermano para que alguien pudiera querer quitarle la vida y no se le ocurrió nada. Osvaldo podría ser un poco cabeza loca pero no era una mala persona. Recapacitó sobre ello un poco más, recordó lo violento que se podía volver en determinadas ocasiones, la agresividad desmedida con la que solía defender sus opiniones, Y la rabia que sentía por no disponer de las oportunidades en la vida que creía ser merecedor.

No estaba segura.

Entonces, pensó en Walter y en las cosas horribles a las que pudo haber arrastrado a su hermano. El escalofrío se aposentó primero en sus huesos, tocando su médula con dedos gélidos. ¡Walter Delgado sí era una mala persona! Walter Delgado sí tenía enemigos que quisieran hacerle daño, para empezar el mismo Corona de la Muerte o cualquiera de sus compañeros de fechorías. Cualquiera de ellos bien pudiera haber sido capaz de matar al criollo y quizás, solo quizás, su hermano hubiera sido una víctima colateral.

El rubor desapareció de sus mejillas y, desde el espejo del baño, ya no la contemplaba alguien con el rostro fresco y descansado sino, más bien, una pálida imagen espectral. Una sensación inhóspita, de aprensiva opresión se apoderó de ella, el oscuro convencimiento de que la muerte de su hermano había sido accidental penetró en su mente como un taladro al rojo vivo y la llenó de una emoción desoladora que no pudo contener. De inmediato, trató de protegerse de ese pensamiento. De una manera subconsciente, comprendía perfectamente que la mera noción de que su hermano había muerto por nada, podía hacerla más daño que mil asesinos juntos. De igual manera, comprendía también lo que tenía que hacer a continuación y por qué tenía que hacerlo.

Agitó la cabeza consternada y se sintió completamente abrumada. Después de la muerte de Osvaldo, no había encontrado el momento de guardar sus cosas y empaquetarlas. Por toda la casa había recuerdos de su hermano y el cuarto de baño no era una excepción. La visión del envase de perfume Hugo Boss, con el celofán envolviendo la caja de color plateado, aún por estrenar. La entrada de un concierto de

Big Flow y Henry Méndez que marcaba la página del libro Juego de Tronos, que estaba leyendo y que estaba casi terminado. De repente, le pareció que todo estaba terriblemente equivocado. Si alguien como su hermano, con todos sus defectos, no podría jamás volver a disfrutar del aroma del perfume sobre su piel o ir al concierto de su grupo de *reggaeton* preferido, o terminar su novela y descubrir finalmente los destinos de Jon Nieve, Daenerys, y el resto de personajes de la popular fantasía épica..., algo andaba terriblemente mal, terriblemente torcido, en su vida.

No supo muy bien cuándo comenzaron, pero las lágrimas anegaron sus ojos y, de repente, todo se volvió borroso. Luchó con todas sus fuerzas contra la humedad que comenzó a deslizarse por sus mejillas, aborreciéndose a sí misma por su debilidad y se limpió la nariz con el dorso de la mano. Entonces, volvió a levantar la vista hacia el espejo, tenía los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto. Los sollozos regresaron, esta vez de manera más convulsa. Las lágrimas también eran más amargas porque sentía que ya no lloraba por pena, o por dolor, o incluso de furia por saberse el blanco de un asesino; en esta ocasión, lloraba por la muerte inútil de su hermano y por haber perdido la idea que tenía de él.

Aunque no quiso formar conscientemente la pregunta, se oyó a sí misma dirigirse a la imagen del espejo en voz alta:

—¿Qué vas a hacer al respecto?

Las manos de Alba asieron con fuerza los bordes del lavabo hasta que los nudillos se le pusieron del mismo color pálido del rostro. Miró fijamente su reflejo en el espejo mientras tomaba una decisión.

Pasó un minuto, dos, quizás cinco y al cabo de un rato, decidida, preguntó al reflejo:

—¿Tienes alguna idea mejor?

Silencio.

—Ya me parecía que no.

Asió el pomo de la puerta, apagó la luz y salió del baño dejando tras de sí las dudas y el miedo.

Estaba dispuesta a descubrir la identidad del asesino de su hermano, costase lo que costase.

— Abra los ojos.

No, la doctora Samira Farhadi no se encontraba de repente transportada a un universo de celuloide extraído de la película de ciencia-ficción que había visto la noche anterior en el canal por cable de la habitación de su hotel. No estaba siendo conminada, tampoco, a vivir una fantasía de pesadilla que más parecía pertenecer a las páginas una novela que a la vida real. Se hallaba inmersa en una oscuridad asfixiante que la envolvía por completo. Una oscuridad muy real. Aterradora. No entendía por qué no podía abrir los ojos.

—Doctora, intente abrir los ojos.

Repitió de nuevo la voz.

Y, entonces, recordó de improviso. *¡Iba a morir muy pronto!* No necesitaba ser engullida por una negrura pesadillesca o revivir una ficción aterradora para sentir el miedo acariciar su espina dorsal con gélidos dedos. La realidad se encargaba ella solita de hacerlo en esos momentos y la abrumaba como una tonelada de peso asentada sobre su torso. Intentaba respirar, decirle a su cerebro que diese la orden oportuna a su pecho para que subiese y bajase e insuflase aire a sus pulmones, pero no parecía surtir efecto alguno. Le costaba una enormidad inundar su organismo del preciado oxígeno. Y, sin embargo, su cuerpo lo seguía intentando.

Abrió los ojos.

El coronel Golshiri y Martin Cordero la atendían de una fea magulladura en la frente que se había producido al golpearse contra el suelo.

—Así, así, doctora. —Dijo Martin con alivio—. Nos tenía muy preocupados.

Pero ella no le escuchaba, no dejaba de pensar en otra cosa. Su mente giraba en un torbellino similar al tambor de una lavadora y, en su cabeza, la terrible idea de que iba a tener una muerte violenta y horrible se sacudía contra las paredes de su cráneo, golpeándolas con fuerza, y dejando tras de sí la convicción más absoluta de que su muerte se produciría irremediabilmente, esa misma noche o quizás al día siguiente. Igual que le había sucedido al pobre Saeed, igual que había pasado con los otros científicos en Teherán. Resultaba curioso que apenas si pudiese recordar cómo se había desmayado y, por el contrario, estuviese tan segura de su muerte.

*Su muerte.*

De nuevo, pensó en la película de ciencia-ficción. Le hubiese gustado de veras que todo fuese simplemente eso, porque no le gustaba nada hacia dónde se



encaminaba su futuro más inmediato. Como tampoco le hacía mucha gracia saber que poco podía hacer para remediarlo; lo cual resultaba, al mismo tiempo, deprimente e inevitable. Peor aún, resultaba algo terriblemente perverso; en cierto modo, porque se encontraba en el punto más exitoso de su carrera, en el pico de su vida personal. Morir en ese momento era simplemente una auténtica mala pata.

—Así, así. Ahora intente levantarse. —La voz del norteamericano estaba cargada de preocupación y recordó que, de todos ellos, él había sido el más perceptivo. Y, sin embargo, todavía se encontraba muy lejos de conocer la terrible verdad.

—¡Dios mío, está usted ardiendo! Permítame que la ayude a ponerse en pie y acomodarla en una silla.

Martin Cordero le pasó un brazo por debajo de los hombros y trató de ayudarla a alzarse. Sin embargo, una aguda punzada de dolor le llegó desde la muñeca. Se la había lastimado tratando de sujetarse en la mesa y un finísimo hilo de sangre le corría por el mollete de la palma de su mano, allí donde se le había levantado la piel.

—No se preocupe, doctora. Hemos llamado a una ambulancia para que vengan en seguida y le atiendan de una posible contusión y le miren la muñeca. —Trataba de consolarla, Martin—. Me temo que en la cabeza le saldrá un bonito chichón, pero lo de la mano seguramente no será nada más que una torcedura. En cualquier caso, conviene que se la curen.

Ella asintió, agradecida, mientras intentaba calmarse. Se obligó a sí misma a respirar profundas bocanadas de aire, alejar de sí el dolor en su muñeca y los malos pensamientos. Pensar en su muerte no era una manera muy sana de comportarse, después incluso de haber sido receptora de un paquete que contenía una mano amputada. Trató de pensar en un escenario más halagüeño, en el que el coronel Golshiri y sus gorilas del IRGC pudieran ser capaces de protegerla o, pensándolo mejor, en el que el inspector Paniagua y ese atractivo norteamericano, que estaba siendo tan amable con ella, atraparían al asesino antes de que llegase hasta ella. Poco a poco, el ritmo frenético de su corazón se fue pausando, pero aun así cada latido seguía pareciendo enloquecido bajo el abrazo implacable del miedo.

Sacudió la cabeza enérgicamente.

¿En qué estaba pensando? ¿A quién trataba de engañar? Sabía positivamente que nada de eso iba a pasar, que moriría irremisiblemente y el coronel Golshiri no sería incapaz de hacer nada para protegerla. ¿Protegerla? No solo había formado parte del problema que la había conducido a esa situación, sino que era uno de los máximos culpables.

*Ve a la policía, se dijo a sí misma. El inspector Paniagua puede ayudarte, cuéntaselo todo y ponte en sus manos.*

No, no podía hacer eso. El coronel Sadeq Golshiri jamás se lo permitiría. De algún modo, estaba segura de que el IRGC o, para el caso, el Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional de su país, dispondrían de los recursos necesarios para convencer al Gobierno español de que la entregasen de vuelta al coronel, si decidía

solicitar su ayuda. Además, con ello podía poner en peligro la vida de los demás y nunca se lo perdonaría. De ninguna manera podría vivir con el acuciante dolor que significaría ser la responsable de la muerte de otro ser humano. Le había dicho al señor Cordero que el tiempo no curaba las heridas y lo creía a pies juntillas, ella era la prueba viviente, y, sin embargo, deseaba con todas sus fuerzas ser capaz de borrar el pasado, de fulminarlo de un plumazo y transformarlo en poco más que un mal recuerdo sin poder alguno para afectarla en el momento presente. Pero, desgraciadamente, nada podía hacer. Sencillamente, su futuro inmediato no se encontraba en sus manos, sino en las de un asesino cruel y despiadado. Un monstruo al que ella misma había ayudado a crear. Pensó que lo mejor que podía hacer era seguir el curso de las cosas y esperar acontecimientos. Cuando llegase el momento de la verdad, la hora del juicio, ya intentaría defenderse con uñas y dientes.

Como si leyese sus pensamientos, el coronel Golshiri se puso en acción y la condujo hasta la calle donde la hizo sentarse en el asiento trasero de un enorme Volkswagen Tuareg que tenía los cristales tintados. En el asiento delantero se encontraba uno de sus guardaespaldas o como quiera que se hicieran llamar estos días, porque en realidad todo el mundo sabía que eran soldados de la Guardia Revolucionaria Islámica, a las órdenes del Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional, que estaban allí para mantenerlos a raya y alejarlos de los posibles cantos de sirena del mundo occidental. Perros guardianes del VEVAK que vigilaban la supervivencia del *status quo* que el régimen de los Ayatolajs tenía impuesto sobre los ciudadanos iraníes.

A pesar del calor reinante en el interior del vehículo, la doctora Farhadi estaba helada y no paraba de sacudirse por los escalofríos.

—Doctora, ¿qué es lo que dije sobre no hablar con nadie? —Le reprochó el coronel, sin mirarla. Parecía estar hablando más para sí mismo que otra cosa—. Ahora no podemos ir a su hotel, debemos buscar otro lugar más seguro para que pase la noche.

—Sabe que no servirá de nada. —Le espetó ella.

El coronel se decidió entonces a mirarla, en sus ojos se podía leer el desdén que sentía hacia la mujer y su flaqueza.

—No se preocupe, su seguridad está garantizada. Daré la orden a mis mejores hombres de que la protejan en todo momento. Vamos a superar esta inaceptable situación con éxito, se lo garantizo personalmente. No permitiré que le suceda lo mismo que al desgraciado profesor Mesbahi.

—Yo ya estoy condenada, como usted. Como todos. Lo sabe también como yo. —Replicó, envalentonada.

El enjuto coronel enseñó los dientes marfileños en una sonrisa lobuna que acentuó sus rasgos más que nunca y estiró el bigotillo que lucía en su labio superior. Tenía los ojos vidriosos y su pelo engominado se hallaba pegado al cuero cabelludo como un gorro de baño. La doctora Farhadi pensó que estaba tan asustado como ella;

pero que, en su interior, se libraba una batalla desesperada por ocultarlo. Una batalla que, a todas luces, parecía estar perdiendo.

—Correcto, correcto. En ese caso, no tiene ninguna importancia lo que hagamos a partir de este momento, ¿no es así? —Respondió Sadeq Golshiri, sibilamente.

—Todo lo contrario, lo que hagamos ahora tendrá la mayor relevancia. Sobre todo, cuando llegue el momento en el que Alá nos juzgue por nuestras acciones. —Arguyó ella, con la obstinación propia de quien se sabe conocedor de una verdad irrefutable—. Ante nosotros se encuentra la muerte, con sus fauces dispuestas a engullirnos, y se desliza veloz, cada vez más cerca. La única pregunta que tiene que hacerse coronel es esta: ¿cuándo nos alcance, estará preparado para recibirla?

El coronel Golshiri se encogió de hombros con desdén.

—Mis acciones son tan puras como el agua del manantial de Arls<sup>[15]</sup>, no deje que le ocupen demasiado la mente. Cuando llegue el momento, como usted dice, lo que haga será tan solo asunto mío. Pero ha sido un día complicado, así que, si es tan amable...

La doctora pensó que no tenía sentido discutir con él. No tenía sentido ni tan siquiera hablar con el despreciable coronel. Nunca lo reconocería. Resignada, hundió los hombros y dijo quedamente:

—Lléveme a dónde quiera, coronel, pero antes quiero pasar por mi hotel y recoger mi portadocumentos del coche de alquiler, en su interior hay unos papeles que necesito para mi conferencia de mañana.

Sadeq Golshiri miró a la doctora de soslayo, como si quisiese poner en una balanza la veracidad de sus palabras y pensase que estaba tramando algo. Al fin y al cabo, acababa de soltarle un rollo acerca de que estaban condenados y todo eso. Así que suponía que al menos debía concederse el derecho a dudar de ella.

—Si esa conferencia es lo último que voy a hacer en esta vida, al menos, quiero que salga perfecta.

El coronel guardó un prolongado silencio y finalmente condescendió:

—Como guste, doctora. Después de que haya hablado con la embajada, le permitiré ir a buscar esos documentos. Pero sea breve, no quisiera tenerla expuesta innecesariamente.

En ese momento, intervino Martin haciendo notar su presencia junto al enorme vehículo. No parecía terminar de saber cómo reaccionar ante el hecho de que el coronel tuviese intención de llevarse a la doctora.

—¿Coronel Golshiri, que está haciendo? No pueden irse de esta manera. Cuanto menos, la doctora Farhadi necesita que la vea un médico y precisa de toda la protección que puedan ofrecerle el inspector Paniagua y la policía. Si mis sospechas son ciertas, su vida corre un grave peligro.

—Tiene mucha razón, agente Cordero, gracias por la advertencia. Haré que la embajada envíe a un médico para atenderla en cuanto lleguemos a nuestro destino. Más tarde, alguien se pondrá en contacto con el inspector para organizar todo lo

demás. —Le respondió el interpelado, sonriendo con malvada satisfacción.

A los ojos de Martin resultaba evidente que el coronel no tenía ninguna intención de involucrar a la policía española en el asunto.

—¿Puedo preguntarle a dónde se dirigen? —Preguntó a la desesperada.

—Puede, sin duda alguna, pero no voy a decírselo. —Sadeq Golshiri negó solemnemente con la cabeza—. No tengo ninguna obligación de hacerlo y usted no tiene ninguna autoridad en este asunto.

Los dientes del coronel destellaron en la penumbra del voluminoso vehículo antes de girar sobre sí mismo y ocupar el asiento contiguo al de la doctora, ordenando al conductor:

—Nos vamos.

Martin se quedó mirando cómo se alejaban las luces traseras del Tuareg hasta que una voz a sus espaldas le hizo girarse.

—¿Dónde está la doctora Samira Farhadi? —El inspector Arturo Paniagua se encontraba en el umbral de la puerta auxiliar, el masivo volumen de su cuerpo ocupaba casi todo el espacio y apenas quedaban unos escasos centímetros de aire entre su cabeza y el quicio.

De mala gana, Martin respondió.

—Se acaba de marchar hace escasos minutos. El coronel Golshiri no ha dicho a dónde se la llevaba.

El inspector clavó una mirada intensa sobre él, un brillo de sudor cubría su entrecejo, cada vez más pronunciado.

—Inaudito, —bramó.

—Inaudito —repitió, Martin.

Ninguno de los dos dijo nada más.

El edificio de la embajada de la República Islámica de Irán se encontraba en una zona residencial del distrito de Chamartín, al norte de la ciudad. Rodeada de casas de baja altura y zonas arboladas, la construcción pasaría desapercibida, si no fuera por su arco de entrada y las cámaras de seguridad que vigilaban todo el recinto.

El embajador Sayd Lakhani estaba furibundo. Su frente se encontraba perlada de brillantes gotas de sudor que acentuaban el tono oscuro de su piel.

—¡Todo esto resulta intolerable, coronel! No sé qué es peor, que el Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional haya decidido dejar un asunto tan delicado en manos de un incompetente, o que tenga la desfachatez de presentarse ante mí con la intención de aparentar que la muerte del profesor Mesbahi y el peligro que corre la doctora Farhadi no son importantes. —Al hablar, el hombre proyectaba una fina nube de saliva pulverizada que se quedaba flotando en la atmósfera del lujoso despacho dejando a su paso una insufrible miasma—. Escamotear a la doctora de las manos de la policía española no ha sido una jugada muy inteligente.

Sadeq Golshiri apenas podía contener la repulsión y la ira que el embajador Sayd Lakhani le provocaba y, sin embargo, no dejaba de ignorar la peligrosa situación en la que se encontraba. Para Sadeq Golshiri mantener con vida a la doctora Farhadi no solo se había convertido en una situación de estado mayor sino también en una amenaza directa para su propia vida.

—Permítame recordarle que el general fue quien me entregó plena discreción en este asunto. —Replicó Golshiri.

—Soy plenamente consciente de ese hecho, coronel, como también lo soy de que una simple llamada mía al general Al-Azzam podría revocar esa orden en cuestión de minutos. No olvide nunca que el IRGC no es quien controla esta operación.

—¡No se atrevería!

—Coronel Golshiri, no creo necesario recordarle la vital importancia de que la verdad no sea conocida. ¡El escándalo sería terrible, Alá no lo permita! Precisamente por ello, las relaciones con la policía española deben ser mantenidas en el más estricto sentido y usted debe velar porque así sea.

Sadeq mantuvo el silencio. Tenía los labios apretados en una fina línea que cruzaba su rostro como un pálido y mortecino queloide.

—Coronel, tanto usted como yo somos lo suficientemente inteligentes como para saber que cualquier situación que se encuentre bajo presión no tiene un futuro muy

halagüeño por delante. —Presionó el embajador—. De hecho, lo más probable es que el general Al-Azzam esté valorando en este preciso momento la manera de neutralizarla con el mínimo riesgo. Usted sabe que el general puede hacerlo en cualquier momento.

El embajador hizo una pausa para permitir al coronel recapacitar sobre la amenaza velada que preñaba sus palabras.

—Por supuesto, ni a usted ni a mí nos interesaría que tal cosa sucediera en estos momentos. Francamente, me tiene sin cuidado lo que le ocurra pero, sea lo que sea, lo quiero fuera de mi territorio. —El embajador se pasó la lengua por los labios como si paladease el destino que le esperaba al coronel. Sadeq observó el gesto con absoluta repugnancia y sintió como se le revolvía el estómago—. He aquí lo que va a hacer a continuación. Encárguese de organizar con las autoridades españolas la operación para proteger a la doctora. Solicíteles toda la ayuda que necesite pero mantenga el control.

Más silencio, aunque esta vez, Sadeq asintió con la cabeza. El embajador parecía haber terminado con él, así que comenzó a retirarse en dirección a la puerta. Entonces, Sayd Lakhani volvió a abrir la boca:

—Y procure como sea atrapar al asesino. Deje de poner en entredicho su competencia y su lealtad a la República Islámica de Irán.

—¿Por qué insiste en insultarme, embajador Lakhani? Sabe también como yo que mi patriotismo y mis cualificaciones están fuera de toda duda.

El embajador bajó la cabeza en dirección a los papeles que tenía desperdigados por su mesa y una gota de sudor cayó sobre ellos.

—Si es como dice, entonces no tiene nada que temer, coronel. Aunque debo advertirle de que tanto el general Al-Azzam como el propio ministro Ali Zarrabi están informados al detalle de lo que sucede en la cumbre y no dudarán de mandarle a la prisión de Evin<sup>[16]</sup> si vuelve a meter la pata.

A Sadeq Golshiri se le encendió el rostro como la pavesa de un cigarro, sentía el calor asentarse en sus orejas hasta tal extremo que por un instante estuvo seguro de que las perdería. Aquella última amenaza resultaba más de lo que podía soportar. El ministro Zarrabi era famoso por su celo excesivo en la ejecución de las órdenes y había presidido una de las cortes marciales revolucionarias más sangrientas de la historia de la República Islámica de Irán. Sadeq era muy consciente de que no tenía ningún tipo de influencia sobre el ministro y, sin duda alguna, el embajador Lakhani estaba en posesión de la misma información.

Sin decir una palabra, con un alarde de autocontrol, cerró la puerta suavemente tras de sí. Su airada voz interior le gritaba a pleno pulmón que empuñase su pistola semiautomática PC-9 ZOAF y regresase al despacho del engolado embajador. Se imaginaba a sí mismo cargando uno de los proyectiles de nueve milímetros en la cámara de la pistola, escuchar el reconfortante chasquido metalizado de la corredera al cerrarse, y vaciar el cargador sobre el cuerpo del insufrible embajador. Sentado en

su sillón de cuero, la primera bala le alcanzaría de pleno en el músculo deltoides de su hombro, le atravesaría el esternón, pulverizando a su paso las costillas de su espalda. La segunda, de trayectoria más letal que su predecesora, le alcanzaría de lleno en el cuello, arrancando a su paso tendones y cuerdas vocales. Y, por último, le descerrajaría una tercera bala entre los ojos. El tiro de gracia, por así decir. Casi podía paladear como la vida sería arrancada brutalmente del rostro empavorecido y contemplar extasiado el géiser de sangre y masa encefálica que salpicaría la pared decorada con el retrato del presidente Hassan Rohani.

Poco a poco, su voz interior se fue calmando hasta dejar paso a un susurro plano, neutro, que le hablaba con el habitual aplomo de la razón. Sentía como la misma sangre que antes había encendido su rostro se movía ahora laxamente por sus venas. Se felicitó a sí mismo por su control. La crisis había pasado.

En el exterior se estaba echando la tarde, tendría que darse prisa si quería coordinar un plan de vigilancia y protección efectivo para la doctora. Se detuvo unos instantes, rumiando las palabras del aborrecible diplomático. De repente, todo se había complicado mucho más de lo que había previsto y realmente sentía que su cabeza se encontraba muy cerca de la picota. Su encuentro con el embajador Lakhani le había dejado de muy mala leche y estaba a punto de estallar.

Decidido a poner a prueba la velada amenaza del embajador, sacó el teléfono móvil del interior de su chaqueta y marcó el número del general Al-Azzam. Al instante, por el tono del general, supo que los acontecimientos sucedidos en España no habían sido bien recibidos por el jefe del IRGC y que no iba a tolerar ni un solo fracaso más.

—*Salaam* Sadeq. —Dijo inmediatamente el general con voz mortalmente seria—. El escenario que tienes entre manos se ha convertido en un caso de seguridad nacional. Ha llegado a los propios oídos del presidente Rohani, quien se encuentra reunido con el ministro Ali Zarrabi. Espero que sepas lo que esto significa y que, Alá no lo permita, llegado el momento, no podré protegerte si el ministro decide intervenir. Dejo el asunto en tus manos. No me falles, de nuevo.

Y cortó la comunicación.

Golshiri dejó escapar un suspiro de frustración.

—¡Qué desastre! —Farfulló, sintiéndose como un estúpido a quien acaba de reprender el profesor por no haber hecho sus deberes. El coronel maldijo por lo bajo y frunció el ceño. La seguridad de la doctora Farhadi era una cuestión vital. De vida o muerte. La vida de ella y su propia muerte, desde luego. Si no conseguía atrapar al asesino, de regreso a la patria solo le esperaría la prisión de Evin y un paredón de fusilamiento. Lo peor de todo era que ya había tenido ocasión de enfrentarse al asesino en Teherán y en aquella ocasión había sido incapaz de detenerlo, lo que le dejaba muy pocas probabilidades de éxito por el momento.

Descendió rápidamente las escaleras de la embajada en dirección a la calle, cruzó bajo el arco encalado que cubría la entrada, y ojeó levemente el interior del

voluminoso Volkswagen Tuareg donde se encontraba aguardando la doctora Farhadi. Los cristales tintados no le permitían atisbar una imagen nítida de la mujer y tan solo pudo entrever su silueta, pero se imaginaba que no estaría muy feliz con la prolongada espera que había tenido que pasar. Una mujer tan independiente y moderna, retenida en la parte trasera de un vehículo oficial del VEVAK..., seguro que no lo estaba aceptando demasiado bien y debería estar soltando humo por las orejas.

*¿Y qué me importa?, pensó. No es de mi incumbencia.*

Se montó en el coche, en el asiento junto al conductor, y sin dignarse en dirigir una sola mirada a la doctora le indicó al chófer que les llevase a la casa secreta en donde tenía intención de ocultar a la doctora.

Pese a lo avanzado de la tarde, el tráfico de Madrid aún no era lo suficientemente denso y el enorme Tuareg recorría las calles con presteza. El ambiente había refrescado y el conductor había desconectado el aire acondicionado por lo que el coronel abrió una rendija la ventanilla y permitió que el aire del exterior entrase en el habitáculo. Pensaba en el inspector Paniagua y en el perro norteamericano que le asistía en la investigación. Las palabras del embajador Lakhani resonaban en su mente: «Pídale ayuda a las autoridades españolas». Se recostó en el lujoso asiento tapizado en cuero y meditó sobre lo que iba a hacer a continuación. La maldita policía española no tenía por qué meter sus narices imperialistas en sus asuntos. Sayd Lakhani se iba a llevar una gran sorpresa si pensaba que iba a permitirles tomar el control. Pero, si iba a oponerse tan abiertamente al influyente embajador necesitaba conseguir refuerzos poderosos, por si las cosas se ponían realmente feas.

Insertó su código secreto en el teléfono y abrió el menú de navegación, seleccionó la opción de marcación y tecleó un número de su país.

Que la doctora aguardase un poco más.



De regreso a la central, el inspector Paniagua, el subinspector Olcina y Martin Cordero estaban sentados en el despacho del primero, intercambiando miradas nerviosamente. Unos minutos más tarde, se les había unido Marc Claver, y entre todos ellos estaban tratando de poner su ideas en orden. Los acontecimientos de aquel día habían sido más que suficientes para poner a prueba los nervios del más templado de los hombres. Primero, había aparecido una nueva mano mutilada. Una macabra ofrenda que significaba una amenaza de muerte para la doctora Farhadi. Luego, el coronel Golshiri se había llevado en volandas a la doctora y la había ocultado en quién sabe dónde.

Arturo Paniagua llevaba un buen rato tratando de hablar con el inspector jefe Beltrán para planificar qué iban a hacer al respecto del coronel y el secuestro de la doctora Farhadi. Pero, el inspector jefe no había respondido a ninguna de sus llamadas y su humor iba de mal en peor, como la economía.

Raúl Olcina para matar el tiempo ojeaba subrepticamente sus notas sobre el caso de El Ángel Exterminador. Trataba por todos los medios de no ponerse delante de la ira del inspector. De tanto en tanto, echaba una ojeada furtiva a su reloj y contaba las horas que le separaban de una nueva cita con la explosiva Neme.

—¿Pueden creerlo? La desfachatez de ese coronel iraní no tiene parangón. —Bramó el inspector, que ya no pudo aguantarse más—. ¡Llevarse de esa manera a la única testigo que tenemos! ¿Cómo pudo...?

El teléfono que había encima de la mesa del inspector le interrumpió antes de que pudiera terminar la frase. El lugar olía a recalentado y a cuerpos sin asear encastrados en el reducido espacio.

—¿Es que no va a terminarse nunca este maldito día de locos? —El inspector maldijo en voz alta y descolgó el aparato con un resoplido furibundo.

—Inspector Paniagua, le habla el doctor Julián Balmoral, del Anatómico Forense. Mi oficina ha finalizado la autopsia del profesor Saeed Mesbahi y hay cierta información que quisiera hablar con usted antes de tramitarlo por los cauces oficiales.

—¿De qué se trata, doctor? —Preguntó intrigado, todo su malhumor repentinamente desaparecido—. Antes de contestar permítame que le ponga en manos libres, se encuentran conmigo el subinspector Olcina, el agente Marc Claver de la Sección de Análisis de la Conducta y el agente especial Martin Cordero.

—Señores, un placer saludarles de nuevo. —Saludó el patólogo, antes de

proseguir con el motivo de su llamada—. Como le decía, inspector, existe cierta información que desearía comentar. Pero, lo primero es lo primero y debo decirles que el informe pericial del laboratorio de Biología-ADN de la Comisaría General de la Policía Científica es concluyente y el perfil genético de la extremidad amputada coincide al noventa y nueve por ciento con el del cuerpo del profesor Mesbahi.

Los cuatro hombres contuvieron la respiración casi al mismo tiempo, aquella información les había pillado por sorpresa y era un contratiempo más que sumar a la larga lista de lo sucedido durante el día. Antes de que ninguno pudiera abrir la boca, el médico forense continuó:

—Hay otra cosa más que deberían saber. Tras realizar las pruebas pertinentes al cadáver y a la extremidad amputada, he detectado que los niveles de potasio en la sangre de la mano eran demasiado elevados, cercanos al veintidós punto tres.

—Y, ¿cuál es el motivo de que ese dato sea tan relevante? —Le interrumpió, el inspector.

—Encontrarse con niveles altos de potasio en un cuerpo después de haber pasado al estado *post mórtem* unas horas atrás, es algo normal. Después de morir el cuerpo... mejor dicho, las células corporales comienzan a soltar potasio en el flujo sanguíneo. Por eso, cuanto mayor sea el tiempo que lleve el cuerpo muerto, mayores serán los niveles de potasio. —Explicó el forense—. Los niveles del cadáver eran los correctos. Sin embargo, los de la extremidad...

—¿Está diciendo que los niveles de potasio de la mano amputada y el resto del cuerpo no coinciden? —Aventuró Marc Claver, con incredulidad.

—Así es, en efecto. —Corroboró el patólogo forense—. Sin embargo, una inconsistencia así es del todo imposible. Si, como las huellas dactilares y el perfil genético indican, la mano amputada pertenece a la víctima es científicamente inviable que los niveles de potasio sean diferentes. Esta información establece líneas de tiempo distintas para la muerte del profesor y el momento en el que la mano fue seccionada.

—¿Tiene alguna explicación racional para esos resultados? —Quiso saber Martin.

—En estos momentos, no. —El tono de voz del forense parecía molesto, incluso confundido—. Cualquier conclusión a la que ustedes puedan llegar es tan buena como la mía.

El inspector soltó un sonoro bufido de desesperación.

—¿Cuál es la diferencia en el tiempo, doctor Balmoral? —Volvió a preguntar, Martin.

—Yo diría que existe un desfase entre treinta y cuarenta horas. Lo siento, no puedo especificar más.

Los cuatro hombres intercambiaron miradas.

—A ver si lo he entendido bien, doctor. Por un lado, tenemos un cadáver sin mano izquierda que fue asesinado el martes por la noche. Por otro, una mano izquierda amputada que, de acuerdo al análisis del ADN y a las huellas digitales,

coincide con la identidad del cuerpo pero cuyos niveles de potasio indican que fue amputada más de treinta horas antes de que la víctima fuera de hecho asesinada y, por si esto no fuera suficiente, le fue enviada anónimamente a la víctima cuando esta todavía la tenía pegada al brazo. —Hizo una pausa. Al otro lado del teléfono, el médico forense respiraba pesadamente como si tratase de absorber todo el oxígeno del mundo con cada bocanada, pero se mantuvo en silencio—. ¿Es correcto? — Preguntó Paniagua, finalmente.

—Así es, en efecto.

—¿Se ha vuelto loco de repente? ¡Tiene que ser una equivocación! —Estalló el inspector—. ¿Ha buscado indicios de errores?

El doctor Balmoral dejó escapar el aire de sus pulmones muy lentamente antes de responder.

—Inspector Paniagua, toda mi vida he confiado en la ciencia y nunca, ni una sola vez, me ha fallado en sus respuestas, sin importar lo complejas que fueran las preguntas. Y en este momento, la ciencia me dice exactamente lo mismo que usted ha detallado.

—¡Pero lo que está sugiriendo es completamente imposible! ¡Una total barrabasada! —Paniagua estaba fuera de sí, no podía creer que un hombre con la experiencia en medicina forense del doctor Balmoral pudiese proponer tal cosa.

—Científicamente hablando, es cierto que es imposible, pero estoy seguro de que en alguna parte habrá una explicación lógica a todo este galimatías.

Arturo Paniagua gruñó.

—Entonces le sugiero que se ponga manos a la obra porque, en estos momentos, camino de su oficina se dirige un segundo paquete.

—¿Cómo dice? ¿Otra mano?

El doctor Balmoral parecía perplejo.

—Sí, doctor. —Asintió el inspector, circunspecto—. La hemos hallado en el Palacio de Congresos, iba dirigida a otro miembro de la comitiva científica iraní.

—¿Está...? —El doctor Balmoral enmudeció, parecía ser incapaz de formular la pregunta.

—¿Muerta? No, aún no. Y vamos a hacer todo lo posible porque se mantenga así por mucho tiempo.

—Pero, eso significa...

—Sí, doctor, eso significa que la vida de la doctora Farhadi corre peligro y que necesitamos encontrar una respuesta al enigma de la mano antes de que le suceda algo malo.

El doctor Balmoral se demoró en contestar.

—Haré lo que pueda.

El inspector Paniagua colgó el teléfono y movió la cabeza con vehemencia. Se levantó de su asiento y la inmensa mole de su cuerpo hizo que todo el proceso resultase dolorosamente lento.

—¿En qué coño estamos metidos? —Preguntó.  
Y solo obtuvo silencio por respuesta.

El inspector jefe Beltrán entraba por la puerta de su chalé en Ciudad Lineal cuando sonó el teléfono móvil. La casa de los Beltrán estaba apartada de la calle Arturo Soria, la arteria principal de la zona. Arturo Soria era una larguísima calle que surcaba el este de la capital a lo largo de seis kilómetros en dirección norte a sur y que debía su nombre al urbanista que ideó el proyecto a finales del siglo XIX. Era, en definitiva, un espacio tranquilo, un remanso de paz en medio de la vorágine comercial y de los edificios de negocios que delimitaban la zona. Y ese era el principal motivo por el cual el inspector jefe Rafael Beltrán se había mudado a aquel chalé. En esos momentos, la casa se encontraba vacía, su mujer se encontraba todavía en el trabajo.

Con una maldición dejó en el suelo su maletín y metió la mano en el interior de su chaqueta para extraer el insistente aparato. Mientras leía el identificador de llamada en la luminosa pantalla de LCD, pensó airado que ya ni en su casa podían dejarle tranquilo. Con la maldita huelga policial en ciernes y las calles de Madrid tomadas al asalto por belicosos manifestantes antisistema, su día había sido uno de los más duros y largos de su carrera.

La llamada era del inspector Paniagua.

*Joder, ¿qué querrá ahora?*, dijo para sí mismo, antes de rechazar la llamada. Lo que sea podía esperar hasta el día siguiente. Inmediatamente después de colgar, el teléfono volvió a sonar. De nuevo, el identificador mostraba el nombre del inspector. Con un bufido, el Jefe Beltrán rechazó la llamada y navegó por el menú del teléfono para silenciar el timbre de llamadas entrantes y seleccionar el modo vibración, mientras tomaba nota mental de apretarle un poco las tuercas al inspector cuando tuviera ocasión.

Despojándose de sus zapatos con sendas patadas y sintiendo inmediatamente el alivio en sus pies, el Jefe Beltrán se aflojó la corbata y dejó la americana colgada en el respaldo de una de las butacas del salón. Calculaba que todavía tendría una hora más o menos para él solo, antes de que su esposa llegase y comenzase a ladrar órdenes como era su costumbre. El Jefe Beltrán aún seguía estando enamorado de ella pero después de veintitrés años de casados y sin hijos, uno no podía esperar que las cosas no fueran a ser un poco aburridas en su matrimonio.

Se dirigió a su despacho y encendió el ordenador de sobremesa, pensaba ponerse

unos dedos de Glenfiddich y dedicarle al menos media hora a relajarse contemplando porno duro en su pantalla de treinta pulgadas.

Entonces, el teléfono móvil comenzó a vibrar.

Una vez más.

Esta vez la llamada provenía de la alcaldesa Teresa Ballesteros, de su número personal.

—Inspector jefe Beltrán. —Dijo la alcaldesa sin más preámbulos—. ¿Puede explicarme por qué tengo al embajador iraní en la otra línea exigiendo que le asistamos en la protección de una de sus ciudadanas?

El tono de la mujer era seco y cortante.

—Señora alcaldesa le aseguro que el CNP está colaborando en todo momento con los iraníes. Desconozco cuál es la razón por la que le ha llamado el señor embajador pero...

—Y, sin embargo, ahí está la llamada. Toda una puta paradoja. —Le cortó bruscamente, mientras el Jefe Beltrán fruncía el ceño ante el lenguaje soez empleado por la alcaldesa—. ¿Cuál es la situación con esa tal Samira Fahardi?

—La doctora es uno de los ilustres científicos que nos están visitando estos días y, desgraciadamente, ha sido víctima de un lamentable incidente que nos hace sospechar que alguien quiera atentar contra su vida. —Contestó Rafael Beltrán, mientras seguía rumiando sobre el tono de voz que estaba empleando la mujer—. Desgraciadamente, antes de que pudiéramos hacer nada para asegurar su protección, el responsable de la seguridad iraní la metió en un coche y se la llevó a una localización secreta.

—Bueno, pues ahora no es tan secreta y el embajador ha solicitado personalmente la ayuda de la policía madrileña. ¿Cree que podrá encargarse del asunto sin cagarla mucho más? No hace falta que le diga que el tiempo parece ser crucial en estos momentos. Cada hora que pase, cada minuto, supondrán más dificultades a la hora de asegurar la completa seguridad de esa doctora.

El inspector jefe dejó escapar un bufido antes de contestar entre dientes. El enojo empezaba apoderarse de su rostro y el tono rubicundo le tiznaba las mejillas.

—¿Qué es lo que espera que diga?

Hubo un silencio en la línea, finalmente la alcaldesa dijo:

—Quiero que me diga que tiene todo bajo control y que la vida de esa mujer no corre peligro. No quiero otro ciudadano iraní asesinado en mi ciudad, ¿estamos?

—No se preocupe por nada, señora alcaldesa. Mis mejores hombres se están encargando del asunto y todo está bajo control. —Aseguró el Jefe Beltrán, pero antes de terminar la frase la alcaldesa Ballesteros ya había cortado la comunicación.

—¡Zorra presuntuosa! —Maldijo en voz alta.

Entonces miró con tristeza la pantalla de su ordenador y la promesa de media hora de porno sin cumplir, apuró el vaso de Glennfiddich de un trago y se dispuso a llamar al inspector Paniagua.

La posibilidad de hacerle la vida un poco más imposible había llegado.

La noche comenzaba a cerrarse tras los cristales del despacho del inspector Arturo Paniagua. Límpida como se encontraba la bóveda celeste, la imagen de la luna llena recortada entre los edificios de Madrid era algo digno de presenciar. Sin embargo, ninguno de los cuatro hombres se encontraba con ánimos de hacerlo, los sorprendentes hallazgos revelados por el patólogo forense les había dejado estupefactos y sumergidos en sus propios pensamientos y nadie se atrevía a expresar en voz alta lo que estaba pensando.

Finalmente, fue el subinspector Olcina quien se atrevió a romper el silencio.

—Me estoy preguntando, jefe, ¿cómo podía saber el asesino dónde se encontraba la doctora? —El hombre fruncía el ceño con tal intensidad que las cejas se habían fusionado en una única tira de vello negro que hendía su frente como un hachazo—. No me refiero al Palacio de Congresos, sino al aseo de señoras.

Le temblaba la voz.

—Supongo que se encontraba en el lugar y esperó a que la doctora estuviera sola para dejar el paquete en algún lugar visible. —Respondió el inspector, ordenando por enésima vez los escasos papeles que cubrían la superficie de su escritorio—. Pero, lo importante es averiguar cómo...

—Pero, eso es lo que me está comiendo la cabeza. —Insistió el subinspector, interrumpiéndole—. Primero, tenía que cerciorarse de que los aseos estuviesen desiertos y de que fuera la doctora quien hallase el paquete. Nadie más. ¿Cómo pudo saberlo?

Al principio, Martin se había preguntado lo mismo y había descartado la idea de que el asesino hubiera estado siguiendo a la doctora Farhadi, pero ahora no estaba seguro. Todo en aquel caso resultaba ser prácticamente impredecible.

—Quizás simplemente espiaba a la doctora y cuando la vio dirigirse a los lavabos, tuvo su oportunidad y la aprovechó. Se adelantó a ella y dejó el envase de plástico sobre la encimera. —Aventuró, Marc Claver.

Sin embargo, mientras hablaba el agente del SAC, Martin negaba con la cabeza, al mismo tiempo que se daba cuenta de que esa teoría no tenía ningún sentido.

—Hay demasiadas variables. —Le corrigió—. Hasta el momento, el asesino se ha comportado de manera meticulosa, sin correr riesgos. ¿Por qué empezar ahora?

—Está bien, la lógica no es perfecta pero es lo único que tenemos. —Concedió el inspector—. Olcina póngase en contacto con el personal del Palacio de Congresos y

que le envíen las grabaciones de las cámaras de vigilancia. Si el asesino espiaba a la doctora tiene que estar en alguna de esas cintas.

Raúl Olcina miró el reloj.

—Todavía debe haber alguien en sus oficinas, me pongo con ello inmediatamente.

—Marc, usted acompañe al subinspector y coordine con la Policía Científica el análisis de la escena; a ver si con un poco de suerte, en medio de tanta locura, el asesino se descuidó y dejó una pista verdadera que podamos usar.

Cuando ambos hombres abandonaron el despacho, el inspector Paniagua se giró hacia Martin Cordero.

—Disculpe mi exabrupto de antes, quiero que entienda que no le considero responsable de que ese malnacido coronel se llevase a la doctora.

Martin sonrió.

—No se preocupe, inspector. Este caso se está complicando cada vez más y entiendo su frustración.

Arturo Paniagua alzó una ceja. No parecía haberle gustado demasiado la perspicacia del ex agente del FBI o quizás fuera el hecho de que la hubiera dirigido hacia su persona.

—Yo mismo siento algo parecido. —Agregó Martin—. Nada de lo que sabemos del asesino aparenta tener sentido y resulta muy complicado obtener un perfil adecuado.

—¿Qué le dijo la doctora después de encontrarse el paquete en los aseos?

Martin volvió a dejar escapar una sonrisita de complacencia como un funcionario de la hacienda pública que observa cómo alguien le formula, finalmente, una pregunta congruente.

—Me habló del coronel... Dijo que sabía lo que iba a suceder pero que no hizo nada para detener los acontecimientos.

Paniagua pareció sorprendido.

—¿Está insinuando que el coronel Golshiri nos está ocultando información?

Martin se encogió de hombros.

—No tenemos pruebas de eso y la única persona que puede arrojar algo de luz al respecto se encuentra en paradero desconocido, retenida por el propio Golshiri.

—¿Pero, cómo...? —El inspector parecía agitado—. ¿Qué puede saber la doctora que ha hecho que Golshiri prácticamente la secuestre?

—Lo desconozco, inspector. Hasta qué no tengamos oportunidad de hablar de nuevo con Samira Farhadi, esa pregunta seguirá siendo una incógnita.

El inspector Paniagua frunció el entrecejo, visiblemente contrariado y miró de nuevo su teléfono, Martin podía ver que en su cabeza barajaba la posibilidad de volver a llamar al Jefe Beltrán.

—Déjelo correr. —Recomendó—. A estas alturas, El inspector jefe ya sabe que usted le ha telefoneado varias veces y ha elegido, por alguna razón, no devolverle la



llamada.

Paniagua pestañeó repetidamente.

—¿Ahora resulta que también es clarividente, agente Cordero? —Soltó de manera adusta.

—Clarividente, adivino, hechicero... Me han llamado de todo y en varios idiomas. —Respondió Martin, sonriendo—. Pero lo único cierto en todo ello es que me limité a observar y a emplear la lógica.

Arturo Paniagua puso los ojos en blanco.

—¿Y qué piensa que hacemos los demás? ¿Lanzar una moneda al aire y decidir una línea de investigación u otra si sale cara o cruz? ¿O quizás fantasear como un vulgar escritor de novelas policíacas? ¡No sea majadero!

—Por supuesto que no, pero insistir sobre lo mismo cuando no se ha obtenido inicialmente ninguna respuesta, no va a ayudar a encontrar a la doctora.

Paniagua le sostuvo la mirada durante un prolongado instante y finalmente esbozó un gesto con la mano.

—Está bien, y en su elevada opinión, ¿qué nos va a ayudar a conocer el lugar dónde el coronel Golshiri ha escondido a la doctora Farhadi?

Y, sin apartar la mirada, Martin dijo tristemente.

—Mañana lo sabremos.

Alba Torres estaba sentada en su apartamento. Se encontraba inmersa en una terrible lucha con la sensación de soledad que la oprimía. Sola en un país extranjero, lejos de su familia y con el trágico recuerdo de la muerte de su hermano reverberando en su cabeza, había tomado la valiente decisión de descubrir al culpable, pero la verdad demoledora era que no sabía ni por dónde empezar. En esos momentos, se sentía cualquier cosa menos valiente. Lloraba en silencio, con los ojos cerrados, y tenía todos los músculos de su cuerpo entumecidos.

Pero había llegado hasta donde había llegado sola, sin la ayuda de nadie. Eso era algo, ¿no? ¿No había sido ella quién le había dicho a la policía dónde podían encontrar a Walter Delgado? ¿No había sido ella quién había descubierto el bar de Tetuán? Sin embargo, de la misma manera que se había animado con tales pensamientos, se desinfló como un globo expuesto al sol demasiado tiempo. El descubrimiento del lugar en el que se reunía Walter Delgado con sus camaradas de los Latin Kings había sido un golpe de suerte, y muerto el criollo, no tenía ninguna otra pista que seguir.

Entonces, una idea fugaz le cruzó por la mente. Una idea fugaz y terrible. Blanca como un cadáver, Alba sopesó la idea en su cabeza durante interminables minutos. Fuera de sí, su cuerpo se sacudía con violentas sacudidas pero, a medida que la idea cobraba forma, los espasmos fueron mitigando hasta terminar desapareciendo.

*El corona San de Muerte.*

El líder de la temible banda latina era el único en ese momento que podía arrojar algún tipo de luz sobre las muertes de su hermano y de Walter. Aunque solo pensar que debía hablar con él, la ponía los pelos de punta y hacía que volviese a temblar incontroladamente. Sin embargo, sabía dónde encontrarle y estaba segura de que podía convencerle para que la ayudase. Al fin y al cabo, ¿qué peligro podía suponer ella para alguien tan poderoso? Y únicamente quería saber la verdad.

Alzó la muñeca y miró la hora en su reloj de pulsera. Si se daba prisa estaba a tiempo de llegar al bar antes de que lo cerrasen.

Solo esperaba que el Corona San de Muerte se encontrase allí.

Mientras el inspector Paniagua intentaba por enésima vez contactar con el Jefe Beltrán. Martin Cordero observaba por la ventana, con el ceño fruncido y la mirada perdida.

La luna había terminado por ser engullida por algunas nubes y los tejados de hormigón y acero, dejando un paisaje urbano que no ofrecía ningún alivio a la vista y al que no prestaba demasiada atención. Su mente se encontraba muy lejos. De algún modo, los continuos contratiempos del caso le habían llevado a pensar en la psicóloga que le había tratado después de su encuentro con el psicópata conocido como El Artista. Martin recordaba la última sesión que había tenido con June Cadwell antes de dejarlo todo y desaparecer.

En su pulcro despacho del centro económico de Rhodes, la doctora había posado sus ojos sobre él con esa mirada que solo pueden tener los loqueros con sus pacientes. Ojos de láser que te traspasan el cerebro analizando cada pensamiento a su paso.

—¿Cómo se encuentra, agente Cordero? ¿Piensa que está preparado para regresar?

—Regresar, ¿a dónde? —Quiso saber Martin.

—Dígame, usted. ¿Dónde le gustaría estar en estos momentos?

Martin había sentido la ira crecer en su interior, pensaba que no tenía tiempo para perderlo con los juegos de palabras habituales de un psicólogo. Por imperativo del FBI, Martin había visitado periódicamente a la doctora Cadwell después de haber sido malherido en acto de servicio. Se trataba del procedimiento habitual, sin excepciones, y mientras tanto le había sido asignado un trabajo de escritorio.

—¿Por qué no se deja de rodeos y va al quid de la cuestión? —Le espetó, indignado. Ella se había limitado a asentir, sin dejar de clavar sus ojos en los de Martin, tomando notas en la enorme libreta de hojas amarillas que solía sostener sobre las piernas durante las sesiones. *¡Dios mío, no podía estar más llena de tópicos!*, pensó Martin. Estaba seguro de que incluso ensayaba ese tipo de movimientos para impresionar más a sus pacientes.

June Cadwell era una mujer menuda pero no exenta de cierta belleza madura. El pelo rubio, tintado para ocultar las incipientes canas, le colgaba sobre los hombros en cascada y contrastaba con belleza germánica sobre los impresionantes ojos aturquesados. Sin duda, su mejor arma de seducción. Vestía un sobrio traje chaqueta oscuro y sus medias siseaban cada vez que cruzaba las piernas.

—¿Cuál es el quid de la cuestión, agente? —Le preguntó, haciéndose la interesada.

—¿Estoy preparado para regresar al trabajo? ¿Confían en mí el resto de mis colegas de la Unidad de Ciencias del Comportamiento, tanto como para poner sus vidas en mis manos? ¿Quisiera trabajar conmigo mismo como compañero? ¿Cómo puedo estar seguro de que Gareth Jacobs Saunders no ha impregnado su diabólica semilla en mi cerebro comprometiendo todas mis acciones, mis decisiones?

Ella había vuelto a asentir, aguardando.

—La respuesta es... ¡absolutamente! —Añadió Martin con rotundidad.

—Y, a pesar de todo, no quiere volver...

—No, ya se lo he dicho.

—Entonces, dígame en qué ha estado pensando desde que fue apuñalado. ¿Sigue teniendo pesadillas?

En ese momento, Martin había titubeado, no estaba preparado para hablar de ello y, sin embargo, había sentido una especie de fuerza imperiosa que le empujaba a hacerlo, se sentía como una atemorizada víctima de cáncer que se dirigía a la mesa de operaciones con las esperanzas puestas en que el cuchillo del cirujano eliminase todo vestigio de malignidad de su cuerpo. Para Martin, la doctora Cadwell bien podía haber sido ese cirujano salvador y, al mismo tiempo, aterrador por tener el destino de su vida en las manos.

—¿Agente? —le presionó ella con suavidad—. ¿Por qué no me cuenta lo que se oculta dentro de su cabeza?

Él la miró.

—No puedo explicarlo. —Contestando por fin con un susurro.

—¿Por qué no lo intenta? Simplemente, permita que las palabras se formen en su mente y fluyan por su boca, no trate de ordenarlas.

—Doctora Cadwell, siento... me siento como si estuviera haciendo trampas.

La doctora apuntó algo rápidamente en su libreta y volvió a presionar.

—¿Haciendo trampas? ¿A quién?

—No lo sé. —Estalló Martin—. ¿A Dios? ¿A la madre naturaleza? ¿Al destino?

—Martin es natural que sienta este tipo de dudas, son habituales en los pacientes que han estado al borde de la muerte o han sufrido situaciones tan traumáticas que nunca pensaron que merecían salir de ellas.

—Todo eso no me ayuda demasiado. —Masculló Martin—. No albergo dudas respecto a lo afortunado que fui, ni tampoco siento culpa alguna porque el cuchillo de Gareth Jacobs Saunders me dejase con vida y no a los agentes de la unidad táctica que murieron.

—Lo sé. Llegados a este momento, no hay nada más. Todo depende de la manera en que usted procese las cosas. A mi modo de ver, se le ha concedido una segunda oportunidad y así es como debe verlo.

—Una segunda oportunidad. —Repitió Martin con sorna—. ¿Para qué? Ya no me

importa mi carrera o el FBI. He abandonado a mi familia, encerrándome en mí mismo, y voy a traicionar a todo lo que me importa en la vida. Nada de eso parece una segunda oportunidad.

La doctora dejó reposar las manos sobre su regazo, mientras cruzaba una pierna sobre la otra. De nuevo, el siseo de sus medias llegó hasta los oídos de Martin, llevando consigo una vívida impresión. El siseante crepitar del fuego, el acero mordiendo la carne de sus tripas, el lacerante dolor. A duras penas, Martin luchó contra los espasmos que se apoderaron de su ingle y resistió la poderosa tentación de llevarse la mano a la cicatriz.

—A menudo, alejarse un poco de los problemas de uno y contemplarlos desde una nueva perspectiva, diferente y exenta de presión, es la mejor manera de salir adelante. —Replicó June Cadwell, ajena al racimo de emociones que acababa de sacudir a Martin con la fuerza del croché de un peso pesado—. No digo que no regrese jamás al FBI, pero tómese un año para usted y descanse. Martin, todo lo que le ha sucedido en la vida le conduce hasta el mismo punto. Personalmente, estoy convencida de que, sea lo que sea que le espera, será algo grande e importante. Mientras tanto, procure disfrutar del distanciamiento.

Y aquello fue la gota que colmó el vaso, el motivo último. Las ruedas en su cerebro se pusieron en marcha en ese preciso instante. Engranajes y rodamientos que giraban incesantes impulsándole hacia un destino inevitable y que le permitían ver una imagen nítida y clara de lo que tenía que hacer. Lo que iba a hacer. El ciclo se había cerrado, podía sentirlo en el tuétano de sus huesos, una nueva etapa estaba a punto de comenzar. Todo había comenzado con un momento de sublime dolor, su encuentro con el asesino en serie Gareth Jacobs Saunders había plantado una semilla en su interior que había germinado y crecido con vigor. Una semilla de miedo e indecisión que era preciso combatir.

*El miedo.*

Tendría que aprender a convivir con él.

Una semana más tarde, aterrizaba en el Aeropuerto de Barajas. Veinte minutos más tarde, tras recoger sus maletas y salir a la calle para buscar un taxi, sus tripas dieron un vuelco de saltimbanqui. Quizás fuera la comida artificial que le dieron en el vuelo, quizás fuera otra cosa, pero exactamente veinte minutos más tarde de respirar el aire de Madrid, vomitó. Justo enfrente de la puerta de salida del aeropuerto.

*Gracias, Gareth Jacobs Saunders...*

Y regresó al presente, con una vertiginosa sensación de mareo que arrebató el color de su rostro. En el exterior, la luna comenzaba a asomar tenazmente entre la densa masa de nubes que se había apoderado de la bóveda celeste. ¿Cuándo se habían formado? La noche se adivinaba tan sombría como el estado de ánimo de Martin Cordero.

—Hay algo que quisiera hablar con usted, inspector. —Dijo por fin, rompiendo el embrujo de claustro que imperaba en el despacho—. Desde que acepté a formar parte

de la investigación hay algo que me ha inquietado constantemente. No sé cómo explicarlo pues no hablo de nada tangible. No existe nada concreto que le pueda exponer como prueba y, sin embargo... Lo que sea, está acabando por ponerme de los nervios.

El inspector Paniagua levantó la vista del teléfono y le miró directamente a los ojos, por algunos instantes se mantuvieron en esa posición sin pestañear.

—Le entiendo, agente. —Dijo finalmente Paniagua—. Las circunstancias que rodean este caso son como para poner los pelos de punta a cualquiera. Las cosas se están yendo de madre y usted ni siquiera tenía por qué haberlas sufrido en un primer momento.

Martin rechazó con la cabeza, mirado con aire abatido al exterior.

—No es eso, inspector. Es algo mucho peor que las pistas contradictorias, más sutil. No sé cómo definirlo, pero es como si tras cada esquina hubiese una presencia que lo dominase todo, controladora.

—¿Se refiere al asesino?

—No lo sé, quizás... Pero quizás, no.

—Ese coronel Golshiri, entonces. —Gruñó el inspector, una expresión distante de desaprobación se reflejaba en su rostro, mientras pensaba en el iraní de modales oleaginosos—. Siempre he dudado de la integridad de ese mamarracho engominado.

—Ese hombre podría encajar, en efecto. Es indudable que sabe algo que no ha compartido con nosotros. —Confirmó Martin—. Pero tengo la corazonada de que en este asunto, el coronel Sadeq Golshiri es tan peón como nosotros mismos. Y, lo que es más relevante aún, de que tiene miedo.

—¿Miedo de qué? ¿De quién? —Quiso saber Paniagua, incrédulo. No se imaginaba al militar iraní teniendo miedo de nada, la verdad. Aunque, de algún modo, la escena le reconfortaba.

—No lo sé, inspector. Probablemente del homicida, o de las consecuencias que sus actos puedan tener.

Arturo Paniagua soltó un bufido desaprobador.

—¿Sabe lo que pienso? Creo que le está dando más méritos al asesino de los que realmente tiene.

Martin volvió a sentir el familiar cosquilleo recorriéndole la cicatriz que surcaba su ingle. Aquella noche en el Parque Nacional de los Glaciares tampoco había valorado como debía a otro monstruo y lo había pagado muy caro. Pero, el inspector tenía razón. La mayoría de los asesinos en serie pertenecían al género idiota y no eran más que individuos simplones que perdían la cabeza obsesionados con esto o lo otro y cuyos crímenes habitualmente podían ser resueltos por otro idiota. Sin embargo, algo en el caso le daba mala espina, como ese vago olor a cosas muertas que te encuentras entre el moho de una casa abandonada pero eres incapaz de localizar su origen.

—No me malinterprete, inspector. —Discrepó, Martin rechazando la idea—.

Olvídese de toda esas supercherías de las películas, los asesinos en serie refinados y con un coeficiente intelectual elevado no existen en el mundo real. La mayoría de ellos son gente enferma que cometen sus atrocidades movidos por una psique destrozada.

—O sea que está como una maldita cabra, como opina Olcina. —Gruñó el inspector, apretando mucho los dientes.

—Yo no he dicho eso, tampoco. —Negó, Martin—. Es evidente que ha matado con anterioridad y que domina la situación. No le preocupa, por ejemplo, que alguien pueda escuchar el tiro de gracia o que, tarde o temprano, podamos relacionar de algún modo el grafiti del espejo. Y, sin embargo, es capaz de elaborar artimañas tan complejas como la coincidencia del ADN o la diferencia entre las líneas del tiempo. A mi entender, todo el asunto parece casi como un desafío.

—¿A qué se refiere? Pensé que creía que el asunto de las manos era para amedrentar psicológicamente a sus víctimas y luego torturarlas. Como golpear un solomillo para ablandar su carne antes de cocinarlo.

Martin negó con la cabeza.

—Para hacer eso no necesita complicarse la vida con el truco del ADN, resulta demasiado complejo para que su intención sea únicamente asustar a sus víctimas o despistarnos a nosotros.

—Son solo condenados fuegos artificiales, agente. No se deje impresionar por ellos. Estoy seguro que daremos con la explicación a esos enigmas y que será algo sencillo y evidente, algo que hemos tenido delante de nuestras narices todo el rato y hemos sido incapaces de ver.

—Por nuestro bien, espero que tenga razón, inspector. —Concedió Martin, sin apenas convencimiento.

—¿Piensa que hay algo más detrás de ello?

Martin guardó silencio. El inspector Paniagua le contempló durante un rato por encima de la mesa de su despacho, mientras parecía luchar con un bolo de flema que se le hubiera atascado en la garganta. Entonces, un atisbo de comprensión iluminó sus ojos.

—Está jugando con nosotros.

—Tiene toda la pinta. —Coincidió Martin—. Tiene toda la maldita pinta.

Cuando Alba se detuvo ante la puerta del bar Los Quiteños una fuerte opresión se apoderó de sus intestinos, parecía como si centenares de avispas revoloteasen en su estómago. Toda la decisión, toda la fuerza que había acumulado en su apartamento mientras había decidido interrogar al Corona San de Muerte sobre la muerte de su hermano y de Walter se había evaporado de repente. En aquel instante, hubiese preferido hallarse en cualquier otro lugar y tener que hacer cualquier otra cosa antes que entrar en aquel bar y enfrentarse al Corona.

Y, sin embargo, allí estaba.

De noche, el lugar era más destartado de lo que le había parecido el otro día. El rótulo de la entrada prometía cerveza Pilsener y, a pesar de que la puerta se encontraba cerrada, podía oír claramente los acordes de la música latina del interior. Un grupo de chicos ecuatorianos fumaba porros apoyados junto a la pared y aullaron lascivamente cuando la descubrieron, mirándola de arriba a abajo.

Alba sintió la urgencia de salir corriendo, alejarse lo más rápidamente y lo más lejos posible de aquel lugar pero el recuerdo de su hermano se lo impidió. Alzando los hombros y mirando al frente se dirigió hacia la puerta de entrada, cuando la abrió recibió en el rostro el impacto del hedor a sudor y cerveza derramada.

—Creo que me estoy poniendo muy cachondo. —Dijo uno de los chicos de la entrada, con el canuto colgando de la comisura de sus labios. Vestía los colores de los Latin King y le faltaban algunos dientes. Se pasó una de sus manos libres por la entrepierna e hizo un gesto obsceno—. Pásate a buscarme cuando termines ahí dentro y estés preparada para lo bueno.

Alba se dirigió al interior, reprimiendo un sollozo de terror, pero decidida a acometer la empresa que la había traído de regreso a Los Quiteños.

Desde luego, el ambiente nocturno de aquel bar no tenía nada que ver con el de las comidas. Las mesas del almuerzo habían desaparecido, probablemente apiladas en la parte de atrás, y en su lugar habían colocado unas mesas altas y redondas sobre las que se apoyaban los clientes, en su mayoría latinos, cuyas edades oscilaban entre los quince y los treinta años. Los colores dorado y negro predominaban en sus ropas y algunos rostros se giraron hacia ella cuando cruzó el umbral de la entrada. Excepto por las luces del letrero de neón y de la barra, el lugar estaba sumido en la penumbra.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la escasez de luz, se dirigió a la barra examinando a los clientes con la mirada baja y esquiva. Los hombres llevaban casi



todos gorras o pañuelos en la cabeza y atuendos deportivos holgados y las mujeres mallas de punto muy tupidas y corpiños ajustados. Por debajo de algunas camisetas, Alba alcanzaba a discernir las empuñaduras de pistolas y cuchillos.

No veía al Corona por ninguna parte.

Se estaba acercando a la barra, cuando un arrastrar de pies y un enorme estruendo la detuvo en seco. Varias personas ansiosas por ver lo que estaba sucediendo se aplastaron contra ella y la empujaron hacia la pared.

Dos chicos con el rostro ensangrentado e hinchado se estaban enzarzando a golpes junto a la barra. Uno de ellos tenía un enorme corte junto a la ceja del que brotaba un espeluznante chorro de sangre que manchaba las cadenas de oro que lucía al cuello. En la mano blandía una navaja de mariposa, mientras animaba a su oponente a que se acercase de nuevo. El segundo chico hacía lo propio agarrando por el cuello una botella de Pilsener y tratando de mantener a raya al del corte.

—¡Eh, si queréis bronca sacadla fuera del local! —Rugió un inmenso encargado de la seguridad cuya cabeza parecía dos tallas menos en comparación con el grueso cuello que la soportaba.

Aquello fue demasiado para Alba y decidió esperar al Corona fuera del bar. Estaba a medio camino de la salida cuando un par de manos la agarraron por los brazos y frente a ella se cruzó una mujer que mantenía los rizos sobre su cabeza atados con un pañuelo amarillo.

—¿Qué tenemos aquí? —La voz de la mujer resultó ser sorprendentemente grave, sin duda erosionada por años de alcohol y tabaco—. ¿Te has perdido, princesa?

A su espalda, su captor apretó el cepo con la que la tenía sujeta y expulsó el aire con un silbido, junto a su oreja. El aliento le olía a cerveza rancia.

—Fíjate qué monada, colega.

Algunos de los que se encontraban alrededor prestaron atención, aunque la mayoría les ignoró con su atención puesta en la pelea que, a tenor por el ruido, estaba empezando a decaer. Ambos contendientes habían sido finalmente separados por sus camaradas y ahora bebían de un solo trago sendas botellas de Pilsener, ajenos a la enorme cantidad de sangre que manchaba sus ropas.

Alba abrió mucho los ojos, aterrada.

—De puta madre, aquí tenemos a una tía que no canta a cerveza y que no vomita mientras te la tiras.

Muchos rieron.

—A mí me gustaría poner eso en práctica. —Gritó alguien a su izquierda—. Llémosla detrás a ver si es verdad.

La mujer se acercó a Alba y la agarró por la barbilla como si quisiera poder verla mejor, pasándole una mano por la mejilla. A la muchacha se le encogió el estómago.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —Preguntó.

Alba trató de apartar la cara pero la mujer la sujetó con más fuerza.

—Me llamo Alba Torres y he venido a ver al Corona San de Muerte. —Dijo,

temblándole la voz.

Entonces, se hizo un silencio repentino en el local. Por el rabillo del ojo, Alba alcanzó a ver a un hombre que se acercaba desde la barra, abriéndose paso a empujones.

—¿Qué coño pasa? —Preguntó—. ¿Quién es esta zorra?

Alba consiguió liberarse del abrazo de oso que la tenía sujeta y se volvió, medio muerta por el miedo, para encararse con su captor. El hombre tenía los ojos vidriosos y brillantes por las drogas y los clavaba intensamente sobre ella. Lascivamente, movía la lengua dentro de la boca y lucía una enorme cicatriz blanquecina que segaba su perilla de lado a lado.

—Ni puta idea, acabo de pillar a esta putita intentando escabullirse por la puerta. —Contestó la mujer.

—Y bien, ¿qué coño quiere?

—Está preguntado por el Corona Supremo.

El hombre que se había acercado tenía todo el cuello repleto de cadenas y abalorios dorados y por la cinturilla de su pantalón vaquero talla XXL, sobresalía la culata de una pistola. Alba había escuchado en alguna parte que el número de colgantes determinaba la posición en la escala de poder de la banda en la que se situaba un acólito. Aquel hombre debía ser uno de los más importantes. Alba no podía saberlo pero se encontraba ante el Tercer Corona Pibe Inca, el jefe de guerra responsable de todos los asuntos violentos relacionados con el capítulo<sup>[17]</sup> de Tetuán.

—¿Qué cojones quieres del Corona Supremo? —Le agarró un puñado de pelo y se lo retorció obligándole a echar la cabeza hacia atrás.

—Me... Me llamo Alba, soy la hermana del chico que mataron en el río.

El Tercer Corona le volvió a tironear del cabello y Alba no pudo reprimir un grito de dolor.

—¡Cierra el pico! —La ordenó, silenciándola con una bofetada—. No creas que nadie va a echarle una mano, puta. Aquí dentro a nadie le importa lo que le pase a una pendeja quiteña como tú. Además, seguro que piensan que te estoy dando caña.

En su rostro bailó una sádica sonrisa.

—Si te portas bien, igual más tarde te doy lo tuyo.

—¿Qué vamos a hacer con ella, Tercer Corona? El Corona Supremo no ha venido esta noche. —Quiso saber el hombre que tenía a Alba agarrada por los brazos, y que se trataba de uno de los soldados encargados de la seguridad de los Coronas. Alguien acostumbrado a matar y a tratar con sadismo a las personas—. Déjamela a mí y la haré cantar ahí detrás como si fuera un puto rruiseñor de mierda.

El Tercer Corona Pibe Inca le fulminó con la mirada y el hombre retrocedió unos pasos, soltando a la muchacha.

—¡No seas gilipollas! Ya sé que el Corona San de Muerte no está aquí. —Resolló, furibundo—. Vamos a llevar a esta putilla a la parte de atrás, pero para quitarla de la vista y luego decidiremos qué hacemos con ella.

Alba, temblorosa y tan pálida como una losa de mármol, intentó resistirse, sofocándose de puro miedo, pero el Tercer Corona la agarró con más fuerza del pelo y le incrustó el cañón de la pistola entre las costillas, haciéndole saltar las lágrimas.

—Si vuelves a moverte, te mato aquí mismo como a una perra y luego les dejo a los chicos que se diviertan con lo que quede. —Le espetó y la empujó a través de la masa de cuerpos hasta una puerta metalizada que se abría junto al aseo compartido tanto por los hombres como por las mujeres.

Alba intentó resistirse pero fue inútil, tras un último empujón, aterrizó en un angosto patio trasero embutido entre edificios grises con ventanas oscuras.

Después, para su sorpresa, la dejaron sola.

Alba corrió a ocultarse bajo una sombra, en la esquina más alejada de la puerta, y trató de recobrar el aliento. Estaba temblando incontroladamente, el tableteo de su corazón atronaba en sus oídos por encima del sonido de la música en el interior del bar. No tenía ni idea de qué es lo que iban a hacer con ella y el corazón le latió con más fuerza, completamente desbocado. ¿En qué lío se había metido? ¿Iban a matarla? No podían hacer algo así, ¿verdad? ¿Matarla en aquel patio desolado? La mitad de los clientes del bar le habían visto la cara, habían presenciado cómo la obligaban a ir hasta el fondo y la habían encerrado en aquel patio.

*Sí, y no habían hecho nada para impedirlo,* se dijo a sí misma.

Se echó a llorar. No tenía escapatoria. Pensó en gritar pero las ventanas del edificio adyacente permanecían todas cerradas contra el encapotado cielo nocturno y, en el interior del local, con la música *reggaeton* tan alta, nadie la oiría. Entonces, decidió obligarse a sí misma a actuar y buscar una salida, pero estaba paralizada, incapaz de gritar o de encontrar el ánimo para intentar escapar.

Cuando el Tercer Corona regresó, la sorprendió hecha un ovillo en la misma esquina a la que había corrido cuando la dejó encerrada en el patio. La miró con sus ojos duros, en su mano empuñaba la pistola, y agarrándola por el cuello la obligó a levantarse y la empujó con la pared de ladrillo, apretando su cuerpo salvajemente contra ella.

Levantó el arma hasta su sien y dijo:

—Hola, puta. Ahora tú y yo vamos a pasar un rato juntos.

Entonces, el mundo se apagó de repente.

Martin paró a un taxi que circulaba frente a la puerta de entrada del moderno complejo policial en donde se hallaba situado el cuartel general de la brigada del inspector Paniagua y mientras se acomodaba en el asiento trasero del Skoda pudo escuchar en la radio un programa deportivo donde se narraba un partido de fútbol. Había dejado solo al inspector en su despacho, todavía intentando comunicarse desesperadamente con el Jefe Beltrán.

—¿Cómo va? —Preguntó a modo de saludo. Había aprendido que en España la auténtica religión no se encontraba dentro de los muros de las iglesias, sino sobre la alfombra cespeada de un campo de fútbol. Una vez alguien le había dicho que para los españoles el fútbol era como una droga para los hombres que no se drogaban. Y tenía toda la razón.

El conductor hizo un gesto despectivo con las manos.

—No tan bien como me gustaría —explicó—. Los merengues maricones se han adelantado en el marcador y no parece que vaya a cambiar la cosa. Aunque me joda este año parecen que volverán a ganar.

Al parecer, los taxistas de Madrid eran todos unos entendidos en fútbol y en política, y uno no debía iniciar una conversación sobre uno de esos temas, so pena de ser vapuleado dialécticamente y sufrir un escarnio sin parangón. En la ciudad de Madrid había tres equipos que jugaban en la Liga BBVA o «Primera División», como se había llamado desde siempre, y que se repartían las simpatías de los aficionados. Aunque era el Real Madrid, a cuyos aficionados se les conocía con el sobrenombre de «merengues», quien poseía de largo el mayor número de seguidores. A continuación, le seguía en importancia el Atlético de Madrid, cuyos seguidores eran los «colchoneros». Y, por último, un modesto equipo que había surgido en el barrio trabajador de Vallecas y cuyo nombre, Martin no recordaba. La rivalidad entre los aficionados de los dos equipos más influyentes era famosa por el ardor del fuego cruzado de insultos que se dedicaban mutuamente. Martin decidió cambiar de tema e indicó al taxista la dirección de su domicilio y en cuanto se pusieron en marcha se hundió en el asiento tratando de relajarse.

—¿Cuánto queda hasta Malasaña? —Quiso saber, sintiéndose como un mocosito aburrido que le preguntaba su padre cuánto tiempo faltaba para llegar al lugar de vacaciones. Viajaban hacia el norte y las calles pasaban como manchones grisáceos ante su ventanilla, sin ningún interés para él.

—Con este tráfico, unos quince minutos más. —Replicó el conductor y Martin dejó escapar un gemido fastidiado. La verdad era que las voces y sonidos del partido que irradiaba la emisora le estaban atacando los nervios. Y ni hablar de pensar en pedirle al conductor que la apagase, aunque fuera hinchado del equipo rival, el morboso anhelo de escuchar en directo la derrota de su odiado enemigo resultaba más determinante en la actitud del taxista que satisfacer la petición de un cliente.

Martin intentaba abstraerse de la emisora pensando en la investigación, cuando su viaje fue interrumpido por un control rutinario de alcoholemia. Dos coches patrulla de la policía municipal de Madrid habían bloqueado un carril de la avenida por la que circulaban y estaban desviando algunos vehículos de manera aleatoria hacia un embudo de conos luminosos que habían perpetrado sobre el asfalto. Varios coches formaban una fila y sus conductores se hallaban apoyados sobre los capós mientras esperaban su turno para exhalar el aliento en un alcoholímetro portátil.

El taxista decidió accionar el intermitente para cambiar de carril y alejarse del cepo policial, pero uno de los agentes uniformados agitó el señalizador luminoso que portaba para indicarle que se detuviese junto a la acera, detrás de un Seat León lleno hasta los topes de jóvenes vociferantes y de cromados personalizados que le hacían parecer más deportivo de lo que realmente era.

—Nunca imaginé que detendrían a un taxista en uno de estos controles. — Comentó Martin sorprendido.

El conductor le miró a través del espejo retrovisor, visiblemente enfadado.

—Con los recortes de presupuesto y el afán recaudatorio de estos tíos, serían capaces de multar hasta a su propia madre.

—¿Me pregunto si me reembolsarán el cargo extra en la carrera?

El taxista se encogió de hombros y escupió por la ventanilla.

—Ni lo sueñe. ¡Son todos unas sanguijuelas! ¡Vampiros funcionarios!

—Bueno, detenga el taxímetro y deje que me apeé. En cualquier caso, no estamos muy lejos de mi domicilio y el paseo me vendrá de maravilla.

El conductor alzó las cejas y levantó la mano en señal de rendición.

—¡Ahora es a mí a quien le cuesta la pasta! ¡Me van a oír!

Martin se alejó del control mientras a su espalda comenzaban a escucharse las primeras voces de la discusión entre el taxista y los agentes municipales. Mientras caminaba, la noche se hacía cada vez más fresca, el cielo más ominoso, y la doctora Farhadi llevaba la voz cantante en sus pensamientos. En el Palacio de Congresos, se había mostrado temerosa pero, al mismo tiempo, aliviada, como alguien que sabía que iba a enfrentarse a un acontecimiento difícil pero que ya no le temía a la incertidumbre del resultado final. Recordó la insistencia del coronel Golshiri para que ella mantuviese la calma y la celeridad con la que se la había llevado del lugar.

Una ambulancia pasó a toda velocidad junto a él, con las luces amarillas destellando silenciosas en la noche. Los edificios a su alrededor parecían arder con los vivos colores que rebotaban en sus paredes.

¿Qué quería ocultar Golshiri? ¿Por qué tanto empeño en que ella no hablase? ¿Sería posible que ella supiese la identidad del asesino del profesor Mesbahi? ¿Estaría el asesino, de alguna manera, relacionado con Golshiri o el infame Ministerio al que representaba? Todas ellas resultaban preguntas difíciles de contestar en esos momentos.

Se estaba acercando a su casa y la maldita cicatriz de su ingle volvía a cosquillear con persistencia. Con una profunda sensación de impotencia, abrió la puerta de la calle y subió hasta su domicilio.

Horas más tarde, Martin Cordero seguía pensando en lo que le había dicho la doctora Farhadi en el Palacio de Congresos. Estaba bebiendo su segundo vaso de Grey Goose y revisaba por enésima vez el informe policial iniciado sobre el caso. Algo no encajaba en su sitio, podía sentirlo en el tuétano de sus huesos pero, frustrado, se sentía incapaz de adivinar qué era. Se preguntaba si debía llamar al inspector Paniagua y compartir sus dudas. Luego pensó que quizás al inspector no le gustase nada que le llamase a esas horas y decidió dejarle en paz. Si no había conseguido hablar con el Jefe Beltrán, seguro que no estaría de humor y además lo vería como una interferencia. Suspiró, no quería enemistarse más con el terco inspector de policía. Pensó en Paniagua y en la cualidades que le hacían ser un excepcional policía: dedicación, inteligencia, terquedad. Sin duda, cuando investigaba un caso parecía como un bulldog royendo un hueso, imparable y obstinado hasta convertir en polvo la última migaja. Era una lástima que esta última cualidad le impidiese, por ejemplo, aceptar sin reparos la ayuda de Martin.

Le dio un último y prolongado trago a su vaso de Grey Goose y permitió que el vodka le quemara durante unos segundos el interior de su boca antes de ingerirlo. ¿Qué era lo que no encajaba en el crimen del profesor? Aparte de lo obvio, claro está. El macabro paquete. ¿Cómo se las había ingeniado el asesino para enviar la propia mano del muerto horas antes de cortársela? Era imposible, no podía ser su mano. Sin embargo, ¿cómo se explicaba lo del ADN? ¿Cómo podía ser idéntico al de la víctima? ¿Un gemelo? Ni hablar, tenía que haber otra explicación. Pero ¿cuál?

Extrajo una fotografía del informe que mostraba un rastro de sangre. Solo habían localizado dos rastros de sangre útiles en la escena. Por supuesto, buena parte de la habitación estaba cubierta de sangre pero toda ella pertenecía a la misma herida traumática. La amputación de la mano. Las formas alargadas que parecían un signo de exclamación, propias de una salpicadura de alta velocidad en movimiento, eran consistentes con el chorro arterial que había brotado de la muñeca. La segunda fuente consistía en infinidad de diminutas gotas, de no más de un par de milímetros de grosor, que habían brotado de la parte posterior de la cabeza del profesor al recibir el disparo de gracia. Restos de hueso y materia cerebral se entremezclaban en la rociada de sangre en aerosol que salpicaba las cortinas. Nada más. Ni una miserable gota gravitacional. Nada. ¿Por qué no había más sangre? ¿Cómo se las había ingeniado el asesino para reducir al profesor sin infligirle ninguna otra herida? ¿Por qué no había

luchado por su vida?

No tenía respuestas.

Le dolían los ojos y sentía agarrotados los hombros y la espalda. Se inclinó hacia atrás y estiró los brazos todo lo que pudo por encima de la cabeza.

Más Grey Goose no podía hacer daño.

Tras dejar a Marc Claver en el Palacio de Congresos, el subinspector Olcina se encontraba de camino a un restaurante del barrio de Malasaña, famoso entre su clientela por servir cenas hasta la medianoche, con la misma agitación que sentiría un adolescente frente a un viaje de fin de curso junto a la chica de sus sueños. Esa mezcla de excitación y miedo que te erizaba el vello de la nuca y te hacía sudar las palmas de las manos. Neme había respondido al tercer timbrazo de teléfono y apenas había vacilado una fracción de segundo antes de aceptar su invitación, llenando de júbilo a un Raúl Olcina agradablemente sorprendido por la buena suerte que había tenido.

Sin tiempo para cambiarse de ropa, había tirado de desodorante corporal y desechado su americana deportiva en el Renault Megane para adoptar un aire más informal, con las mangas de su camisa arremangadas y desabrochándose el último botón. Desafiando el frescor que se había apoderado de la noche madrileña, Olcina caminó del aparcamiento al interior del restaurante en un instante, e inmediatamente descubrió a Neme. Aquella noche vestía un vestido de noche ajustado que se pegaba a sus curvas como una segunda piel y sandalias de Mascaró que imitaban la piel de cocodrilo. Cuando se inclinó para besarla, el aroma almizclero de su perfume le rodeó como una niebla, y Olcina sintió la tensión empujar la tela de sus pantalones.

Mientras aguardaban en la barra del restaurante a que un camarero les condujera hasta su mesa, Olcina sorprendió de soslayo a un hombre de negocios de nariz afilada y rostro de hurón que estaba desnudando con la mirada a Neme. Una sorprendente oleada de rabia le encendió y se preguntó atónito cuándo había desarrollado ese sentimiento de posesión que tanto le embargaba. Para ser honestos solo la conocía de un par de semanas y no alcanzaba a comprender por qué se creía con derecho a ser tan posesivo con la mulata. Por unos instantes, pensó en levantarse y cantarle las cuarenta al tipo de la mirada lasciva, sentir como se partían los mismos labios que ahora eran humedecidos por su lengua de reptil bajo los golpes de sus puños, sentir la sangre caliente deslizarse entre sus dedos, empapándolo todo con su intenso color rojo.

—¿Te encuentras bien? —Le preguntó ella, con la preocupación reflejada en sus ojos—. Por un momento, pensé que estabas a kilómetros de distancia.

Raúl Olcina sacudió la cabeza, azorado. De algún modo, había caído en la cuenta de que la relación entre ambos había cambiado gradualmente. Desde qué ella le había



pedido que le hablase de él, una nueva energía fluía entre ambos que no lograba definir. No eran una pareja, no podían serlo de ninguna manera, no había motivos suficientes para pensar de tal modo, pero presentía que existía algo más que una simple cita después del trabajo.

Finalmente, decidió que lo que pasaba era que estaba tan cansado que ya no podía ni confiar en sus percepciones. Los espeluznantes acontecimientos y la tensión que había vivido ese día se estaban finalmente cobrando su peaje. O quizás estuviera perdiendo la chaveta por la mujer. No parecía ponerse de acuerdo.

Para cuándo les sirvieron el primer plato, Olcina estaba hablando de su trabajo abiertamente, como nunca antes lo había hecho. Cuando llegó el segundo, ya había mencionado el caso del profesor Mesbahi, le había hablado de Martín Cordero y su habilidad para capturar asesinos en serie y del inspector Paniagua y los continuos abusos de autoridad a los que le sometía. En los postres, le tocó el turno a El Ángel Exterminador.

Neme le escuchaba en silencio, con los ojos muy abiertos, incapaz de interrumpirle.

—Al principio, pensé que se trataba de un hatillo de ropa sucia que algún pordiosero había tirado o perdido. —Dijo, estremeciéndose al recordar el cadáver de Walter Delgado—. Luego, distinguí el cuerpo, desmadejado y empapado de sangre y hollín. ¡Lo había prendido fuego aún con vida! Tenía el rostro horriblemente desfigurado por los golpes y el sufrimiento producido por las llamas. Salí a toda pastilla de allí para vomitar tras unos coches aparcados.

Bajó la mirada avergonzado y la clavó en la taza humeante de café expreso. El espeso líquido le pareció la boca de un pozo que estuviera a punto de tragárselo y una vertiginosa sensación de mareo se apoderó de él por unos instantes.

—Pobre muchacho. —Dijo ella, entristecida—. Me da igual que pueda pertenecer a una de esas terribles bandas callejeras, nadie merece morir de esa manera tan brutal.

Deslizó la mano por encima de la mesa hasta tocar los dedos del subinspector con suavidad. Olcina sintió que el salón del restaurante dejó de dar vueltas a su alrededor con brusquedad. De repente, toda su atención se centró en la punta manicurada de aquellos dedos que se rozaban con los suyos. Días más tarde, si le hubieses preguntado por ese instante, Raúl Olcina hubiera podido jurar que fugaces zarcillos de electricidad habían cruzado el espacio que separaban unas yemas de las otras y que el vello del dorso de su mano se había encrespado como sacudido por una invisible corriente de aire.

—Y que lo digas. —Concedió Olcina, cuando pudo recuperar el control de sí mismo—. Entonces ya sabes por qué no quiero hablar de mi trabajo. Tengo miedo de no poder desconectar de ese mundo. De todo ese horror.

—Ahora parece una buena idea. —Concedió ella. Durante el tiempo que Olcina le había hablado de su trabajo, le había estado escuchando con la misma solemnidad que uno hubiera mostrado durante una proyección de una película de Ingmar

Bergman, y a veces, le miraba con una tristeza conmovedora y las lágrimas asomándole en los ojos—. Sin embargo, eso no significa nada. Es solo tu trabajo, no te define como persona. No eres tú.

Permanecieron en silencio, cada uno con la mirada baja, exageradamente focalizada en sus respectivos cafés, hasta que, al cabo de un rato, Olcina dijo:

—Lo siento.

Neme levantó la cabeza para mirarlo.

—¿Qué es lo que sientes?

—Esta noche te he contado cosas que nunca pensé que hablaría con nadie fuera de la brigada.

—Bueno, yo pregunté primero. La culpa es enteramente mía y no tienes por qué sentirlo.

—Ya lo sé, pero aun así, lo siento. Nadie que esté en sus casillas quisiera tener ese tipo de imágenes en su cabeza. —Insistió Olcina—. Seguro que esta noche tendrás pesadillas.

—¡Que encanto! Mi propio caballero andante que se preocupa de velar por mis sueños. Mira, ya soy mayorcita y además... —Se interrumpió, indecisa.

—¿Además? —La animó Olcina a seguir.

—Además ya tengo mis propias imágenes horrendas que revivir durante la noche, así que unas pocas más no van a suponer una gran diferencia.

Raúl Olcina pareció sorprendido.

—¿De qué estás hablando?

—Dejemos eso, no hemos quedado esta noche para llorarnos mutuamente en el hombro como unas Magdalenas, hemos quedado para...

—¿Para qué hemos quedado, Neme? —Preguntó Olcina, con picardía. Lo cierto era que se sentía hecho polvo pero la idea de imaginarse a sí mismo pasando la noche con la mulata le renovaba las fuerzas como una inyección de cafeína directa a las venas.

Ella sonrió.

—Quieto ahí, que no se dispare demasiado esa calenturienta imaginación tuya. Por la pinta que traes pareces estar hecho polvo y no creo que aguantes demasiado sobre tus pies.

—Eso no es cierto. —Trató de protestar, Olcina.

—Sabes que tengo razón, así que no discutas conmigo. Pero no te preocupes demasiado que nadie ha dicho que no vaya a haber otras oportunidades. Por el momento, hemos disfrutado de una cena encantadora y dejémoslo ahí.

Raúl Olcina asintió a regañadientes y levantó una mano para indicar al camarero que les preparase la cuenta.

—De todos modos, es muy duro lo que le ha pasado a esa chica. —Dijo Neme, de repente, mirándole a los ojos muy fijamente. Reflejos rojizos de la vacía botella de vino le iluminaban el rostro de una manera peculiar.

—¿A quién te refieres?

—A la hermana de ese tal Oswaldó. Ese asesino al que llamas El Ángel Exterminador asesina a su única familia en España y, cuando piensa que existen esperanzas de atraparlo, el canalla va y también mata a golpes al único testigo.

—Supongo que sí.

—No hay nada que suponer. No me cambiaría con ella por nada del mundo.

—¿Quién en su sano juicio lo haría? No es sano estar rodeado de tanta muerte. —  
Replicó el subinspector y, entonces, ocurrió algo muy curioso. Olcina veía a Neme abrir la boca dispuesta a contestar, la veía mover los labios, gesticular con las manos acompañando sus argumentos pero, sin embargo, era incapaz de oírla, ni siquiera débilmente. La cabeza comenzó de nuevo a darle vueltas y se sintió desorientado. El resto de mesas del restaurante, los comensales, y los camareros que correteaban de un lado a otro cargados con las comandas, se deslizaban a su alrededor como si alguien le hubiese embarcado contra su voluntad en el tiovivo más extraño de la Tierra. Neme le contemplaba con una sonrisa que era, al mismo tiempo, de placer y de tristeza. Trató de abrir la boca para preguntarla por la enigmática sonrisa pero ningún sonido brotó de sus labios.

*¡Esto es la hostia!*, pensó. Estaba sentado a la mesa, junto a la mujer más hermosa que hubiera conocido jamás y era incapaz de articular palabra. La frustración se apoderó de él y volvió a intentarlo.

Nada, ni un mísero sonido.

*¡Hostia puta, la madre que te pario! ¿Qué es lo que me pasa?*

De ordinario, Olcina no se hubiese puesto nervioso de esa manera, ni hubiese estallado en tantos exabruptos delante de una mujer pero, en esos momentos, no se le ocurría otra cosa que pensar. El salón del restaurante aumentó la velocidad de sus revoluciones y no se atrevía a mirar a su lado por miedo a vomitar toda la cena sobre el lino del mantel. Entonces pensó que lo mejor que podía hacer era cerrar los ojos y tratar de detener el vértigo con sus pensamientos. Si se concentraba con todas sus fuerzas en hacerlo, quizás fuese capaz de conseguirlo. Filamentos de bruma le esperaban en la oscuridad, rozaron sus párpados desde el interior con el tacto sedoso de los hilos de telaraña. Resistió la tentación de abrir los ojos en ese mismo momento y, sin embargo, los apretó con más fuerza hasta que la sensación de vértigo comenzó a remitir.

—Raúl, ¿me escuchas?

La voz de Neme llegó a sus oídos, atravesando la bruma que se había apoderado de su cerebro.

—Raúl, necesito que hagas algo por mí. Ahora necesito que abras los ojos y que vuelvas conmigo.

*Qué cosa más extraña de decir*, pensó Olcina, que él supiera no se había ido a ninguna parte y seguía sentado a la misma mesa del restaurante. Neme se inclinó sobre la mesa y le puso las manos sobre los hombros como si tuviese intención de

sacudírselos para arrancarle del abrazo del sueño. Lejos de eso, la mulata llevó las yemas de sus dedos hacia su cuello hasta sentir el contacto de su piel.

—Raúl, contéstame. ¿Puedes escucharme? —Insistió.

Olcina asintió con la cabeza, débilmente.

—Entonces, abre los ojos y mírame.

Olcina obedeció. Ahora se estaban mirando, una comunicación directa y visual que le taladraba como un rayo láser. El subinspector sacudió la cabeza confundido y trató de apartarse de aquellas manos que le asían el rostro y que parecían querer estrujárselo hasta conseguir que sus ojos se salieran de las órbitas como si fueran tapones de corcho. Entonces, de repente, volvió a tomar conciencia de dónde se encontraba y el rubor de la vergüenza encendió sus mejillas. Asustada, con la mirada llena de preocupación, Neme tenía las manos puestas a ambos lados de su cara. Olcina se soltó bruscamente la cabeza y preguntó:

—¿Qué sucede, por qué me miras de esa forma?

—¿No te acuerdas? —Contestó la mujer con los ojos muy abiertos—. Estábamos hablando tranquilamente y, de repente, has puesto la mirada perdida y casi te desplomas sobre la mesa.

—No recuerdo nada de eso. —Negó Olcina, con la espalda empapada de un sudor tan frío que parecía generarse por la condensación de un congelador industrial.

—Pues me has asustado una barbaridad.

—Lo siento mucho. No quería asustarte, Neme. No sé qué me ha podido suceder. Debe ser que estoy más agotado de lo que pensaba o quizás el vino de la cena que me ha jugado una mala pasada. El caso es que me siento muy avergonzado.

—Bueno, olvídalo. Pero no vuelvas a darme un susto como este, nunca más.

Raúl Olcina hizo intención de levantarse, en cuanto descubrió al *maitre* del restaurante, claramente suspicaz por lo que estaba pasando, dirigirse hacia ellos para interesarse. El subinspector fingió no verlo y dejó sobre la mesa varios billetes de veinte euros. Cuando salieron del restaurante, Olcina se esforzó en no clavar la mirada en el suelo y ocultar los remordimientos que sentía por haber montado un numerito semejante. Ya en la calle, soltó el aire acumulado en sus pulmones con evidente alivio. Seguramente, se encontraba más cansado de lo que creía. Después de todo, había sido un día largo, ¿verdad?

Sí, eso habría sido.

Martin Cordero terminó de revisar la última hoja de su copia del informe forense, se recostó en el sofá y exhaló un suspiro de preocupación. El vodka que acababa de ingerir le quemaba las entrañas y no había contribuido a relajarle como esperaba.

Algo le rondaba la cabeza.

Algo siniestro que no era capaz de asimilar.

Martin se había encontrado en el despacho del inspector Paniagua, junto al subinspector Olcina y Marc Claver, el agente y psicólogo del SAC, cuando recibieron la llamada del patólogo forense. Todo el mundo había permanecido callado como losas de cementerio. Incluso Olcina, quien parecía despreciar la inactividad, se mordía nerviosamente las cutículas de las uñas. La aparición de la segunda mano amputada había resultado demasiado pesada de digerir, como un asado de cordero viejo. Entonces, estupefactos, habían encajado la noticia.

La segunda indigestión del día se encontraba sobre la mesa del salón de Martin. Un sobre manila del Instituto Anatómico Forense que reposaba sobre la delicada superficie de madera y en cuyo interior se encontraban los resultados de los análisis biológicos efectuados en el homicidio del profesor Mesbahi. Finalmente, el laboratorio había concluido que el ADN de la extremidad amputada coincidía al 99,99 por ciento con el del profesor. Lo cual, en términos de medicina forense, significaba que ambos pertenecían a la misma persona. Pero ¿cómo era posible? Tenía que ser algún tipo de error o algo semejante. Seguramente se habría producido la contaminación de las pruebas en la cadena de custodia o el técnico del laboratorio había cometido un error descomunal.

Y, sin embargo...

Ahí estaba de nuevo la idea que le inquietaba. Una idea tan extraña que no podía obviarla. Martin no podía quitársela de la cabeza. La verdad es que no era en sí misma una idea, una insignificancia, tal vez, pero estaba cobrando visos de obsesión. Había reflexionado largamente sobre ello, pero no conseguía sacar nada en claro.

Una cosa tan... *aterradora*.

De nuevo, su mente saltó a otro recuerdo del día anterior. La fina línea de piel desgarrada en la mano izquierda de la doctora Farhadi. Al desvanecerse se había rozado violentamente con el canto de la mesa y eso le había producido el arañazo, un delgado trazo de sangre roja había brotado de ella.

Una cosa tan extraña.

*La costra...*

Martin pensaba en los macabros paquetes, que habían aparecido misteriosamente en sendos lugares donde no pertenecían como si fueran ofrendas no solicitadas, en el perfil de ADN, y pensaba en la delgada costra que lucía la mano amputada que había sido enviada a la doctora. Se esforzaba por pensar en todas las posibilidades, en encontrar una respuesta que por el momento le resultaba esquiva. Entonces, tomó una decisión y unos segundos más tarde estaba hablando con el laboratorio forense del FBI de Nueva Jersey.

—Hola, Martin. ¿Qué tal van los libros?

La voz que contestó al teléfono tenía un fuerte acento sureño y habló con la familiaridad de alguien que conoce a otra persona desde hace mucho tiempo y la aprecia seriamente.

—Bien, el dinero y la fama son dos motivadores muy poderosos. —Respondió Martin con una medio sonrisa en los labios—. ¿Cómo te van las cosas, Nathan?

El doctor Nathan Cooke no compró el tono jocosos y no le siguió la broma.

—No será a mí a quien oigas una palabra de queja, pero algo me dice que ni el dinero o la fama son los causantes de que nos abandonases para pasar una temporada en España.

—No, tienes razón. No lo son. Debí haber imaginado que la excusa no colaría contigo.

Martin pudo escuchar el prolongado suspiro que profirió su mentor y colega de profesión, al otro lado de la línea.

—Escucha, Nathan, siento importunarte con esto, sé que estás muy ocupado pero necesito que hagas unos análisis de ADN para mí.

—Nunca me importunaste, Martin. He extrañado hablar contigo todo este tiempo y no he parado de pensar que debería haberte llamado. Me preguntaba cómo estarías. —Martin podía sentir el reproche velado en las palabras de su mentor y sintió una punzada de remordimientos. Era cierto que se había largado sin haberse despedido de nadie y no dudaba de que quedaban muchos asuntos por cerrar en Nueva Jersey. Al parecer, el resquemor se había instalado en el ánimo de muchos a quienes había considerado su gente.

—Lo siento, Nathan. Sé que no obré correctamente, pero tenía que salir de ahí.

Un nuevo suspiro le llegó desde el otro lado del Atlántico.

—Lo entiendo, Martin. No te preocupes. ¿Qué puedo hacer por ti? Pensé que habías dejado este mundo.

—Y no te equivocas, Nathan, pero la policía local se ha puesto en contacto conmigo para que les asesore en la investigación de un caso. —Explicó Martin.

—¿Qué puede ser tan especial que no pueden solucionarlo los laboratorios españoles? —Quiso saber el doctor Cooke, la curiosidad picada.

—No te lo vas a creer, debe ser... Tiene que ser un error pero sin embargo... No,

no, pensar otra cosa sería imposible... —Comenzó a decir.

—Martin, viejo amigo, estás hablando a trompicones. ¿Por qué no empiezas por el principio?

Martin se detuvo unos instantes y miró por la ventana, como si hubiese algo que mirar aparte del cielo cubierto y una hilera de vehículos atrapados en el tráfico de la capital. Soltando el aire de sus pulmones, respondió:

—Verás, Nathan, el CNP recibió un aviso tras haberse hallado un cadáver en la habitación de un hotel de lujo. Le habían disparado a quemarropa en la cabeza, como en una ejecución, y le habían amputado la mano izquierda. El asesino dejó una impresión de la huella de la mano en el espejo del cuarto de baño. —Explicó Martin, poniendo sus ideas en orden—. La víctima era un profesor iraní que asistía a una cumbre científica.

—¿Sigo sin ver qué es lo que necesitas de mí?

—Prepárate porque aquí viene lo bueno, unas horas antes de que apareciera el cadáver, alguien le dejó al profesor en su habitación del hotel un envase de plástico que contenía una mano cercenada. Las pruebas de ADN que realizaron los laboratorios españoles fueron concluyentes, la mano pertenecía al muerto, que en ese momento estaba muy vivo.

—Pero, eso que me dices es imposible, Martin. —Consideró el doctor Cooke, visiblemente sorprendido—. ¡Tiene que ser un error! Alguien la cagó con la prueba y se contaminó de algún modo.

Martin le interrumpió agitado.

—Pero ahí está la cosa, Nathan. El laboratorio realizó la prueba hasta en tres ocasiones, incluso tomaron muestras nuevas, y el resultado fue siempre el mismo. Era la mano del profesor. ¡Hasta coincidían las huellas digitales con la ficha de identidad!

Se hizo un silencio prolongado. Martin casi podía escuchar los engranajes del cerebro de su mentor trabajando a toda pastilla tratando de encontrar una explicación razonable. Al cabo de un rato, el doctor Cooke volvió a hablar.

—Bien, si descartamos que tu víctima tenga un gemelo idéntico y cuya existencia desconoces, existen otras posibilidades, poco probables pero no imposibles.

—¿De qué estás hablando? Pensé que la prueba del ADN era irrefutable.

—Determinante, sí. Irrefutable, ni hablar. —Replicó el doctor Cooke—. Bien, por un lado, es sabido que hay un número limitado de genes. Estadísticamente hablando, existe por lo tanto un número limitado de combinaciones que, forzosamente, tarde o temprano podrían repetirse.

—¡No me jodas, Nathan! ¿Cuál es la probabilidad de que eso suceda y de que ambos individuos coincidan, no ya en la misma habitación, sino en el mismo país? —Preguntó, Martin estupefacto.

Nathan Cooke dejó escapar una risita seca.

—A ver, haciendo un cálculo grosso modo, existen veinticinco mil genes diferentes en el ser humano, eso nos deja con una probabilidad de una entre sesenta y

cuatro billones.

—¿Cuál es la otra posibilidad? Dijiste que había varias.

—He leído sobre ello en algún artículo de la *Forensic Science Magazine* pero nunca me he encontrado con un caso conocido. Se trata de un estudio elaborado por Nucleix<sup>[18]</sup>, una compañía especializada en ADN que estipulaba que se podía recrear ADN *in vitro*, al que llamaron ADN falso, con cualquier perfil que queramos usando técnicas comunes de biología molecular y teniendo acceso a una base de datos de ADN.

—¿Cómo es posible?

—Verás, el ADN no es la respuesta a todos los males, es solo una prueba más, y en ciertas ocasiones ni siquiera es relevante en un caso. —Explicó el doctor—. Los científicos de Nucleix demostraron que algunas de las técnicas actuales de la ciencia forense no podían distinguir entre una muestra de ADN *in vivo*, o real, de una falsa creada *in vitro*. ¿Me sigues? En ese caso, una prueba del ADN podría determinar un error en la identificación del sospechoso y se pondría en duda su autenticidad y, por tanto, se generaría una duda razonable en todos aquellos juicios en los que la prueba del ADN resultó determinante para condenar al sospechoso.

—Encantador, es la coartada perfecta para un asesino. —Rezongó Martin.

—Bueno, la misma compañía publicó meses más tarde un ensayo en el que declaraba que había desarrollado una nueva tecnología para diferenciar el ADN real de uno falso. —Añadió Cooke significativamente—. ¿Puedes descubrir si la víctima tenía su información genética almacenada en alguna base de datos? —Preguntó el doctor.

—No lo sé, Nathan. La comitiva científica iraní ha viajado junto a varios agentes del Ministerio de Inteligencia del país comandados por un coronel del IRGC, y ya sabes cómo se las gastan esos tipos. Son más paranoicos que el protagonista de una novela de John Le Carré y no sueltan prenda. ¿Puedes creer que no informaron a la policía española del paquete con la mano seccionada hasta que se cometió el crimen?

—Muy apropiado. —Dijo el doctor Cooke, echándose a reír.

Martin le dejó hacer unos segundos antes de continuar.

—Y todo no acaba ahí. Ayer mismo, otra integrante de la comitiva científica recibió una segunda mano. Temo que su destino sea similar al del profesor y, si el homicida es fiel a su propia agenda, que en unas horas sea asesinada.

Un silencio pesado sustituyó a las risas y Martin pudo escuchar maldecir a su amigo y mentor quedamente.

—¿No está puesta esa mujer bajo protección policial?

El silencio de Martin fue más que suficiente para que Nathan Cooke soltase una sonora imprecación.

—¡Maldita sea, Martin! ¿En qué estás metido?

—Eso mismo me he estado preguntando yo, desde que me he visto involucrado



en este condenado asunto. —Respondió, Martin—. En fin, ¿puedo enviarte unas muestras y les haces unos análisis para descartar que se haya cometido un error en el laboratorio?

—Sabes que sí. Tenemos una nueva tecnología de análisis de STR<sup>[19]</sup> que puede obtener resultados en tan solo unas horas. Así que mándame la muestra todo lo urgentemente que puedas y le daré prioridad absoluta. En un par de días o tres la tendrás de vuelta.

—Así lo haré. —Concluyó Martin y antes de que pudiera cortar la comunicación, Nathan Cooke añadió:

—Y no dejes pasar mucho tiempo antes de volver a llamar, ¿quién sabe qué puede pasar desde entonces?

—Cuenta con ello.

Martin sonrió para sí y colgó. Luego, se dirigió a la cocina y buscó la botella de Grey Goose. A continuación, se sirvió un trago generoso y se sentó en el sofá del salón. A la mañana siguiente, hablaría con el inspector Paniagua y le convencería para enviar la prueba al laboratorio de Nathan Cooke.

El cortante ardor del vodka le bajó por la garganta. No podía sacudirse de encima la sensación de que el homicidio del profesor era como una parábola. No una parábola bíblica, sino más bien literaria, como una historia que contenía un significado oculto entre líneas. A menudo, en las parábolas, dicho significado era oscuro, indiscernible a simple vista y aquel caso parecía acogerse a esa categoría. *Olvida al profesor*, pensó. ¿Qué dijo la doctora Farhadi? Meditó sobre ello durante casi un minuto, parecía como si la doctora esperase... no, supiese que el asesinato y las mutilaciones fueran a producirse. Lo cual era del todo imposible, ¿no?

Agarró nervioso la botella de vodka y volvió a servirse un par de dedos. Apenas quedaban ya unos centímetros del ardiente líquido en el fondo de la estilizada botella. Pensaba en Sadeq Golshiri. ¿Qué papel jugaba en todo el asunto? Sin duda era un hombre que actuaba con decisión, pagado de sí mismo, inteligente, un hombre al que convenía tener al lado, no en tu contra. El coronel había hecho desaparecer de la escena a la doctora Farhadi con eficiencia, nada había podido hacer él mismo o el inspector Paniagua para impedirlo. Pero ¿por qué no pedir ayuda a las autoridades españolas para protegerla? ¿Qué trataba de ocultar? La clave estuviese quizás en la relación que existía entre Saeed Mesbahi y Samira Farhadi. El profesor y la doctora.

Llevándose el vaso hasta la mesa del salón, encendió su ordenador portátil y abrió un navegador. En el formulario de búsquedas escribió el nombre de Saeed Mesbahi y el programa le devolvió varios millares de resultados. Refinó la búsqueda relacionando a Saeed con la doctora y los resultados se redujeron a un par de centenares. Aquella información resultaba mucho más manejable. Abrió el primer enlace, que contenía una noticia publicada en el diario Times de Teherán y se acercó la pantalla del portátil para leerla mejor. Se trataba de una conferencia sobre biología molecular en la que ambos científicos habían intervenido para la Universidad de

Teherán. Nada de utilidad. Pasó al siguiente. Un estudio científico sobre el futuro de las redes neuronales artificiales, publicado por la misma universidad, y que parecía demasiado complejo y especializado como para que Martín pudiera entenderlo completamente. Nada. Abrió el tercer enlace. Y, entonces, lo vio.

—¡Dios mío! —Exclamó y, de repente, tuvo la sensación de encontrarse en un carrusel de feria, girando y girando descontroladamente. Su mente no paraba de darle vueltas a las implicaciones de lo que acababa de ver.

Tenía que hablar con el inspector inmediatamente.

Aquella noche, se despertó con la sensación de una mano tapándole la boca. El recuerdo del calor del cuerpo desnudo de ella se extendía por el suyo como una enfermedad. Se incorporó en la cama y escudriñó alrededor buscándola con la mirada pero no había ni rastro de ella en el dormitorio. Sus ropas yacían en un montón desordenado en el suelo, exactamente donde las había dejado antes de acostarse y una ligera brisa hacía mover el visillo de la ventana, pero nada más.

—Es peligrosa. —Dijo la voz, de repente.

El hombre dio un respingo y no pudo evitar aferrarse a las sábanas con tanta fuerza que la frágil tela de algodón se desgarró bajo sus dedos engarfiados. Súbitamente, ella se materializó junto a la ventana. Su piel parecía más oscura contra la palidez de la luz nocturna. Aquella noche había luna llena y su resplandor lamía las calles de Madrid confiriéndoles un brillo de ensueño.

El hombre conocido como El Ángel Exterminador pestañeó repetidas veces como intentando alejar un mal sueño y trató de abrir la boca pero ella se lo impidió posando una mano sobre su boca. La dejó allí durante un rato, presionando con más fuerza cuando él comenzaba a protestar y solo la retiró cuando estuvo segura de que permanecería en silencio, aunque sus dedos se detuvieron jugueteando entre sus labios. Él pensó que le gustaría que dejase de hacer eso, pero no dijo nada. Como si leyese sus pensamientos, sus dedos largos como ramas de arbusto exploraron las profundidades de su boca como si fuesen el instrumental de un dentista demencial. Recorrían sus dientes y herían sus encías con las uñas, hasta que finalmente el hombre no pudo resistirlo más y apartó la cara con brusquedad.

—Es peligrosa. —Repitió la voz.

—¿Cómo...? —Comenzó a preguntar, pero fue interrumpido inmediatamente.

—Shhhhh. ¿No tienes miedo de ella? ¿Ni siquiera un poquito? —Susurró la voz, sinuosa—. Estaba con nosotros en aquel bar. Ambos la vimos hablando con ese odioso Corona Supremo y ha hablado con la policía.

—No tengo miedo de nadie. —Replicó el hombre con cierta altanería, tratando de enfocar con la mirada el rostro de ella, tan pegado al suyo que podía sentir el vello de sus cejas sacudirse con cada respiración de ella.

—Pues deberías. —Contraatacó ella, mirándole directamente a los ojos y haciéndole sentir como si el propio abismo estuviese observándole fijamente—. La chica es peligrosa, Samuel.

Un nuevo respingo sacudió su cuerpo cuando escuchó su nombre y apartó la cara para no mirar aquellos ojos llenos de oscuridad.

—Es solo una niña, ¿qué puede hacer? Además, a ti nada puede hacerte daño.

—Yo no diría tanto, Samuel. —Se burló ella, usando de nuevo su nombre—. Yo no diría que nada puede dañarme. ¿Acaso, si nos pichan no sangramos? ¿Si nos envenenáis no morimos? ¿Si nos hacéis daño, no nos vengaremos<sup>[20]</sup>?

Mientras hablaba, deslizó la mano por su cara y comenzó a acariciarle el vello del pecho.

—De hecho, existen muchas cosas que pueden dañarme y la chica es una de ellas.

—Si eso es cierto, ¿por qué no acabas tú con ella? Estoy seguro de que podrías sin un gran esfuerzo, si te lo propones —Preguntó Samuel con cautela, había aprendido a temer los cambios bruscos de ánimo que experimentaba la voz cuando algo no le gustaba y presentía que se encontraba muy próxima a tener uno de ellos.

—Oh, no. Yo nunca podría. —Respondió la voz, melosa, soltando una risita—. Para eso te tengo a ti, por eso estamos juntos en esto, ¿recuerdas? Tú eres mi brazo castigador. La chica es peligrosa para nosotros y esto es lo más importante. Lo único en lo que tienes que pensar.

Su mano se deslizó más abajo, entre las sábanas, hasta alcanzar su flácido pene. Entonces su boca se apretó contra la suya, explorando con la lengua sus profundidades.

—No lo entiendo. ¿Por qué tiene que morir? No nos ha hecho ningún daño. —Gimió Samuel, a quien el recuerdo de la muerte de Oswaldo Torres todavía le perseguía por las noches. Al menos, durante aquellas noches en las que la voz le dejaba tranquilo.

—Quizás no lo haya hecho aún, pero lo hará. Créeme, la chica es tóxica, Samuel. Su mano comenzó a acariciar el miembro suavemente.

—¡No te creo!

—¿Acaso te he mentado alguna vez o es que has perdido la fe en mí?

El hombre dejó escapar otro gemido.

—¡Tú sí eres peligrosa! —Se quejó—. ¡No eres real! ¡Eres una invención de mi mente!

Ella no pareció ofenderse por el comentario y aumentó la intensidad de las caricias.

—Oh, así que no es real esto... —Su voz se enroscaba con sedosidad en su cerebro. Entraba y salía por sus oídos envolviéndole con su zalamería de embrujo—. Y esto tampoco es real...

Ella se refería, por supuesto, a la dureza de alambre que había alcanzado el miembro bajo su contacto pero el hombre no se dejó engañar.

—¡No, no! ¡No eres real! —Gritó—. ¡No quiero seguir escuchándote!

Entonces, bruscamente ella apartó la mano de su entrepierna y la disparó hacia su cara, abofeteándole con fuerza. Samuel trató de retirar el rostro a tiempo pero no

pudo evitar que dos finísimas líneas enrojecidas por la sangre surcasen su mejilla.

—¡No te atrevas a traicionarme! —Aúllo la voz, enfurecida. Sus ojos parecían brillar como agujas al rojo vivo—. Sin mí no eres más que otro patético despojo de hombre. La zorra tiene que desaparecer.

—¡Nooooo! —Gimió Samuel, sintiendo un agudo dolor de cabeza taladrar su cerebro—. No puedes obligarme a hacerlo.

Saltando del lecho, ella recogió sus ropas del suelo y girándose hacia él, le mostró los dientes en una mueca lobuna.

—¡Que te jodan! Te arrepentirás de esto. —Siseó con rabia—. Si no te encargas de la zorra, haré que otro lo haga por ti y te arrepentirás para el resto de tus días.

Y desapareció en la oscuridad de la habitación, dejando tras de sí un gélido hálito de puro odio. Samuel permaneció tendido en la cama, mientras se palpaba la mejilla lacerada y sentía su sangre deslizarse, hasta lentamente empapar las sábanas. Se repetía una y otra vez que ella no era real, que nada de lo que había escuchado o sentido había sido verdad, que todo había sido un sueño. Pero, claro, ahí estaba la humedad pegajosa de la sangre... *su sangre*... para contradecirle. Trémulo, se inclinó sobre un costado y, extendiendo el brazo, encendió la lámpara de la mesilla de noche temiendo encontrarse con ella, agazapada entre las sombras del cuarto, los dedos engarfiados como garras esperando su momento para saltar sobre él y sacarle los ojos.

Estaba solo en la habitación.



*De nuevo, toda la estancia se encuentra a oscuras. En una oscuridad de boca de lobo. El instinto le dice que la figura de su captor sigue acechándole desde el fondo de la habitación.*

*—Agua. —Pide en un susurro rasposo—. Agua, por piedad...*

*Trata de mirar fijamente en la dirección en donde supone que se encuentra su atormentador, hasta que le escuecen los ojos. Entonces, le parece distinguir vagamente el contorno borroso de su silueta.*

*Y los escalofríos comienzan de nuevo.*

*Aprieta los dientes para impedir que le castañeen, como si temiese que el ruido fuera a delatar su presencia. Un pensamiento tan irracional que en otras circunstancias le hubiera hecho reír, pero que ahora le provoca sollozos incontenidos. Cuando se detiene, el silencio vuelve a apoderarse de la habitación. Un silencio depredador, casi sobrenatural, la tensa espera que precede al ataque de una bestia salvaje.*

*Y, sin previo aviso, recibe una nueva descarga eléctrica. Apenas si escucha sus propios gritos, mientras su cuerpo se sacude al compás de un ritmo infernal. Cuando se queda sin aliento, sus gritos se convierten en jadeos entrecortados y siente la garganta como si estuviera en carne viva.*

*—Su cuerpo es mío. —Dice su captor—. Yo decido cuando beber, cuando descansar...*

*Temblando incontroladamente, apenas si logra pensar con claridad y, por un momento, no comprende lo que el hombre le estaba diciendo.*

*—Nunca me doblegaré.*

*Su voz suena áspera como el sonido de la madera siendo desbastada por los dientes de una sierra. El dolor que le inflige pronunciar aquella única frase es brutal.*

*—¿Cómo puede ser tan insensible? ¿No comprende lo que su tozuda negativa me*

*obliga a hacer?*

*Entonces, con un chasquido metálico, un único halo de fría luz fluorescente rodea la figura del hombre de oscuro, el rostro oculto bajo el pasamontañas. Se encuentra frente a la mesa plegable. Su captor desliza el envase de plástico hacia él para que pueda echar un buen vistazo a su vacío interior.*

*—Todos, antes que usted, se sometieron, aceptaron con resignación lo inevitable.*

*Cierra los ojos con fuerza y sacude histéricamente la cabeza, negando.*

*—¡Nunca! —Vuelve a repetir con vehemencia.*

*Y entonces sufre otra descarga, tan intensa que siente cómo la corriente recorre su columna vértebra a vértebra. Las punzadas de dolor se clavan como agujas por todo su cuerpo, atroces, imposibles de soportar. Esta vez el amperaje es mayor que nunca.*

*Y, finalmente, la oscuridad amiga le envuelve en su gélido abrazo.*

El traje especial se ajustó alrededor de su cuerpo como el protector abrazo de una madre y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Era la anticipación de lo que iba a pasar en las siguientes horas. Su corazón se aceleró por la mezcla de miedo y furia que agitaba cada célula de su cuerpo. La hipodérmica que contenía el cóctel especial de LSD y psilocibina se encontraba en una bandeja de acero que reposaba encima de la mesa. Él mismo había preparado la mezcla igual que había hecho tantas otras veces. Inspiró profundamente y se preparó para recibir la sustancia.

Al principio fue como si una ola de fuego puro se extendiese por su flujo sanguíneo. Incapaz de detener los espasmos, se derrumbó sobre el suelo. Entonces llegó la luz. Cegadora, de un blanco casi celestial. El cóctel había alcanzado su cerebro, expandiéndolo en la inmensidad luminosa hasta casi abarcarla por completo. Cuando recuperó el dominio de sí mismo, flexionó los músculos para desentumecerlos, el brillo iridiscente del material con el que estaba fabricado el traje le hería los ojos y le producía una terrible jaqueca. Dio un torpe paso hacia delante, nunca había sido capaz de moverse con soltura dentro del traje y en el teclado de su ordenador escribió la orden que iniciaba el proceso de comandos. El suave sonido electrónico que se desprendió del traje le indicó que se había iniciado con éxito. Dejó escapar un risita sofocada de puro placer anticipado.

Y cruzó el umbral.

Una fracción de segundo después, salió al exterior. La ciudad comenzaba a despertar. Aunque sus calles permanecían aún a oscuras, en las casas, las personas se desperezaban con los ojos hinchados y el cerebro aún abotargado por el sueño. El frescor de la noche anterior estaba en su momento más álgido aguardando a rendirse lentamente a un sol que comenzaría a nacer en unas pocas horas. Los pájaros más tempraneros asomaban por las aceras. En su cabeza, el tumulto crecía y las voces de sus pensamientos le saludaban. Todas eran diferentes y las contestaba una por una. Todas le pedían lo mismo, todas clamaban venganza.

Le fue más fácil de lo que pensaba localizar a la doctora. No en vano lo había ensayado por triplicado. Conocía cada gesto, cada movimiento que iba a hacer por anticipado. Sabía qué hacer exactamente para cumplir sus fines. Horas de planificación y ensayos que estaban a punto de culminar en algo sublime. Se rio para sus adentros de los pobres intentos del coronel Golshiri para protegerla. El militar de la Guardia Revolucionaria no era sino otro sádico perdonavidas a las órdenes de un



ministerio corrupto, si le despojabas de todo su poder y de toda la impunidad que le confería su cargo, era tan solo otro soldado incompetente más.

Lanzó una última mirada su reloj y esperó a que Samira Farhadi cruzase la calle y sacase las llaves de su coche. El pequeño Opel Corsa de alquiler estaba aparcado junto a una hilera de árboles cuyas frondosas ramas ocultaban casi por completo la luz de la única farola que iluminaba la calle. Los gorilas del coronel caminaban unos pasos por detrás de ella, mirando a ambos lados de la calle, las manos metidas por dentro de sus americanas, muy cerca de las culatas de sus pistolas semiautomáticas GSh-18 de nueve milímetros, compradas a sus aliados rusos. Las semiautomáticas estaban cargadas con munición especial de nueve milímetros 7N31 capaz de atravesar una plancha de acero a una distancia de veinte metros y resultaban tan feas como letales. En cualquier caso, tampoco tenía mucha importancia porque en tres minutos todo el alumbrado urbano se apagaría automáticamente y los dos guardaespaldas no iban a suponer ninguna amenaza.

El escenario era perfecto.

La primera vez que la siguió había recorrido ese mismo camino puntual como un reloj. La había visto acomodar su bolso de Loewe para rebuscar las llaves del coche y recuperar su maletín de piel. Aquel tenía que haber sido un gran día para ella, la consagración de toda una vida de sacrificios y de luchar contra un sistema que discriminaba a las mujeres constantemente. Se había aprendido de memoria cada palabra, cada gesto de su presentación, y había estado preparada. La había ejecutado con precisión marcial y había sido el éxito que esperaba, que se merecía.

Desgraciadamente para la doctora Samira Farhadi, nunca llegará a disfrutarlo.

Desde una ventana cercana llegaban los ecos de una composición musical. La pieza era exquisita. La *Suite N.º 6* para violonchelo solo de Johan Sebastián Bach. La vio cerrar los ojos unos instantes, dejarse transportar por la melodía, y admiró en secreto la entereza de la mujer. Después de todo lo que había experimentado el día anterior se hacía difícil entender cómo podía luchar contra el urgente impulso de huir que debía sentir y detenerse para escuchar la música.

El hombre iridiscente, se acercó en silencio con pasos ensayados. De un bolsillo interior extrajo la jeringuilla que contenía la dosis perfecta de Propofol, un anestésico de acción rápida cuyos efectos se disipaban en unas horas.

Todo terminó antes incluso de que la doctora notase el pinchazo en el cuello. Los inútiles gorilas jamás se enteraron de lo que había pasado en realidad. Cargando en los brazos a la doctora, contó mentalmente diez segundos y comenzó a desandar el camino por el que había venido. En ese preciso instante, el alumbrado de la calle se volvió a encender y los guardaespaldas de la doctora desenfundaron sus pistolas, buscando frenéticos un blanco al que disparar. Pero era un gesto inútil. Todo había sido perfecto, cronometrado hasta la última décima de segundo.

No podía ser de otra forma.

Alba temblaba descontroladamente cuando el Tercer Corona la había arrastrado por el solitario bar y la había arrojado sin miramientos a la caja de un todoterreno Land Cruiser. En su interior, aguardaba un soldado de los Latin King, probablemente un guardaespaldas del Corona Supremo, alguien acostumbrado a matar y a quien seguramente le habían pedido que lo hiciera para ingresar en la banda.

El soldado la ató por los tobillos y los brazos, le puso una capucha por la cabeza y, por último, le puso unos pesados auriculares en los oídos. Inmediatamente una onda expansiva de música *reggaeton* saturó sus sentidos. Alba no tenía manera de saberlo, pero aquella era una maniobra habitual de las fuerzas especializadas en secuestros oficiales autorizados, como la CIA norteamericana o el Mossad israelí. La técnica de privación sensorial tenía como finalidad aturdir a la víctima y aislar su cerebro de cualquier noción física y temporal, volviéndola más dócil y haciendo más sencillo su traslado a un lugar seguro y secreto donde poder interrogarla, o peor, torturarla a placer.

Alba Torres ignoraba cuánto tiempo había transcurrido o si el todoterreno se había detenido, cuando unas manos férreas la cogieron por los hombros y la sacaron en volandas, obligándola a caminar sobre piernas de goma. Su agotado cerebro tardó unos segundos en comprender que la circulación de su sangre se acababa de reactivar después de haber estado tanto tiempo atada con fuerza, cuando alguien cortó las ataduras de sus piernas y brazos. Millones de puntas ardientes se clavaron al unísono por todo su cuerpo y a duras penas, consiguió reprimir un gemido de dolor.

Tropezó torpemente varias veces, mientras la sujetaban por los sobacos, y la arrastraban hacia el interior de un edificio. Entonces le sacaron de la cabeza la capucha y los auriculares. Sus oídos tardaron unos segundos en dejar de zumbiar y una dolorosa e intensa luz blanca la cegó momentáneamente. Cuando sus ojos consiguieron acostumbrarse a ella, vio ante sí la amenazadora figura del Corona Supremo.

—¿No fui lo suficientemente claro? —Preguntó el Corona San de Muerte.

Alba pestañeó confundida.

—No... No entiendo. —Balbució entrecortadamente.

—Creo haberte dicho que no quería volver a ver tu puto careto. Y aquí estás otra vez, frente a mí.

Alba palideció un poco más, si aquello fuera humanamente posible sin perder

toda la sangre del cuerpo. Notó cómo las lágrimas inundaban sus ojos, lloraba pensando en todo lo que le había sucedido en los últimos días y sabía que no lloraba únicamente por la inminencia de la muerte o por el dolor, sino también porque finalmente comprendía que jamás tendría ocasión de vengar la muerte de su hermano.

El Corona Supremo, ignorando por completo sus lamentos, se volvió hacia los dos hombres que la habían llevado hasta allí. Alba podía ver que se encontraba en alguna especie de almacén, de techos altos, en donde se apilaban varios palés con productos electrónicos y una enorme pirámide de bolsas que parecían contener azúcar, lo cual extrañó mucho a la muchacha hasta que finalmente dedujo lo que significaban. Junto a las bolsas, había también algunas cajas metálicas de aspecto militar. Entonces, su pulso se aceleró hasta amenazar con hacer saltar su corazón en mil pedazos cuando vio, al fondo de la nave, un grupo de jaulas con las dimensiones perfectas para contener un animal de tamaño grande o seres humanos.

La voz del Corona San de Muerte, la obligó a centrar su atención sobre él.

—¿Por qué habéis traído aquí a la puta? ¿Quién ha tenido la genial idea? — Preguntó el Corona Supremo a los dos hombres que habían conducido el todoterreno Land Cruiser. A su espalda, dos soldados aguardaban portando fusiles de aspecto amenazador que Alba solo había visto antes en las películas y que su hermano le había explicado que llevaban el nombre de su fabricante y el año de fabricación<sup>[21]</sup>.

—He sido yo, apareció de repente en Los Quiteños preguntado por ti, Corona Supremo. —Respondió el Tercer Corona—. El local estaba hasta los topes, así que pensé que lo mejor sería encerrarla detrás para interrogarla más tarde.

Los ojos del Corona San de Muerte centellearon furiosos. Con dos zancadas fugaces acertó el espacio que le separaba del Tercer Corona y le golpeó en el rostro con saña. Un chorro de sangre brotó de los labios partidos del hombre.

—¡Eres el puto jefe de guerra de este capítulo, joder! ¡El responsable de la seguridad! Si pensaras con otra cosa que no sea la polla, deberías haber sabido que traerla aquí no es la mejor de las ideas. —Le espetó—. ¿Y si la están buscando? Acaso no crees que una niña pija como esta no iba a estar hablando con los chapas<sup>[22]</sup>. ¿En qué coño estabas pensando?

El Tercer Corona guardó silencio, sabía que era mejor para él no decir nada y asumir su castigo. Su rostro reflejaba el odio y el miedo que sentía en esos momentos. El Corona San de Muerte se giró hacia los dos soldados que tenía a su espalda y les ordenó:

—Haced que alguien se dé una vuelta por el vecindario y que se asegure de que nadie ha seguido a estos gilipollas.

Luego fijó toda su atención en Alba.

—Ahora, tú. —Bramó el Corona Supremo, clavando sus ojos duros como diamantes pulidos sobre Alba—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Y dejó escapar una sonrisa lobuna.

Samuel había estado levantando la barra de pesas concentrado en su respiración, mascullando entre dientes cada subida y bajada mientras dejaba exhalar el aire con los labios apretados en una delgada línea. Todavía estaba extremadamente alterado por la visita nocturna. Aunque a menudo tenía la impresión de que era una invención de su mente, sabía que no podía ser menos que real. El persistente escozor de las finas líneas dejadas por sus uñas en su cara así lo aseveraba.

Después de que ella se hubo marchado, se había vestido y se había concentrado en el banco de pesas. No había podido dormir. Como era habitual cada vez que la voz se apoderaba de su mente. En total había estado levantando ciento veinte kilos. Los músculos de sus brazos le habían temblado con cada esfuerzo y había sentido su pecho arder como si le aplicasen la hoja de un cuchillo al rojo vivo. Cuando hubo terminado sus repeticiones, devolvió la barra a su lugar de seguridad sujeta por dos férreos ganchos de acero.

Se había sentido bien. Recordaba con placer, la regocijante sensación de cosquilleo que había inundado sus músculos por la acción del ácido láctico liberado. Aún lo sentía. El éxtasis de un trabajo bien hecho.

Después de sus ejercicios, había abandonado el apartamento en busca de Alba Torres. Mata a la zorra, le había ordenado la voz. Y eso mismo es lo que estaba dispuesto a hacer. Aunque no le gustase, aunque lo aborreciese. La muerte de Oswaldo había sido un error, un accidente, ahora estaba seguro de ello. Matar a la muchacha no iba a mejorar sus remordimientos, pero la voz siempre tenía razón, siempre sabía qué era mejor para ellos. Resultaba mejor no oponerse a ella.

Estiró y contrajo los brazos para relajarlos y movió el espejo retrovisor interior para poder admirar sus bíceps. Le gustaban sus bíceps, estaba orgulloso de ellos. Las fibrosas cuerdas musculares bajo su piel eran lo que le permitía machacar a sus enemigos. Bueno, un buen juego de caderas también ayudaba lo suyo. Era todo un arte, especial quizás, pero una expresión artística después de todo. Aunque la voz no parecía entenderlo así; para ella, Samuel no era nada más que un puño al que ordenar que golpeará algo. Y ahora le mandaba que matase a la muchacha e, incluso, le había dado la dirección en la que vivía Alba Torres.

Samuel había tenido mucha suerte porque para cuando llegó hasta el apartamento de Alba, se topó con la muchacha en la calle. Intrigado, la había seguido hasta el mismo bar en el que, días atrás, habían estado espionando a Walter Delgado antes de

pulverizarlo como a una cucaracha. Samuel tenía que reconocer que la muchacha era valiente, aquel era un antro frecuentado por la escoria Latin King. Regresar no habría tenido que ser sencillo para ella. Desde entonces, Samuel aguardaba en el coche, no quería arriesgarse a que lo reconocieran. Cuando hubo pasado un buen rato y Alba no volvió a salir se había preguntado si aquella valentía no la había costado la vida o algo peor. Aun así, esperaba escondido en la seguridad de su coche hasta el cierre del local.

Devolvió el espejo retrovisor a su posición original y entonces se puso tenso. Uno de los Coronas sacaba a Alba del bar y la introducía a empellones en la parte de atrás de un todoterreno. Samuel se incorporó al escaso tráfico que circulaba a esas horas de la noche dejando siempre dos coches entre ellos. Samuel sintió la excitación de la caza crecer en su interior, sabía que los soldados de los Latin Kings habían sido entrenados para detectar cualquier signo de vigilancia. Llevar a cabo una persecución entre el tráfico requería de otro arte especial, si te acercabas demasiado corrías el riesgo de ser descubierto, si te alejabas, de perder a tu objetivo. Samuel había aprendido a base de experiencia a no hacer ni lo uno, ni lo otro. El todoterreno le guio por las calles de Madrid, hasta detenerse en un almacén semi derruido en los límites del barrio de Valdemingómez. Minutos más tarde apareció el Corona San de Muerte a bordo de un enorme Toyota Hilux de color negro.

Todas las ciudades del mundo tienen un barrio infame, un espacio siniestro en el que la violencia y las drogas están a la orden del día y los delincuentes campan a sus anchas a expensas de una policía reticente a llevar a cabo incursiones en la zona. En Madrid, ese barrio se encuentra en la Cañada Real que discurre por Valdemingómez, en el distrito de Vallecas. Si querías comprar un arma definitivamente ese era el lugar al que tenías que acudir; suponiendo que fueras capaz de salir de allí con vida. En Valdemingómez se aglutinaba una amalgama de razas, etnias y criminales que se hacinaba en apartamentos transformados en bunkers donde se traficaba con estupefacientes y con vidas humanas.

Samuel no tenía ninguna intención de merodear demasiado por aquel barrio, donde sus vecinos arrojaban macetas y bombonas de gas butano al paso de los vehículos zeta de la policía. Si alguno de esa escoria le reconocía, estaba listo. Samuel había oído hablar de un policía al que se le averió el zeta en aquella zona y le molieron a palos hasta dejarlo con la mandíbula destrozada y la columna vertebral fracturada por tres sitios. Pero allí era donde los gorilas del Corona Supremo habían llevado a Alba Torres y allí era donde tendría que llevar a cabo su misión. Además, si tenía suerte, podría divertirse un poco con el Corona antes de apoderarse de la muchacha. Eso le gustaría mucho, sí señor.

Samuel había leído la ficha policial del Corona y había descubierto que había pasado una temporada en la cárcel de Alcalá-Meco por malherir a un salvadoreño durante una reyerta en el distrito de La Latina, otra zona conflictiva de Madrid. Un asunto de drogas. Tras cumplir condena, había regresado para hacerse cargo

nuevamente de la banda y había reclutado a aquellos miembros que no estaban dispuestos a disolverse, como habían hecho sus camaradas de Barcelona. El negocio del narcotráfico era demasiado succulento como para dejarlo escapar y permitir que las familias gitanas se quedasen con todo el pastel. Desde entonces, los Latin King se habían hecho con el control del mercadeo de cocaína y con un buen pico de la prostitución de la ciudad, disputándose a las mafias de Europa del Este.

De repente, Samuel pensó animadamente que aquel podía ser su día de suerte. Igual podía convencer a la voz de que dejara con vida a la muchacha a cambio de servirle en bandeja la cabeza decapitada del Corona Supremo. Entonces, permitió que la rabia y el odio que sentía inundase su cuerpo. Como si hubiera pulsado un interruptor, la corriente de adrenalina recorrió su sistema circulatorio conectando y tensando sus nervios, duros como cables de acero. Era así de sencillo, aunque lo cierto era que se sentía enfurecido en todo momento, normalmente sabía cómo controlarse; sin embargo, en esos momentos, simplemente, se dejaba llevar. El fuego blanco de su furia le sobrecogió y tuvo que ejercer un enorme ejercicio de autocontrol únicamente para ordenar a sus manos engarfiadas que dejaran ir el volante que aferraba con blancos nudillos. Las emociones humanas de amor, felicidad o compasión le eran en ese momento tan extrañas que casi no las recordaba. Lo único que conocía era el dolor y el odio.

Abrió la puerta del coche y dejó escapar un sordo gruñido animal.

Estaba listo para matar.

Samuel, que ya no era Samuel sino El Ángel Exterminador, se apeó del coche y paseó la mirada por el grupo de latinoamericanos que se congregaba frente a la puerta del almacén fumando alrededor de un banco de madera. Las luces de las pavesas de sus canutos de marihuana a medio consumir eran rojas como los fuegos del averno. Rojas como el velo que cubría su mirada.

El Ángel Exterminador se acercó a ellos muy despacio, veía sus auras negras como la noche y sintió deseos de aplastarlos como las cucarachas que eran. Pero, por mucho que su mera presencia le enervara hasta el paroxismo, por mucho que deseara acercarse al grupo y extinguir sus odiosas auras a base de golpes, El Ángel Exterminador les ignoró y se dirigió con paso firme hacia la parte trasera del almacén donde el Tercer Corona había llevado a Alba Torres.

*Si tan solo supieran quien soy, todos gritarían de miedo,* pensó.

Los chicos latinos enmudecieron cuando pasó a su altura con indiferencia. El Ángel Exterminador se estremeció de placer, era más poderoso que todos ellos juntos y lo sabían. Alzó los hombros y redujo el paso a un ritmo más cadencioso, todos los músculos de su cuerpo tensados como alambres, estaba listo para entrar en acción. Sin tan solo uno de ellos osara dirigirse a él...

Pero nada pasó.

El grupo reanudó su conversación como si tal cosa, ajenos al peligro que acababan de correr y continuaron dándole caladas a sus canutos, pasándose los de

mano en mano.

El Ángel Exterminador terminó de cruzar los metros que le separaban de Alba Torres.

Martin se levantó esa mañana de sábado con un terrible dolor de cabeza. Demasiado vodka y demasiado darle a la cabeza intentado atar cabos que no existían. El inspector Paniagua no había contestado a sus llamadas, seguramente más centrado en intentar localizar al inspector jefe Beltrán que en consultar sus propias llamadas, pero el descubrimiento que hizo Martin el día anterior no podía esperar. Quizás, la vida de la doctora Farhadi dependiese de ello.

Quizás ya fuese demasiado tarde.

Mientras se duchaba, Martin pensó en lo que sabía realmente sobre el perfil psicológico del asesino. ¿Mataría realmente a la doctora? Si la pauta temporal que estaba siguiendo era importante para él, sin duda. Martin confió en que, de momento, la doctora se encontrase a salvo, protegida por los gorilas del coronel Golshiri.

En la mayoría de las ocasiones, los psicólogos de la Unidad de Ciencias del Comportamiento se servían de las motivaciones de un criminal para descubrir su identidad. En otras, la propia identidad del individuo les conducía al móvil para cometer sus tropelías. En este caso, ¿quién se beneficiaba de la muerte del profesor? Según las informaciones que les habían proporcionado quienes le conocían, la víctima era un hombre justo, familiar, «un buen musulmán», y no existían razones aparentes que apuntasen a que el móvil pudiera ser de índole sexual o por dinero. Así que solo quedaba la venganza. Pero ¿vengarse de qué? Saeed Mesbahi no era uno de esos hombres a quien alguien podría querer castigar por algo. Y la doctora Fahardi, llegado el caso, tampoco.

Martin sentía crecer la frustración en su interior, la sentía bullir como una olla exprés a punto de estallar. Hasta el momento, el comportamiento del asesino había mostrado tantas contradicciones que elaborar un perfil psicológico fiable con lo que sabían era una tarea casi imposible, infructuosa, y haría más daño que bien. Su única esperanza pasaba por aguardar a que el asesino cometiera un error, cosa que parecía altamente improbable. ¿Cómo podía cometer un error alguien capaz de idear un plan tan elaborado como la artimaña del ADN? De algún modo, Martin estaba convencido de que si descubrían cómo había conseguido hacer algo así, el resto de respuestas llegarían por sí solas.

De repente le asaltó una nueva idea, una alarmante inquietud que bailoteó por su mente como uno de esos danzarines turcos que daban vueltas y más vueltas enloquecidas sobre sí mismos hasta caer en una especie de trance. Algo que tenía que



ver con la sensación de control que el asesino ejercía sobre sus crímenes. *¿Crímenes?* Martin frunció el ceño ante su empleo del plural. *¿Por qué seguía creyendo que el homicidio del profesor no había sido su primera vez?* No había ni un solo indicio que corroborara tal pensamiento.

*Por el grado de confianza, casi altanera, que ha demostrado,* se contestó mentalmente.

Volvió a revisar algunas de las fotos obtenidas por los peritos de la Policía Científica, las de la herida en la cabeza. Los rasgos del pobre profesor estaban deformados, congelados en una mueca espantosa de terror que hacía que su rostro casi pareciera inhumano. Deformados, como en una caricatura de la vida que disfrutó aquel hombre y que le había sido arrebatada. *¿Quería el asesino privarle de ello, de su imagen de humanidad?* Parecía algo muy personal, algo que se contradecía con la idea de ejecución piadosa.

Entonces, *¿por qué le disparó en la cabeza?*

La pregunta le daba vueltas en la cabeza, zumbando, como una avispa volando alrededor de su víctima esperando furiosamente impaciente para clavarle su ponzoñoso aguijón. Seguramente con la herida del muñón la víctima se hubiese desangrado hasta morir. Aquella descarnada ejecución era tan innecesaria como arriesgada, alguien podía haber escuchado la detonación y pillarle in fraganti. Otra contradicción. Nada que ver con el control que parecía tener en todo momento. A menos...

*¡A menos que supiese que no iba a ser interrumpido hiciese lo que hiciese!*

Pero *¿cómo podía estar tan seguro?*

Su teléfono portátil pareció querer contestar a esa pregunta. Vibrando sobre la mesa del salón, le arrancó de sus pensamientos y le devolvió a la realidad cuando, al otro lado de la línea, el inspector Paniagua le dijo que la doctora Farhadi había sido secuestrada durante la noche.

— ¡Maldita sea! ¿No hay nada que podamos hacer?

El inspector Paniagua estaba fuera de sí. La desaparición de la doctora ante las mismísimas narices de los guardaespaldas del coronel Golshiri le había enfurecido tanto que las aletas de su nariz estaban hiperextendidas y dejaban entrever el matojo de pelos nasales que servían al apéndice como filtro de las impurezas y gérmenes del aire inhalado. Su rostro congestionado había tomado un color cárdeno, casi enfermizo.

—Inspector, estamos tratando de localizar al coronel por todas partes pero no hay ni rastro de él. —Le informó el subinspector Olcina, con cara compungida.

—Llamen al embajador. ¡A quien sea! No me importa si tienen que sacarlo de la cama o si tienen que arrastrarlo por los pelos del maldito club de campo en el que se haya escondido para desayunar. —Gritó el inspector—. Si el asesino cumple con su horario, la doctora morirá esta misma noche y no habrá nada que podamos hacer para impedirlo.

A Olcina pareció que se le caía el alma a los pies.

—Sí, jefe.

Entonces, Arturo Paniagua se volvió en dirección a Martin.

—¿Cómo encaja el secuestro en el perfil del asesino? —Preguntó a bocajarro, evidentemente enojado porque el ex agente del FBI no hubiera sido capaz de predecir la desaparición de la doctora.

—No lo sé. —Respondió Martin, sin inmutarse—. No sabemos a ciencia cierta si el profesor Mesbahi también fue secuestrado en alguna parte y luego llevado a su habitación de hotel para asesinarlo.

El inspector soltó un gruñido de desaprobación.

—¿Han comprobado el hotel donde se hospedaba la doctora? —La mente de Martin repasaba veloz todas las hipótesis tratando de encontrar alguna pista—. Quizás en su habitación...

El inspector le interrumpió, impaciente.

—Nunca llegó a subir. Al parecer, la secuestró justo cuando se encontraba ante su coche de alquiler para recoger unos documentos. Fueron los propios hombres de Golshiri quienes nos lo comunicaron. El condenado coronel no ha tenido redaños.

La fatiga se extendía por su cuerpo con evidentes estragos. A los ojos de Martin, el inspector parecía deprimido y entumecido. Dirigió una mirada fugaz a la ventana.

El día había amanecido encapotado y gris. Atrás quedaba la oleada de calor con la que habían empezado la semana y que había tenido a media ciudad sin dormir, reacia a encender los aparatos de aire acondicionado en pleno mes de mayo.

Ignorando las ordenanzas, el inspector sacó su paquete de tabaco y, protegiendo con las manos la llama de su mechero en un gesto tan mecánico como inútil en el interior, encendió uno de sus cigarrillos y empezó a aspirar bocanadas de humo. El Ducados inmediatamente expelió su inmundo tufo por todo el despacho.

—Dios mío, solo de pensar lo que ese animal le pueda estar haciendo a la doctora me hierve la sangre.

Martin asintió, algo molesto por el humo intenso del tabaco negro.

—Si sigue su *modus operandi* habitual, aún tenemos tiempo hasta la noche.

—Este es uno de los peores casos que he tenido. —Informó el inspector—. La impotencia es inaguantable.

—¿Qué probabilidades hay de que puedan encontrarla a tiempo? —Quiso saber Martin.

Sin responder, el inspector le lanzó una mirada truculenta que lo decía todo.

A las diez y media, Olcina regresó sin haber dado con el paradero del coronel Golshiri y entonces decidieron que lo único que podían hacer era dejarse caer por el hotel de la doctora e inspeccionar el lugar de los hechos para ver si allí podían sacar algo en claro. Durante el trayecto nadie dijo nada, salvo alguna que otra imprecación del subinspector al tráfico típico del fin de semana, indolente y despreocupado, que se cruzaba en su camino.

El aparcamiento exterior del hotel estaba acotado por la cinta azul y blanca de la policía municipal que había ayudado a acordonar la zona e impedir el paso de transeúntes y vehículos que pudieran contaminar la escena. Aunque la poca actividad por parte de los peritos de la IOTP que se habían personado en el lugar ya era indicativo más que suficiente de que allí no había nada de valor para la investigación.

El inspector encendió un segundo cigarrillo y saltó del coche, al mismo tiempo, que su teléfono móvil comenzaba a sonar. Alejándose de ellos unos pasos, contestó.

—Son los jefazos. —Informó Olcina a Martin—. Están armando mucho jaleo con la desaparición de la doctora y culpan al inspector por ello.

—¿Por qué? El inspector no ha tenido nunca ocasión de protegerla.

Raúl Olcina se encogió de hombros.

—No parece importarles. Le están dando mucha caña, igualmente. —Miró de soslayo a su reloj de pulsera—. ¡Mierda! La doctora lleva unas trece horas desaparecida y recibió el paquete hace más de veinticuatro. ¿Cuánto cree que la queda?

Martin hizo un cálculo rápido en su cabeza.

—Es difícil de predecir con exactitud, pero supongo que unas diez u once horas. El profesor Mesbahi fue asesinado por la noche y pienso que hará lo mismo con la doctora. Al asesino parece gustarle la oscuridad.

Cuando el inspector se les volvió a unir tenía el rostro macilento y un aire de profunda hosquedad flotaba a su alrededor como una miasma.

—Era el inspector jefe Beltrán. —Informó—. Ha estado hablando de nuevo con la alcaldesa y parece que se han puesto de acuerdo para patearme el trasero al unísono.

A partir de ese momento, la mañana adquirió una calidad surrealista, una extraña sinonimia de las viejas películas de la Keystone pero con su humor de bufonada convertido en una fúnebre farsa. Por muchos esfuerzos que hicieran, por mucha alerta que se distribuyese entre las patrullas zetas de la capital, la doctora no apareció por ninguna parte.

Permanecían en silencio, hacinados en el despacho del inspector Paniagua, sin saber muy bien cómo abordar la situación. Todos tenían los rostros tensos, abotargados por la tensión y la espera. El inspector fumaba cigarrillo tras cigarrillo, sin parar.

—¿Había vivido antes una espera como esta? —Preguntó Olcina a Martin—. ¿Saber que una nueva víctima aparecerá a la vuelta de la esquina sin que haya nada que puedas hacer al respecto?

Martin asintió en silencio.

—¿Qué pasó? —Insistió el subinspector.

Soltando un suspiro extenuado, el ex agente del FBI respondió y sus ojos se endurecieron cuando lo hizo.

—Un violador en serie. Lo teníamos todo para atraparlo. Una huella dactilar latente. Identificamos la cuerda que usaba para atar a sus víctimas y encontramos un cabo que contenía tejidos epiteliales. Teníamos a toda una unidad especial trabajando en el caso, día y noche, pero no pudimos atraparlo. Había desaparecido como por arte de magia. Entonces, reapareció. Una joven maestra fue secuestrada justo a la salida de su colegio. Montamos toda la operativa y, al final, lo pillamos en un control de carretera. —Hizo una pausa y apartó la mirada cuando prosiguió—: Claro que para entonces ya había forzado y matado a la maestra.

—Lo siento. —Dijo Olcina con voz suave. Luego, pareció reconsiderar lo que Martin le había contado y añadió—: ¡Putá mierda de trabajo! ¡Cada vez que te libras de un hijoputa, aparece otro para ocupar el puesto vacante!

—Amén. —Refunfuñó el inspector.

Y el silencio volvió a asentarse en la pequeña habitación.

La doctora Farhadi había sentido el pinchazo de la aguja, la droga entrando en su torrente sanguíneo. Por primera vez en su vida fue consciente exactamente de lo que significaba tener miedo. Aunque al principio, solo había sentido confusión. ¿Qué le había pasado? ¿Quién la había pinchado y por qué? Se había notado pesada, torpe, luego inmóvil, incapaz de poner en funcionamiento un solo músculo de su cuerpo. Trató de huir, pero sus piernas no la obedecieron. Trató de gritar pero sus cuerdas vocales se negaron a obedecer. Por último, se había sumido en una profunda oscuridad. Ahora el terror fluía por sus venas y la adrenalina la incitaba a actuar. Pero sabía que estaba atada a una silla, aunque tironeó de sus ataduras de todos modos, lastimándose las muñecas y los tobillos.

—¡Abra los ojos, doctora!

Una voz. Habría jurado que había escuchado una voz. No estaba segura de si no sería su mente enturbiada por la droga jugándole una mala pasada o de si realmente había alguien más en la habitación. Junto a ella. Y, de repente, algo destelló a lo lejos en la oscuridad que la rodeaba.

Algo feroz.

Entonces, el brillo se esfumó tan pronto como había aparecido. Intentó mover inútilmente la cabeza en esa dirección pero no pudo, más ataduras le mantenían la cabeza recta obligándola a mirar hacia delante. Espero a que su vista se acostumbrase a la oscuridad y trató de discernir lo que la estaba sucediendo. Estaba desnuda y sentada sobre lo que parecía ser una de esas sillas desplegadas que se almacenaban en cualquier rincón, en una habitación que le era completamente desconocida.

*Estaba buscando mi portafolios en el coche, pensó. ¿Cómo he llegado hasta aquí?* Su mente se encontraba todavía aletargada por los efectos de la droga que le habían suministrado. La correa que le sujetaba la frente, le mordía su carne con saña y tampoco le ayudaba demasiado a aclarar sus ideas. Recapacitando, parecía evidente que el mismo que le había dejado el macabro paquete en los lavabos de señoras del Palacio de Congresos, la había drogado, secuestrado y llevado hasta aquel lugar.

El destello volvió a aparecer en su campo de visión. ¿Quién está ahí? ¿Qué quiere de mí?, quiso preguntar pero, una vez más, ningún sonido brotó de su garganta. Se oyó un chasquido a su derecha y de nuevo distinguió el destello, pero en esta ocasión pudo ver con claridad de qué se trataba. Sintió un temor gélido que se deslizaba por su columna vertebral. Aunque no conocía el nombre del instrumento quirúrgico sabía

exactamente para qué servía. La doctora tironeó frenéticamente de las correas que la sujetaban, en vano.

Y entonces comenzó a sollozar.

La figura vestida con un extraño traje que emitía destellos iridiscentes se acercó a ella. Parecía un personaje que se hubiera fugado del rodaje de una película futurista o quizás uno de esos patinadores velocistas pero sin el cuerpo esculpido por el deporte. La doctora podía ver las oscuras manchas de sudor que manchaban los sobacos del ajustado disfraz y casi se rio ante la ridícula imagen que mostraban las redondeces de su cuerpo. En vez de ello, encontró su voz perdida y preguntó:

—¿Qué quiere de mí? ¿Quién es usted?

Cuando la figura iridiscente habló, el miedo restalló por todo su cuerpo como las colas de un látigo. Conocía aquella voz y sabía que solo podía significar una cosa: su muerte.

—Ya sabe quién soy, doctora, y lo que quiero realmente en este momento es saber qué se siente. Quiero que me lo diga y que no sea tacaña con los detalles. Necesito saber.

*¿Qué sentía? ¡Dios mío, el hombre estaba completamente chiflado!*

—Por favor... —Comenzó a decir pero las fuerzas le fallaron en el momento en que se vio cara a cara con la sonrisa y con la locura que bailaba en lo más profundo de los ojos de su captor.

—¿Qué pasa, le comió la lengua el gato? Le diré lo que vamos a hacer, empezaremos por el principio. Usted me cuenta lo que quiero saber, y yo le digo a cambio lo que va a suceder a continuación. Pero sea breve, el tiempo apremia.

El hombre iridiscente se acercó, el instrumento que llevaba en la mano estaba apuntando directamente en dirección a la doctora y lo empuñaba como si fuera un arma. Casi deseaba que así fuera, cualquier cosa con tal de que le ahorraran el sufrimiento que la aguardaba. Con horror podía contemplar que el hombre estaba casi exultante en su locura, tenía la frente perlada de gotitas de sudor que resbalaban libremente por su rostro hasta empapar el cuello de su extraño atuendo.

—¿Nada? ¿No se le ocurre nada? —Insistió el hombre, pero ella era incapaz de encontrar las palabras—. Tómese su tiempo, piénselo detenidamente, antes de contestar si es lo que necesita. Entretanto, permítame que empiece lo que tengo que hacer. Desgraciadamente, no disponemos de toda la noche para conversar.

Entonces, el hombre alzó el instrumento y le asió el antebrazo izquierdo con una mano férrea. La hoja de acero quirúrgico destelló con crueldad en la oscuridad que reinaba en la habitación. Aquello fue lo último que contempló antes de apretar los ojos con fuerza para no ver cómo los dientes de sierra mordían la piel de su muñeca y recibir el dolor con un grito silencioso. Aún con todo, de un violento tirón consiguió liberar la otra mano y trató de golpear con ella a su torturador. Pero fue en vano. El hombre la golpeó sañudamente en el rostro y perdió el conocimiento.

Cuando concluyó, el hombre iridiscente se sorprendió de lo fácil que había resultado todo. Fácil y fluido. *Entre cuatro y cinco litros de fluido sanguíneo, para ser exactos*, pensó sonriendo. El siete por ciento del peso de una persona adulta. Le maravillaba la estrecha relación que existía entre la vida y el preciado líquido. Sin este, el ser humano no significaba nada. Estaría muerto. Como muy pronto lo estaría la doctora.

La habitación estaba completamente cubierta de sangre. Se encontraba por todas partes, en las paredes, el suelo, incluso en el techo. Su mundo se había vuelto carmesí. La venganza tenía color carmesí, como sus pensamientos. A sus pies, la mano izquierda de la doctora Farhadi se hallaba debidamente recogida en el envase de plástico. Un envase pensado para almacenar comida y que ahora era usado de un modo más macabro pero estrictamente necesario. Aquella parte del ritual había terminado. La doctora había cumplido su cometido y ahora no era mucho más que un simple despojo que había que desechar.

Extrajo la pistola de la funda que llevaba adosada al tobillo y la apoyó contra la frente de la mujer, mientras esperaba que recuperase el conocimiento. Nada. Impaciente, la abofeteó repetidas veces hasta que los primeros signos de consciencia asomaron a sus ojos, que ya empezaban a perder el brillo de los vivos.

Samira Farhadi gimió débilmente y miró directamente a su asesino. En el paroxismo de dolor que la envolvía, alzó un poco la cabeza para recibir la negra bocacha del arma sobre la piel de su frente. El tacto del cañón de la pistola no le provocó la intensa oleada de puro terror que hubiera esperado sentir. Quizás porque aún se encontraba bajo los efectos del shock producido cuando el monstruo que tenía ante ella le había seccionado la mano con una sierra, quizás porque su cerebro todavía no había realizado la sinapsis adecuada que le revelase el evidente significado de tener una pistola pegada a la cabeza.

El hombre iridiscente la miró casi con curiosidad, como si se hubiera extrañado de la ausencia de miedo en sus ojos o quizás simplemente padeciese un ataque de dudas ante lo que se disponía a hacer a continuación. Entonces, la doctora abrió mucho los ojos y, de repente, experimentó el terror que debiera haber sentido con anterioridad. Y como si el embrujo del momento se hubiera levantado en ese momento, el hombre apretó el gatillo.

Una bomba ardiente de cegador brillo engulló la cara de la mujer.

La doctora Samira Fahardi había dejado de existir.

El hombre profirió un quedo suspiro y hundió los dedos en el horrible agujero dejado por el proyectil. El rojo fluido se deslizó rápidamente en dirección a su muñeca dejando un agradable cosquilleo en su piel que le erizó el vello del dorso de la mano. Rápidamente, sin desperdiciar ni una gota del preciado líquido, se llevó el envase de

plástico hasta el cuarto de baño. Había perdido demasiado tiempo y todavía quedaba algo más por hacer.

Aunque tampoco era cuestión de apresurarse, nadie acudiría para rescatar a la desdichada doctora, era demasiado tarde para ella. Para ella, el tiempo sí se había acabado.

*Permanentemente.*

Sonrió y dejó su sangrienta impronta.



El Renault Megane les condujo hasta Chamberí, un barrio antiguo de gran influencia francesa, no muy lejos del centro de la capital. El distrito que nació como un arrabal industrial fue transformándose con el paso del tiempo hasta convertirse en una zona de casas de poca altura y menos atractivos, cuyo único interés histórico estaba en hallarse situada en proximidad al llamado «Triángulo de Oro» de Madrid, o lo que era lo mismo el Madrid más aristocrático de la época.

Habían pasado la noche en vela, dormitando por turnos en un sofá que se encontraba en la sala de conferencias y todos ellos estaban de un humor de perros. Un coche patrulla había aparecido por el extremo de la calle con la sirena aullando a todo meter y los destellos azules bañando las fachadas de la calle, casi al mismo tiempo que llegaba el Megane del subinspector. Se detuvieron al unísono frente al portal del complejo de apartamentos y dejaron en la acera a dos agentes de policía. Los escasos viandantes que había por la calle un domingo por la mañana empezaron a aglomerarse para contemplar el espectáculo con las bocas abiertas.

La escena del crimen se hallaba en uno de los apartamentos del Complejo Galaxia de Moncloa, un edificio construido en la segunda mitad del siglo xx aprovechando el solar y la estructura arquitectónica de la fábrica de jabones Gal, famoso porque en sus bajos se fraguaron los primeros planes del intento de golpe de estado de 1978.

El inspector Paniagua caminaba con paso decidido hacia el vestíbulo en donde se topó con el coronel Golshiri, quien aguardaba pacientemente con ambas manos cruzadas por detrás de su espalda. Sin embargo, su rostro reflejaba el torbellino de emociones que bullía en su interior.

—¿Qué demonios está haciendo aquí, coronel? —Preguntó con brusquedad—. ¡Estuvimos intentando localizarle todo el maldito día de ayer! ¿Ha sido usted quién ha encontrado el cadáver?

—Inspector, usted ya conoce la respuesta a esa pregunta puesto que fuimos nosotros quienes les han llamado esta mañana.

El inspector Paniagua se volvió hacia uno de los agentes y señaló con el dedo.

—Acordone esta zona y que nadie entre o salga del edificio sin mi permiso. —Y mirando hacia el coronel, añadió—: Ya hablaré con usted más tarde; pero, por el momento, ¿dónde está el cuerpo?

—En el segundo piso, apartamento C. —Contestó el iraní.

Sin más demora, Paniagua se lanzó hacia las escaleras, dejando al subinspector

Olcina atrás mientras dudaba entre seguir a su jefe o hacer más preguntas al coronel antes de decidirse, finalmente, por lo primero. En esos momentos, otros dos coches patrulla aparecieron en la calle. Martin se giró hacia el coronel y le dedicó una mirada una mirada fatigada. La muerte de la doctora Farhadi le había dejado con una sensación opaca e implacable de profundo desaliento y el hombre que tenía ante él era el completo responsable. Sin pronunciar palabra, le dio la espalda y le indicó con un gesto que le siguiera y se dirigió hacia el ascensor.

—Agente Cordero. —Le dijo el coronel a modo de saludo. Con sorpresa, Martin detectó también un rastro de tristeza en sus palabras—. El asesino lo ha vuelto a hacer. Teníamos dos hombres vigilando noche y día a la doctora y, a pesar de todo, consiguió burlarlos.

De repente, todo el lugar estaba rebosante de agentes de policía y técnicos de la Policía Científica.

—¿Por qué será que tengo la impresión de que usted ya se lo esperaba?

Sadeq Golshiri lo miró sin apenas inmutarse, aunque parecía perplejo y algo molesto con la pregunta.

—Le aseguré, agente, que no sé de qué me habla.

—Usted sabe que sí. —Insistió Martin.

Todas las miradas de los policías que se encontraban en el vestíbulo estaban vueltas en su dirección. Sin duda, la gran mayoría de aquellos policías se habían pasado la noche tratando de localizar a la doctora y evidentemente culpaban al militar iraní por ello. El coronel se limitó a encogerse de hombros y entró en el ascensor cuando las puertas se abrieron, precedidas por el sonido de una campanilla.

En el segundo piso, la situación era una escena de pesadilla. El vello de los brazos de Martin se erizó en cuanto contempló el cuerpo de la doctora Farhadi. Por contra de lo que solía aparecer en las series de televisión o en las películas, durante su tiempo como psicólogo criminal del FBI, Martin no había pisado nunca una escena del crimen con el cadáver todavía yaciendo en ella y habitualmente se personaba cuando todo el guirigay montado por la policía y los investigadores forenses ya había concluido. Las fotografías del cuerpo y los informes del patólogo solían ser más que suficientes para que un experto en perfiles criminales se hiciese una composición de lugar sobre lo que le había ocurrido a la víctima. En aquellas circunstancias, encontrarse en ese lugar le producía una desazón en forma de gélidos escalofríos. Cerró los ojos y la aprensión, fría e indefinible, que le recorría el cuerpo se convirtió en pavor. Bajo los pálidos párpados, los ojos le lagrimaron, nerviosos. Cuando los abrió de nuevo, pilló al coronel Golshiri observándole con extrañeza. Se miraron fijamente y entonces desvió la mirada para centrarla sobre el cuerpo, olvidándose de él por completo.

Sentada, desnuda, en una silla metalizada con forma de tijera, Samira Farhadi le devolvió la atención con ojos enturbiados por la muerte. Su mano izquierda había desaparecido, dejando en su lugar una horrible oquedad rellena con tendones desgarrados, jirones de piel y venas seccionadas. El extremo blanquecino del hueso

de la muñeca asomaba por la terrible herida. La cabeza se hallaba ladeada grotescamente hacia un lado y el pelo se encontraba enredado y cuajado de sangre. Un agujero negro, del tamaño de una moneda de cincuenta céntimos coronaba su frente, como si fuese el *bindi* o marca que una mujer hindú es obligada a llevar de por vida para indicar que ha sido tomada como esposa.

Martin observó todo esto en un rápido pero pormenorizado análisis de la escena. Aunque no poseía la memoria fotográfica del inspector, era un buen observador y solía absorber todos los detalles importantes en la primera mirada que le dedicaba a una escena del crimen. Cuando concluyó, sus tripas se convirtieron en una sólida masa de nervios. Con cada detalle, comprendía que el monstruo cuyo trabajo estaba contemplando era más maligno de lo que había sospechado en un principio. Quiso dar media vuelta y marcharse. La decisión estaba en sus manos. Aun así, se negó a claudicar al apremio que sentía de salir pitando de allí y, al cabo de un rato, comenzó a relajarse, su mandíbula dejó de apretar los dientes y sus músculos dejaron de crisparse espasmódicamente. Pronto, sus tripas también se distendieron y los latidos de su corazón se hicieron más pausados, menos violentos. Una vez más, se obligó a levantar la vista hacia el rostro sin vida de la doctora para convencerse de que cualquiera que fuera la motivación que lo había convencido para volver a investigar un caso, la utilizaría para resolverlo. Permaneció de pie, en medio de la habitación, sabiendo que en cualquier momento podría dar la vuelta y largarse, y sabiendo también que nunca lo haría.

—Que alguien encienda la maldita luz. —Gruñó el inspector Paniagua mientras se acercaba cautelosamente hasta el cadáver—. ¡Y suban esas persianas, por el amor de Dios!

Todas las ventanas de la habitación se encontraban cerradas a cal y canto. En la tenebrosa atmósfera restalló el primer fognazo de la cámara fotográfica de uno de los peritos de la IOTP. El subinspector Olcina se apresuró a obedecer a su jefe y alzó las persianas dejando pasar un estallido de luz solar. Con la luz del día, el aspecto del cadáver de la doctora Farhadi no mejoró demasiado. La habitación en la que se encontraba, tampoco. Parecía uno de esos apartamentos modernos de clase media, anodinos y sin personalidad.

—El muy hijo puta está realmente enfermo. —Masculló Raúl Olcina entre dientes, luchando por mantener a raya el asco que sentía en el fondo de su cabeza—. Le gusta de veras hacer daño a la gente.

—No estoy tan seguro, subinspector. —Replicó Martin, quien había visto suficientes víctimas de violencia enfermiza como para poder distinguir entre alguien que había fallecido bajo los golpes de la cólera más demencial y aquel que había sido el objetivo de una tortura más fría y calculadora. La amputación *ante mórtem* o en vida parecía estar fuera de toda proporción respecto al resto.

—Pues, ciertamente, a mí me lo parece. —Insistió Olcina, beligerante—. Este tipo debe tener los cables cruzados en todas las direcciones. Está loco de atar.

Martin le ignoró.

—Vuelvo en seguida. —Dijo y movido por una súbita compulsión se dirigió derecho al cuarto de baño. Una parte de él se quedó helada cuando al abrir la puerta del aseo descubrió lo que estaba buscando.

El espejo sobre el lavabo.

La piel de Martin hormigueó como si cientos de diminutas agujas la perforasen al unísono. Estarcida con lo que suponía se trataba de la sangre de la víctima se encontraba la huella de una mano izquierda.

—¿Qué cree que significa? —El subinspector Olcina había aparecido como por ensalmo a su espalda y casi le provocó un ataque al corazón.

—Usted primero, Olcina. —Respondió Martin, buscando recuperarse de la impresión—. ¿Qué piensa usted que significa ese dibujo?

El subinspector pareció ponderar durante un rato la respuesta y contestó:

—Bueno, ya hizo lo mismo con el profesor Mesbahi, así que es evidentemente un mensaje. El cabrón busca decirnos algo pero no conseguimos comprender el contexto.

—¿Qué más?

—No sé. ¿Que está como una puta cabra? —Exclamó.

Aun así, Olcina decidió seguir la corriente al ex agente del FBI y se acercó hasta la encimera del lavabo para estudiar de cerca la huella impresa en rojo. El cárdeno grafiti quedaba justo a la altura de sus ojos. Como... *como si le devolviese la mirada*.

Y entonces lo comprendió.

—¡La hostia puta! —Exclamó.

Martin sonrió.

—Dígame qué ha visto, subinspector. —Dijo.

—El mensaje no es sobre la víctima, como habíamos creído en un principio. —Explicó Olcina con voz excitada—. Ni siquiera es para nosotros. ¡Se está comunicando consigo mismo! Por eso lo dibuja en el puto espejo, se está viendo a sí mismo cuando lo hace.

—Exactamente. El asesino se está reivindicando, se está diciendo a sí mismo lo bueno que es, autodeterminándose. Usa el dibujo de la mano amputada de su víctima como un recordatorio de lo que ha hecho, de que puede hacerlo. Una vez y otra, y otra.

—Pero ¿por qué? —Quiso saber el subinspector—. ¿Para qué necesita darse autobombo? Es evidente que se ha salido con la suya. —Señaló con un movimiento de cabeza en dirección a la sala en donde se encontraba el cuerpo.

—No lo sé. —Reconoció Martin—. Pero resulta claro que significa algo para él.

De regreso a la habitación, Martin no podía quitarse de la cabeza la idea de que algo en la escena no estaba bien, las piezas que componían el cuadro que se mostraba ante él no terminaban de encajar a la perfección. El inspector Paniagua se encontraba junto a uno de los técnicos de la IOTP estudiando detenidamente la herida de la

cabeza.

—Algo no funciona. —Dijo para sus adentros con un temblor acentuado en la voz —. Las ligaduras no parecen haber sido hechas como la misma diligencia que se tomó con el profesor. Fíjese inspector, el brazo derecho está dislocado a la altura de la muñeca, sospecho que se lo hizo al intentar liberarse mientras el asesino trabajaba en la otra mano. ¡Toda esa brutalidad sin sentido!

La luz que brotaba de la ventana hacía brillar los ojos del cadáver, apartó deliberadamente la mirada y echó una ojeada por la habitación con la esperanza de hallar lo que le inquietaba, pero no encontró nada a simple vista. En el umbral del cuarto de baño, Olcina vaciló confundido por la actitud de Martin. Este se volvió hacia él, pero solo brevemente, antes de dirigirse de nuevo hacia el cuerpo. Situándose frente a él, le dio la espalda y movió la cabeza hacia la izquierda para observar el lugar en el que sospechaba que se encontraba el asesino cuando le disparó el tiro de gracia a la doctora, interponiéndose en el trabajo del perito de la IOTF.

—¿Qué demonios está haciendo? ¿Ha perdido el juicio? —Exigió saber el inspector Paniagua, pero Martin no cambió de posición.

Nada de lo que había pasado hasta el momento había provocado en Martin una excitación tan acentuada como la que en esos instantes aceleraba su corazón. Algo había sucedido en aquella habitación que había cambiado la rutina del asesino, le había obligado a precipitarse en sus acciones. Y un asesino precipitado siempre cometía errores. Martin lo sabía demasiado bien.

—¿Agente Cordero? —Llamó Paniagua.

Cuando se volvió hacia él, le señaló en la dirección de la mesa del comedor, indicándole con el dedo algún lugar más allá de la mesa.

La dorada forma metalizada de un casquillo de bala asomaba detrás de un jarrón plateado que reflejaba la silueta deformada del cuerpo inerte de la doctora Farhadi.

Una hora más tarde de su encuentro con los policías españoles en la escena del crimen de la doctora Farhadi, el coronel Golshiri estaba reunido en el despacho del embajador Sayd Lakhani. Este saboreaba un té de Kashmiri recién percolado, el aroma del cardamomo y los pistachos inundaba las fosas nasales del coronel. El embajador ni siquiera le había ofrecido una taza como era costumbre de buenas maneras en su país y en el rostro se le veía el enojo de haber sido molestado en domingo sin que hiciese nada para ocultarlo. El aborrecimiento que el coronel sentía por aquel hombre era inconmensurable.

—Le advertí sobre la muerte de la doctora Farhadi, coronel. —La voz del embajador Lakhani estaba preñada de disgusto—. ¿Se puede saber por qué no detuvo al asesino? Prometió que lo haría y ahora su ineptitud nos ha costado la vida de otra ciudadana y nos ha puesto en una posición muy comprometida ante el Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional.

—Lo he intentado pero ese perro es muy escurridizo.

El embajador no dijo nada por unos instantes, contemplaba, al otro lado de la ventana, algún punto del edénico jardín que circundaba las instalaciones de la embajada.

—Estoy muy decepcionado con usted. No olvide nunca de dónde viene, coronel. Me lo debe todo.

Sadeq Golshiri sintió que la sangre inundaba su rostro. Las mejillas le ardían de vergüenza y de ira. Vergüenza por su sumisión a aquel hombre al que despreciaba, por su fracaso, e ira por la pose de superioridad que esgrimía Sayd Lakhani.

—¿Dónde estaban las fuerzas del orden españolas, coronel? —Preguntó el embajador.

El coronel se encogió de hombros con desdén, recuperándose de su momento de debilidad con rapidez.

—Estaban ocupados con sus pruebas de ADN y sus ridículos perfiles criminales. —Respondió—. Por ese ángulo no hay nada de lo que preocuparse, parecen un perro persiguiendo su propia cola.

—¿Nada de lo que preocuparse? —Repitió el embajador, incrédulo—. No estamos ni siquiera próximos a detener al asesino.

—Embajador... —Comenzó a decir pero Lakhani le cortó con un ademán de la mano.

—Le dije... No, le ordené que pidiese ayuda al Cuerpo Nacional de Policía. Ese agente del FBI es muy competente, nos hemos informado sobre él. Pero, usted prefirió ignorar mis órdenes y hacer la guerra por su cuenta y, como resultado, la doctora perdió la vida y no nos encontramos más cerca de lo que estábamos de capturar al culpable.

El diplomático había alzado la voz, enojado, y Golshiri notó que empezaba a temblar por la ira. Trató de calmarse pero no pudo contenerse más. Cuando contestó, no se dignó a levantar la cabeza.

—A usted le pagan por hacer de relaciones públicas y mantener la diplomacia, así que encárguese de eso, señor embajador. ¡Permítame que yo me preocupe del asesino y de todo lo demás! —Le espetó.

El embajador le miró con una sonrisa burlona, había buscado sacar al coronel de sus casillas y lo había conseguido. Sadeq Golshiri se reprendió mentalmente, no podía permitir que una cosa así volviese a suceder. Mostar sus emociones ante una sabandija como Sayd Lakhani era equivalente a entregarle en bandeja sus debilidades y esperar que se diera un festín con ellas.

—Coronel, siento mucho que se encuentre en esta situación. Nadie se imaginó que la doctora fuera a convertirse en daños colaterales. Pero, así ha sido, y ahora se encuentra en una posición privilegiada para atrapar al asesino.

—¿Qué quiere decir? —Preguntó Golshiri, con suspicacia.

—No hace falta ser muy listo para descubrir quién se encuentra en el punto de mira del asesino. —Contestó el embajador.

—¿Cómo puede saberlo? ¡Ese hombre es un demente, un psicópata!

—Coronel su incapacidad para afrontar este asunto resulta ya un poco molesta. Todo el mundo tiene un punto débil y el del asesino es precisamente su agenda. Resulta obvio que está siguiendo un patrón específico con sus víctimas y ambos sabemos quién será el siguiente.

Una siniestra mueca bailó en los labios del coronel.

—Eso le complacería enormemente, ¿verdad, embajador? Ver cómo el asesino le libra de uno de sus problemas.

—No diga estupideces, no es momento para enfrentarnos entre nosotros. Acéptelo y utilícelo en su favor. Tienda una trampa al asesino. —El embajador hizo una pausa—. El hombre sabio no tropieza dos veces en la misma piedra. Deshágase del asesino y hágalo de una manera rápida y eficiente, igual de esa manera consiga limpiar su reputación con el general Al-Azzam.

Golshiri le contempló unos instantes sorprendido. Lo cierto era que no había pensado antes en lo que insinuaba el embajador y que ahora veía cierta verdad en ello. Sin embargo, tal revelación no implicaba únicamente que tendría ocasión de tender una trampa al asesino, sino también de que su vida realmente corría serio peligro.

Y, por primera vez, sintió miedo.

—Embajador, para ser honestos, me temo que estoy lejos de ser un hombre sabio y que ha olvidado un pequeño pero crucial detalle. Si lo que implica es cierto, eso prácticamente significa que puedo darme por muerto, así que el señor general y usted pueden besar mi culo farsi.

El color desapareció del rostro del diplomático como si alguien hubiera arrojado sobre su cara un buen puñado de cenizas. Sin embargo, recobró la compostura lo suficientemente rápido como para amenazar a Golshiri.

—Ándese con cuidado, coronel. —Escupió entre dientes—. Lo próximo que diga puede decidir, no ya su miserable futuro, pues Alá sabe que ya está condenado, sino el de toda su familia.

Golshiri cerró el puño con rabia y mentalmente acarició la culata de su pistola.

—No se preocupe, embajador, siempre le he sido fiel a la patria y no tengo intención de fallarle en el último momento. —Trató de imprimir todo el desdén que pudo a su voz—. Si le sirve de consuelo, junto con mi muerte, tengo la intención de servirle en bandeja de plata a mi asesino.

—Explíqueme eso. Explíqueme cómo piensa llevar cabo su plan. Hace un minuto parecía estar completamente perdido. Si tiene una idea, dígamela y yo se la transmitiré al general Al-Azzam para que le proporcione toda la ayuda que necesite. Hombres, armas, lo que sea con tal de que acabe con este desagradable asunto de una vez por todas.

—Bah, no necesito su ayuda, ni la de nadie.

Y abandonó el despacho, sin decir una palabra más, llevándose consigo el torbellino de pensamientos en que se había convertido su cabeza.

*Todo el mundo tiene un punto débil.*

Sabía cuál era el punto débil del asesino. Había tratado de detenerlo en una ocasión en Teherán y había fracasado. El asesino tenía que ser aprehendido sin demora, ya no habría segundas o terceras oportunidades. No volvería a cometer el mismo error.

Un punto débil. Se preguntaba cuál sería el punto débil del embajador Sayd Lakhani. Recapacitó sobre lo poco que sabía del engolado diplomático. Aunque habían colaborado juntos en el pasado, siempre se había mostrado distante, poniendo en evidencia la superioridad que sentía con respecto al coronel. Si quería, como se suele decir, matar dos pájaros de un tiro, tendría que averiguar más cosas de él: sus movimientos, sus intereses. Qué le afectaba, qué le conmovía. Su punto débil. Y atacarlo con toda la fiereza inmisericorde de que fuera capaz.

*El futuro de toda su familia.*

Sadeq Golshiri apenas podía respirar con aquella amenaza resonándole en los oídos.



Samuel intentaba en vano despejar su cabeza. Los estragos del fin de semana, lidiando con el problema de Alba Torres y los miembros de los Latin King que la habían tenido retenida en el almacén de Valdemingómez asomaban a su rostro en forma de oscuras bolsas bajo los ojos y profundas arrugas que surcaban su rostro como grietas en un secarral. Además, por si fuera poco, el recuerdo de la voz aún persistía en su cabeza, acallando incluso sus propios pensamientos. Y lo peor de todo era que se le empezaba a notar en el trabajo.

—¿Cuál es el problema contigo últimamente, Samuel? —Le preguntó su compañero de turno, mientras se cambiaban de la ropa de calle al uniforme.

—¿De qué estás hablando?

—A mí no me la pegas, ¿te has visto estos días? Parece como si te hubieras pasado toda la noche de juerga.

Samuel se enfundó el jersey negro con la pechera de color verde brillante y, por un instante, mientras la densa tela acrílica cubría su cabeza deseó poder estar en otra parte. Como en aquella película infantil, entrechocar los tacones y desear encontrarte en otro lugar. Un lugar paradisíaco, de verdes laderas y un cielo tan azul y profundo que pudieras perderte en él y no regresar jamás. Sin embargo, detrás de la tela tan solo estaba su compañero, observándole fijamente, con medio cuerpo oculto por la puerta metalizada de su taquilla y el uniforme a medio vestir.

—Nada. No me pasa nada. —Respondió con el tono más tranquilizador que pudo fingir—. Es solo que ayer estuve levantado pesas hasta tarde y apenas he dormido unas horas de mierda.

—Ya, pues la próxima vez vete al gimnasio a horas decentes, que pareces un alma en pena. ¡Por el amor de Dios! Ya es bastante soportar un turno en domingo, para encima tener que verte esa pinta todo el día.

Samuel deseaba que le dejaran en paz, al menos por unas horas, que la péfida influencia de la voz le abandonase y pudiese dormir a pierna suelta. Estaba convencido de que si pudiese liberarse de su influjo, sería capaz de exorcizar la cacofonía que se adueñaba de su cabeza de una vez por todas.

Pero era incapaz de hacerlo, del mismo modo que era incapaz de invocarla a discreción. La voz parecía ir y venir a su antojo. Cuando ella quería verlo, simplemente se presentaba en su apartamento sin anunciarse como si siempre supiese cuándo iba a estar en casa. No importaba si se hubiese retrasado en salir del trabajo, o

si hubiese parado unos minutos en la bodega de la esquina para comprar el único veneno que le permitía dormir por las noches. Últimamente, ella se presentaba en su casa con mayor insistencia. Tanta, que a menudo, se preguntaba si eso no formaría parte del problema. No es que Samuel no hubiese deseado hacer lo que hacía antes de oírla por primera vez, era que no necesitaba hacerlo tan a menudo como ella. Y, para colmo, empezaba a sentir que lo vigilaban, que la policía estaba tras su pista y que no tardaría en atraparlo. Como una obsesión paranoica.

### *Paranoia.*

Así es como habían bautizado los médicos a su trastorno cuando comenzaron a aparecer las primeras voces en su cabeza. Al principio, tan solo eran meros susurros que le hacían estar receloso de todos y por todo. Todo comenzaba como una sospecha, el germen de una pesadilla, pero muy pronto las voces le convencían de cosas más aterradoras, cosas que le hacían creer que él no era normal y que el resto de las personas le observaban a hurtadillas y se reían de él a placer.

—No hay motivos para alarmarse, pero su hijo padece un brote paranoico persecutorio. —Le había explicado a su madre, el doctor de bata blanca que les había atendido en la clínica Nuestra Señora de la Paz, donde le habían llevado tras pelearse con otro alumno en el instituto y haberle arrancado de un mordisco un pedazo de carne del brazo.

Samuel había confesado que atacó a aquel niño porque le espiaba en secreto y le atormentaba siempre que tenía ocasión. Por supuesto, nada de ello había sido verdad, todo estaba en la cabeza de Samuel.

### *Como las voces.*

Samuel había preguntado qué era aquello de la paranoia, mirando con ojos recelosos a su madre y al doctor. Mientras, en su interior, pensaba que todo formaba parte de una broma de mal gusto, que detrás de la puerta de la consulta asomaría un equipo de filmación, liderado por un presentador de impecable dentadura y dudoso sentido del humor, y se reirían de él y volverían a atormentarlo.

Pero nada de eso había sucedido.

—Paranoia. —Había corroborado el doctor.

—Pero, y esas voces que dice que escucha...

El miedo que sentía su madre por Samuel se reflejaba en cada arruga de su rostro.

—Las voces no son reales, forman parte de un delirio elaborado por su trastorno delirante y que germina en la creencia de que existe una conspiración en su contra. — El doctor había dirigido a su madre una sonrisa tranquilizadora—. ¿Existe algún precedente de demencia en su familia? ¿Alguna situación similar que usted pueda recordar?

Mientras su madre negaba con la cabeza, estrujándose las manos nerviosamente sobre el regazo, Samuel había roto a reír histéricamente, estaba convencido de que el doctor también quería atormentarlo y por ello se había inventado esa estúpida idea de la paranoia.

—¿Paranoia? —Quiso preguntar Samuel, una vez que hubieron cesado las espasmódicas carcajadas. Su madre le había observado aterrada, con los ojos abiertos como platos.

—Así es, muchacho, paranoia. —Aseguró el doctor, una vez más, antes de desaparecer por la puerta y regresar con un vaso de agua en una mano y un sedante en la otra.

Y desde entonces, Samuel había convivido a diario con las voces de su cabeza. Ninguno de sus progenitores le había perdonado jamás que hubiese salido torcido, como le solía decir su padre, quien también expresaba abiertamente que todo era culpa de la familia de su madre, porque todos ellos estaban bastante mal de la azotea, a su entender. Con el tiempo, Samuel había aprendido a aceptar lo uno y lo otro, hasta que las voces, finalmente, se fueron acallando y su autocontrol se impuso permitiéndole llevar una vida más o menos normal.

Pero, entonces, todo se quebró en mil pedazos y las voces familiares que le habían acompañado desde su niñez, dejaron paso a una nueva y única voz, dominante y posesiva, que se adueñó de la algarabía que reinaba en su cabeza. Cualquier historiador podría explicarte que la Humanidad realmente no evoluciona por la cacofonía creada por los hombres sino a través de una única voz singular que conseguía dejarse oír, entre el maremágnun, por encima del resto y Samuel nunca entendió por qué aquella voz más poderosa se manifestaba en forma de mujer, ni ella tampoco se lo explicó. Conspiradora, acusatoria, sensual. La voz no le había dejado solo ni un instante desde que la escuchó por primera vez. Lo peor de todo era que Samuel no sabía distinguir si ella era real o si formaba parte de haber salido torcido.

Para empezar, a diferencia de las otras voces, nunca le susurraba que estaba siendo observado minuciosamente, como un insecto era estudiado bajo la lente del microscopio de un entomólogo. La voz le hablaba de que para alcanzar la pureza del alma existía el sufrimiento. Le hablaba de castigo, de que este era el mejor elemento purificador, porque eliminaba el mal que había en las personas, extirpando la parte sucia del alma, la parte carnal y pecadora, hasta convertirla en un alma pura y libre. Y de que Samuel sería el cirujano emasculador del cáncer que se había adueñado de las almas oscuras de quienes le rodeaban.

La voz le hablaba de matar.

Y Samuel la había creído a pies juntillas, se había entregado a ella en cuerpo y alma, porque pensaba que los impuros de alma no eran otros que los mismos que le habían atormentado toda su vida.

Regresando a los vestuarios, Samuel intentó sacudir la cabeza enérgicamente para tratar de apartar de sí las opacas telarañas que confundían su mente. No podía concentrarse en un mismo pensamiento nada más que un instante y estaba perdiendo el control. Ese maravilloso autocontrol que tanto le había ayudado durante su vida. Su sentido de la realidad estaba empezando a desmoronarse y la voz se estaba haciendo con las riendas.

—Mata a la zorra. —Volvió a escuchar en su oído.

Samuel miró aterrado a su alrededor para cerciorarse de que su compañero no la había escuchado pero el otro hombre parecía ocupado en terminar de rellenar un parte de infracción. Su taquilla se hallaba abierta de par en par y Samuel atisbaba fragmentos de fotografías pegadas en la puerta metalizada que reflejaban emotivos instantes de su vida familiar. Su compañero rodeado de su mujer y sus hijas. El amor asomando en sus ojos y en sus rostros. Samuel sintió una inmediata punzada de envidia y pensó que él nunca había sentido esa clase de amor en su vida. Su colega de trabajo levantó la mirada del papel y le miró con curiosidad. Desviando la vista, Samuel le ignoró y terminó de vestirse.

Pensaba en Alba Torres.

Para Samuel era sencillo distinguir a los impuros de alma, la voz le había enseñado cómo hacerlo. Los hombres malvados tenían una cierta luz que brillaba debajo de su piel. En ocasiones, era de un tono rojo intenso como los farolillos que había visto en Amsterdam. Sin embargo, los peores eran aquellos cuya luz era inexistente y se les distinguía por un aura de color negro, un vacío que absorbía todo lo que había a su alrededor. Estos últimos eran los que más aterraban a Samuel y por ello sentía la compulsión, casi imparable, de acabar con su existencia a toda costa.

Los miembros de los Latin King que habían tenido prisionera a Alba Torres pertenecían a esta última categoría y Samuel había roto a llorar de puro gozo cuando entendió que tendría que matarlos. Uno a uno, había apagado su luz con los golpes brutales de su bastón de defensa extensible. A Samuel no le gustaba demasiado usar el bastón pero el número de sus enemigos era alto y algunos de ellos casi tan fuertes y poderosos como él.

*Casi.*

La cabeza del Corona Supremo se había abierto como un melón cuando la golpeó con todas sus fuerzas, trozos de materia gris y pelos se habían quedado adheridos a la superficie de acero endurecido del bastón de defensa. Con un gesto de asco, lo había limpiado en la camiseta deportiva del Corona y se había vuelto en dirección a la muchacha. Esta no era más que un guiñapo que yacía inconsciente en el suelo.

Y no pudo reprimir un gemido de sorpresa.

Alba Torres era otra cosa.

Para empezar su luz no tenía ninguna de las tonalidades de los impíos, era tan blanca que le desconcertaba. Por otro lado, tampoco le había ocasionado ningún mal, ni parecía que pudiera hacerlo. Aun así, lo que la voz ordenaba siempre debía ser obedecido. No tenía otra opción o nunca le dejaría en paz. Pero no dejaba de pensar que aquella blancura tendría que significar algo. Incapaz de decidirse, con los ojos entornados por la brillante luz que destellaba del cuerpo de la joven, Samuel había cargado su liviano cuerpo sobre el hombro y había regresado en dirección a su coche. Desde entonces, la voz atronaba en su cabeza y continuaba aleccionándole para que obedeciese. Cada vez más fuerte, cada vez más insistente.

—Mata a la zorra.

Alejando de sí las dudas, Samuel cerró su taquilla y la aseguró con un candado. Alba Torres moriría esa misma noche.

El grupo que formaba la Brigada Especial de Homicidios Violentos estaba reunido en una de las salas de conferencia del complejo policial de Canillas. Todos los presentes revisaban los informes forenses y las pruebas que tenían sobre la mesa. Un montón de fotografías tomadas por la Policía Científica, impresas en papel fotográfico en tamaño dieciséis por veinte, estaba diseminado encima de la superficie de madera.

Martin Cordero no pudo evitar fijarse en el detalle de que el subinspector Olcina hacia todo lo posible por no centrar la mirada sobre ninguna de ellas. Aquel hombre tenía serios problemas para soportar la visión de la sangre, incluso la impresa.

Los rostros de todos reflejaban la sensación de derrota que experimentaban y el malestar que sentían por tener que estar en aquel lugar en vez de en casa con sus familias. El ánimo del grupo se encontraba en su punto más bajo y en algunas caras la ira bailaba a flor de piel, como un sarpullido enrojecido.

—Todos sabemos lo terrible que ha sido perder a la doctora, pero no ha sido culpa nuestra. No tiene sentido mortificarse sobre ello. —Comenzó a decir el inspector Paniagua—. Tampoco tiene sentido que dirijan sus iras hacia el coronel Golshiri. Es bueno sentir ira, es como verter gasolina en un incendio, simplemente diríjanla hacia el asesino y a duplicar sus esfuerzos para atraparlo.

Hizo una pausa y, uno a uno, miró a los ojos de cada uno de ellos.

—Cuando toda esta maldita investigación haya terminado y el monstruo que acabó con las vidas del profesor Saeed Mesbahi y de la doctora Samira Farhadi se encuentre entre rejas, yo mismo me encargaré de hacerle pagar al coronel su responsabilidad en la muerte de la doctora.

Y centrando su atención en el psicólogo criminal del SAC.

—Claver, ¿qué puede decirnos sobre la motivación del asesino? ¿Alguna idea de loquero que realmente sirva para atraparlo?

El interpelado se irguió en su sillón e hizo un montoncito con los papeles que tenía frente a sí mientras ordenaba sus ideas.

—Bueno, con la doctora el asesino ha cambiado el género de la víctima por lo que podemos descartar casi totalmente que se trate de crímenes sexuales.

—Salvo que sea un sádico y solo le ponga torturar a otro ser humano. —Intercedió el subinspector Olcina, con gesto hosco.

Marc le ignoró.

—Además, es organizado y paciente. Amputar la mano, el tiro de gracia y, sobre

todo, estarcir su mensaje en el espejo. Todo eso necesita tiempo y, sin embargo...

—Sin embargo, fue lo suficientemente descuidado como para olvidarse de recoger el casquillo de la bala que mató a la doctora. —Concluyó la frase Martin—. Eso añade otra inconsistencia más a su perfil.

—Exactamente. Otra cosa más... —Marc ojeó durante un instante sus notas sobre la autopsia de Saeed Mesbahi—. Los análisis toxicológicos muestran niveles altos de heparina en el profesor. Un anticoagulante, sin duda, utilizado para ayudar a que la víctima se desangrase más rápidamente.

—Los anticoagulantes de acción rápida, como la heparina, son generalmente utilizados para tratar cirugías cardiovasculares, el doctor estaba en buena forma física así que es dudoso que estuviese bajo tratamiento. —Martin se detuvo, pensativo—. No tiene sentido que el asesino quisiera que las víctimas se desangrasen cuanto antes. Pienso que su verdadera intención es más práctica, como diluir la sangre para poder manipularla fácilmente a la hora de dibujar su firma. La sangre humana pierde rápidamente su estado líquido al contacto con el aire.

Durante un buen rato, el silencio se apoderó de la sala de conferencias mientras cada uno de los presentes lidiaba a su manera con la imagen de la pobre doctora Farhadi desangrándose inexorablemente mientras el asesino se dedicaba a garabatear su sangriento grafiti.

—¿Huellas digitales en el espejo? —Preguntó Paniagua, finalmente.

—Nada, ni siquiera parciales. —Respondió Raúl Olcina—. Probablemente, usó guantes de látex como los de los médicos. Y el forense ha confirmado que las huellas de las manos en ambos espejos correspondían con las manos amputadas.

—Quizás todo esté relacionado con algún tipo de castigo que el asesino quiere infligir a sus víctimas. —Sugirió Marc Claver, con gesto contrito—. Después de todo, limpió concienzudamente ambas manos y se las envió en un paquete a las víctimas.

Hizo una pausa y consultó sus notas.

—La avulsión en los países musulmanes se utiliza como castigo a cierto tipo de criminales. Creo que está contemplada en el Corán. Aunque estoy seguro que no dice nada sobre desangrar a nadie en vida.

Martin asintió.

—Es cierto, la aleya número treinta y ocho de la quinta Sura del Corán<sup>[23]</sup>, impone como pena disuasiva la amputación de la mano a aquellos que hayan cometido un delito de robo. «Al ladrón y a la ladrona», dice textualmente, y el castigo está ordenado por el propio Alá.

—¿Disuasiva? ¡Y una mierda! —Masculló Olcina—. Ese castigo es un claro ejemplo de cómo se las gastan en esos regímenes opresivos. Seguro que no le cortan el pito a quien le pone los cuernos a su mujer, porque ese es un delito de hombres poderosos.

A Marc Claver se le escapó una risita que fue inmediatamente cortada en seco por la mirada severa del inspector Paniagua.

—Perdón. —Dijo, avergonzado—. No pretendía...

Martin salió al paso continuando con su explicación, concentrado.

—Sin embargo, me temo que Marc se equivoca. La avulsión no implica la amputación traumática de la extremidad, en la actualidad ese tipo de penas se lleva a cabo en la más estricta observación quirúrgica. La República Islámica de Irán es uno de los países donde todavía se practica e incluso en 2013 se difundieron unas imágenes que mostraban como cinco reclusos de la prisión de Hamedan sufrían la amputación de dedos y manos por el delito de robo. Al parecer, utilizaron una novedosa máquina para llevar a cabo los castigos.

—Entonces, si solo quiere castigarlos por algo que hicieron o que robaron, ¿por qué dispararles en la cabeza? —Preguntó Arturo Paniagua, con incredulidad, ahondando en el motivo—. No tiene sentido.

Martin negó con la cabeza.

—No creo que el asesino les esté castigando realmente por algo material, ni siquiera pienso que le robasen nada, aunque en su cabeza sí pueda verlo de esa manera. Necesitamos descubrir qué tienen en común y qué es lo que hicieron para provocar la ira del asesino. —Explicó—. Anoche hice una búsqueda combinada en Internet de la doctora Farhadi y del profesor Mesbahi y descubrí que ambos habían participado en un proyecto conjunto para el SESAME<sup>[24]</sup>.

—¿Se puede saber qué demonios es el SESAME?

—Es un proyecto científico conjunto de los países del Oriente Próximo, similar al CERN europeo, para auspiciar experimentos de índole científica con un mismo fin común: promocionar todos los campos de la Ciencia entre los países musulmanes. —Explicó Martin.

—¿Qué tiene que ver todo eso con nuestro caso? —Intervino Raúl Olcina.

—Al parecer, los doctores Massoud Jassim y Amir Sadr, ambos iraníes y relacionados con el proyecto del SESAME, fueron asesinados en sendos atentados terroristas supuestamente orquestados por el Mossad. —Prosiguió el agente del FBI, fijando la mirada en el inspector Paniagua—. La investigación de ambos homicidios fue dirigida por el coronel Sadeq Golshiri en colaboración con la policía iraní.

Paniagua se echó para adelante como si aquella revelación fuera a traer consigo la resolución del caso.

—¿Piensa que tiene alguna relación? Ahí existe un nexo. Si el coronel conocía a ambas víctimas antes de la cumbre, ¿piensa que sabe quién es el asesino?

Un incómodo tic le tensó la comisura de los labios. Martin había notado que dicho tic le aparecía cuando pensaba que iba a escuchar algo que no iba a ser de su agrado.

—Lo desconozco. —Respondió, con honestidad—. Al parecer, ambos atentados estuvieron relacionados con el proyecto nuclear iraní más que otra cosa y parece probado que los israelíes tuvieron mucho que ver en las muertes. Pero no consigo quitarme de la cabeza las palabras de la doctora y de que el coronel sabe más de lo



que aparenta.

La boca del inspector volvió a fruncirse.

—Un momento, el coronel Golshiri es una basura inmundada, no voy a discutir eso, pero de ahí a pensar que esconde la identidad del asesino... No me lo trago.

Martin negó lentamente.

—No digo tal cosa, pero resulta demasiada coincidencia que exista una conexión entre el coronel y las víctimas. Y ya sabe, inspector, lo que suele pasar con las coincidencias en nuestra profesión.

—Que son como los Reyes Magos, sí lo sé. —Paniagua reflexionó unos instantes—. Bien, intentaré tener una conversación oficial con el coronel Golshiri a través de su embajada pero sigo pensando que será una completa pérdida de tiempo.

Y volviéndose hacia Marc Claver, preguntó:

—¿Qué más tenemos?

Antes de responder, Marc se levantó de la mesa se dirigió al fondo donde había dispuesta una mesa auxiliar con termos de café y se sirvió una taza.

—Pues mire, inspector, siguiendo con la idea de Martin, estos científicos pueden ser muy celosos de sus descubrimientos. Nadie quiere compartir la gallina de los huevos de oro y un experimento exitoso se convierte en montones de dinero, el Nobel, etc. —Aventuró Marc—. Quizás el profesor y la doctora usurparon la idea de alguien. Ambos eran científicos y trabajaron juntos en el SESAME, bien podrían haberle quitado el descubrimiento a otro de sus colegas.

—¡Buena hipótesis! —Aplaudió Raúl Olcina—. La verdad es que tiene todo el sentido del mundo. Al final, todo se reduce siempre a lo mismo: la pasta.

—Eso nos deja como sospechosos a cualquiera de los otros científicos que viajan con la comitiva. —Aceptó el inspector, aunque parecía dudoso—. Pero ¿cómo vamos a saber cuál de ellos es también un psicópata? No creo que el coronel Golshiri, ni su gente, se apresuren a prestarnos su ayuda para acusar a uno de sus eminentes científicos de asesinato.

Entonces, su voz adquirió un tono más apremiante.

—¿Agente Cordero, tiene algo más que añadir? ¿Puede adelantarnos un perfil del hombre al que buscamos?

Martin había estado ajeno a la conversación por unos instantes y tenía el ceño fruncido, como si estuviese tratando de resolver un complejo problema matemático.

—Creo que nos encontramos ante un asesino que ha aprendido a serlo, lo cual encaja con la teoría de Marc. Pero no creo que sea un psicópata en el más puro sentido del término, de ahí las notables inconsistencias de su perfil.

—¿Quiere explicarse? —Le instó el subinspector Espinosa, otro de los miembros de la brigada que había permanecido en silencio hasta ese momento. Tenía el gesto torcido, y parecía molesto porque el ex agente del FBI hubiera utilizado más jerigonza psicológica para contestar, como si le costase seguir el hilo mientras tomaba notas en su pequeña libreta negra.

—Pienso que el asesino ha sufrido una alteración traumática de su personalidad que lo incita a matar, muy posiblemente por venganza o para castigar a sus víctimas, como ha apuntado Marc Claver. —Se explicó, Martin—. Los asesinatos no son casuales, no son producto de la oportunidad, las víctimas no han sido elegidas al azar sino siguiendo un patrón muy determinado que todavía desconocemos. Son crímenes definitorios de la personalidad del asesino y se refleja así mismo en la metodología que emplea.

Martin parecía buscar las palabras y eso incomodaba aún más al subinspector que escribía y tachaba lo que escribía con la misma velocidad que un escolar deletreaba en su cartilla.

—Es decir, si el asesino amputa la mano izquierda a sus víctimas es porque esta significa algo especial para él. Ya hemos determinado que no es zurdo así que tiene que ser algo más, por ejemplo, pudo ser herido de cierta gravedad en algún momento y su atacante era zurdo, por eso su fijación se centra en esa mano.

Guardó silencio por unos instantes y entonces preguntó:

—¿Sabemos si las víctimas usaban la mano izquierda?

—No sabría qué decirle respecto al profesor Mesbahi pero usted y yo estuvimos con la doctora antes de que fuera asesinada y ella usaba la mano derecha.

—Entonces tiene que ser algo que le pasó al asesino. La mano izquierda es importante para él y por eso la mítica de esa manera.

En ese preciso instante, Raúl Olcina se levantó apresuradamente de su sillón. Tenía el rostro encendido, excitado.

—¡Jefe, y si el muy cabrón ha sufrido él mismo la amputación de su mano! Quizás en un accidente de trabajo y culpe de ello a sus colegas...

—Bueno, ahí tendríamos un motivo... —Concedió, el inspector.

—Pero saltar de culpar a alguien a matarlo es otra cosa. —Intercedió Marc Claver, interrumpiendo al inspector quien le fulminó con la mirada, aunque se mantuvo en silencio—. Algo, desde luego, está claro y es que tengo la impresión de que nuestro asesino es un narcisista. Quizás sufre de complejo de Dios o de megalomanía. Quizás otra cosa.

—¿Y por eso dispara a sus víctimas a la cabeza? —Preguntó Espinosa, en ese momento. Aliviado por poder olvidarse de su libreta durante unos segundos.

—Empiezo a creer que de eso se trata. Algo que dijeron o hicieron las víctimas le condujo a un acceso de furia y no pudo contenerse. —Marc se encogió de hombros—. Es irremediable, como perder el control de las acciones de uno, tan solo al cabo de un rato puedes recobrar la compostura pero ya no tienes el ánimo de concluir lo que has ido a hacer.

Martin negó con la cabeza, meditabundo.

—Los narcisistas son propensos a tener violentos ataques de furia cuando las cosas no funcionan de acuerdo a sus planes y, sin embargo, el asesino se toma el tiempo necesario para dejar un grafiti con la sangre de sus víctimas.

Marc volvió a encogerse de hombros.

—Ya hemos establecido que es paciente. Deja a sus víctimas desnudas y atadas en medio de la escena, para causar el mayor impacto posible sobre quienes las encuentra. Eso indica que quiere destacar, obtener algún tipo de notoriedad, como los narcisistas.

—¿Porque no obtiene el reconocimiento que cree merecerse en su vida personal? —Quiso saber el inspector Paniagua.

—Eso o por su propia obra como asesino. —Aclaró Martin—. Nuestro sospechoso es muy eficiente, ha sido capaz de secuestrar y de matar a la doctora Farhadi delante de las narices del coronel Golshiri en menos de cuarenta y ocho horas. No me sorprendería que buscase algún tipo de crédito por ello.

—Respecto a eso, ¿cómo rayos pudo hacerlo? —Preguntó el inspector—. Es algo que me está carcomiendo por dentro.

—O es más listo que el hambre o quizás sabía de antemano dónde iban a estar y cómo pillarles desprevenidos. —Recapacitó el subinspector Olcina.

—Eso amplía el abanico de sospechosos a los hombres del coronel y a los empleados de la embajada. Estos últimos también tuvieron acceso a esa información.

Martin se removió inquieto en su sillón, algo rondaba por su cabeza. Un pensamiento difuso, fugaz, cruzó su cabeza a la velocidad que solo los pensamientos pueden alcanzar. Entonces, el inspector se incorporó en su sillón, golpeando enérgicamente la mesa con la palma de su mano.

—Bien, todo esto es un comienzo. Busquemos entre los miembros de la comitiva científica a alguien que pueda tener un asunto pendiente con las víctimas, que haya trabajado con ambas y, sobre todo, que haya sufrido un accidente en su mano izquierda.

—Inspector, quisiera añadir que si el sospechoso ha perdido su propia mano, es muy probable que lleve una prótesis. —Martin hizo una pausa, reflexivo—. Dos víctimas en menos de una semana, es un indicio de compulsión que sugiere que volverá a matar muy pronto.

—Entonces, no perdamos más el tiempo.

Martin se quedó un instante de pie, remoloneando, tratando en vano de recuperar aquello que se le había pasado por la cabeza. Pero, se había esfumado. Entonces, el inspector Paniagua le llamó por su nombre.

—Agente Cordero, si tiene un minuto.

Paniagua aguardó a que los otros abandonaran la sala y dijo:

—Los gerifaltes piensan que es usted una especie de gurú de los asesinos en serie.

Martin no dijo nada pero dibujó un ademán con la mano como no dándole importancia al comentario.

—Lo cierto es que no me importa si lo es o simplemente es un gurú de lamer el culo a la persona adecuada, pero si hay algo de cierto en lo que dicen, ayúdeme a atrapar a este monstruo. —Hizo una pausa, apretaba los puños con tanta fuerza que

tenía los nudillos completamente blancos—. No más muertes. ¿Está de acuerdo?

Y Martin solo pudo que asentir. Aunque en su interior sabía que todo eso del gurú y la especialización en crímenes seriadados no era nada más que sandeces para embellecer las noticias de los periódicos; al final del día, la labor de cualquier especialista en perfiles criminales consistía en tratar con montones de papeleo, ordenadores y esperar a que el asesino cometiese un error que condujese hasta su identificación. Después de eso, los que se divertían de veras, eran los chicos de las unidades especiales que se encargaban de la detención. Para entonces, lo más probable es que Martin ya estuviese hasta las cejas con la investigación de otro asesino más.

Alba Torres se despertó con un terrible dolor de cabeza producido, sin duda, por la terrible tensión emocional con la que había convivido los últimos días. La jaqueca casi parecía una resaca de las buenas si no fuera porque nada de alcohol había entrado en su cuerpo el día anterior. Aunque era completamente cierto que no recordaba nada del día anterior.

Se quedó tumbada durante un largo rato, mientras sentía la habitación girar locamente a su alrededor. Desde la muerte de su hermano no había sido la misma y su cabeza era una olla a presión que amenazaba con estallar de un instante a otro.

Se esforzó por recordar, Por traer a su memoria aunque fuera un leve retazo de lo que fuera que hizo ayer y, poco a poco, su cabeza fue dibujando una imagen vaga que no terminó de concretar. Abrió los ojos muy despacio, tanteando el universo a su alrededor, dispuesta a volver a cerrarlos al menor indicio de que la habitación comenzase su danza de giróvago.

Nada.

A su alrededor, solo había oscuridad.

Y eso era bueno.

Sentía el lecho húmedo bajo su cuerpo y el aire denso e irrespirable debido al calor que emanaba desde las paredes. Gruesas gotas de sudor descendían por sus sienes, empapando la almohada. Suponía que la ventana debía de tener bajada completamente la persiana y por eso no permitía el paso de aire fresco y todo estaba tan a oscuras. Lo cual era muy extraño. Alba siempre solía dormir, incluso en invierno, con un resquicio de la ventana abierto y las persianas a media altura, para que la claridad de la mañana la ayudase a despertar. Quizás el día anterior la bajó para poder dormir más tiempo. Sí, eso era lo más probable.

Permaneció tumbada un rato más, mientras su cuerpo y su cabeza se acomodaban al estado de vigilia y se decía una y otra vez que el inspector sería capaz de atrapar al asesino de su hermano. Tenía que creer en ello, principalmente, porque pensaba que el inspector era muy capaz de hacerlo y además porque si se lo creía de veras, entonces tendría que ser verdad, ¿no?

Poco a poco la oscuridad dio paso a una débil claridad cuando sus ojos se acostumbraron lo suficiente y se dijo que era el momento de levantarse, abrir la ventana y dejar entrar un poco de aire fresco en la habitación. Trató de mover los brazos para elevarse a una posición sentada pero algo se lo impidió. Un seco

chasquido metálico ascendió desde sus muñecas. Su mente confusa no parecía dar con la explicación a su inmovilidad. Instintivamente, se llevó una mano a la cara para apartarse las legañas del sueño y descubrió que le era imposible. Un agudo dolor se extendió por su brazo cuando la dura superficie de metal mordió la piel de su muñeca.

Incorporándose sobre los codos, observó con horror que estaba esposada a la cama. En una fracción de segundo, las pupilas de sus ojos se dilataron hasta alcanzar el tamaño de una moneda de céntimo de euro y el terror se apoderó de ella.

*¿Dónde estoy?*

Aquella no era su habitación, no estaba en su casa, no había llegado anoche a su hogar, ni se había acostado para descansar.

Todo aquello era una locura...

Era surrealista.

Pensó en ese tipo de secuestros en el que los criminales te retenían unas horas para poder robarte a placer el dinero de las tarjetas de crédito, tan populares en su propio país. Pero no se podía imaginar quién era tan estúpido como para pensar que ella tenía mucho dinero.

Se escuchaba a sí misma respirar entrecortadamente y el calor la abrazó con más intensidad, como si estuviese en el interior de un horno microondas y alguien le hubiese dado al botón de encendido. Estaba empezando a caer en estado de shock y sabía que, una vez que su mente cediera a su paso, ya no habría vuelta atrás. Entonces, le llegó un momento de lucidez extraordinaria y, por un segundo, recordó los acontecimientos del día anterior y comprendió horrorizada quién la había secuestrado.

Un grito terrorífico brotó del interior de su garganta pero fue incapaz de articular sonido alguno. Tenía la boca tapada con una tira de cinta americana. Intentó mover las piernas y las notó también firmemente sujetas.

Aguzó el oído. Oyó o creyó oír voces apagadas. ¡Había alguien al otro lado de la pared! Permaneció unos segundos tratando de calmarse, intentando poner en orden sus pensamientos. Necesitaba hacer algún tipo de ruido para que quien estuviera al otro lado de la pared pudiera oírla y rescatarla. Pero ¿y si se trataba del asesino? Tendría que correr el riesgo. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero fue en vano. No podía moverse, no podía hablar.

El tiempo pasó.

Nadie vino.

En su encierro, la oscuridad era total, así que hizo lo único que podía hacer. Esperar y desear estar muerta.

A diferencia de muchos otros edificios consulares en Madrid, la embajada de la República Islámica de Irán no se encontraba tras la fachada de un lujoso palacete del siglo XIX, ni tampoco una anodina oficina en un bloque de casas de renta antigua del barrio de Salamanca.

A los ojos de Arturo Paniagua, el chalé era tan terriblemente ordinario como lujurioso era el jardín que lo rodeaba. El inspector pensaba que todo el conjunto parecía un poco fuera de lugar, como si alguien hubiese utilizado bombillas de bajo consumo en las lámparas de las Reales Fábricas del Palacio Real. Le había dicho a Martín Cordero que trataría de convencer al embajador Lakhani para que le facilitase una reunión con el coronel Golshiri y se había sorprendido cuando el diplomático había accedido a verle y a considerar el asunto.

Por dentro, la embajada estaba decorada con toda clase de motivos islámicos y retratos interminables de Ayatolás de mirada adusta y voluminosas barbas, demasiado remirados para el gusto de Paniagua. El guardia armado que les había recibido en la puerta, les condujo hasta el despacho del embajador, cuyo rasgo característico era una exuberante mesa de madera de cedro rojo situada en un extremo de la habitación, bajo una hilera de delicados tapices persas. Todo lo demás estaba decorado al gusto de Oriente Medio, y los retratos del presidente Hasán Rouhaní y del Ayatolá Alí Hoseiní Jameneí, el líder supremo se cernían sobre todo el conjunto, colgados de una pared. Frente a la mesa, había sendos sillones de estilo colonial inglés. El subinspector Olcina dejó escapar un silbido de aprobación y se ganó la mirada reprobatoria de su jefe.

—El señor embajador no tardará en atenderles. —Les informó el guardia antes de desaparecer por la puerta.

Instantes después hacía su aparición el embajador Lakhani.

—Caballeros siéntense, por favor.

Paniagua hizo una mueca incómoda cuando el sillón de aspecto caro crujió bajo su peso.

—Bien, ¿puedo ofrecerles un poco de té o algún otro refresco?

En el tono del embajador parecía haber un cierto desdén condescendiente que irritó al inspector.

—No, gracias. —Replicó, cambiando el peso de una nalga a la otra.

—Permítame que le diga, inspector que he leído todo sobre usted y su trabajo en

la Brigada Especial de Homicidios Violentos. Muy impresionante. —Dijo el diplomático, aunque no parecía nada impresionado—. Dígame, ¿qué puedo hacer por ustedes?

Arturo Paniagua parpadeó, impaciente.

—Como sabe la BEHV se encuentra a cargo del esclarecimiento de dos homicidios que atañen a sendos ciudadanos de su país. —Dijo con una sonrisa arisca. Como el embajador permaneció impasible, prosiguió—: Durante el curso de nuestra investigación hemos establecido una relación pasada entre su jefe de seguridad, el coronel Sadeq Golshiri y las dos víctimas.

El embajador asintió en silencio.

—Evidentemente, para poder avanzar en las pesquisas, necesitamos hablar con el coronel sobre ello, embajador. He pensado que quizás usted pueda ayudarnos en ese sentido.

El diplomático carraspeó con nerviosismo.

—Bueno, dígame que necesitan saber, quizás yo pueda satisfacer su curiosidad.

Paniagua le interrumpió echándose hacia delante en su silla, la cual soltó un lastimero crujido.

—Con todos los respetos, embajador, el único que puede explicar su relación con el profesor Mesbahi y la doctora Farhadi es el propio coronel.

—Si usted lo dice. —Sus labios se tensaron—. Pero deben saber que no poseo ningún tipo de influencia sobre el coronel, puesto que no es un empleado mío sino de los Cuerpos de la Guardia Revolucionaria Islámica y que se encuentran en su país por un trabajo encomendado por el Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional, así que no veo cómo puedo serles de ninguna ayuda.

El inspector se removió en su sillón, echándose ostentosamente hacia delante, con el sobrepeso acomodado en la parte delantera del mueble. La madera crujió quedamente haciendo regresar la mueca al rostro de Paniagua, pero esta vez casi de satisfacción.

—No me interesa lo más mínimo para quién trabaja el coronel. Estoy interesado en conocer qué es lo que tiene que decir sobre los asesinatos, no en escuchar más sandeces burocráticas.

El embajador Lakhani se arrellanó en su sillón, una indescifrable expresión asomó a sus ojos, parecía considerar qué es lo que iba a decir a continuación. Finalmente, respondió con voz suave:

—Inspector, en mi país esas no son maneras de pedir ayuda a nadie; sin embargo, he de confesar que el coronel Golshiri tampoco es una persona de mi agrado y su actuación en el mantenimiento de la seguridad de nuestros más prestigiosos científicos está dejando mucho que desear.

—Siendo ese el caso, ¿por qué no le pide al coronel que hable con nosotros? —Inquirió el inspector.

El embajador inspiró hondo y soltó el aire muy despacio.



—Porque, como ya les he explicado, no poseo ningún poder jerárquico sobre el coronel. —Repitió—. Sadeq Golshiri está a las órdenes del IRGC y son ellos quienes dictan su agenda y juzgan sus acciones.

Hizo una pausa y juntó ambas manos frente a su rostro.

—Saben inspectores, mucha gente desconoce que mi país es uno de los más activos en la investigación y el desarrollo científicos, tanto de Oriente Próximo como fuera de él. La mera pérdida de dos de nuestros científicos más prominentes es una desgracia incalculable.

El inspector pestañeó rápidamente ante el cambio de conversación pero no se dejó impresionar. No creía en absoluto en la honestidad del diplomático; al fin y al cabo, no era más que otro lobo político disfrazado de sumiso cordero funcionario. Como el propio inspector jefe Rafael Beltrán. Maliciosamente, Paniagua pensó que aquellos dos se entenderían a la perfección encerrados en la misma jaula.

—Estoy seguro, además, de la existencia de... ¿cómo lo diría?... terceras partes que estarían encantados de echarle la mano a uno de nuestros investigadores del Programa Nacional Científico. —Prosiguió, bajando el tono de su voz.

—Embajador Lakhani, me importa un bledo su programa científico, ni se nada de él, pero de lo que sí estoy convencido es de que el coronel sospecha de la identidad del asesino, o al menos, conoce sus motivos. El hecho de dificultar que podamos preguntarle al respecto, le convierte indirectamente en su cómplice. —Le espetó Paniagua.

Sayd Lakhani clavó sus ojos inescrutables en el inspector.

—Déjeme advertirle que no tengo por costumbre responder amablemente a las amenazas.

—No estoy aquí para amenazarle, embajador, estoy aquí para comprobar si podemos trabajar juntos y sacar a un asesino de mis calles. —Respondió, Paniagua—. Sin la ayuda de mi brigada, me temo que está usted al borde del fuera de juego.

El diplomático dejó escapar una risita sardónica.

—Por mucho que aprecie su metáfora deportiva, nada de lo que pueda decirme cambia las cosas. —Replicó—. Le aseguro inspector que ni mi embajada, ni las personas para las que trabaja el coronel, se van a quedar cruzados de brazos esperando que ese demente atente de nuevo contra la vida de un ciudadano de la República Islámica de Irán.

—Ambos queremos lo mismo. Su enemigo es nuestro enemigo en este caso, por esto mismo deberíamos colaborar juntos para detenerlo.

—¿Y luego, qué? ¿Un juicio justo? ¿Darle la oportunidad de que le cuente al mundo los secretos de nuestro Programa Nacional Científico? —Se burló el embajador—. No, inspector, le aseguro que mi país tiene en mente una solución más... expeditiva.

El inspector Paniagua se irguió.

—Embajador, voy a encontrar a este asesino y cuando lo haga voy a asegurarme

de encerrarlo en la prisión más recóndita de España. Y haré lo mismo con el coronel o quien sea que se interponga en mi camino.

—Debe ser muy gratificante tener pensamientos tan cándidos, pero le aseguro...

—¿Conoce usted la relación que existe entre el coronel y los científicos asesinados?

—No tengo ni idea.

—¿Sabe dónde está el coronel Golshiri?

—De nuevo, ni idea.

—Ayúdenos a hablar con él y nosotros le ayudaremos a no perder un solo científico más.

El embajador Lakhani pareció recapacitar durante unos segundos. Finalmente, contestó.

—No tengo nada que decir. No hay nada que yo pueda hacer.

El inspector ni siquiera parpadeó, pero mostró sus dientes de fumador en una mueca despectiva.

—Como prefiera. —Dijo—. Una última pregunta: ¿a usted le importa realmente la vida de sus científicos?

—Para mí es lo único que importa.

Y a Arturo Paniagua no le cupo ninguna duda de que el hombre mentía por los cuatro costados.

Cuando salieron de la embajada y ya daban la jornada por concluida, Paniagua y Olcina se dirigieron directamente al domicilio del inspector. No había mucho más que pudieran hacer y ambos necesitaban unas cuantas horas de descanso.

El Renault Megane conducido por el subinspector lidiaba con el tráfico mientras este se concentraba excesivamente en lo que tenía frente a su nariz.

—¿Cuándo va a hablarme de ese ligue suyo?

Raúl Olcina no contestó inmediatamente, pisó a fondo el acelerador y sorteó a un motorista que estaba circulando entre los coches de manera temeraria.

—Deberían retirar el carné a todos los idiotas que conducen de esa manera. — Gruñó—. Un día me voy a hacer instalar unas puñeteras barras en los laterales del coche para mandar a todos los motoristas que circulen entre el tráfico a la puta cuneta.

Paniagua esperó paciente. Al cabo de unos segundos, el subinspector contestó a su pregunta.

—¿Qué quiere que le diga, jefe? La chica me gusta, me hace olvidar la mierda con la que nos encontramos a diario.

—No se exalte, Olcina, me tiene sin cuidado su vida privada, pero no puedo obviar el hecho de que le notó cada vez menos centrado en lo que hace.

—Ahí está el problema.

—¿Qué problema?

—Para usted el trabajo parece ser lo único que es importante y Neme me ha enseñado que hay otras cosas. El trabajo es solo trabajo, No deberíamos permitir que definiese nuestras vidas.

—Quizá sí, quizá no. —Concedió Paniagua, ceñudo—. Pero le necesito al ciento por ciento en el caso. Y no osemos olvidarnos de El Ángel Exterminador, estamos en un punto muerto con esa investigación y no creo que dure demasiado la mano ancha del Jefe Beltrán. Si no obtenemos resultados pronto, nos lo quitará de las manos y se lo dará a los de Homicidios para que lo entierren con todos los demás casos sin resolver que acumulan.

Hizo una significativa pausa y prosiguió:

—Hay demasiadas vidas humanas en juego, Olcina. No podemos permitirnos el lujo de estar pensando en temas de faldas.

—Vale. Ya le avisaré cuando me suceda, jefe.

Se produjo un silencio entre ambos que se prolongó hasta que llegaron a la casa del inspector. Este había dedicado todo ese tiempo a preguntarse si realmente el trabajo le había absorbido tanto como para que dirigiese su vida, como había dicho el subinspector, y llegó a la conclusión de que probablemente así había sucedido. Pero el problema no era el trabajo sino su propia desconexión con las cosas que pasaban a su alrededor. Con la excepción de su afición por la música de jazz existían pocas cosas en la vida que le brindasen cualquier tipo de emoción. Estaba congelado por dentro. Pero él fingía que no se daba cuenta. Su mente rechazaba esa realidad aunque su corazón le dijera todos los días que así sucedía.

La verdad era que el trabajo parecía ser lo único que suscitaba su interés y alentaba sus emociones. No tanto porque cada investigación se convertía en un duelo de intelectos entre él y los criminales a los que perseguía, como por el hecho de hallar justicia para aquellos que habían sido cruelmente asesinados. Aunque quizás lo que verdaderamente pasaba era que se ocultaba tras sus casos para seguir negándose a reconocer su problema. No lo sabía.

Se sintió repentinamente exhausto.

Cuando cruzó el umbral, la casa estaba vacía, ausente de todo vestigio de vida. Recordaba vagamente que Consuelo había comentado el día anterior algo acerca de ir a visitar a su hermana, pero no tenía ni idea de dónde podía estar su hija a esas horas de la noche. Frunciendo el ceño se dirigió a la cocina, tenía grabado un partido de fútbol de la Liga de Campeones europea que se había disputado la semana anterior y, desde entonces, tenía intención de verlo. Se preparó un sencillo sándwich de jamón, tomate y lechuga, se abrió una cerveza y encendió el grabador.

Al cabo de un rato, escuchó el ruido de la puerta. El partido ya estaba bien entrado en la segunda parte y su equipo le llevaba una cómoda ventaja de dos goles al rival. De algún modo, eso lejos de provocarle placer había convertido el encuentro en un puro aburrimiento, un monólogo de juego del mismo equipo, y estaba perdiendo el interés.

—¿Dónde está Gabriela? —Preguntó cuando su mujer se acercó para saludarle con un beso en la mejilla.

Ella fingió sorpresa, por su gesto parecía que hubiese sentido un regusto amargo en la boca.

—¿No está en su cuarto? No me dijo que fuera a salir.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me estás diciendo la verdad? —Le reprendió.

Consuelo estalló en cólera. Una cólera fría, comedida, de las peores. Sin levantar la voz, con el mismo tono con el que hubiera acusado a un camarero de servirle un plato equivocado, contestó:

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a tratarme como si fuera uno de tus sospechosos?

Sus ojos estaban encendidos.

—No pretendía... —Trató de justificarse el inspector.

—¿Qué? ¿No pretendías qué? ¿Poner en duda mi manera de cuidar a la niña? ¿Acusarme veladamente de que no me preocupo de nuestra hija adolescente?

—No es eso, como siempre estás sacando todo de quicio.

Consuelo le ignoró y continuó con su discurso, el mismo de siempre. Una vez que comenzaba resultaba imposible desviarla de su rutina habitual.

—La mayor parte del tiempo estás fuera de casa, investigando uno de tus crímenes, atrapando a otro asesino. Te has perdido los últimos cumpleaños de Gabi, las vacaciones del pasado verano, su viaje de fin de curso... Y todavía tienes la desfachatez de acusarme a mí de algo.

Paniagua comenzó a sentir el enojo apoderarse de su cuerpo.

—¿Lo ves? A eso me refiero. Solo he preguntado por nuestra hija y tú has explotado como un petardo en San Isidro.

Consuelo le lanzó una mirada resentida. Sus discusiones siempre terminaban igual, más de lo mismo. A ojos de la mujer, Paniagua siempre estaba demasiado ocupado con su trabajo, demasiado distraído con atrapar delincuentes, como para prestarle la debida atención a su familia.

—Estás exagerando un poquito, ¿no? No te das cuenta pero siempre haces la misma cosa.

—¿A qué cosa te refieres? —Quiso saber el inspector, aunque ya conocía la respuesta a esa pregunta. La sensación de *déjà vu* era irritante.

—Cada vez que saco a relucir tu distanciamiento, terminas por no reconocerlo y me acusas de que todo está en mi cabeza. —Respondió Consuelo con amargura—. Como si yo fuese una especie de neurótica o algo parecido, cuando la realidad es muy diferente.

El inspector dejó escapar un prolongado suspiro malhumorado, necesitaba templar los ánimos o no llegarían a ninguna parte. Como siempre.

—Entonces, ¿sabes o no dónde está Gabriela? —Hizo una mueca involuntaria, la pregunta había sonado más como un ultimátum que como un cambio de tema para desactivar la discusión. Lo intentó de nuevo—: Mira, son más de las diez de la noche y estoy preocupado. Nada más.

Pero ella se mantuvo en silencio, obstinada, con la cabeza apuntando hacia el suelo.

—Consuelo, ¿por qué no...? —Insistió irritado.

Entonces ella levantó la vista hacia él y vio que estaba llorando. Paniagua abrió la boca para apaciguarla cuando el timbre de su teléfono móvil retumbó en el silencio de su sala de estar. El inspector carraspeó unos segundos antes de contestar.

—¿Dígame?

—Inspector Paniagua, le llamo desde el Hospital Niño Jesús, soy el agente Jesús Delgado de la policía municipal.

A Paniagua le dio un vuelco el corazón. *Oh, no. No, no, no, no.*

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué me llama a estas horas?

—Es una llamada de cortesía, inspector. Se trata de su hija. Gabriela Paniagua. —Respondió el agente al otro lado de la línea, con voz grave, silabeando el nombre como si Paniagua no supiera cómo se llamaba su propia hija—. Esta noche, a eso de las veintiuna cero cero según el parte de alta hospitalaria, fue ingresada por una sobredosis de sustancias estupefacientes...

—¿Cómo dice? ¡Tiene que ser un error! —Gritó el inspector, interrumpiéndole.

—Lo siento, señor. No hay ningún error, su hija ha sido identificada positivamente. No hemos contactado a los familiares más rápidamente porque hasta hace escasos minutos no hemos podido hablar con ella. Estaba... eeer... —El agente vaciló levemente, antes de seguir—, ...sufriendo una intervención de urgencia.

El inspector se quedó unos instantes inmóvil, aturdido, tratando de digerir lo que estaba escuchando. La mano que agarraba el teléfono temblaba ligeramente y trató de controlarse. A su lado, su mujer trataba de decirle algo, pero era incapaz de entenderlo.

—¿Qué clase de intervención?

—Su hija se encuentra bien y esta fuera de todo peligro pero debería venir al hospital, señor. —El agente ignoró, incómodo, la pregunta—. Y traigan algo de ropa y aseo para la joven porque los médicos me han informado de que pasará esta noche en observación.

—Salgo para allá inmediatamente.

Y colgó.

—¿Qué pasa, Arturo? —Preguntó Consuelo, alarmada, sus lágrimas se habían evaporado y dejaban paso a algo mucho peor: el miedo—. ¿Se trata de la niña? ¿Qué le ha pasado a mi Gabi?

—Gabriela... —musitó.

Paniagua no pudo detener los espasmos por más tiempo. Dejó que la adrenalina sacudiera su cuerpo mientras Consuelo le miraba fijamente, conteniendo el aliento, aguardando a que se calmase lo suficiente para poder explicarse. El pánico amenazaba con apoderarse de ella de un momento a otro. El inspector se secó las lágrimas y respiró profundamente.

—La niña... —Volvió a intentarlo—. Gabriela está en el hospital, ha sido ingresada por consumo de drogas. Está bien, fuera de peligro, pero pasará la noche en una unidad de vigilancia.

Consuelo le miraba con esa expresión anonadada que tienen algunas víctimas de tráfico inmediatamente después de ver el estado en el que ha quedado su vehículo, como si no creyeran realmente que pudieran seguir con vida. Estaba paralizada.

—Necesitamos meter algunas cosas en una bolsa y salir para el hospital. —La apremió con suavidad.

—¿Cómo...? ¿Qué ha pasado?

—¡Consuelo! Eso no es importante ahora. Busca en su cuarto y mete en la bolsa

de viaje algo de ropa, una muda, productos de aseo. Lo necesario para que pase esta noche de la manera más cómoda posible.

Ella asintió, saliendo lentamente de su estupor.

El inspector se quedó muy quieto en medio de la sala de estar. El rítmico sonido de su corazón atronaba en sus oídos con la intensidad de los pistones de un motor V12 y se obligó a sí mismo a calmarse. No iba a ser de gran ayuda si le daba un síncope cardíaco o algo parecido. Cinco minutos después, estaban en camino a bordo de un taxi cuyo conductor le gritaba sin parar a la tertulia política que estaba escuchando por la emisora de radio.

—Es una vergüenza lo que está sucediendo en este país. Un puto chiste eso es lo que son nuestros políticos, todos corruptos y mangantes. ¿No les parece?

El inspector Paniagua meneó la cabeza tristemente. Solo podía pensar en su hija.

El comienzo de la pesadilla llegó con un sobresalto, como cuando uno se sumerge de improviso en una laguna de agua helada y siente cómo el aliento le es arrebatado de los pulmones. Sin embargo, Martin Cordero no sintió para nada el abrazo gélido de un manantial de montaña sino el terrible calor de las explanadas del infierno.

—Oh, Dios, no por favor. —Susurró en sueños.

De improviso, escuchó gritos por todas partes. Intentó taparse los oídos con las manos pero no le respondieron. Por un momento creyó que aquellos horribles alaridos no eran producidos por gargantas humanas, creyó firmemente que se encontraba en el Infierno. Pero se equivocaba, algo en su interior le decía que pertenecían a los miembros de la unidad táctica del HRT. No podía verlos porque tenía los ojos completamente cerrados, el calor de las llamas había fundido sus pestañas y era incapaz de abrir los párpados. Era mejor así. Como dice la canción: «El fuego es el único amigo del Diablo<sup>[25]</sup>».

El maremágnun de gritos era insoportable, como un chirriante sonido de cuchillas de sierra debastando los huesos de cadáveres y, entonces, aumentó y se hizo peor. Bajó la mirada y contempló la sangre que se deslizaba por su mano. Notó la leve calidez del rojo fluido en la piel de su muñeca, notó su densidad en las mismas venas que recorrían su cuerpo. Se quedó mirando hasta que estuvo seguro de que no era real, porque si la sangre no era real, si la herida en su vientre no era real, entonces eso significaba que tampoco Gareth Jacobs Saunders era real.

Pero nada ocurrió.

La pesadilla continuaba.

Y estaba aterrado. Tenía motivos para estarlo. Todo en lo que podía pensar en esos momentos era en que la danza de muerte que había mantenido con El Artista continuaba y en cuánto deseaba verlo muerto. El Artista era por méritos propios el más peligroso de todos los monstruos con los que se había enfrentado. La atrocidad de sus crímenes dejaba tras de sí una huella imposible de olvidar. Martin hubiera deseado no haberse cruzado nunca con él y, sin embargo, estaba a punto de convertirse en una más de sus obras de arte.

—No, no, no. Haz que pare. ¡Dios mío, haz que se detenga! —Imploraba, pero no había nadie para escuchar sus ruegos.

Entonces, una temible ira se adueñó de su interior, ardiente como una estrella



solar, porque sentía que estaba muriendo sin luchar. Y él siempre había luchado en su vida. Aunque tan pronto como permitió que la ira creciese en su interior, una inmensa desolación se apoderó de todo su ser, contrarrestando las energías recién renovadas. No había nada que pudiera hacer. De repente, su pecho ardió desde dentro, tan caliente estaba el aire que respiraba. La presión en sus pulmones era demoledora y sus oídos atronaban con los latidos acelerados de su corazón. Su cerebro fue engullido en la llamas y sintió literalmente cómo se encogía en el interior de su cabeza...

Y se despertó.

Tenía las ropas completamente empapadas de sudor. El reloj digital de la mesilla de noche marcaba las tres de la madrugada. Cambiándose rápidamente, decidió subir a la terraza a fumar un cigarrillo para calmar los nervios.

Era una noche de mayo tranquila. Ni siquiera el eventual ulular de las ambulancias que solían percutir las noches madrileñas se hacían notar y el sonido del escaso tráfico de la calle San Bernardo se oía más apagado que de costumbre. Tampoco había rastro del alboroto habitual de los grupos de jóvenes, con sus vasos de plástico en las manos repletos hasta los bordes de espumeante cerveza, llamándose a gritos, riéndose y, en general, haciendo ruido.

Le dio una profunda calada a su cigarrillo *light* y dejó escapar el humo azulado con un prolongado suspiro. No pudo evitar pensar en el mal sueño. Sus efectos perduraban en la boca de su estómago como una úlcera. Todavía tenía grabado el miedo en la cara. La cicatriz le volvía a dar problemas y no dejaba de acariciársela compulsivamente con las yemas de los dedos.

Su mente vagó hacia el pasado. Le había dicho a Diane que la llamaría, le había dicho que repetirían aquel viaje a las montañas del Parque Nacional de Arcadia que tanto le gustaba y le había mentido. Ella había esperado con ansia su llamada, las ropas de viaje que había escogido con esmero expuestas encima de la cama, indecisa si llevar los *shorts* que había comprado para la ocasión pero que resultaban un poco indecentes o si llevar una prenda más conservadora. Se suponía que aquel viaje iba a ser especial. Diane había esperado su llamada, decepcionada.

Pero Martin nunca llamó.

El timbre del teléfono móvil le sacó de su ensimismamiento. Se trataba de una desviación de llamada del terminal de su domicilio y no podía saber de quién se trataba. Pensando que estaría relacionado con la investigación, bajó el tramo de escaleras que le separaba de su apartamento con celeridad y justo cuando cruzaba el umbral, el teléfono volvió a sonar. Martin aparcó el dolor que emanaba de su ingle en el rincón más profundo de su mente y buscó la extensión portátil. Al otro lado de la línea se encontraba su antiguo compañero en el FBI, Peter Berg. Martin pudo imaginárselo ocupando casi todo el espacio con su voluminoso cuerpo repleto de músculos de color dorado.

—¿No vas a saludar a un viejo camarada de aventuras? —Se limitó a decir el

californiano, a modo de saludo.

—Peter... —Martin no pudo ocultar su sorpresa.

Peter Berg era un fornido hombretón que solía llevar el cabello recogido en una larguísima trenza y su cuadrada mandíbula estaba cubierta de una poblada barba rapada a cepillo. Su aspecto, en general, no podía ser más impresionante, teniendo en cuenta que sobrepasaba el metro ochenta de estatura. Cuando no estaba de servicio siempre vestía una inmensa cazadora de cuero decorada con el logo de los Ángeles del Infierno, la infame banda de motoristas fundada en los años cuarenta, y que actualmente pasaba por ser un club de apasionados de las Harley Davidson... Abogados, cirujanos y otros exitosos hombres de negocios que se juntaban los fines de semana para quemar el estrés o el aburrimiento de su vida cotidiana.

La historia de Peter Berg con la banda era muy distinta y había obtenido su cazadora cuando se había infiltrado en la organización de los Ángeles del Infierno para determinar si realmente realizaban actividades delictivas, como tráfico de drogas o tráfico de objetos robados según sospechaba el Departamento de Justicia. Peter Berg acabó desmantelando una pequeña organización clandestina que, amparada bajo uno de los capítulos de los Ángeles del Infierno en Oakland, se dedicaba a la extorsión y al tráfico de mujeres. Junto a eso, además, desarrolló un profundo amor hacia las Harleys. Bajo la famosa calavera alada se podía leer el emblema de la banda: «Cuando hacemos bien, nadie recuerda. Cuando hacemos mal, nadie olvida».

—Tío, no deberías cerrarte al mundo o perderás ese bonito moreno de tu cara de pijo. —Dijo Peter.

—¿Quién dice que lo haga?

—No sé cómo llamas tú a dejar tu trabajo y viajar más de cinco mil kilómetros para encerrarte en un apartamento a escribir una novela. —Replicó Peter.

—No es una novela y a todo ello lo llamo cambiar de profesión.

—No cueles, colega. En mi libro eso se llama huir con el rabo entre las piernas.

—Entonces es una suerte que no compartamos los mismos gustos literarios.

Peter Berg no contestó. Martin percibió el distintivo sonido de una botella de cerveza siendo abierta. Mientras escuchaba el silbido gasificado escapando por el gollete, su memoria le llevó a evocar una miríada de gotas de condensación resbalando por el cristal de color ambarino y casi deseó tener una en las manos. Antes de volver a hablar, el contenido de la cerveza había desaparecido por la garganta de su excompañero. Peter podía beber botella tras botella de Miller como si fuera agua.

—Madrid... Es una bonita ciudad. —Dijo como si tal cosa, amagando un eructo—. Y las españolas no están nada mal. Sofisticadas, aunque un poco delgaduchas para mi gusto. —Martin ya estaba acostumbrado a los cambios repentinos de conversación de su amigo y no se dejó engañar.

—¿Qué es lo que quieres Peter? ¿A qué se debe la llamada?

—¿No te basta con saber que estaba preocupado por ti?

—Peter, por favor...

Martin pudo escuchar cómo su amigo dejaba escapar un sonoro suspiro de resignación.

—Mi viejo compañero de fechorías llama al laboratorio del FBI para solicitar un análisis de ADN que la propia policía científica española hubiera obtenido en un abrir y cerrar de ojos, y todavía te preguntas por qué decido gastarme el sueldo del mes en una teleconferencia de mierda. —El tono de voz de Peter era serio, sin un ápice de socarronería—. Imagina mi sorpresa cuando me entero de que mi retirado colega se encuentra colaborando con la policía española en la investigación de un asesinato.

—Asesinatos. —Corrigió, Martin.

—¿Asesinatos? —Peter repitió, dejando de lado sus mofas—. ¿Quién más la ha palmado?

—Hace un par de días otro miembro de la comitiva científica iraní apareció muerto. Una doctora, en este caso. Mismo modus operandi, misma firma.

—¡No me jodas, tío! Entonces estoy seguro de que te interesará lo que voy a decir a continuación. Una vez que me enteré de que habías hablado con Nathan Cooke, pregunté a los chicos de la Unidad de ADN Nuclear (NDNAU) en Quantico y me contaron sobre la jodienda de tu muestra. ¿Es verdad que coincidían los perfiles aun cuando la mano fue amputada un día más tarde?

—Sí. Me temo que «jodienda» es el adjetivo perfecto.

—¿Y ese cabrón lo ha conseguido hacer una vez más? —Preguntó incrédulo—. ¿Cómo te lo explicas?

—Esa es la cosa, Peter, que no me lo explico. Nadie parece tener una respuesta; al menos, todavía.

—Bueno, parece que tienes a un hijo puta muy listo haciendo de las suyas por allá.

Un matiz diferente en el tono de Peter despertó algo en Martin.

—¿Has estado investigando por tu cuenta? —Preguntó—. ¿Qué has descubierto?

Un prolongado silencio se adueñó de la comunicación y Martin supuso que el gigantón estaba atacando su segunda cerveza. Finalmente, Peter Berg dijo:

—Bueno, cuando me enteré de los detalles del caso, inmediatamente me picó la curiosidad. Te lo puedes imaginar, ¿no?

—Peter... —Insistió Martin.

—¿Sabes algo tío? Estaba seguro de que alguien como tú no iba a estar mucho tiempo fuera de la circulación.

—¿Alguien como yo? —Demasiado tarde, Martin se dio cuenta de que había caído en la trampa tendida por Peter. Apretó los dientes mientras aguardaba que el reproche hiciese su aparición en la conversación.

No se hizo esperar.

—Eres un cazador, Martin. —Rugió Peter—. Quizás ahora no quieras reconocerlo, pero te pone cachondo atrapar a esos animales. Eres como yo, las atrocidades cometidas por los cabrones que perseguimos te enfurecen y sientes la

necesidad imperiosa de detenerlos. No puedes luchar contra tu propia naturaleza.

—Te equivocas, Peter. Ya no estoy seguro de que pueda enfurecerme nunca más. ¡Ya no estoy seguro de que pueda sentir nada! Saunders, antes de irse al otro barrio, no solo me dejó de regalo una hoja de machete en las tripas sino que me metió el miedo en el cuerpo.

—Siempre has sido un poco raro, colega. —Concedió su amigo—. Todo el tiempo liado con esas monsergas psicológicas y rodeado de informes y fotos de escenas del crimen. Pero te conozco como si te hubiera parido. ¡A mí no me la pegas! —La voz de Peter empezaba a acalorarse y sus palabras centelleaban desde el otro lado de la línea telefónica—. Ese rollo del miedo, lo hemos sentido todos en algún momento. En tu caso, ha sido uno de los peores asesinos de los últimos tiempos. En el de otros, la bala de un jamaicano puesto hasta las cejas de PCP<sup>[26]</sup>. Pero al final todos sienten la misma incertidumbre, el mismo temor a volver a la acción.

Peter Berg hizo una pausa.

—Lo que quiero decir es que no importa una mierda si tienes miedo de regresar. Tener miedo es bueno, es... sano. —Prosiguió más calmado—. Lo que importa es que puedas sobreponerte a tu miedo y no permitir que dicte tu vida.

Martin no podía discutirle eso.

—Eso es muy fácil decirlo para alguien que parece un oso Grizzly disfrazado de ser humano. —Barruntó Martin—. Pero para el resto de los mortales, si uno se caga, se caga para siempre.

—En fin, tío, lo que tú digas. —Entonces, Peter Berg dejó escapar una estentórea carcajada—. Bonito negocio tienes montado ahí. Queda claro que siempre haces las cosas a lo grande. Nada de llevar una vida aburrida.

—¿Qué es lo que has descubierto? —Volvió a preguntar Martin. Le irritaba la dirección que estaban tomando los comentarios de su excompañero.

—Me alegro de que lo preguntes porque será mejor que les digas a los pies planos españoles para los que trabajas que tienen entre sus manos a un puto asesino en serie. Y de los escurridizos.

—Se llaman inspectores, garrulo. Y no me jodas más con el tema porque sabes bien que no trabajo para ellos, tan solo les estoy asesorando. Además, si has llamado para decirme que el sospechoso es un asesino en serie, te lo podrías haber ahorrado. Un burofax hubiera sido más que suficiente. —Martin empezaba a cansarse de los juegos del otro—. En serio, o me dices por qué has llamado, o cuelgo inmediatamente.

Peter soltó una risita y contestó:

—Está bien, tío, está bien. No hace falta que te pongas de esa manera. Pero, antes que nada, dime si es cierto eso de que la lluvia en Madrid es una maravilla, me arde la curiosidad. Y, de paso, cómo puedo ayudar a un viejo amigo a encontrar su camino de regreso a casa. —Hizo una pausa, antes de concluir—: ¿Qué me dices a eso?

Martin dejó escapar un sonoro y prologando suspiro.

—Dos cosas. —Contestó—. La primera: Sevilla... La lluvia en Sevilla es una maravilla, te equivocaste de capital española, zopenco. Y segundo, ¿qué has descubierto?

—Sabía que no podía engañarte. No al niño mimado, el *golden boy* del FBI. —Replicó el otro—. De acuerdo, como te decía todo ese asunto del ADN me llamó la atención y todo eso, y entonces decidí poner a trabajar al trasto informático que tengo encima de mi mesa y consultar la base de datos ViCAP<sup>[27]</sup> por si encontraba algún crimen remotamente similar ocurrido en los Estados Unidos y que pudiese arrojar alguna luz sobre tu caso.

Hubo otro silencio en la línea y Martin hubiera podido jurar que había escuchado el inconfundible siseo de otra botella de cerveza que estaba siendo abierta. Una cosa tenía que concederle a su amigo y es que bebía más que un irlandés en época estival.

—Mi primera búsqueda no obtuvo ningún resultado. Ningún crimen con esas características se ha cometido en suelo nacional. —Continuó Peter—. Entonces decidí ampliar la búsqueda fuera de nuestras fronteras. Interpol, UNPOL (Policía de las Naciones Unidas), etc. Y precisamente la Interpol tenía una referencia sobre una serie similar ocurrida en Teherán, el pasado año.

Martin podía sentir una punzada de excitación surcando su espina dorsal como una corriente eléctrica. Su pulso se aceleró y sus venas se inundaron de un torrente de sangre súper oxigenada que puso inmediatamente su cerebro en un estado de máxima alerta.

—Ya sospechábamos que esta no era su primera función, es demasiado organizado como para ser un novato. ¿Cómo de similares son los asesinatos de Teherán?

—De acuerdo con el informe, casi idénticos. Aunque la causa de la muerte en los casos iraníes es polimórfica y cambia de uno a otro. Tengo un traumatismo craneoencefálico severo, un apuñalamiento y, ajá, un disparo en la cabeza. —Explicó Peter—. En cualquier caso, la firma es siempre la misma: la víctima aparecía con la mano izquierda amputada en vida.

—*Ante mórtem*.

—Es lo que he dicho, capullo.

Martin lo dejó correr. Pensó que no merecía la pena perder el tiempo en explicarle a un tarugo como su amigo la diferencia entre una lesión cometida *ante mórtem*, antes de la muerte, o *peri mórtem*, durante el momento de la muerte.

—¿Sabes si también les enviaba las manos amputadas con antelación al asesinato, como advertencia? ¿Comprobó la policía iraní el perfil del ADN? ¿Cómo explicó las coincidencias?

—Lo siento, colega. Esto es más una nota informativa que un informe policial y no menciona nada de lo que dices.

—Peter, ¿tenía la policía iraní algún sospechoso? Un nombre al que podamos agarrarnos.

—No, pero en el informe que me envió la Interpol destacaba un nombre por encima del resto, porque aparecía mencionado en varias ocasiones. Se trataba de un militar... A ver, déjame un segundo... Aquí lo tengo, el tipo se llama Golshiri... Coronel Sadeq Golshiri.

Martin contuvo el aliento y no dijo nada.

—Al parecer, ese coronel estuvo a cargo de los interrogatorios. Se pensó en un principio, incluso, que las muertes fueran asesinatos programados por el Mossad o algo por estilo. Pero la agencia israelí se apresuró a desmentirlo, así que sospecho que el asesino o alguien intentó ocultar el verdadero motivo escenificando los lugares de los crímenes y los métodos para que lo pareciera. —Prosiguió Peter Berg—. Las víctimas parecían estar relacionadas con la comunidad científica iraní.

Una alarma se encendió en la cabeza de Martin y ató cabos.

—Algo leí al respecto en Internet, recuerdo que citaba a dos víctimas, no tres. ¿Menciona el informe algo sobre el SESAME?

—Tío, estás perdiendo la chaveta. ¿Para qué iba a mencionar un informe policial un *show* televisivo para críos?

—¡Mira que eres animal! No me refiero a Barrio Sésamo, sino al proyecto científico de Oriente Próximo. Ha sido mencionado en alguna reunión de las que he mantenido con los responsables de la investigación.

—Lo siento tío, nada de eso.

—¿Dice el informe si el coronel Golshiri llegó a detener a algún sospechoso?

—Negativo, colega. Solo constata la relación entre ambos acontecimientos. —Peter Berg respondió, intrigado—. ¿A qué viene el interés repentino por ese coronel?

Martin inspiró fuerte.

—Sadeq Golshiri es el responsable de la seguridad de la delegación científica que ha viajado a Madrid.

—Pues a mí me parece que ahí tienes una línea de investigación más que válida. ¿Crees que puede estar relacionado con las muertes?

Martin recapacitó durante unos segundos.

—Podría ser, al menos eso parece, aunque no termina de encajar en el perfil del sospechoso. —Hizo una pausa para ordenar sus ideas—. Peter, ¿puedes seguir indagando a ver si desentierras más cosas sobre el coronel y su investigación de los asesinatos en Teherán?

—Cuenta con ello, colega. Tengo un conocido en Langley que quizás pueda echarnos una mano. Pero me deberás una y me la voy a cobrar aunque tenga que montar en un avión a Madrid y patear tu feo trasero de pijo para conseguirlo.

Martin sonrió. Así era Peter Berg. A su modo de ver, el compañerismo era como un matrimonio, para toda la vida.

—Gracias, significa mucho para mí. —Martin dudó brevemente antes de continuar, sabía que el gigantón se había sentido traicionado cuando decidió dejar el FBI y venirse para España—. También de que hayas llamado.

—Ni lo menciones, cabronazo. ¿Para qué están los amigos si no es para ayudarse mutuamente en los momentos jodidos?

Y cortó la comunicación dejando a Martin con la daga de la culpa hendida en un costado.

La habitación del Hospital Universitario Infantil Niño Jesús estaba fría y su parca decoración de paredes encaladas en un pálido color azul reflejaban a la perfección la desolación que sentía el propio Paniagua. La cama se hallaba adosada a un lateral, cercana a la ventana, y tendida sobre ella se encontraba su hija. Flotaba en el ambiente un aire fúnebre, pesimista, un silencio preñado de quietud roto a intervalos por los sollozos de su hija.

Antes de dejarlo todo y aullarle al conductor del taxi la dirección del hospital, Paniagua había tenido ocasión de advertir al subinspector Olcina de dónde se encontraba y el motivo, para que este le tuviese informado si se producía algún cambio significativo en las investigaciones. Sobre todo, le preocupaba el análisis de balística del casquillo que habían encontrado en la escena del crimen de la doctora Farhadi.

El inspector Paniagua se había pasado la noche discutiendo con su mujer sobre si Gabriela podría necesitar algún tipo de ayuda profesional. Bueno, para ser exactos, su mujer era quien había llegado a tal conclusión y Arturo Paniagua se había limitado a repetir con insistencia la misma pregunta: ¿por qué a mi niña?, ¿por qué a mi niña? Después se habían hundido en un hosco silencio que les había acompañado toda la noche, mientras su hija se recuperaba del lavado de estómago al que la habían sometido inmediatamente después de ser ingresada.

El inspector permanecía de pie mirando con tristeza por la ventana, el despejado cielo de Madrid no parecía tener el mismo azul límpido que le caracterizaba sino un color más apagado. Su traje se encontraba arrugado por todo el trajín del día anterior y una sombra salpimentada cubría su cara sin afeitarse. Estaba solo en la habitación, junto a su hija. Consuelo se había ido a casa para buscar algunas cosas que había olvidado empaquetar la noche anterior.

—Gabriela, no entiendo... Un botellón... —Por primera vez en su vida, el inspector Paniagua no sabía qué decir—. Entiendo que quieras salir con tus amigos, es la adolescencia, pero consumir drogas... Pensé que eras más lista que todo eso, que te había educado a ser mejor.

—Lo siento, papá. —Gabriela parecía incluso más joven de lo que era tumbada en la cama del hospital. El camisón de color rosa le estaba tres o cuatro tallas más grande y su cuerpo se encontraba perdido entre tanto pliegue. Paniagua pensó que nunca la había visto tan frágil—. Creo que me hacían parecer... no sé... mayor o algo



así. Y cuando Manuel me dio esas pastillas... tomarlas pasó a ser algo normal, como de todos los fines de semana.

—¿Así que fue Manuel quien te las ofreció por primera vez? —Quiso saber Paniagua. Siempre había sabido que el maldito macarra iba a significar problemas para su hija.

—Sí, fue él. —Asintió ella, retirando la mirada y fijándola en la tela de su camisión—. Pero está bien papa, no las tomo siempre, como algunos chicos, solo de vez en cuando para divertirme. ¡No hay nada malo en querer divertirse!

—¡Cómo puedes decir eso, Gabriela! ¡Mira a dónde te ha llevado su consumo! —Gritó el inspector, a su vez. Sentía la cara congestionada por la ira—. Estás en la cama del hospital, te acaban de hacer un lavado de estómago, ¡por el amor de Dios! ¿Sabes en qué consiste un lavado de estómago?

—Papá, por favor...

—¡No, debes de estar informada de las consecuencias de tus acciones! —Le espetó—. Te introducen una sonda Levin nasogástrica por la boca, tienen que lubricarla con glicerina para poder deslizarla hasta su posición, luego te limpian el estómago con una solución salina disuelta en agua, hasta que vomitas todo su contenido.

—¡Papá, por favor, déjame! —Estalló en sollozos.

El inspector suavizó su tono de voz.

—¿Sabes dónde consiguió ese mamarracho las pastillas? —Preguntó con calma. Iba a agarrar al desgraciado y le iba a demostrar lo que se siente cuando te las metían por dónde no daba el sol.

—No, pero no es muy difícil. Casi todos los chicos las toman. —Y bostezó, deslizándose en el interior de las sábanas.

Paniagua miró a su hija sin decir nada más. La ira que sentía por dentro enmascaraba un sentimiento mucho más profundo: el miedo. El miedo a perderla. El inspector no era un ingenuo y sabía que ese momento llegaría, tarde o temprano, pero iba listo si alguien pensaba que se quedaría cruzado de brazos y que permitiría que las drogas se la arrebataran.

Pensaba en los tiempos no muy lejanos en los que ella parecía tan feliz, tan viva. En los que Consuelo y él la llevaron al Parque Warner y disfrutaron de cada momento. O cuando iban al cine y veían alguna película familiar, a Gabriela siempre le habían gustado las comedias. Paniagua no sabía exactamente en qué momento habían dejado de hacerlo, ignoraba en qué momento Gabriela había dejado de ser una niña y se había convertido en una adolescente. El momento en que había empezado a perderla. No podía creer que aquella inocente criatura, que se reía hasta hipar con una comedia de Jim Carrey, se hubiera convertido en una adicta y hubiera estado a punto de morir por una sobredosis. ¡Era demasiado!

El inspector se inclinó y cubrió a su hija con la sábana de hospital, le tomó la mano y se la llevó a los labios y entonces, quedamente, comenzó a llorar.

—Lo siento, mi niña. Lo siento. Pero es que las drogas son solo para gente que quiere olvidar su vida e inventarse una mejor. Lo malo de ello es que se trata de una vida imaginaria, inexistente, y cuando regresas a la realidad, esta se vuelve más sórdida y deprimente que antes. Es una situación en la que nunca puedes ganar; solo puedes perder y perder, hasta que ya no te quede nada más. ¿Lo entiendes?

Ella asintió en silencio y Paniagua deseó con todas sus fuerzas que sus palabras hiciesen mella en ella o les esperaban unos años terribles. Su pequeña había dejado de serlo y había crecido hasta convertirse en algo hermoso, algo especial, que ahora yacía en la cama de un hospital manchado por la porquería química que se vendía en la puerta de los institutos.

—Estoy preocupado por ti, cariño. ¿Lo sabes, verdad?

—Estoy bien, papá. No volverá a pasar, lo prometo —dijo Gabi, con voz somnolienta.

—Bien, te dejo ahora para que puedas dormir un poco. Todavía falta un poco para que venga el doctor a hacer su revisión final y darte el alta. Mamá vendrá muy pronto para hacerte compañía. —Dijo el inspector con voz suave, mientras terminaba de subirle la sábana hasta los hombros y acariciaba su pelo con dulzura—. Te prometo que cuando despiertes, aquí estará a tu lado.

El subinspector Olcina le estaba esperando en la puerta de la habitación, balanceando el peso del cuerpo de un pie a otro.

—No se preocupe, jefe. Todo saldrá bien. Los chicos de hoy en día siempre están metidos en esas cosas y luego se les pasa, como una fase o algo así. Es algo generacional. —Dijo en cuanto le vio aparecer por la puerta.

Los pasillos del Hospital Niño Jesús estaban abarrotados de pacientes infantiles que caminaban aburridos arriba y abajo, cogidos a sus cuentagotas o a los brazos de sus padres, de enfermeras que iban de un lado para otro atareadas en sus quehaceres, de visitantes que salían de las habitaciones de sus familiares enfermos para estirar las piernas y fumarse un cigarrillo. El inspector contempló la marabunta de gente durante unos instantes y dejó escapar un prolongado suspiro. El pobre Olcina siempre sería un cretino, no podía remediarlo.

—¿Y eso se supone que me hará más feliz o qué? —Le espetó.

—No, jefe, pero las cosas son como son. Gabi no puede evitar vivir en una época en la que la adolescencia se cotiza más cara que un kilo de angulas y usted no puede estar siempre encima de ella protegiéndola.

—¡Estaba en uno de esos botellones, merluzo! Cientos de críos con bolsas de supermercado repletas de litros de alcohol reunidos en un maldito parque quemándose el cerebro trago a trago. —Exclamó Paniagua—. ¡Se supone que así no tienen que ser las cosas, joder!

—No, jefe, pero así son. —El subinspector se miraba fijamente la punta de los zapatos incapaz de encararse con su superior.

—Luego está ese condenado Manuel, un joven de dieciocho años que le da

metanfetaminas a una niña de dieciséis. —Paniagua apretaba los dientes con tanta fuerza que le rechinaban—. Sabe, Olcina, la ambulancia del SUMMA tardó diez minutos en llegar hasta donde estaba Gabriela. El parque estaba tan lleno de críos borrachos que casi no podían pasar. ¡Incluso les arrojaron botellas de cerveza!

—Jefe no se haga eso... —Comenzó a decir el subinspector—. No se coma la cabeza...

—¡No! —Gritó Paniagua—. Contéstame a eso, Olcina. Dime quién es tan majadero como para arrojar botellas de cerveza a quienes están ahí para salvarte la vida.

Raúl Olcina se encogió de hombros.

—Un crío de instituto hasta las trancas de ron del malo.

Paniagua asintió y guardó silencio. ¡Jesús, quería tanto a su hija! Dieciséis años habían pasado ya y, sin embargo, seguía viéndola como su niñita. La adolescencia de Gabriela estaba siendo una época de locos, el inspector sentía que no tenía suficientes horas al día para ocuparse de todo. Su trabajo le había absorbido tanto que había terminado por alejarle de su hija. Se sentía un poco culpable por no haber estado ahí para evitar que Gabriela se hubiese metido en esa mierda de las drogas. Pese a todo, no cambiaría la paternidad por nada del mundo.

A menudo, Paniagua pensaba en su esposa y en lo sola que la había dejado últimamente al cuidado de Gabriela, lamentaba no poseer un mando a distancia en el que apretar el botón de retroceso y volver algunos años atrás y disponer de la oportunidad de hacer las cosas de diferente manera. Como en aquella película tan estúpida que había visto con Consuelo y que protagonizaba uno de sus actores favoritos.

Sin embargo, esto se trataba de la vida real y como todo el mundo sabía, la vida real era un solemne montón de excrementos.

De regreso al coche, Paniagua prestó escasa atención a Olcina, a pesar de que este se había empeñado en hablar por los dos y no paraba de parlotear sobre todas las cosas que podía imaginar. La atmósfera en el interior del Renault Megane era lúgubre y pesada.

El inspector pensaba en la letra de una canción de Judy Carmichael que poseía el dudoso honor de ser una de las primeras letras que hacían referencia abiertamente al uso de estupefacientes. Judy había sido pianista y vocalista a la vez, en una época del jazz dominada por artistas masculinos, y aunque la composición era originaria del pianista Thomas «Fat» Waller, Paniagua siempre había tenido predilección por la versión de la Carmichael. Se retrepó en el asiento del Megane y contempló el exterior. El tráfico era lento pero fluido y podía distinguir las caras de los viandantes al pasar. Rostros agobiados por la hora tempranera, por la crisis económica y por sus propias tragedias personales, fueran cuales fueran.

Arturo Paniagua no se perdonaba no haber detectado el peligro con su hija. Olcina había dicho que eran cosas de adolescentes pero se equivocaba. Lo que le

había sucedido a Gabriela iba mucho más allá y todavía no acababa de comprender cómo había sido tan negado para verlo con antelación. A lo largo de los años había visto crecer a su hija y separarse, lenta pero paulatinamente, de su madre y de él. Todas esas tardes encerrada en su cuarto, escuchando aquella estridente basura rockera y vistiendo aquellas ropas tan ajustadas que vestían las adolescentes de hoy en día. Todo eso no debería ser lo normal. Aunque, de una cosa podía estar seguro el inspector: iban a terminarse.

Un hálito de su propio olor corporal le llegó hasta la nariz. Se había pasado toda la noche en vela, en el hospital, y necesitaba una ducha y un cambio de muda.

—Olcina pasemos antes por mi casa, necesito asearme y cambiarme de ropas.

—Como usted diga, jefe.

El laboratorio de balística forense se encontraba en un edificio adyacente al de la BEHV, bajo la dirección de la Comisaría General de la Policía Científica. Nada lo distinguía de cualquier otro laboratorio de balística del mundo y estaba abarrotado de aparatos tecnológicos de precisión empleados en el estudio de las armas y la munición usadas para cometer un delito. Cuando llegaron dos técnicos se cernían con interés sobre un enorme microscopio electrónico.

—¿Qué sabemos del casquillo? ¿Tenemos identificada el arma del crimen? — Preguntó el inspector Paniagua, sin saludar.

—Buenos días a usted también, inspector. —Le respondió con sorna el técnico de más edad—. Es difícil de saber, el calibre coincide con los fragmentos de bala recuperados en la escena. Se trata de un nueve milímetros pero diferente.

—¿Diferente, en qué sentido? —Los ojos de Paniagua brillaron con interés.

—Es más corto y más ancho que un cartucho convencional. Además, el nombre del fabricante ha sido borrado a conciencia. Alguien muy listo se ha ensañado con él como si le debiese la paga de un año. Ha sido limado y, por si esto no fuera suficiente, le han vertido ácido por encima.

—Ósea que estamos en un punto muerto y es imposible determinar nada más del arma del crimen. ¿Esto es lo que me está diciendo? —A Paniagua el enfado y la decepción le salían por todos los poros de su piel.

—Bueno, sí y no... —Contestó el técnico, sin inmutarse. Siendo un perro viejo, como era, estaba más que acostumbrado a los exabruptos maleducados de los frustrados policías que pasaban por el laboratorio en busca de una pista que insuflase nueva vida a sus investigaciones en punto muerto. Además, la reputación del inspector, le precedía.

—¿Sí y no? ¿Qué es esto, un concurso de la televisión? —Gruñó Paniagua.

—Verá, inspector, resulta curioso que diga eso porque mi colega Leopoldo, aquí presente, quiere hacer un pequeño experimento con su casquillo.

—¿Qué clase de experimento?

El segundo técnico de balística era un jovencito de veintipocos años que vestía vaqueros y zapatillas Converse de lona debajo de la bata de laboratorio. El único experimento que Arturo Paniagua alcanzaba a imaginar que el joven pudiera hacer, consistía en tratar de beber tres latas de cerveza al mismo tiempo. Así que le miró de arriba a abajo con un cierto aire de desconfianza en los ojos. A pesar de todo, el joven

técnico le tendió una mano blanda, sonriente.

—Encantado, inspector. Llámeme Leo, como el signo del horóscopo. —Se presentó—. ¿Le gustan las series de televisión? Yo soy un apasionado, no me pierdo una. Mis favoritas son las que tratan sobre forenses, escenas del crimen, y esas cosas. Precisamente, en un capítulo de IRGC tenían una pistola automática... ¿O era un revólver? No consigo acordarme... —El joven hablaba más que el proverbial sacamuelas y Paniagua estaba sintiendo unos enormes deseos de arrancarle el casquillo de las manos y usarlo para extraerle las muelas del juicio sin anestesia—. Bueno, el caso es que en la serie televisiva el número de identificación había sido borrado concienzudamente y el protagonista usó ferrofluido para recuperarlo.

—¿Ferro... qué? —Quiso saber el inspector e inmediatamente se arrepintió de haber formulado la pregunta.

—El ferrofluido es un líquido que se polariza en contacto con una fuente imantada. Generalmente se compone de partículas de hierro que reaccionan cuando se les aproxima un imán o algo magnetizado y se agitan formando unas curiosas formas picudas. Posiblemente lo haya visto en algún espectáculo y tal. Fueron muy comunes hace unos años...

—¿Y cómo puede hacer ese ferrolíquido que podamos leer el número de serie? —Le interrumpió Paniagua, impaciente.

—Ferrofluido, inspector... —Le corrigió el niño—. Se lo puedo explicar pero será mejor que se lo muestre. —El técnico sujetó el casquillo en un cepo que había adosado a su mesa de trabajo y le aplicó un líquido de color negro que tenía en un botellín encima de la mesa. Luego extendió el ferrofluido con un pequeño pincel y dijo—: Estamos listos. Inspector si me alcanza ese imán de neodimio de ahí, veremos si hemos tenido suerte o desenmascaramos otro mito televisivo.

El inspector Paniagua le alcanzó el imán y observó detenidamente cómo el técnico lo pasaba suavemente cerca del fluido. Entonces, el espeso líquido negro, de aspecto oleaginoso, comenzó a agitarse como si bailará sobre sí mismo, y los caracteres del calibre y el nombre del fabricante aparecieron por ensalmo. Paniagua tuvo que hacer un enorme esfuerzo para cerrar la boca que se le había abierto por la sorpresa.

—¡Voilà! —Exclamó Leo, todo sonrisas—. Las virutas de hierro que quedaron adheridas al casquillo cuando trataron de limar la identificación se han mezclado con las partículas del ferrofluido y cuando se les aplica la fuente magnética salen a la superficie con el resto del fluido.

Lo cierto era que Paniagua no se había enterado de nada de lo que Leo acababa de explicar pero en esos momentos sentía enormes deseos de abrazarlo. ¡Por fin, habían tenido un poco de suerte y el caso se desatascaba!

—9x18 mm Макарова —leyó el técnico, mientras el inspector apuntaba en su libreta.

—¿Cómo dice? —Preguntó un poco confundido.

—Макарова o Makarov. —Repitió el técnico sonriente—. Es ruso, seguramente el arma del crimen sea una pistola semiautomática Makarov PM, el arma de mano estándar del ejército ruso hasta los noventa. Muy extendida entre los países comunistas y de Oriente Próximo. ¿Sabe? Algunos especialistas con muy mala uva piensan que era una copia de la Walther PP, pero yo creo que Nikolai Fyodorovich Makarov hizo un soberbio trabajo.

—¿Han consultado en el sistema IRGC si el proyectil coincide con alguno de la base de datos? —Preguntó el inspector, ignorando por completo la verborrea incontrolada que salía de la boca del técnico listillo.

—Hemos reconstruido los fragmentos recuperados en ambas escenas, pero IRGC no devolvió ninguna coincidencia en la búsqueda. Si recuperan el arma, habrá que hacer pruebas de balística identificativa para determinar si esa pistola fue la que se utilizó en los crímenes.

El inspector dio un último vistazo alrededor del laboratorio y dijo:

—Consulten con Interpol sobre el modelo, quizás esa marca de pistola tenga algún antecedente en el extranjero que coincida con nuestros asesinatos y fue introducida en España de contrabando. Si seguimos la pista del arma, quizás podamos identificar al asesino.

—Como quiera. —Contestó el técnico de mayor edad y le acompañó hacia la puerta—. Me han dicho que ese cabrón se está cargando espías iraníes. ¿Usted que piensa, inspector?

Arturo Paniagua casi soltó una carcajada, siempre la maravillaba lo rápido que volaban las noticias en «radio macuto» y las barbaridades que se decían en los pasillos.

—No sea majadero. ¿Qué se le ha perdido a un espía iraní en nuestro país? Bastante tienen con sus líos con los americanos o los israelíes como para espiar a España.

El técnico pareció dudar.

—Bueno, dicho así...

—No haga caso a lo que se diga por las esquinas y le ira mejor. —Advirtió el inspector.

Cuando llegaron a su despacho, Martín les estaba esperando con un café humeante en la mano. Les puso al día de la conversación que había tenido con su excolega Peter Berg pero Paniagua estaba ausente, no podía evitar dejar de pensar en su hija. Tan pronto como Martín terminó de hablar, pidió que le llamasen a un taxi y se excusó para dirigirse hacia el hospital, dejando solos a los dos hombres.

A diferencia del inspector, Raúl Olcina no disponía de despacho propio y compartía una mesa en la sala común con el resto de policías que trabajaban para la IRGC. Por ello, saltándose las propias normas de Paniagua, ambos estaban sentados en el despacho del inspector. Olcina parecía indeciso, como si quisiese decir algo pero no terminase de vencer las barreras que le impedían hacerlo.

—Subinspector, hábleme de ese otro caso que tienen entre manos. —Le instó Martin suavemente, intuyendo que eso era lo que preocupaba al policía—. Hábleme de su otro asesino, sospecho que es la verdadera razón por la que estamos aquí.

Tras un titubeo, Raúl Olcina le miró un instante antes de abrir un cajón del archivador y deslizar una carpeta de color crema en la dirección del ex agente del FBI. Lo cierto era que si su jefe se enteraba de que había hablado del caso con Martin sin autorización, le iba a caer una bronca de las gordas. El inspector no podía soportar la idea de que alguien metiese la nariz en sus casos, de ahí la reticencia que mostraba ante la presencia del norteamericano. Después de todo, el inspector solía decir que uno tenía que defender lo suyo. Se encogió de hombros para alejar esos pensamientos y contestó en voz baja, adoptando un tono profesional:

—Es un puto animal, un animal salvaje que actúa por impulsos asesinos, como un arrebato que lo obliga a matar violentamente... con sus propias manos. —Explicó—. O, al menos, eso es lo que opinan en la Sección de Análisis de la Conducta. Marc parece tenerlo claro con este tipo.

Martin asintió con la cabeza. Pasaba las hojas con atención, empapándose de cada detalle.

—A este le gusta mancharse, meter las manos en la masa, por así decir. —Opinó con pesar y se dobló para adelante para inspeccionar más de cerca las primeras informaciones recopiladas sobre El Ángel Exterminador.

—Así es. —Confirmó Olcina—. A veces pienso que es un yonqui puesto hasta las cejas de drogas, de esas que te pudren el cerebro y provocan una violencia de puta madre.

Martin negó.

—No, nada de drogas. De hecho, su comportamiento es, en su mayoría, reprimido. Sabe esperar su momento, acechar a su presa, y atacar en el momento más conveniente. —Se detuvo un instante—. ¿Un animal salvaje? Sí, quizás sí, pero de los peligrosos. Muestra su naturaleza más violenta en cada homicidio, como un depredador.

—Y que lo diga, ya ha matado en seis ocasiones y lo volverá a hacer si no lo enchironamos.

—Si quieren atraparlo, tendrán que remontarse a los orígenes. Hacer las preguntas adecuadas; solo entonces podrán comprender por qué hace lo que hace y anticipar su próximo movimiento.

—¿Los orígenes? ¿Qué orígenes? ¿Se refiere al primer asesinato? —Quiso saber Olcina.

Martin asintió.

—En todos sus crímenes hay una coherencia. Una pauta constante que marca el compás de sus actos y que se estableció en el primero de todos ellos. Encuentre esa pauta y habrá atrapado a su asesino.

—El primer caso no fue nada del otro jueves. Un homicidio como otro cualquiera,



que en un primer momento se achacó a un ajuste de cuentas entre bandas rivales. La víctima pertenecía a una de las bandas latinas que proliferan en Madrid. Creo que les llaman Ñetas o algo por el estilo.

—La reconozco. —Reconoció Martin—. Es una banda de orígenes puertorriqueños formada en las prisiones para la autoprotección de sus miembros.

Raúl Olcina cogió una carpeta repleta de informes forenses y fotografías de la escena del crimen. Se puso en pie junto al sillón de Martin y se la tendió para que la examinase.

—Le machacó la cara con los puños, se la convirtió en una pulpa sanguinolenta. ¡El muy bestia! —La ira y el asco se entremezclaron con el tono profesional que había mantenido hasta el momento.

—¿Con sus propios puños? Eso es muy personal. —Señaló Martin—. ¿Algún sospechoso claro?

Olcina se encogió de hombros.

—Como dije, pensamos que se trató de un ajuste de cuentas e interrogamos a algunos miembros de los Latin King y otras bandas callejeras lo bastante audaces como para cometer una salvajada como esa, pero no obtuvimos nada en claro.

Extrajo una segunda carpeta.

—El segundo asesinato lo tuvimos unas semanas más tarde. Misma forma de actuar. Entonces fue cuando el inspector comenzó a sospechar que era obra de una sola persona. La víctima apareció en un descampado de Vallecas, en la trasera de un polígono industrial. Esta vez, le golpeó con tanta dureza en los costados que le pulverizo literalmente la caja torácica, hasta el extremo de que el torso de la víctima tenía una consistencia casi líquida.

—¿También pertenecía a la banda puertorriqueña? —Preguntó Martin.

Olcina negó con la cabeza.

—Esta vez, a los Latin King. —Corrigió—. Es el único nexo en común que hemos descubierto entre todas las víctimas de El Ángel Exterminador: su pertenencia o relación con alguna de las bandas latinas que operan en la capital. Y que todos son de raza no caucásica.

—¿Qué arrojó el perfil geográfico?

—Poca cosa, los cuerpos han aparecido diseminados por toda la ciudad. En el norte, Vallecas, barrio de Aluche... —Olcina se encogió de hombros, de nuevo—. Es una gran ciudad.

—¿Y ella, cómo encaja en todo esto?

Martin tenía en sus manos una foto con el retrato de una joven latina y la estaba estudiando. La muchacha vestía sus ropas con la pulcritud justa para no destacar demasiado pero tampoco parecer vulgares. Su piel morena tenía cierto atisbo de raíces indígenas. Era una joven guapa que parecía llena de vigor y de convicciones pero, evidentemente, nada presumida.

—Esa es Alba Torres, la hermana de la penúltima víctima. Una chica lista. —

Respondió Olcina—. Eso es lo que más me gusta de ella.

Martin leyó el informe sobre la muerte de Oswald.

—¿Murió ahogado? Qué extraño, eso no parece seguir el perfil. —Frunció el ceño—. ¿Qué puede contarme del hermano?

Olcina vaciló y, al cabo de un rato, después de poner en orden sus ideas, respondió.

—Un buen chico, en palabras de la señorita Torres, que se mezclaba con la gente equivocada pero que no pertenecía a ninguna banda. Cuando localizamos... Bueno, para ser honestos, fue ella quien encontró al tío que decía ser su mejor amigo y que le acompañaba en todas sus movidas...

Martin alzó la cabeza, intrigado.

—¿La señorita Torres estaba buscando al amigo de su hermano?

El subinspector asintió con la cabeza.

—Al parecer, pensaba que Walter Delgado era el culpable de lo que le pasó a Oswald. —Explicó—. Cuando le encontramos, decía, estaba en un bar frecuentado por miembros y afines a los Latin King y nos contó que, y aquí viene lo bueno, a Oswald le mató un policía o alguien que se hacía pasar por agente de la ley. Pero, el inspector sigue pensando que es una víctima más de El Ángel Exterminador.

—Interesante. No sé cómo encaja un agente en todo esto. Lo más probable es que sea una invención de Walter Delgado para desviar la atención sobre otra cosa.

—Eso creo yo, también. ¿Dónde está Walter Delgado, ahora? ¿Han conseguido sonsacarle algo más?

Esta vez, el subinspector usó la cabeza para negar enérgicamente.

—Se nos escabulló entre los dedos, al inspector y a mí, antes de que nos confesara nada más. La putada es que El Ángel Exterminador le localizó antes que nosotros. —Una sombra oscura cruzó por el rostro de Olcina—. Es la última víctima. Encontramos su cuerpo pulverizado a la puerta del domicilio de su camello habitual. Y esta vez, el asesino hizo un buen numerito, el desgraciado estaba completamente desfigurado por los traumatismos, casi irreconocible.

—¿Recuerda la pauta de que le hablé? ¿La misma que se repite en todos los crímenes?

—Sí.

—Esa redundancia es el odio, visceral e irrefrenable que siente el asesino. Sin embargo, en los dos últimos asesinatos de la serie existe una desviación. Oswald Torres fue apuñalado y Walter Delgado es la única víctima que fue quemada en vida.

—Y eso, ¿qué significa?

Martin pareció recapacitar durante unos momentos.

—No lo sé con certeza, pero algo ha cambiado en el asesino. De alguna manera, Walter Delgado le enfurecía mucho más que el resto, de ahí los numerosos golpes que recibió y que después fuera prendido fuego. —El subinspector Olcina le miraba sin terminar de comprender las implicaciones de Martin, así que desarrolló su idea un

poco más—. Walter Delgado sí tenía relaciones con la banda latina, ¿verdad? La verdadera víctima intencionada fue Walter y por eso el asesino no se ensañó con Oswaldo, no tenía ningún interés en él, no satisfacía sus necesidades.

—Algo parecido opina el inspector. Él cree que Oswaldo fue asesinado por accidente, porque se interpuso entre Walter Delgado, la verdadera víctima, y El Ángel Exterminador.

Martin le miró unos instantes. El aspecto de cuidada masculinidad que siempre llevaba el subinspector parecía menos rotundo por su barba sin afeitar y el pelo ralo que empezaba a mostrar algunos tonos grises.

—¿Dígame una cosa, por qué le llaman El Ángel Exterminador?

El subinspector le miró como si hubiese perdido la chaveta de repente, pero aun así contestó.

—Al principio, creímos que era una especie de justiciero callejero, como el de aquella serie de películas de los ochenta. Las del tipo con la cara que parece haber pasado por una picadora y un bigote del tamaño de un felpudo. ¿Las conoce?

Martin negó con la cabeza.

—No importa. El inspector es un caso perdido con el tema de la música y el cine. Solo escucha jazz y contempla, una y otra vez, las mismas películas de su juventud, bodrios de los setenta con títulos como *Distrito Apache*, *La Conexión Francesa*, o rarezas por el estilo. Historias de polis duros que le sueltan un guantazo al sospechoso de turno antes incluso de preguntarle su nombre. En cualquier caso, esas películas inspiraron al inspector para encontrar el nombre del asesino.

Martin asintió con la cabeza.

—Entiendo. Existe cierta analogía con su asesino. —Recapacité—. A mi entender, está recorriendo un sendero de retribución. Busca a sus víctimas para castigarlas por algo que sucedió en su pasado y que está relacionado con ellas.

—¿Un incidente con una banda latina? —Preguntó Olcina.

Martin volvió a asentir.

—Podría ser eso, o un suceso violento relacionado con alguien de origen latino y simplemente se encuentre proyectando su odio en las bandas. —Añadió—. Quizás algún miembro de su familia fuera atacado, quizás él mismo. El caso es que siente la compulsión de acallar su ira matando con sus propias manos y, una vez satisfecho, abandona a sus víctimas como si fueran despojos.

Raúl Olcina parpadeó, perplejo.

—Lo cual me indica que seguramente no piense en ellos como seres humanos, incluso es muy probable que en su vida cotidiana muestre atisbos de racismo o de cierta intolerancia. Incluso algún tipo de psicopatología, aunque moderada, que no le impide funcionar como una persona normal. La violencia que utiliza apunta a esto último. Una explosión y después, nada.

Olcina se mordió el labio inferior, parecía tener problemas para preguntar lo que le inquietaba. Cambió el peso del cuerpo de un lado a otro en su silla y, por fin, se

decidió:

—¿Encaja algo de todo eso en la figura de un policía?

Martin le miró detenidamente, con calma.

—En los Estados Unidos, los cuerpos de policía suelen ser los departamentos que más denuncias de racismo acumulan. La fuerte identidad del cargo y el poder que representa la placa hacen que muchos de nuestros agentes pierdan el norte y terminen abusando de ese poder.

El subinspector alzó los hombros.

—¿Un policía violento que asesina sin ton ni son a pandilleros latinos? No termino de creérmelo.

—Desafortunadamente, subinspector, los agentes de policía siempre han estado flirteando con el racismo y el exceso de violencia en sus carreras profesionales. —Replicó, Martin—. Pero, me preguntó si el perfil del asesino podría encajar con el de un policía y la respuesta es que sí.

Hubo un destello de inquietud en los ojos de Olcina que fue rápidamente sustituido por la desconfianza.

—Sigo sin tragármelo. ¿Dónde estaba su compañero? ¿Cómo puede uno trabajar con alguien así de majara día tras día y no darse cuenta?

—El autor de esos asesinatos está muy acostumbrado a ocultar su patología al resto e incluso puede estar bien considerado entre sus colegas de trabajo. Tan solo cuando sufre la compulsión homicida es cuando pierde el control de sí mismo y se entrega por completo a las motivaciones que verdaderamente le empujan a actuar. La mayoría de asesinatos guiados por una misión, como parecen ser los de El Ángel Exterminador, siempre ocultan algo más debajo de la superficie, como un iceberg que solo deja entrever una porción minúscula de su verdadero volumen.

En el interior de las oficinas, al otro lado de la puerta, alguien soltó una sonora imprecación y Olcina se giró alarmado, espionando a su alrededor como si buscara algo. Martin sonrió, comprendiendo de inmediato.

—¿No tiene la autorización del inspector para consultarme sobre este caso, verdad?

—Déjeme ponerlo de esta manera: si se entera mi jefe, le invitaré con pesar a un buen plato de huevos rotos. —Y poniendo cara contrita, añadió—: Los míos.

El coronel Golshiri llegó a la embajada casi a media mañana. El guarda que le franqueó la entrada tenía una expresión ceñuda y torcida que le inquietó sin saber muy bien por qué. Cuando se detuvo ante el arco del detector de metales, se quedó de piedra al ver que el guarda le pedía su arma de mano.

El embajador estaba sentado en su sillón leyendo un enorme informe que, a juzgar por sus tapas, había sido elaborado en las dependencias del Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué me ha hecho llamar? —Preguntó el coronel, sin más preámbulos.

El diplomático le miró impertérrito.

—He recibido una visita poco gratificante de los inspectores responsables de la investigación iniciada tras las muertes del profesor Mesbahi y la doctora Farhadi.

—¿Y? Son unos incompetentes que no encontrarían ni a su madre en una reunión de rameras.

Sayd Lakahni no dijo nada, se limitó a escrutar con la mirada al cada vez más irritado coronel, mientras ponderaba si la incompetencia de aquel hombre era auténtica o simplemente fingía para fastidiarle.

—Coronel, ¿tiene realmente alguna idea de lo que sucede a su alrededor?

Golshiri le devolvió la mirada con desprecio.

—¿De nuevo los insultos, embajador? Esta conversación ya la hemos mantenido y ambos sabemos en qué terminó.

—Ese inspector Paniagua no es un idiota, como usted pretende que crea, ni tampoco el agente del FBI que le está ayudando. —Le explicó—. De algún modo, han descubierto su conexión con los científicos asesinados y están a un paso de descubrir lo que sucedió en Teherán. —Hizo una pausa y cerró con teatralidad el informe que estaba encima de su mesa—. ¿Entiende las implicaciones de lo que le he dicho?

Golshiri se acercó uno de los sillones caros del embajador y se dejó caer en él con exagerada desgana.

—Lo único que sé es que estoy perdiendo un tiempo valiosísimo hablando aquí con usted, en vez de estar ahí fuera intentando atrapar al asesino.

—¿Atraparlo? ¡Alá me asista! Me temo que eso ha cambiado ahora. La prioridad no es atraparlo, sino hacerlo desaparecer para siempre.

El coronel le miró estupefacto.

—Pero, creí que...

—Me tiene sin cuidado lo que usted crea. —Le interrumpió el embajador con brusquedad—. No se le ha encomendado esta misión para que piense sino para que actúe. Y es hora de hacerlo.

Se frotó las sienes con gesto cansado, y prosiguió cambiando de tema.

—Los inspectores españoles quieren interrogarle sobre su implicación con los científicos muertos y el proyecto llevado a cabo en las instalaciones del SESAME y ambos sabemos que eso no podemos permitirlo. Solo Alá sabe qué pueden averiguar si se dedican a desenterrar viejos esqueletos.

—Tiene toda la razón. —Estuvo de acuerdo Golshiri, muy a su pesar—. Esos *kaffirs* metomentodos pueden estropearlo todo antes incluso de que se den cuenta de lo que han hecho.

—Entonces, le sugiero que se dé prisa. El general Al-Azzam ha insinuado que el IRGC enviará a alguien para que se encargue de este asunto si se demora demasiado la total anulación del criminal. Y usted ya sabe lo que eso significa... para todos.

La pretendida indolencia de Golshiri había cambiado sin apenas darse cuenta y ahora se sentaba muy tieso en la silla. Sabía que debía relajarse, que era peligroso que Sayd Lakahni viese lo mucho que le estaban inquietando los derroteros por los que se había desviado la conversación. No obstante, a pesar de ser consciente de ello, se sentía incapaz de fingir una relajación que no experimentaba.

—¿Por qué iba a hacer eso el general? Mis hombres y yo somos perfectamente capaces de terminar este asunto. —Atinó a preguntar, con toda la seguridad que pudo reunir.

El embajador, impaciente, agitó la mano en el aire e hizo un gesto como si estuviese ahuyentando moscas.

—Coronel, usted sigue repitiendo lo mismo pero la única verdad es que el general está nervioso, el propio Ministerio de Inteligencia está valorando si meter baza en el asunto... ¡Yo mismo, por Alá, estoy empezando a cansarme de su inoperancia!

El coronel que se había incorporado en el sillón, al otro lado de la mesa, vaciló un momento y protestó:

—Embajador, una vez más le aseguro que no tiene de qué preocuparse. Todo está bajo control.

—Por el bien de todos, espero que así sea, coronel.

El embajador colocó de nuevo el informe ante sí y comenzó a leer algunas de sus páginas. El coronel Golshiri aguardó con el ceño fruncido. Aquello era algo que el diplomático solía hacer a menudo: dejarte esperando mientras fingía hacer esto o lo otro para que no olvidases quién era el que llevaba las riendas. Entonces, con su habitual tono impaciente propio de la soberbia, Sayd Lakahni preguntó:

—¿Algo más, coronel?

Golshiri negó con la cabeza. Sin apenas fijarse en el guarda que le devolvió la pistola, salió al exterior. Tenía las manos húmedas y la garganta seca. Lakahni

siempre le hacía irritarse y aquel día no había sido una excepción. Una buena parte de esa irritación enfermiza que sentía cuando se las veía con el diplomático tenía su origen en lo diferentes que eran ambos hombres pero también en que el embajador siempre aprovechaba cada ocasión a su alcance para hacerte sentir fuera de su clase, inferior.

Sin embargo, en aquellos momentos, Sadeq Golshiri no pensaba en el enojoso diplomático. Su mente barajaba raudamente las posibilidades que se abrían ante él. Si era cierto, como le había dicho el embajador, que el general Al-Azzam estaba dispuesto a enviar a alguien a concluir su trabajo eso solo podía significar dos cosas.

La primera, que no tenía demasiado tiempo.

La segunda, que era un hombre muerto.

El hombre siguió al todoterreno del coronel Golshiri en cuanto este abandonó la embajada y se introdujo en el tráfico de Madrid. Los dos coches enfilaron una amplia avenida en dirección norte y el hombre se preguntó a dónde le dirigiría el aborrecible militar. Había pedido por teléfono que le entregasen el coche de alquiler en un aparcamiento poco frecuentado y estaba seguro de que nadie le había visto subirse a él.

Sus manos aferraban el volante del diminuto coche de una forma peculiar. Mientras que la izquierda permanecía impasible con un pulso propio de un pistolero del lejano oeste, la derecha temblaba descontroladamente. El hombre se deleitaba pensando en la buena sorpresa que se iba a llevar el coronel Golshiri si supiera lo que estaba a punto de suceder.

El Volkswagen Touareg se detuvo unos instantes ante la luz roja de un semáforo y se incorporó al denso tráfico del Paseo de la Castellana, una de las calles más largas de la capital y de las más transitadas que unía la zona norte con el centro histórico y cuyo recorrido mostraba algunos de los monumentos turísticos y culturales más famosos de la capital. Desde el dorado obelisco de Calatrava que decoraba la Plaza Castilla hasta la Biblioteca Nacional, pasando por el no menos popular Santiago Bernabéu, el estadio en el que se habían forjado las glorias deportivas del Real Madrid, el equipo de fútbol más laureado de la historia. Luego, continuaba por los Paseos de Recoletos y del Prado que debía su nombre al mundialmente famoso Museo del Prado.

Eran las diez y media de la mañana y el sol apenas había empezado a calentar las calles, bañando con sus rayos dorados la amplia avenida circundada por árboles a ambos lados. Más adelante, el hombre podía vislumbrar la silueta de la Puerta de Europa, un conjunto arquitectónico compuesto por dos rascacielos inclinados que formaban un arco sobre la avenida y que se hicieron popularmente famosas por dar origen a uno de los escándalos financieros más sonados de la década de los ochenta<sup>[28]</sup>. Más allá, la imponente altura de los cuatro modernos rascacielos elevados sobre los antiguos terrenos de la Ciudad Deportiva del Real Madrid, clavaban sus puntas afiladas en un cielo de intenso color azul, limpio de nubes y de polución.

Pese a que el hombre en esos momentos no vestía su traje especial se sentía poderoso, tenía la vida del coronel en sus manos y casi se rindió al urgente apremio



de acabar con todo allí mismo. La dureza bajo el sobaco de su pistola Makarov PM le reconfortaba y se imaginó a sí mismo deteniendo su coche de alquiler junto al mastodóntico Touareg y vaciando el cargador en la ventanilla del coronel.

Sin embargo, se contuvo. Tenía un plan previsto y debía ceñirse a él. Aunque se había visto obligado a cambiarlo a última hora, pues presentía que los policías españoles andaban tras su pista y se encontraban realmente próximos a averiguar su identidad, sabía que iba a ser un éxito. Lo había visto, con la misma claridad con que ahora observaba la masa de acero y cristal de la Torre Espacio, lugar ante el cual el todoterreno del coronel se había detenido, permitiendo que este se apease del vehículo y se dirigiese a la moderna entrada del edificio.

Mientras observaba al coronel, el hombre distinguió a varios trabajadores con uniformes municipales que colocaban una cinta protectora junto a una caja de la compañía eléctrica. *Secuaces de Golshiri*, pensó. Estaban ahí para proteger a su jefe. Si supieran que estaba allí... *Tan cerca*. Pero ese pensamiento era demasiado perturbador y en seguida lo ahuyentó.

Nada iba a detenerle. Nada haría que su venganza se quedase sin cumplir.

Justo en ese momento, el coronel Golshiri se detuvo ante las puertas giratorias y se giró. Por unos instantes, sus miradas se cruzaron y el hombre sintió que un escalofrío recorría su columna vertebral y temió que le hubiese reconocido. Pero no fue así, Golshiri apartó la vista y desapareció en el interior del edificio.

El hombre se caló más profundamente la gorra de color rojo que llevaba puesta y se apresuró a apearse del coche de alquiler y seguir al coronel. Uno de los agentes encubiertos permanecía junto a la acristalada puerta de entrada con una mano discretamente metida en el interior de su mono de trabajo de color gris. Cuando pasó junto al falso operario disminuyó un poco el paso y fingió hablar por su teléfono móvil. El avezado soldado del IRGC ni se inmutó. Ninguno de los hombres que aparentaba trabajar en los gruesos cables que transportaban la electricidad hasta el impresionante edificio se percataron de su presencia y continuaron escudriñando con la mirada a los transeúntes que circulaban por la ancha acera.

El coronel Golshiri se dirigió con paso firme a uno de los veloces ascensores que le elevarían hacia las alturas de la Torre Espacio, sus doscientos treinta metros y cincuenta y siete pisos de altura la convertían en el segundo rascacielos más alto de España. Golshiri apenas se percató de la figura que se tocaba con una gorra snapback roja con el logotipo de Ferrari en su frente, y que se detuvo justo a su espalda. El grupo fue creciendo con hombres de negocios que llevaban maletines y portadocumentos, y que aguardaban también a que el ascensor abriese sus puertas y les elevase a las alturas.

El hombre lanzó un discreto vistazo al coronel. Este miraba al frente con intensidad, su concentrada expresión se le antojaba inescrutable.

Con el sonido de una campanilla, el ascensor anunció que la caja acababa de llegar a la planta baja. Los presentes dieron un paso atrás al unísono para permitir que

los pasajeros que lo ocupaban saliesen del mismo, y luego entraron en tropel. El coronel Golshiri les siguió, aún ensimismado en sus pensamientos.

El hombre de la gorra roja aprovechó la ocasión para deslizarse hacia el fondo de la caja. Sudaba profusamente. La presencia de la pistola era casi insoportable. Estaba a tan solo unos pasos del coronel. Hubiese sido tan sencillo en ese momento tender la mano y descerrarle un tiro en la base del cuello, moriría casi instantáneamente. Se imaginó las vértebras cervicales siendo pulverizadas por la bala reforzada de su Makarov, al coronel ahogándose literalmente en su propia sangre y apenas pudo reprimir la excitación, casi sexual, que sentía. Pero no, aquello sería demasiado sencillo. El coronel Golshiri tenía que sufrir, del mismo modo que él había sufrido, experimentar el mismo dolor acuciante que él había experimentado, rogar por su muerte igual que él había rogado por la suya.

El coronel presionó el botón del piso al que iba y el hombre de la gorra roja dejó escapar una siniestra sonrisa.

*Pronto, muy pronto.*

Respiró hondo, ahora que sabía dónde encontrar al coronel solo era cuestión de tiempo de que recibiese su merecido.

Y si algo tenía el hombre de la gorra roja, por encima de todas las cosas, era tiempo. Pues él era el doblegador y el amo del tiempo.



*No es mi hora, pensó. Y luego, aquí estoy otra vez, en el mismo lugar de oscuridad y pesadilla. Desde todos los ángulos, la escena a su alrededor se solidifica, cobra vida. Las mismas paredes desnudas, la misma silla de dentista, el mismo terror. Se encuentra, de nuevo, en aquel lugar de dolor y pesadilla.*

*La habitación del dolor.*

*Intenta calmarse, templar sus pensamientos, recordar cuándo y cómo fue llevado allí, pero su mente es una niebla, una espesa cortina de ruido blanco impenetrable que le impide pensar con claridad.*

*Al otro lado, su atormentador se encuentra de pie, mirando hacia la pared. El instrumento con el que le ha torturado todo ese tiempo, reposa apoyado en las patas de la mesa plegable. Las sombras le rodean y le abrazan, envolviéndole como lo haría una madre a su hijo. Tiene las manos cruzadas a la espalda, inmóvil.*

*—¿Por qué no acaba ya de una vez? —Le pregunta con voz reseca.*

*Silencio.*

*—¿Por qué yo? —Insiste—. ¿Qué quiere de mí?*

*De nuevo, silencio.*

*Una impaciente irritación sustituye su dolor y se revuelve contra sus ataduras con desesperación. Puede sentir la humedad de su propia sangre resbalar por sus muñecas y empaparle las perneras del pantalón.*

*—¿Qué quiere de mí? —Grita, una vez más.*

*El mismo silencio pertinaz por respuesta.*

*Trata de mirar a la cara de su torturador pero no hay nada que ver. No tiene ojos, no tiene boca, tan solo un manchón borroso allá donde se supone que debe estar su rostro, como una imagen en el televisor que tuviese las caras desenfocadas para proteger la identidad de quienes aparecían en ella. El hombre no se mueve, permanece con la misma postura, junto a la mesa. Sin embargo, cuando habla, su voz*

parece resonar por todas partes, como si rebotase proyectándose por toda la estancia.

—¿Cree que me importa lo que le pase, cree que me importa su dolor? Ya sabe lo que necesito. A estas alturas, ya se lo habrá imaginado.

—¿Es que no lo entiende? ¡No puedo obedecerle! Si lo hago, ¿qué será del mundo? Todo se desmoronará y ya nada será igual.

*La figura suelta una risita sofocada.*

—Es posible, sin embargo, ya no depende de mí. Hice todo lo que estaba en mi mano para convencerle. Mi tiempo aquí se ha acabado, aunque lamento tener que decirle que ese no es su caso.

Sin dejar de permanecer en su lugar, recoge la picana eléctrica de la mesa y la levanta sopesando su solidez. Luego, le acerca el extremo de la picaña a los testículos.

—¡No espere! ¡Espere se lo ruego!

—No queda más tiempo.

La electricidad recorre su cuerpo de un extremo a otro, sus músculos se tensan como la cuerda de un piano, con cada sacudida golpea con fuerza la cabeza contra la cabecera del sillón de dentista.

*Una vez, y otra, y otra.*

*Pero nada consigue alejar el sufrimiento.*

Martin encontró al inspector Paniagua sentado tras la mesa de su despacho, tenía el rostro hundido entre las manos. Había recibido un mensaje en el contestador automático de su teléfono móvil de que quería verle en el complejo policial y la voz del inspector parecía enojada. Cuando repiqueteó ligeramente con los dedos en el marco, el inspector levantó la cabeza. Sus ojos estaban hinchados y un poco inyectados en sangre lo que era sintomático del cansancio que sentía. Tenía el rostro tan tenso y cárdeno que Martin temió que le estaba dando una apoplejía.

—Usted habló con Olcina del caso de El Ángel Exterminador. —Sin saludar, el inspector fue directamente al grano. No era una pregunta así que Martin se mantuvo en silencio, a la espera.

—¿Cómo se atreve a inmiscuirse en una investigación para la que no está autorizado? —El inspector estaba haciendo verdaderos esfuerzos para mantener la calma—. No tiene ningún derecho a meter sus narices en ese caso.

—El subinspector me pidió ayuda.

—Tendría que habérmelo consultado primero.

—Lo hizo porque pensó que sería bueno para la investigación, que podría arrojar alguna luz sobre ella.

—¡Se equivocó! —Sus esfuerzos por mantener a raya la irritación que sentía estaban empezando a flaquear—. Ya es bastante tener que aceptar su intromisión en una investigación para encima permitir que su cháchara psicológica de pacotilla enturbie una segunda.

Martin sintió que la ira encendía sus mejillas.

—Inspector, si lo que sospecha Olcina es cierto es muy probable que tenga en sus manos una bomba de relojería. —Replicó, furioso—. Su asesino coincide al detalle con el perfil de un agente de la ley perturbado y eso solo puede significar un montón de mierda en su camino. Necesitará de toda la ayuda que pueda precisar.

—Sí, pero ayuda policial. —Se obstinó Paniagua—. La vieja y fiable ayuda de un equipo de investigadores, nada de ese galimatías suyo que nadie entiende y nadie quiere.

Martin inspiró hondo.

—Inspector, solo quiero ayudar. Olcina y yo convinimos que el perfil coincide con el comportamiento psicológico de un agente del orden quemado o con tendencias racistas.

—Olcina siempre será un cretino, no tiene remedio.

El insulto del inspector había sido lanzado con suavidad, así que Martin lo ignoró. Podía sentir como la ira inicial del enorme policía se iba diluyendo, quizás por el agotamiento que le había consumido las pocas fuerzas que le quedaban o quizás porque empezaba a comprender que el subinspector había obrado acertadamente al solicitar la opinión de Martin. Así que decidió presionar al inspector un poco más.

—¿Qué sabe de la diferencia entre el *modus operandi* y el ritual de un asesino en serie?

Paniagua se encogió de hombros.

—No estoy seguro pero parecen ser la misma cosa.

Martin negó con la cabeza.

—Un psicópata que mata porque cree tener una misión, como parece tratarse de El Ángel Exterminador, suele seguir un ritual que refleja la naturaleza de su misión y que, a menudo, coincide con la patología que le aflige. —Explicó—. El ritual contribuye a cumplir la misión tanto como la propia muerte. Se trata básicamente de la necesidad que siente el asesino a seguir unos determinados pasos para obtener la máxima satisfacción del homicidio.

—Entiendo, el ritual puede ser tan importante como matar a su víctima.

—Exactamente. —Coincidió Martin—. Mientras que el *modus operandi* es la manera en que el asesino comete su acto criminal. Utilizar sus propios puños, en el caso de El Ángel Exterminador, forma parte de su *modus operandi*. Elegirla, vigilarla como un depredador vigilaría a su presa, convertirla en una pulpa más allá de todo reconocimiento, forma parte de su ritual.

Paniagua asintió, cansinamente.

—Tiene sentido, pero ¿de qué manera nos ayuda a eso a capturarlo? Todo eso no es más que palabrería.

—El Ángel Exterminador deforma a base de golpes a sus víctimas por dos motivos fundamentalmente: porque se deja llevar por una ira incontrolable y porque las está deshumanizando.

—Hum..., ¿deshumanizando?

Frunció el entrecejo pero Martin pudo ver la emoción que se reflejaba en sus ojos. Estaba empezando a entender por dónde iba el razonamiento del ex agente del FBI.

—Fíjese en el estado del cuerpo de Walter Delgado, en su rostro. Incluso bajo los estragos causados por el fuego, a duras penas es difícil identificarlo, casi no parece humano. Pienso que El Ángel Exterminador no mata únicamente llevado por la ira; claro que es muy posible que sufra de brotes paranoicos y que piense que sus víctimas le espían o algo así. Pero creo que les deforma el rostro porque piensa que no merecen tener la condición de personas.

Arturo Paniagua alzó ambas manos a la altura de su rostro y entrecruzó los dedos.

—¿Cómo encaja eso en el perfil de un agente de la ley?

—Inspector, el trabajo policial como el militar termina cambiando a la gente. Un

agente del orden puede utilizar su experiencia en la calle para ser mejor persona, ayudar al prójimo y todas esas cosas. Pero, por el contrario, también puede volverse un cínico, un descreído de la raza humana. Ver siempre el lado oscuro de las personas puede tener ese efecto sobre uno. Es muy posible que El Ángel Exterminador sea un ejemplo de esta categoría.

El inspector Paniagua se estaba mirando las manos. Se agitaba incómodo en su sillón mientras decidía si aceptaba las premisas de Martin o las rechazaba de plano.

—Todo eso no son más que hipótesis absurdas.

Martin se encogió de hombros.

—Walter Delgado les confesó que el agresor de Oswaldo llevaba un uniforme, ¿no es cierto?

Paniagua dio un resoplido, y se recostó de nuevo en el sillón.

—Walter era un sinvergüenza, metido en líos con los Latin King, podría haber dicho cualquier cosa con tal de salvar su culo.

Martin negó con la cabeza.

—No lo creo, Olcina dijo que el chico estaba realmente asustado. En ese estado es muy difícil mentir. Si Walter dijo que vio a un policía es que vio a alguien uniformado.

Paniagua dejó pasar unos prolongados minutos en silencio.

—¿Un agente de la ley racista? —Dijo finalmente—. ¿Eso es lo que me está diciendo?

Martin asintió.

—Merece la pena echarle un vistazo, ¿no cree?

—Ha dicho que piensa que sus víctimas no merecen tener la condición de personas. ¿Cree que es algo que le pasó en la infancia o algo así? ¿O a alguien de su familia?

De pronto, Paniagua pareció apesadumbrado, mientras echaba un vistazo fugaz a la única fotografía que decoraba el despacho y que mostraba a su hija y a su mujer sonrientes en lo que parecía ser un parque de atracciones temático.

—¿Cómo está su hija, inspector? —Quiso saber Martin con suavidad, ignorando a su vez la pregunta del inspector. Resultaba evidente que el hombre no estaba pasando por su mejor momento.

—Está bien, fuera de peligro. —Respondió—. Gracias por interesarse.

—Debería estar junto a ella y con su mujer. Uno no debería sacrificar su vida familiar por el trabajo y menos cuando más necesitan de su presencia.

—No acabo de comprender qué insinúa. —Dijo Paniagua con suspicacia, a la defensiva.

—No insinúo nada, inspector. Me preocupa, es todo. Evidentemente está usted cansado, se le nota en el rostro y solo estoy sugiriendo que se vaya a casa y descanse.

Arturo Paniagua se sintió tentado de responderle de manera airada, de decirle que se metiera en sus asuntos, pero fue incapaz. Martin tenía razón y su lugar en esos

momentos no se encontraba en su pequeño despacho hablando de asesinatos y de los monstruos que los cometen. Su lugar estaba junto a Consuelo y a Gabriela. Junto a su familia, sobreponiéndose unidos al revés que acababan de sufrir. Sin embargo, el remordimiento que sentía era demasiado poderoso, demasiado sobrecogedor, y esconderse detrás de sus informes policiales parecía en ese momento más sencillo que dirigirse a su casa y enfrentarse cara a cara con su sentimiento de culpabilidad.

Martin habló con voz suave.

—Inspector, usted no hizo nada que cualquier padre no haga a lo largo de su vida. Desvió la atención de su familia para centrarla en su trabajo y su hija cometió un error que pudo costarle la vida. Pero no fue así. No merece culparse por ello. ¡Su familia no merece que se martirice por ello!

El inspector contrajo el rostro en una mueca mezcla de dolor y de aversión.

—Pero, fue culpa mía. Debería haber estado más encima, haber sido capaz de ver las señales a tiempo. —Replicó con el rostro congestionado—. Resulta irónico, ¿no cree? Me gano la vida descubriendo e interpretando pistas, conjeturando hipótesis a partir de ellas. ¿Y soy incapaz de verlas en mi propia hija?

El inspector no podía controlar las sacudidas que se habían adueñado de su cuerpo.

—No dejo de preguntarme por qué fui incapaz de ver esas pistas y detener a Gabriela antes de que consumiese drogas y se mandase a sí misma a la cama de un hospital.

Martin no supo qué contestar, tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Comprendía el sufrimiento que afligía al inspector, del mismo modo que él había experimentado esos remordimientos después de abandonar su hogar y esconderse en Madrid. Porque ahora entendía que eso es lo que había estado haciendo: había huido de sus miedos y había tomado la decisión más sencilla.

—¡Fue culpa mía! No trate de convencerme de lo contrario. —Exclamó furioso Paniagua—. No se atreva a negarme eso.

Martin asintió en silencio y levantó ambas manos en un gesto conciliador.

—Su hija tomó sus propias decisiones. Fue ella quien decidió ir a ese botellón, tomar las drogas que le ofrecían. Ningún padre es capaz de evitar que sus hijos cometan errores. Los chicos tienen que cometerlos, aprender de ellos. Es la vida.

Hizo una pausa.

—Pero eso no significa que deje de ayudarla, que se rinda como padre. Tiene que confiar en que la ha enseñado bien, en que eso sea suficiente, y rezar cada vez que salga por la puerta para que regrese sana y salva.

Las lágrimas comenzaron a asomar en el rostro del inspector.

—Inspector, está agotado. Usted sabe que una mente agotada es incapaz de pensar con lógica y le necesitan en plenitud de facultades para cazar a El Ángel Exterminador. —Razonó Martin—. Vaya a casa, se lo ruego, descanse unas horas y cuando regrese detendremos a ese monstruo de una vez por todas... A ambos



monstruos.

Martin sonrió e hizo una leve pausa antes de continuar:

—Tiene mi palabra.

Arturo Paniagua bajó la mirada abochornado, las lágrimas corrían con libertad por sus mejillas demacradas. Martin posó la mano suavemente en su hombro y le ayudó a levantarse de la silla.

—Vamos. —Dijo—. Le pediré un taxi.

Samuel se encontraba hecho un ovillo sobre las sábanas sucias de su dormitorio. Aquel día no había ido a trabajar, no se había sentido con fuerzas. Aunque, en realidad, lo que sucedía era que tenía miedo, sentía verdadero pavor de volver a soportar la voz en el interior de su cabeza.

Un sonoro golpe reverberó con fuerza desde la puerta de entrada y supo de inmediato que se trataba de ella. Lo supo porque intuía que se había equivocado gravemente cuando había sido incapaz de matar a Alba Torres. Presentía... no, estaba seguro de que su decisión traería consecuencias. Unas terribles y dolorosas consecuencias. Tendido en el mugriento lecho, que olía a sudor y a agrio, solo movió los ojos en dirección al ruido que le había perturbado.

Los golpes volvieron a sonar.

*Márchate, déjame solo.* Gritó en su cabeza.

Sintió que se le saltaban las lágrimas pensando en la voz. No sabía cómo iba a explicarle que no había podido acabar con la vida de la muchacha, que la había tenido entre sus robustas manos, después de haber aniquilado a todos los inmundos esbirros de la banda que había encontrado en el almacén, pero no había podido terminar el trabajo.

*¡Su luz era tan brillante!*

De pronto, los golpes en la puerta se desvanecieron y en la casa quedó solo el silencio. Aquello fue peor, porque con el silencio llegó la voz, susurrándole al oído, igual que había sucedido todas las noches desde que comenzó a escucharla en el interior de su cabeza. Sinuosa, tentadora.

—Hola Samuel, ¿me echaste de menos este fin de semana?

Se quedó inmóvil, esperando que con ello ella pensara que estaba durmiendo o, lo que sería infinitamente mejor, muerto. Sintió su presencia en el cuarto, un hálito de viento frío rozando su piel. No se atrevía a abrir los ojos, aguzó el oído, con los labios trémulos y la cabeza hundida en el colchón. Nada. ¿Lo habría imaginado? Muy posiblemente, porque estaba loco y los locos imaginan cosas, ¿no es verdad? Samuel era paranoico, o eso es lo que había dicho el médico de su infancia y, desde entonces, habían repetido todos y cada uno de los matasanos que le habían examinado. Así que muy probablemente había imaginado a la voz en su cabeza, susurrándole.

O quizás no.

Al final no aguantó más. Lentamente, abrió un ojo. Fue tan solo una rendija, un

herida abierta en la oscuridad que le permitió distinguir algunos retazos caóticos de su habitación. Las sucias paredes laminadas con recortes de revistas, la cómoda en donde guardaba su bastón de defensa extensible, el armario empotrado... Rápidamente apartó la mirada de aquel lugar, no se atrevía a mantenerla fijada por mucho más tiempo, aunque el deseo incontenible que sentía le hacía echar vistazos furtivos como un metal atraído por el imán. Abrió el otro ojo. No había ni rastro de ella por ninguna parte. Debería haberse sorprendido, pero no fue así. Ya había sobrepasado la capacidad de sorpresa en lo referente a ella.

Saltó de la cama y se dirigió a la cómoda.

El bastón extensible estaba donde lo había dejado el sábado anterior, junto a sus esposas y un spray de gas pimienta de fabricación rusa que había adquirido por Internet y cuyo nivel de capsaicina<sup>[29]</sup> sobrepasaba el cinco por ciento permitido en España. Si rociabas a alguien con ese gas, le dejabas en el suelo en cuestión de segundos. Asió el bastón y lo extendió con un movimiento brusco de muñeca. Sus treinta centímetros de acero reforzado le hicieron sentir un poco mejor. Intentó serenarse lo mejor que pudo y giró sobre sus talones para terminar de asegurarse que se encontraba solo en la habitación, mientras las lágrimas le resbalaban aún por el rostro. Cuando completó el giro, dio de repente un respingo.

—Te he preguntado si me has echado de menos, Samuel. —Preguntó la voz, en un susurro—. No está bien dejar esperando a una dama.

Samuel dio un paso hacia atrás y blandió la porra con una mano temblorosa.

—¡Déjame en paz! —Gritó al aire estancado y hediondo—. Lo dejo, búscate a otro para que haga lo que quieres. ¡Tienes que dejarme en paz!

—No, Samuel. Sabes que eso no es posible. —Dijo ella—. Dime dónde está la zorra.

—¡Está muerta! ¡La maté, como me dijiste!

Sin saberlo, Samuel estaba aullando. La mano que asía el bastón extensible estaba lasa, pegada al costado de su cuerpo, la punta del bastón rozando el suelo, olvidado.

—No me mientas, Samuel. Es inútil, siempre sé cuando me mientes. —Susurró—. Pronto estará todo terminado y tu tarea habrá acabado. Y me marcharé, te lo prometo, pero nada de esto será posible si la zorra sigue con vida.

—Noooo... La chica es inocente, no es como el resto que me obligaste a matar. Su luz es pura y blanca, no es oscura y sucia como la de los demás.

Pronunció las palabras a gritos, y el sonido de su propia voz rebotando en las paredes de la habitación lo sobresaltó, como si no hubiese hablado él sino otra persona quien la hubiese proferido. Cerró los ojos con fuerza y deseó que ella desapareciese. Aguardó unos minutos con los ojos cerrados fuertemente, tenía la boca reseca y sentía deseos de toser pero se contuvo por miedo a que las convulsiones le hiciesen abrir los párpados de nuevo.

—Solo tienes que matarla. —Insistió la voz, muy cerca de su oído—. Ya te lo dije, me ha visto y por eso tiene que morir.

Samuel sollozó.

—No puedo. No puedo seguir haciéndolo. Lo siento.

De improviso, levantó el bastón por encima de su cabeza y lo dejó caer con fuerza sobre el lugar donde intuía que se encontraba ella. Pero, nada pasó. Abrió lentamente un ojo y espió el espacio con aprensión. Estaba desierto. Volvía a estar solo en la habitación. Dejó caer el bastón, se quitó el resto de la ropa y se dirigió hacia el lecho, hipando. Entonces, se hizo un ovillo pegadas las rodillas a su barbilla. Y se quedó muy quieto. Escuchaba la quietud que se había adueñado de su cabeza y la quietud parecía escucharle a él.

*¿Dónde se había metido la voz?*

No importaba, volvió a echar una escurridiza mirada hacia la puerta del armario y se atrevió a dejar escapar una sonrisa. Al principio, tan solo se trataba de una simple mueca, un leve alzamiento de las comisuras de los labios. Luego, se hizo más amplia, hasta convertirse en una sonrisa abierta y sin miedo. Soltó una carcajada demente. Había conseguido burlarla, se había enfrentado a ella abiertamente y la había vencido. Se sentía como un coloso, invencible.

Entonces la voz regresó, más estruendosa que nunca.

—Eres débil, Samuel. Solo eres carnada, un saco de huesos y carne sin espíritu.  
—El torrente de voz fría le heló los tímpanos y laceró su cerebro como un buen sorbo de bebida granizada.

—Dime dónde está la zorra y te dejaré en paz. —Insistió, el volumen de la voz iba en aumento—. Ya no necesitas matarla tú mismo, otro se encargará de ella, pero tengo que saber dónde se encuentra. Sé que la tienes, ¡DÍMELO!

El último grito fue demasiado para él y Samuel se entregó a la inconsciencia con el alivio de un suicida que finalmente se atreve a dar el paso definitivo hacia el abismo.

Ahora, sí podría descansar.

El coronel Sadeq Golshiri espiaba por el ventanal de su apartamento de la Torre Espacio a los escasos viandantes que recorrían la calle, treinta pisos más abajo. Desde aquella altura, los peatones parecían insectos atareados desplazándose de un lado a otro sin cesar. Se encontraba alojado a la mitad de altura del esbelto rascacielos en donde había tenido la precaución de establecer su cuartel general privado en cuanto supo que el general Al-Azzam le iba a enviar a Madrid.

Sadeq Golshiri había tenido siempre la certeza de que, tarde o temprano, el asesino iba a ir a por él y le gustaba pensar que se encontraba preparado. Por lo visto, el avisado general del IRGC estaba de acuerdo con él y por ello se había convertido sin saberlo en el cebo para capturar a un peligroso depredador.

Se giró y cruzó la enorme estancia que formaba el salón y se dirigió al cuarto de baño. El demacrado rostro que le devolvió la mirada desde el espejo reflejaba el nerviosismo que sentía. Porque aunque quisiera mantener una fachada de arrogante confianza, en su interior estaba sencillamente aterrado.

Después del fiasco que había significado la muerte de la doctora Farhadi, estaba seguro de que le había llegado el turno. Había hecho cosas terribles en Teherán, aunque siempre las hizo cumpliendo las órdenes recibidas, el IRGC no era precisamente benévolo con aquellos a los que consideraba una amenaza para la República Islámica de Irán o quienes se negasen a acatar una orden. Sadeq Golshiri sabía que algún día tendría que pagar por ello, que Alá le golpearía con toda la furia de su justicia divina y que no le esperaba la recompensa de la *Yanna*<sup>[30]</sup> al final del camino.

Sin embargo, no estaba preparado. Todavía, no.

Con todo el cuidado que había puesto, toda la precaución posible era poca si se tenía en cuenta que era su vida la que estaba en peligro. ¿Cómo era posible que hubiese llegado el momento? ¡Aquel maldito demonio vengador llamando a su puerta! ¡Resultaba inaceptable! Lo peor de todo había sido la actitud del embajador Lakhani. Su indiferencia. Tomó una breve nota mental de que si salía de esta con vida, le pagaría una breve pero inolvidable visita al perro traidor y le demostraría con sangre, quién tenía realmente el poder y las riendas sobre su futuro. No le importaba que el diplomático estuviese protegido por el propio director del VEVAK. Él tampoco se quedaba manco en cuestión de padrinos y ya se vería qué organización tenía más

poder en su país, si los espías del Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional o los guerreros de la Guardia Revolucionaria.

Como si hubiese leído sus pensamientos, sonó su teléfono móvil rompiendo el silencio en el interior del moderno apartamento. Fue tan inesperado, que Golshiri dio un respingo involuntario.

—*Salaam* Sadeq.

Hablando del mismísimo Diablo...

—*Salaam* General Al-Azzam, ¿qué puedo hacer por usted?

—El embajador Lakhani ha divulgado serias acusaciones contra ti, Sadeq. —Dijo el general con voz ronca, pasando a tutearle.

—¿Qué acusaciones? —Se limitó a preguntar Golshiri.

—El embajador asegura que no estás empleando todo tu potencial para cumplir la misión que Alá te encomendó, que eres incapaz de atrapar al renegado que está acabando con la vida de buenos musulmanes. —La percepción de seriedad en su voz lo decía todo acerca del motivo de la llamada—. ¿Es eso cierto, Sadeq?

—Sí y no.

El silencio prolongado al otro lado de la línea indicó a Golshiri que el general ya sabía la respuesta a su pregunta y tan solo pretendía concederle algún tipo de explicación.

—¿A qué atañe ese sí?

—Lakhani insinuó que el asesino me habría elegido a mí como su próxima víctima. —El coronel se negó a concederle el título diplomático al hombre que tanto detestaba y que había estado conspirando a sus espaldas para intentar salvar su propio trasero de la quema. Sayd Lakhani, siempre el político.

—Y no puedo estar más de acuerdo con él, Sadeq.

—Lo sé, general. —Golshiri no había tuteado al general en ningún momento, por mucho que le considerara su tutor en el IRGC, con hombres tan poderosos como él uno mantenía siempre las distancias, por si acaso—. Pero también insinuó que debería poner mi vida en manos de la causa y dejarme morir para que él y su odioso Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional detuviesen al asesino y llevarse todos los laureles.

—Sadeq, cuidado con lo que dices. —Le advirtió el general Al-Azzam, su tono de voz se había tornado frío como el hielo—. El VEVAK vela por la seguridad de nuestro glorioso país tanto como el propio IRGC.

—General, le aseguro que no tengo ningún reparo en poner mi vida en manos de Alá, si ello contribuyese a ayudar a detener al asesino. Pero no pienso dejarme matar como un sucio árabe para satisfacer la ambición de un politicastro como Sayd Lakhani.

—No espero menos de ti, Sadeq. Pero lo cierto es que no has tenido ningún éxito a la hora de detener al asesino. Ya tuviste tu oportunidad en Teherán y se te escapó entre los dedos.

—Ese fiasco no fue culpa mía y usted lo sabe, general. Lakhani estaba fuera de control, su propia ambición le perdió y se inmiscuyó en mi operación para permitir que el VEVAK tomase el control y, con ello, dejó escapar al asesino.

—Es posible, Sadeq. Aun así, sigues sin solucionar nuestro problema. —Le recriminó el general—. Verás, el momento actual en nuestro país es muy delicado. No tengo que explicarte que las interminables luchas internas de poder entre la Guardia Revolucionaria y el Ministerio de Inteligencia nos están debilitando a ojos de Occidente.

Siguió otro silencio.

—Con la bendición de Alá he gastado una buena cantidad de influencias para acercar ambas posiciones y conseguir que el IRGC y el VEVAK trabajen juntos, en un frente común. —Prosiguió—. Ese asunto tuyo sin terminar está poniendo en peligro todo mi esfuerzo y está debilitándome, coronel.

El coronel aguardó.

—¿Cuál es el plan, entonces? —Preguntó finalmente el general—. Supongo que tendrás un plan, ¿no es así?

—Con el beneplácito de Alá, pienso sacar al asesino de su madriguera y meterle una bala entre los ojos cuando decida convertirme en la próxima víctima.

—¿Cómo piensas hacerlo? Según tengo entendido, de momento, nadie ha sido capaz de estar en la misma habitación que él sin terminar con su mano izquierda mutilada como un vulgar ladrón y los sesos desparramados por el lugar. —Preguntó con suspicacia, el general.

—Le he tendido una trampa. En un lugar de mi conveniencia, vigilado día y noche por mis hombres. —Explicó con firmeza Golshiri—. Créame, general, en el mismo instante en el que el asesino pise una baldosa de este apartamento para dejar su sangriento paquete, le estaremos esperando. Y, entonces, morirá.

—Pero cabe la posibilidad de que no se arriesgue y de que decida matarte sin más. —Dudó el general—. Solo Alá sabe realmente qué pasa por la mente del asesino.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo. En cualquier caso, es hombre muerto. Se lo garantizo.

—Por tu bien, espero que así sea, Sadeq.

Y, sin despedirse, cortó la comunicación.

Martin seguía dándole vueltas a todo lo que le había contado Peter Berg sobre el coronel Golshiri y su implicación en las muertes del proyecto llevado a cabo en las instalaciones del SESAME y la serie de asesinatos de Teherán. Si sus sospechas eran correctas, Sadeq Golshiri estaba en el centro de todas las preguntas sin responder.

Entonces, sus pensamientos se cernieron sobre una pregunta escalofriante: ¿Y si Golshiri fuese el asesino al que perseguían? Sin duda habría tenido los medios a su alcance para cometer los crímenes y encajaba en el perfil de alguien que sabía cómo torturar a sus víctimas para sacarles la información que estaba buscando y luego, ejecutarlas fríamente de un disparo a la cabeza. Pero ¿cuál sería su motivación? Sin motivo, no había culpa y no conseguía discernir la razón por la que un coronel del IRGC pudiera entrar en una espiral de asesinatos en serie como los que investigaban.

En cualquier caso, Martin estaba convencido de que la respuesta se encontraba en la época del proyecto, entonces es cuando se había forjado la relación entre el coronel y las dos víctimas de Madrid. Le había dicho a Olcina, respecto al caso de El Ángel Exterminador, que investigase más a fondo el primer asesinato, que oculto entre sus pruebas y sus enigmas sin resolver se hallaba la resolución del caso, y lo mismo sucedía en la investigación de los asesinatos iraníes.

Abrió su ordenador portátil y lo trajo a la vida deslizando la yema de su dedo por el panel táctil. En la ventana del buscador de Internet escribió la cadena «project sesame, sadeq golshiri» y esperó a que fueran apareciendo los resultados. Estaba obsesionado con todas las cosas que no encajaban en el caso, el perfil inconcluso del asesino, las incongruencias en el ADN, la actitud del coronel Golshiri, el problema con la cronología de los acontecimientos.

#### *El tiempo.*

En realidad, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que lo realmente peculiar en las muertes de los científicos era el tiempo. La secuencia cronológica estaba, de algún modo, fuera de sincronía, como una pieza musical tocada a un ritmo más rápido. *Allegro prestissimo con fuoco* era el término musical correcto y no significaba necesariamente que fuera algo malo, pero cuando se aplicaba a una pieza pensada para un *tempo* más lento, el resultado era aberrante. El patólogo forense les había resaltado la diferencia entre los niveles de potasio, lo que eso significaba. Les había advertido de que algo andaba terriblemente mal y, sin saberlo, les había



apuntado en la dirección más plausible.

Pero Martin seguía siendo incapaz de encajar las piezas.

Los primeros resultados de la búsqueda en Internet consistían en artículos promocionales sobre el origen del proyecto y los usos de los aceleradores de partículas en los campos de la industria, biología, química, geología, medicina, medioambiente y la física. Ninguno de ellos mencionaba, ni de pasada, al coronel.

Martin dejó escapar un prolongado suspiro de frustración. Aquello no le estaba conduciendo a ninguna parte y sus pensamientos acabaron derivando a su conversación con el inspector Paniagua. Sospechaba que en el caso del inspector, el trabajo era una excusa para justificar su incapacidad para conectar con su familia. El propio Martin solía decirse a sí mismo que haber viajado a España era una manera de progresar en su vida y de no quedarse estancado en una vida llena de la locura ajena y de muerte. Lo cual, sinceramente, no dejaba de ser otra excusa para no reconocer que el miedo que había sentido después de su apuñalamiento no tenía que ver tanto con la posibilidad de haber perdido su vida como con el temor al daño cruel e innecesario que tal cosa causaría a quienes le querían.

Martin no estaba seguro.

El ordenador emitió un leve pitido que le avisaba de que había recibido un correo electrónico. Abrió el buzón de entrada y vio un mensaje de Peter Berg que acababa de descargarse del servidor. Al abrir el mensaje leyó una breve nota de Peter que explicaba que la Interpol había enviado nuevo material sobre los asesinatos de Teherán y el historial del coronel Golshiri. Martin notó que se le aceleraba el corazón. Imprimió toda la documentación y con los ojos entornados comenzó a leerla.

Las primeras muertes se produjeron en Teherán, entre los meses de noviembre y enero. El profesor Amir Sadr, de la Universidad Shahid Beheshti, especializado en física nuclear fue asesinado por un desconocido que le asestó varias puñaladas mortales antes de perderse entre la multitud. Meses más tarde, se produjo un nuevo asesinato. Esa vez se trataba de Ahmadi Abbas, experto en física cuántica de la Universidad de Teherán, muerto por la explosión de un artefacto adherido a los bajos de su automóvil y detonado en la distancia por un motorista. Irán acusó al Mossad de orquestar ambos asesinatos y detuvo a un sospechoso que confesó haber sido entrenado por soldados israelíes para llevar a cabo el último atentado.

Pese a sus prioridades, Martin dejó escapar un silbido de aversión, despreciaba a todos los gobiernos que organizaban ataques terroristas amparados en sus ideas políticas o su religión. A sus ojos eran todos unos miserables. Desgraciadamente para él, aquella pieza de información de la Interpol no le servía de gran cosa. Salvo, claro está, el detalle de que el responsable de la detención del sospechoso fue el coronel Sadeq Golshiri.

Entonces leyó el siguiente informe.

Un nuevo científico había sido asesinado en Teherán y se relacionaba directamente con las dos muertes anteriores. Un nuevo atentado. Leyó rápidamente

los folios impresos esperando encontrar los indicios que le condujeran a relacionar esos asesinatos, ocultos siempre bajo la tapadera de atentados políticos cometidos por el Mossad, la IRGC o cualquier otro enemigo del estado que se le podía ocurrir a los representantes gubernamentales iraníes. En ninguno de ellos se mencionaba los macabros paquetes y solo uno de ellos había recibido un disparo en la cabeza. Sin embargo, Interpol pudo saber que el segundo científico asesinado sufrió un traumatismo previo y que ya estaba muerto cuando se produjo la explosión de su vehículo. Además, como había explicado Peter, a todos ellos le faltaba la mano izquierda. ¿Por qué las mutilaciones? Estas no coincidían con la tesis de los atentados barajada por la policía iraní. Martin no podía imaginarse a un asesino a sueldo del Mossad amputándoles las manos a sus víctimas. Normalmente lo que buscaría sería cometer su crimen y salir huyendo del lugar lo más rápido posible. Todo aquello olía a tapadera.

Entonces, encontró una foto de la Agencia IRGC, una oficina de noticias semioficial que distribuía voluntariamente la propaganda del gobierno a cambio de favores y exclusivas. En la foto se veía a un grupo de policías iraníes levantando el cadáver de una de las víctimas. Martin contrastó el nombre del pie de foto con las notas del informe: profesor Massoud Jassim, Universidad de Teherán. La tercera víctima. Especializado en biotecnología y nanotecnología, asesinado de un disparo en la cabeza desde una motocicleta cuando se dirigía a su domicilio. El vehículo estaba cubierto con una lona azul y el cuerpo se hallaba tumbado en el suelo, en medio de la calle. ¿Por qué tenía la sensación de que aquella escena estaba recreada? Todo parecía dentro de lo normal. El coche estaba siendo levantado por una grúa y...

De repente, lo vio.

*¡Los cristales!* No había ni rastro de cristales en el suelo asfaltado. Un reflejo en el lado del conductor le indicó además que la ventanilla se encontraba intacta y no había sido hecha añicos por un disparo a bocajarro. No podía estar seguro de la ventanilla del copiloto pero algo le decía que estaba sobre la pista buena. El profesor Massoud Jassim no había sido asesinado en aquella calle de Teherán.

Regresó a su ordenador portátil e hizo una nueva búsqueda en Internet. Esta vez escribió: «massoud jassim, sadeq golshiri». Y la primera noticia que apareció le golpeó con la fuerza de un tren de mercancías. El profesor Massoud Jassim había sido retenido unas horas por el IRGC en relación a un asunto incierto. Desde la tranquilidad de su hogar, el profesor se quejaba del abuso de poder del IRGC y proclamaba su amor incondicional hacia su país y el régimen. La idea, se explicaba el profesor, de que él no pusiese sus conocimientos científicos y su experiencia en manos de su país rozaba la perversidad.

Martin sintió un familiar cosquilleo en la boca de su estómago. Ese revoloteo de mariposas que acompañaba siempre al descubrimiento de una pista importante. Abrió una nueva búsqueda relacionada con el resto de científicos y el coronel y se quedó estupefacto. El coronel Golshiri, siguiendo órdenes del IRGC, había retenido

ilegalmente a los tres científicos, los había interrogado bajo la sospecha de ser colaboradores del MEK<sup>[31]</sup> y revelar secretos del Programa Nuclear iraní a Israel, y semanas más tarde habían empezado a aparecer muertos. Lo más curioso es que solo uno Amir Sadr había formado parte del Programa Nuclear. Todos ellos trabajaban en campos como la física cuántica, la biotecnología y la nanociencia. Entonces, ¿qué es lo que buscaba Golshiri? ¿Cuál era el motivo que había llevado a la Guardia Revolucionaria a retener e interrogar a esos tres científicos? Y, lo que era más importante, ¿qué relación tenían con los asesinatos de Madrid?

Martin frunció el ceño preocupado, los científicos muertos, por qué los habían matado y cómo los habían matado pesaba en su estado de ánimo que se estaba volviendo más sombrío. Se preguntaba qué sabía en realidad sobre el asesino. Para ser honestos, muy poco. Hizo el mismo ejercicio con Sadeq Golshiri y la respuesta no varió. Necesitaba más información. Entonces, cambió de estrategia y se preguntó de qué estaba seguro. Bueno, estaba seguro de que el coronel y las víctimas se conocían con anterioridad a la cumbre. Estaba seguro de que el asesino tenía una lista de víctimas y que no todos los nombres incluidos en ella habían sido tachados. Estaba seguro de que la secuencia cronológica no coincidía.

¿De qué más podía estar seguro?

También era innegable que si el asesino había sido capaz de matar a tres científicos en Teherán, y repetido la jugada en Madrid, engañando a todo el mundo con el truco del ADN, era más astuto e inteligente de lo que suponía. Alguien con un coeficiente intelectual elevado como... *¡un científico o un físico cuántico!*

¿Podría ser tan simple?

Las pulsaciones de su corazón se aceleraron como un coche de carreras. Quizás la clave se encontraba en esos interrogatorios. Quizás uno de los científicos interrogados quisiera vengarse por algo o de alguien. ¿No había establecido esa relación Marc Claver? ¿No había sugerido Marc que el asesino podría ser otro hombre de ciencia que estuviese castigando a sus colegas? Pero ¿por qué? ¿Por apropiarse de su trabajo? ¿O destruirlo?

El sol se había puesto por el horizonte y había dejado paso a una hermosa luna gibosa menguante que clareaba el cielo nocturno. Decidió ir a la cocina y prepararse un café *ristretto* que se bebió de pie sin degustar de demasiado su sabor.

*La secuencia.*

¿Por qué regresaba siempre a pensar en la secuencia cronológica? La presunción de que la mutilación de las manos se produjo antes que las muertes, y que estas fueron anteriores a la entrega de los paquetes. Era lo lógico, ¿no? Pensar otra cosa resultaba... ¿Imposible? ¿Improbable? ¿Una locura? Tenía toda la lógica del mundo... Pero estaba todo mal según las pruebas forenses.

Súbitamente, otra idea le cruzó por la mente. Una idea que le erizó el vello del cuello e hizo que un escalofrío recorriera su espina dorsal. Si el asesino era uno de los científicos interrogados, ¿no tendría más sentido que quisiera vengarse del hombre

que lo interrogó? El hombre que había interrogado a las víctimas de Teherán. El hombre que conocía a todas las víctimas. El coronel Golshiri no era el asesino que estaban buscando, era el patrón que unía a todos los asesinatos.

¡Sadeq Golshiri era la siguiente víctima del asesino!

Al despertar, Golshiri no se sentía descansado y le dolían las articulaciones. La mano izquierda le temblaba sin cesar, y derramó el agua caliente mientras intentaba prepararse un té. Le había dicho al general Al-Azzam que tenía un plan y no había mentido pero tampoco había sido del todo honesto porque, para ser justos, Sadeq Golshiri no tenía muchas esperanzas de que sobreviviese a su plan. Era una cuestión de pura lógica que tenía mucho que ver con el orden cronológico en el que se habían sucedido los acontecimientos en los anteriores asesinatos. Tanto los de Teherán como los que se habían producido en Madrid.

Se sentó en una banqueta alta de la cocina con la mirada perdida. La ira que había sentido hacia el embajador Lakhani y su sugerencia de que se utilizase a sí mismo como cebo se había desvanecido dejándole en un estado de aceptación, que sin embargo no le servía de gran ayuda para anular el nerviosismo que le atenazaba. Sorbió un poco de té con aire vacilante y, a continuación, se encendió un cigarrillo Bahman. Aquel era un vicio que no se permitía muy a menudo y muy pocos de sus allegados sabían que lo tenía. Siempre le había parecido ridículo el nombre, *bahman* era el mes del calendario iraní en el que se había producido la Revolución y la Compañía de Tabaco iraní tenía por costumbre utilizar meses del calendario para bautizar a sus marcas.

Sadeq Golshiri llevaba el pelo alisado, echado hacia atrás, no se había preocupado esa mañana de engomarlo como era su costumbre y se le veían las entradas. Se metió la mano en el interior de la chaqueta y extrajo su pistola PC-9 IRGC, de fabricación nacional. Entonces inició la inspección del apartamento, una vez más. Se trataba de la tercera vez que lo hacía aquella mañana pero, si sus cálculos eran correctos, el asesino haría su jugada esa misma mañana. Y Sadeq Golshiri esperaba estar preparado.

La muerte de la doctora Farhadi había sido una sorpresa solo hasta cierto punto. Aunque era cierto que sus hombres habían hecho todo lo posible por evitarlo, no era menos cierto que no habían tenido posibilidad alguna. Sin embargo, para Golshiri había significado la información que necesitaba para estudiar al asesino, sus métodos, y comprender horrorizado cómo había conseguido salirse con la suya. Una vez que hubo comprendido esto, había sido muy sencillo saber cómo iba a obrar a continuación y qué tipo de trampa le tendería para atraparle llegada la ocasión.

Cuando concluyó la inspección del moderno apartamento, se asomó a la puerta y

saludó con un seco movimiento de cabeza a los dos soldados vestidos de paisano que custodiaban la entrada. Ambos habían sido adiestrados por el IRGC en labores de protección de personalidades y eran más que capaces de mantenerle libre de todo peligro por sí solos. Estaba a salvo, no le cabía ninguna duda, había trazado un plan infalible. Aun así, el frío tacto de la PC-9 le producía cierto confortamiento que no estaba dispuesto a ignorar.

Por otro lado, los dos guardias apostados en la puerta no eran su única línea de defensa; de hecho, estaban ahí para disuadir al asesino a que utilizase la puerta de la entrada y se encaminase a la de servicio. Golshiri había apostado a media docena de guardias revolucionarios armados con subfusiles MPT-9, letales réplicas del popular MP-5 de Heckler & Koch. El coronel había hecho que los apostados en la puerta de servicio accediesen a la Torre Espacio en horarios diferentes y vestidos como anodinos hombres de negocios. No había forma humana de que el asesino pudiese saber que se encontraban allí. La trampa era perfecta.

Regresó a la cocina y encendió un segundo cigarrillo. La acritud del humo del cigarrillo le hizo lagrimar por unos instantes. Retrocedió hasta la puerta que comunicaba la cocina con el resto del pasillo y se apoyó en el marco.

Al final de pasillo podía distinguir las formas agazapadas de los guardias revolucionarios, esperando. Parecían sacados de una mala película de espías, con sus oscuros trajes de negocios tensados bajo la presión de sus músculos, amenazando con romperse por las costuras en cualquier momento. Uno de ellos se giró y le hizo una indicación con la mano de que todo estaba bajo control.

Y, sin embargo, el coronel Golshiri estaba inquieto. Le dio una larga calada a su cigarrillo, mientras trataba de identificar la causa de su inquietud. Lo había repasado todo concienzudamente, había valorado cada posibilidad, inspeccionado cada centímetro de aquel apartamento, sencillamente no existía posibilidad alguna de que algo pudiera salir mal.

Sadeq Golshiri no era un hombre que estuviese acostumbrado a sentir miedo. Normalmente era él quien solía infligir miedo en los demás y rara vez sentía ese tipo de inquietud. Pero esa mañana no había dejado de temblar como un flan desde que se había levantado. En medio de aquella moderna cocina, amueblada con el gusto propio del decorador de interiores que sabe que el dinero no es un impedimento, el coronel Golshiri se sentía atemorizado. Suponía que el hecho de convertirse en el cebo de un asesino despiadado podía ejercer esa influencia sobre uno. Aun así percibía que había algo que se le escapaba, la presencia de una variable que no había conseguido prever.

Pero no, aquello no era posible. Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos confusos de su cabeza y entonces lo vio. Un levísimo rastro de condensación del aliento de alguien en el cristal de la mesa auxiliar del salón. ¡No, un momento! ¿Cómo era posible?

*¡El asesino había estado allí!*

El coronel Golshiri abrió los ojos de par en par cuando los mecanismos de su

cerebro terminaron de disparar las últimas sinapsis y cayó en la cuenta de que el asesino había conseguido burlarlo. Soltó un juramento. ¡Debería haber sido más cuidadoso! Salió como una flecha de la cocina, empuñando su pistola con mano no tan firme como hubiese deseado, y se dirigió raudo hacia la puerta de entrada.

—¡Atentos todos! —Gruñó entre dientes—. Está aquí. El asesino se encuentra entre nosotros. ¡Encontradlo y matadlo!

Los guardias revolucionarios que custodiaban la puerta de servicio se movieron todos como movidos por un resorte, al unísono, y comenzaron a registrar las habitaciones del apartamento una por una.

Sadeq abrió el pesado paño de madera de la entrada y descubrió en el suelo los cuerpos inertes de los dos guardias apostados allí. El asesino no se había tragado el señuelo, de algún modo, había conseguido reducirlos y acceder en silencio al apartamento.

El coronel Golshiri se quedó inmóvil como una estatua. Su cerebro funcionaba a toda pastilla atando cabos y, de repente, todas las alarmas se dispararon al mismo tiempo en su interior. Incapaz de detener el leve temblor en su mano, se dio la vuelta muy despacio.

Allí estaba.

Sobre la mesa auxiliar del salón, donde antes había percibido un atisbo de condensación, reposaba el envase de plástico transparente y su macabro contenido.

*Aguardándole.*

Alzó su mano izquierda y la elevó a la altura de sus ojos, observándola con atención como si nunca la hubiese visto antes o como si algún cirujano loco le hubiese trasplantado la mano de otro durante la noche.

Y, por primera vez en su vida, reconoció que estaba bien jodido.

La mañana estaba siendo una locura, desde que los funcionarios del Cuerpo Nacional de Policía habían decidido iniciar los primeros paros para protestar por los despidos, un nutrido grupo de manifestantes se aglomeraban a las puertas del Complejo Policial de Canillas intentado hacer el mayor ruido posible con la ayuda de cacerolas, megáfonos, bocinas y la pura fuerza de sus pulmones. La planta en donde se ubicaba la IRGC era el reflejo de un lugar desolado. En total se habrían presentado a su puesto de trabajo no más de una cincuentena de personas en toda la planta y el resto se encontraba en el exterior del edificio portando pancartas y vociferando consignas contra la presidenta de la Comunidad de Madrid y el comisario jefe.

El subinspector Olcina estaba terminando el papeleo atrasado y le costaba concentrarse. En aquellos momentos, el subinspector no estaba para huelgas, ni para manifestaciones. Desde su última cita con Neme no había vuelto a verla, ni le había llamado para ver cómo se encontraba. Así que Olcina estaba irritado. No irritado por el tiempo sin saber de ella, sino por el hecho de que no podía dejar de pensar en la mulata. Como una adicción. Cerró los ojos con fuerza y contó hasta diez para que se le pasase la rabia.

¿Dónde se había metido Neme? ¿Y qué mierda había sido eso que le sucedió en el restaurante? Había sido una tontería por su parte pensar que podría confiar en la mulata, que podría hablarla sobre su trabajo y no sufrir las consecuencias por ello. La sordidez del mundo en el que vivía durante su jornada laboral no era plato para ser compartido, sino para ser engullido en solitario y sufrir la indigestión sin volver a pensar en ello jamás. La miseria humana que contemplaba a diario, semejante sufrimiento, era suya y de nadie más. Había sido un estúpido en desear que pudiera ser de otra forma. Ahora lo sabía.

Raúl Olcina escuchó una voz masculina amplificada por un megáfono. La voz llegaba desde el aparcamiento, atravesando las paredes como si fueran de papel. Frunció el ceño, no estaba seguro si aquella era la manera de proceder de un miembro de las fuerzas del orden. Ellos estaban ahí para proteger y ayudar a los ciudadanos, habían jurado hacerlo, y dejando a media ciudad sin efectivos policiales no iban a poder cumplir ese juramento. No es que no apoyase los paros, pero el mayor problema radicaba en el hecho de que esa misma tarde se había convocado también una segunda manifestación contra el programa nuclear iraní y eso significaba problemas con los grupos antisistemas y pocos efectivos policiales para contenerlos.



Por unos instantes, pensó en Paniagua y en lo que debería estar pasando por su cabeza. El inspector prácticamente le había enseñado todo lo que sabía sobre cómo ser un buen policía. Aunque le costaba dejar atrás sus continuos menosprecios como profesional, le quería como a un padre, y al final había aprendido a respetar lo que era capaz de hacer como investigador.

Sacudió la cabeza, no quería pensar en el inspector. Se preguntó si debería salir a buscar a Neme, no respondía a sus llamadas y no sabía dónde se había podido meter. Siempre le había parecido extraño que su número de teléfono apareciese como oculto cuando ella le llamaba para quedar. En cualquier caso, si reunía la motivación necesaria quizás se acercase al gimnasio donde solía ir a practicar salsa, quizás hablase un poco con ella y le preguntase por la razón por la que no había dado señales de vida desde el pasado viernes. Si acababa pronto el papeleo, podría llevarla a cenar a algún sitio bonito y pasar un rato agradable.

#### *La cena.*

Olcina todavía se preguntaba qué demonios le había sucedido durante la cena del otro día. No sabía cómo explicarlo, pero tenía la sensación de que había estado en el restaurante y luego, durante un rato, había dejado de estarlo. Era como si hubiese despertado de un sueño muy profundo, un sueño que le había asaltado de repente en la misma mesa y luego había desaparecido tan inesperadamente como apareció. Por supuesto era consciente de que aquello no tenía mucho sentido y posiblemente lo que le había sucedido tendría más que ver con el cansancio que arrastraba que con cualquier otra dramática razón que pudiese imaginar.

Sin embargo, no podía negar que había visto reflejada la preocupación en la mirada de Neme... preocupación y algo más. Algo que era incapaz de definir. Se preguntó si aquellas dudas eran deformación profesional o algo parecido, si por culpa de su trabajo se había convertido en un ser suspicaz que sospechaba de todo y de todos. Se sentía como si su profesión le hubiese manchado de alguna manera; una mancha que siempre estuviese ahí, contaminando todo lo que tocaba. Estaba convencido de que eso era lo que le pasaba, finalmente había establecido algún tipo de conexión sentimental con Neme y su suspicacia terminaría de joderlo todo.

Lanzó un juramento por lo bajo.

En ese momento estaba aporreando con vehemencia el teclado de su ordenador de sobremesa. El galimatías que había escrito en el informe resultaba indescifrable. ¿Qué coño le estaba pasando? ¿Por qué no podía quitarse de la cabeza a la mulata ni tan siquiera por unos minutos? Respiró hondo para reponerse y trató de escribir la siguiente palabra con la mayor suavidad posible.

—Disculpe. —Dijo una voz sobre su cabeza.

Raúl Olcina levantó la vista de su escritorio y observó a la pareja de hispanos que estaba plantada delante de su mesa. Ambos tenían el pelo blanco, aunque la mujer trataba de ocultarlo bajo un tinte de tonos rojizos.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —Preguntó.

—Buscamos a una persona. Hemos estado en su apartamento pero no había nadie y ninguno de sus vecinos la ha visto desde el viernes por la noche. —Contestó el hombre a la vez que sacaba una fotografía del bolsillo delantero de su gruesa camisa de algodón decorada con brillantes colores—. En el mostrador de información nos dijeron que quizás usted pudiera ayudarnos.

Y cuando Olcina le echó un buen vistazo al rostro de la fotografía, se le cayó el alma a los pies.

El inspector Paniagua había salido de su casa temprano para tomar un café en un bar cercano, algo le rondaba la cabeza desde que había discutido con el agente Cordero sobre su intromisión en el caso de El Ángel Exterminador y no podía sacárselo de encima. Necesitaba pensar en todo ello lejos de otro tipo de preocupaciones. En su casa, Consuelo no le había dirigido otra cosa que no fueran fulminantes miradas de reproche y Gabriela se había pasado la mayor parte del tiempo encerrada en su habitación y parloteando incesantemente por su teléfono móvil mientras les detallaba a sus amigos su experiencia y cómo todo había parecido un capítulo de *Anatomía de Grey*, un drama hospitalario que solía ver por televisión.

Mientras tanto, se le había ocurrido una idea, no creía que fuera gran cosa pero merecía la pena investigarla un poco. Así que no vio el sentido a quedarse más tiempo en casa sin hacer nada y decidió salir y poner a prueba su corazonada.

Walter Delgado había dicho que a Oswaldo le mató un policía. Sin embargo, en ese punto, el inspector Paniagua estaba de acuerdo con Olcina. Ningún policía se iba a arriesgar a matar al muchacho llevando puesto su propio uniforme. A menos que no lo hubiese planeado y pensara que la muerte estaba justificada.

Salió de la cafetería y detuvo a un taxi que circulaba por la Gran Vía de Hortaleza. Le dijo al conductor la dirección de la comisaría de Arganzuela. Ellos habían sido los primeros en responder a la llamada del 112 y personificarse en la escena del paso elevado de San Isidro. Cuando llegaron a su destino, Paniagua pagó la tarifa y se apeó junto a la puerta de la comisaria.

—¿Cómo va, agente? —Saludó a la mujer policía que se encontraba en la ventanilla de información. La agente era una atractiva rubia de cuerpo torneado y facciones honestas. Ella le devolvió una mirada especialmente brillante para lo recién avanzado de la mañana. Sin duda, había estado de guardia en su puesto durante toda la noche, y aun así no se le notaba en el frescor de su rostro. Paniagua sintió una punzada de añoranza de sus años jóvenes en los que podía mantener una jornada de veinticuatro horas y después salir a tomar una cerveza con los compañeros sin tener que correr a la cama desesperadamente.

—Soy el inspector Arturo Paniagua de la Brigada Especial de Homicidios Violentos.

La mujer dejó escapar el aire en un silbido poco profesional pero genuinamente de admiración.

—¿La IRGC? ¿En qué puedo ayudarle inspector?

—Estoy investigando el caso del ecuatoriano que apareció flotando en el río. — Preguntó como si tal cosa.

La agente arqueó las cejas y ladeó la cabeza en un gesto burlón. Según se decía, aquella parte del río había que buscarla con lupa y el propio Francisco de Quevedo había llamado al Manzanares en uno de sus poemas: arroyo aprendiz de río<sup>[32]</sup>.

—Por difícil que parezca. —Aventuró el inspector siguiéndole la broma con una sonrisa—. ¿Podría hablar con los agentes que acudieron a la escena?

—Aún es pronto y no comienzan su turno hasta las ocho, inspector. —Contestó la mujer policía y luego añadió con un guiño de complicidad—: Aunque a menudo no se presentan antes de las ocho y media. ¿Algo que yo pueda hacer por ayudarle?

—Me estaba preguntando quién coordinó con la IRGC el retén policial que vigilaba a la muchedumbre durante el partido de fútbol del anterior fin de semana y, en especial, a los agentes de movilidad.

—Veamos... —La mujer adoptó un tono pensativo—. La Antidisturbios es la que se encarga de organizar las fuerzas que vigilan el comportamiento de los hinchas en las afueras del estadio pero al retén de movilidad lo selecciona la Policía Municipal.

—¿Sabe quién es el responsable de nombrar a ese retén? —Preguntó Paniagua adoptando un ademán despreocupado, no quería levantar las sospechas de la agente femenina.

—Sí, el sargento Lucián Robledo.

—¿Y el sargento está en la comisaria o es uno de los que se toman las cosas relajadas? —Preguntó devolviéndole el guiño.

—¿El sargento Robledo? Qué va, se toma los horarios a rajatabla. Es un poco estirado, no sé si me entiende. —Contestó ella, sonriendo—. Pero hoy es su día libre, así que supongo que estará en casa planchando la oreja. Al menos es lo que yo hago en mis días libres, dormir todo lo que puedo. Nunca se sabe cuándo te va a tocar un día difícil.

—¿En serio? —Paniagua meneó la cabeza—. ¡Cuánta mala pata! Necesitaba la lista de los agentes de movilidad que cubrieron el partido aquella noche. Creemos que alguno de ellos pudo ver algo relevante.

—No se preocupe, inspector. Sé exactamente quién estuvo aquella noche de guardia en las inmediaciones del estadio y al otro lado del río.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque yo fui quien se encargó de repartir las órdenes del sargento.

Aquello era demasiado, mucho más de lo que Paniagua había esperado. Normalmente, la colaboración entre la policía municipal y la policía nacional no era todo lo fluida que debiera y, a menudo, había que tirar de órdenes judiciales o amenazas veladas que requerían deslizar el nombre de algún superior para sacarles algo a los agentes municipales. El pensamiento común entre los policías era creer que los agentes municipales eran todos unos frustrados que no habían conseguido entrar

en el cuerpo por falta de preparación o por haber suspendido los exámenes de acceso.

—¿Podría proporcionarme una copia de esa lista?

—Desde luego, inspector. Ningún problema. —Respondió ella tecleando algunas palabras en su ordenador.

—¿Hay alguien entre esos nombres que le destaque por algún motivo en especial?

—Paniagua se movía con mucho tacto, no quería influir ni gafar la buena suerte que estaba teniendo.

—¿Un motivo especial? ¿A qué se refiere? —Un brillo de alerta bailó en los ojos de la agente.

El inspector Paniagua se acarició la barbilla pensativamente. El modo en que formulase la siguiente pregunta resultaría crucial para obtener una respuesta sincera o hacer que la agente femenina se cerrase como una ostra y no volviese a soltar prenda alguna.

—No sé. Alguna queja de uso de fuerza excesiva o comportamiento racista. Algo por el estilo.

Una expresión truculenta asomó en el rostro de la agente. Paniagua se temió lo peor.

—Yo no sé nada de eso. —Resultaba evidente que mentía.

El inspector tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no saltarle encima y gritarle que estaba llevando a cabo la investigación de un asesinato y que le importaba un pimiento si la agente no quería comprometer a un compañero o mantener el famoso código de silencio que existía entre los funcionarios de policía, pertenecieran al cuerpo que fuera. Permaneció tranquilo y continuó la conversación.

—No es nada importante. Solo estoy tratando de atar algunos cabos sueltos.

—¿Qué cabos sueltos?

El inspector se encogió de hombros.

—Nada importante. —Repitió— En realidad, ninguno de nosotros le concede la menor importancia pero la profesionalidad nos obliga a corroborarlo. Ya sabe, para que luego no aparezca uno de esos abogados sabelotodos y ponga la investigación patas arriba porque algún agente se olvidó de hacer esto o lo otro.

Ella asintió conviniendo pero mantuvo el silencio.

—Uno de esos ultras mamarrachos se quejó de que un agente de movilidad les había tratado con más ardor del debido y declaró haberle visto en las inmediaciones del paso elevado. Quiero hablar con él por si hubiese visto algo fuera de lo común en el puente.

—¿Cómo supo el ultra que se trataba de uno de los nuestros?

Paniagua volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé, con exactitud. Quizás lo leyese en su uniforme o reconociese los colores negro y verde por haberse cruzado con ellos durante el día.

—Esos se meten con todo el mundo y mentirían descaradamente con tal de no verse en líos con las fuerzas del orden. —Reflexionó la agente durante unos instantes

—. ¿Qué podía hacer un agente de movilidad inmiscuyéndose con los radicales? Esa es labor de la Unidad de Intervención Policial, no de un regulador del tráfico.

Arturo Paniagua convino con ella.

—Por eso es por lo que me gustaría hablar con él. Si estuvo por los alrededores del paso elevado, la mayor parte del tiempo estaría haciendo su trabajo dirigiendo el tráfico y es muy probable que se cruzase en el camino del asesino, aunque no sea consciente de ello. Quizás con un poco de ayuda pueda recordar algo que nos sirva para reventar el caso.

Aquel argumento pareció dinamitar definitivamente la desconfianza de la agente femenina, quien finalmente acabó de imprimir la lista de nombres y le tendió al inspector un folio que recogió de la impresora.

—Entre esos nombres hay uno que quizás le interese. Por mucho que sea un compañero de profesión se trata de un capullo. Uno de esos culturistas más preocupados por el volumen de sus bíceps que de ayudar al prójimo.

El corazón de Paniagua se aceleró unas pulsaciones.

—¿Qué le hace pensar que es quien busco?

La reticencia apareció unos segundos y la mujer pareció dudar. Luego, se decidió.

—Hará como cosa de un mes, Samuel... Así es como se llama el agente de movilidad: Samuel Zafra. —Explicó con tono conspirativo—. Como decía, Samuel recibió una reprimenda porque había mediado en una discusión por una colisión sin consecuencias en una rotonda y, cuando los ánimos se caldearon, golpeó con saña a uno de los conductores implicados. Se trataba del más violento de todos ellos, un *morito* muy beligerante, perdón por la expresión. El capitán no llevó el asunto a mayores pero no fue la primera vez.

Paniagua asintió, ocultando su excitación.

—Además, algunas de las agentes femeninas de la comisaria se han quejado también de su comportamiento machista. Se trata de naderías, cosas sin importancia, como insinuaciones fuera de tono y cosas así, pero ninguna de nosotras se siente cómoda trabajando a su lado.

—Entiendo. —Dijo Paniagua, comprensivo—. ¿No tendrá la dirección del agente Zafra por alguna parte, verdad?

Esta vez, ella no se lo pensó, consultó su terminal durante unos segundos y cogiéndole de las manos el folio con el listado, le dio la vuelta y garabateó algo rápidamente.

El inspector Paniagua la sonrió.

—Gracias, agente. Me ha sido de gran ayuda. —E hizo el ademán de marcharse, pero antes de girarse por completo, lanzó una nueva pregunta, despreocupado.

—Una última cosa, no he podido evitar fijarme en el anillo que luce en su mano. ¿Es por alguna conmemoración en especial?

La agente femenina se miró la mano fugazmente.

—¿Esta tontería? No vale nada, es una baratija que compramos algunos de

nosotros cuando aprobamos las oposiciones de acceso al cuerpo y nos destinaron a la misma comisaria. Nos hacíamos llamar «los delfines», por eso de ser los sucesores... la nueva escuela, ya me entiende. Es una broma más que otra cosa.

El anillo mostraba la figura de un delfín arqueándose en un formidable salto y estaba bañado en oro rebajado. Saltaba a la vista que era un recuerdo de mala calidad y sin ningún valor más allá del sentimental.

—¿El agente Zafra no tendrá uno igual, por casualidad?

Ella le devolvió una mirada preñada de curiosidad, pero totalmente inocente.

—Sí, así es. Fue una lástima, ahora que lo pregunta porque, de todos nosotros, Samuel fue el único que no consiguió entrar en el cuerpo y tuvo que aceptar el puesto en Movilidad.

Paniagua se despidió y se dirigió a la salida con la cabeza bulléndole de ideas y conexiones. Samuel Zafra era lo más parecido a un sospechoso que habían tenido en el caso de El Ángel Exterminador desde que se había abierto la investigación. Y lo mejor de todo era que parecía ser además una pista muy sólida. Estaba convencido de que el agente de movilidad estaba más que relacionado con la investigación. Su instinto le decía que había algo más, algo excepcional.

Arturo Paniagua sonreía abiertamente cuando alzó el brazo para detener a un Skoda decorado con una franja roja inclinada en ambas puertas. El taxista le preguntó por la dirección y él se la dio con jovialidad. Tenía la sensación de que aquel iba a ser un buen día. Entonces, su teléfono móvil comenzó a vibrar. Se trataba del subinspector Olcina y su tono de voz era tan truculento que Paniagua apenas logró distinguir lo que le decía.

Alba Torres había desaparecido.

Al despertar, Alba Torres tenía la impresión de que no estaba sola en su encierro. Aguzó el oído por un instante, pero no oyó nada al otro lado del murete que la separaba de su libertad. Le dolían las muñecas y los tobillos por el roce de las cuerdas y sentía que la sangre resbalaba libremente por su piel. Estaba encerrada en un espacio reducido, casi como un ataúd, pero algo un poco mayor. La habían tumbado sobre un delgado colchón tirado directamente en el suelo y, a su lado, alguien había atornillado dos robustas armellas al suelo, por dónde habían pasado las cuerdas que la retenían. Tiró de ellas con fuerza pero no cedieron ni un milímetro. Lo estuvo intentando hasta que ya no le quedó aliento para seguir. Le costaba respirar y se le llenaban la boca y la nariz de polvo.

Alba había estado soñando que se encontraba de nuevo en su casa de Cuenca, con su hermano, y estaban todos sentados a la mesa para cenar. De la tostada piel de su padre se desprendía el familiar olor a recauchutado que siempre le quedaba prendido por mucho que tratase de eliminarlo en la ducha con generosas dosis de jabón de lavanda. A lavanda y a neumático, así olía su padre todas las noches a la hora de cenar. Su padre ganaba un buen dinero con su trabajo en la fábrica de llantas y su madre ayudaba confeccionando sombreros, así que la mesa estaba bien provista y en la casa había espacio de sobra: dos dormitorios en el piso de arriba donde dormían sus padres y Alba, un cuarto más pequeño en la planta de abajo que era el de Oswaldo, una coqueta cocina y la sala de estar que hacía las veces de comedor.

Un bonito sueño.

Pero ahora, Alba estaba despierta y la realidad de su situación no había cambiado. Estaba asustada y estaba hambrienta porque no le habían dado nada de comer desde... Bueno, lo cierto era que no sabía desde cuándo. Había perdido la noción y desconocía cuánto tiempo llevaba encerrada en aquel oscuro agujero. Se sentía muy débil y estaba segura de que, si no comía algo muy pronto, las fuerzas la abandonarían completamente. Entonces, tendida en la oscuridad, desorientada y aterrada, tendría muy pocas oportunidades de sobrevivir.

No quería pensar en ello.

Trató de recordar qué le había sucedido desde que se había visto cara a cara con el Corona San de Muerte pero era incapaz de visualizar ni un solo recuerdo desde entonces. No recordaba nada de lo que había sucedido, como si un inmenso manto de oscuridad hubiese caído sobre su memoria. Dejó aquello de lado, no tenía sentido



continuar martirizándose con algo que no podía remediar. Tenía que hacer algo, lo que sea, llamar la atención. Tenía que reclamar comida y agua o todo se habría acabado para ella.

Se incorporó todo lo que pudo, pegó la boca a la pared y gritó.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

—Estoy hambrienta. —Sollozó—. Por favor, necesito comer algo.

Nadie respondió.

—Por favor...

Entonces, le llegó algo. Un sonido amortiguado que le heló la sangre en las venas. Era un como un llanto infantil, interrumpido de inmediato. ¿Había un niño encerrada allí con ella? *No seas estúpida*, se recriminó. *Aquí no hay sitio para nadie más*. No, el sonido venía del otro lado.

—¿Hola? ¿Pueden oírme? —Lo intentó de nuevo—. ¡Estoy aquí encerrada!

Entonces oyó más voces. Un hombre y una voz más débil, ininteligible, discutiendo.

—Lo he intentado. No puedo. ¡No soy capaz! —Dijo la voz masculina. Había una cierta nota anormal en aquella voz que hablaba deprisa, con un apremio casi demente, que hizo que Alba se pensase dos veces antes de volver a llamar para pedir ayuda. Así que se limitó a contener el aliento y a escuchar.

—No, eso no lo haré. —Volvió a decir el hombre, levantando la voz—. ¡No puedes pedirme eso! ¡No puedes!

Luego la otra voz le contestó algo pero hablaba en susurros y Alba era incapaz de distinguir lo que decía.

—¡No te lo diré! ¡Basta! ¡Déjame en paz!

Alba podía oír la voz del hombre distorsionada por el llanto y, de repente, cayó en la cuenta de que el sonido que había confundido con los sollozos de un niño lo había proferido la garganta de aquel hombre.

Y se estremeció. Al cabo de un rato las voces dejaron de conversar y Alba estaba empezando a adormilarse de nuevo. Pensó que aquello quizás sería una buena cosa, volver a soñar con su familia, reunida otra vez a la mesa.

Y comenzó a cerrar los párpados.

Lejos de allí, Martin Cordero se reunió con el inspector Paniagua y Raúl Olcina en las oficinas de la IRGC. Le había costado un poco pasar a través de la maraña de manifestantes que se congregaba a las puertas del complejo policial pero después de varios empujones por aquí y alguna que otra explicación por allá lo había conseguido y ahora solo pensaba en el momento de hablar con el inspector y contarle lo que había descubierto. Cuando llegó al despacho de Paniagua le sorprendió ser recibido por una gran actividad frenética.

—Inspector, ¿qué está pasando? ¿A qué se debe tanta agitación? —Preguntó.

—Ah, agente Cordero, no puede usted llegar en peor momento. —Se limitó a responder el inspector mientras consultaba un plano callejero con un agente vestido de uniforme.

—Inspector, tengo que hablarle del coronel Golshiri.

Arturo Paniagua le hizo callar con un ademán de la mano.

—Ahora no. Ese gomoso tendrá que esperar.

—Pero, creo sospechar que el coronel será la próxima víctima... —Empezó a decir Martin antes de ser nuevamente interrumpido.

—Agente, la señorita Torres ha desaparecido y tengo la corazonada de que El Ángel Exterminador tiene algo que ver con ello. —Gritó fuera de sí, el inspector—. Sea lo que sea lo que le preocupa sobre el coronel Golshiri puede ponerse a la cola de mis prioridades. Tenemos un sospechoso, un agente de movilidad, que estuvo por la zona el día que murió Oswaldo y vamos a ir a por él. Recemos para que sea el hombre que buscamos y lleguemos a tiempo para salvar a la señorita Torres.

El agente de uniforme le indicó un punto en el mapa y el inspector asintió, aparentemente, satisfecho.

—Vamos allá. —Y volviéndose en dirección a Martin, le espetó—: Agente, o se quita de en medio o viene con nosotros. Usted decide, pero tiene menos de diez segundos para hacerlo.

De camino al apartamento del agente de movilidad que había estado vigilando el tráfico en el Puente de San Isidro, el inspector puso al corriente a Martin sobre su conversación con la agente en la comisaría de Arganzuela. Martin tenía que conceder que el agente se ajustaba bastante al perfil del criminal y que había una buena posibilidad de que se encontrasen sobre la pista correcta. El subinspector Olcina buscó un sitio libre en una zona de estacionamiento permitida únicamente para la

carga y descarga de mercancías y estacionó el coche sin darle mayor importancia.

El edificio del agente Zafra era uno de esos bloques de apartamentos construidos en la década de los setenta, de color gris y que, a los ojos del inspector Paniagua, tenía el aspecto de una prisión. Cuando llegaron al portal se toparon con la puerta cerrada y un conserje de voluminosa barriga y aspecto amable, que estaba levantando polvo en el vestíbulo armado con un escobón de madera que parecía el hermano pequeño de los usados por los barrenderos municipales.

—Somos de la policía. Por favor, abra esta puerta. —Le gritó Paniagua desde la calle. Los tres hombres aguardaron a que el corpulento conserje cruzase torpemente el espacio y abriese la cancela.

Paniagua y Olcina le mostraron sus placas. Ninguno se tomó la molestia de presentar a Martín.

—Buenos días, inspectores. —Saludó el hombre, un poco alarmado—. ¿Hay algún problema?

—Ningún problema, señor. No se preocupe. —Le tranquilizó el inspector—. Estamos buscando al señor Samuel Zafra, es un agente de movilidad que vive en este edificio.

—Sí, le conozco. Es el del tercero derecha, pero no está en casa.

—¿Cómo lo sabe? Es muy importante.

—Porque a estas horas ya debe estar en su trabajo, como siempre.

Arturo Paniagua asintió con la cabeza.

—¿Qué opinión le merece el señor Zafra? —Preguntó.

El conserje le miró suspicaz pero contestó.

—No sé, a mí siempre me ha tratado con respeto, aunque un poco indiferente. Es uno de esos hombres que pasan a tu lado y tal, pero no miran a la cara de la gente cuando lo hacen, ¿entienden?

El inspector le dijo que sí y volvió a preguntar:

—¿Le considera un buen tipo?

Una sombra de perplejidad cruzó el rostro del hombre.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a si no es un tipo violento y todo eso. Si ha tenido algún problema con los vecinos o algún comportamiento extraño que pueda reseñarnos.

El conserje pareció dudar unos instantes antes de responder a la pregunta y cuando lo hizo hablaba algo avinagrado, como si alguien le hubiera pedido que se comiese una cabeza de ajos crudos.

—No siempre fue así. Antes era amable, algo chulesco y altanero, pero siempre saludaba y hablaba con todo el mundo. —Explicó el conserje con voz truculenta—. Yo personalmente nunca creí las habladurías que corrían sobre que era un racista y todo eso. Como ya he dicho, conmigo siempre se comportaba de buena manera y a menudo hablábamos de fútbol o de tenis, un deporte que yo sigo mucho. No me pierdo ni un solo partido de Rafa Nadal, es el mejor jugador de...

—¿Y que sucedió, en su opinión? —Le cortó el inspector algo molesto por el cambio de tema, para él ver a dos tipos aporreando una pelota por encima de una red tenía tanto interés como una tesina sobre las aplicaciones prácticas de la matemática teórica.

El conserje se encogió de hombros.

—Un lío de faldas, seguro. ¿Acaso no pasa siempre lo mismo?

—¿Una mujer? —Se interesó el inspector Paniagua—. ¿Qué puede decirnos de ella?

—Nada. Yo nunca la vi pero seguro que era una rarita porque el señor Zafra se volvió más seco y dejó de saludar. Se rapó la cabeza como esos tipos de ultraderecha y andaba siempre por ahí con una cazadora de cuero de las caras, la recuerdo bien porque tenía capucha... Algo extraño para una prenda de cuero, si me pregunta usted. El caso, es que se volvió más callado. Cuando salía, siempre lo hacía a última hora de la tarde, casi al finalizar mi turno, y muy a menudo le veía regresar a primera hora de la mañana.

—No parece un lío de faldas de los que yo reconozca. —Opinó Raúl Olcina—. ¿Por qué piensa que hubo una mujer de por medio?

—Un día le escuché hablar por el móvil. —Respondió el conserje en tono confidencial—. Le sonó cuando estaba cruzando el vestíbulo. Había una mujer, se lo digo yo. Para mí que era una de esas que siempre visten de negro y llevan toda la cara pintarrajeada. Una rarita, se lo digo yo.

El subinspector Olcina le miró durante unos segundos, en su rostro podía leerse una expresión descreída, por la pinta que tenía aquel conserje no parecía ser muy experto en temas de mujeres. Sin embargo, el inspector parecía mostrar un interés desmesurado sobre aquella información.

—¿Cuándo notó esos cambios de los que habla?

—No sabría decirle con exactitud.

—Pero nunca vio a Samuel Zafra con ninguna mujer, ¿correcto? —Insistió el inspector.

—Así es, ya se lo he dicho. —El conserje frunció el ceño—. ¿Por qué le buscan, si puede saberse? ¿Se ha metido en algún lío?

Paniagua negó con la cabeza.

—Por nada, no se preocupe. Cosas del trabajo, solo queremos hablar con él. ¿Tiene usted una llave de su apartamento?

El conserje frunció el ceño mientras se pensaba la respuesta, mirando de soslayo a Martín Cordero como si sospechase que este fuera el responsable del cotarro y le estuviera tendiendo una trampa. El ex agente del FBI se limitó a sonreír de la manera más inocente que pudo, lo cual contribuyó a que el hombre se pusiera más nervioso todavía.

—¿Para qué quieren entrar en su casa, no necesitan un permiso del juez o algo así?

*Malditas series de televisión*, pensó para sí el inspector, te bombardeaban la cabeza con esa basura a todas horas y ahora todo el mundo escondía un abogado amateur en su interior.

—Solo vamos a echar un vistazo y cerciorarnos de que no se encuentra en la vivienda y que no le ha pasado nada malo.

—Pues yo estoy seguro de que necesitan papeles y tal para poder entrar en la casa de uno. Lo he visto por la tele...

—¿Tiene las llaves o no? —Le cortó Paniagua.

—¿Cómo? Sí, claro que las tengo. Están en la portería, en la entreplanta. — Respondió el conserje, pestañeando.

—¡Pues vaya a buscarlas, hombre de Dios!

El hombre le miró asustado, tenía el rostro congestionado y los ojos vidriosos como si fuera a echarse a llorar de un momento a otro, y en un santiamén se esfumó en dirección a la portería.

—¿Jefe, a que venía todo ese asunto sobre la mujer? —Quiso saber Olcina—. Parece evidente que no existe ninguna mujer.

—No lo sé, es algo que me contó la señorita Torres. —Respondió el inspector—. Puede que no sea nada, pero me dijo que había visto a una pareja sospechosa en el bar Los Quiteños y Samuel Zafra coincide con la descripción del hombre.

Martin le miró interesado.

—¿Piensa que Samuel Zafra pueda tener un cómplice? Esa teoría no encaja con su perfil, ni con el *modus operandi* de sus asesinatos.

El inspector se encogió de hombros, en silencio. No estaba seguro de nada, pero tenía una ominosa sensación de que el perfil no estaba completo, que había algo que se les escapaba de El Ángel Exterminador, como una sombra que se moviese entre bambalinas. Una sombra entre las sombras.

Al cabo de unos instantes, el conserje regresó con dos llaves atadas a un arito metálico.

—Solo espero que el señor Zafra se encuentre bien. —Dijo entregándoselas al inspector, sin dejar de espiar a Martin por el rabillo del ojo—. Espero que no le haya sucedido nada malo.

El apartamento de Samuel Zafra era un espacio minúsculo de no más de cincuenta metros cuadrados con un dormitorio, salón, un baño y la cocina. Como les había indicado conserje parecía vacío y necesitaba urgentemente una mano de limpieza, hedía a sudor y comida rancia. Los tres se quedaron en medio del salón con la boca abierta. El espacio estaba dominado por un enorme banco de pesas y por algo más.

Samuel Zafra siempre había querido ser policía. Aunque su padre se encargaba de recordarle todos los días que era un tarado y que a los tarados como él nunca les daban trabajos en el cuerpo de policía. Como mucho podría aspirar a barrerles los suelos de la comisaría y limpiar la mierda de sus retretes. Samuel nunca le había hecho caso y las paredes de su apartamento así lo indicaban.

Del suelo hasta el techo, todas las paredes del lugar se hallaban empapeladas con imágenes recortadas de revistas o periódicos que mostraban escenas de películas sobre policías. Harry Callahan, John McClane, Martin Riggs... todos estaban representados allí, hasta los mismísimos Starsky y Hutch. Como si fuera el muro de la fama de los dramas policíacos del cine y la televisión. Y entre los recortes, Samuel había intercalado fotos suyas vestido con el uniforme negro y amarillo de los agentes de movilidad, en otras empuñaba una pistola automática, más allá había sustituido el rostro de un actor y había pegado el suyo propio sobre una imagen que representaba una escena de acción. Aquellas paredes eran un altar al culto de las armas de fuego y de la violencia. El grito silencioso de un homicida brutal y sin remordimientos.

Raúl Olcina dejó escapar un prolongado silbido.

—Este tío está peor de lo que me temía. —Masculló.

Martin se acercó a una de las fotos y se la mostró al inspector.

—Fíjense, ha rasgado esta foto por la mitad para eliminar al compañero de color de Mel Gibson. —Eché un vistazo a su alrededor. Era imposible encontrar un solo hueco en las paredes que no tuviera una fotografía o un recorte pegado—. ¿Cuántas fotos creen que puede haber usado? ¿Cientos, miles? No hay ni un solo policía de ficción que no sea blanco. No hay negros, ni asiáticos, ni siquiera hispanos. Esta película de aquí, la he visto. Sus protagonistas son una pareja de patrulleros de Los Ángeles y uno de ellos es de descendencia latina... Ni rastro de él en los recortes.

—Eso solo indica que es un racista... —Dijo Paniagua.

Martin le miró.

—También puede ser su motivación para matar. —Explicó—. Es muy probable que la xenofobia haya podido ser el detonante de su compulsión asesina.

—¡La hostia puta! —La voz de Olcina sonó desde el dormitorio—. Jefe, tienen que ver esto.

Las paredes del cuarto también se hallaban empapeladas pero de un material bien distinto. Impresiones digitales que mostraban granuladas instantáneas de las víctimas de El Ángel Exterminador. Los rostros de cada víctima habían sido borrados con un rotulador de tinta roja y, en su lugar, Samuel había escrito la palabra: IMPÍOS.

—¡Dios Santo! —Exclamó Paniagua.

Martin asintió truculentamente con la cabeza.

—No hay duda de que se trata del asesino, inspector. —Dijo, mirando a su alrededor—. Mírelos, están expuestos como si fueran ejecuciones. Ante sus ojos sus víctimas eran seres malvados que tenían que ser castigados.

—Parecen fotos tomadas con un teléfono móvil. —Apuntó Olcina—. Apostaría cualquier cosa a que todavía las lleva consigo. Estoy seguro de que cuando lo atrapemos, su teléfono móvil estará hasta los topes de esta mierda.

—Subinspector, llame a la central y pida que cursen una orden de búsqueda y detención inmediata contra el agente Samuel Zafra, quiero a ese monstruo fuera de las calles cuanto antes.

A su espalda, Martin contuvo el aliento.

—¿Qué sucede, agente Cordero? —Preguntó, medio volviéndose.

—Aún es peor.

—¿Explíquese, por favor, qué puede ser peor que todas estas abominables instantáneas?

Martin no contestó. Extendió su mano y se la mostró al inspector, un rectángulo de brillante papel fotográfico reposaba entre sus dedos. El color del rostro de Paniagua se mudó tan pronto como sus ojos se posaron sobre la imagen. Ante él se encontraba el retrato sacado con teleobjetivo de Alba Torres. Sus rasgos apenas eran identificables por las decenas de cortes que presentaba la fotografía. Alguien se había tomado la molestia de raspar su cuerpo y su cara con una cuchilla de afeitar.

Alguien muy perturbado y lleno de odio.

Entonces, escucharon un chasquido metálico en la puerta de entrada, el deslizarse de una llave en la cerradura. Sin pensárselo ni un instante, el inspector Paniagua desenfundó su pistola y se preparó para recibir a quien fuera que cruzase el umbral.

Sadeq Golshiri se encontraba aún en el apartamento de la Torre Espacio preguntándose qué iba a hacer a continuación. Estaba rodeado de sus hombres y todos le miraban expectantes, aguardando sus órdenes.

—Bien, ¿está todo preparado? —Preguntó el coronel a los hombres encargados de su protección las próximas horas.

El grupo lo componían los mismos soldados del IRGC que habían permitido la noche anterior que el asesino se infiltrase entre ellos y dejase su paquete sobre la mesilla del salón y cuatro adiciones de última hora que pertenecían a una unidad Quds de las fuerzas especiales de la Guardia Revolucionaria y que habían sido enviados por el general Al-Azzam para ayudarle. Los cuatro hombres vestían completamente de negro y apenas se habían relacionado con el resto del grupo. El coronel estaba seguro de que en sus órdenes también estaba incluida su muerte, tanto si fracasaba en detener al asesino como si no. De momento, Golshiri tenía pensado que fuesen su escolta personal hasta que atrapasen al asesino. Después de eso, ya se vería.

—¿De verdad necesitamos tanto despliegue para un solo hombre? —Preguntó uno de los guardias revolucionarios con ironía—. ¿Quién es este tipo? ¿Hannibal Lecter?

El comentario arrancó algunas risas entre el resto de sus compañeros. Animado, el guardia empezaba a decir algo más cuando uno de los soldados de la unidad Quds le golpeó con el canto de la mano en la garganta y lo arrojó contra la pared, donde lentamente comenzó a deslizarse hacia el suelo con el rostro congestionado a causa de la asfixia. El soldado que le había golpeado, le miró una sola vez y regresó a su lugar. Parecía aburrido.

—¿Alguien más tiene alguna pregunta estúpida que formular o algún comentario jocoso que quiera compartir con el resto? —Preguntó el coronel Golshiri mortalmente serio. En su interior, se regocijaba por haber elegido a aquel grupo de hombres como su escolta personal. Estaba seguro de que con ellos a sus espaldas, el asesino no tendría ni una sola oportunidad.

En el suelo, el guardia moribundo trataba de insuflar algo de oxígeno en sus pulmones a través de la destrozada laringe, mientras se manoteaba el cuello con manos frenéticas. Su rostro se estaba amoratando paulatinamente y un hilillo de sangre y babas le caía por la comisura de los labios. Nadie movió ni un músculo para



auxiliarle.

—Ayer el asesino consiguió burlar nuestra vigilancia, eso no pasará hoy. — Prosiguió el coronel—. Quiero que os repartáis en tres grupos, el primero vigilará la puerta de entrada, el segundo la de servicio y el tercero, formado por los Quds, permanecerá junto a mí en todo momento.

El jefe de la unidad Quds asintió con la cabeza. Su nombre en clave era Pásbán, que significaba «El Vigilante» en persa, y su rango era el de sargento pero nunca lo usaba cuando se encontraba en una misión. Entonces, era simplemente Pásbán. Y Pásbán no era tonto, podía ver a una legua que el coronel tenía miedo. Un miedo atroz que le atenazaba la garganta y le hacía titubear al hablar. El general Al-Azzam ya les había anticipado la naturaleza de su misión y les había advertido sobre la habilidad del asesino para evadir a sus perseguidores y continuar su sangrienta labor sin ser visto, como un fantasma. Pásbán no creía en fantasmas, ni en súper asesinos psicópatas. En teoría se las había visto con alguno de ellos y siempre había acabado la historia de la misma manera. Él vivía, el fantasma no.

Pásbán tenía la certeza de que si se pegaba al culo del coronel como una ventosidad, tarde o temprano, tendría al asesino en su punto de mira y entonces, todo habría terminado. Sin embargo, pensaba que no era muy sensato montar una emboscada de ese tipo en un edificio como la Torre Espacio. Si las cosas se ponían feas el sonido de los disparos atraería a la mitad de los policías de Madrid. El edificio era uno de los más modernos y emblemáticos del Madrid del siglo XXI y su seguridad estaba directamente conectada con la comisaría de policía más cercana. Una sola llamada y el lugar estaría plagado de polis en menos de lo que uno tardaría en alcanzar la puerta. Por eso había tenido la precaución de pertrechar a todo el mundo con silenciadores IRGC USP-T. Los IRGC estaban hechos a medida para los subfusiles MPT-9 y reducirían el ruido al pedo de una mosca.

Al sargento lo único que le importaba era que el coronel Golshiri no tolerase gilipolleces de sus hombres. Durante una misión, lo último que querrías es que tus subalternos no te respetasen como líder. Además, le preocupaba que el coronel mostrase su miedo ante ellos. Pásbán podía verlo en sus ojos, en la manera en que la inquietud le corroía poco a poco y no dejaba de mirar furtivamente de un lado a otro. Y si él podía observarlo, los otros también.

Se dirigió a sus hombres y brevemente les explicó el plan de acción. Dos se quedarían junto al coronel en todo momento y los otros dos permanecerían cubriendo el acceso a la estancia en la que se encontrase. A partir de ahí, le importaba una mierda lo que hicieran los guardias revolucionarios, por él como si se convertían en blancos de feria para el asesino.

El coronel Golshiri había percibido que el sargento de la unidad de fuerzas especiales le estaba evaluando. Personalmente, no lo conocía pero estaba seguro que habría leído su dossier y estaría al corriente de su currículum. Al menos, del público porque había hecho cosas para el IRGC que ni siquiera el general Al-Azzam se

atrevería a revelar. Aunque a Golshiri le traía sin cuidado lo que pensara el sargento, se preguntó en un momento de inseguridad qué es lo que habrían escrito sobre él en el informe. ¿Le habrían llamado incompetente? ¿Habrían detallado sus fracasos a la hora de detener al asesino?

—¿Cree que se atreverá a regresar otra vez? —Le preguntó el sargento de los Quds, sacándole de su ensimismamiento.

—¿Usted no lo cree, sargento?

—Yo lo habría matado a la primera. —Respondió el militar con una sonrisa cruel—. Tácticamente es un error no hacerlo de ese modo y proporcionarle una segunda oportunidad para defenderse.

El coronel le miró detenidamente.

—Ese envase de ahí es su tarjeta de presentación. Se supone que lo que hay en su interior es mi propia mano izquierda. —Hizo una pausa y levantó el brazo. Todo estaba en su sitio—. No se preocupe, cabo. El asesino aparecerá y usted tendrá su oportunidad.

—Entiendo que eso es una especie de mensaje...

—¿Dirigido a quién? ¿A mí? —Se interesó el coronel.

—No lo sé. Supongo. Bueno, yo lo he interpretado así.

—En ese caso, mensaje recibido. —Con un ademán teatral extrajo su pistola PC-9 y la dejó encima de la mesa, al alcance de su mano—. Este tipo es especial. Cuando llegue el momento, lo quiero para mí.

El sargento mantuvo la mirada fija en el coronel. Asintió una vez dándole a entender que había captado la insinuación y regresó con el resto de su unidad.

Sadeq Golshiri dejó escapar un estremecimiento, sabía lo que le rondaba por la cabeza al sargento de los Quds. No había podido controlar su inquietud y se le había notado. Ese era el problema con el miedo, una vez que se había adueñado del organismo de alguien era muy difícil expulsarlo. El miedo era como un veneno que se propagaba en tu interior aunque únicamente afectase a tu cerebro. Te impedía pensar con claridad, te trastornaba mentalmente y una cosa así terminaba por hacerse notar.

Ahora todos pensarían que era un cobarde.

Hubo un tiempo en el que el coronel no le habría tenido miedo a nada ni a nadie. Un fuego feroz había ardido en su interior y hubiese sido capaz de matar a su propia madre si con ello hubiese servido a sus propósitos o a los de la República Islámica de Irán. Sin embargo, desde que había recibido las funestas órdenes de interrogar a los científicos que acudieron a las instalaciones del SESAME, esa ferocidad había disminuido considerablemente y ahora se había convertido en un miedo frío que le congelaba el tuétano de los huesos. Golshiri no era un psicópata que disfrutase haciendo daño a los demás y las cosas que había hecho a aquellos científicos le habían pasado factura desde entonces.

Sadeq Golshiri se calmó un poco. Estaba recuperando el valor. Había sobrevivido mucho tiempo dentro de la jerarquía del IRGC y no pensaba dejarse matar por un

asesino al que nadie había visto o conocía. Es cierto que en el IRGC tenían sus sospechas acerca de la identidad del homicida, pero incluso eso le servía para tranquilizarse aún más porque no había razón ninguna para que ese demente pudiese enfrentarse a una fuerza de diez hombres armados y entrenados para matar y salir con vida, por muy habilidoso y escurridizo que fuera.

En cualquier caso, pensasen lo que pensasen, todo estaba en movimiento. El asesino haría acto de presencia esa misma noche o al día siguiente y todo su miedo y su inquietud tocarían a su fin.

De un modo u otro.

El Ángel Exterminador abrió mucho los ojos por una fracción de segundo, sorprendido por la presencia de los hombres en su apartamento.

—¡Samuel Zafra, ponga las manos sobre la cabeza! —Le ordenó Paniagua mientras alzaba el cañón de su pistola y la fijaba sobre el musculoso cuerpo del agente de movilidad—. ¡Es la policía!

El Ángel Exterminador hizo ademán de alzar ambas manos pero entonces dibujó una cómica pirueta, bailando sobre las puntas de sus pies como un integrante del Bolshoi interpretando una danza clásica. En su mano brilló fugazmente el acero endurecido de un bastón de defensa extensible y golpeó con violencia al inspector en el lateral de la cabeza.

Un ominoso crujido, preñado de muerte, resonó por toda la vivienda.

Y el inspector se desplomó inerte.

Entonces, El Ángel Exterminador miró a los otros dos hombres con ojos enloquecidos por la ira. A sus pies quedó el cuerpo desmadejado del inspector Paniagua. Volvió a levantar la porra extensible y bramó con la ferocidad de un ciervo en celo. El sonido heló la sangre en las venas de Martin y pareció encoger al subinspector Olcina quien se echó hacia atrás mientras intentaba alcanzar su pistola.

El asesino amagó una finta y la porra pasó a centímetros de la frente de Olcina dibujando una borrosa estela frente a él. Tenía todos los músculos del brazo tensos por el esfuerzo y brillantes por el sudor.

Mientras seguía retrocediendo, Raúl Olcina manoteaba histéricamente para alcanzar su pistola de la funda de extracción rápida que llevaba prendida en el cinturón y en sus intentos tropezó con el cuerpo del inspector golpeando con fuerza contra el suelo. El Ángel Exterminador lo aprovechó para descargar un formidable golpe sobre su cabeza. El ruido que provocó fue enfermizo.

—Se acabó, Samuel. —Gritó Martin con ambos brazos extendidos y las palmas de las manos hacia arriba, mirando de soslayo los cuerpos inertes de sus compañeros—. Estás atrapado. Entrégate y déjame que miré a ver como se encuentran estos hombres, no empeores más las cosas.

Samuel Zafra se limitó a gruñir ferozmente a modo de respuesta. Martin podía comprender cómo en su mente enfrentarse contra tres hombres y haber derribado a dos, no significaba en absoluto que se encontrase atrapado.

—¡Escúchame, Samuel, aún hay tiempo! Tenemos el edificio rodeado y este

apartamento no tardará en estar inundado de policías armados hasta los dientes. Entrégate y me aseguraré de que no te suceda nada malo.

El asesino dio un paso hacia adelante, amenazador. Y Martin retrocedió inconscientemente. El baile de la muerte, su muerte, había comenzado. Aun así, Martin hizo todo lo que pudo por ignorar la precaria situación en la que se encontraba y trató de razonar con el hombre.

—El subinspector parece que está herido de gravedad. —El crujido del hueso al romperse todavía retumbaba en los oídos de Martin—. Si te entregas y me permites llamar a una ambulancia, será mejor para ti.

Entonces, el enorme agente de circulación habló por primera vez.

—¿Crees que me importa una mierda lo que le pase a estos polis? Son hombres insignificantes, como tú.

Dio un nuevo paso hacia Martin, quien lanzaba desesperadas miradas a la masa inmóvil del cuerpo de Olcina y, sobre todo, al bulto que sobresalía del costado de su cazadora vaquera. Martin suponía que debajo de aquel promontorio se encontraba el arma del subinspector. Su única escapatoria. No tenía ni idea en qué estado se encontraba Paniagua, pero estaba seguro de que el golpe en la cabeza de Olcina era de extremada gravedad.

El Ángel Exterminador dio un paso hacia él. Amagó una finta y, de repente, el brazo armado con el bastón extensible se disparó en un amplio arco que alcanzó a Martin dolorosamente en el hombro. El agente del FBI sintió como su clavícula se sacudía bajo el poderoso golpe y rezó para que no estuviese astillas. Permitió que su cuerpo rodase con la inercia en dirección al cuerpo del subinspector.

Inmediatamente, empuñó la automática.

—Quédate quieto, Samuel, o te mato. —Le ordenó mientras trataba de hallarle el pulso a Raúl Olcina palpándole en el cuello.

Solo fue una fracción de segundo lo que desvió la atención del gigantón musculoso pero fue suficiente para que este lo aprovechara y se abalanzase sobre él con un alarido triunfal. Martin se puso en pie ágilmente pero recibió el impacto en el esternón. Sintió crujir un par de costillas. La pistola se le escapó de la mano y fue a parar a los pies del asesino. Forcejearon y Martin clavó los dientes en la mano de El Ángel Exterminador desgarrando su carne y obligándole a soltar el bastón. Sabía que no podría mantener la lucha cuerpo a cuerpo por mucho más tiempo.

Con un alarido, Samuel retrocedió unos pasos mirándose atónito la mano ensangrentada. Entonces, lanzó una violenta patada en el costado de Martin que retumbó en su maltrecho costillar. Le costaba respirar, tenía el brazo derecho prácticamente inutilizado.

El Ángel Exterminador volvió a golpearle, esta vez en el rostro. La nariz de Martin estalló en una fina nube de sangre pulverizada que salpicó en todas direcciones. Martin cayó hacia atrás mientras trataba por todos los medios de no perder la conciencia. Aquel castigo no podría durar, el final estaba cerca. Las

instantáneas de los informes forenses que había visto sobre El Ángel Exterminador y los rostros reducidos a pulpa de sus víctimas se le aparecieron como los fotogramas de una mala película de terror.

*¡Dios Santo, lo iba a matar a golpes!*

El Ángel Exterminador se inclinó y recogió el bastón del suelo. Martin trataba de buscar una salida frenéticamente pero, a través del aturdimiento y de la sangre, su mente era incapaz de hallar una solución.

El asesino aguardó unos segundos para recuperar el aliento. Mientras, el ex agente del FBI trataba infructuosamente de incorporarse sobre el brazo sano. Sonrió con una mueca que mostró sus dientes ensangrentados por la pelea, mirando fijamente a Martin, sabiendo que era un hombre muerto, pues lo tenía a su merced, como le gustaba. Se acercó lentamente hacia Martin, con los nudillos blancos como la cera de tanto apretar la empuñadura del bastón extensible. Sentía la ira envolverle como una toalla ardiente, crecía en su interior imparable, y le provocaba una mezcla de alivio y anticipación por lo que iba a suceder. Alzó el brazo, dispuesto a propinar el golpe mortal.

Entonces, de repente, una voz a su espalda le ordenó.

—Suelta la porra, mamarracho, y entrelaza las manos sobre la cabeza.

Samuel se quedó muy quieto, incapaz de reaccionar. ¿Cómo podía haber sucedido? El subinspector estaba malherido y fuera de combate y el hombre con el acento norteamericano seguía encogido sobre sí mismo como un guiñapo.

—No lo repetiré.

Sin soltarlo, El Ángel Exterminador dejó caer el bastón junto al muslo y se volvió.

El inspector Paniagua le apuntaba al pecho con su arma reglamentaria, su dedo acariciaba el gatillo pero parecía titubeante, con la mirada enturbiada.

—¡Tíralo, coño!

—Qué suerte de mierda. —Dijo Samuel—. Es el puto inspector gilipollas. ¿Qué vas a hacer viejo? ¿Vas a dispararme?

—¡Cállate y pon las manos sobre la cabeza!

El Ángel Exterminador dejó escapar una carcajada y esgrimió la porra por encima de su cabeza.

El balazo le entró por el pecho y lo lanzó de espaldas contra la pared. Una mancha de color carmesí comenzó a extenderse en sus ropas. En su cara bailaba la sorpresa con un gesto enloquecido de incredulidad congelado en sus facciones. Tosió un poco de sangre y dejó de moverse.

Mientras tanto, Martin Cordero luchaba contra la oscuridad que se estaba apoderando de él, una oscuridad cálida que le acogía como los brazos de una madre, compasiva y reconfortante. Una parte de su cerebro le decía que debía luchar contra ella, rebelarse como un adolescente que busca su independencia por primera vez; la otra le decía lo contrario, que se dejase llevar, que permitiese que la oscuridad le

acunase. Quería dormir, quería cerrar los ojos y no despertar en mucho tiempo. Sintió que varias personas se apelotonaban a su alrededor. Entre brumas, escuchaba sus voces ladrar órdenes con frenesí. No comprendía a qué se debía tanto nerviosismo, él solo quería descansar.

—¡Apártense! ¡Dejen sitio para que pueda respirar!

—¿Dónde cojones se han metido los del SUMMA?

—Martin, Martin, ¿me escucha?

Y Martin, ignorando por completo a las voces, se dejó abrazar por la oscuridad.

La mujer lucía un enorme moratón que cubría buena parte de su ojo derecho y un poco de sangre pegoteada en el cabello ondulado. Se había descuidado y a causa de ello tenía un párpado hinchado y apenas podía ver entre la rendija que formaba la carne tumefacta. Se la veía exhausta y demacrada, no se había alimentado en condiciones desde hacía tres días y la debilidad le hacía ser vulnerable. Lo peor en ese momento era que no tenía a quién acudir para apaciguar su angustia, para saciar la congoja que la consumía por dentro.

Sentada junto a la ventana de la cafetería escrutaba cada rostro que pasaba por la calle con el ansia de encontrar una nueva dirección. Uno de tantos hombres malvados que llevaban la iniquidad de sus actos tatuada en la piel como el olor de algo viejo y amargo. Ella conocía bien la historia de esos hombres; se había cruzado con los de su calaña a lo largo de su vida y los había conducido inexorablemente a su degradación y, en última instancia, a su muerte. Los actos malvados acumulaban peso a lo largo del tiempo, y su carga crecía exponencialmente con el transcurrir de los años. Un equipaje muy pesado que ella estaba dispuesta a aligerar.

La mujer poseía un don especial: obtenía un inmenso placer en contemplar la decadencia de los hombres malvados e injustos. Los impíos. Lo cierto era que no sabía cómo describir los cambios que ejercía en ellos, ni explicar con exactitud el carácter de la metamorfosis que terminaban sufriendo, pero la frialdad que se adueñaba de sus almas le servía a ella para apaciguar su propio odio. Había sido así desde que tenía uso de razón y así seguiría siendo por mucho más tiempo.

Por unos instantes, dejó escapar todo el rencor que sentía por el mundo que la rodeaba y permitió que aflorase a la superficie. Su rostro se contorsionó en una mueca espectral y su cabello pareció ondular con vida propia.

Así pues, aquella mañana se encontraba examinando los mirones que se habían congregado junto al apartamento de El Ángel Exterminador para presenciar su captura. Claro que ninguno de ellos sabía de quién se trataba y tan solo se habían sentido atraídos por las sirenas de la policía y las dos ambulancias del SUMMA que se hallaban aparcadas junto al portal pero, sin embargo, allí estaban plantados en medio de la calle estirando sus cuellos al máximo para tratar de capturar alguna imagen truculenta que luego compartir con sus amigos en la barra de un bar.

—Lo intentaste —Se dijo en voz alta.

—No lo suficiente —Se contestó a sí misma.



—Puede que todavía exista una posibilidad, de alguna forma. Aún hay tiempo. Movi6 casi imperceptiblemente la cabeza en un gesto de negaci6n.

—No, no lo hay. El otro a6n no est1 preparado, no sirve y Samuel estar1 bajo custodia muy pronto. ¡Inalcanzable para mis prop6sitos!

Entonces el hombre que estaba sentado en la mesa contigua la observ6 de una manera extra6a, ladeando la cara como si hubiese escuchado toda la conversaci6n en el interior de su propia cabeza en vez de o6rlo hablar consigo misma, desde su mesa.

—Perd6n, ¿ha dicho algo?

La mujer le ignor6.

El hombre la agarr6 por las muñecas y la oblig6 a volverse y encararse con 6l. Le ol6a el aliento a vino barato y tabaco. Sin duda, el desayuno del campe6n.

Ella le mir6 profundamente, con sus ojos clavados en los de 6l, ahondando en su ser y le ley6 el alma, evaluando sus posibilidades pero aquel hombre no pod6a ofrecerle nada. Dej6 escapar un prolongado suspiro y se zaf6 de sus manos. ¿Qu6 le iba a hacer? Los llamaba del mismo modo que las polillas eran atra6das a la luz incandescente de una bombilla.

—Tu padre era un mal hombre —Le susurr6 y el desconocido abri6 los ojos desmesuradamente— Recibi6 su merecido.

Y levant1ndose de la mesa, se dirigi6 a la salida alej1ndose de 6l.

—¿C6mo sabes qu6 le paso a mi padre? —Vocifer6 el hombre, lanz1ndose en su persecuci6n. En su 6mpetu derrib6 el vaso de vino y derram6 el rojo l6quido sobre la ajada superficie de la mesa— D6melo. D6melo.

—Nadie puede hacer lo que le hizo a su hija y librarse de pagar el precio. —Replic6 ella, ignorando sus preguntas—. Tu hermana te llam6, pregunt6 por ti, necesitaba tu ayuda pero no se la diste, la dejaste a merced de la depravaci6n de ese monstruo.

El hombre se qued6 paralizado en el sitio. La mujer pod6a ver con claridad que estaba llorando, en su cabeza reproduc6a algo que hab6a mantenido enterrado en sus recuerdos desde hac6a mucho tiempo. La noche en la que su padre se hab6a deslizado a hurtadillas, como un ladr6n, en el dormitorio d6nde dorm6a junto a su hermana y la hab6a hecho mucho da6o. Entre sollozos, la peque6a le hab6a llamado pidi6ndole ayuda pero 6l estaba aterrado y se hab6a tapado la cabeza con las mantas, rogando a Dios para que se detuviese.

—D6melo. —Repiti6, pero esta vez hablaba casi suplicando—. Dime que no es cierto. ¡Dime que solo fue una pesadilla!

—Tu madre tambi6n lo supo y, como t6, tampoco hizo nada. Por ello, pagar1. Todos pagar6is. La Justicia debe ser implacable con los impuros de coraz6n como vosotros.

Y sali6 a la calle.

La mujer hab6a tenido mejores momentos, como aquellos a6os que pas6 en Ciudad Ju1rez. Con sus casi dos millones de habitantes, la infame ciudad a orillas del

río Bravo era el paraíso de los impíos; estos campaban a sus anchas entre la población de prostitutas, narcos y feminicidas que merodeaban cerca de las maquiladoras en busca de nuevas presas. Ella estaba allí cuando aparecieron los primeros cadáveres de niñas en Lote Bravo y, más tarde, cuando otros seis cuerpos se descubrieron en Lomas de Poleo.

En aquel execrable lugar, la mujer se había convertido en un depredador entre depredadores, acechaba a los débiles de espíritu y los conducía paulatinamente hacia un infierno de locura y desesperación, alimentándose del despojo en que se convertían sus almas, mientras les instaba a castigar a los impíos. Y lo hizo hasta que los responsables de los asesinatos de las niñas descubrieron al policía federal a quien había utilizado para llevar a cabo los ajusticiamientos y lo mataron. Para entonces, la maldad estaba instaurada en Ciudad Juárez como un carcinoma y se extendía por todas partes. Lo curioso era que ella no buscaba hacer daño a aquellos en quienes confiaba la labor de castigar a los impíos. Así era como había permanecido a salvo durante toda su vida, mientras que no fuese estrictamente necesario se conformaba con susurrarles al oído y apuntarles en la dirección correcta. Ellos se encargaban del resto y de aumentar el número de almas cargadas de maldad de su particular cuenta personal, como en una relación parasitaria.

Mientras se alejaba caminando del bar vio algo más que la sacudió desde la raíz. La silueta magullada del subinspector Raúl Olcina había emergido por el portal y, parado en el exterior, se detuvo mirando a un lado y al otro de la calle. La mujer contempló la escena durante un rato, en silencio, hasta que vio salir a Alba Torres, cubierta con una manta IRGC de brillante color dorado. La muchacha subió por su propio pie a la parte trasera de la ambulancia, ayudada por dos técnicos sanitarios del SUMMA. Entonces, comprendió por qué había sido incapaz de localizarla. Finalmente, Samuel no había sido capaz de matar a la muchacha; en vez de ello, la había ocultado en su propio apartamento, alejándola de ella. Sintió deseos de gritar salvajemente, el ardor de su ira subió a sus mejillas que temblaron con la intensidad de sus emociones.

Instintivamente, sin saber muy bien por qué lo hacían, varias personas que se encontraban a su alrededor se apartaron bruscamente. Entonces, la mujer tuvo la sensación de que el subinspector Olcina miraba en su dirección. Se hallaba parado junto a la ambulancia y conversaba con Alba Torres, muy probablemente asegurándola que ya se encontraba a salvo y que todo iba a ir bien a partir de ese momento, cuando de repente alzó la cabeza y pareció mirarla directamente a los ojos.

La mujer sabía que aquello era del todo imposible pero, a pesar de todo, se apresuró a alejarse del lugar. Cuando estuvo a una distancia prudencial, aflojó el paso y miró a su alrededor. Examinaba con atención los rostros entre la multitud, buscando aquellos que le eran reconocibles, aquellos que posaban sus ojos unos segundos más de lo necesario sobre su cuerpo, sobre su rostro. Mientras lo hacía miles de imágenes truculentas se reproducían en su cabeza, imágenes que una persona normal sería incapaz de soportar pero ella no. Ella las necesitaba para rastrear a su nueva presa.

Ese era su secreto: podía adivinar el sentimiento más vil de un hombre y utilizarlo en su beneficio. Se detuvo delante de un escaparate y observó sus propias facciones, en sus ojos podía apreciar la ira que sentía, su afán de venganza y... ¿miedo?

—Fue un error ir a ese lugar. —Se dijo en voz alta—. Te has expuesto inútilmente.

—Sí, quizás un poco.

Su ansia de atormentar el alma de los hombres impíos siempre había sido su perdición. No era culpa de ella. Ella era como era, sin más. Tal ansia formaba parte su forma de ser y no estaba dispuesta a cambiar. Alba Torres seguía siendo una amenaza, pues era la única persona que podía reconocerla y relacionarla con Samuel. Ahora que este se encontraba momentáneamente fuera de juego ya no tendría acceso a la muchacha. Pensó en el subinspector Olcina, tenía que saber qué había descubierto la policía en el apartamento de El Ángel Exterminador y, sobre todo, a dónde llevarían a Alba Torres. En su cabeza comenzó a trazar planes, a pensar lo que iba a hacer a continuación. Matar a la muchacha resultaría mucho más complicado de lo que había creído en un principio. Desde luego, tener en tu mano a un subinspector de policía mejoraba con creces las posibilidades. El estúpido ignorante podría traerle en una bandeja la cabeza de la zorra.

Fuera de eso, solo quedaba una cosa más por hacer y tenía que ver con Samuel Zafra. Pensar en El Ángel Exterminador hizo que sintiese el amargor de la bilis en el fondo de su garganta. El traidor. La mujer no estaba acostumbrada a que uno de sus peleles se negase a obedecer sus órdenes, no recordaba la última vez que había sucedido algo parecido. Pero Samuel había sido la excepción, le había subestimado y ahora estaba pagando las consecuencias. Su ojo lagrimó un poco y sintió la humedad resbalar por su mejilla.

Samuel tendría que pagar por su traición.

Si tan solo sospechase un poco...

Martin estaba solo en la habitación de hospital, sentado sobre la cama, mientras se terminaba de vestir. Cambió el peso del cuerpo para aligerar un poco el dolor que sentía en el costillar. El Ángel Exterminador había hecho un buen trabajo en su cuerpo, tenía varias costillas contusionadas y el brazo derecho en un cabestrillo. No estaba roto, sino dislocado, pero le convendría mantenerlo en reposo por algún tiempo.

Los últimos acontecimientos eran un manchón borroso en su memoria. Cuando recobró la consciencia se encontraba en el hospital. A su lado estaba el inspector Paniagua con un feo parche de color morado debajo del ojo derecho.

—Mi amigo, mi querido Martin. —Susurró Arturo Paniagua con un hilo de voz—. Si no hubiera sido por usted... Le atrapamos, ¿sabe? No sé cómo lo consiguió pero impidió que El Ángel Exterminador acabara con nuestras vidas y le entretuvo lo suficiente para que me recobrase y le metiese una bala en el pecho.

Martin intentó hablar pero las palabras no salieron de su boca. Volvía a estar en la cama de un hospital, como hacía un año, y le dolía todo el cuerpo. Posiblemente si hubiese sido arrollado por una locomotora no se hubiese sentido tan maltrecho como en esos momentos.

—¿El Ángel Exterminador, está... está...? —Consiguió preguntar con voz ahogada que tenía un cierto tono nasal por culpa del golpe que había recibido en la nariz.

—¿Muerto? —Le ayudó Paniagua a formular la pregunta—. No, ese diablo recibió un balazo en el pecho y aún se abalanzó sobre mí antes de desplomarse. Sin duda, es un hijoputa muy fuerte.

—¿Y usted?

—Deje primero que me siente, todavía estoy un poco aturdido por el golpe que me propinó.

Martin pudo ver entonces que aparte del ojo derecho tumefacto e hinchado, lucía un apósito que le cubría la parte posterior de la cabeza. El inspector apenas si podía abrir el ojo y miraba a través de una legañosa rendija.

—Yo estoy bien, gracias por preguntar. Al parecer, El Ángel Exterminador había salido a comprar algo de comida y se sorprendió de nuestra presencia tanto como nosotros de la suya. ¡A ese condenado portero no se le ocurrió avisarnos de que había regresado! —Explicó el inspector, en cuanto hubo aposentado su enorme mole a los

pies de la cama de Martin.

—¿Alba Torres? —Preguntó Martin, con su voz de constipado, recordando de repente a la muchacha que había desaparecido.

El inspector le hizo callar con un gesto de la mano.

—La señorita Torres también se encuentra en perfecto estado. Deshidratada y bastante aturdida por la experiencia pero se está recuperando rápidamente. Cuando escuchó todo el tumulto de la pelea, gritó todo lo que pudo, dadas las escasas fuerzas que le quedaban, y pudimos rescatarla. Sus padres se encuentran con ella en estos momentos, al parecer viajaron desde Ecuador cuando la muchacha les comunicó la muerte de su hermano. No quería que la pobre pasase sola el trago de la pérdida de su hermano, la expatriación del cuerpo...

—Pero ¿cómo...?, ¿dónde...? —Martin estaba todavía aturdido y le costaba pensar.

—La encontramos en el interior del armario empotrado del dormitorio, tras un falso murete. El espacio era mínimo, casi una tumba, pero se encontraba con vida. El Ángel Exterminador se encargó de darla comida y agua suficientes para mantenerla débil pero con fuerzas. Los detalles aún son muy confusos y todavía tenemos que atar muchos cabos pero parece que llevaba secuestrada desde el viernes.

Una sombra de duda cruzó las facciones del ex agente del FBI. En su cabeza, todo aquello aparecía borroso, como una fotografía desenfocada.

—¿Qué sucede? ¿En qué está pensando?

—Me pregunto por qué la retuvo El Ángel Exterminador. El secuestro no encaja para nada en su perfil criminal. Es como si... como si nos encontrásemos ante las decisiones de dos personas diferentes. Aquel que mata con sus propios puños, enardecido por la furia, y aquel que retiene a la señorita Torres y se preocupa por ella.

—¿Qué se preocupó por ella? Bueno, que te secuestren y te encadenen en un agujero inmundo de uno por dos metros, sin apenas comida o agua, no parece indicar que alguien esté preocupándose por tu bienestar. —Discrepó el inspector—. Al menos, no en mi manual del buen ciudadano.

Martin se incorporó en la cama con visible esfuerzo.

—Tiene razón, inspector. Pero retenerla no encaja con el perfil, además la mantuvo hidratada y la dio de comer. No la maltrató, ni se intentó proparar sexualmente. —Insistió Martin—. Si Alba se hubiese convertido en una molestia, siguiendo su patrón habitual y la horrible xenofobia que padece, simplemente la hubiese eliminado de un manotazo, como a un insecto. No se hubiese tomado la molestia, ni el riesgo, de secuestrarla. Entonces, ¿de dónde salió esa idea? ¿Para qué la retuvo si no fue para evitarla un mal mayor?

Arturo Paniagua soltó un bufido.

—¿Qué diablos quiere insinuar? ¿Qué hemos atrapado al hombre equivocado?

—No, simplemente que aún existen flecos que todavía no hemos desenredado.

—En cualquier caso, en cuanto se recupere lo suficiente como para poder hablar,

tendremos ocasión de preguntárselo. Le hemos puesto bajo vigilancia y supongo que para entonces estará dispuesto a cantar como un ruiseñor y lo desembuchará todo.

Martin meneó la cabeza.

—Ya veremos, inspector. Ya veremos.

Entonces, el inspector se inclinó hacia adelante.

—Por cierto, ¿qué es eso que quería contarme sobre ese gomoso de Golshiri?

—¡Dios mío, casi lo había olvidado! —Exclamó Martin—. Tiene que encontrarlo inmediatamente, estoy seguro de que será la próxima víctima del asesino de los científicos.

El rostro del inspector adoptó de repente una expresión mortalmente seria.

—¿Qué sucede inspector?

—Agente Cordero, no podemos encontrar al coronel Golshiri ni a ninguno de sus gorilas por ninguna parte.

Ambos hombres guardaron un silencio truculento. Ambos sabían lo que la ausencia de Sadeq Golshiri significaba. Entonces, el inspector salió de la habitación unos minutos para hablar por teléfono y dejar a Martin la intimidad que necesitaba para cambiar la ligera bata de hospital por su ropa de calle.

Mientras se vestía, el ex agente del FBI se había pasado buena parte del tiempo en un agitado estado pensando en el coronel Golshiri y en lo que supondría si el inspector Paniagua no daba con él antes de que lo hiciese el asesino. La cicatriz de su ingle no había parado de molestarle ni un solo instante. Eran siempre los mismos recuerdos, los mismos pensamientos los que provocaban el cosquilleo en la cicatrizada herida. Quizás fuera un recordatorio del sufrimiento pasado o un aviso de algo que tuviera que hacer, como una alarma que siempre te despierta con la misma campanilla insistente. No lo sabía. Lo cierto era que el maldito que loide le estaba dando más guerra que las lesiones adquiridas más recientemente.

Cuando terminó de vestirse, buscó al inspector Paniagua y se lo encontró en la calle. El enorme policía se encontraba todavía al teléfono con un cigarrillo consumiéndose olvidado entre los dedos.

—¿Todo bien? —Preguntó.

—Pues sí, todo está en orden. —Respondió con voz inexpresiva, tapando el micrófono con la mano—. Estamos hablando con el embajador Lakhani para sonsacarle donde puede encontrarse el coronel pero resulta tan infructuoso como pedirle peras a un olmo.

—¿Cómo se encuentra Olcina?

—Está bien, aunque tampoco salió ileso del encuentro con el asesino. El golpe que recibió estuvo a un pelo de romperle la cabeza y ha terminado con una conmoción cerebral. Le han puesto un enorme vendaje alrededor de la cabeza y ya se ha ganado el apodo de Cochise como el piel roja de las antiguas películas del Lejano Oeste, por parte del resto de policías de la central...

Martin no pudo menos que sonreír para sus adentros, seguramente ninguno de

ellos supiera que el viejo jefe había sido un personaje real y el instigador de las primeras Guerras Apaches, que acabaron con la orgullosa tribu confinada en reservas.

Paniagua se interrumpió y le gritó a su teléfono:

—¡No me importa lo que diga! ¡Se trata de una cuestión de vida o muerte!

El silencio se adueñó de la línea un par de segundos y Paniagua se dirigió a Martin en un susurro.

—Si ese animal llega a golpearlo un poco más de lleno, se le hubiera abierto la cabeza como un melón maduro. Tuvo mucha suerte... Todos la tuvimos...

De nuevo habló unas breves palabras al teléfono y cortó.

—¿Y ahora qué? —Preguntó por fin Martin.

—Como usted dijo, necesitamos encontrar a ese escurridizo coronel. Si, como sospecha, se va a convertir en la próxima víctima no tenemos mucho tiempo que perder. Lo malo es que, sin la colaboración del embajador, no tenemos mucho a dónde agarrarnos.

—Si el asesino lo encuentra antes que nosotros es hombre muerto. —Advirtió Martin.

—¿Cree que no lo sé? Por mucho que me cueste admitirlo, pues el tipo me cae como una patada en los mismísimos, no podemos permitir que lo mate.

—Dígame una cosa, inspector. ¿Qué haría si estuviese en el lugar del coronel y supiese que el asesino iba a ir a por usted?

El inspector lo pensó un poco.

—Sin duda, le tendería una trampa. Elegiría un buen lugar, fácil de defender, y esperaría a que apareciese. Entonces, le metería una bala entre ceja y ceja.

—Así que el coronel está escondido en alguna parte, rodeado de sus mejores hombres, aguardando a que el asesino decida que le ha llegado su hora.

—Eso es lo que creo, sí.

Martin asintió, cerrando los ojos.

—De lo que se deduce que ha tenido que encontrar el lugar adecuado o alguien se lo ha proporcionado de antemano. —Prosiguió.

El inspector ató los cabos.

—La embajada tiene los medios para encontrarle un lugar seguro al coronel, pero Sayd Lakhani no suelta prenda.

—Es una posibilidad, sí. —Convino Martin.

—Quizás en el Registro de la Propiedad podamos pedir una lista de inmuebles adquiridos a nombre de la embajada iraní y hallemos alguno que encaje en lo que estamos buscando. —Dijo Paniagua—. ¿Cuándo le darán el alta?

—Aún no lo sé, estoy aguardando a que el doctor haga su ronda y se haga cargo de ello. De momento, tengo que regresar a la habitación y esperar pacientemente.

—No se preocupe, le llamaré si descubrimos el paradero del coronel. —Se lo pensó mejor—. No, voy a pedirle a Olcina que mande a un coche patrulla a recogerle. Mientras tanto, procure descansar un poco. Ha tenido una noche ajetreada.

—¿Noche? —De repente, Martin se dio cuenta que no sabía qué hora era; ni, tan siquiera, qué día era—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Un día entero. —Respondió el inspector—. Pero, olvídense de eso ahora y descansen.

—Gracias, inspector. —Atinó a decir, pero el inspector ya le había dado la espalda y se dirigía al taxi que le estaba esperando en la avenida.



Mientras el inspector Paniagua y Raúl Olcina consultaban las listas del Registro de la Propiedad, el hombre que podría haber resuelto algunas de sus preguntas más acuciantes, abandonaba su vivienda para encaminarse a la embajada de la República Islámica de Irán. Llevaba un maletín de piel en su mano y una copia del informe sobre el coronel Golshiri en la otra.

El teléfono móvil del embajador Lakhani comenzó a vibrar en el interior de la americana de su traje de impecable confección color gris marengo.

—*Salaam*, Ministro Zarrabi, voy de camino a mi despacho, ¿no puede esperar a entonces?

—No todos disponemos de tanto tiempo como usted, embajador. El tiempo es el recurso más valioso y, a la vez, el más perecedero, que Alá nos entregó, no cometa el error de malgastarlo o, lo que es peor, hacer que yo lo malgaste.

El embajador pestañeó repetidas veces ante la rudeza en el tono de voz del ministro y rápidamente se apresuró a disculparse.

—Por supuesto, señor ministro. No era mi intención.

—¿Algún avance en el fiasco del coronel Golshiri? —Cortó el hombre más poderoso del *Vezerat-e Ettela'at va Amniyat-e Keshvar*.

—Nada nuevo pero el desenlace va a producirse en muy breve tiempo.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —Preguntó el ministro.

—porque el coronel recibió ayer mismo su paquete y la trampa ya se encuentra preparada. —Respondió el embajador—. Si el asesino sigue el curso de los acontecimientos como esperamos, picará el anzuelo a lo largo de la noche de hoy.

—Ese coronel nos ha metido en un asunto muy peligroso. ¿Puede garantizarme que el *VEVAK* saldrá airoso?

—Nadie puede garantizarle eso, señor ministro, pero nos gusté o no, ya estábamos metidos de lleno. —Repuso el embajador—. Era inevitable desde el fallido reclutamiento de esos científicos. Si el asesino ha llegado hasta Golshiri, pararlo será un problema. Pero tengo plena confianza en que Alá nos guiará hasta el éxito.

—Este plan suyo, Lakhani, es un palo de ciego. Me preocupa.

El diplomático cerró los ojos por un momento y lanzó una muda imprecación. No le convenía tener al ministro Ali Zarrabi como enemigo.

—Le aseguro que el coronel lo tiene todo bajo control y, además, hemos conseguido mantener a raya a las autoridades españolas, por el momento. Todavía

creen que se encuentran tras la pista de un asesino común y no son conscientes del verdadero peligro que encierra el verdadero homicida.

—Más vale tener un poco de control sobre lo que sale a la luz que perderlo y arriesgarse a sufrir un incidente de tintes internacionales. —Concedió el ministro—. Llegado el momento, adiestre y disponga de un chivo expiatorio apropiado para que la policía española tenga su culpable y abandone las investigaciones.

El embajador asintió.

—¿Tiene algún hombre entre los miembros del equipo de seguridad del coronel?

—Sí, señor ministro.

Al otro lado de la línea, el ministro Zarrabi sonrió. Era una sonrisa lúgubre y estaba en concordancia con la orden que iba a dar a continuación.

—Póngase en contacto con él. —Dijo—. El coronel Golshiri no debe salir indemne de su encuentro con el asesino, suceda lo que suceda. ¿Me ha comprendido, embajador?

—Perfectamente, señor ministro.

A Sayd Lakhani el ministro Ali Zarrabi no le caía especialmente bien pero le imponía respeto. Esa clase de respeto que poseen los hombres que tienen tu vida en sus manos. Ali Zarrabi pertenecía a una clase social muy elevada en la República Islámica de Irán y, a diferencia de la mayoría de su clase social quienes preferían dedicarse a los negocios en el sector privado, había iniciado una carrera política y militar meteórica, tanto que había tomado posesión de la cartera del poderoso Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional a la precoz edad de cincuenta y dos años. Ali Zarrabi quizás no poseyese las riquezas pecuniarias de sus afines pero su poder era inmenso. Lakhani había conocido en la Universidad de Londres a un antiguo amigo de la infancia de Zarrabi, Farhad Moshiri, un hombre de negocios que llegó a poseer casi el quince por ciento de las acciones del Arsenal F.C., y que solía decir de Zarrabi que era un bicho raro incluso entre los suyos. Un bicho, sí, pero muy peligroso.

Sentado en la tenue atmósfera que le proporcionaban los cristales tintados de su coche oficial, Sayd Lakhani se disponía a cumplir la orden del ministro cuando el teléfono comenzó a vibrar de nuevo en su mano.

—Aquí el embajador Lakhani, ¿quién es?

La voz amplificadora del inspector Paniagua le retumbó en el oído.

—Habla el inspector Arturo Paniagua, señor embajador. Al parecer su embajada dispone de una propiedad en la Torre Espacio. —Dijo yendo directamente al grano—. Quisiera hacerle unas preguntas al respecto, si me lo permite.

Sayd Lakhani dejó escapar una sonora carcajada.

—Mi embajada tiene varias propiedades en su país, inspector. En ocasiones son utilizadas como lugares para celebrar reuniones o eventos, y en otras como alojamiento de ciertos dignatarios que acuden de visita.

—Entiendo, embajador. Pero esta en concreto es muy peculiar. Según parece

varios testigos han visto al coronel entrando y saliendo del lugar.

El embajador arrugó la frente. El coronel no le había informado de dónde iba a tener lugar la captura del asesino pero no podía permitir que las autoridades españolas se entrometiesen y lo echarán todo a perder.

—Como ya le dije, inspector, no puedo ayudarle. De igual manera, tampoco puedo confirmar de memoria que tengamos esa propiedad, pero estaré encantado de consultarlo con mi secretaria en cuanto llegue al despacho.

—¿Así que no sabe si el coronel se encuentra allí en estos momentos?

—No, que yo sepa. Lamento no poder servirle de más ayuda.

—Pues ya somos dos. —Respondió el inspector con acritud.

—Bien, inspector, si me acuerdo de algo que pueda servirle de ayuda para localizar al coronel, se lo haré saber. —Dijo el diplomático con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas de su intención de interrumpir la llamada—. Ahora, si me disculpa...

Arturo Paniagua no necesitaba saber más, había llamado al embajador y se había lanzado ese burdo pero directo farol sobre los testigos únicamente para escuchar la reacción del diplomático. Ahora sabía que mentía y que muy probablemente el coronel se encontrase escondido en las dependencias de la Torre Espacio. Convencido de que no sacaría más de Lakhani le dio las gracias y colgó.

—Bien, Olcina. —Informó con júbilo—. Creo que hemos encontrado a nuestro iraní errante.

—Ese coronel es muy escurridizo. De lo peor. ¿Está seguro de que se encuentra allí, jefe? —Preguntó Olcina, visiblemente incómodo bajo el vendaje de la cabeza.

Paniagua asintió con un enérgico ademán.

—El embajador Lakhani se ha apresurado a negarlo todo, incluso la propiedad del apartamento. Y yo me pregunto, ¿para qué hacerlo? Esa información es pública y figura en los archivos del Registro. Sí, Olcina, estoy seguro de que el coronel se encuentra escondido en ese lugar.

Le miró durante unos segundos, mientras el subinspector tironeaba de la capelina de gasa.

—¿Cómo lo lleva? —Preguntó.

Raúl Olcina puso cara como de haber oído algo desagradable.

—Jefe, me sabe mal lo que pasó con El Ángel Exterminador. Yo estaba allí y debería haber prestado más atención. ¡Ese cabrón me derrumbó de un solo golpe!

El inspector le miró con una mezcla de compasión y de fastidio. Tal y como él veía las cosas, una vez que algo había sucedido era inútil lamentarse por ello. Solo quedaba aprender y rezar para no cometer errores con demasiada frecuencia.

—No sea merluzo, Olcina. Nada de lo qué sucedió fue culpa suya. Además hemos detenido a ese animal y no verá la luz del sol durante una buena temporada.

Ya era tarde y estaba oscureciendo. Así que tenían que darse mucha prisa si querían preparar un asalto táctico al apartamento de la Torre Espacio. Con toda seguridad, Golshiri no se había encerrado allí solo sino en compañía de un buen puñado de sus gorilas del IRGC e iban a necesitar de toda la ayuda que pudiesen reunir para poder entrar en el lugar sin que provocasen un bochornoso conflicto internacional. Estaba convencido de que el maldito coronel se defendería como un gato panza arriba si entraban en ese apartamento enarbolando sus armas y sus placas identificativas.

El inspector Paniagua se preguntó fugazmente si no estaría pensando en el coronel más como un sospechoso que como víctima. Bueno, ya se vería. Una vez que lo tuviese a buen recaudo en una sala de interrogatorios de la central, ya decidiría si el arrogante personaje era víctima o criminal. Aunque, no podía negar que si finalmente resultase ser esto último, iba a disfrutar de lo lindo interrogándole.

—Olcina, ponga en marcha toda la operación. Solicite ayuda al Grupo de Especial de Operaciones y mande a alguien a buscar al agente Cordero, estoy seguro de que no querrá perderse el momento por nada en el mundo.

Estaban muy cerca, podía presentirlo.

El asesino sintió el suave zumbido que emergía de su traje especial y el corazón se le llenó de excitación. Había llegado el momento y en aquella ocasión su objetivo era alguien muy especial para él. Alguien que había estado presente y había sido actor principal en los acontecimientos que le habían empujado a convertirse en un homicida.

Sadeq Golshiri.

Un cosquilleo de adrenalina le inundó todo el cuerpo. Realizó unas comprobaciones de última hora y puso su reloj cronógrafo en marcha. El tiempo, como siempre, sería apretado pero suficiente. Esa misma noche, el coronel Sadeq Golshiri pagaría por todos sus crímenes.

La inmensa mole de la Torre Espacio se erguía ante él hendiendo la fresca noche de Madrid con su esbelta azotea. Atrás había quedado la ola de calor que asolaba la ciudad los últimos días y el hombre iridiscente podía sentir la mordida del crepúsculo en su cuerpo. Cruzó rápidamente los últimos metros que le separaban del vestíbulo. A su espalda, la inmensa avenida del Paseo de la Castellana se hallaba casi desierta. Apenas algunos visitantes nocturnos del cercano hospital de La Paz se encontraban paseando por los alrededores y los escasos coches que surcaban los cuatro carriles de la avenida se dirigían obstinados hacia un destino similar: los domicilios de sus propietarios.

Se detuvo unos instantes ante la enorme puerta giratoria y esperó pacientemente unos segundos. Unos metros más allá, el guarda de seguridad que vigilaba la entrada durante el turno de noche se levantó de su asiento y se dirigió con apremio en dirección al aseo de caballeros. Exactamente como el hombre iridiscente sabía que iba a suceder. Entonces, abrió la puerta auxiliar y cruzó el amplio vestíbulo encaminándose hacia los ascensores. El suelo enlosado repiqueteó bajo las suelas de sus zapatos. No importaba. El segundo guardia de seguridad se encontraba en los pisos superiores haciendo su ronda antes de reencontrarse con su compañero en la planta baja e iniciar su acostumbrada partida de póquer.

Sin dejar de escudriñar a su alrededor, el asesino llevó dos dedos hacia el botón de llamada y apretó con suavidad. Cuando el veloz y silencioso ascensor se detuvo en el piso treinta, las puertas se abrieron con un sonido de campanillas que anunciaba la llegada del habitáculo. Los guardias revolucionarios que se apostaban ante la puerta intercambiaron una breve mirada y, sin cruzar palabra, empuñaron sus subfusiles

MPT-9 apuntando con presteza hacia el rellano. Siendo profesionales bien entrenados, se separaron y trataron de poner la mayor distancia posible entre ambos mientras cada uno cubría una parte del pasillo con el cañón de su arma. Cuando llegaron a la altura del ascensor, este se hallaba retenido con el mango de un destornillador sobresaliendo por la parte inferior de la puerta motorizada impidiendo que se cerrase automáticamente.

Volvieron a cruzar sus miradas y asintieron en silencio.

El asesino estaba en el edificio.

De pronto se produjo una sorda explosión de luz brillante. Una silueta pequeña se recortó por un instante en el vano del ascensor antes de abalanzarse y cargar sobre los desorientados guardias. Todo el ataque duró menos de un minuto. El asesino se detuvo. A sus pies yacían los cuerpos inertes de los dos hombres del IRGC, la sangre manaba lentamente de sendos orificios en el pecho. La granada casera de perclorato de amonio y magnesio había funcionado a la perfección. Admiró quedamente el lujoso pasillo que se abría ante él. Sin embargo, no estaba allí para contemplar la belleza arquitectónica del moderno edificio, así que se dirigió en silencio hasta la puerta del apartamento donde se ocultaba el coronel. Lo siguiente que hizo fue extraer una llave electrónica del interior de su traje y deslizarla por la cerradura. La luz roja se cambió a verde y la puerta se abrió con un suave chasquido.

El asesino dudó unos instantes, tenía la boca seca y las manos húmedas de sudor. Además, le temblaban un poco. *¡Estaba tan cerca!* Por su mejilla se deslizó una furtiva lágrima de júbilo. Como había previsto, nadie en el interior del apartamento se había percatado del altercado ocurrido en el pasillo exterior. La pistola Makarov resultaba un poco difícil de manejar con el largo silenciador casero acoplado al cañón pero aquello no supondría un problema en las distancias reducidas del apartamento. El asesino del traje iridiscente tan solo tenía que apuntar al bulto y disparar, había cargado la semiautomática de fabricación rusa con balas de punta hueca que se abrían en múltiples fragmentos en cuanto penetraban en la blanda carne de sus víctimas.

El hombre del traje futurista abrió la puerta unos centímetros y deslizó medio cuerpo por la abertura, mantenía la Makarov firmemente agarrada aunque sentía la empuñadura húmeda por el sudor que se desprendía de la palma de su mano. En la blanca atmósfera de la vivienda su traje brillaba como un molinillo multicolor y le entró una breve punzada de pánico. Inspiró profundamente y se atrevió a lanzar un rápido vistazo al interior del pasillo del recibidor. Dándole la espalda se encontraba uno de los gorilas del coronel. Una sonrisa cruel se cinceló en las blandas facciones de su cara. El soldado vestido de paisano debió de percibir su presencia en el último instante porque se giró dispuesto a dar la voz de alarma, pero el asesino levantó el cañón de la Makarov y le descerrajó un tiro que le entró por debajo del esternón y le hendió el corazón.

El desprevenido soldado, que no era otro que el líder de la unidad Quds, se estremeció por el impacto y el asesino aprovechó la ocasión para disparar una

segunda vez. El sargento Pásbán no tuvo tiempo de reaccionar. El segundo impacto le alcanzó en la garganta, tosió y expulsó una bocanada de sangre. Con los dientes enrojecidos trató de articular un aviso mientras resbalaba por la pared hasta terminar sentado plácidamente en el suelo. Por encima de su cabeza, una intrincada silueta de Rorschach quedó dibujada con su sangre.

El asesino terminó de deslizarse en el interior del apartamento y se recostó contra la puerta. Aguantando el aliento, dirigió la pistola en dirección a la puerta de acceso a la cocina.

Contó unos segundos y disparó.

El segundo comando Quds se desplomó sin proferir un solo sonido. En su mano llevada dos tazas de café caliente que acababa de preparar para él y el sargento. Colgando de un costado se encontraba su subfusil MPT-9, el alargado cañón con silenciador apuntando inútilmente hacia el suelo de lujosa madera.

Con esfuerzo, el asesino agarró por el cuello de la camisa al enorme soldado y lo arrastró de nuevo al interior de la cocina. La sonrisa descarnada se ensanchó en sus labios. Todo estaba saliendo exactamente como lo había calculado. Despachó a los guardias revolucionarios que se apostaban en la parte posterior del apartamento vigilando la entrada del servicio con la misma eficacia y rapidez con que se había manejado hasta el momento. A su paso, las paredes quedaron tiznadas del rojo de la sangre y los reflejos de su traje parecían extraídos directamente de los hornos del averno.

Ahora solo cabía esperar una vez más.

Alzó la muñeca y estudió con intensidad su cronógrafo. Se deslizó con pasos coreografiados hacia la derecha hasta enfrentarse directamente con la cerrada puerta del salón. Al otro lado, el coronel Golshiri estaba sentado en un sofá, haciendo girar una delicada taza de té en sus manos. Se encontraba de espaldas a la puerta y contemplaba el noticiero de la noche en el canal Al-Jazeera. La voz de una presentadora femenina explicaba los efectos que las sanciones internacionales estaban teniendo sobre el sector aeronáutico iraní. Ochenta segundos más tarde, los dos últimos comandos que protegían a Golshiri salieron para cambiar su turno de guardia. Los ojos de ambos hombres se abrieron como platos cuando fueron recibidos por la bocacha del silenciador de la Makarov.

El asesino echó un último vistazo al rastro de muerte que había dejado tras de sí. Entonces, con gesto truculento, extrajo la jeringuilla llena de Propofol y se acercó sigilosamente a la puerta.

Cuando sintió el pinchazo de la aguja en su cuello, el coronel Golshiri frunció el ceño con sorpresa y trató de abrir la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. El potente anestésico funcionaba con espectacular rapidez y perdió la consciencia antes de que su cerebro registrase qué es lo que había sucedido.

Algún tiempo más tarde, despertó. El apartamento se encontraba completamente a oscuras y alguien había bajado las cortinas automatizadas de las ventanas. Sacudió la cabeza intentando quitarse las telarañas de la droga y cuando volvió a abrir los ojos, el infierno le estaba mirando directamente. Cuando reconoció el rostro del hombre que tenía ante sí, Golshiri se quedó sin aire, con la boca abierta como un pez fuera del agua. Por fin se encontraba ante el asesino que había perseguido desde Teherán y no terminaba de comprender cómo era posible que aquel hombre se encontrase ante sus narices. Los destellos que emanaban del traje que vestía su captor le cegaban de manera inmisericorde y trató, en vano de apartar la cabeza. Iba a protestar cuando un agudo dolor le subió de repente por el brazo. Apenas pudo contener un prolongado grito gutural que reverberó en las tinieblas que se habían apoderado del apartamento. El pánico se apoderó de él y terminó de inyectar las últimas dosis de adrenalina que quedaban en su cuerpo.

*¿Dónde estaban sus hombres? ¿Qué había hecho aquel monstruo con sus hombres?*

El dolor aumentó considerablemente hasta que, sin avisar, se detuvo. Luchaba desesperadamente por no perder el conocimiento, su maltrecho cerebro no dejaba de insistir en la certeza de que si cerraba los ojos tan solo una fracción de segundo, nunca sería capaz de volver a abrirlos jamás.

El asesino hacía caso omiso de los esfuerzos del coronel por liberarse, ya casi había acabado con aquel despojo de ser humano. Acercó su rostro hasta dejarlo apenas a unos centímetros del moribundo.

—¿Qué se siente, coronel? ¿Dígame qué siente cuando se tiene a la muerte tan cerca y se es incapaz de hacer nada por evitarla?

El coronel le miró con ojos abiertos en toda su extensión, enloquecidos, y no dijo nada. Entonces, el hombre apoyó el supresor de la Makarov contra su frente, dejándolo allí unos instantes, saboreando su momento, y apretó el gatillo.

La bala atravesó el cráneo del coronel, hendió su cerebro en dos y salió por la parte posterior en un géiser de sangre y materia gris. Antes de que su vida se



extinguiese por completo, Golshiri todavía pudo sentir el pungente olor de la pólvora, denso y pesado. El aroma de su muerte inundando sus fosas nasales, recorriendo el camino desde su nariz hasta sus ojos desorbitados haciéndolos lagrimar. Ningún pensamiento fugaz cruzó su cerebro, nada de reproducciones de su vida proyectadas en la húmeda negrura que existía detrás de sus párpados, nada de cálidas y acogedoras luces brillantes esperando recibirle en su seno.

Nada extraordinario sucedió.

Simplemente, murió.

El hombre iridiscente se guardó la pistola. Jadeante, se humedeció los dedos en la sangre arterial que manaba de la muñeca de Sadeq Golshiri y, recogiendo la mano amputada, se dirigió tambaleante hacia el espejo que adornaba una de las paredes de la estancia.

De repente, los escuchó.

Ruidos de pasos a su espalda y voces masculinas hablando. Tenía que ponerse en marcha y rápido. Su mente era un torbellino de pensamientos. ¿Cómo era posible que le hubieran encontrado tan pronto? ¡Había sido tan cuidadoso! Todo estaba meticulosamente estudiado, preparado al segundo. No alcanzaba a comprender qué había podido fallar, ni cómo había sido incapaz de anticiparlo. Sencillamente, en esa ocasión, el futuro había sido tan oscuro para él como para el resto de los hombres.

*Si lo hubiese previsto...*

Casi se rio ante la idea. Casi. El tiempo apremiaba y todavía no había concluido su obra. Con premura comenzó a extender la sangre por la palma de la mano inerte del coronel.

Entonces, escuchó el estrépito de la puerta de entrada al saltar en mil pedazos.

El agente vestido con el traje de faena de la unidad IRGC se acercó a la puerta del apartamento con cautela. En su mano llevaba varios tramos de Cordtex que adhirió a las bisagras. El Cordtex era un cordón detonante muy flexible relleno de explosivo IRGC utilizado habitualmente para derribar puertas blindadas. El agente se giró e indicó a sus hombres que se prepararan para la detonación con un gesto de la mano.

La sorda explosión dejó un par de segundos ciegos y sordos a los miembros de la unidad, pero tendría un efecto mayor en los posibles ocupantes del apartamento. De eso se trataba, en realidad, de obtener un efecto desorientador sobre los criminales antes de caerles encima con la virulencia habitual de una incursión policial.

Cuando se recuperó, el agente en cabeza echó un rápido vistazo al enorme lugar, maldiciendo por lo bajo. No habían contado con las dimensiones de aquel sitio, que bien pudiera haber albergado las oficinas de una empresa de tamaño mediano. Se volvió hacia sus hombres y les indicó con gestos la estrategia de entrada. Formarían tres parejas, que se desplegarían en abanico, la primera se dirigiría hacia la izquierda, la segunda a la derecha y la última, en la que se encontraba él mismo, hacia el frente a lo largo del pasillo. Tras los IRGC, el inspector Paniagua y su grupo accederían a la vivienda.

—Escuchad, chicos. No me hace falta traspasar esa puerta para saber que algo no marcha bien. —Les dijo en un susurro—. Id con cuidado.

Y, ajustándose los anteojos de visión nocturna de tercera generación sobre el puente de la nariz, se deslizó sigilosamente en el apartamento, apuntando hacia el frente con el subfusil de asalto. Después, entraron sus hombres con precisión profesional, la muerte reflejada en el fulgor verdoso que desprendían las lentes oculares de sus gafas Dedal DVS-8.

Una vez más, Martin se encontraba inmerso en una situación demasiado familiar para él. Dolorosamente familiar. La espalda del inspector Paniagua se abría ante sus ojos y le impedía ver qué había más allá, al otro lado de la puerta. Durante unos instantes siguieron por el recibidor al jefe de la unidad táctica IRGC hasta que este y su acompañante desaparecieron por el umbral de la primera habitación, seguidos del subinspector Olcina.

El inspector se giró y le indicó con señas que ellos continuarían hasta la siguiente puerta que, según el plano fotocopiado del Registro, se trataba del salón. La

oscuridad les envolvía en su sedoso abrazo. Atravesaron una puerta de doble paño y, entonces, Martin lo notó.

Lo primero que había sentido no fue el absoluto silencio, ni tampoco la completa oscuridad. Lo primero que asaltó a Martin fue el olor. Al principio, le llegó débil, como el hálito de un bebe, apenas una sutil variación en el perfume ambientador de la vivienda, pero inmediatamente se hizo más intenso. Un olor penetrante que invadió sus fosas nasales y, al mismo tiempo, hizo saltar todas las alarmas de su cerebro. Martin golpeó suavemente en el hombro del inspector y se tocó la nariz. El enorme policía asintió, en silencio. Él también lo había notado.

A medida que penetraban en el interior de la espaciosa habitación, Martin comenzó a sentir una poderosa opresión en el pecho.

El olor a sangre estaba por todas partes.

Martin se detuvo. El olor de la sangre recién brotada no se parecía a ningún otro. Algunos lo definían como metálico, un intenso olor a cobre o a monedas mojadas, pero Martin sabía que no era así. La sangre fresca olía de una manera especial, inconfundible.

*A muerte.*

El tufo procedía de algún lugar situado frente a ellos, oculto por la enorme masa de un sillón de cuatro plazas. El inspector Paniagua se giró y apuntó hacia allí con su linterna. Martin no pudo evitar contener el escalofrío violento que recorrió todo su cuerpo como un espasmo.

—Dios bendito. —Murmuró entre dientes.

Iluminado por el resplandor que se desprendía del enorme televisor IRGC, el cuerpo desnudo del coronel Golshiri les miraba fijamente con un nuevo ojo abierto en la frente. Un retrato sangriento de Polifemo, el cíclope de los clásicos griegos, de cuyo muñón izquierdo todavía se deslizaba un hilillo de sangre, más por causa de la acción de la gravedad que por los inexistentes latidos de su corazón. El enorme charco sobre el que goteaba aún estaba fresco. A sus pies se encontraban, formando una desordenada pila, los cuerpos sin vida de su escolta de seguridad, desparramados sobre la sangre fresca sin coagular.

*¡Sangre sin coagular!*

Martin dio un respingo involuntario.

—Inspector, el asesino todavía está aquí. —Dijo con urgencia—. Fíjese, la sangre es demasiado fresca.

Frenético, Arturo Paniagua giró sobre sí mismo, en el sentido de las agujas del reloj, iluminando la estancia con su linterna. A su espalda, más allá de la puerta por la que habían entrado, podía escuchar los gritos de los miembros de la unidad IRGC mientras peinaban el resto de las habitaciones.

Era imposible que el asesino hubiese escapado a tal escrutinio.

—Aquí no hay nadie. —Dijo, finalmente, convencido de que Martin se había dejado llevar por el pánico y estaba imaginando cosas raras.

—¡No puede ser! ¡Tiene que estar en alguna parte! No ha tenido tiempo de huir.

—¡Le digo que aquí no hay nadie! —Replicó el inspector—. Voy a continuar, esta habitación está despejada y ahora se ha convertido en la escena del crimen.

Cuando Martin se quedó solo, sacudió la cabeza furioso. Avanzó con cautela en la oscuridad, tratando de no pisar los cuerpos que yacían a su alrededor. Sin pensarlo, su mano buscó inútilmente la presencia de su pistola. No encontró nada.

—¡Maldición! —Masculló en voz baja. De repente, había recordado que ya no formaba parte del FBI y que, por tanto, ya no iba armado por la vida.

—¡Maldita sea mi suerte! —Gruñó de nuevo.

Su instinto le aconsejaba huir a toda costa, pero se resistió. *Confía en tu entrenamiento*, se dijo. *Puedes hacerlo*. Y siguió avanzando.

Los ojos vidriosos de Golshiri le acechaban y parecían exigirle, acusatorios, una explicación pero nada habría podido hacer por él. Su futuro había sido sellado en el mismo instante en el que se cruzó en el camino de un asesino despiadado.

De repente, el silencio de ultratumba se adueñó de todo. Aguzó los oídos esperando escuchar el susurro de alguien abalanzándose sobre él. El susurro de su propia muerte. Nada, ni un deslizarse de pies. Esperó, y se esforzó por ver en la oscuridad. Sin la ayuda de la linterna del inspector, sus ojos ya se estaban ajustando a la escasa luz emitida por el televisor pero todo seguía siendo negro a su alrededor. Martin se acercó con cautela al cadáver, mirando cuidadosamente dónde ponía los pies para evitar destruir las pistas del crimen.

Junto a sus pies podía distinguir la acerada forma de una sierra quirúrgica manchada de sangre y pelos. El asesino se la había dejado olvidada, posiblemente tras su huida precipitada. Se encontraba tan próximo al cuerpo, que el olor era insoportable y Martin tuvo que cubrirse la boca y la nariz con la mano mientras se agachaba sobre el instrumento para inspeccionarlo con más detenimiento.

Entonces, el cuerpo de Golshiri se levantó de repente, brillando con los colores de un arco iris demencial.

En su mano empuñaba una pistola.

Martin sintió más que vio la otra presencia. Demasiado tarde. Con fuerza, el asesino se abalanzó sobre él y trató de dominarlo por la fuerza bruta. Podía oler la mezcla almizclada de sudor y colonia que desprendía su cuerpo. Sus malheridas costillas mandaban miles de agujas incandescentes al centro neurálgico de su cerebro. Trató de zafarse de la presa que le retenía los brazos contra el cuerpo y sintió el débil calor que emanaba del tejido que cubría por entero el cuerpo del hombre, quien evidentemente no era el cadáver resucitado del coronel Golshiri.

Entonces, cambió de táctica.

Bajó su cabeza hasta tocar su pecho con la barbilla y la disparó hacia atrás con toda la fuerza que pudo imprimir en los músculos de su cuello. El salvajismo del impacto reverberó en la parte de atrás de su cráneo y sintió un líquido pegajoso resbalar por su cuello. Había alcanzado de lleno a su agresor en pleno rostro y podía

imaginar el destrozo que había infligido en su tabique nasal. Con un grito de júbilo, sintió la presa desfallecer y dando un último tirón desesperado, se soltó.

Entonces, todo estalló en un millón de estrellas cegadoras cuando la boca de la pistola golpeó con saña el nacimiento de su cuello. Levantó ambos brazos para protegerse de un segundo golpe y los dedos de su mano derecha se aferraron al metal de la pistola, cerrándose en torno a ella.

El hombre del traje que emitía luces se zafó frenéticamente y levantó el brazo que empuñaba el arma. El silenciador de la Makarov se acercó hasta su sien y Martin pudo sentir el frío beso del metal sobre la piel. Entonces, entre brumas, escuchó el cacareo desdeñoso de su risa y supo que su hora había llegado.

Martin Cordero dejó escapar un débil gemido.

—Por favor, no lo haga. Por favor... —Imploró y su ruego fue respondido por una maldición, barruntada en persa, preñada de odio y urgencia.

Después, se hizo el silencio.

El hombre del traje iridiscente se había esfumado.

— ¿Martin, Martin? ¿Se encuentra usted bien?

La voz le apremiaba a despertar, pero él no quería, prefería seguir acunado por la oscuridad. Era la segunda vez que le hacían una pregunta similar en pocas horas y se sentía un poco fastidiado por ello. ¿Qué le pasaba a esa gente? ¿No veían que tan solo querían que lo dejaran en paz? Amparado bajo el cálido cobijo de la negrura que le rodeaba, no quería recordar el cuerpo retrepado del coronel, la oquedad sangrienta en su muñeca, el ruido de sus pasos sobre el parqué cuando se acercó al cadáver y luego...

—¡Martin, vuelva en sí!

Era el inspector Paniagua quien le hablaba y Martin no quería contestar, tan solo quería que le dejase tranquilo.

—¡Por el amor de Dios, vuelva en sí!

Y obedeció.

Entreabrió los ojos y respiró una bocanada de aire. Alguien había encendido las luces de la habitación y sintió su punzada en la parte posterior de sus globos oculares. Arturo Paniagua se erguía sobre él, a su lado estaba también Olcina que le miraba con un gesto de preocupación que ensombrecía su rostro bajo el desordenado vendaje. Ambos hombres parecían cansados y abatidos.

—¡Gracias a Dios! —Exclamó el subinspector, visiblemente aliviado—. Menudo susto nos ha dado. Pensábamos que esta vez sí lo habíamos perdido.

—Martin, el asesino... ¿Hacia dónde escapó? ¿Lo ha visto? —Le apremió el inspector Paniagua, al tiempo que inspeccionaba el lugar apuntando con su linterna y el cañón de su pistola.

—Ya no está. —Contestó.

—Sí, ya sé que ya no está. ¡Puedo verlo por mí mismo, maldita sea! ¿En qué dirección se fue?

—No, no lo entiende. No se fue a ninguna parte. —Trató de explicar Martin, y en ese preciso instante cayó en la cuenta de dos cosas muy diferentes. La primera era que, por segunda vez, el inspector le estaba llamando por su nombre. Resulta curioso cómo funcionaba la mente de uno después de recibir una conmoción cerebral y en las nimiedades en las que centra su atención. La otra cosa en la que se fijó fue en que no tenía ni puñetera idea de cómo iba a explicar qué es lo que había sucedido.

—¿Qué quiere decir con que no se fue a ninguna parte? ¿Todavía está en el

apartamento? —Preguntó el inspector, alarmado—. ¡Eso es imposible!

—No, primero estaba ante mis ojos y después... Después, dejó de estarlo.

El inspector se irguió con un resoplido de decepción y enfundó su arma.

—Es evidente que ha sufrido una conmoción, por eso no puede pensar con claridad. —Dijo, frunciendo el ceño—. Una persona no puede desaparecer así por las buenas.

Martin guardó silencio. El inspector tenía razón, de algún modo el golpe que había recibido le había nublado los sentidos y no podía confiar en lo que había visto con sus propios ojos. Porque, desde luego, no había una explicación lógica para lo que acababa de presenciar. No entendía por qué el asesino le había apuntado con su pistola, le había tenido a su merced y no había apretado el gatillo. Martin todavía sentía un hormigueo allí donde el silenciador del arma había presionado contra su sien. El asesino podía haberle matado en ese mismo instante y, sin embargo, en vez de ello, se largó. Como en un maldito truco de magia, había desaparecido ante su vista. Ahora me ves, ahora no me ves. Una locura de puta madre, hubiera dicho Peter Berg.

—Olcina, hable con el equipo de los IRGC y pídales que peinen por completo el edificio. —Paniagua frunció el ceño más profundamente, resultaba obvio que pensaba que allí estaban perdiendo el tiempo—. No entiendo cómo se nos ha podido escabullir ese mamarracho.

Echó una última mirada contrariada a Martin.

—Y haga que un IRGC le eche un vistazo al agente Cordero, ese golpe en el cuello tiene un aspecto muy feo.

Vaya, pensó Martin, *ha regresado la oficiosidad*. Y contrajo todos los músculos de su cara cuando una punzada de dolor le subió desde el cuello. Lo sentía tieso y dolorido como si hubiese estado bailando al final de una soga en el árbol del ahorcado. Mientras se masajeaba el maltratado cuello, Paniagua cogió el brazo del subinspector y se lo llevó aparte.

—¿Qué diantres está pasando, Olcina? —Preguntó entre dientes—. ¿Cómo es posible que el sospechoso se nos haya esfumado? Lo teníamos al alcance de la mano.

Arturo Paniagua estaba vibrante por la ira, perladas gotas de sudor le caían por la frente.

—No tengo ni pajolera idea, jefe. Pero sí puedo decirle que ese cabrón me da miedo, es como si... como si conociera nuestros movimientos con antelación, como si supiera lo que vamos a hacer antes que nosotros mismos.

El inspector soltó un bufido despectivo.

—No diga majaderías, con los desvaríos del agente Cordero tenemos más que suficiente.

Raúl Olcina dudó un segundo y luego asintiendo con la cabeza, se dio media vuelta para ir a hablar con el jefe operativo de la unidad IRGC.

Horas más tarde, Martin Cordero estaba tumbado en la cama de uno de los

dormitorios, mientras buscaba una posición cómoda para colocar el collarín cervical de espuma que le había puesto el técnico sanitario. Paniagua le había enviado a un agente para que le acompañase a casa o a un hospital pero él lo había declinado. Deseaba estar presente durante la recogida de pruebas en la escena del crimen y ayudar en todo lo que pudiese. Hizo un esfuerzo importante ignorando los pinchazos de dolor y se incorporó.

En el salón, los técnicos de la Policía Científica ya estaban trabajando. Todo el lugar estaba iluminado por las luces del propio apartamento y varios trípodes con lámparas DynaSun de mil vatios. Parecía como si un sol diminuto hubiese estallado de repente en el lugar, inundando con luz fría cada recoveco y cada esquina, desequilibrando a su favor la particular batalla que libran eternamente las luces y las sombras.

—Vaya, vaya. —Dijo el inspector, levantando la cabeza del lugar marcado por una banderita amarilla que estaba inspeccionando y que indicaba la exacta posición donde se había encontrado el paquete destinado al coronel con su propia mano cercenada—. Empezaba a pensar que se había quedado dormido en la otra habitación.

—Lo he intentado, inspector. —Respondió—. Pero parece que esta noche la fiesta se encuentra aquí y no tengo nada mejor que hacer.

Un agente de los IRGC se acercó a Paniagua y le susurró algo al oído. El inspector se quitó con fastidio los guantes de látex de color azul que llevaba puestos y se los guardó en un bolsillo de la americana.

—Bueno, parece que el sospechoso no se encuentra en el edificio. —Informó, cariacontecido—. En fin, vámonos ya no tenemos nada que hacer aquí.

De regreso al complejo policial, circulaban en obstinada lentitud por la antigua Avenida de la M-30 en dirección sur. El tráfico restringido a noventa kilómetros por hora hacía que aquella avenida de cuatro carriles, rebautizada como Calle 30, se encontrase siempre abarrotada hasta los topes de vehículos. Y, sobre todo, tan cerca de la hora punta como se encontraban.

Martin se había dejado puesto el collarín de espuma y le impedía girar la cabeza y mirar por la ventanilla, así que se limitaba a cerrar los ojos y dejarse llevar por el sopor. Se sentía terriblemente cansado.

—Todavía estamos a tiempo de atraparlo.

La voz de Paniagua le hizo abrir los ojos.

—¿Atraparlo, cómo?

—No lo sé. Francamente, no tengo ni idea pero me niego a pensar que se saldrá con la suya.

Raúl Olcina se concentraba en conducir en silencio.

—Solo de pensar que usted le tuvo entre sus manos...

Martin se encogió de hombros ante eso y un agudo dolor le sacudió todo el



cuerpo.

—Ya se lo dije, de repente se esfumó. Todavía no sé cómo lo hizo pero eso fue exactamente lo que sucedió.

Al inspector Paniagua se le encendieron los ojos de ira y se giró en su asiento para mirar directamente al ex agente del FBI.

—¡Mamarrachadas! Nadie desaparece sin más. Tuvo que irse a alguna parte y usted no pudo verlo.

Martin se mantuvo callado. No tenía sentido discutir con el inspector, ni tampoco tenía muchas energías para hacerlo. El problema era que él mismo pensaba que nadie desaparecía así como así, que tendría que haber algo más detrás de ese truco de prestidigitación. Como en el hecho de que el asesino se hubiese escondido detrás del cuerpo del coronel Golshiri. ¿Cómo sabía que iba a quedarse solo en la habitación? ¿Por qué no les había disparado sin más cuando entraron en el salón? Su Makarov llevaba un enorme silenciador, nadie hubiese escuchado el disparo. ¿Cómo hizo para escabullirse entre los agentes de la unidad IRGC? Entonces, un pensamiento fugaz le cruzó el cerebro y se sintió apabullado por una poderosa sensación de vértigo.

—Se lo dije, jefe, es como si el condenado cabrón supiera de antemano que íbamos a estar ahí. —Intercedió Raúl Olcina sin apartar los ojos de la carretera y sin dejar de tironear obsesivamente de la venda que llevaba en torno a la cabeza.

El inspector Paniagua se disponía a replicar cuando se detuvo. En el asiento trasero, Martin parecía enfermo, el color de su rostro había desaparecido como por ensalmo. Estaba completamente demudado. Quedaba claro que Martin se había topado con algo que lo inquietaba.

—¿Se encuentra bien, agente Cordero? —Le preguntó el inspector.

—Sí, es solo que... —Respondió, Martin, con apenas un hilo de voz.

—¿Qué es lo que pasa? ¿En qué está pensando?

Tanto Paniagua como Olcina tenían la mirada clavada fijamente en él y ambos parecían confundidos por el estado horripilado del psicólogo criminalista. Martin intentaba buscar las palabras adecuadas para expresar en voz alta el razonamiento que acababa de tener pero le era del todo imposible. Lo intentó una primera vez y se atragantó. Entonces, lo intentó una segunda y dijo por fin:

—Les pido disculpas. Es solo que acabo de tener el pensamiento más demencial de cuantos sean posibles y he llegado a una conclusión ciertamente imposible.

—¿De qué está hablando? ¿Qué conclusión?

Martin sentía una opresión en las tripas que iba en aumento y, por un instante, le zumbaron los oídos. Todo a su alrededor comenzó a girar y estuvo tentado de implorar al subinspector que detuviese el coche y le permitiese bajar. En cambio, reprimió las nauseas y abrió un poco la ventanilla permitiendo que entrase un poco del fresco aire de la madrugada.

—La maldición del detective, la llamamos en casa. —Comenzó a barbotear—. La solución se encuentra ante tus narices pero eres incapaz de verla porque toda tu

atención se halla centrada en otra parte.

—¡Se ha vuelto loco, hombre! ¡Diga algo con sentido, por el amor de Dios! —Le espetó Paniagua.

Desde los asientos delanteros, los dos policías aguardaban expectantes a que suministrase alguna explicación. Martin aspiró una bocanada de aire para alejar la sensación de mareo y les miró a su vez, antes de proseguir.

—El subinspector Olcina tiene razón, la única posibilidad de que el asesino pudiera cometer los crímenes es que supiera exactamente lo que iba a pasar antes de que ocurriese. Del mismo modo que sabía dónde iba a encontrarse cada uno de nosotros en el apartamento y pudo huir sin ser detectado.

Los dos hombres le miraron boquiabiertos.

—¿Qué está tratando de decir? ¿Qué es clarividente? —El escepticismo en las palabras de Paniagua era tan cortante como una cuchilla recién afilada—. ¡Válgame Dios!

—No, no se trata de eso. —Replicó Martin—. La clarividencia no explicaría cómo fue posible que la mano mutilada de las víctimas apareciese varias horas antes de que fuese realmente amputada.

—Entonces, no lo entiendo. —Exclamó Olcina, quien finalmente se había quitado la venda y mostraba un costurón de ocho puntos de sutura, ligeramente cubierto con una ligera gasa—. Saltamos de Guatemala para caer en Guatepeor.

—Creo que el asesino puede desplazarse en el tiempo. —Soltó Martin, sin pensarlo dos veces—. Es la única explicación que encaja.

—¡Eso es ridículo! —Exclamó el inspector—. Así que su única explicación plausible es que el asesino es una especie de viajero del tiempo. ¿Ha perdido la chaveta o qué?

—Piénselo detenidamente inspector. El asesino sabía exactamente dónde iba a estar la doctora Farhadi la noche que la secuestró en el aparcamiento exterior de su hotel. Antes incluso que ella misma, puesto que el coronel Golshiri y su gente se la llevaron justo después de recibir su paquete en el Palacio de Congresos, sin consultarlo con nadie, y ella todavía no había decidido que iba a ir hasta su vehículo a recoger los documentos. Nadie más lo sabía, ni podía saberlo, y a pesar de ello, el asesino la estaba esperando en ese preciso momento.

A medida que Martin iba exponiendo en voz alta la demencial teoría estaba cada vez más convencido de que, por mucho que pareciera una completa pila de desvaríos demenciales, era la correcta.

—El asesino mata a la doctora. —Prosiguió—. Le amputa la mano y se las ingenia para dejar el macabro envase de plástico en el aseo de señoras del Palacio de Congresos, treinta horas antes. ¿Cómo pudo hacerlo? Es física y científicamente imposible. Pero olvidémonos de la ciencia por un segundo, ninguno de nosotros podemos responder a esa pregunta, de momento. Pero recapacitemos sobre algo que sí podemos responder: ¿cómo supo que la doctora Farhadi iba a encontrarse a solas

en el lavabo en ese instante?

Martin hizo una pausa.

—La única manera que tenía de saber todo eso era porque, de algún modo, ya lo había visto antes. Esto no se trata de ciencia, no se trata de conocimientos, es pura y simple deducción lógica.

El inspector Paniagua se mordió la lengua. No podía creer lo que estaba oyendo y, sin embargo, no podía negar la lógica detrás de cada argumento. Paniagua siempre había confiado más en las deducciones que en las pruebas físicas que recogían los peritos de la Científica, para él las pruebas no eran sino elementos que corroboraban sus conclusiones, y no sería la primera vez que enfocaba un caso desde un punto de vista diferente al procedimiento. Aun así, la historia de Martin Cordero resultaba inverosímil.

—Y luego está la muerte del coronel... No había forma humana de que nadie pudiese escapar al cerco que tendió Sadeq Golshiri. ¿Cuántos hombres armados y bien entrenados había en ese apartamento? ¿Una decena? Y aun así se los apañó para liquidarlos, uno a uno, y llegar hasta el coronel. —Martin movía la cabeza con esfuerzo—. Incluso después, cuando me atacó, ¿cómo pudo escabullirse? Todo el edificio estaba rodeado por los agentes del Grupo Especial de Operaciones, teníamos hombres en cada salida, tiradores en las torres adyacentes y al otro lado del Paseo de la Castellana y aun así, se escapó. ¿Cómo pudo hacerlo?

—Sí, cómo pudo...

—Porque sabía exactamente dónde iba a estar cada agente, qué puerta estaría sin vigilar y en qué momento. —Explicaba Martin con un tono que había alcanzado el delirio—. Tan solo tenía que eludir a los agentes y luego...

—¿Luego, qué?

—No lo sé. ¿Regresar a dónde vino? —Se encogió de hombros con una mueca de dolor—. Mire no estoy hablando del cómo, tan solo estoy deduciendo que lo hizo.

—Pero si algo sabemos a ciencia cierta es que los viajes en el tiempo no existen. —Replicó el inspector Paniagua—. Son cosas de la ciencia ficción y de las películas.

—Así es, Einstein ya se encargó de probarlo con su teoría de la relatividad. —Corroboró Olcina—. Eso lo sabe hasta un niño de primaria.

Martin negó con la cabeza.

—No. La teoría de Einstein probó que el tiempo era relativo y por tanto dejó abierta una puerta al viaje temporal. Albert Einstein dejó muy claro que adelantarse a ciertos acontecimientos futuros era, en teoría, una posibilidad.

—Agente Cordero no puede pensar realmente que eso sea posible. —Rechazó el inspector con un exasperado movimiento de su mano—. En mi opinión está perdiendo el norte en este caso.

—Pero es la única conclusión posible, inspector.

Arturo Paniagua sacudió la cabeza estupefacto, su cerebro se negaba a aceptar lo que sus oídos estaban escuchando. El ex agente del FBI había perdido completamente

la chaveta y lo peor era que se estaba dejando arrastrar voluntariamente por sus alocadas teorías.

—No perdamos la cabeza, quizás fuese capaz de burlar a todos y cada uno de los hombres del coronel, matarlos uno detrás de otro con sus habilidades como asesino. Y, luego, hizo lo propio con los nuestros. Ya sabe, moverse a hurtadillas, con sigilo, como un...

—¿Un súper soldado de operaciones especiales o un súper espía? ¿Quién está ahora hablando como en las películas? Además, pensaba que sus hombres de la unidad IRGC o los propios hombres de Golshiri, ya eran ese tipo de operativos, extremadamente entrenados y preparados para afrontar cualquier contingencia.

Martin hizo una pausa. Estaba exhausto, todas sus energías estaban siendo consumidas tratando de luchar contra el dolor que sentía y contra el agotamiento, mientras trataba de sacar algo en claro de aquel inconcebible rompecabezas que estaba planteando. Y a pesar de todo, por inconcebible que fuese, no había podido llegar a otra conclusión.

—Inspector, negar la evidencia no va a conducirnos más cerca del asesino. —Replicó.

—¿La evidencia? ¿Qué evidencia? —Gritó Paniagua, perdiendo los estribos—. ¡Lo único claro que tengo ante mis ojos en este momento es que está usted como una chota!

—Jefe... —Le advirtió Olcina con voz calmada.

—¿Qué demonios quiere subinspector? —Los ojos de Paniagua centelleaban como pavesas infernales.

—No nos pongamos nerviosos, discutir entre nosotros no nos conducirá a nada bueno. —Insistió su subordinado, con tono apaciguador—. Propongo que dejemos a Martin en su domicilio, salta a la vista que necesita unas horas de reposo. ¡Joder, yo mismo las necesito, la condenada cabeza me está matando! Y nos reunamos más tarde para trazar un plan y decidir qué hacer a continuación.

Martin Cordero levantó ambas manos desesperado, si su teoría era correcta no habría nada que pudieran hacer por salvar a nadie que hubiese sido elegido como víctima por el asesino. Sin embargo, el subinspector Olcina tenía razón, el nivel de cansancio de su organismo había subido a cotas insostenibles, se sentía presa de una terrible necesidad de acostarse como si todos los músculos de su cuerpo hubiesen decidido detenerse al mismo tiempo.

—No lo entienden. —Trató de explicar, derrotado—. Si el asesino, de algún modo, utiliza el futuro para cometer sus crímenes eso solo podía significar que el coronel Golshiri ya estaba muerto cuando recibió la visita del homicida. ¿Recuerdan los niveles de potasio en sangre? La mano que recibió ayer solo pudo ser amputada instantes antes de que le mataran. ¿Entienden lo que les digo? Una vez que alguien recibe el macabro regalo ya está en realidad muerto. A partir de entonces vivirá un tiempo prestado hasta el momento en el que el asesino lo mate.

—¡Dios santo, está usted loco! —Exclamó el inspector, golpeando el salpicadero con la palma de su mano. No estaba dispuesto a seguir escuchando más barbaridades.

—Inspector, un astuto crítico de jazz dijo en cierta ocasión acerca de Duke Ellington que tenía la habilidad de parecer encontrarse en el recibidor y en el patio al mismo tiempo. Y sospecho que esta misma habilidad es la que posee nuestro asesino. La única posibilidad que tenemos de atraparlo es anticiparnos a su próximo asesinato y detenerlo mientras lo hace, aunque sea demasiado tarde para su víctima. Se lo digo una vez más, Golshiri ya estaba muerto, estaba viviendo una extensión de su vida, por así decirlo. No había nada que pudiéramos hacer por él, pero sí lo habrá para el próximo.

—Si su condenada teoría resulta correcta. —Masculló Paniagua—. De lo contrario, habremos sido incapaces de impedir que una nueva persona pierda la vida.

—Créame, es correcta. No hay otra explicación.

El reloj marcaba las doce del mediodía cuando Martin regresó al despacho del inspector Paniagua. Las horas de sueño le habían sentado de maravilla y, aunque el cuello seguía molestándole bastante, había sido capaz de quitarse el incómodo collarín cervical pero mantenía el apósito que le cubría la maltratada nariz. Tenía todo el cuerpo tieso y dolorido, en un intervalo de pocas horas había sido vapuleado en dos ocasiones y ahora estaba sufriendo las consecuencias.

El lugar estaba desierto y supuso que el inspector y Olcina todavía no habrían llegado aún. Ambos policías tampoco se habían ido de rositas tras su encuentro con El Ángel Exterminador, ni habían descansado después de encontrar el cuerpo sin vida del coronel Golshiri. Sin duda, estarían tan hechos polvo como él. Sobre la mesa había un papel de notas adhesivo de color naranja con un mensaje garabateado que decía que había recibido una llamada del agente Peter Berg.

Martin sin sorprenderse de que Peter le hubiera llamado a la IRGC, extrajo su teléfono móvil y marcó el número que figuraba al pie de la nota.

—Berg al habla. —Respondió la voz de barítono de su viejo compañero, sorprendentemente despierta para ser las seis de la mañana en Nueva Jersey.

—Peter, soy Martin. Acabo de recibir tu mensaje.

—Hola capullo, se trata del pájaro ese que estáis intentado cazar en Madrid. Tengo noticias nuevas.

Una punzada de excitación estremeció el cuerpo de Martin y, en respuesta, su cerebro recibió inmediatamente la queja de sus doloridos músculos.

—¿Qué tienes? —Preguntó, alejando de sí el dolor todo lo que pudo—. Ahora estoy en el edificio de la policía y puedo transmitir el mensaje sin dilación.

—Ya sé dónde estás. —Replicó su amigo con un retintín en la voz que sonaba un poco al tono empleado en el juego del escondite cuando uno de los participantes descubría el escondrijo de un rival—. En ese feo asunto de los homicidios de Teherán, he descubierto que puede haber más caca de vaca de lo que creemos.

—¿Otro de tus contactos en la Interpol te ha contado eso? Déjame adivinar, esta vez te has asegurado que no haya sido la agente rubia quien ha compartido la información.

—Muy gracioso, mamón. Si ese maldito libro que estás escribiendo no funciona, te auguro un porvenir de mierda como cómico en Las Vegas.

—Tengo más chistes en la misma libreta de donde salió el primero, solo tienes

que pedírmelo por favor.

—Seguro que sí, colega, pero mi abuela resulta más graciosa que tú, así que mejor paso. —Replicó Peter—. La cosa es que me puse a ejercitar la neurona un poco y traté de averiguar de qué coño iba todo eso de asesinar científicos. Pensé que si encontraba esa relación, estarías más cerca de atrapar a tu psicópata.

No había duda, Peter Berg podía ser el agente más pintoresco y el peor hablado del FBI pero era uno de los mejores detectives que Martin había conocido jamás. Durante un instante, echó terriblemente de menos trabajar junto a él.

—¿Y qué has averiguado?

—Empecé preguntándome cuál era la conexión entre todos los asesinatos.

Martin frunció el ceño.

—Bueno, eso es obvio. Todas las víctimas eran científicos o pertenecían a la comunidad científica iraní y estuvieron relacionados entre sí durante unas pruebas realizadas en las instalaciones del SESAME.

—Sí, eso es cierto. Pero ¿y si existiera una segunda conexión que se nos escapa?

*Lo dicho, uno de los mejores detectives*, pensó Martin sonriendo.

—¿Qué segunda conexión?

—Al parecer todo comenzó con ese proyecto y con los científicos que fueron asesinados, supuestamente relacionados con el programa nuclear iraní. —Explicó—. Según mis fuentes, ninguno de esos científicos tenía nada que ver con el programa nuclear y todos ellos fueron detenidos e interrogados por el IRGC y el coronel Sadeq Golshiri.

—Eso ya lo sabemos, hice la conexión tras leer un artículo de prensa en Internet. Pero ¿qué es lo que buscaba el IRGC deteniendo a un grupo de científicos?

—Ni puñetera idea. El caso es que todos los científicos que participaron en el proyecto fueron detenidos e interrogados por el mismo tío. Primero tenemos que tres de ellos aparecieron muertos, posiblemente torturados por el coronel para sacarles información de algún tipo, como podemos deducir por la amputación de sus manos. Posteriormente, fueron achacadas sus muertes a supuestos atentados del Mossad para ocultar la verdad. El dato más interesante, sin embargo, se encuentra en los científicos que se libraron de las matanzas. ¿Adivinas quiénes eran? Al menos a dos de ellos los has conocido personalmente.

Un familiar cosquilleo descompuso el estómago de Martin y se le aceleró la respiración.

—El profesor Mesbahi y la doctora Farhadi.

—Premio para el empollón de la clase.

—¿Quién más? —Preguntó—. Has dicho que al menos a dos de ellos los conozco, ¿a quién he dejado de conocer?

Peter hizo una de sus pausas dramáticas y Martin gruñó por lo bajo. Cuando habló su voz había adoptado un tono de cierta superioridad, rematado por un deje mordaz.

—¿Recuerdas que hace unos años se publicó en prensa la noticia de que un

científico iraní había inventado una máquina del tiempo? ¿Una especie de ordenador que era capaz de predecir el futuro usando algoritmos matemáticos?

Martin tuvo que reconocer que no tenía ni idea sobre lo que le estaba contando.

—En aquel momento, la noticia se centró en la figura de un tal Behrouz Razeghi, un director del Centro Estatal de Invenciones Estratégicas de Irán. El proyecto se denominó Aryayeq y fue el chiste privado de la comunidad científica internacional durante algún buen tiempo.

—Peter, todo eso parece muy ingenuo, necesito algo más contundente... — Empezó a replicar Martin, aunque el cosquilleo en su estómago estaba creciendo hasta convertirse en todo un terremoto.

—Ya sabía yo que no te podía cebar con cualquier cosa. —Le cortó Peter, soltando una carcajada, pero empleando un cierto retintín que inducía a pensar que era mentira—. No, tienes razón. Toda esa montaña de mierda no fue sino una tapadera para ocultar la verdadera naturaleza del Proyecto Aryayeq y la identidad de sus responsables.

—¿Y te dieron algún detalle sobre ese presunto experimento o quiénes estuvieron involucrados? —Preguntó Martin.

—La verdad es que suena un poco descabellado. —Peter parecía reacio a contestar—. Aunque, al menos, no más que la mierda de pantalla de humo que crearon. Según mi contacto en la Agencia, el Proyecto Aryayeq intentaba realmente llevar a cabo el primer viaje en el tiempo y parece ser que el IRGC y el VEVAK se tomaron un interés inusitado en el asunto.

—¿Qué tiene todo eso de descabellado?

Peter Berg vaciló de nuevo antes de contestar.

—¿Me estás tomando el pelo, colega? ¿Viajes en el tiempo? Tiene que ser un montón de caca de vaca de la buena. Mi amigo en la Interpol me dijo que todo se trataba de los experimentos de un loco. Pero, personalmente, pienso que todos los científicos asesinados formaron parte de alguna manera en ese proyecto.

Por unos instantes, la línea se quedó en silencio.

—¿Martin? ¿Martin, sigues ahí?

—Sí, aquí sigo.

—¿Qué es lo que pasa, colega? Habla conmigo.

Más silencio y, entonces, Martin se decidió por soltar la bomba.

—El coronel Golshiri fue asesinado ayer por el mismo hombre al que perseguimos.

—¡La puta...! —Exclamó Peter, quedamente.

—Aún hay más, toda esa «caca de vaca» de los viajes en el tiempo coincide con nuestras sospechas sobre el *modus operandi* del asesino. No sabemos cómo lo hace pero las deducciones son irrefutables y siempre llegamos a la misma conclusión. De algún modo, el sospechoso tiene que poder adelantarse al futuro, y si pudieras verme sabrías que estoy haciendo el gesto de comillas con los dedos al usar el verbo



adelantar. Es la única manera en que puede haberse sacado de la manga algo como el truco de la mano amputada. ¡Las manos cortadas tienen que provenir del futuro!

—¡No me jodas, tío! ¿Os habéis vuelto locos de repente allá en España? ¿Qué coño le ponen a la cerveza en esa ciudad?

—Peter... —Le cortó bruscamente Martin, impaciente—. Por favor, no tengo mucho tiempo...

—Está bien, está bien, no te rayes.

—¿Qué más tienes sobre los científicos? ¿Quién escapó de las garras del coronel Golshiri?

—Joder, colega, no entiendo mucho todo el galimatías científico, pero el caso es que hubo un tío, otro profesor más, que estuvo en las instalaciones del acelerador SESAME y tras su estancia en Jordania fue detenido por el IRGC junto con el resto de científicos. En definitiva, todo aquel que sabía algo sobre el experimento.

—Bien, bien. ¿Y qué sucedió después?

—¿Después? Pues que inexplicablemente consiguió escapar o lo dejarían ir si no obtuvieron lo que buscaban, lo cual viniendo del IRGC es muy poco probable. Después de eso, desapareció de repente. Nadie volvió a verle en la Universidad de Teherán, ni en ninguno de los lugares de empollón que solía frecuentar. Lo cual tampoco es de extrañar.

—¿No hay ningún tipo de indicio de dónde se pudo meter?

—Nada, ni una maldita pista.

—Entonces, ¿por qué piensas que es relevante?

Hubo un prolongado silencio al otro lado de la línea. A Peter le encantaban sus pausas teatrales antes de revelar un dato esclarecedor en sus investigaciones.

—Porque semanas más tarde volvió a reaparecer. Un operador de vigilancia de la Agencia en Teherán le sacó una fotografía con un grupo afín al fundamentalismo musulmán.

—No me irás a decir que pasó a formar parte de una cédula de Al-Qaeda, ¿verdad? —Dijo Martin con un tono horrorizado en sus palabras.

—Nada de eso. —Contestó Peter, divertido—. El operador piensa que tuvo que ver con una compra de armas más que otra cosa. Pero te gustará saber que lucía un bonito muñón allí donde debería estar su jodida mano izquierda.

Martin enmudeció de repente. La última pieza que le faltaba para completar el perfil del asesino acababa de presentarse ante él.

—¿Cómo? Nadie lo sabe o está dispuesto a hablar. ¿Coincidencia? Puede ser, pero apostararía mi vieja *Blockhead*<sup>[33]</sup> a que se trata de tu hombre. —Dijo.

—¡Dios mío! ¿Sabes cómo se llamaba ese científico?

—Lo siento, capullo. Nadie quiere soltar prenda sobre el tema y no he encontrado ningún puto documento o transcripción en donde lo mencionan por su nombre. Pero sí te puedo decir que desde ese instante, pasó a formar parte de la lista de personas de interés de la Agencia.

—¿Qué interés podía tener la IRGC en un profesor en paro? ¿No has dicho que pensaban que se trataba de una simple compra de armas?

—Ni puta idea pero esa es la historia que mis fuentes me han contado.

—¿Qué estaba haciendo entonces con ese grupo?

—Sea lo que sea que le hizo ese coronel Golshiri convirtió al tipo en un homicida y se reunió con los fundamentalistas para armarse hasta los dientes. —Respondió su amigo—. Aunque, por lo que yo sé, se juntó con esos tíos para comprar una puta escopeta para cazar patos. ¿Te das cuenta de que no soy adivino, verdad?

Martin, ignorando la pulla, pensó en ello.

—Tiene que haber algo más. ¿Crees que podría echarle un vistazo a los papeles de esa vigilancia?

—Ni de coña, entregarle ese documento a un listillo de agente del FBI retirado es lo último que unos neuróticos como los de la IRGC querrían hacer en su puñetera vida.

Martin maldijo por lo bajo, tenía que ver esos archivos confidenciales, las fotografías, las grabaciones de vigilancia, por sí mismo. Que te contasen algo no era igual que meterse uno en el ajo, sentía que estaba tratando de armar un rompecabezas sin disponer de todas las piezas al mismo tiempo y resultaba muy frustrante. Pero Peter tenía razón, jamás le permitirían ver esos archivos. Sin embargo, conocía demasiado bien a Peter Berg y sospechaba que aún tenía algún tipo de golpe de efecto por soltar, el verdadero motivo de su llamada. Al enorme californiano le gustaban demasiado los dramas.

—Peter... —Insistió Martin, con un poco de fastidio.

—¿Sí?

—¡Suéltalo de una vez, joder!

Martin escuchó una risotada al otro lado de la línea.

—No te pongas así, no es propio de ti soltar tacos como un vulgar camionero. —Se burló Peter, para inmediatamente ponerse más serio y añadir—: Ahora viene lo mejor, capullo. No sé nada más de ese científico, ni de los fundamentalistas, pero sí te puedo decir que el difunto coronel Golshiri no fue quien dirigió todo el cotarro y simplemente se limitaba a seguir órdenes como un buen perro guardián.

—¿Cómo es posible que la Guardia Revolucionaria no fuese quien llevase la riendas? ¿Órdenes de quién?

—De un miembro del VEVAK. Al parecer, el Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional se hizo cargo de todo y le encomendó la tarea a uno de sus agentes, por entonces responsable de la Oficina de Seguridad.

—El nombre, Peter. —Le instó Martin, impaciente.

—Sayd Lakhani.

—¡Santo cielo! ¿El embajador Lakhani?

Otra risotada. Sin duda, Peter estaba disfrutando del momento como un niño con un juguete nuevo.

—El mismo que viste y calza. —Respondió jocosamente su excompañero del FBI.

—Gracias, Peter, has sido de gran ayuda.

—Todavía voy a hacer más, déjame que haga unas llamadas a ver si consigo los documentos de la operación de vigilancia. No prometo nada pero nunca se sabe.

—Gracias, de nuevo. No sé cómo devolverte el favor.

—Bueno, colega, si alguna vez decides que ya estás hasta los cojones de Madrid, ya sabes dónde encontrarme.

Apenas colgó el auricular, Martin comenzó a bullir por dentro. ¿Conocía el asesino aquella información? Martin sintió que se le hacía un nudo en el estómago y la respiración comenzó a alterársele como si acababa de correr la maratón de Nueva York. ¡Pues claro que sí! Por supuesto que el asesino conocía la identidad del diplomático y su implicación en lo que pasó. Estaba todo demasiado bien planificado como para que fuese una casualidad y, si esta deducción era cierta, la vida del embajador corría un grave peligro. Pero, entonces, se detuvo en seco, boquiabierto. Si el embajador Lakhani era la siguiente víctima en la lista del asesino, aquello solo podía significar una cosa.

*¡Se encontraban en disposición de atraparlo!*

Los pensamientos volaban dentro de su cabeza. Por una vez en toda la investigación podían llevar la iniciativa y, si jugaban bien sus cartas, tendrían al asesino allá donde quisieran. ¡Podían tenderle una trampa!

Martin se levantó como un resorte y salió disparado en busca de alguien que pudiese informarle del paradero del inspector.

Mientras Martín Cordero había estado hablando por teléfono con Peter Berg, el inspector Paniagua y Olcina hacían lo propio con el hombre al que habían conocido las últimas semanas con el sobrenombre de El Ángel Exterminador.

Samuel Zafra había sido operado de urgencia el día anterior y pasado la noche en recuperación después de que su cuerpo se deshiciese de los restos de anestesia quirúrgica que le habían suministrado. No había dicho palabra desde entonces y yacía esposado a una cama en la sala de vigilancia intensiva del Hospital Universitario 12 de Octubre.

De camino al hospital, el inspector y Raúl Olcina habían repasado todo lo que sabían de Samuel Zafra y que se limitaba a lo que estaba escrito en su ficha de ingreso como agente de movilidad, su historial escolar y un informe médico de la Seguridad Social que le diagnosticaba como paranoide con brotes esquizofrénicos a la temprana edad de trece años.

Incluso con su diagnosis, todo parecía bastante normal: se había graduado en formación profesional de primer grado y había pasado las oposiciones en el 2000. Entonces, ya había mentido en la solicitud y ocultado su enfermedad. Según el informe médico pensaba que era constantemente vigilado y, ocasionalmente, había confesado escuchar voces en su cabeza. En 2007 solicitó el ingreso en el cuerpo de Policía Municipal de Madrid pero, tras haber superado las pruebas escritas y físicas, no terminó de pasar las pruebas psicotécnicas. Por ninguna parte se decía el motivo concreto, pero a Paniagua no le cabía duda de cuál había sido la causa de su denegación e internamente se alegró de que, en ese caso, los filtros psicológicos impuestos por el Ministerio de Interior hubiesen funcionado a la perfección. Le daba pavor el simple hecho de pensar qué podría haber sucedido si alguien como Samuel Zafra hubiese accedido a la policía municipal.

Paniagua se preguntaba qué había inducido a Samuel a intentar ingresar en la policía. ¿Habría sido para buscar un trabajo estable al amparo del funcionariado o realmente había tenido vocación para ello? Seguramente habría sido lo primero, de lo contrario nunca hubiese matado a todas esas personas, por muy pandilleros y delincuentes que fueran. Alguien con vocación de proteger y servir al ciudadano no sería capaz de quitarle la vida a un inocente.

Por otro lado, Samuel no tenía familia. Era hijo único y nada en su infancia parecía indicar malos tratos, ni traumas infantiles. No se veía a simple vista, ningún

indicativo evidente que pudiese señalar que más adelante se convertiría en un asesino en serie. Tan solo su trastorno.

Cuando llegaron a la altura del hospital, el inspector sintió una punzada de nostalgia al ver la inmensa mole de ladrillo rojo que se elevaba sobre la Avenida de Córdoba. Allí es donde había nacido su hija Gabriela, tras una interminable noche de espera e incertidumbre, y se le hacía imposible mirarlo sin pensar en la importancia que aquel edificio de arquitectura funcional, tirando a modernilla, había ejercido en su vida. Esa noche en el Doce de Octubre, como se le conocía popularmente entre los madrileños, había supuesto un punto de inflexión en su vida del que había salido convertido en algo más que un simple policía en la medianía de su carrera, se había convertido en padre. Por aquel entonces se preguntaba si se podría ser más feliz en la vida, con el cuerpo diminuto y frágil de Gabriela arropado entre sus brazos pensaba en la dicha que sentía. Volviendo la vista atrás, ahora sabía que aquella dicha se podía transformar en dolor en un abrir y cerrar de ojos, pues no hay nada más doloroso para un padre que el sufrimiento de un hijo, y se cuestionaba si repetiría la experiencia de haber sido consultado previamente.

La Unidad de Vigilancia Intensiva (IRGC) era donde se asistía a los pacientes más graves o que acababan de salir de una operación quirúrgica y necesitaban de monitorización continuada de sus constantes vitales, como era el caso de El Ángel Exterminador. La habitación constaba de seis camas mecanizadas, separadas entre sí por unas cortinillas y que se hallaban rodeadas de cachivaches electrónicos: respiradores mecánicos, equipos de hemofiltración y monitorización cardiovascular. Un enorme reloj dominaba la pared opuesta a las camas y permitía a los pacientes superar el desequilibrio en el sueño propio de aquellos que pasaban mucho tiempo postrados y sin acceso al exterior. Un enorme ventanal daba a un patio dominado por aparatos de aire acondicionado convertidos en industriales abscesos de la fachada y por el que entraba habitualmente una luz mortecina, también ayudaba a lo mismo.

Cuando llegaron, les esperaba en la puerta un doctor de bata verde que se limitó a recordarles que el paciente acababa de salir de una operación muy compleja y que necesitaba descansar. Si era estrictamente necesario hacerle algunas preguntas, estas tenían que ser breves y concisas.

—Recuerden, cinco minutos. —Les instó—. Ni un minuto más y procuren no molestar al resto de pacientes. No me importa lo que haya hecho ese hombre, en este lugar se encuentra bajo mis cuidados y su salud es lo único relevante por el momento.

El inspector asintió con un poco de fastidio y se reservó su opinión sobre lo que le importaba la salud de un monstruo como El Ángel Exterminador. Aguardaron pacientemente a que un técnico de la Policía Científica terminase de procesar a Samuel y recogiese las huellas digitales y muestras biológicas que servirían para poner los clavos que sellarían la tapa de su ataúd, por así decir. Al rato, emergió el perito por la puerta levantándose la mascarilla que llevaba y quitándose los guantes de látex color azul para arrojarlos a un contenedor de residuos no biológicos.

—Yo ya he terminado aquí, así que es todo suyo, inspector. —Dijo apuntando algo en la tablilla que sostenía el informe—. Menuda pieza tiene usted ahí. Vaya con cuidado.

Arturo Paniagua le arrebató la tablilla de las manos. No era muy amigo de las charlas intrascendentes, ni de las opiniones que sobre los sospechosos pudiera tener uno de los empollones de la Científica.

—¿Algo que reseñar? —Preguntó abruptamente.

—Nada en especial, deberían haberle examinado cuando le ingresaron. Después de la operación, la mayor parte de las pruebas desapareció o se contaminó. —Explicó el otro, molesto.

El inspector le dio la espalda y leyó rápidamente el informe sobre la recogida de pruebas.

—Encárguese de hacerme llegar una copia de su informe lo antes posible, quiero tenerlo todo atado y sin cabos sueltos antes de que se le pasen los efectos de las drogas que le han dado.

El técnico asintió con la cabeza.

—Así lo haré, inspector.

El Ángel Exterminador yacía en la cama cubierto hasta las rodillas con una sábana y el resto del cuerpo por la fina bata de algodón de hospital debajo de la cuál emergían un par de tubos con fluidos. Un sonido metálico reverberaba cada vez que trataba de mover el brazo derecho esposado al lateral de la cama.

Samuel Zafra era, en palabras del subinspector Olcina, un armario ropero, sus hinchados músculos tensaban la tela de la bata y, aún en posición horizontal, parecía tener problemas para poder cerrar los brazos sobre el pecho. Sin embargo, el tono macilento de su piel y la opacidad, como un velo, que cubría sus ojos indicaba el estado de debilidad en el que se encontraba. Los roncós sonidos de su entrecortada respiración también eran un buen indicativo de que su impresionante físico había visto momentos mejores. Secretamente, el inspector Paniagua se alegró por ello. No iba a ser él quien iba a sentir lástima por aquel monstruo.

—Señor Zafra, ¿comprende la razón por la que estamos aquí?

El hombre le taladró con la mirada y mantuvo un silencio obstinado, el rostro contraído por el dolor.

—Ha sido usted acusado oficialmente de varios homicidios y de tres intentos frustrados. —Prosiguió el inspector—. Quedan pendientes todavía una acusación de secuestro y varios delitos menores.

—Ya sé lo que he hecho, no hace falta que me lo recuerde. —Dijo hoscamente.

—Solo quiero asegurarme de que no me dejes nada en el tintero, señor Zafra.

—Haga lo que quiera. —Dijo con voz temblorosa, desviando la cara hacia la pared. El inspector se proponía proseguir cuando Samuel le interrumpió—: ¿No va a preguntarme por qué lo hice?

—¿Por qué hizo qué, señor Zafra? —Le siguió la corriente.

—Por qué los maté a todos, ¿qué otra cosa iba a ser, joder?

—Entonces, reconoce haberlos matado.

Alzó la mano esposada, ahora farfullaba por la ira y la indignación.

—¡Pues claro que los maté, joder! ¿A qué está jugando? Pero la culpa de todo la tiene la voz en mi cabeza. ¡Yo solo soy una víctima más! Se ríe de mí y me atormenta hasta que ya no puedo más y exploto. ¡Soy una víctima, joder!

Paniagua y Olcina intercambiaron miradas encendidas. La defensa por enfermedad mental era una figura muy común en las películas pero muy difícil de demostrar en la vida real, pues los jueces solían ser muy rigurosos con los historiales médicos y la autenticidad de la enajenación mental durante la comisión de los crímenes. Tan solo una de cada cuatro defensas por enfermedad mental terminaba resolviéndose a favor del acusado. Pero lo que encendía a los inspectores era que, a partir de ese momento e independientemente del resultado, el caso iba a convertirse en un circo de tres pistas y ellos se encontrarían ineludiblemente bajo los focos de la mismísima pista central.

—Está bien, cálmese y empiece por el principio. Cuéntemelo todo sin dejarse ni un solo detalle.

—Padezco de paranoia desde la adolescencia pero siempre la he tenido bajo control, tomo mis medicamentos y eso, y no tengo muchos problemas por ello. La gente te considera un perturbado si se entera de que padeces cualquier tipo de enfermedad mental, así que no se lo cuento a nadie.

Arturo Paniagua asintió.

—Como decía, todo iba bien hasta que apareció la voz. Empecé a oírla sobre todo por las noches. Primero pensé que se trataba de otra voz producida por mi... ya saben, mi enfermedad. Pero luego descubrí que se trataba de algo más.

Paniagua y Olcina le observaban en silencio.

—En realidad, parece como si la oyese por dentro y cuando no hay nadie más. Me dice lo que tengo que hacer y me obliga a matar para justificar sus ansias de venganza. ¡Me utiliza y no puedo evitarlo!

—Le prometo que no permitiremos que nadie le utilice. —Le apaciguó el inspector—. ¿Dígame a quien pertenece esa voz que dice escuchar?

—¡No lo entiende! El verdadero culpable está ahí fuera. A mí ya me han condenado y no están buscando a nadie más pero se equivocan, pronto habrá nuevas víctimas. Ella no ha terminado y ustedes se están centrando en mí.

Rompió a llorar.

—Señor Zafra, hábleme de las muertes. ¿Por qué mataba pandilleros?

—¡No me está escuchando! La voz me decía qué es lo que tenía que hacer, a quién tenía que matar para devolver el equilibrio entre la justicia y la injusticia. El mundo está lleno de seres malvados, de hombres que cometen injusticias impunemente y a los que hay que castigar. La voz en mi cabeza me enseñó a distinguirlos porque tienen un aura negra como la noche, me los señala y me manda

ahí fuera a erradicar el mal de sus almas. Es como... como la retribución del impío, el hombre justo sufre siempre y el impío triunfa..., pues yo soy la solución de Dios. ¡Pero ya no puedo más, me niego a seguir matando!

—¿De qué era culpable la señorita Torres? —Preguntó Paniagua, cambiando de tema, cada vez más enojado con el galimatías sin sentido que estaba escuchando—. Alba Torres es una jovencita inocente, nunca le ha hecho daño a nadie, y aun así la secuestró, la encerró contra su voluntad en su apartamento. ¡Quería matarla!

—¡No, a ella no! —Aulló Samuel—. La voz me susurró que la matase pero su luz era pura, blanca como la nieve, y no pude matarla, no quise... ¡Me negué! Acabé con todos los comemierda pandilleros, incluido el propio Corona Supremo, y aun así no fue suficiente para la voz. Me castigó por no matar a Alba, me atormentó cruelmente, no me dejaba dormir y me perseguía a todas partes. Los susurros era constantes como un banda sonora interminable y aumentaron de volumen. ¡No podía soportarlo! ¡Tuve que dejar de ir al trabajo! Me encerré en mi apartamento y solo salía para buscar comida. Entonces, aparecieron ustedes.

—¿Cómo lo hace? ¿Cómo le atormenta esa voz que dice que escucha?

—¡No lo sé! Pero siempre está ahí dentro, en mi cabeza, susurrándome sin cesar, incitándome a seguir matando. Toda la culpa es de ella.

—Puedo ofrecerle protección, si eso es lo que le preocupa, pero necesito que colabore conmigo. Necesito un nombre.

—¿Protección? ¿Para qué coño iba a querer protección?

—Bueno pensé que quizás esa voz decida atacarle a usted. Si ese es el caso, tener a la policía de su parte no puede hacerle ningún mal.

—¿Por qué habría de tenerle miedo a una voz en mi cabeza? No sé de qué me habla.

El inspector Paniagua estalló ante el nuevo delirio de Samuel.

—¡Ya basta de juegos! Primero me dice que alguien le ha obligado a matar a todas esas personas y ahora, que es tan solo una voz en su cabeza. ¡Póngase de acuerdo, por el amor de Dios! —Hizo una pausa para recomponerse—. Mire, le seré sincero, hable conmigo ahora o no, le tengo cogido por las pelotas y pasará los próximos treinta años entre rejas. Para mí, eso es toda una satisfacción.

Samuel se giró hacia el inspector con un rápido movimiento que tensó la cadena de las esposas. El chasquido metálico sobresaltó a Raúl Olcina, que masculló un juramento entre dientes mientras se encogía un poco ante la mirada enturbiada por la locura del asesino en serie.

—Piensen lo que quieran, eso es lo que la voz busca. Les está confundiendo como hizo conmigo. Te engaña y te hace creer en cosas que no existen, ahora lo veo claramente. —Dijo Samuel, casi susurrando—. Alba Torres es su próxima víctima, quería que yo la matase como hice con los otros pero no pude hacerlo. Ella siempre ve lo peor en las personas, el lado oscuro que todos tenemos. A mí me pasa lo mismo... desde que me enseñó a ver la luz en la gente.



Arturo Paniagua lo pensó durante un rato. A su entender, Samuel deliraba.

—¿Quién es esa voz, señor Zafra?

—No lo sé. No es nadie... quizás mi conciencia, mi némesis... ¡No lo sé!

—Pero la escucha, ¿no? En su cabeza, le insinúa lo que tiene que hacer, a quien asesinar. ¿No es eso?

Samuel asintió con la cabeza, frenético.

—¿La oye en estos momentos? ¿Le está dictando lo que tiene que decir?

—¡Nooo! —Gritó Samuel—. ¡Usted no entiende nada!

—Es una fantasía, señor Zafra. No existe esa voz, nadie le dijo nada. —Presionó el inspector—. Se trata de una invención para librarse de ser condenado. ¿No es cierto?

—¡No, eso no es verdad y si no hacen nada Alba Torres morirá!

Entonces, Raúl Olcina estalló sin poder controlarse un minuto más.

—¿Qué cojones estás diciendo, chalado? —Miraba con dureza a Samuel y le estaba agarrando por la pechera del pijama—. Te hemos atrapado, ¿te enteras? A menos que seas el puto Houdini, la única manera en la que vas a abandonar esta cama de hospital es esposado y escoltado por la policía. ¿Cómo coño vas a poder matar a la señorita Torres?

El Ángel Exterminador se encogió en la cama y le devolvió a Olcina una mirada enloquecida, llena de terror.

—Yo no quiero matar a Alba, es ella. La voz es quien lo quiere y quien no parará hasta salirse con la suya. Es real. ¡Tienen que creerme!

Entonces, Samuel Zafra hundió el rostro en la almohada no paraba de temblar violentamente. Al final, alzó la cabeza y les taladró con ojos sanguinolentos.

—¡Váyanse! ¡Váyanse de aquí y déjenme solo! —Gritó.

De repente, la cortinilla del pequeño receptáculo se abrió de repente y un enfermero de guardia les ordenó con vehemencia que se marcharan.

—¡Que les den por culo! —Atinó a gritar por última vez Samuel, pero la furia que había aparecido apenas unos segundos estaba empezando a desvanecerse y su lugar lo ocupaba algo que Arturo Paniagua no fue capaz de descifrar. Clavó su mirada en los ojos inyectados en sangre de Samuel que por un momento parecieron aclararse—. ¿Qué me va a pasar ahora?

El inspector Paniagua se acercó a la cama y pegó su cara a la de Samuel para que solo él pudiese escuchar lo que iba a decir a continuación.

—Permita que le aclare una cosa, mamarracho. —Susurró, todo su cuerpo rígido por la sorda ira que sentía—. Si por mí fuera, ahora mismo le metería una bala entre ceja y ceja y borraría su miserable vida de este mundo, pero eso sería demasiado fácil. Espero que se pudra en la cárcel y que a alguno de los presos más duros le pongan esos musculitos suyos y le elija como una de sus putas.

La sorpresa se manifestó en la cara de Samuel. Abrió mucho los ojos y comenzó a hiperventilar. Sobre su cabeza, uno de los aparatos a los que estaba conectado saltó

repentinamente a la vida y estalló en una orgía de luces y bips electrónicos. El inspector se irguió y recobró la compostura justo al mismo tiempo que el enfermero de guardia le agarraba por el brazo y le instaba a abandonar la unidad. Más enfermeros y doctores irrumpieron en la unidad con urgencia.

En el pasillo exterior, ambos policías contemplaron en silencio cómo los empleados médicos trabajaban sobre Samuel.

—¿Puede tragarse lo que ha dicho ese lunático, jefe? ¿Sobre esa voz en su cabeza que le decía lo que tenía que hacer? —Preguntó Raúl Olcina, al cabo de un rato.

El inspector Paniagua le miró.

—Lo único que sé, es que va a pasar mucho tiempo antes de que ese desgraciado vea el exterior de una celda. —Contestó casi sin aliento por la ira. Un instante más tarde, se calmó lo suficiente para añadir—: Pero quizás debamos, por precaución, hablar con la señorita Torres y ver si puede arrojar alguna luz sobre esa supuesta voz. Quizás ella los oyó hablar durante el tiempo en que El Ángel Exterminador la tuvo encerrada en el armario.

Entonces su teléfono móvil comenzó a sonar y Martín Cordero le explicó al otro lado de la línea lo que había descubierto sobre el embajador Lakhani. Paniagua soltó un sordo gruñido de comprensión y saltando como un resorte, atinó a decir:

—¡Hijoputa!



*La habitación del dolor huele. Apesta a excrementos, a sudor, a miedo. Teme morir en aquel lugar inmundo y que nadie sepa realmente lo que ha sucedido. Pero, cuando el hombre vestido de oscuro desapareció, entonces comprendió.*

*Lo quieren con vida.*

*Al menos, durante el tiempo necesario hasta que se doblegue y se resigne a obedecer. Eso era lo único que les importaba desde el principio. Su dolor, su sufrimiento, la vida de los demás, son simples daños colaterales.*

*La potente luz blanca le hiere los ojos. Sigue atado a la misma silla de dentista en donde le han tenido retenido las últimas horas, aunque podían haber sido días. Ha perdido la noción del tiempo y está desorientado. Mira su alrededor pero la habitación está vacía, abandonada y parece haber estado así durante algún tiempo.*

*No hay ni rastro de su captor. Recuerda vagamente lo último que le hizo. Le había golpeado, quemado entre los dedos de los pies con un soplete y le había sumergido la cabeza en agua helada pero él nunca se rindió, nunca le dijo nada.*

*Ya no siente dolor y, sin embargo, de alguna manera eso le inquieta. Necesita el dolor para convencerse a sí mismo de que sigue con vida. De repente, como respondiendo a sus deseos, una oleada de calor al rojo vivo le sube desde su mano izquierda. El paroxismo que siente es indescriptible, el brazo se le duerme, lo siente inmovilizado. En un esfuerzo sobrenatural trata de levantarlo para poder echarle un vistazo a la terrible herida que le causa tanto dolor.*

*Y entonces lo ve.*

*Su mano izquierda ha desaparecido y en su lugar solo hay un muñón cauterizado. Busca a su alrededor rezando para que no sea demasiado tarde y pueda recuperarla, devolverla quirúrgicamente al lugar que le corresponde por naturaleza y lo siguiente que ve le llena de locura y de sufrimiento.*

*Sobre la mesa plegable descansa sin perturbar el envase de plástico transparente*

*y en su interior está su mano cercenada, como una ofrenda infernal.*

*Súbitamente, sin pensarlo dos veces, arquea el cuerpo para soltarse de sus ataduras y se sorprende cuando estas ceden con facilidad. Con paso tembloroso se aleja de la silla, arrastrando los pies por el suelo mugriento, manchado con su propia sangre.*

*Entonces, se dirige hacia la puerta abandonada y abierta de par en par, y ya no tiene más miedo.*

*—Aláhu la'nat hamagi. —Susurra.*

*Que Alá os maldiga.*

El embajador Sayd Lakhani ocupaba una localidad de las caras en uno de los palcos del estadio de Chamartin, nombre con el que se conocía al campo de juego del equipo de fútbol más importante de la capital y del resto del planeta. El partido era el segundo partido de las eliminatorias de semifinales de la Liga de Campeones europea y el enorme coliseo blanco se encontraba repleto de hinchas vociferantes y ruidosos.

Al embajador no le gustaba demasiado el fútbol, la mera idea de permanecer sentado en el mismo sitio por espacio de dos horas y presenciar un deporte en el que existía la posibilidad de que ninguno de los dos equipos anotara un solo gol le parecía algo vulgar y sumamente aburrido. Aunque en su país existía una numerosa afición, acrecentada tras las últimas actuaciones del equipo nacional en los pasados campeonatos de la Federación. Sayd Lakhani prefería el polo, deporte que había practicado durante sus años universitarios y que se llevaba practicando en su país desde el siglo VI a. C. Incluso la *varzesh-e pahlavani* o lucha libre tradicional persa, le atraía más que el decadente deporte occidental. El enorme derroche de dinero que habitualmente se realizaba en las fichas de los jugadores le repugnaba tanto como la obsesión imperialista de proclamar al fútbol como el deporte más influyente de la Humanidad.

Lo cierto era que el embajador compraba habitualmente aquellas localidades para entretener a las muchas autoridades y hombres destacados que solían aparecer por la embajada como satélites errantes y un partido de los merengues era una de las mejores maneras que se le ocurría de agrandar. Todos querían acudir al impresionante estadio. Incluida la bella modelo libanesa que ocupaba la localidad contigua a la suya. Al parecer, la joven sentía predilección por uno de los jugadores blancos y cuando Sayd Lakhani se enteró, había ofrecido inmediatamente sus localidades. Por supuesto, esperaba que tal gesto de generosidad fuera debidamente recompensado en las profundidades de su dormitorio.

Aquella tarde, por lo tanto, no esperaba ser interrumpido y, mucho menos, por el maleducado inspector que estaba al cargo de la investigación de los asesinatos de los científicos. Así que, cuando su teléfono móvil de cuarta generación comenzó a vibrar, supo que algo iba mal. El maldito coronel Golshiri había vuelto a meter la pata, sin duda. Aunque si fuera eso, se preguntaba por qué el espía que había infiltrado entre los hombres del coronel no le había informado debidamente. Como fuera, el Sadeq Golshiri se estaba convirtiendo en una continua preocupación, y en ese momento no

le apetecía tener ningún tipo de preocupaciones.

Respiró hondo y contestó. No sin antes dejar caer su mirada lasciva sobre el escote de su hermosa acompañante.

—Embajador, le habla el inspector Paniagua.

—Inspector, no podía haber elegido un peor momento.

—Siento mucho interrumpir lo que sea tan importante que esté haciendo pero es de suma urgencia que hablemos.

Sayd Lakhani lanzó una mirada furtiva a la bella mujer.

—Créame, inspector, no puede haber nada mejor.

—Se trata del coronel Golshiri.

El estómago del embajador se contrajo dolorosamente, sabía que el presentimiento que acababa de tener era acertado.

—Ya le dije que no puedo ayudarle en ese asunto.

—Me temo que ya no va a ser necesaria su asistencia, embajador. —Respondió el inspector—. El coronel ha pasado a mejor vida esta madrugada.

La alarma se adueñó de Sayd Lakhani y de repente todo a su alrededor careció de interés. El partido de fútbol, la bella modelo, incluso los vociferantes hinchas desaparecieron de la periferia de su atención.

—Perdón, ¿cómo dice? Creo no haberle escuchado correctamente.

—Oh, embajador, le aseguro que me ha escuchado perfectamente. Golshiri ha muerto. —Repitió el inspector con cierto regodeo.

—¿Cómo es posible? —Sayd Lakhani no acababa de creer lo que estaba oyendo.

Paniagua no contestó de inmediato.

—Está muerto, embajador. El coronel se ha convertido en la víctima número tres. —Dijo por fin—. ¿Recuerda que se lo advertí, recuerda que le ofrecí nuestra ayuda?

—Yo... —Sayd Lakhani estaba estupefacto, el inepto coronel se había dejado matar. Su incompetencia no tenía límites.

—Embajador, le aconsejo que abandone al instante esa cosa tan importante que está haciendo y se reúna conmigo lo antes posible. Creemos saber cuál es la lista del asesino y le interesa escuchar lo que tengo que decirle.

El embajador parecía desconcertado.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué lista?

El inspector intentó otro rumbo.

—Déjeme expresarlo de otra manera, cuando alguien es muy bueno en lo que hace resulta muy difícil hacerle caer en la tentación de abandonar su camino, ¿no cree?

—Sí, supongo. —Lakhani no sabía a dónde quería ir a parar el inspector.

—Pues bien, el asesino es muy bueno, nada de lo que hizo el coronel Golshiri por detenerle funcionó. Ni en Teherán, ni aquí. Y ya he establecido con usted que el asesino tiene una agenda, ¿verdad?

—Es cierto, pero no veo...

El inspector le interrumpió con brusquedad.

—Esa agenda... ¿Sabe qué otro nombre aparece en ella?

—¡Alá sea misericordioso!

—Exactamente. Se supone que eso es algo que el coronel Golshiri debería haber sabido, ¿me equivoco?

El inspector Paniagua seguía intentado desentramar todo el asunto, el embajador tenía que concederle el mérito por ello. Sin embargo, estaba tan perdido que casi se echó a reír.

—Sin corroboración alguna, no puedo confirmar que el coronel estuviese informado de la existencia de tal agenda o del propio asesino, para el caso.

Arturo Paniagua suspiró ruidosamente, estaban yendo en círculos.

—Embajador, que Golshiri conocía previamente la existencia del asesino es algo que ya sabemos con certeza, no tiene sentido seguir negándolo.

—De nuevo, inspector, no puedo ayudarle en ese sentido. Es algo que no paró de repetirle y a lo que usted parece hacer oídos sordos.

Hubo un silencio prolongado que el embajador aprovechó para terminar de excusarse ante su acompañante y abandonar el palco para dirigirse hacia el vomitorio más cercano. El inspector podría no tener una idea muy exacta de lo que estaba hablando pero Sayd Lakhani sabía que no le quedaba mucho tiempo para actuar, si supiera exactamente qué iba a hacer a continuación. La muerte del coronel Golshiri y su ineptitud a la hora de detener al asesino le había dejado en una situación muy precaria y sus opciones eran muy limitadas.

—Verá embajador, la reglas del juego suelen ponerse en contra de uno cuando un asesino en serie conoce tu identidad antes de que tú descubras la suya, ¿no se si me entiende? —Señaló el inspector—. Así que dígame cuándo y dónde podemos reunirnos. Créame que será lo mejor para usted.

Justo cuando el embajador iba a contestar llegó a sus oídos el agresivo rugido de la masa de aficionados celebrando el gol de su equipo. Como si fuera el rugido de los sabuesos infernales que estuviesen tras su pista, Sayd Lakhani levantó la cabeza y supo que su vida estaba inevitablemente amenazada.

—¿Ahora? —Preguntó finalmente.

—Ahora es tan buen momento como cualquier otro. Este maldito caso ya ha durado demasiado. —Respondió tajante el inspector, que estaba empezando a impacientarse.

—De acuerdo. —Dijo el embajador con aire derrotado—. Reúnase conmigo en mi despacho en una hora. ¿Le parece bien?

—Allí estaré, procure mantenerse con vida hasta entonces.

Martin Cordero se encontró con ellos en la puerta de la embajada y juntos entraron en el vestíbulo de la embajada iraní. Paniagua y Olcina entregaron sus armas a un soldado uniformado de la Guardia Revolucionaria y pasaron por debajo de un arco de detención de metales. Luego se prendieron en el pecho las tarjetas que los identificaban como visitantes y acompañaron al soldado hasta unas escaleras que los llevaba a la primera planta. Llegaron hasta una puerta en donde había una placa en la que se leía en caracteres persas y en español: Embajador Sayd Lakhani. El soldado repiqueteó con los nudillos en la puerta y alguien al otro lado les pidió que pasaran.

El embajador Lakhani vestía un costoso traje occidental de color azul oscuro, que por los reflejos parecía contener a parte de lana, hilos de seda, pero nada de material sintético. El aroma intenso del té inundaba el lujoso despacho.

—Buenas tardes, caballeros. —Saludó indicándoles sendos sillones frente a su mesa. Olcina se quedó en pie junto al inspector—. Díganme, ¿por qué piensan que el asesino quiere ir a por mí? Hasta el momento ha buscado sus víctimas en la comunidad científica y yo no guardo ninguna relación con ella.

Arturo Paniagua carraspeó evidentemente incómodo ante la actitud altanera del diplomático. Aún incluso sabiendo que se acababa de convertir en el siguiente objetivo del asesino, el embajador no había abandonado sus aires de superioridad y continuaba cuestionando sus investigaciones.

—Embajador, ayer por la noche la policía accedió a la propiedad que tiene su embajada en la Torre Espacio, para entonces el coronel Golshiri y un nutrido grupo de sus hombres ya eran fiambres.

El embajador Lakhani asintió displicente, justo después de haber hablado con el inspector había hecho sus propias averiguaciones.

—Estoy al tanto de esas muertes. Esos crímenes son una desgracia y un motivo de lamentación pero no veo qué tienen que ver conmigo; a parte, claro está, de mi obligación como director de esta embajada de asistir a los súbditos de mi país y ordenar la repatriación de los cuerpos cuando el sumario se levante.

El inspector Paniagua cruzó las piernas y se inclinó sobre la mesa.

—Embajador, durante el curso de nuestra investigación hemos relacionado los asesinatos con un caso similar ocurrido en Teherán. ¿Está al corriente de qué caso estoy hablando?

El embajador permaneció muy quieto.



—Estoy al corriente. Y, ¿qué se supone que saben ustedes sobre ese asunto?

—Sabemos que una serie de homicidios similares en cuanto al *modus operandi* y a las lesiones infligidas en las víctimas se sucedieron en la capital de su país.

El inspector hizo una pausa.

—¿Cómo lo estoy haciendo de momento?

—Por favor, continúe. —Dijo el embajador con actitud fría.

—Las víctimas fueron científicos y doctores relacionados con unas pruebas realizadas en Jordania con el acelerador SESAME. —Prosiguió el inspector—. Sabemos también que dichas muertes estuvieron relacionadas con unos interrogatorios clandestinos llevados a cabo por el coronel Golshiri y que tuvieron como sujetos de interés a los mismos científicos que fueron asesinados.

El embajador, que hasta ese momento había permanecido rígido y en silencio, preguntó con voz deliberadamente baja:

—¿Puedo preguntarles cómo han llegado hasta esa información?

El inspector rechazó la pregunta con un ademán desdeñoso de su mano.

—Eso no es relevante, embajador. Lo que es relevante es que ahora se han cometido crímenes similares en mi ciudad y que el coronel Golshiri estuvo deliberadamente ocultándonos información con resultados catastróficos.

El embajador inclinó la cabeza.

—No me interesan esos resultados, inspector. El coronel Golshiri era responsable de sus actos y obró siempre a espaldas de mi embajada y de los intereses de nuestra amada nación.

—Es posible que así fuera, embajador, o es posible que fuera todo lo contrario. —Replicó el inspector, descruzando las piernas y mirando fijamente al diplomático—. En cualquier caso, no estamos aquí a causa del coronel sino por un asunto completamente diferente.

El embajador no se dejó amedrentar y preguntó con aire irritado.

—¿Y cuál puede ser ese otro asunto, si puede saberse?

El inspector inspiró aire profundamente y guardó unos segundos de silencio. Aquel mutismo pareció irritar aún más al embajador.

—Inspector, soy un hombre ocupado. Si no me dice inmediatamente para qué han venido, tendré que dar por concluida esta conversación.

Arturo Paniagua continuó sin decir nada y entonces giró la cabeza y miró a Martin, quien prosiguió por él.

—Embajador Lakhani, mi nombre es Martin Cordero, en los Estados Unidos trabajaba para el FBI como psicólogo criminalista en la Unidad de Ciencias de la Conducta. —Se presentó, aunque ya sabía que Lakhani estaba al tanto de su currículum profesional—. El inspector Paniagua ya le ha explicado sobre los asesinatos de Teherán y su conexión con los que se están produciendo en Madrid, también le ha hablado de los interrogatorios ilegales orquestados por el coronel Golshiri para la Guardia Revolucionaria; pero lo que no le ha dicho, aunque usted ya

lo sabe, es que, tras el fiasco del coronel, el Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional se hizo cargo de la operación y fue a usted a quien designaron como responsable.

El embajador alzó las cejas visiblemente sorprendido. No se le ocurría una explicación por la que aquellos insignificantes funcionarios tuviesen en su poder información clasificada de su país. Durante la operación a la que estaba haciendo alusión aquel altanero imperialista, nadie salvo el general Al-Azzam, el propio embajador y el coronel Golshiri sabía exactamente qué se estaba cocinando y quién estaba al mando. Era una operación que por su naturaleza precisaba mantener la información muy compartimentada y la revelación de datos se hacía únicamente bajo autorización del más alto nivel. El propio ministro Ali Arrabi fue informado a posteriori.

—Ahora sí que me veo en la obligación de preguntarle sobre la fuente de dicha información. De lo contrario, me temo que esta reunión habrá terminado.

Con deliberada parsimonia, el ex agente del FBI extrajo del interior de su americana un sobre de color hueso y lo puso encima de la mesa, deslizándolo hacia el embajador con dos dedos. Este lo abrió y examinó su contenido.

—¡Por Alá! ¿Dónde han obtenido estas fotografías?

Las imágenes a las que hacía alusión el embajador eran un regalo de Peter Berg. Desgraciadamente, Peter no había obtenido los documentos relacionados con el grupo fundamentalista islámico, pero había conseguido el segundo premio, por así decir.

En el interior del sobre se encontraban varias instantáneas que formaban parte de la operación de espionaje que la IRGC había llevado a cabo en relación con los asesinatos de los científicos supuestamente involucrados en el programa nuclear iraní. Martin le había pedido a Peter que se las enviase por correo electrónico cifrado con la finalidad de utilizarlas como último recurso para asegurarse la colaboración del embajador iraní. Los instantes congelados en papel fotográfico mostraban a este reuniéndose con el coronel Golshiri a la entrada de las oficinas centrales del VEVAK en Teherán. Por sí solas, aquellas fotografías no tenían ningún valor como prueba de nada, pero puestas en contexto implicaban claramente la relación previa que existía entre Lakhani y Golshiri, y Martin confiaba que serían suficiente para convencer al diplomático. Al parecer, la estratagema estaba a punto de funcionar.

—Con todos los respetos, embajador, como le ha dicho el inspector la fuente no es relevante. —Dijo, suavemente—. Lo que sí es relevante y mucho, es nuestra sospecha sobre la identidad de la próxima víctima del asesino.

Sayd Lakhani le miró con suspicacia.

—Embajador, ¿ha recibido usted algún paquete sospechoso en las últimas horas?

El embajador abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Ha perdido usted el juicio! ¿Por qué querría el asesino atacar contra mi vida? —Estalló levantándose de su asiento, tenía el rostro del color del tomate.

Martin Cordero no se inmutó.

—Recapacite sobre ello unos instantes embajador. —Dijo manteniendo el dominio sobre sí mismo y el tono de su voz una octava más bajo de lo habitual—. Si nosotros, insignificantes funcionarios, como usted mismo ha expresado tan coloridamente, hemos hecho la conexión entre usted y los interrogatorios ilegales de Teherán, ¿cuánto piensa que le costaría a alguien instigado por la venganza?

De nuevo, el silencio se apoderó del despacho del diplomático. Este parecía estar barajando sus posibilidades o tratando de encontrar un resquicio en la argumentación de Martin. Al cabo de un rato, se produjo un cambio sutil en su rostro que reveló al psicólogo criminalista que el embajador había tomado una decisión.

—Digan lo que quieran o muéstrenme las fotografías que les venga en gana, pero si esperan que reconozca la existencia de esa improbable operación clandestina o una relación mía con el coronel Golshiri más allá del apoyo ofrecido como responsable de la embajada al jefe de seguridad de la comitiva científica, de ninguna manera voy a hacerlo.

—Embajador, no le estamos pidiendo que lo haga. —Explicó Martin en un último y desesperado intento—. No buscamos acusarle de nada, ni que se comprometa a revelar información confidencial o reconocer lo que ya sabemos.

Martin se detuvo permitiendo al diplomático que sopesase la implicación de lo que acababa de decir.

—¿No lo comprende? Nos hallamos ante una situación excepcional. —Dijo a continuación.

—¿Qué situación es esa?

—Por primera vez, sabemos cuál va a ser el siguiente paso del asesino. Podremos prepararnos, podemos esperarle, tenderle una trampa y capturarlo de una vez por todas en el momento en el que se cree más seguro.

El diplomático miró fijamente a Martin, y este pudo ver al político que había en él, al ser despreciable que anteponía su supervivencia por encima de cualquier otra cosa, e inmediatamente sintió la repulsión inundar su organismo y pensó en dejarlo pasar y permitir que el asesino acabase con su vida. El mundo ya estaba lleno de fealdad sin que el embajador Lakhani contribuyese a aumentar el volumen del lado oscuro de la humanidad. Pero luego pensó en las víctimas y en los familiares de estas, en la obligación que sentía por sacar a un sanguinario asesino de la circulación y hacer que la vida de muchos inocentes fuese un poco más segura y, rápidamente, cambio de parecer.

—Medítelo detenidamente, embajador. Le estamos ofreciendo la solución definitiva. —Presionó Martin—. La única manera de detener al asesino y acabar con su sangrienta carrera.

Cuando el diplomático aceptó su situación, habló en apenas un susurro.

—¿Qué necesitan que haga?

Todos los telediarios y las portadas de los periódicos del día habían abierto con la misma noticia. Algunos más sensacionalistas que otros, algunos más críticos, pero todos compartían los mismos titulares. Los miembros de la IRGC se sentaban alrededor de la mesa de conferencias en el Complejo Policial de Canillas y repasaban las cabeceras mientras que, en el monitor de 50 pulgadas que colgaba de una de las paredes, una tertulia televisiva de supuestos periodistas debatían sobre los pocos fragmentos de información que poseían. Al pie de la imagen, una sucesión de titulares de última hora se deslizaba por la pantalla de derecha a izquierda:

¿QUIÉN ES EL ÁNGEL EXTERMINADOR? | DESVELAMOS TODAS LAS CLAVES, A  
CONTINUACIÓN...

El inspector Paniagua y Martin Cordero acababan de regresar de su reunión con el embajador Lakhani. Junto a ellos se encontraba el subinspector Olcina. Los tres hombres tenían un aspecto demacrado y enfermizo, cada uno con sus propias heridas que atender, pero el que se llevaba la peor parte era sin duda el norteamericano. La rigidez de su cuello, combinada con las magulladas costillas, le obligaban a caminar tan erguido como podía y apenas tenía un músculo de su cuerpo que no enviase un mensaje de dolor a su cerebro. Millones de pinchazos de aguja recorrían todo su cuerpo y se deslizó en una de las butacas como pudo, silbando sonoramente por su inflamada nariz.

A su derecha, Marc Claver jugaba inquieto con el bolígrafo que tenía en la mano y lo hacía girar sobre su pulgar frenéticamente como si fuera el abanderado que encabezaba el desfile de los legionarios en el Día de las Fuerzas Armadas. De tanto en tanto, el inspector le lanzaba miradas furibundas y parecía hacer verdaderos esfuerzos para no abalanzarse sobre él y arrancarle el bolígrafo de las manos para después introducirlo por dónde amargaban los pepinos, por así decir.

Con tal ánimo flotando en la sala como un miasma, el esperpéntico carnaval protagonizado por los medios informativos no estaba sentando nada bien. Las supuestas teorías de los expertos. Las fotografías de las víctimas presentadas no como los criminales que habían sido, sino como jóvenes latinoamericanos que tuvieron la desgracia de emigrar a nuestro país para sufrir en las manos de un monstruo. Jóvenes

que eran hijos de alguien, hermanos de alguien, amigos de alguien. Nadie se acordaba en esos momentos de las largas carreras criminales de algunos de ellos, ni de sus antecedentes penales. Nadie hablaba de las verdaderas víctimas inocentes que habían sufrido sus apuñalamientos, sus violaciones o que habían muerto de sobredosis por las drogas que esos supuestos angelitos les habían vendido.

El inspector Paniagua sentía ganas de vomitar, de camino a la central había escuchado una noticia en la que representantes políticos exigían al Ministerio del Interior que explicase las causas por las que la policía había sido incapaz de detener a El Ángel Exterminador antes de que acabase con la vida de los jóvenes pandilleros. ¡Como si el Ministerio hubiese tenido algo que ver en la investigación! Los politicastros le habían echado el diente a algo más succulento que la crisis económica y le sacarían todo el provecho publicitario que pudiesen durante algún tiempo.

—¡Por el amor de Dios, Olcina! Apague esa condenada televisión. —Gritó Arturo Paniagua—. Todavía tenemos mucho trabajo por delante y no es momento de echarse a la bartola y sentarse sobre los pulgares sin nada que hacer.

—Como usted diga, jefe. —Replicó el subinspector rascándose el cuero cabelludo donde lucía la aparatosa sutura de seda negra.

El inspector inspiró profundamente y trató de calmarse mientras plantaba las dos manos sobre la mesa.

—Bien, soy muy consciente de cómo se siente cada uno, así que voy a ser muy breve. Hemos detenido a uno, pero todavía queda otro monstruo ahí fuera por atrapar.

Miró directamente a los ojos a los presentes y todos asintieron.

—Para quienes no estén informados a estas alturas, tenemos una trampa que tender y un plan que trazar. —Anunció—. Esto es lo que tenemos por ahora, si nos fiamos íntegramente de Sayd Lakhani: el hombre al que buscamos es el profesor Farid Al-Azif y pensamos que su próximo objetivo puede ser el embajador. Un excolega del agente Cordero en el FBI nos ha proporcionado cierta información que apunta a que el embajador fue responsable de una serie de secuestros e interrogatorios en Teherán que acabaron de manera trágica con la muerte de varios científicos y tenemos razones para creer que nuestro hombre podría ser uno de los supervivientes.

—¿Piensan que se está vengando por lo que sea que le hicieron? —Preguntó un robusto sargento vestido con el mono negro de los operativos especializados. Paniagua había invitado al Grupo Especial de Operaciones para que les sirviese de apoyo en el momento de la captura del asesino.

—Es lo que creemos, en efecto. —Respondió—. Ahora bien, no sabemos cómo hace lo que hace, ni tampoco cómo consigue escapar del lugar de los hechos sin dejar rastro. Pero sí sabemos que es despiadado y muy decidido. Sabemos también que estará armado porque siempre acaba con sus víctimas de un disparo en la cabeza y que es muy peligroso.

Hizo una pausa.

—Él solo fue capaz de acabar con la vida de media docena de soldados de la

Guardia Revolucionaria Islámica y eso que algunos de esos hombres pertenecían a la Fuerza Quds, una unidad de élite.

El sargento de los GEO tomó unas rápidas notas en su libreta pero en su rostro se reflejaba su desdén por el hecho de pensar que un hombre de ciencia iba a resultar tan peligroso como para que su grupo de asalto tuviese que preocuparse.

—Hemos convencido al embajador Lakhani para que nos ayude a atrapar al profesor Al-Azif y actúe como cebo en nuestro plan.

—¿Ha recibido ya el paquete con la mano amputada? —Preguntó alguien al fondo de la sala—. Eso forma parte del modo de operar del asesino, ¿no es así?

Paniagua levantó la vista y la fijó en uno de los agentes de policía que habían sido designados por el inspector jefe Beltrán para que sirviesen de apoyo a la operación. Estos agentes se encargarían de formar un perímetro alrededor del domicilio del embajador y, llegado el caso, detener el tráfico y cerrar el cerco si el asesino escapaba de las garras del grupo de asalto.

—No, todavía no. —Reconoció el inspector—. Estamos trabajando con la presunción de que lo recibirá en breve y que eso nos dará un margen de al menos treinta horas para disponerlo todo y actuar.

—Entonces, ¿cómo lo vamos a hacer?

—La operación se llevará a cabo en el domicilio del embajador. Es un buen sitio, perfecto para tenderle una trampa. Quiero que estudien los planos que tenemos del edificio, que analicen todas las posibilidades de escape y cómo contrarrestarlas en caso de que el sospechoso se nos escabulla de entre las manos.

Se volvió en dirección al sargento de los GEO.

—Sargento, usted y su unidad preparen el plan de asalto. El agente Cordero estará conmigo en el interior del domicilio para atrapar al asesino antes de que atente contra la vida del embajador, pero quiero que su unidad esté preparada para echar la puerta abajo en el preciso instante en el que le sorprendamos con las manos en la masa. Subinspector Olcina, usted permanecerá con la unidad de asalto.

El grupo comenzaba a levantarse, una vez que Paniagua había expuesto la hoja de ruta a seguir, pero este les detuvo alzando la mano.

—No se confíen. Ese tipo es una alimaña muy escurridiza y ha demostrado que no tiene reparos en usar la violencia más extrema para salirse con la suya. Recuerden que tortura y mutila a sus víctimas antes de ejecutarlas. No es ningún mojigato, así que no se despisten y piensen tan solo en como atraparle.

Cuando el inspector Paniagua regresó a su casa por la noche, estaba exhausto. La reunión con el embajador y las horas de planificación para atrapar al profesor Farid Al-Azif le había agotado, consumiendo las pingües energías que le quedaban.

Consuelo ni siquiera le miró cuando se acercó a darle un beso de buenas noches. Estaba absorta mirando un concurso en la televisión en el que varios aspirantes a chefs se tiraban los trastos a la cabeza mutuamente para llegar a cocinar a tiempo el plato más delicioso. Como si las prisas fuesen lo más recomendable para estar entre

fogones y cuchillos afilados. Lo curioso era que el volumen estaba tan bajo que apenas eran discernibles las voces de los concursantes. Paniagua ya la había visto con esa actitud anteriormente y decidió dejar la discusión para más tarde. La dio la espalda y se dirigió al cuarto de su hija.

—¿Dónde has estado todo el día?

La frialdad en la voz de su mujer le hizo dar un respingo y se quedó congelado en medio del pasillo.

—Gabi ha preguntado por ti, no ha dejado de hacerlo toda la noche hasta que se ha quedado dormida.

—Ha sido un día muy largo. Hemos identificado al asesino de los científicos y estamos... —Paniagua comenzó a explicar.

—Da igual. Lo hecho, hecho está. —Dijo ella bruscamente.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Lo hecho, hecho está? —Con la irritación, el inspector comenzaba a subir el volumen de su propia voz—. ¿Qué has querido decir?

—Tu hija te ha necesitado. —Replicó Consuelo—. Tu hija que no hace ni tres días estaba ingresada en un hospital por culpa de las drogas, preguntó por ti y tú no estabas ahí para ayudarla. ¿Lo entiendes? Se encerró en su cuarto y tuve miedo... No me gusta tener miedo.

—¿Miedo de qué? He registrado ese cuarto de arriba a abajo y está limpio. No hay rastro de drogas.

Paniagua tenía la sensación de que su mujer estaba sacando las cosas de quicio, como de costumbre, y eso le irritaba. Ella le lanzó una mirada horrorizada, como si delante suyo se encontrase un completo desconocido en vez del hombre con el que ha estado casada los últimos veinte años.

—No lo sé. No sé de qué. —Su cara estaba contraída en una expresión de sufrimiento—. Te vas cuando te necesitamos aquí... cuando tu hija te necesita. Te expones a Dios sabe qué peligros para capturar a esos asesinos tuyos... ¿Y para qué? ¿Para ayudar a unos desconocidos que no has visto nunca? Yo estoy aquí, Gabi también está aquí.

El inspector sentía un temblor que le atenazaba la garganta y fue incapaz de abrir la boca.

—¿Me has preguntado de qué tengo miedo? —Prosiguió Consuelo—. Tengo miedo de que te pase algo malo, de que un día salgas por esa puerta y uno de esos monstruos a los que te enfrentas te haga daño o algo peor y no regreses nunca más.

Cuando Paniagua encontró su voz, dijo:

—Eso no va a suceder.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar ahí plantado y decirme con toda honestidad que algo así no va a suceder?

No supo qué contestar. Así que se limitó a quedarse muy quieto en silencio, gritándose interiormente que se acercase a su mujer y la abrazase, que tratase por

todos los medios de consolarla, decirle que lo sentía, que todo iba a salir bien. Pero no hizo nada de eso. Consuelo le miró durante un buen rato y, sin más, le dio la espalda y se fue de nuevo al sofá para seguir viendo el programa de los aspirantes a cocineros.

—Ya hablaremos. —Dijo sin volverse desde la sala de estar.

—Sí. —Atinó a contestar el inspector y un gélido vacío se adueñó del espacio que antes había ocupado el cuerpo de su mujer.

Arturo Paniagua se desvistió en el cuarto de baño y se dio una prolongada ducha. Cuando terminó se puso unos pantalones cómodos y una camiseta y se dirigió a su despacho. Se sirvió unos dedos de Glenmorangie y deslizó un elepé del bajista Charles Mingus en el Technics. Pensó en lo que había dicho su mujer y quiso hablar con ella, pero ¿qué podía decirle? ¿Qué promesas podría hacerle con la seguridad de que las cumpliría? Ninguna. Su trabajo era el que era y entrañaba riesgos, así eran las cosas, y no iba a cambiarlas porque a ella se le antojara.

El artista que estaba escuchando era un jazzista con fama de tener muy malas pulgas o mal carácter, como quieras llamarlo. A lo largo de su carrera se había ganado una buena cantidad de enemigos por decir lo que pensaba y utilizar todas las armas de que disponía, incluyendo su impresionante tamaño físico, para salirse con la suya. En cierto sentido, se sentía un poco como él. En la central todo el mundo creía que era un viejo gruñón e irascible pero desconocían que él era como era y que su obsesión por detener asesinos era casi como una enfermedad, como un tormento. Como la obsesión que sentía Mingus por la música y su feroz manera de expresarla. Pero también era un trabajo y alguien tenía que hacerlo, alguien tenía que proteger a los inocentes, proporcionar justicia a las víctimas y sus familiares.

Poco a poco, fue calmando su mente y fue focalizándola en lo que le preocupaba. El Ángel Exterminador desde su cama en la UVI había delirado sobre una voz en su cabeza que le instaba a matar. Clásica mierda religiosa. Satanás o Dios o Napoleón me dijo que lo hiciera. No había una defensa más antigua y más ridícula en el mundo. Sin embargo, había algo que le inquietaba, algo que no conseguía aislar en su cabeza el tiempo suficiente como para identificar de qué se trataba. Entonces dejó su fluir su memoria hacia el apartamento de Samuel Zafra. La sangre de Olcina deslizándose por las grietas del suelo de tarima flotante. En una mesa había una botella de ginebra medio llena y vasos sucios. El enorme banco de pesas en medio del salón. Martín Cordero agazapado, con los brazos levantados sobre la cabeza en un fútil intento de protegerse del golpe definitivo que le conduciría a los brazos de la Parca. Había ropa sucia tirada por el suelo y la cama sin hacer que despedía un hedor nauseabundo. El bastón extensible, las esposas, el spray de pimienta, la pistola eléctrica, los recortes de revistas en las paredes como el mural de un adolescente, las fotos de Alba Torres...

*Casi lo tenía.*

Los vasos sucios. Vasos, en plural. Dos vasos de ginebra a medio beber.



*Casi.*

Me dice lo que tengo que hacer y me obliga a matar..., había dicho Samuel Zafra. ¿Qué tontería era esa, cómo podía nadie obligarle a hacer nada? *La retribución del impío... tienen un aura oscura...* Aquello sonaba a más mierda religiosa. *Ella siempre ve lo peor en las personas...* No se había dado cuenta hasta ahora pero hablaba como si la voz perteneciese a una mujer. En su cabeza volvió a representar las fotos de Alba Torres y las fotos de las víctimas. De repente, le vino a la memoria la instantánea de un hombre que vestía los colores de los Latin King. La tercera víctima. Había sido golpeado con brutalidad contra el capó de un enorme cuatro por cuatro. Un Nissan Navaro, quizás. El Ángel Exterminador le había aplastado el cráneo contra el parabrisas repetidas veces hasta que por el cristal solo resbalaba su sangre y sus sesos.

*Y algo más...*

El reflejo borroso de una mujer que observaba la escena. ¡Una testigo! Arturo Paniagua se esforzó un poco más y recuperó de su memoria la expresión en el rostro de la mujer. No había miedo, ni repugnancia en aquellos ojos. Había... ¿Qué era lo que veía? ¿Satisfacción? No, éxtasis. La mujer sentía júbilo con lo que veía, estaba disfrutando con la paliza mortal de un ser humano. Apenas si se podían distinguir los rasgos de la mujer pero esa mirada... Esa mirada lo decía todo. Aquella mujer no era una testigo, era algo más.

*Inspector, vi a una extraña pareja en el bar.*

Las palabras de la señorita Torres asomaron en la superficie de sus recuerdos. Una extraña pareja. Se había olvidado por completo de ello y, ahora que caía, la descripción de la muchacha coincidía con la de Samuel Zafra y la mujer... ¿Podría ser la misma mujer que aparecía en la fotografía de la pared? ¿Qué significaba todo esto? ¿Qué papel jugaba esa mujer en los crímenes de El Ángel Exterminador? ¿Le había ayudado de algún modo a matar a sus víctimas? Recordó también lo que había dicho el conserje de la finca donde vivía Samuel Zafra. Un lío de faldas, lo había llamado.

Le pesaban los párpados y se sentía mortalmente cansado. *The Black Saint*, posiblemente la obra sublime de Charles Mingus, hacía un buen rato que había terminado y la aguja se obstinaba en reproducir el mismo siseo monótono y entrecortado que indicaba el final del vinilo, pero Paniagua ni se enteró. Apenas si podía levantar la cabeza del escritorio.

Se durmió pensando en la misteriosa mujer de la fotografía y en Alba Torres.

La mujer estaba inquieta. Había reprimido durante demasiado tiempo su ansia y, como en cualquier adicción, los espasmos se habían apoderado de su cuerpo. Estaba inquieta y, por supuesto, también estaba furiosa. Recordó la imagen de Alba Torres, arropada por una de esas mantas que usan los técnicos sanitarios que refulgía con un intenso color dorado, y a su lado el subinspector Raúl Olcina.

A la mujer siempre le había gustado el subinspector. Al principio se había sentido atraída hacia él por otros motivos que no tenían nada que ver con su imperiosa necesidad de doblegar la voluntad de los demás, de convencer a los extraviados y olvidados de que la verdad de su naturaleza residía en obedecer a su mandamiento y enmendar las iniquidades que hubieran cometido los hombres impíos. La primera vez que lo vio, se encontraba en la academia de baile a la que solía acudir para disfrutar de su única pasión mundana. El subinspector estaba intentando aprender el primer paso del tango, y la mujer inmediatamente sintió la atracción. No se había tratado de algo espiritual, tampoco físico, pero había algo en la forma en que tenía de bailar, como un abandono, que le había picado la curiosidad y le había recordado tiempos pasados, cuando otros hombres y otras mujeres habían bailado y habían adorado a sus dioses en templos de mármol iluminados por antorchas alimentadas con untuosos aceites aromáticos.

La mujer siempre había querido ser bailarina, admiraba a personajes del siglo xx como Isadora Duncan, Támara Rojo o Ana Pavlova, quería imitar sus piruetas sobre las tablas del escenario, volar en los fornidos brazos de sus parejas de danza, recibir los aplausos del público. Y mucho antes había sentido bailar bajo los sonos de las cítaras y las liras, había podido pasarse horas soñando danzar como las musas, tratando de imitar sus gestos con la torpeza y el ardor propios de la niñez. Pero muy pronto tales juegos infantiles fueron aplastados bajo la brutalidad de su padre.

Se estremeció recordando el infinito dolor con el que había recibido su primera semana como mujer, hasta ese momento su padre siempre la había respetado ahí abajo y tan solo se limitaba a jugar con ella y reclamar sus caricias para sí. Su padre era uno de esos tipos que disfrutaban haciendo daño a los demás y si era a su propia familia, mejor que mejor. Nunca había mantenido el mismo trabajo durante el tiempo suficiente como para considerarlo como su profesión, así que se contentaba con alinear trabajo temporal tras trabajo temporal, mientras se gastaba el poco dinero que conseguía en los bares y clubs nocturnos. Cuando llegaba a casa repleto de alcohol

hasta las trancas se limitaba a moler a palos a su madre hasta dejarla inconsciente en el suelo de la cocina y luego, con los nudillos en carne viva y aún manchados de sangre, se dirigía al cuarto de su hija para saciar su otro gran vicio.

A ojos de ella su padre era simplemente el rey de los impíos, un detestable saco de iniquidad, carne y huesos. Hasta que la noche del siguiente domingo después de tener su primer menstruación, su padre la visitó en su dormitorio. Como en una película de terror, el recuerdo la asaltó en forma de fotogramas proyectados sobre una sábana empapada de sangre. Vio los embates de su padre cada vez más frenéticos, su rictus de placer con cada desgarramiento, su sudor entremezclado con saliva y fluidos corporales...

Todo ello la había convertido en quién era ahora.

La mujer había leído sobre Némesis, la diosa griega de la retribución, por primera vez en el instituto durante una de sus clases de historia griega y casi al instante deseó poder convertirse en alguien que castigaba a los impíos y criminales, como su padre, sin benevolencia. En los libros de mitología, Némesis o Adrasteia, hija de Nix y Erebus era casi siempre representada con una espada en su mano izquierda y la mujer había fantaseado con hendir el negro corazón de su padre con ella. Blandir la pesada arma por encima de su cabeza, sentir la frialdad del acero en sus manos, antes de asestar el temible tajo que seccionase el podrido órgano del pecho de su padre. Así que con esos pensamientos en la cabeza no era de extrañar que la primera vez que le quitó la vida a alguien hubiera sido a su padre. Aquello fue un error, un error que se dijo no tendría intención de cometer otra vez y era por ello que había desarrollado tan maravillosamente su don y prefería convencer a otros para que materializasen sus deseos y saciasen su hambre de almas teñidas de maldad.

Evidentemente, la mujer adolescente no había dispuesto de una espada como Némesis para sesgar la vida de su padre así que tuvo que contentarse con el enorme cuchillo de cocina con el que su madre trinchaba la carne en aquellas raras ocasiones en las que le daba por cocinar en vez de comprar comida para llevar. Solo más tarde se le ocurrió que había sido una ingenuidad pensar que podría salir airoso del fratricidio pero en su momento le pareció la idea más maravillosa, como una especie de justicia poética. Por supuesto, el agente de policía que la detuvo no pensó lo mismo que ella. La sangría que se extendía por las paredes y el negro corazón de su padre pudriéndose sobre la superficie de formica de la encimera, tampoco ayudaron.

Semanas más tarde, delante del juez que llevó su caso pudo alegar en su defensa que su padre maltrataba a su madre y que abusaba de ella como causa de violencia compulsiva para cometer el asesinato. El miedo grave e irreparable a que su padre terminaría finalmente matando a su madre o a ella misma. Los siguientes meses los había pasado internada en una institución psiquiátrica en donde la medicaban para tratar de curar el brote psicótico que supuestamente se había apoderado de ella y que le había llevado a cometer el crimen.

Cada error precisa una corrección. Cada crimen exige una reparación, pero nadie

escapa del castigo. Noche tras noche se repetía la misma letanía, entre las brumas narcotizadas y los delirios de su mente dañada, el mismo *leitmotiv* llenaba tanto sus sueños como sus desvelos. Después, llegaron los cambios de nombre, de identidad, el reinventarse a sí misma, en tantas ocasiones que ya casi no podía recordar quién era en realidad. Excepto Némesis. Adrasteia. Envidia. Todos ellos nombres de la misma deidad vengadora, que recordaba a la perfección. Cruzarse en su camino teniendo el alma manchada por la iniquidad y la maldad significaba pagar irremediablemente por los pecados cometidos. Significaba venganza para las víctimas inocentes que habían sido agraviadas injustamente. La mujer... némesis... era la última persona que verías cuando habías dedicado tu vida a cometer injusticias contra los demás, cuando el único final que te esperaba era un funeral al que nadie asistiría y donde nadie lloraría mientras tus restos eran incinerados en un horno industrial y la urna que los contendría durante toda la eternidad emparedada tras una sencilla losa sin esquila.

Y regresando a Raúl Olcina, no sería justo decir que a la mujer no le importase el subinspector, o quisiese hacerle daño particularmente. Se trataba solo de que castigar almas pecadoras le importaba más. Y mucho ojo con quien se interpusiese en su camino, ya fuera un funcionario de policía o una inofensiva muchacha ecuatoriana. Su misión en la vida era mucho más importante. Pero ahora tenía una misión más inmediata, la necesidad de protegerse de quienes podrían hacerle algún mal. Como su padre. Y no dudaría en hacer cualquier cosa con tal de autoprotegerse de los hombres impíos.

Durante unos segundos, permitió que la ira de la justicia recorriese su cuerpo como una corriente eléctrica. El chisporroteo de su odio refulgió a su alrededor pero debía calmarse, debía mimetizarse con lo que le rodeaba y hacer invisible su ira, una vez más, en un mundo lleno de iniquidad.

Y ocultando su verdadero rostro empujó con decisión la puerta acristalada del Hospital 12 de Octubre.

Samuel Zafra estaba tumbado en su cama de la UVI rodeado de tubos y aparatos que emitían ligeros sonidos electrónicos de una manera intermitente. Sedado como estaba ya no escuchaba los susurros de la mujer en su cabeza y esta había dejado de ser una distracción. Por fin experimentaba algo de paz en su vida y, a pesar del dolor que sentía por sus heridas, había dormido de un tirón. Casi no recordaba desde cuando había podido ser capaz de dormir una noche entera.

La mujer le había hablado de los hombres a los que asesinó y del motivo por el cual ella le había ordenado hacerlo. Eran hombres malvados, con el alma negra rebosante de pecado y de injusticia. Como él había sido, ahora lo entendía. Una vez que había dejado de oír los susurros dentro de su cabeza había sido capaz de comprender por qué la voz le había escogido para hacer ese trabajo. Su alma era tan oscura como la de los hombres a los que mataba. Los impíos. Y él también tendría que ser castigado por sus pecados. Después de entender eso, había dejado de tener miedo a la mujer. Pero antes de que le llegase su hora tenía que hacer algo para limpiar su alma, no quería morir inmerso en un resplandor negro como la brea.

Samuel se disponía a usar el botón de llamada para pedir a una enfermera que le permitiese llamar al inspector Paniagua cuando, de repente, sonó una alarma en alguna parte del hospital y le sobresaltó. Ni siquiera se detuvo a pensar en lo que estaba haciendo o en que, muy probablemente, la alarma se hubiera disparado por error o porque algún idiota habría abierto una puerta de emergencia para echarse un cigarrillo con el que combatir el aburrimiento. Se irguió sobre un codo y comenzó a arrancarse los tubos que tenía conectados a su cuerpo. A continuación, se deslizó por el lateral de la cama y comenzó a tironear de la barra lateral a la que estaban sujetas las esposas. Con el esfuerzo, la herida del pecho se le abrió y un reguero de sangre resbaló entre sus pectorales y su estómago, manchando de rojo la cinturilla del pijama.

La alarma seguía sonando con estridencia en el interior del edificio y ya se escuchaban las primeras carreras frenéticas por los pasillos. Un deslizarse de pies y ruedas de camillas que se confundía con las voces somnolientas de pacientes arrancados bruscamente de sus sueños y pesadillas.

Uno de los monitores a los que estaba conectado comenzó a pitar insistentemente pero Samuel lo ignoró. De momento, tenía asuntos más apremiantes que atender porque empezaba a estar seguro de que detrás de toda la algarabía, de toda la

confusión, se encontraba la mano de la mujer o quizás de alguno de sus peles a quien hubiese convencido para hacer saltar la alarma.

Samuel sabía que ella había venido a buscarle pero aún no estaba preparado, necesitaba más tiempo y se resistía a pagar por sus pecados sin haber tenido tiempo, al menos, de limpiar su alma. La mujer se equivocaba, él no era uno de los impíos. ¿Se había desviado de la senda de los justos? Sí, pero eso tenía remedio. Todavía se encontraba a tiempo, Si tan solo pudiese desembarazarse de las putas esposas.

Un minuto después de que el monitor de vigilancia se disparase y emitiese su pitido, uno de los enfermeros de guardia emergió por la puerta de la unidad. Tenía el rostro pálido por la urgencia y rastros de sueño se reflejaban aún en sus ojos.

—¿Qué está haciendo? No puede quitarse las sondas. —Le gritó a Samuel, al mismo tiempo que le agarraba de los hombros y le empujaba de vuelta a la cama—. ¡Fíjese, se ha abierto la herida!

Samuel no dijo palabra, alzó el brazo libre y le golpeó con fuerza en el lateral de la sien. El enfermero se desplomó en el acto, como un fardo, y agachándose junto a él, le pasó el brazo por debajo de la barbilla y comenzó a apretar hasta que el hombre dejó de moverse. Rápidamente, le hurgó en los bolsillos de la bata hasta que encontró un bolígrafo en su interior y utilizó el clip para abrir el cerrojo de las esposas. Le arrancó la verdosa bata de un tirón y se la echó por encima de los hombros haciendo caso omiso a la sangre que manaba de la herida. Cuando abrió la puerta de la UVI seguía vagamente concentrado en la alarma, pensando que debía dirigirse en dirección contraria a la fuente del insistente aullido.

La voz de la mujer retumbó en su cabeza como un aullido. Un estallido de furia y odio que le hizo encogerse sobre el frío suelo del corredor y tratase de gatear de regreso a la sala de vigilancia intensiva.

—Hola Samuel, ¿a dónde se supone que vas?

Antes de que pudiera responder, detectó un movimiento a su espalda, y la punta de un bisturí se posó sobre su garganta. Samuel levantó la vista y vio el rostro de ella erguido sobre él. Pero no se parecía en nada a la mujer que él recordaba, su cara estaba contorsionada por la ira, tenía los ojos encendidos con un fulgor rojizo, infernal, y el pelo se le ondulaba con movimiento propio como si cientos de serpientes se enroscasen y desenroscasen en su cabeza.

—¿Pensabas que podrías escapar de mí?

La mujer habló con una alegre carcajada, pero Samuel apenas si entendió lo que decía pues tenía la cabeza reverberando de ruido. Los susurros implacables de aquella mujer infernal que retumbaban como gritos en su interior.

—Es una lástima, Samuel. —Prosiguió, ella—. Toda esa ira, todo ese odio... Vivir con todo eso en la cabeza debió ser muy duro. Yo te enseñé cómo canalizarlos, te di un propósito en la vida. Cobrar las deudas de los impíos. Los impuros de alma. Y, ¿cómo me lo pagaste?

La mujer hizo una pausa que heló la sangre en las venas de Samuel, porque junto

al silencio de su voz regresaron los susurros en su cabeza, sibilantes, llenando la UVI como un pandemonio de insectos bullendo de estruendoso júbilo en el interior de una colmena. Samuel apretó las mandíbulas con tanta fuerza que le chirriaron los dientes y notó cómo se le descascarillaban.

—Ten piedad, por favor. —Suplicó—. Acaba con este sufrimiento, no me atormentes más.

La mujer se levantó y le mostró el lado magullado de su cara bajo la fría luz de los fluorescentes, recorriéndolo con el bisturí.

—¿Piedad? —Repitió—. Es demasiado tarde para eso.

Y Samuel Zafra, el asesino conocido como El Ángel Exterminador, sintió el filo del pequeño cuchillo quirúrgico hendir la carne de su cuello. Por un instante, la habitación se quedó inmóvil. En las camas, los enfermos dejaron de moverse aterrados, incluso de respirar y lo que antes había sido una brillante luz fría que inundaba toda la estancia era ahora una densa oscuridad que parecía adquirir una forma y sustancia concretas.

Entonces, con ojos dilatados por el terror más absoluto, finalmente comprendió. Una lágrima ardiente se deslizó por su rostro hasta quedarse prendida en el borde de su barbilla. Intentó reunir todas las fuerzas que le quedaban y quiso hablar pero de su boca tan solo brotaron burbujas sanguinolentas. Por la fea y terrible brecha que abría su cuello, se le escapaban los fluidos vitales que sostenían la vida y, por encima del dolor, sintió un terror paralizante que se adueñó de su alma y que le acompañaría durante todo su descenso a los infiernos, junto con el indescriptible instante de lucidez que acababa de experimentar.

La voz en su cabeza, los susurros, eran reales.

*¡La mujer era real!*

Y nada de ello era del todo humano.

Al día siguiente, Paniagua y Olcina llamaron a Alba Torres para convencerla de que acudiese al complejo policial para entrevistarla una vez más sobre lo que pasó en casa de El Ángel Exterminador. La muerte de este había sentado como si una bomba hubiese detonado en el corazón mismo de la brigada y había acelerado las cosas. Necesitaban información y la necesitaban con urgencia. El inspector estaba convencido de que la muchacha era la llave para desenmascarar a la mujer que supuestamente estaba relacionada con los crímenes.

Alba acudió a la central con sus padres, una pareja que andaba bien entrada en la mediana edad y despedía un aura de protección hacia Alba que el inspector no pudo dejar de notar. El nerviosismo de la muchacha también era muy evidente cuando indicó a sus progenitores que se aproximaran. Paniagua murmuró algo amable mientras le tendía la mano al hombre y se inclinaba para saludar a la mujer. Esta se llevó las manos al rostro al advertir los moratones. El ostentoso costurón del subinspector Olcina tampoco ayudó demasiado.

—¡Dios mío! ¿Qué les ha pasado?

—No se preocupe señora Torres, se trata de gajes del oficio. —Dijo rápidamente el inspector—. El motivo por el que he hecho venir a su hija es que tenemos razones para pensar que el señor Zafra no actuó solo en la comisión de sus crímenes y que con él había también una mujer.

La información impactó en Alba como un jarro de agua fría y soltó una exclamación.

—¿Quiere decir que el asesino de Osvaldo tenía un cómplice? —Preguntó con los ojos como platos.

—No lo sabemos aún, señorita Torres, pero en el transcurso de la investigación ha aparecido en repetidas ocasiones la figura de esa misteriosa mujer.

—¡Dios mío! —Repitió la señora Torres espantada. El padre de Alba pasó delicadamente el brazo sobre sus hombros y rehuyendo la mirada aterrorizada de su mujer preguntó con un hilo de voz:

—¿Significa eso que la vida de nuestra hija sigue corriendo peligro?

—No, no. En absoluto, señor Torres. Le garantizo que haremos todo lo que se encuentre en nuestra mano para impedir que nada malo vuelva a sucederle a su hija. —Respondió el inspector y dirigiéndose a Alba le sugirió con suavidad—: ¿Recuerda haber oído a alguien más en el apartamento aparte del señor Zafra?



Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—No, nada de eso. Sin embargo, sí que recuerdo que parecía mantener largas conversaciones que se prolongaban durante toda la noche. —Se detuvo unos instantes, confusa—. Aunque tampoco estoy segura de que fuese durante la noche pues no tenía manera de seguir el paso del tiempo. Deduzco que era de noche porque se producían después de que me dejase la comida.

El inspector la miró con interés renovado.

—¿Cuántas veces le dio de comer?

—Tres o cuatro, no puedo estar segura.

*Cuatro comidas*, pensó Paniagua, recordaba las palabras de Martin en las que había asegurado que El Ángel Exterminador se había preocupado por el bienestar de la muchacha. Quizás el agente del FBI no estuviera muy desencaminado, después de todo.

—¿Largas conversaciones? ¿Con una voz femenina, tal vez?

De nuevo, Alba negó con la cabeza.

—Parecía hablar consigo mismo o, al menos, yo no escuché a nadie más en la casa. —Un estremecimiento recorrió su cuerpo y se rodeó el cuerpo con los brazos—. Pero, no puedo estar segura... ¡Tenía tanto miedo!

El subinspector Olcina se apresuró a consolarla.

—No se preocupe más, ahora ya está a salvo y ese cabrón se encuentra bajo custodia.

—Por favor, ¿no ha pasado mi hija por un calvario hasta ahora? ¿Qué más quieren de ella? —El padre de Alba aprovechó la interrupción para reprender a los policías.

—No se enfade, por favor. —Respondió el inspector precipitadamente—. Nuestra única intención es velar por la seguridad de su hija y llegar al fondo de la cuestión.

—¿Qué más necesita saber, inspector? —Preguntó Alba.

—¿Recuerda que me dijo en una ocasión que había visto al señor Zafra acompañado de una mujer en el bar Los Quiteños? Creo que dijo que hacían una extraña pareja...

Alba asintió intrigada.

—¿Piensa usted que se trata de la misma mujer?

—No podemos estar seguros, pero me gustaría que si se encuentra con fuerzas se sentase con uno de nuestros retratistas y le ayudase a hacer un retrato robot de la mujer que vio aquella noche en el bar.

Alba esbozó una débil sonrisa.

—Por supuesto, haré lo que pueda.

—Eso es exactamente lo que la estoy pidiendo, señorita Torres. —Respondió Paniagua—. Después de esto, espero dar carpetazo a este caso y permitirle que continúe con su vida sin importunarla más.

El subinspector Olcina acompañó a la familia Torres y Paniagua aprovechó el rato

a solas para llamar a su casa. Dejó sonar el teléfono varias veces pero nadie contestó. Lanzó un suspiro y volvió a intentarlo con el mismo resultado. Cuando colgó resignado, se dirigió al exterior del edificio a fumar un cigarrillo y calmar los ánimos. Un viento frío le alborotó el pelo y se sintió vacío mientras pensaba en su familia y en el motivo de que su llamada se hubiera quedado sin responder. Y en todo lo que había cambiado su vida desde que comenzase la investigación del asesino de científicos, unas semanas atrás.

Entonces, el padre de Alba Torres apareció a su lado. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y miraba al frente como si escudriñara el aparcamiento en busca del causante de la nueva amenaza que pendía sobre su hija.

—Inspector Paniagua, se lo pregunté antes y se lo vuelvo a preguntar ahora: ¿está mi hija en peligro?

El inspector le miró de reojo y luchó contra la familiar irritación que sentía cuando las cosas no iban por el camino esperado y amenazaban con hacerle perder el control. Por un lado, podía entender la preocupación de aquel hombre, después de todo, él también tenía una hija, ¡maldita sea! Pero, por otra parte, no estaba acostumbrado a tener que repetirse, ni le gustaba ser cuestionado por un desconocido.

—Eso creo. —Respondió.

El hombre cerró los ojos.

—Quiero que sepa que en cuanto concluyan los asuntos de mi hija con ese dibujante suyo, pienso dirigirme con mi familia directamente al aeropuerto y regresar a casa en el primer vuelo.

El tono del padre de Alba Torres rezumaba obstinación y una absoluta preocupación por la seguridad de su hija. El inspector pensó en sacarle de su error y aclararle que hoy en día los retratos robots de la policía ya no salían del lapicero de un dibujante sino que existían programas informáticos que facilitaban esa labor proporcionando miles de plantillas que representaban cada rasgo facial conocido y que se superponían sobre un lienzo virtual hasta componer el retrato del sospechoso, pero se contuvo. No era momento para lecciones de ningún tipo.

—Señor Torres, existe una investigación en curso... ¡No pueden irse del país!

El hombre le dedicó una sonrisa preñada de tristeza.

—Usted tiene una hija, ¿no es así? Alba me lo ha dicho. Póngase en mi lugar, piense en su hija y en que alguien amenace con hacerla daño. ¿Qué es lo que haría usted para protegerla?

El inspector se descubrió mirando con simpatía al señor Torres, la irritación se había difuminado como la bruma matinal en un día soleado. Honestamente no podía negar que, puesto en sus zapatos, él mismo haría cualquier cosa con tal de mantener la seguridad de su familia. Incluso incumplir las leyes de un país extranjero. Sin embargo, no podía permitir que lo hicieran. Y así se lo dijo al hombre que tenía a su lado.

—Lo siento, pero por mucho que piense como usted no puedo obviar que soy una

agente de la ley y que juré cumplirla a toda costa. ¿Lo entiende, verdad?

El señor Torres le miró suspirando. Lo entendía, pero eso no quería decir que estuviera de acuerdo, esperaba a que su hija terminase ese asunto del retrato robot y se irían directos al aeropuerto. No había más que discutir.

—De acuerdo. —Respondió, sin embargo.

—Gracias. —Dijo el inspector posándole su manaza sobre el hombro—. Le garantizo que nada malo le volverá a suceder a su hija.

El señor Torres sintió la cálida presión de la mano antes de que el inspector la retirara y quiso creer en las buenas intenciones del hombretón, pero sabía que eso no iba a suceder. La decisión ya estaba tomada. Alzó la comisura de los labios y haciendo un gesto en dirección al cigarrillo dijo:

—¿Qué le parece si comparte uno de esos?

Después de dejar al padre de Aba Torres, Arturo Paniagua decidió dejarse caer por las oficinas de la Policía Científica para recuperar la prueba de la fotografía que había recordado la noche anterior.

Efectivamente, su memoria eidética no le había fallado y en ella se apreciaba el reflejo de la mujer. No era muy nítida pero se distinguía claramente que estaba participando de alguna manera en el brutal asalto. Estaba pensando que tendría sentido hacerle una nueva visita al conserje del bloque donde vivía el señor Zafra, cuando se encontró con el subinspector Olcina en su despacho.

—¿Cómo se encuentra, Olcina? —Le saludó cuando traspasó el umbral y se desmoronó sobre su ajado sillón.

El subinspector tenía un aire fúnebre flotando a su alrededor como si el mundo se hubiese posado de repente en sus hombros y trataba en vano de enmascararlo. Le picaban los ojos por la tensión, tenía la cabeza embotada y estaba intranquilo por lo que intuía que Paniagua le iba a decir continuación.

—He estado mejor, jefe. —Confesó—. Anoche no pegué ojo.

—Bueno, pues le necesito al cien por cien para la operativa que está montada en torno al embajador. No podemos fallar. La muerte de El Ángel Exterminador ha sido un palo muy duro, lo sé, pero no deje que eso merme su concentración.

El inspector hablaba con tono cordial pero serio, exento de cualquier tipo de concesión. La sombra del reproche resonó en el interior de Olcina como una traca de petardos.

—Descuide, jefe. Cuando llegue el momento, estaré preparado.

—¿Qué tal ha ido con la señorita Torres? —Cambió de tema, el inspector.

—Bien, el retratista está dando los últimos retoques y pronto habrá terminado. Alba Torres y sus padres ya se han marchado y les he puesto una patrulla de protección.

—Bien hecho. Me alegra comprobar que su cabeza sigue funcionando a pesar de todo. —Entonces, se detuvo y le miró perspicaz—. ¿Se puede saber qué le sucede?

Raúl Olcina sacudió la cabeza.

—Nada, jefe. Estoy bien, solo un poco molido.

Cuando llegaron al edificio, el conserje se encontraba como siempre moviendo la escoba de un lado para otro en el vestíbulo del inmueble. Se encontraba especialmente parlanchín debido a la notoriedad que había conseguido con la

detención de El Ángel Exterminador. Medios de televisión, periodistas y simples curiosos le habían estado acosando a preguntas acerca de Samuel Zafra y él los había atendido gustoso y con grandes dosis de ufanía.

Para desazón de Paniagua, el hombre insistió en que no había visto a Samuel en compañía de ninguna mujer. Creía, no obstante, que podría haber visitado al agente de movilidad fuera de su horario de trabajo, por las noches, momento en el cual solía sentarse en el cuartucho que había detrás de la portería a ver televisión con alguna que otra copita de vino de naranja, al cuál era aficionado desde los años que había vivido en Sevilla, durante su juventud. Ese era, además, su último día dado que la propietaria del edificio había decidido prescindir de sus servicios después de conocer que un asesino en serie se había ocultado bajo su techo y él había sido incapaz de darse cuenta. Como si el pobre diablo fuera a ser una especie de Dick Tracy de tres al cuarto.

A pesar de que la fotografía no era demasiado clara, Paniagua la sacó de su bolsillo y se la tendió al conserje con cierta reticencia.

—Por favor eche un vistazo a esta fotografía y dígame si la mujer le resulta familiar.

El hombre la hojeó con intensidad durante unos instantes. Los ojillos de cerdo le brillaron como si estuviese calculando el número de apariciones televisivas que aquella información le iba a proporcionar.

—¿Es ella? ¿Es el ligue del señor Zafra? —Preguntó con un retintín de cotilla.

—Antes, responda a la pregunta. —Insistió Paniagua, quien por el rabillo había captado un gesto incómodo del subinspector y comenzaba a preguntarse qué lo había provocado.

—No se ve muy bien, la verdad. Pero con una pinta así seguro que me acordaría. —Dijo lascivamente, negando con la cabeza. La calva afeitada le relucía por el sudor.

El subinspector le lanzó una mirada furibunda e instintivamente deseó romperle la crisma. En esta ocasión, tanto el inspector como el despreciable personajillo, notaron inmediatamente su expresión. El conserje instintivamente dio un paso atrás.

—Pero como ya les dije, nunca vi a ninguna mujer con el señor Zafra.

Sin dejar de observar a Olcina, el inspector Paniagua le despidió.

—Gracias por su tiempo y buena suerte en su nueva vida.

El conserje le miró sorprendido.

—¿Nueva vida?

—¿No nos ha dicho que le acaban de despedir, hombre? Pues buena suerte encontrando un nuevo trabajo con la crisis y tal.

Y dándole la espalda, salió por la puerta. Ya en la calle se volvió hacia su subordinado y le preguntó a bocajarro:

—¿A qué ha venido eso?

La pregunta pilló desprevenido al subinspector.

—¿A qué se refiere, jefe?

—¡No me toque los huevos, Olcina! Le ha lanzado una mirada a ese desgraciado que hubiera fulminado a un miura a puerta gayola. Si no le conociera, diría que le ha mentado a su novia o algo parecido.

Un velo cubrió los ojos de Raúl Olcina y el color se le fugó del rostro con tanta rapidez que parecía la estatua de un camposanto.

—¡Hábleme, Olcina! ¿Qué diantres está pasando con usted? —Clavó un dedo en el pecho del subinspector.

—¡Ha sido el puto retrato robot! —Estalló Olcina—. Ya sabe que me he estado viendo con alguien las últimas semanas...

—Claro, ya hemos hablado sobre ello. —Le interrumpió, Paniagua, irritado—. Pero no veo qué tiene que...

Se detuvo de inmediato, en su cabeza terminó de atar los cabos y los ojos se le abrieron como platos.

—No puedo asegurarlo, pero la mujer del retrato me recuerda mucho a ella. A la mulata con la que me veo. Se llama Neme. —Explicó Olcina en un susurro—. Y hay algo más...

El inspector aguardó ocultando como pudo la conmoción que sentía.

—El día que detuvimos a El Ángel Exterminador creí reconocerla entre la multitud de mirones que se había reunido en la calle atraídos por el espectáculo. —El rostro del subinspector era todo un poema—. Sé que es imposible, que estoy confundiendo las cosas, pero... ¡No puedo estar seguro! Pero ella sabía cosas, cosas que yo le conté sobre el caso.

El inspector no daba crédito a lo que escuchaban sus oídos, estaba estupefacto.

—¿Cosas como qué? —Atinó a preguntar.

—Le dije a Neme lo mucho que aborrecía a Walter Delgado, cómo había dejado morir a Oswaldo en su lugar... —La voz se le estaba quebrando—. Creo que... que El Ángel Exterminador pudo encontrar a Walter por mi culpa... A través de ella.

Se hizo un prolongado silencio hasta que, finalmente, Paniagua le fulminó con la mirada.

—¿Cómo ha podido hacerme esto? —Espetó abruptamente—. ¿Cómo ha podido comprometer la investigación de esta manera? ¡Tendría que haber hablado conmigo en cuanto se enteró de la existencia de esa mujer!

—¡Pero, no podía saberlo! ¿Cómo iba a saberlo? —El subinspector Olcina estaba gritando—. No tenía manera de saberlo...

El inspector alzó la mano bruscamente, ya había escuchado demasiado. Se dio la vuelta, dándole la espalda a su subordinado.

—Jefe, yo... —Comenzó a decir Olcina, pero se calló de inmediato. Percibía la creciente sensación de malestar que se había instaurado entre ambos. La impresión de que la relación de confianza profesional que habían tenido hasta ese momento había saltado por los aires convertida en miles de pedacitos de hormigón armado.

—Dígame solo una cosa, ¿tiene algún modo de saber dónde se encuentra esa

mujer? ¿Un número de teléfono, una dirección, algo?

Raúl Olcina bajó la cabeza y clavó la vista en la punta de sus zapatos, avergonzado. No tenía nada, solo un número de teléfono al que ella casi nunca contestaba. Siempre se habían visto en la academia de baile que solía frecuentar y allí era donde solían quedar para verse.

El viaje de regreso a la central lo hicieron completamente en silencio, esperaban que para su regreso el artista forense ya hubiese acabado y para entonces tuviesen el retrato robot definitivo con el que pudiesen trabajar.

Para sus adentros, Olcina deseaba con todas sus fuerzas de que, finalmente, el rostro trazado con el programa informático no se pareciese en nada a Neme y que todo fuese una jodida metedura de pata de su cerebro conmocionado por la porra extensible de El Ángel Exterminador. Aunque algo en su interior le decía que no iba a tener tanta suerte.

Cuando regresaron a la central, su corazonada se había convertido en certeza.

La sala de conferencias estaba fría como una sala de autopsias y, a excepción de una moderna lámpara de pie de la que brotaba una suave luz indirecta, se encontraba en penumbras. En unos minutos, tendría lugar una reunión de la brigada convocada por el inspector pero, de momento, tenía el lugar para él solo.

Raúl Olcina agradeció el calor que desprendía la taza con el escudo de la Policía Nacional que llevaba entre las manos y le dio un pequeño sorbo, sintiendo inmediatamente que su organismo se reactivaba. En una de las paredes colgaban los murales con las fotografías e informes de las investigaciones y no pudo reprimir un estremecimiento cuando vio el retrato robot de la mujer coronando las truculentas imágenes. El parecido era sorprendente. ¿Cómo había podido estar tan ciego? Las pruebas, las señales, tendrían que haber estado ahí y él había sido incapaz de detectarlas. ¡Menudo detective estaba hecho!

Olcina se recostó en el sillón y cerró los ojos. Un incipiente dolor de cabeza estaba brotando en el comienzo de su cerebro. ¡Dios santo! ¿Por qué tenía tan mala suerte con sus relaciones? Hiciera lo que hiciera, parecía seguirle a todas partes, arrastrándole de nuevo a su antigua y destructiva soledad. ¡No podía entenderlo! Y lo peor de todo era que en esta ocasión, al parecer se había liado con una asesina. Pero, si eso era cierto, ¿qué coño de culpa tenía él? ¿Cómo podía haberlo sabido? No tenía nada que demostrarle a nadie, ni siquiera al inspector Paniagua. Ni siquiera a sí mismo. Él no había hecho nada malo. Entonces, ¿por qué se sentía tan miserable? El dolor de cabeza palpitaba en sus sienes con fuerza. Intentaba reconstruir su última conversación con Neme, en su mente trataba de analizar cada palabra, cada imperceptible expresión facial. Recordaba cómo se había sentido él, el momento de desconcierto que había experimentado durante la cena, y se preguntaba si ella había tenido algo que ver con ello.

Entonces, llegaron los susurros. En su cabeza, como un pequeño manantial que brota en la montaña y primero se trata de unas escasas gotas, luego un sencillo torrente hasta convertirse en un caudaloso río que fluye inexorable hacia el mar.

—¿Te encuentras bien? —Las palabras de Marc Claver se abrieron entre el ruido de estática y le costó comprenderlas. El agente psicólogo del SAC había aparecido de repente en la sala de conferencias.

—De puta madre. —Masculló—. Es solo un simple dolor de cabeza.

Marc asintió comprensivo, mientras Olcina volvía a notar cómo la oleada de



susurros se adueñaba de él.

*No, se dijo, otra vez no.*

Ajeno al bullicio dentro de su cabeza, Marc continuaba hablando sin más.

—Se acerca el gran día, ¿no? Si el profesor Al-Azif continúa con su ritmo y es fiel a su modo de operar, el pobre embajador no tardará en recibir su macabro paquete y entonces entraremos en acción. —De repente, Marc se detuvo y le observó con detenimiento—: ¿Estás seguro de que te encuentras bien? No tienes buen aspecto. Cuesta no fijarse en ello.

—¡Joder, Marc, ya te he dicho que sí! Es solo que odio este lugar cuando está tan vacío. Es muy deprimente.

—¿Para qué nos han reunido? —Preguntó Marc, cambiando de conversación, sorprendido por el exabrupto de Olcina—. El inspector no me ha contado nada, tan solo me ha pedido que me reuniera con el resto en la sala de conferencias.

Raúl Olcina se encogió de hombros.

—Creo que solo somos nosotros dos, el jefe y Martin Cordero.

—¿Y para qué? Pensaba que ya estaba hablado todo lo que se tenía que hablar sobre la operación de captura de Farid Al-Azif.

Antes de que Olcina pudiera responder, entraron por la puerta el inspector Paniagua y Martin. La cara de circunstancias que traía su superior no le dio muy buena espina al subinspector. El inspector tenía entre las manos el informe forense preliminar del asesinato de El Ángel Exterminador y, sin más preámbulos esparció su contenido por la superficie de la mesa.

—Al señor Zafra le degollaron con un bisturí. Es un tajo limpio que le seccionó limpiamente la tráquea y la yugular. Si no se hubiese desangrado rápidamente, se hubiese muerto asfixiado. No tuvo ninguna oportunidad. —Explicó, mientras seleccionaba una fotografía de veinte por quince centímetros.

Marc se acercó un poco más a la imagen.

—¿Estaba internado en la unidad de vigilancia intensiva, verdad? ¿Algún testigo?

—Que va. Ninguno de ellos vio nada, todos coinciden en que cuando el monitor de constantes vitales comenzó a pitar, las luces de la sala se apagaron y luego escucharon los gritos aterrados del señor Zafra.

Martin Cordero le miró extrañado.

—Eso quiere decir que Samuel Zafra se desconectó del monitor antes de que su asesino entrase en la sala. ¿Cómo pudo saber que iría a por él en ese preciso momento?

—Al parecer, se disparó una alarma contraincendios unos minutos antes. Todo el mundo estaba correteando de un lado para otro como pollos sin cabeza. El monitor es uno de esos que tiene conexión a red y tecnología portal para los cuidados críticos de mayor gravedad, por lo que el enfermero de guardia se enteró inmediatamente del momento en el que se desconectó. —Explicó Arturo Paniagua—. Se disponía a atender al señor Zafra cuando este le propinó un golpe en la cabeza y luego lo

estranguló.

Hizo una pausa y concluyó:

—El desgraciado tenía mucha prisa por salir de allí. Así que supongo que sabía que iban a ir a por él.

—Eso mismo pienso yo. —Convino Marc Claver—. La alarma pudo ponerle sobre la pista y le entró el pánico.

—¿Cómo se las arregló ella para reducir a un tío como El Ángel Exterminador?

La pregunta la había hecho Raúl Olcina, Martin que estaba estudiando el informe preliminar de la autopsia levantó los ojos y le miró con curiosidad. No se le había escapado el uso del pronombre femenino.

—¿Ella? —Preguntó—. ¿Hay algo que se me haya...?

—No pudo ser demasiado complicado. —Arguyó, el inspector, interrumpiéndole—. El señor Zafra no se encontraba en muy buen estado físico después de recibir un balazo en el pecho. Basta con estar un poquito en forma y se le podría dominar fácilmente.

Martin se le quedó mirando unos instantes, intentando valorar si ignoraba el comentario de Raúl Olcina y le seguía la corriente al inspector, fuera cual fuera, o volvía a presionar sobre el hecho de que el subinspector pensara que el culpable de la muerte de Samuel había sido una mujer.

—Aun así, El Ángel Exterminador se las ingenió para reducir al enfermero y estrangularlo. —Apuntó Marc—. Tiene que haber algo más.

El inspector se encogió de hombros.

—El asesino iba armado con un bisturí, igual eso le amedrentó lo suficiente.

El inspector hizo chasquear los dedos contra la mesa. Una expresión indescifrable le oscurecía el rostro, el desliz de Olcina le había puesto en una situación muy comprometida. Además estaba seguro de que Martin no lo iba a dejar pasar así como así. Ahora no le quedaba más remedio que afrontar de algún modo las sospechas de Olcina sobre la identidad de la misteriosa mujer; incluso quería escuchar las opiniones de Marc Claver y de Martin Cordero, pero no sabía cómo hacerlo de una manera delicada. Se sentía mal por Olcina pero no tenía otro remedio.

—Hay una cosa más que me gustaría comentar. —Dijo sin pensárselo dos veces y mirando en dirección al retrato robot de la mujer, señalándolo con un gesto de cabeza—. Esa mujer es más que probable que sea la culpable de la muerte de Samuel Zafra. Ha sido identificada por Alba Torres como la mujer que le acompañaba en el bar Los Quiteños. Y hay algo más...

La vacilación en su voz, añadió un grado más de oscuridad al rostro del subinspector que permanecía hundido en su sillón con el rostro clavado en dirección a la mesa.

—El subinspector Olcina también cree conocerla.

Al escuchar la noticia, Martin puso cara de perplejidad y Marc Claver no pudo evitar dejar escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Cómo es posible?

El inspector explicó los detalles de la manera más breve y concisa que pudo encontrar, mientras Olcina guardaba silencio. Marc se levantó para desprender el retrato robot del panel y le echó un rápido vistazo antes de pasárselo a Martin.

—¿Así que esta es Neme? —Preguntó en voz baja.

Raúl Olcina alzó la vista lo suficiente como para contestar.

—Al menos, eso es lo que creo. El parecido es muy grande. —La congoja pesaba como una losa en sus palabras.

—A lo mejor es solo eso... Un parecido muy grande. —Propuso Marc Claver.

El inspector le interrumpió, molesto.

—Lo sea o no, es la única pista que tenemos por el momento y debemos comprobarlo.

Pero Olcina no estaba tan indeciso, sabía que el agresor de El Ángel Exterminador había sido la mujer; había sido Neme. Ninguna otra. Y, en ese preciso momento de claridad, se juró detenerla.

—¿Tenemos alguna idea de dónde puede estar esa mujer? —Preguntó Martin Cordero.

El inspector Paniagua negó con la cabeza, sin poder reprimir lanzar una mirada reprobatoria en dirección al subinspector.

—Lo primero que vamos a hacer al respecto es apostar un coche patrulla en las inmediaciones de la academia de baile. —Explicó—. Allí es donde el subinspector y la sospechosa contactaban y cabe la posibilidad de que ella regrese al lugar. Mientras tanto, Olcina siga intentándolo con el número de teléfono. Déjele todos los mensajes que haga falta pero ¡por el amor de Dios!, consiga quedar con ella en algún lugar.

Raúl Olcina trataba a duras penas controlar su vergüenza y su irritación, procuraba mantenerla a raya en algún lugar profundo de su cabeza pero el zumbido que reinaba allá dentro se lo impedía. Su aspecto iba de mal en peor y sentía que el inspector le trataba igual que cuando habían comenzado a trabajar juntos, como a «una mujer en un partido de fútbol masculino». Esas habían sido exactamente sus palabras.

—Pienso que no sería muy prudente llenar su contestador automático de mensajes, eso podría ahuyentarla. —Arguyó, Martin—. Si es que finalmente se trata de la sospechosa.

—Bueno, por lo menos estamos de acuerdo en una cosa. —Gruñó el inspector—. Necesitamos hablar con esa mujer cuanto antes.

Terminada la reunión, Martin y Marc se fueron a buscar un café caliente mientras comentaban las discrepancias que provocaba la aparición de la mujer en el perfil psicológico que habían elaborado sobre El Ángel Exterminador. El inspector Paniagua aprovechó la ocasión para hablar con Olcina.

—Creo que será mejor que se vaya a casa.

El subinspector abrió la boca para decir algo, tal vez, para convencer a su jefe que

se encontraba bien, pero vaciló y terminó clavando la mirada en la punta de sus zapatos.

—Ahora más que nunca le necesito con la cabeza despejada. ¿Lo entiende, verdad?

Olcina asintió con la cabeza.

—Como usted diga, jefe.

—Y llévese también al agente Cordero. —Ordenó—. Se está esforzando mucho por ocultar el dolor que tiene pero la verdad es que está más tieso que Ronaldo Nazário de Lima.

—¿Quién? —Preguntó Olcina, desconcertado.

—Olvídelo y haga lo que le pido. —Replicó Paniagua.

En el coche, camino del domicilio de Martin, el subinspector se sumergió en un hosco silencio, roto únicamente por el ruido del tráfico que recorría unas calles anodinas, bordeadas por edificios funcionales construidos en tiempos de auge inmobiliario con materiales baratos y sin ningún ánimo estético. Martin hizo descender su ventanilla. El aire se había enfriado lo suficiente como para hacerle sentir vigorizado. Daba vueltas en su cabeza al informe con la transcripción de lo que El Ángel Exterminador había dicho en el hospital. Tenía la cabeza bullendo de ideas y correlaciones, algunas relacionadas con el caso y otras sobre su futuro. Sabía que se acercaba a una encrucijada y que pronto tendría que tomar una decisión pero mientras tanto trataba de enfocar su mente en ayudar al inspector Paniagua. Lo que más le rondaba la cabeza era lo desencaminadas que habían sido sus apreciaciones respecto al perfil del Ángel Exterminador y la improbable existencia de un cómplice. Aunque no era algo nuevo, puesto que las parejas homicidas se habían dado a lo largo de toda la historia criminal, si era altamente inusual. Sobre todo con un asesino tan brutal como El Ángel Exterminador. La posibilidad de que hubiese tenido un cómplice era prácticamente nula. Sus asesinatos habían sido tan llenos de rabia y de violencia, que era imposible que en ellos hubiesen participado dos personas y sin embargo...

Martin pidió a Olcina que hiciesen una parada en la Biblioteca Municipal de Conde Duque, ubicada en un antiguo cuartel militar y a la que solía acudir asiduamente fascinado por su portada labrada en piedra del siglo XVII. Había algo en la declaración de El Ángel Exterminador que le rondaba la cabeza y decidió echarle un vistazo para quitárselo de encima antes de que se convirtiese en una obsesión.

—¿Le apetece leer un poco, subinspector? —Preguntó a Olcina y este le devolvió una mirada como si pensase que se hubiera vuelto loco de repente, pero no dijo nada.

Martin Cordero sentía lástima por el hombre pero tampoco tenía nada que decir que pudiera reconfortarlo. De algún modo, esperaba que si su corazonada fuera cierta la información que recopilasen de la biblioteca pudiera ayudarle a entender un poco más lo que le estaba sucediendo. El subinspector, por el contrario, no parecía tan convencido, así que lo dejó en una taberna cercana. El lugar era uno de esos antiguos bares reformados y convertidos en punto de reunión para *hipsters* y nuevos pijos que

servían cerveza de importación y ponían tapas de diseño que uno nunca sabía muy bien cómo comer. Martin detestaba ese tipo de establecimientos, se sentía en ellos como un pez fuera del agua, pero era el único que quedaba a un tiro de piedra de la biblioteca.

En el mostrador de recepción se sentaba una mujer muy amable con la que siempre intercambiaba algunas palabras cuando acudía para consultar fuentes para su libro. En esta ocasión también le ayudó con mucho gusto pero pareció un poco decepcionada cuando le pidió información sobre las secciones de antroponimia y de mitología.

—Esos libros sobre el Olimpo y esas cosas se solicitan mucho. —Aseguró la mujer—. Sobre todo entre adolescentes curiosos y universitarios que piensan que los dioses griegos y romanos son más guays que la religión católica.

Martin no podía menos que estar de acuerdo con ellos.

—Al menos son más entretenidos de leer. Contienen aventuras, sangre, sexo, incluso héroes con poderes sobrenaturales. Esto último, por sí solo, debería bastar para llamar la atención de un crío ávido de emociones fuertes.

—No lo sé. —Repuso la mujer, sonriendo—. La Biblia tampoco anda muy escasa de todo eso, ni de emociones fuertes.

Martin asintió con una carcajada y dejó a la bibliotecaria para buscar un espacio vacío en las mesas de lecturas donde ir apilando los volúmenes que iba sacando de las estanterías.

*Némesis*. Aquella era la palabra que había gritado Samuel Zafra en el hospital refiriéndose a la mujer maligna que le atormentaba. Némesis tenía sus orígenes en la raíz griega *nemo*, que significaba justicia. En un principio, Martin había creído que Samuel se refería al uso popular de la palabra como sustantivo que definía al enemigo acérrimo de alguien, pero aquello no tenía demasiado sentido. ¿La mujer era rival de El Ángel Exterminador? ¿Cuál era la razón de esa rivalidad? ¿Matar personas? Si era así, ¿dónde estaban sus propias víctimas? Demasiadas preguntas sin respuesta. Luego había caído en la cuenta de que «némesis» era además el nombre de una diosa griega, aunque no estaba muy seguro de ello. La mitología nunca había sido su fuerte.

Con un suspiro, abrió y ojeó el primer libro. Un párrafo le llamó inmediatamente la atención: «Y temerás la venganza de los dioses, Afrodita aquella que odia a quienes poseen un corazón de piedra, la ira, la inmemorial ira de Némesis». Regresó a la cubierta y releyó el título del libro: *Metamorfosis* de Ovidio. Término de leer por encima el resto del libro y abrió el segundo de la pila. Se trataba de la *Dionysiaca* de Nonnus, en donde se detallaba como Némesis convencía a Dionisios para que castigase a la ninfa Nikaia por asesinar a su amante Hymnos. Némesis era, en definitiva, la diosa griega de la retribución, aquella de quien nadie puede escapar. Representaba la ira de los dioses hacia los hombres malvados cuyos castigos quedaban impunes, una belleza alada vengadora y castigadora que restauraba el equilibrio entre la justicia y la injusticia.

Todo empezaba a tomar sentido en su cabeza.

Némesis nunca castigaba directamente a los impíos sino que tomaba nota y mandaba a otros para que ejerciesen el papel de castigadores. Otros como Dionisios o Samuel Zafra. La mujer se habría aprovechado de su paranoia para atormentarle hasta llevarle a la locura, más allá de lo que ya estaba, y convertirle en El Ángel Exterminador. De alguna manera, le había forzado a cometer sus crímenes en la persona de los impíos o los hombres injustos a los ojos de ella, quizás con la promesa de la salvación divina o un remedio para su locura.

Martin dejó de leer y se frotó los ojos, extenuado. Consultó la hora en la pantalla de su teléfono móvil y se sorprendió de que hubieran pasado más de dos horas. En otras circunstancias, debería haberle inquietado que alguien como El Ángel Exterminador se alejase tanto del perfil de asesino solitario y lleno de odio que había trazado inicialmente, pero las últimas semanas había perdido la capacidad de sorprenderse por algo. Minutos más tarde se reunía con el subinspector en la taberna.

El hombre no se había movido de la mesa donde le había dejado y tenía la misma mirada sombría que cuando entró, aunque quizás un poco vidriosa. Martin se dedicaba a aplastar con los dedos las gotas de condensación que reposaban al pie de la cerveza sin alcohol que le acababan de servir. La miró con lástima y anheló no haber pedido algo más fuerte. Dios sabe que lo necesitaba pero estaba hasta las cejas de calmantes y mezclados con el alcohol hubiesen formado un explosivo cóctel imposible de manejar. El collarín que llevaba le lastimaba el cuello y apenas le dejaba tragar el insípido líquido ambarino. Además, se le estaban pasando los efectos del último ibuprofeno que se había tomado y le dolía todo el cuerpo.

Cuando terminó de hablar sobre lo que había leído en la biblioteca, el subinspector le miraba con ojos extraños, parecía terriblemente cansado, como si las baterías de su cuerpo se le hubiesen agotado y estuviese moviéndose por pura inercia.

—¿Qué me está diciendo, Martin? ¿Qué la mujer con la que he estado saliendo es la reencarnación de una puta diosa griega? —El escepticismo en la voz de Raúl Olcina era tan cortante que hubiese podido rebanar un cerdo entero.

—No, subinspector. Es evidentemente un delirio. El problema es que ella pueda creer ciegamente que es así, eso la convierte en una mujer muy peligrosa. —Respondió—. Si ha conseguido suggestionar lo suficiente a un hombre como Samuel Zafra para convertirlo en un asesino en serie... Piense en todos los candidatos que pueden existir ahí fuera.

El subinspector le lanzó una mirada derrotada y, de pronto, Martin cayó en la cuenta de las terribles implicaciones de su última deducción.

—Por supuesto no me refiero a que usted pueda ser uno de ellos. —Se explicó, azorado—. Pero tienen que encontrarla y detenerla, antes de que elija a un nuevo compañero y continúe con su ola de crímenes.

—Y, ¿cómo sugiere que lo hagamos? Salvo la señorita Torres, nadie más ha visto juntos a ninguna mujer con ese cabrón. ¡Nadie puede asegurar siquiera que existe y

mucho menos que se trate de Neme! —De repente, se corrigió a sí mismo—. Excepto, yo mismo.

Martin asintió.

—Exactamente.

El subinspector cerró los ojos, no le gustaba la dirección que estaba tomando la conversación. Se recostó contra el asiento y soltó un juramento.

—¿Lo dice en serio? —Preguntó, sin poder disimular la desesperación en su voz.

—Usted mismo ha llegado a esa conclusión, Raúl.

En el bar sonaba una mezcla de música indie que no le era del todo desagradable a Martin, aunque el subinspector ponía cara de no poder seguir soportando las estridencias de bandas como *King of Lions* o *Sidonie*. Martin llamó al camarero y le pidió otra cerveza sin alcohol. Si Peter Berg le viera en esos momentos seguramente le daría una buena patada en el trasero sin pestañear.

—Entonces, ¿qué piensa hacer?

—No lo sé, Martin. Es cierto que no tengo manera de estar seguro si esa mujer se trata de Neme. El parecido es muy grande, lo reconozco, pero fuera de eso... —Explicó Olcina—. Después de todo, ese tarado sufría de paranoia persecutoria, así que no sería de extrañar que todo fuera una invención de su jodida mente.

—¿Les dijo si estaba teniendo ayuda profesional?

—Por la manera en que habló de su paranoia nos dio la impresión de que sí había visto a alguien, pero no precisó nada al respecto. ¿Por qué lo pregunta?

Martin le dio un breve sorbo a su cerveza.

—Si pueden localizar al psicólogo que le trató, seguramente podrán discernir si la voz que decía escuchar es real o producto de su trastorno.

—Créame, el hijoputa desvariaba como un yonqui. Si hubiese escuchado algunas de las cosas que dijo... ¡Se trataba de pura mierda delirante! Hablaba de que lo perseguían, de auras que emanaban de las personas y que solo él era capaz de distinguir porque la voz le enseñó a hacerlo. Nada tenía sentido. Nada.

—Es posible. —Convino Martin—. Sin embargo, todos los indicios apuntan a que realmente existe esa mujer.

Raúl Olcina dejó escapar un gemido y se llevó las palmas de las manos hasta los ojos. El maldito dolor de cabeza había regresado y a pesar de la mierda de música que atronaba en los altavoces, el zumbido había vuelto a apoderarse de su cabeza. Apuró de un trago su bebida.

—Bueno, se está haciendo tarde y empiezo a estar cansado. ¿Qué le parece si lo dejamos por hoy y le acerco a su casa?

Martin negó con un ademán de cabeza.

—No se preocupe, estoy tan solo a un par de manzanas. Pero recuerde, si necesita hablar o lo que sea, ya sabe dónde encontrarme.

El rostro de Olcina había cogido un alarmante color ceniza pero antes de que Martin pudiera decirle nada, el subinspector se precipitó hacia la puerta y se marchó.

Ninguno de ellos se percató de la mujer del rostro magullado y la piel morena que se sentaba al fondo del local. Curiosamente, a pesar de encontrarse sola, en un bar repleto de jóvenes sobreexcitados por el alcohol y la testosterona, ninguno se acercó para cortejarla, nadie se atrevió a importunar a la belleza mulata que parecía tener ojos únicamente para el subinspector Olcina. Quizá fuera cierto aura extraño que desprendía, como un mensaje de advertencia hacia los más osados. Quizá fuera cierta ondulación en su pelo que hacía que pareciese cobrar vida. Pero lo más probable es que fueran sus ojos, brillantes como un faro por el odio.



Era demasiado pronto para que las calles estuviesen pobladas de gente y el tráfico a su alrededor circulaba perezoso. Las luces de las farolas comenzaban a apagarse, irradiando titubeantes las últimas luces del día. En menos de una hora, la ciudad se despertaría y todo el mundo se echaría a la calle para ir a sus respectivos puestos de trabajo, quien aún conservase el suyo, o simplemente acercarse al parque más cercano para ver comer a las palomas.

El inspector Paniagua se había estrujado la cabeza toda la noche pensando en cómo darle la noticia a Raúl Olcina, pero no veía ninguna otra manera de detener a la cómplice de El Ángel Exterminador. Si, como el subinspector creía se trataba realmente de Neme, él era el único que poseía la llave para atraparla. Lo peor de todo era que tendría que informar al Jefe Beltrán de lo que estaba sucediendo y lo más probable sería que le ordenase dejar la investigación en cuanto lo supiera. Así que el subinspector tendría que involucrarse en un caso que ni siquiera seguiría siendo suyo. ¿Dios Santo, podía irse más por el sumidero todo el maldito asunto?

En el asiento trasero del taxi, Arturo Paniagua apoyó la frente contra la ventanilla para buscar un poco de confort en la gélida superficie. En esos momentos deseaba poder entumecerse y olvidar todo el cansancio que sentía por dentro. Se frotó los ojos con las manos y pensó en lo sencilla que sería su vida si lo dejase todo y se dedicase a su familia. Podría hacer cosas junto a Consuelo y ver crecer a Gabriela, verla convertirse en una mujer.

El conductor se inclinó y alcanzó el botón de encendido de la radio con la punta de los dedos. Inmediatamente los sonidos del primer parte informativo del día se apoderaron del silencio y el inspector desconectó rápidamente para no volver a escuchar las mismas sandeces sobre el asesinato de El Ángel Exterminador o sobre lo peligrosas que se habían convertido las calles de Madrid con tanta manifestación antisistema y tanto psicópata suelto.

Recostado sobre el mullido asiento, se esforzaba por alejar de sí la frustración y la desilusión que sentía, escuchando el palpar de su propio corazón bombeando en sus oídos. ¿Por qué no podía olvidarse de todos esos malos sentimientos y reemplazar una vida que poco a poco le estaba alejando de su familia por otra más complaciente? Tenía que alejarse de todo aquello antes de que fuera demasiado tarde y ya no tuviese a dónde regresar.

Cuando llegó al complejo policial, el inspector consultó su reloj. Todavía tenía

unos minutos antes de su reunión con el Jefe Beltrán. Le había sorprendido que le convocase un sábado por la mañana, pero reconocía que las cosas no estaban como para perder el tiempo. Se encaminó hacia su oficina y quitándose la americana la colgó cuidadosamente del respaldo de su sillón.

—No me joda con que es muy temprano. Necesito esa información y la necesito para ayer.

La voz de Rafael Beltrán le sobresaltó. El inspector jefe estaba plantado ante la puerta de su despacho, gritándole a su teléfono móvil. Paniagua se extrañó de aquello porque no esperaba tener la reunión en su propio despacho. Cuando terminó, el inspector jefe dio un paso al frente y se sentó en una de las sillas auxiliares, recostándose de lado sobre el respaldo; un truco que solía hacer a menudo para no tener que mirar directamente a los ojos de sus subordinados, como si estos no fuesen dignos de ser los destinatarios de su atención. Cruzando las piernas, el inspector jefe fingió quitarse una pelusilla de la rodilla y finalmente, dijo:

—Dígame cómo está el asunto del asesino de los científicos iraníes.

Paniagua ya estaba acostumbrado a la actitud seca y cortante de su jefe y no por ello en cada ocasión se irritaba tanto como en la primera. Sin embargo, aquella mañana agradecía poder ir al grano sin tener que intercambiar las típicas frases de cortesía que ninguno sentía.

—La operativa ya está preparada y todo el mundo sabe lo que tiene que hacer. Estamos esperando a que el profesor Al-Azif muerda el anzuelo con el embajador Lakhani y entonces lo atraparemos. —Explicó.

—Supongo que huelga recordarle, inspector, la importancia que tiene que capturemos a ese criminal cueste lo que cueste.

Arturo Paniagua asintió con la cabeza, sin decir palabra.

—¿Y qué pasa con la muerte del agente Samuel Zafra? ¿Qué ha averiguado al respecto?

El inspector extrajo los informes preliminares y se los tendió al Jefe Beltrán para que les echase un vistazo. Este extrajo unas gafas de lectura del interior de su americana y repasó por encima los papeles.

—La causa de la muerte es un corte en la garganta hecho con un bisturí o un cuchillo muy afilado. No hay por lo demás heridas o lesiones defensivas. Los testigos afirman que el señor Zafra estranguló con sus propias manos al enfermero, intentando escapar. Luego, fue él mismo agredido al tiempo que las luces se apagaron. Nadie vio nada, nadie escuchó nada.

—¿Se ha encontrado el arma homicida o alguna pista que nos indique quién le mató?

—Todavía no, señor.

El Jefe Beltrán le miró por encima de los cristales de sus gafas de lectura. Luego dejó el informe encima de la mesa y, recostándose en su silla, volvió a cruzar las piernas.

—¿Cuál es su opinión de todo esto, inspector Paniagua?

El interpelado frunció el ceño antes de contestar. Ahí había llegado el momento que tanto había temido esa mañana, el momento en el que tendría que hablar al inspector jefe sobre Olcina y sobre su posible relación con la única sospechosa que tenían. Captó fugazmente su reflejo en el cristal de la ventana y pensó que tenía las arrugas más pronunciadas y el pelo más gris que el día anterior. Dejó escapar un profundo suspiro. Aquel trabajo estaba acabando con su salud poco a poco, como un cáncer.

—Creo que El Ángel Exterminador tenía un cómplice... una mujer, para ser más exactos. —Comenzó a explicar Paniagua—. Tengo la impresión, también, de que esa mujer es quien le decía a Samuel Zafra qué víctimas había que escoger y que ella era quien conocía realmente el motivo por el cual iban a ser asesinados.

Los ojos del inspector jefe Rafael Beltrán reflejaron brevemente la sorpresa pero esta fue rápidamente sustituida por la habitual desconfianza que sentía por todo lo que suponía convertirse en un problema, una mancha en su carrera. Y el hecho de que un caso que consideraba cerrado se reabriese con la aparición de un nuevo sospechoso entraba sin lugar a dudas dentro de esa categoría.

—¿Una cómplice, dice usted? ¿Por qué no he sido informado de ello?

El inspector se encogió de hombros.

—Hemos sabido de su existencia hace apenas unas horas. —Contestó—. Pienso que es más que probable que esa mujer sea la responsable de su muerte. Está eliminando los cabos sueltos.

—¿Han encontrado algún indicio de ello en el apartamento de Samuel Zafra? ¿Algo que podamos utilizar?

—No, nada concluyente. Tan solo una fotografía borrosa en donde se puede ver su reflejo. También tenemos un retrato robot basado en la declaración de la señorita Alba Torres, hermana de una de las víctimas del...

—Sé quién es la señorita Torres, continúe, por favor. —Le interrumpió, cortante.

El inspector reprimió un arrebató de ira que le sacudió todo el cuerpo y tragó el bolo de saliva que se le estaba formando en la garganta antes de seguir hablando.

—Ha sido precisamente ese retrato robot el que nos ha puesto tras la pista de una sospechosa.

—Explíquese.

Arturo Paniagua vaciló unos instantes. El nudo en la garganta se le hizo más grande y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para continuar.

—El subinspector Olcina reconoció a la mujer del retrato. Al parecer... al parecer se trata de la misma mujer con la que ha estado saliendo los últimos días.

El Jefe Beltrán clavó los ojos en el inspector sin decir palabra.

—Antes de que diga nada, quisiera recordarle que Raúl Olcina es un buen hombre, un buen policía. Odio tan solo pensar que tiene que pasar por algo semejante. —El inspector intentaba parecer convincente pero no estaba seguro de si

él mismo se creía sus propias palabras.

—¿Está convencido de que se trata de la misma persona? —Preguntó, por fin, el inspector jefe.

—No, pero no tenemos a nadie más. —Admitió Paniagua con el estómago encogido.

—Entiendo. —El inspector se preguntaba por qué estaba tan calmado el Jefe Beltrán. En otro momento, aquella noticia le hubiese hecho estallar de ira. Paniagua no sabía qué le incomodaba más, la ausencia de reacción o lo que su superior pudiese hacer en el futuro—. ¿Y qué piensa hacer al respecto?

—No sabemos si esa mujer tiene que ver con nada pero debemos encontrarla y, al menos tener ocasión de interrogarla. Para ello, el subinspector es nuestra mejor baza.

El teléfono móvil de Paniagua comenzó a sonar dentro del bolsillo de su chaqueta y el inspector vaciló. Entonces, el Jefe Beltrán agitó su mano condescendiente para indicarle que contestara al tiempo que se alzaba de la silla y se dirigía hacia la puerta.

—No le molesto más. Confío en que haga lo correcto para atrapar a esa mujer. —Dijo—. Pero le advierto que se le está acabando el crédito. A usted y a su unidad.

Antes de que el inspector pudiera replicar, el Jefe Beltrán había salido por la puerta y caminaba por el pasillo hablando por su propio teléfono. Paniagua se levantó y cerró rápidamente la puerta mientras su teléfono seguía sonando. Cuando contestó, sintió al instante que su cuello y sus hombros se tensaban.

Sayd Lakhani había recibido su paquete.

Como Martin había esperado, el apartamento olía a cuero lujoso y a nuevo. Todo estaba en su sitio y nada parecía fuera de lugar; sin embargo, tenía esa atmósfera tan característica de casa de revista que daba la sensación de que todo lo que en ella se encontraba tenía una mera finalidad ornamental y de que nadie vivía allí.

El embajador Lakhani había hallado su sentencia de muerte en su propio despacho. Cómo había conseguido el profesor Al-Azif burlar la estrecha vigilancia de la Guardia Revolucionaria Islámica, era todo un misterio.

A su lado, el inspector Paniagua tenía el rostro sombrío y la frente perlada de gotitas de sudor, se moría por fumar uno de sus Ducados pero tendría que aguantarse. En el monitor de vigilancia, una imagen pixelada en blanco y negro del embajador sacaba un pañuelo de seda del bolsillo frontal de su traje de diseño y se secaba su propio sudor por enésima vez. Mostraba evidentes signos de nerviosismo y no era para menos, se había convertido en el cebo vivo que ayudaría a capturar a una peligrosa alimaña.

Tras las ventanas se estaba cerrando la noche.

Al principio, el embajador Lakhani se había mostrado hosco y poco comunicativo cuando se puso en contacto con el inspector Paniagua para confesarle que había recibido su macabro paquete la noche anterior.

Inmediatamente después, el inspector y Raúl Olcina se habían personado en la embajada para explicarle cuidadosamente los pormenores de la operación e iniciar los preparativos. Según instrucciones del inspector, el diplomático debía librarse de los dos soldados del IRGC que le servían de guardaespaldas, cancelar todas sus reuniones de los próximos días y permanecer en casa todo el tiempo, donde podrían tenerlo bajo vigilancia y controlar todos sus movimientos y los de cualquier posible intruso.

A Arturo Paniagua le había satisfecho saber que la vivienda ocupaba toda la totalidad de un séptimo piso y que los dos únicos puntos de acceso a la vivienda lo componían las escaleras de emergencia, a las cuales solo se podía acceder atravesando el vestíbulo del edificio y que se encontraban tras una puerta blindada, y el ascensor de la finca, previa inserción de una llave privada en la consola de mandos. Ambos puntos estaban perfectamente cubiertos.

Dadas las especiales habilidades del asesino, las primeras horas no habían establecido una vigilancia exhaustiva, tan solo el inspector y Martin encerrados en la habitación del servicio. Después de eso, el subinspector Olcina tenía órdenes de

organizar el resto de la operación. Para evitar levantar sospechas en el profesor Al-Azif, los propios Paniagua y Olcina habían instalado, un par de días atrás, los monitores de vigilancia conectados con las múltiples cámaras y micrófonos ocultos que habían distribuido por el edificio y en el apartamento del embajador. Las imágenes y sonidos recogidos eran también transmitidos a una furgoneta camuflada que se hallaba estacionada a dos manzanas de distancia. Raúl Olcina se hallaba en su interior, junto a una unidad de recios agentes especializados en misiones de alto riesgo y rescate de rehenes equipados con armas automáticas MP-5A5 y el uniforme táctico completo.

Martin y Paniagua observaban el nervioso ir y venir del embajador desde el interior del cuarto del servicio. El cebo, el lazo y los cazadores estaban preparados, ahora solo faltaba que el depredador mordiera el anzuelo y cayera en la trampa.

—¿Cómo pueden estar seguros de que el profesor Al-Azif vendrá a matarme? — Preguntó, doblando el pañuelo y devolviéndolo pulcramente a su lugar en el pecho de su americana—. ¿De que no les ha visto montar todo su tinglado?

—Ya se lo he explicado, embajador. —Respondió pacientemente Martin, a través de la radio—. Todo el equipo y las cámaras fueron instalados el jueves, días antes de que recibiese el paquete por lo que es muy improbable que el asesino inspeccionase este lugar con tanta antelación. Del mismo modo, una vez que la víctima recibe su paquete, la comisión del crimen se produce dentro de las treinta y pico horas siguientes. Es su *modus operandi* y no va a modificarlo a última hora.

—¿La comisión del crimen? —Repitió el embajador asustado—. Lo dice como si estuviera seguro de que me va a matar.

—No se preocupe por eso. Nosotros estamos aquí para impedirlo. Por ello hemos organizado esta operación. —Replicó Martin tranquilizador, mientras revisaba una vez más la diminuta Glock 26 que le había dado el inspector Paniagua, a pesar de contravenir todas las regulaciones posibles. Pero, como había argumentado el propio inspector, Martin era un agente del FBI experimentado en el uso de las armas y, si ellos dos iban a ser los primeros en encararse con el asesino, dos armas siempre resultaban mejor que una, se mirase como se mirase.

—Estoy muy agitado, no sé si podré continuar con esta farsa por mucho más tiempo. —Graznó el diplomático en la radio.

*No bromea*, pensó Martin. La voz del embajador estaba alcanzando un elevado tono preñado de histeria. Martin lanzó una mirada significativa a Paniagua.

—Espero que el profesor aparezca, o no creo que podamos mantener por mucho más tiempo encerrado a ese majadero. —Dijo el inspector—. ¡Menudo espía está hecho!

El ex agente del FBI asintió en silencio, aguzando la vista mientras continuaba escrutando los monitores. Entonces, contuvo el aliento. De improviso, como si hubiera brotado de la nada, emergió en la caja del ascensor una fantasmagórica figura. El material iridiscente de su traje destellaba bajo la luz artificial como si fuera

el traje de luces de un maestro matador y creaba distintas formaciones de color según el ángulo en el que se reflejaba la luz. Por una fracción de segundo, Paniagua y Martin contemplaron extasiados el baile caleidoscópico que bañaba las paredes del ascensor.

—¡Es él! ¡Es Farid Al-Azif! —Murmuró el ex agente del FBI.

—Atención, todo el mundo. —Ladró Paniagua en la radio—. Tenemos al sospechoso en el ascensor. Estén alerta para salir pitando hacia acá, en cuanto yo dé la orden.

—Recibido, jefe. —Contestó Olcina.

—¿Cómo ha conseguido burlar nuestra vigilancia? —Preguntó Martin, estupefacto—. Se supone que tendrían que haberle visto acercarse al edificio y, no te digo, acceder a él.

El inspector Paniagua no contestó, en su rostro se reflejaba cada vez más una mayor preocupación. Entonces, la figura del traje de luces iridiscentes levantó la cabeza y miró directamente a la cámara oculta en el techo de la caja. Y, de pronto, ambos hombres ahogaron un grito cuando contemplaron su cara, incrédulos. ¡Un cegador halo de intensa luz blanca aparecía allí donde debía estar su rostro!

—¿Qué demonios está pasando? —Gruñó Paniagua, atónito—. ¿Se trata de material defectuoso?

—Es listo nuestro profesor. —Respondió, Martin con una tensa sonrisa entre los labios—. Está utilizando algún tipo de dispositivo que proyecta rayos láser para inutilizar el chip de la cámara de vigilancia, como un puntero de esos que se usan en las conferencias.

—¡Entonces, es nuestro hombre! —Exclamó el inspector y luego le habló a su receptor de radio—. Olcina, que se preparen las unidades de los IRGC y bloqueen todas las salidas de este edificio, quiero a este desgraciado atrapado y sin ningún lugar al que huir.

Reflexionó unos instantes.

—Y dícales que estén listos para esperar cualquier cosa, el sospechoso va armado y es extremadamente peligroso. Ya ha matado y no dudará en volver a hacerlo si se le presenta la ocasión.

Durante los siguientes minutos, los dos hombres permanecieron sin decir una sola palabra. Martin estaba sentado al borde de su silla con todos los músculos en tensión. La Glock 26 descansaba sobre la superficie del escritorio donde habían perpetrado los monitores de vigilancia. Necesitaban que el profesor Al-Azif entrase en el apartamento del embajador Lakhani para, como mínimo, poder detenerle por allanamiento de morada. Más adelante, ya le colgarían los casos por asesinato. Y si durante el proceso intentaba asesinar al diplomático, mejor que mejor. Entonces, le tendrían también por tentativa de homicidio y podrían seguir amasando pruebas que le relacionasen con las otras muertes.

En la pantalla apareció la imagen del profesor caminando con paso seguro y

confiado por el pasillo. El apartamento del embajador tenía dos puertas, pero una de ellas estaba condenada y no había sido usada en años. Anteriormente, la planta se había compuesto de dos viviendas separadas pero, como les había explicado el embajador, el propietario actual había echado abajo algunos muros y había reformado todo el espacio hasta convertir los dos apartamentos en un monstruoso ático de súper lujo.

Martin Cordero se acercó más a la pantalla, en su rostro se reflejaba la más absoluta perplejidad.

—Mire su lenguaje corporal, inspector. —Murmuró Martin—. No hay la más mínima vacilación en su caminar. Se mueve con tal confianza en sí mismo que parece como si hubiese recorrido ese mismo pasillo en incontables ocasiones.

—¡No puede ser! Está imaginando cosas para que corroboren esa absurda teoría suya del viaje en el tiempo. —Gruñó el inspector—. Le concedo que el tipo es muy listo. La vestimenta de luces estrambóticas y el láser interfiriendo las cámaras es un buen truco pero nada más que eso.

—En cualquier caso, resulta gratificante pasar a la ofensiva y no estar siempre a merced de las acciones de un monstruo, ¿no le parece?

Arturo Paniagua asintió.

—Espero que este plan suyo funcione, tengo a mucha gente importante pendiente de que obtengamos los resultados esperados y pongamos a este depredador detrás de las rejas. —Dijo el inspector frunciendo el entrecejo.

—Lo haré. Aun así debemos obrar con cautela, todavía no le hemos atrapado y sería un error de suma gravedad pensar lo contrario.

—Relájese, agente Cordero, tengo el edificio acordonado por agentes del IRGC y todas las salidas cubiertas. Si es nuestro hombre, puede considerarlo atrapado. —Añadió Paniagua, quitando importancia a las preocupaciones de Martin con un ademán de su mano.

Martin Cordero se limitó a asentir, a pesar de que estaba muy lejos de sentirse relajado, había tantas cosas que podrían salir mal que notaba una poderosa aprensión instalada en las tripas. El familiar cosquilleo en su ingle le recordó otros tiempos, otros momentos en los que alguien se había sentido tan arrogante como el inspector.

*Otras cagadas.*

Entonces ambos hombres sintieron un estremecimiento cuando vieron que la figura del traje iridiscente utilizaba una llave maestra para forzar la cerradura y se deslizaba en su interior.

—¡Atención todo el mundo! La alimaña está en la madriguera. —Rugió Paniagua en la radio, con un torrente de adrenalina recorriendo todo su cuerpo—. ¡Luz verde! Repito, ¡luz verde! Todas las unidades, procedan a la detención.

Y ambos hombres se abalanzaron sobre la puerta, las pistolas engarfiadas y listas para escupir su letal contenido.

Siete pisos por debajo de donde el inspector Paniagua y Martin Cordero iban a



encontrarse con el profesor Al-Azif y tres minutos más tarde, el subinspector Olcina y la unidad táctica de los IRGC que aguardaban en la furgoneta camuflada irrumpían en el vestíbulo del bloque de apartamentos.

Durante toda la mañana, el subinspector Olcina apenas había podido estarse quieto. Tenía los nervios a flor de piel. Mientras revisaba su equipo se pasaba la mano temblorosa por la cara. Demasiado pensar. Ese era su problema. Eso, y la falta de sueño. No había podido pegar ojo en toda la maldita noche y todo por culpa del puto zumbido que se había adueñado permanentemente de su cabeza. Comprobó una vez más su chaleco antibalas y revisó el cargador de su pistola Smith & Wesson. Todo estaba en orden, como lo había estado también cinco minutos antes. ¿Por qué no podía quitarse de la cabeza a Neme? El inspector había notado su inquietud, aunque se había quedado satisfecho cuando le dijo que se debía al estrés y a los preparativos de la operación para capturar al profesor Al-Azif. Mierda, estaba poco más que jodido. Aquella no era forma de afrontar la operación más importante de su carrera.

Su pulso se aceleró.

Dentro de su cabeza oía un zumbido similar al del viento en el interior de un túnel. Pero lo verdaderamente extraño era que el viento parecía arrastrar palabras consigo. Trataba de concentrarse en lo que había a su alrededor para olvidarse de su cabeza y, entonces, la radio crepitó en el interior del furgón policial. El inspector Paniagua les estaba dando luz verde a la detención.

Los miembros de la unidad IRGC se pusieron inmediatamente en acción y se comportaron con la profesionalidad que les había hecho famosos en el mundo entero como una de las mejores unidades de élite en misiones especiales y cubrieron el amplio vestíbulo en cuestión de segundos.

Ajenos al drama que se iba a desarrollar en el piso superior, dieron la orden de que todo se encontraba despejado y sin peligro al resto de los agentes que aguardaban en la calle, quienes se sumaron a sus compañeros y comenzaron a distribuirse por el lugar.

Un nutrido grupo de cinco agentes se lanzaron escaleras arriba en formación de combate escaneando exhaustivamente con el cañón de sus subfusiles de asalto MP-5A5 cada recoveco y cada descansillo antes de proseguir con su ascensión.

Un segundo grupo, en el que se encontraba el subinspector Olcina, se congregó frente al ascensor e irrumpió en la caja apuntando fieramente en todas direcciones. Uno de los avezados agentes golpeó con el cañón el techo de la caja del ascensor hasta localizar la trampilla de mantenimiento. Con sumo cuidado y ayudándose del cañón de su subfusil, levantó la trampilla para escudriñar por la rendija y asegurarse

de que nadie se escondía en el lugar o de que no hubiese ningún artefacto explosivo dejado allí por Farid Al-Azif. Una vez concluido el examen y satisfecho con el resultado, asintió en silencio con la cabeza, y pulsó el botón que les llevaba a la séptima planta.

El subinspector hizo un rápido gesto con la cabeza y comprobó que el seguro de su Smith & Wesson M&P de nueve milímetros estuviese quitado y cargó una bala en la recámara. La M&P era una pistola automática compacta que parecía un juguete al lado de los subfusiles Heckler & Koch MP5A5, con fuego en ráfaga corta de tres disparos y culata plegable, de los agentes de la unidad IRGC, pero lo cierto era que su munición Parabellum de punta semiblindada resultaba tan letal como la de los propios MP5A5.

Entonces algo le hizo detenerse en seco.

*Mátala. Castiga a la zorra.*

Raúl Olcina hubiera jurado que había escuchado una voz. La voz de una mujer a la que conocía muy bien y con la que había esperado consolidar un relación sentimental más seria que un puñado de citas esporádicas. Pero aquello era del todo imposible. Neme no estaba con él en ese ascensor, ni siquiera en el mismo maldito edificio. Miró a su alrededor y solo vio los robustos cuerpos de los agentes del Grupo Especial de Operaciones, sus rostros adustos semiocultos por pasamontañas de color oscuro, las manos tensas aferrando los subfusiles y una especie de aureola negra como el humo que brotaba de la chimenea de un crematorio, flotando por encima de sus cabezas como una miasma. Ni rastro de Neme y no es que tampoco esperase que fuera a estar allí dentro. Se llevó la mano al auricular que llevaba oculto en la oreja.

—¿Nervioso? —El jefe de la unidad IRGC había captado su malestar y le miraba con curiosidad casi burlona—. Quédese detrás nuestro y todo saldrá bien. Se lo aseguro.

—No se preocupe por mí, joder. Estoy de puta madre. —Pestañeó fuertemente repetidas veces y sacudió la cabeza para despejarse. El otro se encogió de hombros y volvió a centrar la vista en la puerta del ascensor.

Entonces, llegaron a la última planta.

A su derecha se veía un enorme ventanal que daba a la calle. Los edificios de enfrente estaban empezando a animarse, sus moradores regresaban de sus trabajos o se preparaban para salir de jarana nocturna y muchas ventanas estaban iluminadas. A su izquierda, observó el pasillo que conducía a las dos únicas puertas de la planta y se estremeció. Entrar por la fuerza en la casa de un sospechoso para capturarlo por sorpresa siempre le ponía los pelos de punta. No le extrañaba que los miembros de la unidad IRGC llevaran el rostro cubierto, seguro que a ninguno de ellos les hacía ninguna gracia que sus compañeros vieran el nerviosismo que sentían dibujado en sus caras. Resultaba difícil poner gesto de tipo duro cuando sabías que detrás de la puerta que estabas a punto de echar abajo se escondía el responsable de al menos media docena de muertes. Claro que podría ser peor, podrías estar en el papel del

diplomático iraní y ser el cebo para capturar a un depredador. Se preguntó cómo lo estaría llevando el embajador Sayd Lakhani.

Avanzaron rápidamente y en silencio por el pasillo hasta situarse enfrente de la puerta. Tras ellos, un leve sonido metálico brotó de la puerta que quedaba a sus espaldas. La segunda unidad IRGC acababa de llegar. Con un gesto, el agente que abría el grupo indicó que todo estaba despejado en las escaleras y, por tanto, estaban listos para derribar la puerta. Todos se giraron en dirección al subinspector y le miraron con atención. Ahora solo había esperar a que el inspector Paniagua y Martín Cordero diesen la orden y el profesor Al-Azif caería en sus manos.

*Mátala. Mátala. Es una amenaza. Mátala. Mátala.*

¡Dios Santo! Ahí estaba la voz otra vez. Y ahora estaba seguro de que era la voz de Neme... Tenía que venir del comunicador pero sonaba como un susurro en su cabeza. Pensó en la mulata, en su piel tersa y sus labios carnosos abriéndose para él. El deseo de estar con ella fue tan poderoso que casi se dio la vuelta y regresó corriendo al ascensor. Olcina apretó los párpados con fuerza y luchó contra la tentación. Volvió a repetirse que todo ello era consecuencia de estar sufriendo una especie de reacción retardada por el golpe en la cabeza que había sufrido durante su enfrentamiento con El Ángel Exterminador. Pero, en esta ocasión, no se creyó a sí mismo. Sentía húmedas las palmas de las manos y se las restregó en la pernera del pantalón, cambiando de mano la pistola durante la operación. El gesto no pasó desapercibido a los duros agentes de la unidad IRGC que intercambiaron miradas. *¡A la mierda con ellos!*, pensó, *¡Que se jodan!* Se sentía humillado. Su único consuelo estaba en pensar que todo terminaría muy pronto y que el profesor Al-Azif no escaparía esta vez.

La penumbra de la noche se apoderaba del pasillo y con ella la miasma que flotaba por encima de las cabezas de los agentes se hizo más evidente. Era como si emanase de los poros de cada uno de ellos y tuviese luz propia, una extraña y sobrenatural luz oscura como nunca había visto con anterioridad. Raúl Olcina se preguntó cómo sería posible que la oscuridad emitiese algún tipo de luz y no obtuvo respuesta. Hasta dónde él sabía, la oscuridad era precisamente lo contrario a la luz, en ella no había manera de que la luz subsistiese, porque era absorbida tan pronto se producía y, sin embargo, allí estaba esa aureola de luz oscura que se suspendía a un palmo del techo. Negándose a mirar aquel espectáculo un segundo más, levantó el *walkie-talkie* a la altura de sus labios muy despacio, con cautela, y susurró:

—¿Jefe...?

No hubo respuesta.

Y Olcina volvió a pensar en Neme, en sus pechos firmes, en la tersura de sus músculos al bailar y deseó poseerla. Notó cómo se le tensaba la tela de los pantalones a la altura de la entrepierna y se ruborizó. Dando gracias al cielo por la poca luz que había en el pasillo, se preguntó qué demonios le estaba pasando.

Y entonces, el *walkie-talkie* que llevaba en la mano crujió y la voz del inspector

Paniagua lo inundó todo haciéndole recobrar el sentido.

—¡Lo tenemos!

Cuando el inspector Paniagua y Martin Cordero irrumpieron en el salón, el profesor Al-Azif estaba plantado en medio de la habitación, con una pistola en la mano derecha que apuntaba con mano firme directamente a la cabeza del embajador. Su mano izquierda había desaparecido, sustituida por una prótesis de silicona del color de la carne. Cuando les vio entrar por la puerta, abrió la boca para decir algo pero su cara se crispó cuando reconoció lo que estaba pasando.

—¿Cómo lo han descubierto? —Preguntó cambiando la crispación por un cierto aire casual, como si hubiera estado esperándoles. Hablaba con un español lento, cargado de acento, pero cultivado.

El inspector Paniagua le respondió con un sonoro juramento y Martin completó la respuesta elevando el cañón de su Glock, apuntando al profesor.

—Por favor, no cometa ninguna torpeza. Puede que me falte una mano pero le aseguro que mi puntería no tiene desperdicio.

Martin se detuvo de inmediato y elevó los dos brazos hacia el techo de la habitación, dejando de apuntar al profesor.

—Eso está mejor. —Dijo el profesor—. He hecho cosas terribles, imperdonables, no voy a insultar su inteligencia tratando de justificarlas. Pero quizás sea necesario que entiendan el porqué.

Martin se maravilló de percibir un sombrío aire de remordimiento flotando en las palabras del profesor iraní.

—No tenemos que entender nada, mamarracho. —Rebatió el inspector con dureza, que continuaba cubriendo al profesor con su propia pistola automática—. Usted tiene que arrojar ese arma y entregarse.

—Todo a su debido momento. —Replicó el profesor Al-Azif, dirigiéndose a Paniagua—. ¡Tiren sus armas y hablaremos!

Con una mirada significativa entre ambos, el inspector Paniagua y Martin dejaron sus armas cuidadosamente sobre el lujoso suelo de madera. Entonces, el profesor Al-Azif desvió el cañón de su pistola y lo fijó sobre el pecho de Martin Cordero.

—¿Qué saben sobre mí? —Pregunto como si tal cosa.

Ahora le tocó el turno a Martin de hablar, quien comenzaba a sentir náuseas ante la mera visión del cañón oscuro de la automática apuntando como si tal cosa en su dirección.

—Sabemos quién es profesor, y sabemos que hubo una serie de asesinatos

similares ocurridos en Teherán, el pasado año. Todos las víctimas eran científicos relacionados con un experimento secreto llevado a cabo en las instalaciones del SESAME en Jordania y que fueron retenidos por el coronel Golshiri bajo las órdenes del embajador Lakhani, aquí presente. Usted formó parte de ese grupo de científicos retenidos.

El profesor Al-Azif, asintió, con un rictus de odio asomando en la comisura de sus labios.

—Una vez descubierta la implicación del coronel y del embajador dedujimos que uno de esos científicos quería vengarse de ellos y, por tanto, que se trataba del asesino. —Continuó explicando Martin—. Su nombre salió a relucir en las investigaciones pero todo era muy vago, y los informes sobre el caso destruidos, presumiblemente por Golshiri o Lakhani.

—Todos ellos se lo merecieron. —Añadió, con sequedad, haciendo un gesto de desdén con la prótesis—. Tenían que pagar por lo que hicieron.

Empujó con el cañón de la pistola la sien del embajador y este soltó un gemido lastimero. El profesor tenía la cara gris y demacrada, la tez de su rostro contrastaba con el traje de aspecto extraño que vestía. Un traje de un tejido que Martin no lograba distinguir y que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. Si no hubiera sido por la ominosa pistola, incluso hubiera podido sonreír divertido ante el espectáculo que ofrecía el científico iraní vestido de tal guisa. El profesor Al-Azif se sentó en el borde de una silla, pero sin dejar de oscilar la pistola de la cabeza del embajador Lakhani hacia ellos.

—Puedo entender que quisiera vengarse del coronel y de Sayd Lakhani, ellos fueran los responsables de lo que sucedió, pero por qué matar al profesor Mesbahi y a la doctora... —Martin se detuvo en cuanto cayó en la cuenta—. Oh, ambos le ayudaron durante su experimento pero de algún modo le traicionaron y usted les considera en parte responsables de lo que le sucedió, ¿no es así?

Una extraña expresión se apoderó del rostro del profesor, como si recordara una parte de sí mismo que no reconociera y que le desagradaba profundamente.

—Algo así.

El momento de indecisión pasó y en su cara ahora solo había ira y asco.

—Cuando llegó el momento, prefirieron salvar su propio pellejo. Lo que les hice fue algo inhumano pero merecido.

—Lo que sea con tal de que le ayudé a pasar las noches. —Le interrumpió el inspector, enfurecido—. ¡Les amputó la mano en vida, por el amor de Dios!

—Lo admito, fue malvado...

—¿Malvado? ¡Está usted como para que lo encierren! —Exclamó Paniagua.

—¡Basta de todo esto! —Rugió el profesor—. No queda mucho tiempo y debo tratar de explicarme, hacer que lo comprendan.

Se detuvo unos instantes, el brillo de sus ojos ya apagado, dando paso a una lucidez de frialdad pasmosa. La claridad de la locura que se adueñaba de aquel

hombre.

—Todo fue culpa mía. Una estupidez. Cuando mis primeros estudios sobre física cuántica prosperaron me vanaglorié de mi éxito y permití que el falso orgullo condujese mis acciones y finalmente atrajera la atención de ciertos representantes de mi gobierno. Al principio, solo fueron subvenciones y apoyos estratégicos, alianzas dentro de la comunidad científica de Irán, que fueron fortaleciéndome y situando mis trabajos en una posición cada vez más relevante en el Ministerio de Ciencia, Investigación y Tecnología. Finalmente, cuando mis trabajos comenzaron a dar sus frutos, aparecieron ellos.

—¿Quiénes son ellos, profesor? —Preguntó Martin, aunque ya sabía la respuesta.

—El *VEVAK*, *Vezerat-e Ettela'at va Amniyat-e Keshvar*. El Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional. —El profesor pareció encogerse sobre sí mismo al recordar el nombre, para luego mostrar el fuego incandescente bailoteando de nuevo en el fondo de sus ojos—. ¡El coronel Sadeq Golshiri!

—No tiene sentido. ¿Qué podría querer la Inteligencia iraní o la Guardia Revolucionaria Islámica con unos estudios sobre física cuántica?

—Ellos vieron en mi trabajo una manera de aumentar su poder, de extender su reinado de terror.

—Pero ¿cómo? ¿De qué manera se podrían aprovechar de su trabajo? —Martin Cordero meneaba la cabeza, poco convencido.

—¿Qué saben sobre la física cuántica y las teorías espacio-temporales? —Preguntó el profesor—. Cuando, por primera vez, Einstein situó en un eje cuatridimensional al espacio y al tiempo, aventuró que lo mismo que existía puntos en el espacio, existían puntos en el tiempo y, de igual manera, que podíamos dirigirnos hacia cualquier punto espacial podíamos hacerlo en el tiempo. Pasado, presente y futuro eran una misma cosa, existían realmente, como si hubieran sido grabados eternamente en un almanaque de piedra infinito. La línea temporal.

Hizo una pausa con los ojos encendidos por la pasión.

—Lo que no podía saber Einstein era que dicha línea temporal podía ser accedida desde nuestro cerebro. El cerebro humano no es tan solo el almacén del conocimiento o el procurador del razonamiento en el ser humano. Nuestros recuerdos, nuestra memoria..., sobre todo la memoria..., son tan importantes como el conocimiento y la facultad de razonar. Mis estudios demostraron tal cosa, mi trabajo dio luz a una nueva interpretación de la línea del tiempo.

—Todo eso está muy bien pero me suena a chino. —Replicó Martin que no terminaba de ver a dónde quería ir a parar el profesor Al-Azif—. Por lo que yo sé, las ciencias cuánticas nada tienen que ver con la línea temporal. Solo estudian la manera en la que se comporta la materia a un nivel subatómico. No veo cómo encaja el tiempo en todo eso, ni por qué puede interesarle a una organización como el *VEVAK*.

—¡Usted no entiende nada! Es como todos ellos. —Gritó el profesor, que parecía fuera de sí—. ¡Todo tiene su importancia! ¡Todo es relevante!



Farid Al-Azif enfatizó cada una de sus palabras con un brusco oscilamiento de su pistola que encogió el estómago del inspector Paniagua. Ante sus ojos, el asesino estaba perdiendo el control y sentía el bulto de su pistola de reserva tirándole de la cintura de sus pantalones, pero refrenó el impulso de echar mano a su espalda y desenfundarla. En su auricular, el subinspector Olcina le informaba de que el equipo de asalto de los IRGC estaba en posición.

Ajeno a todo esto, el profesor continuó con su explicación.

—El 23 de septiembre de 2011 un grupo de científicos suizos detectaron que unas partículas de neutrinos habían viajado entre los laboratorios del IRGC de Suiza e Italia desplazándose por encima de la velocidad de la luz. ¡Una fracción de segundo más rápido! El experimento conocido como Ópera demostró que se podía viajar por debajo del límite de lo que se suponía era la velocidad del cosmos. Por sí solo este experimento significó un extraordinario desafío a las leyes físicas como las conocemos. Nunca antes la afirmación de Einstein de que el tiempo era elástico cobró mayor significado y, al mismo tiempo, fue considerada obsoleta. ¡Se había viajado en el tiempo! Y no estoy hablando de ese mito que decía que los pasajeros que volaban ida y vuelta de Nueva York a Madrid, regresaban a la ciudad norteamericana con una billonésima fracción de segundo antes que los madrileños. Estoy hablando de algo real, un dato científico, debidamente medido y documentado.

El profesor Al-Azif hablaba con voz cada vez más rápida, acalorado por pasión que sentía hacia la física, gruesas gotas de sudor corrían libremente por su rostro mientras no paraba de jugar obsesivamente con la pistola que empuñaba. Martin estaba mesmerizado por la transformación que había experimentado el hombre, de ratón de laboratorio a algo más, una fuerza extraordinaria que emanaba de cada uno de sus gestos, como si encontrase el combustible perfecto en sus palabras.

—Entonces, el viaje en el tiempo era posible. No solo posible, ya se había producido. Sin embargo, estábamos mirando en el lugar equivocado.

La cabeza de Martin comenzó a dar vueltas en espiral. ¿De qué estaba hablando el profesor? ¿Sería posible? ¿Viajar en el tiempo? Aquello lo explicaba todo y al mismo tiempo, resultaba totalmente imposible... *Aterrorador*. ¿Qué había escrito Arthur Conan Doyle? Aquella famosa frase del personaje Sherlock Holmes. Cuando ya se ha descartado todo, lo que queda, aún lo más inverosímil, solo puede ser la verdad. Por improbable que resultase esa solución, Martin tenía que reconocer que había en ella una lógica siniestra. Después de todo, todas las víctimas eran científicos que habían tenido de algún modo acceso a los estudios del profesor. Pero, aún quedaba la incógnita del motivo.

—Hasta ahora se pensaba que la velocidad del pensamiento podía ser medida teniendo en cuenta la velocidad del impulso nervioso. —Continuó el profesor, enardecido por la conmoción que habían ocasionado sus explicaciones—. Es decir, la velocidad con la que el cerebro le envía una orden a la mano para que se retire antes de ser quemada por un fuego encendido. ¿Me comprenden? Se pensaba que el

pensamiento estaba relacionado con los impulsos nerviosos que lo generaban. Pero a través de mi teoría descubrí que lo que todo el mundo conoce como la memoria es algo más que simples respuestas químicas del cerebro, que existe realmente una... ¿cómo decirlo?... una senda temporal a la que el cerebro puede acceder en cualquier momento y recorrerla físicamente. ¿Entienden lo que les estoy diciendo?

—Profesor... —Quiso interrumpir Martin, necesitaba que el iraní se tomase un respiro. El mismo necesitaba un respiro y ordenar sus ideas. Tenía el rostro lívido por las implicaciones de lo que el profesor estaba relatando.

—¡No, no lo entiende! Les estoy explicando el por qué hice lo que hice. —Gritó enloquecido el profesor Al-Azif—. En 1996, los profesores Ferdinand Binkofski y Richard A. Block presentaron el caso de un paciente, a quien llamaron BW, que experimentaba el tiempo de manera diferente al resto de las personas. Lo veía todo moverse mucho más deprisa y cuando se le pidió que contase hasta sesenta como si lo hiciese contando segundos, tardó en hacerlo casi cinco veces más. Binkofski y Block lo achacaron a problemas neuropsicológicos típicos de una lesión en el lóbulo frontal izquierdo, pero a mí me hizo pensar. ¿Y si realmente BW viviese el tiempo más despacio que el resto? ¿Significaría eso que habría diferentes formas de vivir el tiempo?

Hizo una pausa y el inspector Paniagua deslizó un poquito más la mano hacia su segunda pistola. Arrodillado, a los pies del asesino, el embajador Lakhani gimió débilmente y se ganó con ello que el profesor Al-Azif volviese a dirigir el cañón de su pistola en dirección a su cabeza y le golpease ligeramente con él.

—Ahora bien, si hay diferentes formas de vivir el tiempo, ¿existiría alguna manera de navegar entre ellas? Piensen en una pila de lonchas de queso suizo y sus agujeros, cada loncha representaría un día en el futuro, veinticuatro horas hacia adelante, si centramos nuestra atención en los agujeros notaremos que habrá alguno que permita ver la siguiente loncha de queso y, dejarnos avanzar un día. Un diferente agujero, quizás nos permita mirar lo que sucederá tres niveles más arriba, esto significaría mirar en el tiempo tres días en adelante. ¿Me siguen hasta ahora?

Ambos hombres guardaron silencio. En la cabeza de Martin Cordero todo empezaba a cobrar sentido, lentamente. Un demencial e imposible sentido, pero sentido después de todo.

Los ojos del profesor Al-Azif brillaban con un fulgor especial, húmedos por las lágrimas y la locura que desprendían, no dejaban de mirar incansables, de un lado para el otro, sin quedarse nunca fijos en un mismo punto más que unos segundos.

—Entonces, también sería razonable que, dado que podemos mirar adelante en el tiempo, quizás también podamos influir en lo que nos aguarda.

—¿Lo que nos aguarda? —Repitió el inspector con incredulidad. Acababa de llegar a la misma conclusión de Martin y tenía los ojos abiertos como platos. En su interior, comenzó a librarse una batalla entre el descreimiento y la duda de que todo aquel galimatías pudiese ser cierto. Lo malo era que esa misma brega dio paso a la

irritación que sentía simplemente por plantearla.

—Exactamente.

—¿En el futuro? —Insistió, Arturo Paniagua. La ira invadiendo poco a poco el fondo de sus ojos y elevando el color de su rostro.

—Eso es. Mis trabajos demostraron que se podía influir en el futuro viajando hacia delante con el motor de nuestra mente. —Explicó el profesor—. ¡La memoria, entendida como un conjunto de recuerdos, está obsoleta! También existe una memoria futura a la que podemos acceder. ¡Y yo tenía la llave que podía abrir esa puerta al mundo entero!

—¿Cómo? ¿Voy y me imagino un futuro en el que no haya crímenes en las calles y ya está? —Gritó, a su vez, el inspector incapaz de contener su irritación un segundo más.

—¡No sea estúpido! Sencillamente encontré una manera de mejorar el diseño de nuestro cerebro a nivel celular. Verán, es un mito eso de que un ser humano normal usa únicamente el diez por ciento de su cerebro. Es una sandez deducida por un grupo de neurólogos en el siglo XIX y lamentablemente extendida por charlatanes pseudocientíficos y escritores de ciencia ficción con poca imaginación o mal informados. Yo demostré que cualquier ser humano usa habitualmente el cien por cien de su cerebro y fui más allá, conseguí hacerlo más poderoso. Expandir la materia gris hasta hacerla capaz de crear nuevas conexiones, nuevas vías neuronales que nunca antes se habían producido. Mejores sinapsis que jamás frenaran el proceso de pensamiento sino que lo impulsaran hasta límites insospechados.

—¿Qué es lo que hizo, profesor Al-Aziz?

—¿Han oído hablar de la psilocibina? —Preguntó el profesor.

Martin asintió.

—Es una sustancia psicotrópica natural muy poderosa usada por muchos practicantes de la trascendencia. —Respondió.

—Exactamente. Descubrí que mezclada con IRGC podía expandir la mente hasta cotas insospechables y precisamente una de esas cotas permitía al ser humano vislumbrar el torrente temporal, una especie de línea del tiempo comprensible tan solo en términos memoriales.

—Pero, una cosa es poder ver el futuro y otra, bien distinta, es modificarlo. ¿Cómo consigue alterarlo?

—El torrente temporal no funciona de un modo lineal como se venía creyendo sino como una vasta colectividad de energía que puede ser modelada para crear un futuro accesible a discreción. El fluido temporal, lo llamé. Y para poder transformar dicho fluido recurrí a la nanotecnología.

—¿Nanotecnología?

El profesor Al-Aziz asintió orgulloso, parecía haberse olvidado de todo cuanto le rodeaba excepto de su propia voz razonando.

—Cualquier evento, cualquier acción, grande o pequeña tiene su espacio en el

torrente temporal y nuestra mente, con la motivación adecuada puede aislar esos momentos específicos y visualizarlos como si los estuviésemos viendo con nuestros propios ojos. En física cuántica la realidad no es sino la interpretación que hace nuestro cerebro de aquello que perciben nuestros ojos.

—¿Nos está diciendo que si el cerebro lo percibe, simplemente existe?

—¡No lo entiende! Nada es tan sencillo, ni tan complejo. —El profesor volvió a enfurecerse.

Martin levantó las palmas de las manos, incapaz de pronunciar palabra, en un gesto tranquilizador. A su lado, el inspector Paniagua permanecía con la boca abierta y el embajador Lakhani parecía una frágil estatua de arena a punto de desmoronarse con el roce del agua. Ambos contenían la respiración, abrumados por las explicaciones de ciencia ficción del científico asesino.

—Sin embargo, el cóctel de IRGC y psilocibina no fue suficiente, necesitaba algo más. Algo más... potente. —Continuó explicando el profesor, cuando se hubo calmado—. Algo como los propulsores del transbordador espacial, sin ellos, la pesada mole de cerámica y metal sería incapaz de sobrepasar la atmósfera. Y aquí es cuando entró en juego el profesor Massoud Jassim y sus estudios sobre biotecnología y nanotecnología. Esas maravillosas máquinas fueron capaces de convertir mi cerebro en un moldeador del fluido temporal. Samira Farhadi lo hizo posible...

Martin dejó escapar un ronco jadeo, el profesor Massoud Jassim había sido una de las víctimas de Teherán y la doctora Farhadi... Entonces, impresionado, se quedó repentinamente sin aire cuando su mente se vio inundada por la comprensión.

—¡Dios mío! ¿Está diciendo que se inyectó nanopartículas en el cerebro?

El profesor asintió con una sonrisa torva.

—Yo prefiero llamarlos nanobots. Asombrosas piezas de ingeniería con su propia misión inscrita en su código base. Su ADN digital, si lo prefieren. Los nanobots hicieron posible, a un nivel cuántico, que me transportase virtualmente al futuro. Era tan sencillo como dar un paso adelante.

Martin resistió el impulso de llevarse las manos a las sienes para palpar con sus yemas en busca de cualquier indicio de diabólicas nanopartículas trabajando sin descanso en el interior de su cráneo.

—¡Pero entonces ese condenado Massoud Jassim, Alá se lleve su alma, me traicionó! —El profesor fijó la mirada en el embajador y como si recordase de repente por qué se encontraba en aquella habitación, le golpeó la nuca con el cañón de la pistola. Al cabo de un rato, prosiguió—: Durante los experimentos que realizamos en el SESAME, el éxito fue sorprendente y los nanobots que habían diseñado el profesor Jassim y la doctora Mesbahi funcionaron a la perfección. Entonces utilizamos una tecnología similar para construir un traje especial cuya materia se pudiese modificar a nivel molecular y me permitiese cruzar el umbral espacio temporal.

Hizo un gesto levantando ambos brazos y ladeando su cuerpo de un lado al otro

como si fuese un modelo que estuviese mostrando la última creación de Giorgio Armani.

—¡Lo habíamos logrado! El primer experimento fue grandioso y pudimos avanzar en el tiempo unos pocos minutos. ¡Estábamos epatados por la emoción! Entonces apareció el coronel Golshiri y nos detuvo a todos. Nos llevaron a una instalación secreta dentro de la prisión de Evin y nos interrogaron sin descanso. ¡Massoud Jassim les había informado de todo!

Por unos instantes, el dedo del profesor Al-Azif aumentó ligeramente la presión sobre el gatillo de su pistola Makarov pero luego se relajó. El profesor apretaba con tanta fuerza el cañón contra la cabeza de Sayd Lakhani que Martin podía ver la marca cárdena que dejaba sobre la piel.

—El coronel Golshiri me explicó que el VEVAK, en connivencia con el IRGC, querían utilizar mi proyecto para fines militares pero me negué. Al principio, se limitó a interrogarme, quería saber el alcance de lo que habíamos descubierto, su potencial como arma, pero ante mi obstinación a colaborar comenzaron las torturas. ¡No podía soportarlo! Por las noches, escuchaba los gritos angustiados de mis colegas científicos y durante el día me tocaba el turno a mí.

Martin asintió con la cabeza. Por el rabillo del ojo percibió como el inspector Paniagua había aferrado la culata de la pistola que llevaba oculta a su espalda.

—Lo sabemos. —Dijo para mantener la atención del profesor sobre él. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral cuando el cañón de la pistola se desvió de la cabeza del embajador y ahora apuntaba en su dirección.

—Las torturas continuaron, el tiempo pasaba y un nuevo jugador entró en escena. Sayd Lakhani, responsable de la Oficina de Seguridad del VEVAK. Lakhani era peor que Golshiri, más despiadado, y lo primero que hizo fue esto. —Levantó el brazo izquierdo y mostró su mano protésica—. Cada mañana me mostraba mi propia mano mutilada en un sucio envase de comida antes de iniciar de nuevo las torturas. Entonces, algunos de los científicos comenzaron a doblegarse. ¡Me traicionaron vendiéndose a Golshiri y Lakhani! Sahid Behesthi, una eminencia en física cuántica fue el primero en morir, después fueron los demás. ¡Todos aquellos que se ofrecieron a colaborar! Saeed, Samira, estaban entre ese grupo. Y luego..., luego...

El profesor no pudo terminar la frase. Antes de que pudiera girar su arma y reaccionar, el inspector Paniagua se le echó encima y le propinó dos puñetazos brutales en la cara. Martin pudo escuchar el enfermizo chasquido de su nariz al partirse y un géiser de sangre y mocos manchó el estrambótico traje que vestía. El inspector sacó la mano de debajo de su chaqueta deportiva y extrajo su pistola auxiliar mientras el profesor Al-Azif aturdido por los golpes trataba de levantarse.

—¡Condenado loco, no se mueva! Todo ha terminado.

Y hablando por el micrófono que llevaba prendido en el interior de la solapa, dijo con voz triunfal:

—¡Lo tenemos!

La mujer observaba a los agentes de policía mientras hacían el arresto, estaba inmersa en un nutrido grupo de curiosos que se habían congregado en los alrededores. No le había costado demasiado deducir que se trataba del asesino de los científicos de la cumbre iraní. Cuando vio aparecer por la puerta al subinspector tuvo mucho cuidado de que el pañuelo que llevaba sobre la cabeza tapase por completo su pelo ondulado y de subirse las enormes gafas negras en el puente de la nariz. Naturalmente, el único que conocía su cara era el subinspector pero no podía estar segura de que la hubiese reconocido, pues estaba teniendo mucho cuidado. No era momento de arriesgarse. Sabía que la Policía Nacional solía apostar agentes de paisano entre los mirones de un escenario del crimen en busca de testigos e incluso sospechosos que regresaban al lugar de los hechos porque eran idiotas o porque perseguían la emoción de sentirse los protagonistas de tanto trajín. Pero claro, ella no tenía nada que ver con el despliegue policial que estaba observando, así que se dijo que no tenía nada que temer. El problema estaba en que ella todavía tenía asuntos que resolver con el subinspector si quería deshacerse de la zorra ecuatoriana y para poder ejercer su influencia necesitaba encontrarse cerca de él.

Así que, oculta tras los cristales tintados de sus gafas, espío a Raúl Olcina mientras escoltaba al detenido camino de un coche patrulla flanqueado por dos enormes agentes de los IRGC. Sujetaba al sospechoso por las esposas y caminaba con paso firme, aunque le pareció que un poco renqueante. Decidida a terminar con aquello de una vez por todas, probó su suerte y marcó el número de móvil del subinspector, fingiendo ser una mirona más que llamaba a una amiga para fardar del espectáculo que estaba observando.

El subinspector se detuvo en seco y extrajo su teléfono del interior de la chaqueta vaquera que vestía, mientras que con una seña indicaba a los hombres del Grupo Especial de Operaciones que continuasen el resto del camino sin él.

—Hola Raúl, ¿me has echado de menos? —Susurró al auricular. Desde la distancia pudo ver como el hombre se paralizaba y hubiese jurado que su rostro perdía el color de repente.

—¿Quién habla? —Preguntó él, precipitadamente. Verle desde su lado de la calle y escucharlo por el teléfono, tan cercano, confería a la escena un toque casi cinematográfico, como una película de detectives que tuviese la banda de sonido muy alta.

—Hum... ¿de verdad que no sabes quién soy? —Dijo un poco coqueta, jugando con él—. Eso me duele un pelín, ¿lo sabes, no?

—¿Neme? ¿Dónde estás, necesito hablar contigo?

La mujer vio a Olcina tratar de recobrase rápidamente y alzar la cabeza para mirar a su alrededor como si hubiese adivinado que estuviese tan próxima. Casi se le escapó una carcajada de júbilo. ¡Resultaba tan sencillo manipularlos! Entonces, un movimiento a su izquierda la puso en alerta, haciéndola sentir un hormigueo de inquietud. Giró la vista y vio a un hombre vestido con ropa deportiva que la estaba mirando. Pestañeó con rapidez y observó al desconocido atentamente, a pesar de que parecía un tipo inofensivo: uno de tantos desempleados que se pasaba el día en la calle bebiendo cerveza en compañía de sus amigos, mientras vivía a costa de sus padres o de su mujer. Un vecino cualquiera. Desvió su mirada y volvió a centrarla en el subinspector. Raúl Olcina estaba levantando la mano para llamar la atención de un enorme policía que parecía el vivo retrato del actor norteamericano John Wayne. Inmediatamente, la mujer supo que se trataba del inspector Paniagua, el jefe del subinspector. ¿Por qué le había llamado? Aquel gesto la intrigaba.

—No importa ahora dónde estoy. —Dijo alejando de sí esos pensamientos por un segundo—. Yo también necesito hablar contigo. Hay algo que quiero que hagas por mí. ¿Querrás hacerlo?

Él pareció dudar, confundido.

—Sí, claro. Lo que quieras.

El inspector Paniagua estaba ya a su altura y vio a Olcina decirle algo que no pudo distinguir porque había tapado el micrófono con la mano. ¿Qué significaba aquello? Una luz de alarma se encendió en su cabeza. ¿Estarían sobre su pista? ¿Habrían descubierto su relación con Samuel Zafra? Pero ¿cómo era posible? Entonces, algo más llamó su atención. El hombre de la ropa deportiva se había acercado a ella y continuaba mirándola con intensidad. No es que no estuviese acostumbrada a crear esa impresión entre los hombres, sobre todo los que tenían el alma oscura e impura y que siempre deseaban hacerla cosas sucias, pero aquel acercamiento no dejaba de parecerle extraño.

Olcina pareció sentir su vacilación.

—¿Qué ocurre, Neme? ¿Estás bien? —Preguntó al teléfono. Ella comenzó a alejarse del hombre del chándal, sin correr pero si detenerse a causa del resto de curiosos, lo que ocasionó que alguno se llevará algún que otro empujón y ella más de un florido juramento.

—No pasa nada, Raúl. Estoy bien. ¿Qué te parece si nos vemos en la academia esta noche? ¿Hacia la hora de cierre te viene bien?

—Sí, claro. Por mí perfecto. —Contestó él.

Ante ella se abría la calle despejada, dejó a su espalda el resto de mirones y no pudo reprimir el impulso de echar un vistazo por encima del hombro para ver dónde se encontraba el hombre que la había seguido. No vio nada. El extraño había

desaparecido. Inquieta aún por el suceso inspeccionó los alrededores con la mirada. Nadie le prestaba la más mínima atención, así que se relajó pensando que seguramente estaba comenzando a imaginar cosas. Se despidió de Raúl Olcina y guardó su teléfono móvil.

Su cabeza bullía de preguntas. ¿Qué es lo que había sucedido entre Olcina y el inspector? ¿De qué habrían hablado? Mientras caminaba seguía reflexionando sobre el asunto y cada vez se convencía más de que algo no iba bien. ¿La habrían descubierto? Quizás ese agente del FBI del que habló Raúl les había ayudado con el caso de Samuel y había hecho la conexión. La mujer ya había tenido un encuentro anterior con otros agentes del FBI en Ciudad Juárez y había estado a punto de ser interrogada. Los norteamericanos eran tipos muy listos a la hora de atrapar criminales, tenían sus bases de datos, su tecnología y el personal experimentado para hacerlo.

Tenía ganas de llorar y de gritar. Caminaba con la cabeza baja; aunque se había quitado las gafas oscuras, mantenía el pañuelo de la cabeza, y fingía que estaba disfrutando de su paseo. A su alrededor, a pesar de su desasosiego, podía ver a los hombres impíos cometiendo sus maldades, sus habituales transacciones diabólicas. No podía desconectarlos completamente de su cabeza. ¡Les odiaba a todos! Pensó en lo grato que sería poder castigarlos en ese momento y en lo mucho que disfrutaría haciéndolo. Pero no podía desviarse de su misión, Alba Torres podía hacerle mucho daño si hablase con la policía, ella era la única que la había visto con Samuel, y tenía que detenerla a toda costa.

Entonces, le asaltó una idea espantosa. ¿Y si ya lo hubiese hecho? ¿Y si hubiese sido esa mugrosa quién les hubiera puesto sobre su pista? Trató de concentrarse, de pensar en los datos que poseía, en las deducciones que podía hacer. Pero no obtuvo respuestas, solo más preguntas y una única conclusión.

*No te pongas histérica, se dijo.*

No podía correr más riesgos, tenía que dar por descontado que la policía sabía de su existencia y de que la estarían esperando. Una sonrisa siniestra afloró a sus labios. Bien, pues sería ella quien les tendería su trampa. Nunca sabrían lo que se les venía encima. Ya buscaría la manera de acallar a Alba Torres.

Siempre lo hacía.



El día después de la detención del profesor Farid Al-Azif fue una verdadera locura en cuanto a los medios de comunicación se refiere. Mucho más incluso que el revuelo que se había montado tras la detención de El Ángel Exterminador. El inspector Paniagua se había acercado a la central por la mañana para encontrarse las inmediaciones del complejo policial de Canillas tomado al asalto por una cola de vehículos con los logotipos de todas las cadenas de radio y televisión que conocía e incluso algunas de las que nunca había oído hablar.

El inspector comenzó a maldecir por lo bajo cuando los primeros operarios con sus cámaras al hombro se cerraron sobre el taxi en el que viajaba esperando sacarle una buena instantánea a quien fuera que iba dentro. Algunos focos de las cámaras de televisión le cegaron momentáneamente contribuyendo a generar una nueva oleada de insultos y maldiciones.

—¡Joder, ni que fuera usted Madonna, amigo! —Espetó el conductor sonriendo mientras hacía pasar el volumen de su Skoda Octavia a través del océano de cuerpos.

—Cierre el pico y acérqueme todo lo que pueda a la garita de la entrada. — Contestó malhumorado.

Cuando por fin pudo acceder al interior del complejo, el inspector jefe Beltrán le esperaba en la sala de conferencias junto a una comitiva del departamento de comunicación del IRGC. Los rostros de los presentes estaban tensos, salvo el del inspector jefe que esbozaba una mueca en sus labios apretados que no le hizo mucha gracia al inspector. Entre las personas congregadas, Paniagua reconoció al embajador Lakhani y pensó que aquello no pintaba nada bueno.

—¡Dios santo! Espero que tenga algún hombre ahí fuera controlando la situación, parecen una jauría de perros.

El Jefe Beltrán ignoró su comentario con un ademán de la mano.

—Olvídese de eso ahora, inspector. Hemos convocado una conferencia de prensa para dar la noticia de la captura del profesor Al-Azif y usted será el portavoz designado. —Arturo Paniagua dejó escapar un débil gemido. Odiaba interactuar con los medios porque pensaba que estos siempre estaban a la búsqueda de sangre con la que llenar sus titulares.

—El problema, inspector, es que existen ciertos inconvenientes diplomáticos sobre el profesor que no podemos permitir que se interpongan con la buena relación que mantienen los gobiernos de nuestros países. —Había sido el embajador quien

había tomado la iniciativa y hablaba con su aire empalagoso de siempre, muy alejada de los gimoteos que Paniagua le había escuchado cuando el profesor Al-Azif le tenía arrodillado y con una pistola apuntando a su cabeza—. De hecho, la República Islámica de Irán ya ha iniciado los trámites para solicitar la extradición del profesor para que sea juzgado en suelo iraní.

El inspector le fulminó con la mirada.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. ¡Acabamos de detener al asesino y ya quieren llevárselo! Le recuerdo que nosotros le capturamos y nosotros salvamos su vida, embajador. —Se defendió.

—Inspector, por favor, no se trata de eso. —Dijo uno de los consultores de comunicación, alzando las manos de manera conciliadora—. Sin duda, la detención del profesor Al-Azif ha sido un éxito incuestionable de la IRGC pero tenemos que protegernos de los aspectos diplomáticos y políticos del caso. El profesor es un ciudadano iraní de visita en nuestro país y todas sus víctimas son también ciudadanos iraníes... Parece adecuado que sean ellos quienes le lleven ante la justicia.

El inspector le ignoró y se dirigió al Jefe Beltrán.

—¡No pueden obligarnos! Es nuestro caso y nosotros le detuvimos. —Rugió colérico, como si llevara toda la vida enfadado y lo soltase todo de repente. Se levantó de su asiento y de un empujón mandó la silla giratoria hasta chocar con la pared que quedaba a su espalda. Tenía ambas manos posadas sobre la superficie pulida de la mesa de conferencias y el rostro arrebolado por el enojo.

—Piense lo que quiera, inspector, pero ese tema es innegociable. Además está muy por encima de sus responsabilidades. —Respondió el inspector jefe en todo áspero, mientras intercambiaba miradas con el embajador Lakhani. Paniagua creyó percibir un cierto aura de frustración en el rostro del Jefe Beltrán.

Y, de repente, guardó silencio. Acababa de darse cuenta exactamente de lo que estaba sucediendo en aquella sala de reuniones y no tenía nada que ver con la nacionalidad del profesor o la de sus víctimas. Tenía que haberlo sabido desde el principio, se reprochó. Los políticos como Rafael Beltrán siempre eran así: mentían con buenas palabras; parecían preocuparse pero, en realidad, solo les importaba ellos mismos y sus carreras. Pensándolo bien no eran muy distintos del resto de la gente. Quiso encender un cigarrillo pero se contuvo.

—Ni se les ocurra pensar que voy a plantarme ante los periodistas para difundir mentiras o medias verdades. —Declaró, irritado.

—Bueno, no pensé que tendría que llegar a este punto pero su actitud no deja otra salida. —Apuntó su superior—. Creo que no sería malo recordarle el otro asunto...

—¿Qué otro asunto?

—La muerte de Samuel Zafra. Mucho me temo que no podremos evitar que le apunten como el responsable y quieran saber por qué fue asesinado un sospechoso que se encontraba bajo su custodia.

—No puedo creerlo... —Masculló Paniagua, sin poder reprimir su creciente

susplicacia ante aquella farsa que se estaba montando en torno a él.

—Se lo advertí, inspector. Debería haberle dejado el caso del ecuatoriano a la Brigada Central de Homicidios.

*Así que de eso se trata, ha llegado la hora de pasarme factura*, pensó el inspector. El Jefe Beltrán estaba aprovechándose de todo el maldito asunto para ajustarle las cuentas por haber insistido en relacionar el caso de Oswaldo Torres con el de El Ángel Exterminador y por haber manchado, de alguna manera, su historial profesional permitiendo que matasen al asesino. Y, lo que resultaba todavía mucho peor, le estaba castigando a él porque estaba a punto de perder la popularidad que le hubiese proporcionado el juicio contra el profesor Al-Azif. Indignado, el inspector Paniagua, se alzó sobre las palmas de las manos dispuesto a decirle a su superior lo que pensaba, cuando el consultor de comunicación volvió a levantar el brazo para hablar, con gesto conciliador.

—No se preocupe, inspector. Nosotros le ayudaremos a responder lo correcto y a evitar las preguntas incómodas. Además, podemos usar la segunda investigación para desviar la atención sobre los temas más peliagudos concernientes al profesor Al-Azif. —Hizo una pausa para permitir que sus palabras calasen en el inspector—. Precisamente, con esa finalidad, pensamos que lo mejor sería informarles de que se encuentra tras la pista de una sospechosa relacionada con la investigación de El Ángel Exterminador.

—¿Cómo dice? —Balbució, Arturo Paniagua, atónito.

—Es una situación compleja, lo sabemos. —El inspector hizo una mueca y observó al consultor como si fuese un alienígena que hubiese aparecido allí mismo—. Pero creemos que sería muy beneficioso para todos involucrar a los medios lo antes posible en la búsqueda de esa mujer. Darles un poco de carnaza, si lo prefiere. Después de todo, usted dispone de un retrato robot que poder mostrarles, ¿no es así?

Paniagua asintió a regañadientes.

—Úselo, muéstreselo a la prensa y pídales ayuda para que lo divulguen y le ayuden a capturar a la responsable de la muerte del agente Samuel Zafra.

—Pero, no hay evidencia que apoye tal cosa. —Exclamó el inspector, indignado—. No se puede afirmar algo que no está aún comprobado que sea cierto.

Se volvió hacia el inspector jefe. Podía entender a los consultores de comunicación diciendo cualquier cosa con tal de esquivar una crisis de relaciones públicas que manchase al Cuerpo Nacional de Policía, pero era incapaz de entender cómo el Jefe Beltrán aceptaba una cosa así. Después de todo, él también era policía.

Sin inmutarse, el consultor continuó:

—Inspector, se trata de una situación beneficiosa para todas las partes. Si les hace partícipes de la captura de una sospechosa dejarán de buscar culpables por la negligencia y se olvidarán pronto del profesor Al-Azif. ¿Comprende lo que le digo?

El inspector paseó la mirada por la sala. Estaba furibundo. Le habían tendido una trampa perfecta y estaban todos de acuerdo en echarle a los lobos de la prensa como

si fuera un maldito novato al que pudieran manipular a su antojo.

—¿Negligencia? ¡Yo no he cometido ninguna negligencia, mamarracho! —  
Replicó furioso.

—Ah, pero ahí se equivoca. —Respondió el consultor sin inmutarse, parecía evidente que le habían llamado cosas peores—. Es problema suyo en cuanto a que usted detuvo al agente Samuel Zafra y era responsable de su custodia. Le aseguro que así lo verán nuestros amigos de ahí fuera.

—Inspector Paniagua, —intercedió el Jefe Beltrán—, esta conferencia ha recibido el visto bueno de todo el mundo, incluso de la alcaldesa, quien no quiere que se siga vinculando a la ciudad con la presencia de un asesino en libertad.

—¡Vaya un montón de mierda! Me importa un pimiento lo que opinen todos esos gerifaltes. —Exclamó irritado, expresando su disgusto—. Todo esto no es más que un montón de mierda y no puedo creer que se haya dejado convencer por toda esa basura de relaciones públicas. Si les digo a los de la prensa que estamos detrás de una sospechosa eso podría alertarla y joder su captura.

El inspector jefe se levantó de su asiento, tenía el rostro encendido, visiblemente enojado por la rebeldía de su subordinado.

—¡Basta del tema! Lo que haremos antes que nada es redactar una nota de prensa... —Se dirigió al consultor de comunicación y luego, al inspector—: Haga lo que se le dice y capture a esa mujer cuanto antes. Es lo que más le conviene en estos momentos.

Y, en compañía del embajador Lakhani y su séquito de lameculos, abandonó la sala sin decir nada más y dejando al inspector cociéndose en sus propios jugos. Paniagua exhaló un suspiro y notó cómo empezaba a dolerle la cabeza. Entonces, escuchó un deslizarse de pies a su espalda, se volvió en la silla giratoria y saludó a Raúl Olcina que acababa de entrar por la puerta.

—Hola jefe, ¿a qué viene la mala cara?

A los ojos del subinspector, Paniagua parecía que se había comido algo en mal estado y con un tono tranquilo y duro que habría aterrorizado a cualquiera que trabajase para él, ordenó bruscamente:

—Cierre la puerta.

Raúl Olcina le obedeció sin pestañear y sin dejarse intimidar, conocía demasiado bien a su superior como para saber cuándo estaba realmente cabreado y cuándo era simplemente él.

—El Jefe Beltrán quiere usar el caso de El Ángel Exterminador para desviar la atención sobre los problemas diplomáticos que han surgido en torno a la detención del profesor Farid Al-Azif. —Bramó el inspector, en cuanto se hubo sentado—. ¡Maldita sea, no puedo soportar la estupidez de ese hombre!

—¿A qué problemas diplomáticos se refieren? —Preguntó Olcina, ignorando el exabrupto.

—El gobierno iraní ya ha solicitado la extradición del profesor para juzgarle en

uno de sus tribunales.

Olcina le miró.

—Dirá usted mejor para ejecutarle y callarle la boca.

—No creo que quieran ejecutarle, Olcina. Imagino que volverá a la prisión de Avin y a las torturas hasta que decida colaborar con el VEVAK y entregarles su tecnología. —Arguyó funestamente.

—Entonces, ¿cómo quieren desviar la atención de los medios? —Quiso saber Olcina.

—Quieren que muestre el retrato robot y pida a los chupatintas que la divulguen y soliciten la ayuda ciudadana para localizarla.

—¿Pero eso no pondría en alerta también a Neme? —Advirtió el subinspector. El inspector le dedicó una mirada cargada de sorna—. Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

—Lo más lógico es seguir con el plan. —Sugirió el inspector—. Y rezar para que Neme no vea ningún telediario antes de encontrarse con usted en la academia o de lo contrario se esfumará y nunca más sabremos de ella.

Raúl Olcina asintió con la cabeza, en silencio. Quizás le hubiese gustado decirle a su jefe que, en lo que a él atañía, no veía ningún problema a eso de que Neme no apareciese por la academia de baile y se esfumase en la noche como en una mala película de gánsteres. Pero se lo calló. Tampoco le dijo que su cabeza parecía una jaula de grillos zumbándole todos a una. El dolor le había regresado justo después de hablar con Neme por teléfono y no le había dado ni un solo respiro desde entonces. ¡Mierda! Le aterraba la idea de tener que enfrentarse a ella, cara a cara, de preguntarle directamente si era una asesina. O quizás lo que más le aterraba era la respuesta que podía recibir. ¿Y si reconocía que había sido cómplice de El Ángel Exterminador, que era responsable de su muerte? ¿Entonces, qué?

—Preguntas y más preguntas. Eso es lo único que nos espera... —Le dijo Paniagua, levantándose de su silla. El subinspector dio un respingo, sobresaltado, saliendo de su ensimismamiento.

—¿Cómo dice? —Preguntó.

Irritado, el inspector le taladró con una expresión severa.

—¿Está aquí conmigo o ya está pensando en su novia? —Espetó—. Vamos, se supone que tengo que contestar a las preguntas de esos buitres de la prensa y todavía no sé qué voy a decir.

Olcina trató de responder y buscó las palabras, pero no encontró ninguna. Estaba visiblemente afectado por algo y el inspector no podía permitirse que su mente no estuviera al ciento por ciento en el juego. Lo agarró del brazo.

—¡Espabile, Olcina, por el amor de Dios!

Al mediodía, Paniagua y Olcina se abrían paso entre un par de decenas de periodistas que abarrotaban la sala de prensa habilitada en uno de los edificios del complejo policial. Evitaban los micrófonos y las cámaras que les enfocaban mientras caminaban hacia el estrado donde se suponía que iba a situarse el inspector para

hablar. A su alrededor volaban las preguntas y las insinuaciones en un guirigay enloquecedor.

—Ahora ya sabemos qué siente un condenado en el cadalso. —Comentó el inspector en un susurro. Mientras, a regañadientes, ocupaba su lugar en la sala rebosante de tensión y de actividad.

A la derecha de Paniagua se mostraba en un póster de lona de IRGC fotográfico el retrato robot de la mujer sobreimpresionado debajo de un número de teléfono para facilitar la ayuda ciudadana. El inspector se sentía como un entrenador de fútbol cuyo equipo hubiese perdido calamitosamente la final más importante del año y se encontrase a punto de ser devorado por los plumillas de la prensa deportiva.

—Quédese aquí, fuera del tiro de las cámaras. —Advirtió a Olcina y dio un paso adelante. El calor de los focos y el espanto de encontrarse ahí de pie le asaltaron casi al mismo tiempo.

—¡Maldita sea! —Masculló entre dientes y miró de frente a las cámaras.

Al final, todo transcurrió como se esperaba. La prensa se lo había comido, se había comportado como un torpe viejo gruñón y seguramente en ese momento era el hazmerreír de todas las tertulias vespertinas televisivas y de radio. Pero no importaba. Durante toda la tortura, el inspector Paniagua tenía en la cabeza otra cosa. Había mantenido la mirada fija en el vacío, por encima de las cabezas de los chupatintas, y había respondido a todas y cada una de sus preguntas mientras el sudor le perlaba la frente y le resbalaba por las axilas. Pero él pensaba únicamente en la misma cosa: detener a la mujer costase lo que costase. Y, muy a su pesar, parecía que la única opción sólida que poseía era el subinspector Raúl Olcina.

Sentados en la oficina del inspector, ambos hombres permanecían sin decir palabra. No tenían nada que decirse el uno al otro. Sabían lo que tenían que hacer y lo harían. Aunque el nerviosismo ya se había instalado de nuevo en el rostro del subinspector como un reflejo condicionado. Se estaba acercando la hora de su reunión con Neme y, finalmente, iban a salir de dudas respecto a su implicación con El Ángel Exterminador.

Pero antes, Paniagua descolgó el teléfono de su base y llamó a Martin Cordero.

Su apartamento estaba en silencio.

Tras la detención del profesor Al-Azif, Martin se había marchado a su casa con la cabeza dándole vueltas y agotado físicamente. El inspector le había dado mucho la lata e insistido en que se fuera a descansar cuando todo hubo terminado. Y no le faltaba razón. El cuello le dolía una barbaridad a causa de la tensión de las últimas horas y apenas si podía moverlo sin que un ramalazo de fuego puro le recorriese toda la espalda. Tampoco podía respirar debidamente a través de su nariz tumefacta.

Se sirvió un par de dedos de vodka y permitió que el reconfortante calor del licor le animase un poco. Le gustaba aquella sensación, le recordaba a su vida antes de su encuentro con Gareth Jacobs Saunders.

Lo cual le trajo a la memoria el recuerdo de su vida en Nueva Jersey y la decisión que tenía que tomar. Siempre había pensado que su vocación era la de proteger a la gente y todo eso. Así había sido toda su vida y por ello había tomado la decisión de ir a la universidad y de prepararse para ser un agente del FBI. Lo de especializarse en análisis del comportamiento vino más tarde, cuando descubrió que le atraía más, si cabe, comprender el comportamiento de un criminal que capturarlo y, con el tiempo, descubrió que poseía una habilidad innata para pensar como los monstruos a los que perseguía. Le encantaba su trabajo procesando datos, analizando pruebas, entender las oscuras motivaciones de los asesinos y poder anticiparse a su siguiente movimiento. La última semana, ayudando en la investigación al inspector Paniagua le había recordado ese anhelo de siempre, ese deseo de ser el protector de los inocentes. Sin embargo, lo que estaba en cuestión ahora, no era proteger a los inocentes, ni atrapar a los asesinos, ni poner a prueba su intelecto. Lo que estaba en cuestión era si podría ser él mismo si no volvía a dedicarse a hacer aquello para lo que estaba destinado.

*El destino.*

Se le encogió ligeramente el estómago al pensar en lo que les había contado el profesor Al-Azif. La mera noción de una tecnología que pudiera permitirle a uno viajar en el tiempo era algo que para él, hasta hace unas pocas horas, hubiera pertenecido al ámbito de la ciencia ficción. Un buen argumento para una película. Pero ahora se había convertido en una realidad aterradora que le producía vértigo tan solo pensar en ella y en sus posibles ramificaciones.

Recordó las palabras del profesor sobre su experimento: *En física cuántica la*

*realidad no es sino la interpretación que hace nuestro cerebro de aquello que perciben nuestros ojos.* Así que la realidad de Martin había dejado de existir para él, carecía de todo significado. En las manos de un hombre como el profesor Al-Azif era tan moldeable como un trozo de arcilla en las de un ceramista experimentado. Del mismo modo que el asesino en serie Gareth Jacobs Saunders había moldeado su destino.

Pensó en lo que sabía sobre el profesor, la biografía que había sacado de Internet era bastante escueta: era un hombre bastante reservado y su vida anterior era un completo misterio. No había encontrado nada referente a sus padres o su familia, tampoco nada que indicase cómo se había desarrollado su juventud. A parte de su genialidad como científico no sabía nada del personaje, ni de su forma de ser. Se preguntó qué pasaría a partir de ahora con su tecnología, si cayera en malas manos...

*Ellos vieron en mi trabajo una manera de aumentar su poder, de extender su reinado de terror.*

De nuevo, las palabras del profesor Al-Azif resonaron en el interior de su cabeza. Un escalofrío de inquietud recorrió el cuerpo de Martin. No le costaba mucho deducir que el gobierno de la República Islámica de Irán movería muy pronto sus fichas para solicitar la extradición del asesino.

Quién no quisiera controlar al hombre que lo puede todo...

Olvidándose de su propia regla de no fumar nunca en el interior de su apartamento, sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno. A través de la ventana, la luz del atardecer le despertaba sentimientos de tristeza y saber que una de las naciones más violentas y peligrosas del mundo estaría en posesión de una tecnología armamentística revolucionaria, lo empeoraba todo. Le dio una calada al cigarrillo y el humo azulado se enroscó alrededor de su rostro haciéndole lagrimar. Decidió abrir una leve rendija en la ventana para dejar que el humo se escapase por ahí.

Cuando regresó al sofá, recuperó el mando a distancia de debajo de uno de los cojines y encendió el televisor. En las tertulias de todos los canales generalistas no se hablaba de otra cosa. Sintonizó una redifusión de la rueda de prensa del mediodía y la imagen del inspector Paniagua ocupó toda la pantalla. Se le notaba incómodo y algo disgustado por su labor de portavoz pero hablaba con frases concisas y precisas que durante un tiempo le mantuvieron a salvo de las andanadas de la prensa. Hasta que llegaron las preguntas sobre la investigación de El Ángel Exterminador. Una imagen del retrato robot de la sospechosa de ser cómplice del asesino ocupó un margen de la pantalla. El titular que recorría la pantalla en la parte inferior era ominoso:

UNA MUJER, CÓMPLICE Y RESPONSABLE DE LA MUERTE DEL ASESINO CONOCIDO  
COMO EL ÁNGEL EXTERMINADOR.

Martin contempló la rueda de prensa durante un rato más y aunque escuchaba al inspector no pudo menos que fijar su atención en el subinspector Olcina. Se le veía



más nervioso, si cabe, que al inspector. Sus manos se movían constantemente y no paraban de ir del puente de su nariz a los puños de su camisa, masajeando el primero y tironeando de los segundos por debajo de las mangas de su chaqueta. Martin se preguntaba qué se le estaría pasando por la cabeza en esos momentos, tenía la impresión de que el subinspector se encontraba a años luz de aquella sala de prensa.

El ex agente del FBI se concentró en él, en su cara. Olcina fruncía el ceño a ratos, para luego contraer el rostro, lleno de perplejidad, parecía como... como si estuviese escuchando una voz en su cabeza. Martin se preguntó si llevaría el auricular de un radiotransmisor oculto en el oído y alguien le estuviese hablando desde alguna parte del edificio. Desde la posición de la cámara de televisión no podía apreciarse y tampoco hacia el gesto habitual en esos casos de llevarse la mano a la oreja y presionar la membrana del auricular contra las paredes del oído para poder escuchar mejor. No, parecía ser otra cosa. Sin apenas darse cuenta, Martin se había acercado a la pantalla de su televisor IRGC hasta casi pegar la nariz a la fría superficie. Estaba mesmerizado por lo que veía. De repente, el subinspector se puso tenso como un alambre. El color en su rostro se esfumó como si alguien hubiese pasado un borrador mágico sobre él. La expresión en la cara de Olcina le puso los pelos de punta.

De repente, sonó su teléfono móvil e involuntariamente, Martin dio un respingo.

—Supongo que ha visto la rueda... —El enojado inspector Paniagua no la había formulado como una pregunta, así que Martin no se molestó en responder y añadir otra vuelta de tuerca más a su irritación—. ¡Mierda de prensa!

—Y, ahora, ¿qué van a hacer? ¿Cuál será su próximo paso? —Preguntó Martin.

—La novia de Olcina le llamó ayer, durante la detención. —Respondió con retintín el inspector—. No se lo dije porque usted ya se había marchado. Quiere verle y le ha pedido que se vean esta noche en la academia de baile dónde se conocieron.

—Me gustaría saber qué opina el subinspector de todo esto. —Apuntó Martin—. Le he visto en la rueda de prensa y no parecía estar en muy buena forma.

—Olvídelo. —Ordenó Paniagua—. Olcina es un profesional y se comportará como tal. Sabe tan bien como yo que acudir a esa cita es la única opción que tenemos para poder interrogar a esa mujer y descubrir de una condenada vez si es la sospechosa que buscamos.

—Eso no significa que se encuentre física y psicológicamente a la altura. Pienso que están forzando todo un poco con el subinspector.

Arturo Paniagua se encendió.

—¿Tiene alguna idea de cómo se han puesto las cosas en la maldita rueda de prensa? —El inspector había llegado por fin a su límite—. El Jefe Beltrán está dispuesto a echarme bajo los caballos y ya se habla de que la embajada de Irán está negociando la extradición del profesor Al-Azif para enjuiciarlo en su país o lo que sea que quieran hacer con él...

—Algo así me temía, en efecto. —Reconoció Martin—. El proyecto del profesor es demasiado importante como para permitir que sea accedido por terceras potencias.

—¡No tenían derecho, joder! —Estalló.

—No, no lo tenían.

El silencio se adueñó de la línea por unos prolongados instantes.

—Mire, pensaba invitarle a tomar algo y charlar. Aún hay tiempo. —Sugirió Paniagua—. ¿Le parece que nos veamos en la central?

—Allí estaré.

—El subinspector Olcina tendrá que ser capaz de aguantar su vela. —Dijo a modo de despedida, aunque más para sus adentros que otra cosa.

El inspector esperaba a Martin en la puerta del Complejo Policial de Canillas fumando un cigarrillo con mano temblorosa, bajó la mirada y contempló unos segundos la pavesa consumirse bajo la fría brisa que se había levantado. La temperatura había caído en picado unos cuantos grados y el cielo estaba adquiriendo un color entre gris y violáceo que amenazaba lluvia. En la semipenumbra que se había adueñado de la tarde, el exterior del complejo policial parecía más desierto que de costumbre a esas horas. Entonces recordó que era domingo. Una pareja de agentes se dirigían sin hablar en dirección a su coche patrulla con los cuellos de sus uniformes subidos hasta las orejas.

*Caprichosa primavera*, pensó.

Mientras Martin descendía del taxi que lo había llevado hasta el complejo policial se sentía rígido y exhausto. Se puso a la altura del inspector y este le saludó con gesto sombrío, entendía perfectamente el turbulento vórtice de sentimientos que estaría asaltando al inspector en esos momentos pero no se veía con fuerzas para ayudarlo.

—Resulta difícil pensar que una mente tan brillante como la del profesor Al-Azif, capaz de imaginar una idea tan revolucionaria que haría temblar los cimientos de la realidad tal y como la conocemos, acabe sucumbiendo a la locura de la venganza. — Dijo con tristeza Paniagua.

Martin asintió.

—Es cierto, inspector. El poeta Allen Ginsberg escribió una vez: «He presenciado a las mejores mentes de mi generación ser destruidas por la locura». Nunca comprendí exactamente a qué se refería y, sin embargo, ahora...

—Dígame por qué. —Reclamó el inspector, cariacontencido—. Quiero saber su opinión.

En su rostro se podían apreciar los estragos de los últimos días. El bulto en la cabeza había bajado considerablemente pero todavía se apreciaban restos de costra y su ojo había recuperado el tamaño normal pero aparecía coronado por un enfermizo color amarillo que le confería un aspecto peor que antes. La cacería de monstruos que nunca terminaba se tomaba su peaje, ¡vaya que si se lo tomaba!

Ambos hombres guardaron unos minutos de silencio. Martin no podía estar más de acuerdo con el inspector y pensaba en la gran pérdida que suponía para la ciencia que alguien como el profesor Al-Azif pudiese perder la cabeza hasta cometer actos de indecible crueldad.

—Quiero saberlo. —Insistió Paniagua.

—Yo no soy un fiel seguidor de Jung, pero estoy de acuerdo con él cuando decía que el mal es una parte esencial de la conducta humana, tan importante como el bien. Sin duda, reconocer su existencia en nosotros nos hace más fuertes, pero eso no significa que todos sucumbamos ante su influjo. Me temo que el profesor Al-Azif descubrió su lado oscuro y se entregó a él en cuerpo y alma.

El inspector arrojó lejos de sí la colilla consumida del cigarrillo y echaron a andar en dirección a un bar próximo. Martin se dio cuenta de que el enorme inspector caminaba con los hombros caídos.

—¿Sabe, agente Cordero? He decidido retirarme. —Dijo, finalmente, cuando se hallaban acodados en el extremo más alejado de la barra. Ambos habían pedido sendos cafés y ninguno había tocado el suyo. Las volutas de vapor aromadas con el intenso olor a expreso se perdían indolentes en dirección al techo del local. El inspector hablaba en un hilo de voz impropio de un corpachón como el suyo.

—Consuelo lleva algún tiempo dándome la tabarra con el tema y mi hija necesita toda la ayuda que la pueda dar. —Explicó—. Pero, no es solo eso. Los acontecimientos de las últimas horas han sido... ¿cómo decirlo? La gota que colma el vaso.

Martin asintió, otra vez.

—¿Cómo se encuentra Gabriela?

—Bien, bien. Gracias por preguntar. Supongo que lo que sucedió le habrá hecho recapacitar y ver la vida de otra manera.

—Es joven, en unas semanas ni se acordará de lo sucedido. Son más fuertes de lo que aparentan. —Dijo Martin sonriendo. El inspector trató de imitarle y dejó escapar una risa descorazonadora.

—Estoy cansado. No puedo seguir siendo testigo de más abominaciones. La maldita burocracia y los politicastos que se han apoderado del cuerpo tampoco ayudan. ¿Lo comprende, verdad?

—Lo comprendo.

—Además, el subinspector Olcina está más que preparado para asumir mi puesto. Es un buen hombre. —Paniagua daba la impresión de hablar para sí mismo, como si repetir incansablemente la misma cantinela fuera a hacerla verdad de manera automática.

—¿Cuándo dará la noticia? —Pregunto Martin.

El inspector se encogió de hombros como si buscara quitarle hierro al asunto.

—Aún no lo he pensado. Pronto.

Martin calló, había visto muchas veces a otros policías decir las mismas palabras, tener la misma expresión en su rostro, los mismos hombros caídos por la derrota y el agotamiento psicológico.

—Pero primero tengo que cerrar ese asunto de El Ángel Exterminador. Quiero a su cómplice. ¿De acuerdo? Quiero cogerla. —Martin notó cómo la rabia volvía a

crecer en su interior—. Esa mujer es otro depredador suelto en las calles y Olcina necesitará de toda la ayuda posible. Sea como sea, no se puede negar la escasa evidencia y aún está por descubrir qué macabro juego de terror se traían entre manos esos dos. ¡Maldita sea, ni siquiera sabemos con seguridad que la novia del subinspector sea la persona que buscamos! Pero mi intención es atraparla y después me largaré sin mirar atrás.

Entonces, el inspector se percató de que Martin tenía la mirada perdida en algún punto por encima de su hombro. Aquel era un gesto que le había visto hacer a menudo durante el tiempo que habían trabajados juntos en la investigación del profesor Al-Azif y sabía lo que significaba.

—¿Qué es? ¿En qué está pensando, agente Cordero?

—¿Cree que lo ha hecho con anterioridad?

Un ramalazo de confusión asomó a los ojos del inspector.

—¿A qué se refiere?

—A esa mujer... Suponiendo que haya sido capaz de convencer de alguna manera a Samuel Zafra para que matase a otras personas y que, al mismo tiempo, haya buscado mantener una relación sentimental con el subinspector para sonsacarle información sobre la investigación. En fin, todo eso huele a demasiado complejo. Como si hubiese encontrado una manera ingeniosa de cometer sus crímenes y salir indemne, inculpando a otros. Algo así..., ¿no cree que haya tenido que practicar un poco para sacarlo adelante?

El inspector arrugó el ceño y luego contestó:

—Tiene sentido. Consultaré con Homicidios, a ver si ellos se han topado con algún asesinato en el que el culpable haya confesado que una mujer o una voz de mujer en su cabeza le incitase a cometerlo.

Martin Cordero asintió con un gesto de cabeza y, de repente, se le ocurrió otra cosa.

—Hay algo más que debe incluir en el patrón de búsqueda.

—¿De qué se trata?

—La muerte del sospechoso o culpable. Puesto que esa mujer convence a otros para que maten por ella, tiene que deshacerse de estos para que no puedan identificarla como cómplice.

—¡Buena idea! —Exclamó el inspector excitado ante la idea de que podían haber topado con algo positivo—. Si esa mujer ha seguido el mismo patrón tiene que haber dejado su rastro por alguna parte.

Una vez más, Martin asintió y guardó silencio, no se le ocurría qué más decir para ayudar al inspector en su investigación.

Paniagua se frotó los ojos con los molletes de las manos y discretamente miró su reloj. Todavía tenía que hacer un par de llamadas concernientes a la detención del profesor Al-Azif antes de encontrarse con Olcina y se sentía extenuado. Tenía que concentrarse. La espera había terminado y ya no podía demorarlo mucho más, por

mucha aprensión que tuviera de ver al subinspector. Martin Cordero tenía razón, el inspector Paniagua sabía que estaba pidiendo un mundo de Olcina pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Tenemos que irnos. —Le dijo a Martin—. Se acerca la hora y tengo que reunirme con el subinspector Olcina.

Sonriendo con tristeza, Martin le observó unos instantes mientras en su rostro se reflejaba la concentrada intensidad de sus pensamientos. El ex agente del FBI puso una mano sobre el brazo del inspector a modo de despedida y se levantó.

—Le deseo mucha suerte, inspector.

—Ojalá fuera así de sencillo y todo se reduzca a la suerte. —Respondió sinceramente—. Espere, le llamaré a un coche patrulla para que le acerque a su domicilio.

Martin Cordero negó suavemente con la cabeza. Él mismo tenía su propia dosis de pensamientos intensos con los que lidiar y el aire fresco le sentaría muy bien. Pensaba en cuánto había progresado durante el tiempo que había estado en el caso y en todo lo que le quedaba por progresar hasta volver a ser el mismo que abandonó los Estados Unidos. El recuerdo de aquella noche en el Parque Nacional de los Glaciares parecía quedar muy atrás y la sombra de Gareth Jacobs Saunders ya no era tan alargada. Se sentía mucho más fuerte. Estuviese preparado o no, pensaba que era el momento perfecto para continuar adelante con su vida. Terminar el libro sobre asesinatos ritualísticos y, quizás, regresar.

—No se moleste, voy a caminar un rato, pensar un poco, y cuando me canse, pararé a un taxi.

El inspector Paniagua sonrió un poco, metió las manos en los bolsillos y, como si de repente se hubiese dado cuenta de las propias incertidumbres que acosaban a Martin, dijo:

—No se lo piense demasiado, ¿eh, agente especial Cordero?

—No lo haré. —Replicó Martin.

La mujer nunca había pensado en matar a nadie con sus propias manos; ni siquiera en los momentos más peligrosos, como sucedió en Ciudad Juárez seis años atrás. Recordaba bien la fecha porque había sido más o menos por el mismo tiempo en el que el cuerpo de la activista Susana Chávez había aparecido muerto en las calles de la colonia Cuauhtémoc. De hecho, desde la muerte de su padre, a la mujer le había parecido inconcebible mancharse las manos de sangre. Haber tenido que matar a Samuel era de por sí algo odioso que siempre aborrecería, pero lo que realmente la enervaba era que tendría que volver a hacerlo. Desde que se había enterado de las sospechas de Raúl Olcina intentaba mantener la calma, pero no le resultaba sencillo. Eso significaba que los policías estaban muy cerca y tal cosa no le había pasado nunca. En los años que llevaba castigando a los impíos, jamás se había sentido tan en peligro como en esos momentos.

*¡Cómo los odiaba! ¡Iba a castigarlos a todos!*

La mujer se esforzaba en calmarse, pero sentía que cada vez le costaba más esfuerzo mantener su fachada. El torbellino de sentimientos que bullía en su interior era como los ingredientes de una pócima secreta que pugnaban por salir a la superficie en plena cocción. No podía permitir que nadie viera su verdadero yo, si alguien supiera quién era ella en realidad su vida correría peligro en un santiamén.

Tras el escaparate de una tienda de electrodomésticos, una televisión daba las noticias. Estaban repitiendo una rueda de prensa que habían ofrecido ese mediodía. En ella, el inspector Arturo Paniagua, el jefe de Olcina, hablaba sobre el asesinato de El Ángel Exterminador y se mostraba, en un destacado, un retrato robot que se parecía tanto a ella como a otras tantas miles de mujeres de la capital. A su espalda, el subinspector se retorció las manos, inquieto. Tenía el pelo alborotado y miraba a la cámara como un animal acorralado. La mujer casi hubiese sentido lástima por él, de no estar, sin embargo, absolutamente aterrada por lo vulnerable que se sentía ella, en ese momento. Los mecanismos de autodefensa de que disponía eran muy sencillos: debía permanecer oculta la mayor parte del tiempo, nadie podía saber exactamente quién era. El retrato que aparecía junto al hombro del inspector ponía eso en peligro. No recordaba la última vez que se había sentido tan expuesta.

Miró nerviosamente a ambos lados, estar rodeada de gente y de hombres impíos, incrementaba su sensación de angustia. Se ordenó a sí misma calmarse; estaba perdiendo el control una vez más y las personas a su alrededor empezaban a tomar

conciencia de su verdadero yo. El silencio que se había formado era espeluznante, algunos viandantes incluso se habían cambiado de acera o daban un rodeo a los coches aparcados en la acera para no pasar a su lado.

—Creemos que esta mujer ha utilizado técnicas de sugestión hipnótica para influenciar al difunto Samuel Zafra y convencerle de que asesinase por ella. —Estaba diciendo el inspector. ¡Qué estupidez! ¿Hipnosis? ¡Cuán perdidos estaban! Ella únicamente revelaba su verdadera voz, con eso resultaba más que suficiente para controlar alguien como Samuel. Un hombre simple. Ella no sabía nada de hipnotismo. No, todo era mucho más sencillo. La muerte era más sencilla. Nada de planes elaborados, ni retorcidas maneras de matar. Simplemente, dejaba salir su verdadero yo y permitía que su voz hiciese el trabajo.

Se acercaba la hora de reunirse con el subinspector y tenía que estar preparada. Pronto todos sus problemas desaparecerán, los impíos estarán muertos y ella habrá protegido su identidad para poder continuar con su misión en otra parte.



Pasaban unos minutos de las nueve cuando el inspector Paniagua y Raúl Olcina llegaron a la dirección de la academia de baile. Al subinspector empezaban a temblarle las manos y aún no habían aparcado el Renault Megane. El inspector no había cruzado una palabra con él durante el trayecto y lo había agradecido. Era duro mirarlo a la cara, encontrar su mirada, y sentir aquellos ojos acusatorios sobre él. Además, el putito dolor de cabeza que se había acrecentado a medida que se acercaba la hora de vérselas cara a cara con Neme apenas si le permitía pensar con claridad.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta cuando aparcaron el coche y el inspector se apeó, decidido. Luchando contra las nauseas, Raúl Olcina se limpió la humedad a hurtadillas con la manga de su chaqueta. Se resistía a bajar del coche, pensaba en lo sencillo que sería todo si se quedase allí sentado sin hacer nada más. ¿Qué coño hacía él tratando a Neme como si fuera una criminal? ¡Ni siquiera estaba seguro que fuese ella la mujer del retrato robot! Seguro que habría otros medios para identificar a la cómplice de El Ángel Exterminador, como pruebas forenses, declaraciones de testigos... En alguna parte, en algún momento, alguien tendría que haber visto algo. Además, por lo que él sabía, el inspector Paniagua ni siquiera había informado al inspector jefe de que iban a reunirse con la sospechosa esa misma noche.

De pronto, Olcina cobró conciencia de que, a pesar de que había accedido a seguir las órdenes del inspector y reunirse con Neme, estaba poniendo en peligro su trabajo en la IRGC. Si el Jefe Beltrán se enteraba de que habían montado aquel plan a sus espaldas... Pensó en lo verdaderamente poderoso que era el inspector jefe, no tendría ni la más mínima posibilidad. Si se enteraba, sería relegado a la comisaría más insignificante de la capital. Su carrera profesional se habría acabado. Estaba furioso con el inspector y estaba furioso consigo mismo. ¿Por qué cojones no se habría opuesto al plan y se había limitado a informar al Jefe Beltrán? Era un perfecto gilipollas. Luego, sin embargo, se acordó del retrato robot, que tanto se parecía a Neme, y de todo lo que tendría que explicar si al final resultasen ser la misma persona. La humillación que sentiría, sería el hazmerreír de todo el complejo policial. Y se descubrió echándose hacia delante y asiendo la manija de la puerta para imitar al inspector.

Las escaleras estaban pintadas de un color gris acero y sus pasos retumbaban prolongados por el eco. La academia de baile se encontraba en la primera planta de

un local comercial y ocupaba toda la extensión del edificio. Grandes ventanales de cristales tintados mostraban el aparcamiento y la parte trasera de un edificio de oficinas, ahora desierto. Ambos se detuvieron frente a la doble puerta acristalada de la academia.

—Jefe, déjeme hablar con ella antes de nada. —Pidió Olcina—. Si le ve a usted es muy posible que quiera escapar o hacer alguna tontería y creo poder convencerla para que se entregue sin presentar oposición.

Paniagua asintió, comprendiendo el interés que tenía Olcina de hablar con la mujer a solas, de cerrar el capítulo, por así decir, y mantener viva a toda costa la esperanza de obtener algún tipo de comprensión de lo incomprensible, de por qué algo tan hermoso como una relación de amistad podía ocultar algo tan perverso como la mujer. Y, lo que era más doloroso, cómo había sido capaz de convivir con ella sin apreciar la oscuridad que poseía su alma. El problema estaba, según el inspector, en que el mal siempre se comportaba como un cáncer, una vez que corrompía una pequeña e indetectable porción del alma humana, al final siempre se propagaba hasta ennegrecerla por completo.

Olcina inspiró con fuerza y se dirigió al interior de la academia. Sus mocasines de suela de goma hacían un ruido chirriante sobre la superficie encerada del suelo y se irguió sobre las puntas para acallarlos. En la oscuridad, pudo distinguir que el lugar se encontraba vacío y solo le hacía compañía su reflejo en la enorme vidriera de espejo que tapizaba una de las paredes y que estaba surcada a media altura por un pasamanos en el que los alumnos de ballet clásico se apoyaban para realizar sus estiramientos. Durante todo el tiempo repetía el nombre de ella en su cabeza, como una letanía.

*Neme, Neme, Neme.*

Quizás no se presentara. Si ella sospechaba que conocían su verdadera identidad nunca se arriesgaría a ser detenida, ¿no es cierto? Y el caso es que Olcina lo prefería de esa manera porque se sentía en su interior como si la estuviera traicionando. Por eso ahora prácticamente estaba rezando para que Neme no acudiese a la cita. Cualquier cosa con tal de no ver la angustia de la traición reflejada en sus ojos, de no tener que ser él quien se la infrinja. No existe en el mundo nada peor que ver el dolor en el rostro de aquellos a quienes amas, sobre todo cuando tu mente es incapaz de admitir que no hay nada que puedas hacer para evitarlo. Raúl Olcina se revolvió, incómodo. Tenía la camisa pegada al cuerpo por el sudor y el silencio que dominaba las instalaciones le estaba poniendo de los nervios.

Entonces, en su cabeza, comenzaron a reproducirse los susurros.

En una de las paredes, a su derecha, unas enormes letras estenciladas rezaban: «La danza es una canción del alma, de alegría o de dolor». Se trataba de una frase de la célebre bailarina Martha Graham<sup>[34]</sup>. Martha era conocida por la pasión, la rabia y el dramatismo que imponía a sus coreografías, muy alejadas de la estética fluida y aérea del ballet clásico.

Para ser justos, Olcina nunca había entendido del todo el significado de la frase, al menos en lo que se refería a la segunda parte de la cita, en tanto que no comprendía cómo alguien podía ser capaz de expresar dolor a través de la danza. Para él, el baile siempre había sido motivo de júbilo. Sin embargo, en esos momentos, Raúl Olcina sentía en su interior el mismo torbellino de emociones que la excepcional bailarina imprimía en todas sus actuaciones y, de improviso, las palabras de Martha Graham cobraron todo su sentido. No podía creer que no se hubiera dado cuenta de que algo extraño pasaba con Neme. De lo ingenuo que había sido. Cómo podía haber pensado nunca que una belleza como ella se hubiese interesado por alguien como él. En esos momentos se sentía más solo y más perdedor que nunca. Neme era una asesina y allí estaba él, intentando buscar excusas con las que dulcificar el impacto que tal revelación había provocado en su mente.

Pensó en El Ángel Exterminador, planeando sus asesinatos junto a Neme, disfrutando de cada recuerdo sangriento con ella, y le costó mantener a raya la ira y el miedo que le invadía. Tensó todos los músculos de su cuerpo y trató de focalizar su atención en lo que le rodeaba para apaciguar su nerviosismo y acallar el guirigay de susurros que se había adueñado de él.

La pieza central de la academia lo componía un hermoso piano Bösendorfer Grand Imperial que se decía había pertenecido al pianista Garrick Ohlsson<sup>[35]</sup>. Olcina sorteó aquel maravilloso ejemplo de la genialidad humana y se dirigió al cuadro eléctrico empotrado que había detrás para conectar las luces interiores. Posó su mano en el interruptor.

—Raúl. —Llamó una voz susurrante.

El subinspector sintió que le abandonaban las fuerzas de repente. Se volvió. Frente a él se encontraba Neme, hermosa en todo su esplendor. Por un instante, se olvidó de todo, de El Ángel Exterminador, de los susurros en su cabeza, de todo el dolor y el sufrimiento que ella había causado a tantas personas inocentes. Solo la vio a ella. Radiante en la penumbra del salón de baile. Y Olcina tembló de excitación, trémulas las manos. Pero ella estaba allí por otra razón, por un propósito completamente distinto.

—Raúl, mi querido Raúl —repitió Neme, pero en esta ocasión había liberado su verdadera voz y esta sonaba dentro de su cabeza—. Si tan solo me hubieras obedecido. Te dije lo que quería que hicieses con la zorra, ¿no es así?

Por primera vez, el subinspector escuchó a la verdadera voz de ella y la oscuridad le engulló, como un enjambre de furiosas avispas zumbando a su alrededor. Una densa negrura que se adueñó de la penumbra reinante en la academia.

Sombras entre las sombras.

Olcina cerró los ojos y permitió involuntariamente que el miedo se apoderase de su mente. Estaba tan, tan oscuro. Entonces, abrió la boca para hablar y sintió la cuchilla hendir su carne. Un borbotón de sangre arterial manó de su garganta e instintivamente apretó los ojos cerrados al presentir que se acercaba su muerte.

—Lo siento. —Dijo Neme, con lágrimas resbalando por sus mejillas—. No soy la misma mujer que conociste. Algún día... Algún día quizás puedas comprender.

Neme hablaba como en una letanía, con la misma plana entonación, las mismas pausas, y su aliento era como el hielo en el rostro de Olcina. Atrayéndolo hacia ella, lo abrazó y le rozó los labios con su boca mientras el subinspector se deslizaba hacia una negrura de noche eterna, se estremecía y moría en sus brazos.

Arturo Paniagua estaba enojado y ni siquiera se molestaba en ocultarlo. Tenía la sensación de que el subinspector llevaba una eternidad en el interior de la academia de baile y lo peor de todo era que la mujer no parecía haber hecho acto de presencia. ¡Se les había escapado!

Tamborileaba impaciente con los dedos en el marco de la puerta de doble paño al son de una música que nadie más escuchaba.

—Olcina, cretino. ¿Cuánto tiempo más va a estar ahí dentro? —Dijo en voz alta, más para romper el silencio casi sepulcral que dominaba el lugar que por cualquier otro motivo.

Miró intensamente la esfera luminosa de su reloj y volvió a repiquetear sobre la madera. Entonces, tomó una decisión, extrajo su pistola automática y abrió la puerta de golpe.

La academia estaba a oscuras lo cual le extrañó y se preguntó por qué el subinspector no había encendido las luces. Recorrió con paso enérgico pero cauteloso el recibidor de entrada y dejó atrás el mostrador de la recepción, no sin antes echar un rápido vistazo detrás para cerciorarse de que nadie se escondía tras el mueble de madera laminada y cristal. Accedió al salón de baile y lo que vio le paralizó en el sitio, como si la mirada preñada de maldad de Medusa<sup>[36]</sup> se hubiese posado sobre él y le hubiese transformado instantáneamente en piedra.

El cuerpo de Olcina yacía en el suelo, su rostro reflejado en el charco de su propia sangre. Sobre él se erguía la mujer. Neme. Tenía el rostro contraído y los hombros se le sacudían por culpa de los sollozos. La mujer alzó la cara y le miró directamente a los ojos.

El inspector Paniagua nunca había visto a la mujer más allá del retrato robot y el borroso reflejo de la fotografía que recogieron en el apartamento de El Ángel Exterminador y, si no hubiese sabido nada de ella, hubiera dicho que era hermosa pero en esos momentos solo sentía pena.

Una insufrible pena.

Y también un terrible cansancio que casi le impedía moverse. El cerebro del inspector intentó ordenar a la mano que asía la pistola que hiciese algo, al dedo índice que se tensase sobre el gatillo, que ejerciese la presión necesaria, pero fue inútil. El cañón del arma apuntaba fútilmente hacia el suelo y su mano parecía de repente incapaz de sostener su peso por más tiempo. La pistola golpeó contra el suelo y el

sonido metálico repiqueteó por todo el edificio.

Entonces, comenzaron los susurros. Al principio sonaron como un lamento que crecía y crecía en el interior de su cabeza. Se quedó mirando a la mujer y observó que no tenía miedo de él. También observó que las lágrimas corrían libres por sus mejillas.

—Dios mío. —Dijo en un quedo lamento—. ¿Por qué?

Una sombra cruzó ante los ojos de Neme.

—Era inevitable. —Se limitó a decir.

—¡Váyase a la mierda! —Exclamó el inspector—. ¡No tenía que matarle! ¡Solo queríamos hacerle unas preguntas!

—Preguntas que no puedo permitir. —Respondió Neme, usando su voz verdadera—. He hecho cosas como esta toda la vida y no puedo dejar que se entrometan en mi misión.

—¿Castigar a los pecadores, a los hombres que cometen delitos de sangre? —Preguntó el inspector—. ¿Es esa su misión? ¡El subinspector Olcina no era ni lo uno, ni lo otro!

—¿Qué sabrás tú, señor representante de la autoridad? —Respondió ella, desdeñosa—. En todos los lugares en donde he estado, los cuerpos del orden era donde se agrupaba el mayor número de impíos, aquellos cuya alma es tan oscura que resulta imposible permanecer mucho tiempo a su lado sin percibirla.

—¡No todos somos iguales! ¡Por el amor de Dios...! —Protestó Paniagua.

Ella soltó una seca carcajada.

—¿Dios? Ese no tiene nada que ver. —Le espetó—. ¿Qué es lo que hace Dios cuando una mujer es violada en grupo o asesinada brutalmente, cuando los niños son usados como objetos sexuales o los adolescentes consumen drogas en los parques que son adquiridas en los institutos?

La voz de la mujer iba en aumento y el inspector casi no podía mantener los ojos abiertos del dolor que le producía escucharla, retumbando por toda su cabeza. Se dobló sobre sí mismo y dejó escapar un gemido mientras se llevaba, inútilmente, las manos a los oídos. Percibía la maldad que irradiaba aquella mujer, como una energía siniestra que le ponía la carne de gallina y enviaba corrientes de electricidad a lo largo de su columna vertebral.

—¿Dónde estaba Dios cuando El Ángel Exterminador limpiaba de escoria las calles de Madrid? —Continuaba preguntando, aquella mujer que ya no era Neme, era algo más. Algo siniestro—. ¡Yo soy Némesis, yo soy más que Dios!

El inspector ya no podía soportar el sufrimiento, le rechinaban los dientes y se revolcaba de dolor en el suelo encerado del salón de baile. Por entre los trémulos dedos con los que trataba de protegerse de la voz atronadora, se deslizaban hilos de sangre. A su derecha, olvidada sobre el parqué estaba su pistola Glock, intentó arrastrarse hacia ella, estirar el brazo lo justo para que la punta de sus dedos llegasen a rozar su empuñadura.

—Pero ¿por qué matar al subinspector? Él no tenía la culpa de nada de eso. —  
Exclamó.

La mujer se inclinó sobre él hasta que su rostro estuvo a la altura de sus ojos. Paniagua pudo ver que su piel había adquirido un enfermizo tono grisáceo y que sus ojos brillaban con los fuegos del averno. Una violenta náusea lo arrancó de su estupor. Se sentía tan mal que casi no podía moverse. Sus músculos estaban agarrotados y sus dedos congelados, apenas a unos centímetros de la pistola.

—Preferiría no haberlo hecho, pero no tuve otro remedio. ¡Nadie debe conocer mi identidad! —Musitó la mujer a escasa distancia de su cara—. La justicia de Némesis es inevitable. Usted ha visto el mal que corrompe a los hombres, inspector. Lo ha visto de cerca.

A Paniagua le chirriaban los dientes, tenía la mandíbula tan apretada que los tendones de sus músculos maseteros amenazaban por saltar por los aires como alambres rotos.

—¿Cuántos se han atrevido a hacer algo al respecto? ¿A buscar justicia por el dolor infligido sobre los inocentes? ¿A castigar a los hombres malvados como se merecen?

El inspector trataba por todos los medios de apartar la cara de aquel rostro infernal que se cernía sobre él.

—¿Es eso lo que más teme, inspector? ¿Que no pueda conseguir justicia para los inocentes? ¿Por ejemplo, para el pobre Olcina...?

—¡Es usted un monstruo! —Gritó el inspector. Al mismo tiempo, sus dedos se cerraron finalmente en torno a la pistola y la levantó.

Sin apuntar, disparó a quemarropa.

En la penumbra que les rodeaba el destello cegador de la detonación iluminó toda la instancia por un fulgurante momento y la visión de aquel rostro pegado a su cara se grabó a fuego en su memoria, antes de que el intenso olor a cordita le hiciera lagrimar. Cegado, no podía saber si había acertado en el blanco o no; aun así escuchó un leve jadeo que provenía de ella. Luego, mientras el fogonazo del disparo dejaba paso a una densa oscuridad repleta de acuosas amebas danzarinas, se filtró en su cerebro la idea de que la mujer ya no se encontraba sobre él.

Intentó incorporarse pero no pudo.

Apenas podía respirar. Le pitaban los oídos y la sangre se agolpaba en su cabeza.

*¿Por qué?, se preguntó una vez más en su cabeza. ¿Por qué tenía que haber matado a Olcina?*

*¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?*

No se dio cuenta de que estaba repitiendo la misma pregunta, una y otra vez, cuando llegaron los primeros agentes. En la calle, los destellos azules de los coches patrulla se entremezclaban con los amarillos del furgón del SUMMA iluminando las fachadas y las ventanas de los edificios con la orgía de láseres luminosos de un club nocturno. El inspector no se había quedado a ver cómo los peritos de la Policía Científica recogían sus pruebas, ni cómo el médico forense levantaba el cadáver del subinspector. Tan solo había querido buscar un agujero en alguna parte lo suficientemente profundo como para ser engullido por él y desaparecer de la faz de la Tierra para siempre.

Esa misma noche, sin embargo, Arturo Paniagua telefoneó por última vez a Martín Cordero para contarle todo lo que había sucedido. Había querido hablar con él para convencerse de que su encuentro con la mujer había sido real y no una invención de su mente, y también porque pensaba que, de alguna manera, se lo debía. Sin embargo, la conversación rápidamente derivó hacia un camino inesperado.

—Siento, mucho la muerte del subinspector. No tengo palabras...

—¿Sabe algo, agente Cordero? —Dijo el inspector, interrumpiéndole—. Olcina no estaría muerto si no fuera por mí.

—Inspector, puedo entender por lo que está pasando, pero no puede hacerse eso. No se castigue de esa manera.

—¿Cómo puede entender lo que siento? —Le volvió a interrumpir—. Usted no estaba allí, no sabe lo que pasó. Así que ahórreme sus condescendencias de baratillo.

Hizo una pausa, la profunda tristeza que destilaban sus palabras hizo encoger el corazón de Martín.

—Quería echarme la culpa a mí mismo de la muerte de Olcina. No al principio pero luego sí. Sobre todo porque fui yo quien insistió en que se reuniese con ella en esa condenada academia de baile.

—El subinspector era un buen policía, sabía a lo que se exponía cuando decidió acudir a la cita. ¡Era su deber! ¡No puede atormentarse por lo ocurrido!

—¿Atormentarme, dice usted? ¡Ni siquiera fui capaz de detenerla! Estaba allí plantada, como si esperase a que apareciese por la puerta, y no hice nada. ¡La miré y me quedé petrificado! Podía haberla detenido, haberle descerrajado un tiro entre los ojos y me quedé congelado. —A causa de los sollozos, el inspector Paniagua apenas



se daba cuenta de que estaba alzando la voz—. No es tormento lo que siento, es pura y simple vergüenza. Una helada desazón como nunca antes había conocido porque no pude hacer nada.

La voz del inspector se quebró y Martín guardó silencio, como bien había dicho, no tenía más palabras. Colgó el auricular y se mantuvo muy quieto durante unos segundos. La senda que el inspector Paniagua estaba a punto de recorrer era terreno familiar para él y sabía que, al final del camino solo podía esperarle dos cosas: la redención o su propia destrucción.

La siguiente semana el inspector se dedicó en cuerpo y alma a seguir la pista de la asesina de Raúl Olcina. Obsesivamente, permanecía largas horas en su despacho, sin apenas comer ni asearse, contemplando la borrosa fotografía y el retrato robot creado a partir de los recuerdos de Alba Torres, cada vez más ajados y manoseados. Dos imágenes que representaban a una desconocida que bien podría estar a kilómetros de distancia o en el edificio de enfrente por lo que él sabía.

El inspector Paniagua había tratado de seguir la pista de la mujer desde los últimos sitios en donde estaba seguro de que ella había estado. Mientras la calma y la determinación volvía a sus venas. La calma y, también, el vacío. En el tablón de corcho que colgaba de la pared de su despacho había marcado geográficamente los cuatro lugares:

El bar Los Quiteños, donde Alba Torres se había cruzado con ella y Samuel Zafra, por primera vez.

El apartamento sucio y desordenado de Samuel y guarida de El Ángel Exterminador.

El Hospital Doce de Octubre, donde había acabado con la vida de su cómplice marioneta.

Y, por último, la academia de baile.

Pero no había tenido mucha suerte. No contaba con mucho: las imágenes, algunas fechas, un nombre, probablemente falso. Era poco. Nadie recordaba haber visto a ninguna mujer, ni sabía tampoco que Samuel Zafra anduviera con nadie. La supuesta creadora de El Ángel Exterminador permanecía como una absoluta incógnita. El inspector recordaba haber regresado entonces a su mesa y haber sacado su arma del cajón donde solía pasarse la mayor parte del tiempo. Sopesado la reconfortante sensación de seguridad que aportaba y lo extrañamente bien que se sentía con ella en las manos. Durante un fulgurante momento un pensamiento aterrador había cruzado por su mente, si su camino volvía a toparse con el de ella, no dudaría de nuevo. Metería una bala entre sus ojos y no pensaría en ello ni un segundo más de lo necesario. Más que nada en la vida, tan solo quería tener una oportunidad con la misteriosa mujer.

Pero, como todo el mundo aprende tarde o temprano, la vida no se destaca precisamente por conceder segundas oportunidades. El tiempo fue pasando y con el transcurrir de los días el rastro se fue enfriando. Arturo Paniagua sabía que la mujer

había acabado herida por el disparo a ciegas. La Policía Científica había hallado rastros de sangre y nunca recuperaron el proyectil disparado por su Glock, por lo que era sencillo deducir que la bala seguía enterrada en su cuerpo. Se exploraron todas las altas de urgencias en los hospitales de la capital. Sin resultados. Luego se amplió la búsqueda a las clínicas privadas, ambulatorios e, incluso, veterinarias. Tampoco obtuvieron gran cosa. Lo más destacable que acabó en el tablón del inspector fue un robo de material en una veterinaria de Carabanchel que acabó siendo atribuido a algún yonqui en busca de algo con que chutarse. Aparte de esto, ningún otro rastro.

La mujer se había esfumado.

Dos meses después de los acontecimientos que acabaron con la muerte del subinspector Raúl Olcina, el inspector Paniagua presentó su solicitud de jubilación anticipada. El Jefe Beltrán trató por todos los medios de convencerle para que se lo pensara e incluso le rogó que se tomase una excedencia para descansar y pensar en su futuro, puesto que su renuncia implicaría la disolución de la IRGC. Tras las capturas del profesor Al-Azif y de El Ángel Exterminador, la brigada había adquirido cierta popularidad que convenía a sus aspiraciones de carrera. Fue inútil, cuando Arturo Paniagua tomaba una decisión, lo hacía con todas sus consecuencias. Y aquella ocasión no iba a ser una excepción.

Con ambos asesinos fuera de las calles y la supuesta cómplice de El Ángel Exterminador, a quién ya habían apodado como La Viuda Negra, desaparecida en combate, la prensa pronto se olvidó del asunto y todos ellos abandonaron las portadas y, finalmente, las tertulias televisivas matutinas.

El inspector trataba de no pensar en Raúl Olcina. Cada vez que lo hacía le embargaba una profunda tristeza y, lo que era peor, un mortificante sentimiento de culpa que era incapaz de sacudirse. Quizás de eso se trataba todo. De la culpa. El innegable sentimiento de culpa que le embargaba y que tenía su origen en que no había sido capaz aún de perdonarse el haber permitido que Neme acabase con la vida del subinspector.

Consuelo aún seguía enojada con él y sabía que esa brecha en su matrimonio iba a ser muy difícil de cerrar. Por mucho que el tiempo y el cariño que se tenían les ayudase a estrechar la separación que existía entre ellos. Gabriela se había recuperado por completo de su mal rollo con las drogas, como ella había empezado a llamarlo, y ahora hablaba sin cesar de que quería pasar el verano en el extranjero para aprender inglés. Algo que sus compañeras de instituto hacían a menudo y ella no quería ser menos. El inspector Paniagua entendía ese ansia que tenían los adolescentes por pertenecer a un grupo, pero era incapaz de aceptarlo sin más y le enervaba la mera idea de que su hija se convirtiese en una insulsa niña pija sin nada más en el cerebro que chicos y compras. Pero, por mucho que se resistiera a la idea, sabía que ya había tomado una decisión y que mandaría a su hija al extranjero o a la luna si ella se lo pidiera.

Respecto a Alba Torres, su padre había cumplido su amenaza y se la había

llevado de regreso a Ecuador en el mismo instante en que abandonaron el Complejo Policial de Canillas. Tan solo perdieron el poco tiempo que le llevó a la muchacha meter todas sus cosas en una maleta. Durante el viaje, la madre de Alba no dejaba de repetirle que aquello era para mejor y que como en casa no se encontraría en ninguna parte.

Y, por último, Martín Cordero.

Martín, como le había prometido al inspector no se lo pensó demasiado y solicitó su reingreso en el FBI, tras dejar atrás su exilio en Madrid.

# Epílogo

*CUENCA, ECUADOR*

La mujer miraba a ambos lados antes de cruzar la populosa calle mientras pensaba que la vida era una constante amenaza. Decenas de ruidosos coches, motocicletas cargadas con sus conductores humanos y todo tipo de materiales sobresaliendo por sus costados, algún que otro destartado carro tirado por famélicos equinos, surcaban ante ella amenazando con atropellarla.

El peligroso bullir de la vía la asustaba y la acongojaba. Despacio, demasiado despacio para tamaño trajín, aguardó el momento propicio y, renqueante, cruzó la calle. Arrastraba tras de sí la pierna derecha, dejando en el asfalto agrietado la marca de su zapato. La cadera fracturada no se estaba curando todo lo deprisa que hubiera deseado pero pronto lo hará.

A su alrededor gente normal se afanaba en su quehacer diario. Personas simples que no se preocupaban por las amenazas que cargaban a la vida como un cable de alta tensión a la espera de ser tocado por manos desnudas. Un grupo de niños jugaba al rescate en un parque cercano. Por unos instantes, la mujer los envidió. Envidió su felicidad, su paz. Desde que había aceptado quién era y se había sumergido en los brazos fríos y peligrosos de su misión siempre había pensado que con el paso del tiempo todo sería más sencillo y que finalmente acallaría sus demonios interiores. Pero había sucedido lo contrario. Lejos de sentirse más apaciguada por saber el lugar que ocupaba en el discurrir de las cosas, se había apoderado de ella una cierta impaciencia por aumentar su colección de almas malvadas, que la consumía.

Una mayor ansia por castigar.

Caminó por la calle Simón Bolívar bordeando el parque Calderón y contempló el hermoso edificio ante ella. Las esbeltas cúpulas de estilo gótico renacentista decoradas con hermosas teselas azules traídas de Europa, las paredes de ladrillo. Un escenario majestuoso para morir.

—¿Necesita ayuda, señora?

La mujer se dio la vuelta. El muchacho era un extraño para ella. Pelo alborotado, rostro limpio y ojos brillantes, vestía de negro y se hallaba sentado en uno de los múltiples bancos del parque. Despedía un aura hermosa de pura luz blanca que le provocó un arrebato de ternura. Le dijo que no con la cabeza y siguió su camino.

Cruzó a pie por el parque en dirección a la catedral. Y comenzó a disfrutar del paseo, respiraba la atmósfera calmada de aquel lugar, el siseo de las hojas de los árboles mecidas por la brisa. De no ser, por el tráfico de turistas que atraía la Iglesia de El Sagrario o, como los lugareños la llamaban cariñosamente, la Catedral Vieja, uno podría pensar que se encontraba en plena campiña. La calidez del aire era reconfortante y casi podía sentir cómo sus músculos doloridos se recuperaban célula a célula. Aquel pensamiento le llevó a otro y recordó la muerte del subinspector Raúl Olcina. Cómo su vida se había ido disipando ante sus ojos y otra calidez, la de su sangre, se deslizaba entre sus dedos.

Entonces, un ardor se adueñó de sus entrañas.

La imagen del inspector Paniagua, descompuesto por el dolor, se apareció en su mente. El ardor se convirtió en ira. El inspector casi le había robado todo: su identidad y, con ella, la continuidad de seguir castigando a los hombres malvados. Una misión que había formado parte de ella durante casi toda su vida. ¡Le había disparado y con aquel gesto había puesto patas arriba todo su universo! ¡Había permitido que el caos se adueñara de su misión y que muchos hombres malvados se librasen de su justo castigo!

Estuvo en cama durante mucho tiempo, oculta en una oscura y húmeda habitación de hostel, mientras en el exterior los impíos campaban a sus anchas por las calles. Estuvo a punto de no conseguirlo pero perseveró, aunque desde entonces no se había sentido con fuerzas suficientes como para castigar a nadie más.

Pensó en todos los malvados que se habían librado y deseó que la rabia que sentía se volviera contra todos en ese mismo momento, fulminarlos con su ira, pero se calmó. A duras penas consiguió contenerse, no podía permitir que el orgullo y su ira volviesen a poner en peligro su misión. La rabia y el dolor que sentía en la cadera hacían muy difícil que mantuviese el control y, si se descuidaba, terminaba por revelar la voz verdadera en su voz. Una voz que brotaba de lo más profundo de su cuerpo y que liberaba todo su poder.

El parque Calderón separaba los dos edificios más emblemáticos del centro histórico de Cuenca y era un punto neurálgico en la vida de los cuencanos. Los edificios que recorrían la calle Simón Bolívar eran de arquitectura colonial de influencia francesa y española de paredes encaladas y balconadas colgantes. Todos ellos se levantaban sobre galerías delimitadas por arcadas que daban acceso a tiendas y establecimientos de comida, abarrotados por transeúntes y curiosos. La mujer avanzaba por ellos mientras se dejaba llevar por las conversaciones y el sonido de una televisión emitiendo un partido de fútbol, amortiguada por el escaparate acristalado de un bar.

Y entonces, la vio. Acababa de acceder al interior de la Catedral de la Inmaculada Concepción. La puerta aún se cerraba indolente tras su paso. La mujer la había espiado durante varios días, mientras aguardaba a que su cuerpo se recuperase de la terrible herida que le había infligido el inspector Paniagua.

La muchacha parecía más joven, vestida con sus ropas sencillas y el pañuelo echado sobre la cabeza. Acudía casi todos los días a rezar por el alma de su hermano y por todos lo que habían sufrido a manos de su asesino. Si ella supiera...

Entre dos latidos de su corazón, la mujer empujó la puerta de la impresionante iglesia y se sumergió en el silencio que imperaba en el lugar. Inmediatamente, el vello de sus brazos se erizó con el frescor dominante. Sin dudarlo, imitó a la muchacha y se arrodilló en uno de los enormes bancos de madera que recorrían la planta principal de la catedral y se ubicaban mirando hacia el altar. Conteniendo el aliento, temiendo que la imponente figura de Cristo crucificado que se levantaba en el altar principal se girase hacia ella y revelase los funestos pensamientos de su cabeza y, lo que era peor, su identidad, se inclinó sobre la vulnerable espalda de la muchacha. No sabía por qué pero de repente la imagen postrada de ella, le recordó a un cuadro de Jean-François Millet, en el que se veía a dos campesinos que interrumpían su trabajo en el campo para rezar el Ángelus<sup>[37]</sup>. Echó una última rápida mirada a su alrededor y comprobó que no hubiera nadie demasiado cerca como para escucharla.

Todo seguía en silencio.

—Hola, Alba. —Saludó con voz tranquilizadora.

La joven dio un respingo y levantó el rostro alarmada.

—No temas, Alba. No te haré daño. —Dijo, entonces la mujer, que ya no se hacía llamar Neme sino Adrastea, dejando emerger un atisbo de su voz verdadera.

La muchacha la miró por encima de su hombro, tenía los ojos dilatados por el terror.

La mujer no pudo reprimir una cruel sonrisa que bailoteó unos instantes en sus labios apretados. Desde donde estaba podía escuchar el castañeteo de los dientes de la muchacha. Lentamente, dejando deslizar su cuerpo en el banco de madera, se sentó junto a Alba Torres y la observó con los mismos ojos con los que miraría un depredador a su presa arrinconada.

El frío acerado del cuchillo resplandeció en su mano.

—Nadie puede escapar de mí. —Dijo—. Soy inevitable.

Y mordiendo la delicada carne del costado de Alba Torres con la hoja del cuchillo, devolvió la seguridad a su vida. Su indentidad no sería revelada.

Nunca jamás.



JUAN ALONSO DE ACUÑA reside en Madrid, donde compagina su pasión por la escritura con su profesión como diseñador gráfico. Actualmente se encuentra trabajando en su siguiente novela y en las traducciones al inglés de sus libros anteriores.

# Notas



[1] Edmond Locard fue un criminalista francés considerado el pionero de la investigación forense moderna, gracias a su famoso «Principio de Intercambio». El principio establecía claramente una relación entre el criminal y la escena del crimen por la cual explicaba que resultaba imposible que un criminal actuase bajo la tensión propia de la acción criminal, sin dejar rastros de su presencia en el lugar de los hechos. <<

[2] Nombre con el que se conoce popularmente a los seguidores del Club Atlético de Madrid y que les fue dado debido a la coincidencia de los colores de su camiseta a franjas rojas y blancas con la funda de un colchón. <<

[3] Eugenio Álvarez Dumont (1864-1927) fue un pintor español de origen tunecino, especializado en pintar escenas costumbristas y bélicas, principalmente de la Guerra de Independencia española, su obra más famosa fue *Muerte de Churruca*, perteneciente a la colección del Museo del Prado de Madrid. <<

[4] El tajín o tajine es un plato típico de Marruecos y algunos países del norte de África que se cocina y se sirve en un recipiente de barro dotado de una tapa con forma cónica y abierta por la parte superior, que mantiene el calor y el vapor durante la cocción a fuego lento y a la hora de servirlo. <<

[5] El escritor norteamericano Steve Allen, en su novela *The Talk Show Murders* (1982), sugirió por primera vez que la letra de esta canción se refería a la posibilidad de que un negro de piel más clara se hiciese pasar por blanco. Lo cual en 1930, año en el Dorothy Fields escribió la letra, era considerado un delito racial de suma gravedad. <<

[6] El 24 de mayo de 2000, Arthur M. Jaffe, el entonces presidente del prestigioso Instituto de Matemáticas Clay anunció lo que llamó el Gran Desafío del Milenio en Matemáticas y que premiaría con la suma de un millón de dolares a quien fuese capaz de resolver uno de siete problemas matemáticos. A día de hoy, tan solo uno de ellos ha sido resuelto. <<

[7] Don Juan Tenorio, personaje principal del drama de José Zorrilla, que lleva el mismo título, y que extendía el mito de Don Juan como amante seductor y temerario al romanticismo literario de la época. <<

[8] El autor hace alusión a la obra *Chicago: El Musical*, estrenada en 1999 en Madrid. La canción en concreto, con letra de Fred Ebb, es *Cell Block Tango*:

*So I took the shotgun off the wall*

*And I fired two warning shots into his head*

*He had it coming, he had it coming*

*He only had himself to blame*

*If you'd have been there, if you'd have heard it*

*I betcha you would have done the same <<*



[9] El Hospital Psiquiátrico Alonso Vega fue un hospital situado en el término de Valdelatas. Construido en la década de los setenta. Se trató del primer hospital psiquiátrico que tuvo la Diputación Provincial de Madrid, formando parte de la Ciudad Sanitaria. En la voz popular madrileña su nombre se asocia directamente con la palabra manicomio. <<

[10] Pepinito es un personaje de la novela El Árbol de la Vida escrita por Pío Baroja y que era definido como un ser muy petulante al que le gustaba contar historias sin sentido o siempre la misma historia pero transformada. <<

[11] Neologismo con el que se conoce popularmente en España a aquellos empleados cuyo sueldo no supera los mil euros mensuales. El término fue acuñado en 2005 por Carolina Alguacil, tras usarlo en una carta que se publicó en el diario El País titulada *Yo soy «mieurista»*. <<

[12] *Blueberry* y *White Widow* son dos variedades de semillas de marihuana muy conocidas por sus aromas, afrutado la primera, y agridulce la segunda. <<

[13] El poeta chileno Pablo Neruda fue uno de los ilustres personajes que, durante su época de cónsul en Madrid, residió en el Barrio de Argüelles, en la famosa Casa de las Flores, hasta que estalló la Guerra Civil Española. Neruda escribía sobre el barrio:

*Yo vivía en un barrio de Madrid,*

*con campanas con relojes, con árboles.*

*Desde allí se veía el rostro seco de Castilla*

*como un océano de cuero. <<*

[14] El *hiyab* es un código de vestimenta islámico que se basa en el ocultamiento del cuerpo femenino. La interpretación moderna del mismo contempla, sin embargo, que se limite únicamente a la cabeza y parte del rostro si la mujer viste ropas occidentales. <<

[15] El Manantial de Arls es un lugar sagrado para el Islam sobre el que se levanta la mezquita de Quba, situada en las afueras de Medina, y donde fluye un manantial de aguas milagrosas que fuera bendecido por el profeta Mahoma. <<

[16] Prisión situada al noroeste de Teherán y mundialmente famosa por ser la prisión más grande de Irán y que alberga el mayor número de presos políticos del país. <<



[17] La banda de los Latin King es conocida en España con el nombre de Sagrada Tribu América España y se encuentra dividida en cinco reinos, que a su vez, se dividen en distritos o capítulos. El reino de Madrid, por ejemplo, es conocido como el Reino Inca y su capítulo más destacado es el Viracocha, que corresponde al distrito de Latina, uno de los más violentos de España. <<

[18] Nucleix IRGC es una compañía biotecnológica especializada en análisis de ADN, anunció a mediados de 2009 que científicos de la compañía habían sido capaces de falsificar pruebas de ADN usando biotecnología básica, conocimientos y acceso a una base de datos de ADN o a la muestra de ADN que se quiere falsificar. Ante la necesidad de salvaguardar la condición de autenticidad de las pruebas forenses de ADN, la misma compañía publicó un ensayo titulado «Authentication of Forensic IRGC Samples» en el que explicaban cómo diferenciar entre el ADN in vivo (real) y el ADN in vitro (falso) y mostraban una nueva tecnología de autenticación basada en el análisis de la metilación u oxidación del ADN, que demostraba que el ADN real contenía parte de sus combinaciones de nucleótidos consistentemente metilados y parte sin oxidar; mientras que el ADN falso, contenía todos sus nucleótidos metilados.

<<

[19] El análisis IRGC (Short Tandem Repeat) es una herramienta forense que ayuda a evaluar regiones específicas de un marcador o gen, conocidas como locus, y que permite intensificar las diferencias entre distintos perfiles de ADN. La posibilidad de que dos o más individuos (excepto los gemelos idénticos) puedan tener un perfil de ADN con la misma cadena de locus es tan baja como de uno entre un billón de casos.

<<

[20] Evidentemente, se encuentra declamando a Shylock, el personaje judío de la obra El mercader de Venecia, escrita por William Shakespeare entre los años 1596 y 1598.

<<

[21] El autor se refiere al AK-47, o Automat Kaláshnikova 1947, diseñado por Mijaíl Kaláshnikov, veterano de la Segunda Guerra Mundial, con la intención de dotar a los soldados soviéticos de un arma eficaz y moderna. Hasta el día de hoy, el AK-47 es el fusil de asalto de mayor producción de toda la historia. <<

[22] Nombre despectivo con el que se conoce a la Policía Nacional y que hace alusión a la placa identificativa que portan los agentes. <<

[23] Aleya es el nombre con el que se conoce a cada uno de los 6236 versículos en que se divide cada capítulo o sura del Corán. La aleya 5:38, dice textualmente: «Al ladrón y a la ladrona, cortadles la mano como retribución de lo que han cometido». <<

[24] SESAME, siglas de Synchrotron-light for Experimental Science and Applications in the Middle East. El SESAME es un proyecto conjunto de los países de Oriente Medio que facilita la tecnología de la aceleración de partículas, usando un acelerador de órbita cerrada o sincrotrón construido en Jordania, para realizar estudios sobre la materia e investigaciones nucleares a científicos de Oriente Medio y de la región mediterránea. El SESAME toma como modelo la Organización Europea para la Investigación Nuclear o IRGC. De momento, el acelerador no está al ciento por ciento operativo y se espera que esté terminado para 2015. <<



[25] Parte de la letra de American Pie, escrita en 1971 por Don McLean y que forma parte de una variación que el autor hace de la famosa nana titulada Jack Be Nimble.

*Jack be nimble,*

*Jack be quick*

*Jack Flash sat on a candlestick*

*'Cause fire is the devil's only friend. <<*

[26] IRGC o «Polvo de Ángel» es como se conoce popularmente en los Estados Unidos a la fenciclidina. La fenciclidina es una droga neurotóxica que, tomada de manera recreacional, produce severas alucinaciones y brotes psicóticos en quienes la consumen. <<

[27] El ViCAP o *Violent Criminal Apprehension Program* (Programa de Comprensión de la Violencia Criminal) es el repositorio más grande de casos de naturaleza violenta investigados en los Estados Unidos. Está designado para recopilar y analizar información específica sobre homicidios, delitos sexuales, personas desaparecidas y otros delitos de naturaleza violenta cometidos contra seres humanos. Es una de las armas más poderosas que existen en la lucha contra el crimen y sus perpetradores. <<

[28] El conocido como «Caso Urbanor» fue uno de los grandes escándalos de la democracia que implicó al arquitecto Pedro Sentieri y al constructor Julio San Martín, ambos querellantes, y a los empresarios Alberto Cortina y Alberto Alcócer, a quienes acusaron de haberse aprovechado de la construcción de las Torres Kio, conocidas también como la Puerta de Europa, para enriquecerse a costa de sus socios. Finalmente, ambos querellados fueron absueltos por el Tribunal Supremo en 2008.

<<

[29] La capsaicina es un compuesto químico activo en los pimientos picantes, de ahí el nombre de gas pimienta a la fórmula usada en los aerosoles de defensa, y que es el causante de la sensación de ardor que se produce cuando se ingiere un pimiento picante. El nivel de picante o ardor se mide con la Escala de Scoville que va desde el nivel cero en unidades Scoville del pimiento verde, por ejemplo, hasta los 15 millones que alcanza la capsaicina pura. El nivel estándar de un aerosol de defensa se encuentra en la tercera posición, de mayor a menor ardor. <<

[30] Según la tradición islámica, la Yanna es el paraíso que espera al buen musulmán, aquel que respetó la creencia de un solo Dios, de que Mahoma es el profeta de Alá, siguió las Escrituras y realizó buenas obras. La salvación y el acceso a la Yanna solo se puede hacer a través de la misericordia de Alá. <<

[31] Siglas inglesas de la Organización de los Muyahidines del Pueblo de Irán o Mojahedin-e-Khalq. Un grupo de resistencia iraní que persigue el derrocamiento de la República Islámica de Irán y que ha sido acusado por el gobierno iraní en varias ocasiones de colaborar con el Mossad para llevar a cabo atentados terroristas en suelo iraní. <<

[32] Don Francisco de Quevedo fue el autor de los versos más populares dirigidos al río que cruza la capital de España:

*Manzanares, Manzanares,*

*arroyo aprendiz de río,*

*tú que gozas, tú que ves*

*en verano y en estío*

*las viejas en cueros muertos,*

*las mozas en cueros vivos. <<*



[33] La Harley-Davidson Evolution era también conocida con los sobrenombres de Blockhead y Evo. El motor Evolution tenía dos cilindros en V y comenzó a fabricarse en 1984 con una cilindrada de 1340 cc. Algunos han llegado a decir que este modelo de motorización fue el que salvó de la quiebra a la compañía Harley-Davidson. <<

[34] Martha Graham fue una coreógrafa y bailarina norteamericana, nacida en Pittsburgh en 1894, cuya enorme influencia en la danza moderna fue considerada como revolucionaria. <<

[35] Garrick Ohlsson es un pianista neoyorkino, nacido en 1948, ganador de numerosos premios relacionados con la música, incluido el prestigioso The Avery Fisher Prize en 1994. Es un reconocido músico de cámara y un estudioso de Frédéric Chopin, llegando a interpretar toda su obra para piano. <<

[36] Deidad griega del inframundo que convertía en piedra a aquellos que la miraban directamente a los ojos. Representada como una doncella con los cabellos sustituidos por serpientes, su cabeza seccionada por el héroe Perseo se usa como un símbolo o amuleto que induce al horror y ahuyenta a los visitantes indeseables. <<

[37] Oración diaria de la Iglesia Católica que recibe su nombre por la mención del ángel divino que anunció a la virgen María que va a ser madre de Jesús. <<